





Local / nacional

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Alejandro Villar

Vicerector
Alfredo Alfonso

Local nacional

*Una historia cultural de Córdoba en el
contacto con Buenos Aires (1880-1918)*

Ana Clarisa Agüero



Bernal, 2017

Colección Las ciudades y las ideas. Serie Nuevas aproximaciones
Dirigida por Adrián Gorelik

Ilustración de tapa:

Ana Clarisa Agüero, 2017
Universidad Nacional de Quilmes, 2017

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires,
República Argentina

editorial.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

Índice

Agradecimientos	13
Introducción	17
I. Córdoba en el país	31
II. Una ciudad <i>docta</i>. Sociología de un lugar común	69
III. Un mundo de palabra impresa entre Córdoba y Buenos Aires	141
IV. El espacio del arte: un museo nuevo	231
V. La tensión norte	315
A manera de cierre	359
Fuentes y bibliografía	367



Índice de ilustraciones

Advertencia: las ilustraciones están intercaladas en el texto. Cada vez que se remite a alguna de ellas se señala con una llamada en el margen del texto, indicando el número de página en que se encuentra la ilustración y, cuando corresponde, la letra que en esa página la designa.

- 16 Honorio Mossi, *Córdoba en 1895*, MPBA (detalle).
- 66 Honorio Mossi, *Córdoba en 1895*, MPBA (vista ampliada).
- 96 Hitos de la “alta cultura” y zona de imprentas y librerías. Plano de Kronfuss.
- 161 Vicente Rossi, *Cardos*, Imprenta Argentina, 1905.
- 161 Baudilio Vázquez Ludueña, *Primeros versos*, 1910.
- 162 Don Juan Zevallos, Imprenta Argentina, 1912.
- 162 *Xenius, Panoramas interiores* y *El cofre de Cristal*, Imprenta Argentina, 1920.
- 194 1885, mapa del conjunto de imprentas, librerías y litografías.
- 195 1901, mapa del conjunto de imprentas, librerías, litografías y agencias de publicaciones.
- 196 1918, mapa del conjunto de imprentas, librerías, litografías y fábrica de papel.
- 197 Plano de escuelas en la ciudad de Córdoba, 1910.
- 200 *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias*, 1881.
- 202 *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, número 4, 1914.
- 240 Honorio Mossi, *Córdoba en el año 1895*, 1895.
- 240 Santiago Rusiñol, *Paisaje de Mallorca*, s/f.
- 240 Gustave Courbet, *Puesta de sol*, s/f.
- 241 Pierre Tomas Joachim Armet, *El bosque*, s/f.
- 241 Francisco Pradilla Ortiz, *Orillas del mar*, 1885.
- 242 Lluís Graner, *Campesinos*, s/f.
- 242 Dionisio Baixeras, *Pescadores*, 1885.
- 242 Modest Urgell, *Puesta de sol*, s/f.
- 243 Manuel Cardeñosa, *Retrato de mi esposa*, 1903.
- 243 Anónimo, *Cabeza de estudio (Monje en oración)*, s/f.
- 243 Mariano Fortuny, *Estudio de batalla (Combate con los moros)*, s/f.
- 244 José María Ortiz, *La lechera*, 1894.
- 244 Federico Sick, *Autorretrato*, s/f.
- 244 Andrés Piñero, *Rayo de sol*, 1903.

- 245 Jorge Bermúdez, *Santa Teresa de Ávila*, 1912.
- 245 Octavio Pinto, *La iglesita azul*, 1916.
- 259 Plano la Nueva Córdoba, 1889.
- 262 a. Juan Kronfuss, Proyecto de Museo Politécnico Provincial (Córdoba), 1912.
- 262 b. Juan Kronfuss, Proyecto para la Facultad de Ingeniería (Buenos Aires), 1908.
- 292 Juan Kronfuss, 2º proyecto de Museo Politécnico Provincial, 1915-1916.
- 296 Juan Kronfuss, "Museo, Academia de Bellas Artes y de Artes Aplicadas", s/f.
- 318 Caricaturas de Juárez Celman y Cárcano en *Don Quijote*, 1890.
- 355 Mapas textil, documental y monumental de Onelli (1916), Roca (1917) y Kronfuss (1921)

Abreviaturas

AAC	Archivo del Arzobispado de Córdoba
ADAPC	Archivo de la Dirección de Arquitectura de la Provincia de Córdoba
AGHU	Archivo General e Histórico de la Universidad Nacional de Córdoba
AGPC	Archivo de Gobierno de la Provincia de Córdoba
AHPC	Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba
ALVI	Archivo <i>La Voz del Interior</i>
BFDYCS	Biblioteca de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, Dr. Ricardo Núñez
BHLPC	Biblioteca de la Honorable Legislatura de la Provincia de Córdoba
BM	Biblioteca Mayor de la Universidad Nacional de Córdoba
BN	Biblioteca Nacional de la República Argentina
BSCA	Biblioteca de la Sociedad Central de Arquitectos (Buenos Aires)
HHLPC	Hemeroteca de la Honorable Legislatura de la Provincia de Córdoba
MG	Ministerio de Gobierno
MH	Ministerio de Hacienda
MPBA	Museo Provincial de Bellas Artes Emilio Caraffa, archivo documental y acervo pictórico
SEA	Sección Estudios Americanistas Monseñor Pablo J. Cabrera, Biblioteca Central de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba



Agradecimientos

Este libro es una versión revisada de la tesis defendida en 2010 en el Doctorado en Historia de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Lo sustantivo de la investigación tuvo lugar entre 2003 y aquel año, fue alentado por una beca inicial de SECYT-UNC en 2004 y cobró impulso a partir de 2005, merced a la obtención de la beca de posgrado de Conicet, de la que disfruté hasta 2010. Pude seguir consagrando mucho tiempo a la historia gracias a una beca posdoctoral del mismo organismo entre 2011 y 2013, y mi libro se cierra merced a las condiciones ofrecidas por la carrera de investigador. Para quien inició su indagación con 30 horas de docencia secundaria y ha visto inteligencias enormes y trabajadores dedicados a investigar en condiciones ingratas, esta circunstancia no puede sino aparecer como un raro privilegio, que ante todo obliga.

Las deudas eran muchas en 2010 y reconsiderarlas las aumenta, por adición y por ánimo de hacer justicia a un recorrido que había comenzado antes. Empezaré, no obstante, por aquello que la defensa reunió: Adrián Gorelik dirigió este trabajo y también los que siguieron, con toda su inteligencia, generosidad y afecto. Su confianza se prolonga en esta publicación, que espero no la dañe y por la que debo agradecer también a la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). Norma Pavoni, codirectora de tesis, fue a la vez la generosa guía de un momento anterior, generosidad que incluye el haber alentado siempre con gran cariño una búsqueda que se alejaba de sus temas. Desde aquella defensa de tesis, me unen a Horacio Tarcus y Fernando Devoto un vínculo sentido y una conversación activa respecto de nuestras cuestiones y más allá de ellas. No olvido que la postulación a la beca decisiva fue acompañada por el aval de Silvia Palomeque y Oscar Terán. Todas estas consideraciones fueron y son también un privilegio.

Silvia Romano (que también integró el tribunal), Nélide Agüeros, Gardenia Vidal, Ana Inés Punta, Silvia Palomeque, Cristina Boixadós, Isabel

Castro, Mario Rufer, Mariana Dain, entre los principales, representaron para mí, en diversos momentos y por distintas razones, la parte luminosa de la escuela y el área de Historia de Córdoba. Liliana Chaves añadió a eso buena conversación y flexibilidad en momentos centrales. Entre mis alumnos y compañeros de cátedra, hubo quienes estimularon y ayudaron (algunos mucho, como Carolina Benedetti y Zoe Cid), y también quienes estuvieron cuando no lo esperaba. Silvia Fois y Miguel Candia ayudaron a transitar ese fondo formidable que es nuestra Sección Americanistas. Rosa Rovelli, Isabel Castro y Soledad Martínez Zuccardi ofrecieron u obtuvieron información con generosidad. Daniel Capardi fue, a su vez, un estímulo central en mis primeras incursiones en la historia del arte local. Los seminarios cursados con Gastón Burucúa y Fernando Aliata fueron muy disfrutados y también fundamentales para ciertos capítulos.

Si hay sucesos que definen cosas, es imprescindible que mencione mi encuentro con el Programa de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura en Argentina, del Instituto Ravignani, en el año 2000. Lo dirigía entonces Oscar Terán y era su coordinador Adrián Gorelik, quien sería mi director. Insuficiente como pueda ser, este libro nació allí, en el encuentro con ese espacio extraordinario, con los que serían mis temas y con un modo muy distinto de discutir las cosas. Vuelvo cada vez que puedo, y acaso por esa intermitencia no logro comprender que no se escuche más allá la grave y orientadora voz de Oscar. Del actual consejo de dirección, menciono especialmente a Fernando Rodríguez, que a veces nos acompaña en Córdoba y leyó parte de este trabajo.

A ese seminario y a Adrián agradezco el vínculo con el Centro de Historia Intelectual de la UNQ, fundamental para todo mi grupo, al que debo muchas experiencias y posibilidades, comenzando por la interlocución y el contacto con otros modos de trabajo intelectual. Consigno de manera especial a Flavia Fiorucci, que tanto me consideró, y a Carlos Altamirano, cuya atención es otro raro privilegio. Desde 2010, merced a Horacio Tarcus, creció también el vínculo con el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina (cedmci). De las actividades en común y la generosidad de sus integrantes, anoto especialmente la conversación sostenida con Adriana Petra a lo largo de estos años. Entre los amigos de otras latitudes, debo mencionar a Alejandro Eujanian y Ana Teresa Martínez, que también leyeron, comentaron y acompañaron cosas.

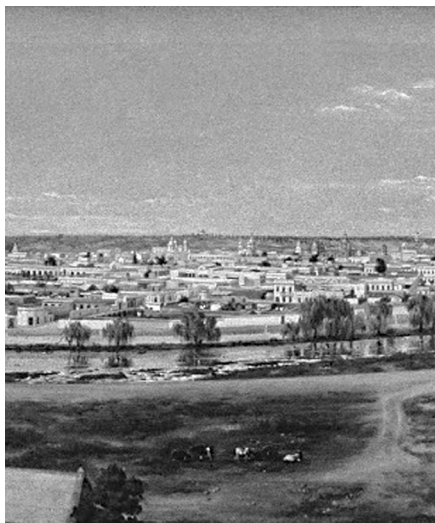
De nuevo en mi ciudad, resulta vital el que es mi grupo, en el sentido más pleno, desde 2006: el Programa de Historia y Antropología de la Cultura del IDACOR, laboriosamente construido a lo largo de estos años, en cuyas formas de trabajo y discusión hoy me reconozco. Es difícil decir lo

que esto representa frente al desconcierto disciplinar de épocas anteriores, e innecesario lo que moviliza también en el convulso orden afectivo. Por sus lecturas, orientaciones, precisas colaboraciones y experiencias compartidas debo agradecer a Gustavo Sorá, Marta Fuentes, Carolina Romano, María Victoria López, Paulina Iglesias, María Victoria Núñez, Ana Belén Trucco, Romina Otero, Valentina Cervi, Ezequiel Grisendi, Paula Molina y Alan Sosa; y en especial a Diego García –que estuvo en aquella antigua excursión al Programa de Historia de las Ideas–, con quien hemos precisado algunas de las hipótesis que cruzan este trabajo y que es, de los locales, quien más ha incidido en mis lecturas y en mi manera de pensar la historia.

Aquí, amablemente, las gatas se mueven de un lado a otro, ajenas a ciclos y estructuras. Fernando Díaz pasa por hermano y siempre están la inteligencia de mi mamá, Norma, y la constancia afectuosa de mi tío Raúl, todos imprescindibles, como Adrián, para que este libro se cerrara. Las ausencias no gravitan menos: a mi papá (según testimonios, fusilado en el Campo de la Ribera entre 1975 y 1976), a mis abuelos, a mi tía Lidia y a todas las cosas amadas y perdidas, va dedicado este trabajo.

Córdoba, octubre de 2015.

Honorio Mossi,
*Córdoba en el año
1895*, Museo
Provincial de Bellas
Artes (detalle).



La imagen representa Córdoba en 1895, tal como se le aparecía al pie de las barrancas al habitante de los altos o al viajero que llegaba desde el norte. La vista de un centro poblado en el bajo estaba disponible desde hacía trescientos años, aunque tanto ese centro urbano como los ojos que lo observaban hubieran cambiado mucho a lo largo de los siglos.

El detalle permite advertir la elevación del punto de vista, los espacios vacíos, la parte consolidada de la ciudad y un nuevo borde de barrancas, al sur, que inaugura la llanura extensa y no accidentada. De allí parten las rutas que comunican Córdoba y Buenos Aires; próximo al caballete, pasa el tren que vincula con el noroeste del país.

Introducción

[...] este libro nos traslada por la reflexión a un tiempo en que Córdoba era una región densa del nublado cielo nacional, donde se incubaban tempestades, se oían truenos y se presenciaba con alguna frecuencia el luminar magnífico de los relámpagos. ¿Qué ha sucedido o, mejor dicho, qué sucede ahora que ya no se contemplan semejantes espectáculos? [...] Alguien se ha robado el tesoro con los penates caseros, y la tribu errante anda por ahí desazonada, sin rumbo, sin luz en el horizonte, sin voces en la sombra.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, Prólogo a *Pensamiento y acción*, de Ángel Ávalos, 1910

La situación de París respecto del resto de Francia no es la misma de Buenos Aires delante de Córdoba y las demás provincias?

RAMÓN J. CÁRCANO,
La Universidad de Córdoba, 1892

Entre sus datos de larga duración, Córdoba cuenta el de haber sufrido el asedio regular de miradas laicas que insistían en su condición católica. La ciudad desvela al liberalismo primero, al progresismo liberal o socialista luego, y aún buena parte de la historiografía tiende más a prolongar que a problematizar el ciclo largo de una representación, la de la *ciudad claustral*, que suele remontarse al *Facundo* de Sarmiento, su cristalización más célebre.¹ Pero lo que había allí era más complejo que esa figuración estilizada de un medio urbano, casi didácticamente contrapuesto a Buenos Aires. Había, en primer lugar, el reconocimiento de un *centro religioso*, ya que la peculiaridad que inquietaba a Sarmiento ciertamente no pasaba por la extensión o profundidad de la creencia, que hubiera impedido distinguir Córdoba de Salta o San Juan, sino por la presencia de una asentada institucionalidad religiosa, que gravitaba o buscaba gravitar en mayor medida que en otros sitios. Había, además, un reclamo sentido hacia el único *centro universitario* antiguo del país posible, algo que, si se advierte bien en el *Facundo*, se ve mejor en las postreras intervenciones de Sarmiento en la ciudad, comenzando por la creación de la Academia Nacional de Ciencias y el Observatorio. Había, finalmente, un encono activo con una ciudad que, teniendo más que otras, no parecía estar cumpliendo cabalmente su rol en la lucha antirrosista. Aquí, sin embargo, la urgencia devolvía a la cuestión más general de las ciudades, sedes presun-

¹ Domingo F. Sarmiento, *Facundo. Civilización y barbarie*, Buenos Aires, Eudeba, 1961 [1845].

tas de la civilización, desnaturalizadas por la barbarie instituida, en primer término, en “la culta Buenos Aires”.

Ese elemento común suele descuidarse cuando se busca en ese texto complejo que es el *Facundo* la razón para una contraposición que, siendo esquemática, era menos pobre de lo que suele concederse. En gran medida, la insistencia en la Córdoba *católica, conservadora, claustral*, acabó debilitando la pregunta por la ciudad; la consideración de esa imagen como un diagnóstico (normalmente adecuado) en lugar de cómo una imagen abolió su necesario proceso; la simplicidad de algunos de sus trazos reforzó en sus reapropiaciones la carga valorativa que allí estaba sugerida: Córdoba devino estructuralmente católica, conservadora, antimoderna, y resultó fluidamente el término negativo de un conflicto con Buenos Aires que parecía librarse fuera del tiempo –sin reparar demasiado en que el *país* de 1845 era muy distinto del *país* del siglo xx– y, mejor considerado, permitía advertir muy bien todas las discontinuidades que no autorizaban a presumir ninguna capital inmemorial.

*

Hay, podría decirse, un duradero y extendido sentido común sobre Córdoba, que actúa en registros de diverso orden y se exacerba respecto de su siglo xix. Y si es sencillo advertirlo en las miradas externas, es indiscutible que trabaja también, aunque de manera peculiar, en las consideraciones locales de la ciudad. En el primer caso, su no cuestionamiento suele dialogar con cierta prescindencia respecto de Córdoba en su conjunto, y tal vez por eso trace una línea más continua y menos accidentada. En el segundo, naturalmente las cosas son menos sencillas, algo visible en la manera en que las imágenes legadas por el siglo xix hicieron su camino en la historiografía.

Sin constituir una línea de interpretación unitaria, entre 1972 y 1989 al menos tres trabajos pusieron en el centro la dinámica tradición–modernidad en la ciudad, como un modo de tentar respuestas ante la cuestión de la existencia de una cierta personalidad urbana. En claves muy distintas, de genéticas a conflictivas, esos textos dialogaban abiertamente con la imagen atribuida a Sarmiento, intentando señalar algunos de los elementos que hacían a su justeza o la contrariaban. En Santiago Monserrat, una tradición espiritual matizada por la Colonia pesaba más que la novedad que, no obstante, nacía de sus entrañas; el revisionismo de izquierda de Alfredo Terzaga emprendía abiertamente contra Sarmiento para exponer la disputa entre laicismo y clericalismo como una de larga duración; y, por último, la búsqueda de inflexión gramsciana de José Aricó dialogaba con el intento de reconstruir una genealogía reformista que forzosamente

lo encadenaba al “hilo rojo” que creía identificar.² Esta inteligencia tan viva lanzaba allí una sugerencia cuando menos discutible, pero entonces compartida por muchos: la idea de que, en virtud de su colocación en los confines del área pampeano-litoral, Córdoba había experimentado el conflicto tradición-modernidad con *especial* agudeza; y que ese era, en verdad, uno de sus datos estructurales.

Casi en simultáneo, venía coagulando también una mirada sobre Córdoba que marcaría a buena parte de la historiografía renovadora de posdictadura, y que acaso se ejerció especialmente en los trabajos que consideraban el tránsito entre los siglos XIX y XX. Esa mirada, más que discutir o matizar la imagen que identificaba a Córdoba con el catolicismo y el conservatismo, se plegaba a ella, en una suerte de juicio a la ciudad que era inseparable de una cierta voluntad progresista. La toma de distancia implícita respecto de esa Córdoba fue quizás uno de sus modos de fundar un objeto histórico, y también de eludir el tipo de relato aldeano, autosatisfecho o analógico, que seguía guiando a otra historiografía en general no tan progresista. Pero, a la vez, al no poner en escrutinio la imagen en tanto tal, fue difícil que no se eslabonara a ella, que seguía haciendo su recorrido laico y mostrando su capacidad de articular, en la historia, las fuerzas del inconformismo y de la crítica.

Como el *partido de la modernidad*, con toda su carga valorativa, estaba en la autoconciencia de esa historiografía, muchos de sus esfuerzos vinieron ligados al intento de caracterizar las formas limitadas en que ella se habría dado a nivel local: Córdoba expresó así, alternativamente, la vía *provinciana, católica, moderada, incompleta* de la modernidad. Es claro que con estos adjetivos se buscaba (como antes Beatriz Sarlo con “periférica”, y en parte por la reorientación sociocultural que marcaba el movimiento de conjunto) precisar la ciudad y volverla traducible, pero también ocurrió aquí al cabo de un tiempo aquello que Adrián Gorelik señalara respecto de las vanguardias: una especie de abandono del sustantivo, cuyos atributos parecía cada vez menos necesario explicitar.³ Por lo demás, es indudable que en Córdoba la adjetivación presumía un carta-

² Santiago Monserrat, *Córdoba: tradición y modernidad*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1972; Alfredo Terzaga, “Clericalismo y liberalismo: las dos caras de la medalla cordobesa”, *Todo es Historia*, N° 75, julio de 1973; José Aricó, “Tradición y modernidad en la cultura cordobesa”, *Plural*, N° 13, 1989. Véase también Diego García, “Tradición, modernidad y frontera. Aricó y dos ideas sobre Córdoba”, en Andrés Kozel, Horacio Crespo y Héctor Palma (comps.), *Heterodoxia y fronteras en América Latina*, Buenos Aires, Teseo, 2013.

³ Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988; Adrián Gorelik, “Nostalgia e Plano: o Estado como vanguarda”, *Das vanguardas a Brasília. Cultura urbana em arquitetura na América Latina*, Belo Horizonte, Editora UFMG, 2005.

bón (Europa o Buenos Aires) en el que esa modernidad estaría realmente dada y completa;⁴ pero como esa referencia externa era del orden del paralelo, a la desatención de las representaciones urbanas legadas acabaría por agregarse la habida frente al hecho de que ellas eran, en general, una de las formas de la relación entre espacios urbanos y nacionales. Porque la Córdoba *católica* del siglo XIX, como la Córdoba *reformista* del siglo XX, son hechos de contacto. Lo expresan, lo modulan y también lo condicionan.

*

Este libro intenta ser, ante todo, una historia cultural de Córdoba entre 1880 y 1918. Propone, a la vez, un tipo de historia ciudadana todavía poco frecuente: una historia de lo local en las coordenadas más vastas ofrecidas por el contacto con otros centros urbanos, a veces dentro de circuitos, equilibrios y comunidades radicalmente distintos a los que vería consolidarse el siglo XX.⁵ Una historia que es local siendo, cuando menos, nacional, y en la que los intercambios no solo alteran el rostro de una cultura ciudadana sino que también expresan y promueven equilibrios y colocaciones relativas a otra escala. Que Buenos Aires sea el término privilegiado de esos contactos no es un hecho ocasional, entre otras cosas porque el trabajo se abre en un momento en que esta no ha consolidado aún todos los atributos de la capitalidad que suelen sobreentenderse, y porque Córdoba arrastra entonces viejas centralidades que intenta hacer valer no solo en la difícil conquista de aquella como capital política del país, en parte organizada desde sus estancias, sino también en la fijación de un rumbo político y cultural de escala nacional.⁶ Esas coordenadas contribuyen a situar la relación al comienzo de una etapa que ciertamente se cierra con un panorama muy distinto: la cristalización de Buenos Aires como capital total, la secundarización de las demás ciudades argentinas, Córdoba incluida. Entre la vocación conquistadora de las élites argenti-

⁴ Lo que siempre remite al sugerente texto de Roberto Schwarz sobre la presunta inadecuación de ciertas ideas y, por qué no, formas. Roberto Schwarz, "As idéias fora do lugar", *Estudos CEBRAP*, N° 3, San Pablo, 1973. Véase también Elías Palti, *El problema de las "ideas fuera de lugar" revisitado. Más allá de la historia de "ideas"*, México, UNAM / CCYDEL, 2004.

⁵ Muchas decisiones fuertes de este trabajo son tributarias de las discusiones que llevaron a dos textos en colaboración: Ana Clarisa Agüero y Diego García (eds.), "Introducción", en *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, La Plata, Al Margen, 2010, y Ana Clarisa Agüero y Diego García, "Culturas locales, culturas regionales, culturas nacionales. Cuestiones conceptuales y de método para una historiografía por venir", *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 17, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2013.

⁶ Hilda Sabato, *Buenos Aires en armas. La revolución de 1880*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

nas que hicieron de Buenos Aires su capital, y también su ciudad, en 1880, y el aire entre disminuido y nostálgico con el que esas mismas élites advierten entre las décadas de 1890 y 1910 que esa ciudad ha devenido un organismo que excede sus propias fuerzas, como ilustra bien el texto de Joaquín V. González que abre esta introducción, se traza la parte decisiva del ciclo (ni inevitable ni forzosamente eterno) de producción de un esquema monocéntrico de país.

Aunque ese ciclo tiene múltiples dimensiones, cuyas cronologías relativas por momentos se acoplan y desacoplan, no es apenas ni fundamentalmente político o económico. Y esto no solo porque las jerarquías que establece integran y producen formas urbanas y equilibrios simbólicos que rigen en un amplio espacio social sino porque, si la mirada se concentra en ciertas actividades y disciplinas restringidas (del derecho a la arquitectura), se advierte cómo también allí se remata un proceso de concentración objetiva, aunque discontinua, de las fuentes de producción cultural, los aparatos de reproducción material y los mecanismos de legitimación simbólica en la capital del país. En el revés de ese proceso hay, sin embargo, una cultura urbana en marcha, interesante en muchos aspectos. Pero también muy marcada por la repentina conciencia de haber perdido un lugar que, luego de la crisis política de 1890, que había barrido con sus principales representantes, parece dominar en primer término a la fracción letrada de la élite cordobesa. La cita inicial del texto de Cárcano, miembro dilecto de esa tribu, expone esa caída de la ciudad mediterránea, apuntando a Buenos Aires entre sus razones. Están también los sucesivos esfuerzos de Córdoba por hallar un lugar nuevo, en parte compensados por el salto hacia el pasado que convirtió el estigma colonial en patrimonio artístico y arquitectónico y por la común resignación —con contadas excepciones— al contemporáneo y turístico *topos* serrano.

En Córdoba, ese ciclo se expresa en el complejo y sucesivo agitarse de dos cohortes, expresivas de al menos dos generaciones y diversamente comprometidas con sus élites. Primero, una que creyó expresarlas en sentido estricto, como cuerpo económico, político y étnico (criollo) de la dominación social, y participó de manera central y entusiasta de la conquista de Buenos Aires. La “Liga de Gobernadores” tuvo en Córdoba su cuartel general, y allí se dieron gran parte de los acuerdos que proyectaron al país el poder local o regional del roquismo y el juarismo.⁷ Luego,

⁷ Se trata de dos facciones del Partido Autonomista Nacional que, organizadas respectivamente en torno a las figuras del tucumano Julio A. Roca y el cordobés Miguel Juárez Celman, concurridos, detentaron sucesivamente el poder luego de la federalización de Buenos Aires. Proyectadas al país en torno a la candidatura del primero, ya hacia 1884-1885 evidenciaron su fractura.

un agregado de hombres marcado por las caídas y ascensos económicos, por el impacto de la gran inmigración y por la propia especificación de la vida política y cultural: universitarios, intelectuales liberales o socialistas, hombres de ideas que, entre otras cosas, depositaron en la reforma universitaria la expectativa de una reválida urbana de alcance al menos nacional. Las élites intelectuales, podría sugerirse, buscan corregir en 1918 algo de lo que el poder crudo y triunfal de las élites totales había llevado a mal puerto en el ochenta. Y para eso, entre otras cosas y aunque esto sea más claro hacia la década de 1920, echará mano también de todos los datos de una vieja centralidad local diseñada en la Colonia, que había comunicado a Córdoba con otros espacios y que entrañaba también comunidades de otro orden. Algo se verá de la tensión que introducen la reconsideración de esa historia y la larvada pero efectiva actividad del vínculo con el espacio norte del país; digamos por ahora que es una de las razones de la intermitente evocación americana de la ciudad.

Pero más allá del protagonismo político o intelectual de un par de cohortes locales con cierta vocación y proyección nacional, es la completa fisonomía cultural de la ciudad la que resulta afectada por su difícil interlocución con Buenos Aires, incluso cuando haya diferencias sensibles en la evolución de sus diversas zonas culturales. Lo que aquí se busca es entonces recomponer un panorama de esa cultura local pero atendiendo centralmente a esa dimensión relacional, inseparable de las formas efectivas asumidas por la cultura y decisiva en cuanto a las condiciones de producción y circulación de sus bienes y figuras. Sin duda, el vínculo implica un tipo de equilibrio provisorio dentro del cual Córdoba y sus élites no siempre ocupan el lugar que se creen llamadas a ocupar; pero ese ordenamiento, cuya desigualdad se pronuncia a lo largo de nuestra etapa, no es ajeno a su compromiso en la formación de una clase dirigente nacional o una gran capital.

*

Se ha aludido ya a la concentración de varias capitalidades en Buenos Aires y, aunque esta se concretara en el giro de siglo, lo cierto es que esas capitalidades reconocían edades y procesos de acumulación muy diversos.

Norma Pavoni, "Partidos y clientelismo políticos en la Córdoba de entre siglos, 1890-1912", Córdoba, 2005, mimeo.; Liliانا Chaves, *Tradiciones y rupturas de la élite política cordobesa (1870-1880). La clave conservadora de la modernización política*, Córdoba, Ferreyra Editor, 1997; Laura Cucchi, *Antagonismo, legitimidad y poder político en Córdoba, 1877-1880*, Bahía Blanca, Ediuns, 2015; Natalio Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Editorial Hyspamérica, 1985.

Basta con recordar que la centralidad creciente y continua que acompañó la valorización económica y geográfica del litoral rioplatense desde fines del siglo XVIII no tuvo un paralelo en orden a la capitalidad política; la que, instaurada fugazmente por la creación del Virreinato del Río de la Plata y reeditada aún más fugazmente por Rivadavia, debería atravesar un largo y tortuoso ciclo antes de confirmarse en la era republicana, tal como hizo en 1880. La centralidad cultural de Buenos Aires, a su vez, no tuvo una historia más fluida, ya que si en parte siguió a su capitalidad política virreinal, y aun se afirmó notablemente durante la era autonómica de la “feliz experiencia”, halló una interrupción no menos notable en la etapa rosista, merced a la decadencia o supresión de las instituciones que la habían sostenido y al exilio de buena parte de quienes se habían forjado en aquel microcosmos.⁸

Respecto incluso de la relativa reactivación cultural que introdujo en Buenos Aires otra autonomía, la dominada por Mitre, y de su continuación y expansión en la era de unificación estatal que sucedió a Pavón, el proceso de concentración de capitalidades precipitado por la federalización de Buenos Aires en 1880 haría más que reunir una serie de privilegios urbanos que antes habían sido discontinuos o independientes: los intensificó, los estabilizó, facilitó su mutuo refuerzo y los convirtió en pivote del proceso de consolidación estatal-nacional. Visto desde esta perspectiva, ese momento inició también la fase principal de concentración de aquellas fuerzas creativas que caracterizan a los centros intelectuales o culturales, así como de los aparatos de reproducción y difusión simbólica y de las instancias de acreditación y legitimación cultural. Y si respecto de las demás ciudades argentinas esto abriría entonces una cesura irreversible (es decir, instalaría de manera nítida e indiscutible uno de esos *equilibrios provisionales* de los que se ha hablado), el fenómeno fue también indisociable del propio proceso de expansión metropolitana de Buenos Aires. Un proceso, como ha mostrado Adrián Gorelik, al que se dirigirían los esfuerzos reguladores que caracterizaron todo un “ciclo reformista”,

⁸ Durante la llamada “feliz experiencia de Buenos Aires”, la ciudad adquirió parte de las instituciones que habilitarían su amplio influjo cultural sobre el resto de los estados autónomos, el Colegio de Ciencias Morales y la Universidad de Buenos Aires entre los primeros. Allí se formó gran parte de la llamada “generación del 37” y, merced a sus políticas hacia las élites del interior, llegarían un tucumano como Alberdi o un sanjuanino como Manuel Quiroga Rosas. Sarmiento, en cambio, computaría esa carencia entre sus faltas. Félix Weinberg, *El Salón Literario de 1837*, Buenos Aires, Hachette, 1958; Jorge Myers, “La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas”, en Noemí Goldman (dir.), *Revolución, república, confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, col. Nueva Historia Argentina, t. III.

pero que también pareció ir a veces más rápido que las percepciones y medidas de sus cuadros intelectuales, técnicos y políticos. Las múltiples alusiones a una distancia entre la provisión intelectual y moral y la realización objetiva de la ciudad (un dilema muy simmeliano que también sería reapropiado con provecho por parte de las élites provincianas para referirse a esa orgullosa capital) no solo expresaban las vacilaciones metropolitanas respecto de la inversión evidente del progreso material en decadencia espiritual: mostraban también hasta qué punto la metrópoli *se estaba haciendo*.⁹ En todo caso, dentro de ese juego combinado de producción de una metrópoli y producción de una nación, Buenos Aires intensificó su presencia propiamente cultural en las provincias a través de ciertos mecanismos muy directos (determinadas instituciones educativas o culturales nacionales), de otros muy desiguales y complejos (los diversos mercados de bienes simbólicos que también pugnaban por ser nacionales o los diversos campos disciplinares en constitución) y de una multiplicación inédita de recorridos individuales de intelectuales, artistas, viajeros o funcionarios.

Volvamos a Córdoba, solo para remarcar lo que la unía *a* y distanciaba *de* las otras ciudades argentinas que experimentaron un impacto semejante. En primer término, la ligaba a ellas una situación presente que, conforme avanzaba la señalada concentración en Buenos Aires, parecía aplanar, equiparar a las demás en su colocación subalterna. También la unía a esas ciudades una reciente comunidad que no había desaparecido del todo de la memoria colectiva y de la que la nueva capital había estado ausente: la Confederación Argentina, que les había dado un presidente entrerriano y había allanado el paso a uno cordobés –Justo José de Urquiza y Santiago Derqui, respectivamente–, que había consolidado un colegio muy codiciado en Concepción del Uruguay y que había convertido en nacional la antigua Universidad de Córdoba. Más distante en el tiempo, la ciudad había participado también de otros circuitos y comunidades que la habían vinculado especialmente a la línea noroeste de las ciudades argentinas, situadas en el camino al Alto Perú –como, desde la perspectiva de estas, Córdoba lo estaba en el que llevaba a Buenos Aires–. De ese pasado que era, en lo esencial, el pasado colonial, derivaba así una antigua y significativa comunidad, y también una notable singularidad.

⁹ Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1998, pp. 181-186. Se trata, desde luego, de una contraposición entre cultura material y cultura moral que no debió esperar a Georg Simmel aunque adquiriera gran vigor a partir de él.

Fundación propiamente *peruana*, Córdoba había acumulado desde poco tiempo después de su nacimiento, en 1573, un conjunto de atributos que sustentarían su específica centralidad dentro de una comunidad organizada por Lima: la temprana presencia de una universidad (1613-1622) y múltiples órdenes religiosas, la ulterior instalación de un obispado (1699), su carácter de encrucijada comercial de las rutas que la comunicaban con el espacio peruano, cuyano y litoral, y el durable sostenimiento de una balanza comercial favorable que redituaba en metálico.¹⁰ Y aunque esa era se hallaba muy lejana, el efecto de haber sido centro de otras unidades y circuitos parece haberlo estado menos; algo sugerido por la insistente voluntad de protagonismo de la ciudad en la era republicana pero especialmente notable a finales de la década de 1960, cuando todo un orden nacional se tejía en Córdoba, apuntando desde allí –merced a las elucubraciones urbanas y rurales del general Julio A. Roca– a la futura capital. Lo que se subraya ha sido ya sugerido varias veces: que Córdoba no llegó siendo cualquier ciudad a ese ciclo abierto en 1880 y que, en consecuencia, su historia cultural contemporánea fue también la de una sorpresa, la de una búsqueda denodada y a veces torpe, y la de una decepción.

*

Si tanto esta introducción como los primeros capítulos atienden una serie de imágenes es porque, en lo fundamental, una de las cosas que las ciudades intercambian son representaciones urbanas, algunas muy onerosas en su vida histórica y para su historiografía. Por lo demás, el recorrido sigue un esquema conocido, en gran medida provisto por Carl Schorske: la consideración secuencial de una serie de zonas culturales que, a la vez, son pensadas tanto en simultáneo como evolutivamente, intentando restituir

¹⁰ También en este antiguo caso puede advertirse un proceso de acumulación de centralidades diversas y de variada edad que, en términos generales, se cumplió a lo largo del siglo xvii. El traslado a Córdoba de la sede del Obispado de Tucumán (1699) reviste un interés especial porque expresó entonces la consolidación más general de los intereses regionales cordobeses y se dio en detrimento de su sede histórica, Santiago del Estero. Sonia Tell e Isabel Castro Olañeta, “Actores, proyectos y conflictos en torno a la distribución de los diezmos en el obispado del Tucumán (siglos xvi-xvii)”, en Silvia Palomeque (dir.), *Actas del cabildo eclesiástico. Obispado del Tucumán con sede en Santiago del Estero 1592-1667*, Córdoba, Ferreyra Editor, 2005. Sobre la colocación de Córdoba en diversos momentos de la era colonial: véase Carlos Sempat Assadourian, *El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacio económico*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1982 y Carlos S. Assadourian y Silvia Palomeque, “Las relaciones mercantiles de Córdoba (1800-1830). Desarticulación y desmonetización del mercado interno colonial en el nacimiento del espacio económico nacional”, en María Alejandra Irigoin y Roberto Schmidt (eds.), *La desintegración de la economía colonial. Comercio y moneda en el interior del espacio colonial (1800-1860)*, Buenos Aires, Biblos, 2003.

ciertos elementos relevantes de la fisonomía cultural de la ciudad y algunas de las cuestiones y tensiones que la atraviesan entre 1880 y 1918.¹¹

Zonas culturales antes que disciplinas o campos, porque se trata de dominios reconocibles en torno de un cierto arte o *métier* particular (derecho, edición, arquitectura, artes plásticas, “estudios coloniales”) pero que pueden revestir grados muy diversos de afirmación institucional o disciplinar, de publicidad o esoterismo; ser de naturaleza más o menos intelectual, artística o comercial; estar marcados o no por corporaciones de cierto peso y dominados o no por relaciones más o menos constitutivas con otras dimensiones de la vida social. Esas propiedades inclinaron a un tipo de consideración diferencial, tendiente tanto a restituir un cierto estado de cada una de esas *artes* cuanto a determinar el tratamiento más apropiado para cada una de ellas. De esta manera, aquello que se intentó pensar en simultáneo se analizó, alternativamente, según un criterio extensivo o intensivo, macrohistórico o microhistórico, sistemático o aleatorio.

No es preciso abundar sobre el uso que se hace aquí de una noción como la de *contacto cultural*, de larga tradición antropológica pero también visiblemente reintegrada en las últimas décadas a los esfuerzos de la historia. Basta señalar que se trata de un uso laxo del que se subraya, ante todo, la dimensión constitutiva, y que para esto también fue bueno volver al *Mediterráneo*, donde la inquietud estaba bajo la forma de los intercambios civilizatorios.¹² Esto, entre otras cosas y como señalamos en otro lugar, porque acaso ese fue el costado más recortado del Braudel que llegó a Córdoba o su historiografía relativa, tan prolífica en cambio respecto de los intercambios, circuitos y centros económicos.¹³

Más que esa precisión, interesa poner de relieve aquí algo que hace a la perspectiva y que tal vez prepare mejor para la lectura. Una idea de *contexto* a distancia de todo uso genérico y, también, de todo exclusivismo artificial, que empuja a intentar identificar contextos efectivamente activos respecto de ciertos fenómenos acotados, de la especie, duración o extensión que sean. En esto tuvo mucho que ver la lectura de los microhistoriadores italianos, pero también la insistencia de Jacques Revel sobre el punto y la idea de que, en el caso argentino, tomar la cuestión en serio

¹¹ Carl Schorske, *Viena Fin-de-Siècle. Política y cultura*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981.

¹² Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

¹³ A. C. Agüero y D. García, “Introducción”, en A. C. Agüero y D. García (eds.), *Culturas interiores...*, *op. cit.* Como ejemplo, pueden añadirse a los ya mencionados los trabajos de Ana Inés Punta, “Los intercambios comerciales de Córdoba con el Puerto de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo xviii. El sector de los comerciantes”, *Anuario del IEHS*, N° 9, 1994, y Silvia Romano, “Córdoba y el intercambio regional, 1820-1855”, *Cuadernos de Historia*, N° 2, 1999.

permitía recuperar dimensiones que de lo contrario quedaban radicalmente ocluidas, comenzando por los territorios y comunidades realmente implicados en ciertos artefactos culturales.¹⁴ Y si esto hace a la perspectiva es en parte porque, tratándose de un trabajo que construye un objeto de historia cultural, espacial y temporalmente situado, no es raro que invoque, a veces menudamente, factores políticos, técnicos, económicos o de otro orden, que vulneran la cronología y el espacio propuestos y parecen, a la vez, imprescindibles para entender algo de la cultura de la ciudad. El problema, podría decirse, es cultural; sus contextos muchas veces no. Con los límites que pueda tener, serios en algún caso, este es nuestro modo de persistir en el horizonte de la historia total.

*

Salvadas las inevitables remisiones de unos a otros, en general informativas, los capítulos tienen la suficiente unidad interna como para admitir una lectura autónoma, aunque ciertamente obedecieron a un plan de conjunto que, sin ser excluyente, construyó objetos complementarios en virtud de su diversa consistencia, amplitud territorial, caladura temporal y aun del área social implicada.

El capítulo I considera una serie de imágenes estimuladas por Córdoba a lo largo del siglo XIX; imágenes articuladas por miradas externas que intentaron fijar los grandes trazos de su fisonomía urbana y sugirieron su lugar relativo en un espacio nacional dado o proyectado. Dando cauce y forma a lo que muchos pensaban, siendo mero eco de una asentada tradición intelectual o discutiendo con sus expresiones más agudas, las más exitosas de esas imágenes delimitaron los márgenes simbólicos de la consideración política, poética y cultural de la ciudad y, en consecuencia, produjeron en buena medida las condiciones de su interlocución en la era republicana. La “Córdoba claustral” –cerrada, católica, conservadora, vanamente doctoral– instala la matriz más onerosa, no solo porque en sus reapropiaciones el *Facundo* se empobrece sino también porque su eficacia social trasciende ampliamente la reconsideración nostálgica que emprendería en breve el propio Sarmiento. Con todo, en sus contestaciones asoman las piezas de una imagen más antigua, en parte sumergida por ella, que es posible condensar en la figura de la “encrucijada”, del cruce de rutas, en general asociado al comercio, al movimiento y a las más varia-

¹⁴ A. C. Agüero y D. García, “Introducción”, en A. C. Agüero y D. García (eds.), *Culturas interiores...*, op. cit.; Jacques Revel, *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires, Manantial, 2005, “Microanálisis y construcción de lo social”. Sobre ciertos tipos de contexto: Carlos Altamirano, *Intelectuales. Notas de investigación*, Bogotá, Norma, 2006.

das circulaciones. Entre el *claustro* y la *encrucijada* se juega buena parte de nuestras imágenes, y no debe extrañar que cuando sus implicancias estática y dinámica parezcan disponibles despunten las representaciones conflictivas de la ciudad, muy pronto ofrecidas como clave de lectura.

El capítulo II parte de una imagen gustosamente asumida por la élite cordobesa del giro de siglo, e intenta confrontarla al cuadro de sociedad que proveyó sus referentes fundamentales. La figura de la Córdoba “docta”, desgajada de la Córdoba “claustral” de connotación católica y más capaz que ella de conformar voluntades muy diversas, es reconducida al espacio de la ciudad real que alentaba o clausuraba su vigencia. El capítulo es, en tal sentido, tanto la historia de una idea cuanto una sociología de la población discreta que le dio vida. En el primer aspecto, se intenta trazar la breve historia de la imagen y relevar sus usos serios y jocosos en el giro de siglo. En el segundo, se busca avanzar en una radiografía de la institución universitaria a partir de su caso más antiguo, su corporación más consolidada y una de sus disciplinas más formalizadas: la atención a la Facultad de Derecho, entonces, contribuye a determinar el papel de la universidad en el espacio urbano y a circunscribir las condiciones de existencia, difusión y desgaste de una imagen.

En el capítulo III se reconstruye y analiza la fisonomía de un mundo de lo impreso hecho en el contacto. Ese mundo, más que un mundo estrictamente editorial y menos que el mundo de todo lo impreso, hallará crecientemente en Buenos Aires gran parte de sus condiciones y límites materiales y simbólicos. La escasez de antecedentes ha obligado aquí a una trabajosa reconstrucción de los ámbitos, agentes y bienes involucrados, lo que redundará en una sensible ampliación del área social considerada; ampliación que es, sin embargo, muy compatible con la heterogeneidad real de ese mundo que mezcla disciplinas, oficios e inspiraciones. Más que en otros casos, ha sido necesario establecer las coordenadas materiales del contacto, también en la dimensión cruda de los medios de transporte o las frecuencias. Caracterizaciones técnicas, funcionales y sociológicas muy puntuales de ámbitos como imprentas, librerías o bibliotecas son acompañadas de las más complejas de autores, libreros y editores. Objetos claramente mercantiles como el libro y la revista son tratados con la misma dignidad que otros no mercantiles, como las tesis doctorales, y sus eventuales mutaciones hacia el mercado de bienes simbólicos.

El capítulo IV analiza los contactos establecidos entre Córdoba y Buenos Aires en los ámbitos de la arquitectura y la plástica. Habiendo identificado un evento significativo, dotado de gran unidad intrínseca y singularmente denso, este fue aislado y sometido a nuestros interrogantes

generales sobre la cultura y el contacto entre ciudades. Se trata de lo que hemos caracterizado como el “giro culturalista” impreso al Museo Politécnico Provincial entre 1911 y 1916, giro signado por el privilegio de la historia y las bellas artes en detrimento de las colecciones naturales, y por el esfuerzo de dotar a esos contenidos de un nuevo continente. El derrotero de dos proyectos edilicios, uno de inspiración colonial y el neoclásico finalmente construido, y la difícil elaboración de la primera colección plástica provincial, ofrecen las líneas a través de las cuales se explora la circulación de artistas, arquitectos, proyectos y telas entre ambas ciudades, y los contextos estético-intelectuales, disciplinares, institucionales y mercantiles en que ella se inserta.

El capítulo V intenta evaluar cómo, al calor del vínculo con Buenos Aires y la consolidación de una determinada geografía cultural de la nación, Córdoba redescubrió su era colonial y, con ella, los vínculos estrechos que la habían unido al espacio norte del país cuando regían otros mapas. Puesto que en ese pasado y en esos mapas la élite cordobesa pudo reconocer también una antigua centralidad que advertía ahora irreparablemente perdida, no debe sorprender que, en ese mismo giro de siglo, Córdoba experimentara un precipitado proceso de distanciamiento y reconciliación con aquel pasado colonial, señalado ahora como fuente de una particularidad local capaz de otorgarle un nuevo lugar en una geografía simbólica muy transformada. La ambigüedad inicial del referente colonial será así gradualmente superada, en beneficio de su recuperación activa como elemento local distintivo y de la reivindicación de la posición intermedia de Córdoba entre el norte y el litoral (entre Buenos Aires y el interior o entre América y Europa). Y aunque ambas elaboraciones son indisociables de la difícil –pero cierta– configuración de una zona de “estudios coloniales”, la segunda bebería, además, del proceso por el cual el reformismo se constituía como universo de temas y problemas; nada casualmente su influjo se ejerce aún en una figura relativamente próxima como la de “ciudad de frontera”, con la que Aricó intentaba en 1989 asir una singularidad nacida de una posición a la vez marginal respecto de un centro presente y central respecto de un espacio y un territorio anteriores.¹⁵

¹⁵ José Aricó, “Tradición y modernidad”, *op. cit.*



Esa industriosa capital de la provincia de Tucumán, situada en el camino directo de Buenos Aires a Perú, difunde un espíritu comercial muchas millas a la redonda, como que hubiera podido llamarse en la época de que hablo uno de los principales depósitos de tránsito para el oro y plata del Perú, así como para los variados tráficó mercantiles de La Plata, sus géneros de producción vegetal o manual, y de esas numerosas tropas de mulas en los distritos circunvecinos, que en conjunto constituyen los retornos para ese virreinato por metales preciosos. No es a sus ventajas locales solamente que la ciudad debe su prosperidad actual. Esa riqueza que fluye del trabajo mecánico puede atribuirse en su origen a las instituciones jesuíticas, pues dondequiera que sus huellas se encuentren por todo el país contiguo a sus antes virtuosas moradas, el telar y el uso están exclusivamente entre los accesorios de la choza más miserable.

ALEJANDRO GILLESPIE, *Buenos Aires y el Interior*, 1806-1807

Es verdad que el viajero que se acerca a Córdoba busca y no encuentra en el horizonte la ciudad santa, la ciudad mística, la ciudad con capelo y borlas de doctor. Al fin, el arriero le dice: "Vea ahí... abajo... entre los pastos...". Y en efecto: fijando la vista en el suelo, y a corta distancia, véñse asomar una, dos, tres, diez cruces seguidas de cúpulas y torres de los muchos templos que decoran esta Pompeya de la España de la *media edad*.

DOMINGO F. SARMIENTO, *Facundo*, 1845

Como toda ciudad de relativa envergadura e historia, Córdoba estimuló imágenes que dialogaban de diverso modo con su fisonomía urbana y cultural. Traspuesta la revolución, muchas de esas imágenes remitirían a una era anterior, desigualmente aceptada como tal, que era la de su densa vida colonial. Esta, en efecto, había marcado a Córdoba más que a otras ciudades argentinas: sede de una universidad (1613-1622), un obispado (1699) y múltiples órdenes religiosas, la ciudad había sido también el destino de numerosos viajes que acercaban sacerdotes europeos, estudiantes del sur de la América española o funcionarios reales. Siendo, además, muy protagónica y muy favorecida dentro del circuito peruano-platense hasta el momento mismo de la revolución,¹ su vida

¹ Ha sido subrayado no solo el rol intermediario de Córdoba entre Lima y Buenos Aires sino, lo que es fundamental, la medida en que esa posición le permitió sostener una balanza comercial favorable, pese a alteraciones circunstanciales, y disfrutar de niveles de monetización inusuales merced a sus exportaciones mulares a Potosí y al uso de cueros y tejidos de lana como medio de cambio de sus propias importaciones litorales. Carlos Sempat Assadouríán, *El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacio económico*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1982. Carlos Sempat Assadouríán y Silvia Palomeque, "Las relaciones mercantiles de Córdoba (1800-1830). Desarticulación y desmonetización del mercado interno colonial en

debió ser entonces bastante más dinámica de lo que suelen acordar muchas representaciones ulteriores, marcada como estaba por una compleja y móvil coexistencia de comerciantes, funcionarios y hacendados españoles o criollos, clérigos y arquitectos alemanes o italianos, estudiantes tucumanos o porteños y un amplio universo de negros, mulatos, mestizos y criollos pobres. Algo de eso devuelve la mirada de ciertos viajeros o habitantes circunstanciales de aquella ciudad colonial,² que suele poner en primer término su carácter de encrucijada y centro mercantil; menos de eso trasciende a las sintéticas recreaciones de algunos ávidos lectores de estos y, sobre todo, otros viajeros en era republicana.³ El romanticismo añade historicismo, el historicismo inclina al corte y el corte se traza frente a la Colonia, extraordinario estímulo de la imaginación romántica. Y a alguien, también a alguna ciudad, debía tocarle jugar el papel de España.⁴

Adheridas a las convenciones de los relatos de viaje y a sus principios de verosimilitud, algunas de esas recreaciones reposarán sobre un fondo experiencial débil. Y si el *Facundo* de Sarmiento es el caso superlativo de ese esfuerzo por mostrar en forma a la vez esquemática y vívida la ciudad que se describe, la tensión introducida por la escasez, casi nulidad de experiencia de la ciudad, inclinará a borrar tanto como fuera posible las condiciones de emergencia de la imagen (es decir, lo inverso del relato de viajes). Más allá de ese juego de inflación y deflación de la experiencia (que Sarmiento creyera que esta era un valor para su público pero no un requisito para la escritura), lo que interesa apuntar es que efectivamente operaron, en el origen de ciertas imágenes, insumos muy diversos, y que entre ellos la experiencia contaba en la misma medida que un mundo de textos y rumores o un manojo de planos y litografías.

El problema, como se ve, radica menos en lo verdadero de las representaciones urbanas, en su ajuste relativo al modo de ser de las cosas, que en la medida en que una imagen expresa ciertas condiciones y establece otras,

el nacimiento del espacio económico nacional”, en María Alejandra Irigoin y Roberto Schmidt (eds.), *La desintegración de la economía colonial. Comercio y moneda en el interior del espacio colonial (1800-1860)*, Buenos Aires, Biblos, 2003.

² Está en Concolorcorvo como en Gillespie, en quien merece subrayarse la relación establecida entre orden jesuítica y cultura material. Concolorcorvo, *El lazarillo de ciegos caminantes*, Buenos Aires, Emecé, 1997 [c. 1773]; Alejandro Gillespie, *Buenos Aires y el Interior. Observaciones reunidas durante una larga residencia, 1806-1807*, Buenos Aires, La cultura argentina, 1921 [1806-1807].

³ Adolfo, Prieto, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina. 1820-1850*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.

⁴ Amanda Salvioni, *Rappresentazioni moderne del passato coloniale in Argentina*, Reggio Emilia, Diabasis, 2003.

estimulando o inhibiendo recorridos, ideas y producciones. Esa inquietud acompaña todo el libro y advierte sobre el lugar que este capítulo tiene respecto de los demás. Explica también por qué es preciso volver sobre una imagen tan considerada como la propuesta por Sarmiento, cuya extensión y duración, al menos en sus trazos más evidentes, a veces contrasta con la de otras menos nítidas y más larvadas, o muy definidas pero más personales y fugaces.

Aunque la elección de un preciso repertorio de imágenes reposa aquí en lo que ellas comparten, un punto de vista externo y un horizonte nacional, proyectivo o dado, su consideración intenta relevar también aquello que suele separarlas: las cualidades de una determinada idea, los diferentes puntos de partida (provincianos o centrales) de sus artífices u organizadores y sus diversos grados de familiaridad con la ciudad (desde rápidas incursiones hasta afincamientos definitivos).

Desde esta perspectiva, Sarmiento interesa tanto por la nitidez de su fórmula (una que pone en primer plano el factor colonial como presente antes que como legado) cuanto, o más, por el hecho de que esa fórmula tendría una incomparable capacidad de preformar miradas futuras. Más allá de la crudeza de los trazos, y más allá de la rusticidad de muchas de sus reapropiaciones, la Córdoba *claustral* fue una imagen llamada a tener larga vida (e incluso a desglosarse en varias), cuya eficacia ulterior inclinaría a descuidar su sentido contemporáneo. Como ese sentido no puede desligarse del hábito polémico y proyectivo del *Facundo*, es en el revés del estereotipo donde creemos posible señalar el reclamo sarmientino a la vieja Córdoba, el violento llamado a jugar un rol que no creía dado a su propia San Juan ni a otras ciudades argentinas. La vieja centralidad colonial de la ciudad, entonces, parece ser tanto el motivo del encono cuanto la razón del especial interés del sanjuanino en ella; interés indisociable de un esquema policéntrico de país que los *Recuerdos de provincia* expresan mejor y que el futuro se encargaría de desmentir.⁵

Años después, un joven Joaquín V. González permitirá advertir la potencia de esa imagen, reeditada y enervada durante su estancia en Córdoba a título de una imagen ajustada, y aun condescendiente, de la ciudad.⁶ Curiosamente, el momento de su mayor contacto con Córdoba fue también el de mayor deuda con Sarmiento; algo muy notable si los textos de la era estudiantil de González se confrontan a los que dará pocos años des-

⁵ Domingo F. Sarmiento, *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, Eudeba, 1960 [1850].

⁶ Nacido en Nonogasta, La Rioja, en 1863, Joaquín V. González se instala en Córdoba en la década de 1870, realizando allí sus estudios de preparatorio y su doctorado en Derecho (1881-1885).

pués, ya convenientemente integrado al elenco político nacional y su escenario. El cotejo bastará para advertir la medida en que ciertas imágenes urbanas se entienden mejor atendiendo a precisos contextos intelectuales (la cadena inaugurada por *Facundo* o el reconocimiento de una diferencia entre Buenos Aires y el interior) que a toda experiencia o ponderación de las ciudades reales. Y servirá, también, para poner de relieve el modo en que una imagen de trazos muy simples pero plena de sentido se empobrecía en sus reapropiaciones, en la medida misma en que sus referentes eran irremediabilmente confinados al pasado. Una inteligencia muy viva como la de González no podrá sino sucumbir al peso del estereotipo, hasta que su propio tránsito al regionalismo lo arranque de allí, quizás en procura de otros nuevos.

Frente a esa imagen de factura cordobesa, que asume sin advertirlo el que a esa hora es ya el punto de vista del centro, las *memorias* firmadas por Víctor Gálvez (Vicente Quesada) entre 1883 y 1884, desde el centro, ofrecen un marcado contrapunto. La serie, apócrifa en tanto memoria, es urdida por un porteño de amplia experiencia provinciana pero que no corresponde al narrador cordobés, que cuenta, a veces con lujo de detalles, las viejas y nuevas proezas de una ciudad que *ya no era* la que inquietaba a Sarmiento o reverberaba en González. Como el puente lo tejía la nostalgia, Córdoba era confinada al interior en la medida misma en que este era provisto de los dones de la tradición y despojado de los atributos “fenicios” o “febricantes” del centro.

Una imagen muy diferente propondrá años después Juan Biale Massé, catalán afincado en Córdoba desde fines de la década de 1870, que emprende en 1904 la tarea de discutir punto por punto aquella durable representación sarmientina –la de sus grandes trazos, la de su estereotipo–. Y si todo el *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas* está atravesado por la expectativa de un conocimiento positivo, medible y cuantificable, del espacio y las fuerzas sociales, los pasajes consagrados a Córdoba revisten especial interés precisamente porque quieren exponer de manera contundente las razones que desacreditan aquella imagen.⁷ Biale asume una perspectiva conflictiva deudora de la física y con ribetes darwinianos, y es a partir de ella que intenta mostrar cómo Córdoba está experimentando un combate entre fuerzas viejas y nuevas, entre energías e inercias, que se orienta indiscutiblemente hacia el futuro. Si de ese juego de estática y dinámica, infrecuente en las imágenes contemporáneas de la

⁷ Juan Biale Massé, *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas a comienzos de siglo*, 3 vols., Buenos Aires, CEAL, 1985 [1904]. El *Informe...* fue realizado a solicitud de Joaquín V. González, entonces ministro del Interior de Julio A. Roca.

ciudad, se desglosa apenas el factor dinámico, no cuesta advertir la reaparición de un núcleo de imaginación de larga duración, en parte ocluido por la fuerza de la ciudad *claustral*: la imagen de una Córdoba encrucijada de caminos, industriosa y mercantil, con niveles notables de acumulación y siempre con algún tipo de ricos, de los que suele señalarse la avaricia. Antes encrucijada y centro dentro de un mercado interno colonial, ahora de un mercado nacional, pero en ambos casos una imagen más centrada en la economía que en la cultura y, a la vez, decididamente abierta y conectada de la ciudad.⁸

Entre la imagen estática habilitada por las descripciones de Sarmiento y la imagen dinámica propuesta por Biale se suceden o superponen las representaciones que alimentarían un movimiento ulterior: cuando desde afuera se acuerde que Córdoba ya no es la misma, el camino a la nostalgia habrá sido definitivamente allanado. Algo de eso anunciaban las memorias de Gálvez/Quesada, capítulos de una reconsideración provinciana iniciada desde el centro en consolidación, y eso se lee también en las ulteriores intervenciones de un González que ha empezado muy temprano a volver la vista sobre su pasado *interior*. Disponibles y usadas, las imágenes que aquí se consideran documentan en sí mismas procesos de expansión y transmisión de ideas; son, a la vez, efectivos estímulos, obstáculos o tamices para el establecimiento de otro tipo de intercambios. Es la materialidad de sus efectos lo que obliga a considerarlas como verdaderas coordenadas intelectuales del contacto entre ciudades.

Ciudades abiertas y cerradas

Toda clasificación es superior al caos; y aun una clasificación al nivel de las propiedades sensibles es una etapa hacia un orden racional.

CLAUDE LÉVI-STRAUSS, *El pensamiento salvaje*, 1962

Córdoba, española por educación literaria y religiosa, estacionaria y hostil a las innovaciones revolucionarias, y Buenos Aires, todo novedad, todo revolución y movimiento, son las dos fases prominentes de los partidos que dividían las ciudades todas.

DOMINGO F. SARMIENTO, *Facundo*, 1845

⁸ Otras perspectivas a la vez dinámicas y conflictivas tendrán lugar luego, como apuntamos, y si en Monserrat, Terzaga y Aricó el conflicto principal es de orden político o cultural, no deja de ser cierto que entre sus condiciones eficientes está la gran era industrial de nuestros largos años sesenta.

Hasta donde sabemos por el propio Sarmiento, su primer contacto con Córdoba —y el único hasta la escritura de *Facundo*— remonta a 1821, año en que, frustrado su deseo de ingresar al Colegio de Ciencias Morales de Buenos Aires, habría intentado hacerlo en el Seminario de Loreto. Córdoba era entonces el destino más habitual entre cuyanos y nortños, y esa centralidad alimentada por instituciones religiosas y educativas no debió ser ajena al intento, cerrado por una nueva decepción: algo del orden de una súbita enfermedad o la negativa de una beca habría obligado al niño a un rápido retorno a San Juan.⁹ Como haya sido, lo cierto es que a este viaje adjudicaba Sarmiento haber presenciado una misa referida en los *Recuerdos de provincia*, marcada por las provocaciones lanzadas por el cura franciscano al gobernador Bustos, también en la Catedral: “Tengo presente la estructura del trozo oratorio a que aludo”, apunta Sarmiento en ese texto publicado en 1850, en referencia a una escena contemplada a los diez u once años.¹⁰ Más que la justeza de la imagen, cuestionable por buenas razones a pesar de su vivacidad, interesa subrayar el modo en que Sarmiento manipulaba ese fondo vivencial, distorsionado e incompleto, en muchas de sus representaciones “fuertes”; algo que ya había ensayado en el *Facundo*, devolviendo a Córdoba una mirada nada complaciente.

Parece evidente, sin embargo, que más que esos lejanos recuerdos pesaban en Sarmiento otros estímulos, se tratara del rumor ligado al comercio de los hombres o de la acción de una literatura de viajes que Sarmiento consumía tanto como satirizaba.¹¹ Eran en parte las convenciones de ese género las que inclinaban al tipo de indicación cartográfica en que abunda el *Facundo* (“hacia el oriente”, “a una cuadra”, “andando un poco”) y al uso del detalle como índice de verdad (los “arabescos” de la cúpula catedralicia, la “trampa” oculta en la Compañía de Jesús).¹² Y era la frecuentación de esa literatura de viajes, como señala Prieto, y la de una histórico-filosófica, según apunta Halperin, lo que proveía a Sarmiento una idea de la historia como conflicto orgánico entre grandes fuerzas y una idea del espacio que subrayaba su actividad y protagonismo.¹³ De Vico a ciertos temas de Hegel, pasando especialmente por Herder, esa filosofía de

⁹ Manuel Gálvez, *Vida de Sarmiento*, Buenos Aires, Ediciones Dictio, 1979, pp. 28-29; Ricardo Rojas, *El profeta de la pampa. Vida de Sarmiento*, Buenos Aires, Losada, 1945, p. 48.

¹⁰ D. F. Sarmiento, *Recuerdos...*, *op. cit.*, p. 105.

¹¹ A. Prieto, *Los viajeros ingleses...*, *op. cit.*, pp. 157-189.

¹² Se trata aquí del detalle no en tanto condensador de cuadros sociales más vastos, muy habitual en Sarmiento, sino como deliberado intento de dotar de verosimilitud al relato.

¹³ Tulio Halperin Donghi, *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, “*Facundo* y el historicismo romántico”.

la historia llegaba directamente o a través de Humboldt y Andrews, de Heart y de Cooper, de Volney o Quinet, organizando en buena medida las ideas sobre el mundo y el escrutinio de planos y litografías.¹⁴

De esta manera, el *Facundo* llega a construirse bajo el signo de un conflicto entre dos fuerzas que, si dejaba pocas dudas acerca del partido tomado por Sarmiento, exudaba frente a su polo negativo una ambigüedad marcadamente romántica.¹⁵ Por un lado, el par “civilización” / “barbarie” tendía a dominar el sistema de oposiciones entre ciudad y campaña, cultura y naturaleza, organización nacional y caudillismo. Por otro, la recurrente impugnación del costado bárbaro de esa pelea apenas ocultaba su peligrosa sugestión; motor de una ambivalencia que, sugerida en *Facundo* respecto de la Colonia, los caudillos o ciertas ciudades, se desplegaría en textos posteriores como franca reconsideración o incontenible nostalgia.

Pero incluso el lugar de la civilización y la barbarie no siempre es inequívoco, en parte por su propio carácter relativo y en parte por las vacilaciones de Sarmiento en cuanto a las categorías. Carlos Altamirano apunta muy bien que en el *Facundo* conviven al menos dos acepciones de *civilización*: una acotada que la identifica con Europa, con un determinado modo civilizatorio, y otra amplia que es alusiva a cualquier formación cultural particular.¹⁶ Si respecto de la primera las ciudades parecen alinearse del lado de la civilización, empujando la campaña a la barbarie, respecto de la segunda, ciudad y campaña se configuran como dos tipos de civilización, nada de esto con excesiva rigidez. Así, para Sarmiento, por un lado: “*La ciudad es el centro de la civilización argentina, española europea*” y, por otro: “En la República Argentina se ven a un mismo tiempo *dos civilizaciones distintas* [...] El siglo XIX y el siglo XII viven juntos: el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas”.¹⁷

Esa inestabilidad del significante puede ser uno de los modos en que se expresa aquella ambigüedad romántica, y ciertamente es una de las cuestiones que importan en la consideración sarmientina de la ciudad, el territorio y la cultura material en su conjunto, sobre la que hubo ilumi-

¹⁴ Según Jorge Myers, Hegel llega a Sarmiento a través de Víctor Cousin y con las inflexiones que este introdujo en su dialéctica, es decir, como una lógica hecha más de oposiciones que de síntesis, algo que testimonia el *Facundo*. Jorge Myers, “Los comienzos de la historiografía argentina”, Buenos Aires, 2007, mimeo.

¹⁵ T. Halperin Donghi, “Facundo y el historicismo...”, *op. cit.*

¹⁶ Carlos Altamirano, “Introducción”, en Domingo F. Sarmiento, *Facundo o civilización y barbarie*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1993, p. 29.

¹⁷ Domingo F. Sarmiento, *Facundo. Civilización y barbarie*, Buenos Aires, Eudeba, 1961 [1845], pp. 29 y 49, respectivamente. Énfasis agregados.

nadores estudios en los últimos años.¹⁸ Retengamos que, si en ambas acepciones la ciudad es identificada con la civilización, también hay frente a ella una vacilación que deriva de la actividad invasiva adjudicada a la barbarie, expresa en la incrustación de elementos bárbaros en la ciudad. Los caudillos federales Juan B. Bustos, Facundo Quiroga o Juan Manuel de Rosas corporizan, a juicio de Sarmiento, esa invasión, que devuelve forzosamente a la noción restringida de civilización según la cual ellos, por urbanos que sean, *son* la campaña, y por ende la barbarie.¹⁹ Entre las ciudades y su entorno pastoril, entonces, entre *esa* civilización y su barbarie consustancial, se traza el mapa que interesa a Sarmiento, solo parcialmente coincidente con los bordes previstos o futuros de la postulada Argentina. Porque, en definitiva, ese es aún un territorio de ciudades y *entornos*, incluso cuando estos se carguen del exotismo y el riesgo de la sabana infinita; el *desierto* que en verdad interesa está muy cerca, como en las acuarelas de Thomas Gibson o en las geografías contemporáneas de Conrad Malte-Brun.²⁰

En lo que hace a las ciudades, tanto las descripciones cuanto las metáforas se concentran en dos centros que el *Facundo* inscribe juntos y enfrentados, instalando una contraposición destinada a tener larga vida: “necesito examinar dos ciudades, en cada una de las cuales predominaban las ideas opuestas: Córdoba y Buenos Aires, tales como existían hasta 1825”.²¹ De

¹⁸ Adrián Gorelik, “La metáfora y el prototipo. Figuras de lo urbano en el imaginario sarmientino”, *Estudios sociales*, N° 42, primer semestre de 2012.

¹⁹ Según Barrenechea, esta indeterminación hace que el interior y Buenos Aires sean alternativamente *buenos* o *malos* con vistas a la civilización. Ana María Barrenechea, “Sarmiento and the ‘Buenos Aires/Córdoba Duality’”, en Tulio Halperin Donghi y otros (eds.), *Sarmiento Author of a Nation*, Los Ángeles, University of California Press, 1994, p. 68.

²⁰ Algunas acuarelas de este hacendado irlandés instalado en la campaña bonaerense pueden verse en *Pampa, ciudad y suburbio*, catálogo de exposición, Buenos Aires, Imago-osde, 2007. La mención a la sabana remite al complejo de figuras y analogías que, en gran medida a partir de Volney, marcaron el *orientalismo* de *Facundo* (T. Halperin Donghi, “Facundo y el historicismo...”, *op. cit.*; Carlos Altamirano, “El orientalismo y la idea de despotismo en el *Facundo*”, *Boletín del Instituto de Historia Americana y Argentina Dr. Emilio Ravignani*, N° 9, primer semestre de 1994). El “desierto” alude ante todo a las zonas escasamente pobladas que rodean las 14 ciudades de origen colonial que ingresan en el relato, claramente disociadas de una Patagonia que, según consigna Conrad Malte-Brun en 1850 (citado en *Facundo* a partir de una edición previa), constituye *junto al Océano Atlántico* el límite sur de la “República Argentina”. Conrad Malte-Brun, *Geografía Universal. Física, histórica, política, antigua y moderna*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de P. Mellado, 1850. Los grandes desplazamientos en las figuraciones de la *pampa* y el *desierto*, y el ulterior confinamiento de este a la Patagonia, han sido sugeridos por Graciela Silvestri, “La pampa como el mar”, *La Biblioteca*, N° 7, primavera de 2008, y dialogan con el propio proceso de expansión de la frontera.

²¹ D. F. Sarmiento, *Facundo. Civilización...*, *op. cit.*, p. 101. En un trabajo destacable, Gorelik considera en términos de “metáfora” y “prototipo” parte de lo que en su libro *La grilla y el*

este modo, ambas entraban al ruedo como los términos de una nueva oposición que planteaba, a la vez, dilemas nuevos. Porque si las ciudades en general no complicaban la consideración amplia o restringida de la civilización, toda mención a ciudades concretas obligaba a establecer diferencias y señalar las razones de una cierta insatisfacción civilizatoria. O mejor, era el argumento para hacerlo, ya que el *Facundo* era también un arma de combate.

En diversa medida, esas razones se señalaban en el medio natural y social, que permitía efectuar en las ciudades una operación análoga a aquella por la cual Sarmiento explicaba el “gaucho malo” merced a ciertas formas de asociación rural (la pulpería, por ejemplo, en cuya politización situaba el origen de la montonera). Así, una Buenos Aires abierta al mar, hija de la llanura inmensa, sería contrapuesta a Córdoba, que, “sita en una hondonada [y] obligada a replegarse sobre sí misma”, había sido “edificada en corto y limitado recinto”.²² Las dos líneas de barrancas que entonces bordeaban la ciudad al norte y al sur, ofrecían la pieza natural de mayor significación para esta lectura a la vez expresiva y productiva del espacio, expresada en la metáfora del “claustro”. El cerco espacial venía así a iluminar el cripticismo atribuido a la cultura cordobesa, reeditado en un interminable juego de cajas que incluía conciencias y formas urbanas:²³

[...] el habitante de Córdoba tiende los ojos en torno suyo y no ve el espacio; el horizonte está a cuatro cuadras de la plaza; sale por las tardes a pasearse, y en lugar de ir y venir por una calle de álamos, espaciosa y larga como la cañada de Santiago, que ensancha el ánimo y lo vivifica, da vueltas en torno de un lago artificial de agua sin movimiento, sin vida, en cuyo centro está un cenador de formas majestuosas, pero inmóvil, estacionario. *La ciudad es un claustro encerrado entre barrancas; el paseo es un claustro con verjas de hierro, cada*

parque se anunciaba como las dimensiones diagnóstica y proyectiva de la mirada territorial de Sarmiento. La metáfora busca asir y exponer la íntima conexión entre formas urbanas, entidad moral, textura social, y en general habilita un uso recursivo de los términos. Es esa conexión, precisamente, la que permite que haya más que determinación en el espacio, porque este no deja de aludir a una sociedad que puede conducir una transformación, eventualmente auxiliada por prototipos como el de la Quinta Normal (1853). A. Gorelik, “La metáfora y el prototipo...”, *op. cit.*

²² D. F. Sarmiento, *Facundo. Civilización...*, *op. cit.*, p. 125.

²³ “Los accidentes de la naturaleza producen costumbres y usos peculiares a estos accidentes, haciendo que donde estos accidentes se repiten, vuelvan a encontrarse los mismos medios de parar a ellos, inventados por pueblos distintos.” *Ibid.*, p. 38.

*manzana tiene un claustro de monjas o frailes, los colegios son claustros; la legislación que se enseña, la Teología, toda la ciencia escolástica de la Edad Media, es un claustro en que se encierra y parapeta la inteligencia contra todo lo que salga del texto y del comentario. Córdoba no sabe que existe en la tierra otra cosa que Córdoba; ha oído, es verdad, decir que Buenos Aires está por ahí, pero, si lo cree, lo que no sucede siempre, pregunta: “¿Tiene Universidad? Pero será de ayer. Veamos: ¿cuántos conventos tiene? ¿Tiene paseo como este? Entonces eso no es nada...”*²⁴

Se entiende, no hay ciudad *claustral* sin ciudad *abierta*, por lo que cada figura entraña a la otra y es inconcebible fuera de esa relación. La diferencia que se marca entre Córdoba y Buenos Aires es la que existe entre ciudades inclinadas o negadas al contacto, la novedad y la transformación. Para Córdoba, el célebre pasaje implica la cristalización duradera de una imagen tanto de la ciudad cuanto de su posición respecto de Buenos Aires y el resto del país. Cristalización más que aparición porque, como señalara Aricó, Sarmiento recoge una imagen que parece entonces compartida por muchos, aunque la fije con incomparable suceso. Pero además de esas representaciones laxas y extendidas parecen actuar otras más indicativas del peculiar trabajo de la “joven generación”: la hondonada, los claustros, el parque enrejado, se eslabonan fluidamente a la imagen de la Colonia propuesta por Juan María Gutiérrez en la inauguración del Salón Literario, en parte ofreciéndole un ejemplo viviente de aquel pasado y en parte alimentándola. Si la referencia es directa en la figura del “lago artificial de agua sin movimiento” (más que familiar al “extendido lago, monótono y sin profundidad” con que Gutiérrez lapidaba la imaginación española), la gravitación concedida al factor espacial ayuda a situar aquel lastre del pasado.²⁵ Deprimida, claustral, Córdoba parece expresar, por su geografía y en sus formas urbanas, aquel modelo “hispanico-argentino” al que Sarmiento contrapone un programa transformador que intuye consustancial a Buenos Aires. Más allá de su justeza analítica, el contraste importa porque instala una dicotomía durable entre la abierta ciudad-puerto, apta para la moder-

²⁴ *Ibid.*, p. 103. Énfasis agregados.

²⁵ Juan María Gutiérrez, *La literatura de Mayo y otras páginas críticas*, Buenos Aires, CEAL, 1979, “Fisonomía del saber español: cuál deba ser entre nosotros” [1837], p. 14. Sobre el lugar de la Colonia en la “joven generación”, véase Fabio Wasserman, *Entre Clío y la polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Teseo, 2008.

nización, y la hundida ciudad clausttral, que no logra ver más allá espacial ni temporalmente.²⁶

Inquieto como está por el futuro, el historicismo que tanto ayuda a Sarmiento a ganar perspectiva y procurar un corte lo inclina también a sumergir los procesos particulares en beneficio de las grandes tendencias. Ajeno a las réplicas de Ranke, Sarmiento se comporta ante la historia como un salvaje discípulo de Hegel, lo que en parte implica que el pasado venga a confirmar el aserto geográfico o sociológico más que a ofrecer las claves. Pero como ese pasado es parte de lo que está amojonando la “joven generación”, que lo identifica con la Colonia y carga a esta de los atributos de una Edad Media que el romanticismo tampoco libra de ambigüedad,²⁷ el “lago monótono” es apenas uno de los puentes que permiten hacer de Córdoba una metáfora de España y de todo lo que España representa en el Río de la Plata luego de la revolución. Esa “Pompeya de la Edad Media” que Sarmiento señala con cierta excitación, parece resguardar entonces la peor parte del coloniaje. Desatendida su antigua centralidad en varios órdenes, Córdoba no podía sino acabar siendo católica y conservadora, “monárquica” y “monástica”, a la vez condensando y exponiendo todo aquello que era preciso abandonar. La antinomia con Buenos Aires, un conflicto orgánico caro a la lectura sintética pero también útil a las definiciones que el presente parecía exigir, es así defendida a través de sumarias consideraciones sobre su diversa colocación frente a la ilustración y la revolución, reunidas aquí en un único *partido*.

No sé si en América se presenta un fenómeno igual a este; es decir los dos partidos, retrógrado y revolucionario, conservador y progresista, representados altamente cada uno por una ciudad civilizada de diverso modo, alimentándose cada una de ideas extraídas de fuentes distintas: Córdoba, de la España, los concilios, los comentaristas, el Digesto; Buenos Aires, de Bentham, Rousseau, Montesquieu y la literatura francesa entera.²⁸

²⁶ Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1857-1936*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

²⁷ La analogía entre era colonial americana y Medioevo europeo ha sido analizada en el libro de A. Salvioni, *Rappresentazioni moderne...*, *op. cit.* Ella reverberó y adquirió sus contornos en los textos críticos, literarios, polémicos o históricos de Gutiérrez, López y Sarmiento, y está muy vigente aún en uno tan tardío como las *Crónicas potosinas* de Vicente Quesada, precisadas en 1890 como “costumbres de la edad medieval hispano-americana”. En Córdoba, toda atribución *gótica* remite a esa analogía antes que a rasgos de estilo, como lo muestra el goticismo que Sarmiento denuncia en la catedral barroca.

²⁸ D. F. Sarmiento, *Facundo. Civilización...*, *op. cit.*, p. 111.

La impugnación del pasado español contrasta con la apreciación del legado colonial norteamericano, señalado como fuente de una cierta constitución institucional y moral.²⁹ Eso conduce a que allí donde aquel pasado parece más notable se identifique uno de los núcleos del drama argentino, lo que contribuye a reforzar la antinomia: a diferencia de Córdoba, Buenos Aires, “sin conciencia de sus tradiciones, sin tenerlas en realidad [es un] *pueblo nuevo improvisado* [...] *que desde la cuna se oye saludar pueblo grande*”.³⁰ Este hacer de la carencia virtud tenía un antecedente, al menos, en Goethe; pero si este apuntaba contra la vieja Europa, en Sarmiento esa unidad estallaba, identificando el elemento residual con una parte de Europa, que acababa por contraponerse a ella: “la *desespañolización* y la *europificación* se efectúan en diez años de un modo radical, solo en Buenos Aires, se entiende”.³¹ Así, en el mismo movimiento España era desprendida del continente y asimilada a Córdoba, primero “asilo de los españoles, en todas las demás partes maltratados”; luego patria de Bustos, artífice de “un gobierno español sin responsabilidad; [que introdujo] el quietismo secular de la España”.³²

Merecería un completo capítulo la marcada desatención de Bustos por Sarmiento, precisamente una de las figuras que habían sabido expresar el partido laico frente a la Iglesia y las órdenes (algo que permite entender mejor aquella afrenta sufrida desde el púlpito), y el partido ilustrado respecto de la sociedad en su conjunto: era el promotor de la llegada de la segunda imprenta a Córdoba y también el responsable de la vida de la universidad en los tempranos años de la década de 1820.³³ Pero se entiende que la continuidad que Sarmiento buscaba establecer pasaba por un conservadurismo que quería anotar entre los atributos urbanos, trayendo a su favor la contrarrevolución de 1810 y el caudillismo de los años de 1820. Y aunque este invadía también la culta Buenos Aires, debe advertirse que

²⁹ A diferencia de Estados Unidos, “nosotros, al día siguiente de la revolución, debíamos volver los ojos a todas partes buscando con qué llenar el vacío que debían dejar la inquisición destruida, el poder absoluto vencido, la exclusión religiosa ensanchada”. D. F. Sarmiento, *Recuerdos...*, *op. cit.*, p. 122.

³⁰ D. F. Sarmiento, *Facundo. Civilización...*, *op. cit.*, p. 108. Énfasis agregados.

³¹ D. F. Sarmiento, *Facundo. Civilización...*, *op. cit.*, pp. 106-107. “Dichosa América, que no tienes ni tradiciones, ni casas rancias, ni basaltos!” El pasaje de Goethe es citado en Georg Nicolai, *Homenaje de despedida a la Tradición de Córdoba Docta y Santa*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 2008 [1927], p. 19; texto que documenta en sí mismo la vitalidad de las imágenes sarmientinas de Córdoba.

³² D. F. Sarmiento, *Facundo. Civilización...*, *op. cit.*, pp. 104-105.

³³ Alfredo Terzaga, “Clericalismo y liberalismo: las dos caras de la medalla cordobesa”, *Todo es Historia*, N° 75, julio de 1973.

mientras Córdoba era expuesta como *artífice* del “*sabio*” Gaspar Rodríguez de Francia, doctor salido de sus aulas, la ciudad-puerto tendía a serlo como *víctima* de Rosas, “más hostil, si se puede, a las ideas, costumbres y civilización de los pueblos europeos”.³⁴

Motivo de un regular orgullo local, la Universidad de Córdoba será, como anunciaba la mención a Rodríguez de Francia, objeto de una radical revalorización. Lo que Córdoba tiende a mostrar como su logro mayor es en *Facundo* trinchera de la tradición, fábrica de tiranos y fuente de una imagen desajustada de la ciudad, que alcanza a todas sus capas sociales:

Esta ciudad docta no ha tenido hasta hoy teatro público, no conoció la ópera, no tiene aún diarios y la imprenta es una industria que no ha podido arraigarse allí. El espíritu de Córdoba hasta 1829 es monacal y escolástico; la conversación de los estrados rueda siempre sobre las procesiones, las fiestas de los santos, sobre exámenes universitarios, profesión de monjas, recepción de las borlas de doctor.³⁵

[...] el pueblo de la ciudad, compuesto de artesanos, participa del espíritu de las clases altas; el maestro zapatero se daba los aires de doctor en zapatería y os enderezaba un texto latino al tomaros gravemente la medida; el *ergo* andaba por las cocinas, en boca de los mendigos y locos de la ciudad, y toda disputa entre ganapanes tomaba el tono y forma de las conclusiones.³⁶

No sorprende que sea en los *Recuerdos de provincia*, en los que se ha observado cierta distensión del juicio al coloniaje, donde se plasme también una mirada más benévola de la ciudad mediterránea.³⁷ En efecto, allí la Colonia vuelve como región de un antiguo esplendor familiar, la ambigüedad se expone y la nostalgia encuentra su lugar, algo que afecta de manera muy directa el tratamiento de todas las cosas asociadas a aquella era. Mediando pocos años, entonces, Córdoba es reconsiderada a partir de dos figuras que, anunciadas en *Facundo* como puntos luminosos, adquieren aquí un peso nuevo y favorecen una mirada de conjunto bastante más amena. En primer lugar, el deán Gregorio Funes, “término medio entre la Colonia y la República”, cuyo retorno de Europa habría estimulado una época dorada, aproximando una biblioteca “cual no la había soñado la Universidad de

³⁴ D. F. Sarmiento, *Facundo. Civilización...*, *op. cit.*, p. 14.

³⁵ *Ibid.*, p. 103.

³⁶ *Ibid.*, p. 104.

³⁷ T. Halperin Donghi, “Facundo y el historicismo...”, *op. cit.*

Córdoba” e introduciendo “el siglo XVIII entero [...] al corazón mismo de las colonias”. Bisagra entre el pasado colonial y el presente republicano, Funes es señalado como artífice de una avanzada reforma universitaria, un nuevo clima intelectual y una generación victimizada por el realismo o las luchas civiles.³⁸ Y aunque estas coinciden con su epígono (porque su época ha quedado atrás y porque “hacía tiempo que había muerto en la opinión de sus contemporáneos”), sin duda Funes es en los *Recuerdos...* mucho más que en el *Facundo*.³⁹ No se trata solo de que su figura adquiera un protagonismo nuevo, como condensador y revelador de un estado de cosas más amplio, sino –y especialmente– de que eso permite evocar una ciudad difícil de imaginar tras los trazos fuertes y contrastantes de aquel:

Era Córdoba, entonces, el centro de luces y de las bellas artes coloniales. Brillaban su Universidad y sus aulas; estaban poblados de centenares de monjes sus varios conventos; las pompas religiosas daban animado espectáculo a la ciudad, brillo al culto, autoridad al clero, y prestigio y poder a sus obispos.⁴⁰

Ciertamente, es menos la descripción que la valoración lo que ha cambiado, pero eso también redundaría en la apertura de nuevas zonas de interés y en la consideración de factores antes opacados. Porque si Funes

³⁸ D. F. Sarmiento, *Recuerdos...*, *op. cit.*, pp. 102 y 111 a 114. Luego de la expulsión de los jesuitas (1767), la Universidad quedó en manos de la orden franciscana. En 1800, una Real Cédula dispuso su retorno al clero regular y su refundación como Real Universidad de San Carlos y Nuestra Señora de Monserrat, decisión demorada hasta 1807-1808, años de la designación de Gregorio Funes (1749-1829) como rector del Colegio, primero, y de la Universidad, luego. Según Luque Colombes, a partir de allí el deán implementó un plan de estudios provisorio al que seguirá, luego de la revolución, el más célebre, redactado en 1813 y aprobado en 1815. Esta reforma fusionaba las formaciones en Derecho Civil y Canónico –habilitando la graduación *in ultroque jure*– e incorporaba como materia común Derecho Natural y de Gentes. Carlos Luque Colombes, *El primer Plan de estudios de la Real Universidad de San Carlos de Córdoba. 1808-1815*, Córdoba, Imprenta de la Universidad, 1945.

³⁹ D. F. Sarmiento, *Recuerdos...*, *op. cit.*, p. 125. Aunque Sarmiento no atienda *grandes individuos* en sentido propiamente hegeliano (de aquellos que “aprehenden [el] contenido universal y hacen de él su fin; [y que] realizan el fin conforme al concepto superior del espíritu”), mantiene la expectativa de que ciertas figuras expresen –sino el espíritu universal– un medio, una época, un mundo que las excede. Considerar a Quiroga o Funes puede ser así hacer sociología o historia: Facundo se resiste a morir porque su mundo no ha muerto, Funes muere antes de morir porque el suyo ya lo ha hecho (“hay hombres a quienes nada puede salvar de la muerte porque se ha modificado la atmósfera en la que se habían desenvuelto”). D. F. Sarmiento, *Recuerdos...*, *op. cit.*, pp. 120-121; G. W. Friedrich Hegel, “Introducción general” e “Introducción especial”, *Lecciones sobre Filosofía de la Historia Universal*, Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente, 1974 [1818-1844], p. 91.

⁴⁰ D. F. Sarmiento, *Recuerdos...*, *op. cit.*, p. 102.

expresa una avanzada ilustrada que lo excede, su protagonismo no se agota en las lides intelectuales sino que deviene central en el curso mismo de la revolución rioplatense: “Muchos hilos de la trama, si no todos, pasaban por Córdoba bajo la mano suave y entendida del doctor y deán [...] *centro natural de todos los movimientos preparatorios para la revolución de la independencia*”. “La Edad Media [parapetada] en sus numerosos claustros” conspiraba contra él y su grupo, con lo que aquello que en *Facundo* parecía ser toda la ciudad era ahora, en los *Recuerdos...*, apenas una parte de ella.⁴¹

El general José María Paz, vencedor de Quiroga en La Tablada, es la otra figura relevante en los *Recuerdos...* Y si frente a Funes era la contrarrevolución la que se alzaba, frente a este es su secuela, el caudillismo, el que actúa. Entre una y otro se sigue señalando el partido de la barbarie, pero este resulta ahora soberbiamente contestado por esos dos hombres que, si no el espíritu universal, parecían expresar bien el sentido nacional de una historia ajena a los grandes centros de la filosofía de la historia. La Colonia, sus pervivencias, sigue siendo sin dudas algo a eliminar. Pero la distancia, que ha disminuido gran parte de la urgencia, también la vuelve cada vez más susceptible de estilización, como pronto mostraría también Vicente Fidel López en *La novia del hereje*. Esta distensión marca a los *Recuerdos...* tanto como el género adoptado, y estos ofrecen una consideración entre nostálgica y mesurada de muchas de las cosas que aquí interesan.⁴²

En conjunto, la elaboración sarmientina de Córdoba es significativa porque, a la vez que instala imágenes duraderas, matriciales, como la de la Córdoba “claustral” (hundida, católica, conservadora, *doctoral*) y la de su conflicto estructural con Buenos Aires, participa de un movimiento de varias décadas, marcado por el descenso de la ciudad mediterránea (la pérdida de su antigua centralidad colonial) y el ascenso (aún nada indiscutible) de la ciudad litoral. El *Facundo* y los *Recuerdos...* expresan a su modo el proceso por el que Córdoba ya no detenta la exclusividad universitaria en el Río de la Plata, los circuitos económicos que la tenían por centro han sido desarticulados y muchas cosas sugieren que no habrá estado durable sin el concurso porteño. Y a veces esto se presenta invertido, al menos en términos cronológicos: “una antigua ojeriza” entre ciudades se

⁴¹ *Ibid.*, pp. 111-113. Énfasis agregados.

⁴² Incluso en el dudoso respaldo documental al que Sarmiento remite parte de sus imágenes “fuertes” de Córdoba: “El espíritu monástico –dice un manuscrito que consulto–, el aristotelismo y las distinciones *virtuales* y *formales* de Santo Tomás y de Scott, habían invadido los tribunales, las tertulias de señoras y hasta los talleres de los artesanos. Con pocas excepciones, los clérigos eran frailes, los jóvenes coristas y la sociedad toda un convento”. D. F. Sarmiento, *Recuerdos...*, *op. cit.*, p. 106.

expone como el producto de que, a Buenos Aires, habría disputado “la supremacía la docta ciudad central”.⁴³

Pero Sarmiento también interesa porque sus imágenes revelan un especial interés en Córdoba, que invita a reconsiderar el lugar que le concedía en el diseño material e imaginario de la futura nación.⁴⁴ Aunque solo excepcionalmente la rehabilitación sea expresa, conviene no desatender una constatación que abre una cesura respecto de otras ciudades argentinas, así como un supuesto fundamental que atraviesa el *Facundo* todo: Córdoba *debe ser considerada*, sea en tanto facticidad, frustración o posibilidad. Resulta muy notable, por ejemplo, que algunos de los elementos “cordobeses” que irritaban a Sarmiento fueran consignados luego en los *Recuerdos...* respecto de San Juan o Santa Fe.⁴⁵ Frente a ellas, sin embargo, precisamente por haber sido *centro*, Córdoba se revela un artefacto mucho más adecuado para desmontar el pasado colonial y el presente federal que Sarmiento rechaza, *a la vez que* un razonable parámetro para juzgar la propia cultura y barbarie de Buenos Aires.

Que Sarmiento creía posible y necesaria una centralidad alternativa para Córdoba parecen ponerlo de relieve sus intervenciones posteriores desde la función pública. La creación de la Academia de Ciencias y del Observatorio Astronómico, la realización de la Feria Industrial de 1871, la dotación de científicos y docentes extranjeros por él promovida (todos esos enclaves de *civilización*), sugieren que el vehemente desprecio por el sesgo que el paisaje y la Colonia habrían impuesto a la ciudad dialogaba, podía dialogar, con un protagonismo peculiar dentro de un proyecto que admitía más de un centro. Y en verdad, esas medidas no eran incompatibles con un señalamiento que estaba ya en el *Facundo*, como reverso de su ironía ante la universidad:

[...] hay una circunstancia que la recomienda poderosamente para el porvenir, la ciencia es el mayor título para el cordobés, dos siglos de

⁴³ *Ibid.*, p. 117.

⁴⁴ Aunque no se tratara necesariamente de su “verdadero centro” de interés, como sugiere Barrenechea.

⁴⁵ Ante la decadencia de las élites sanjuaninas, Sarmiento arremete: “Bárbaros! Os estáis suicidando; dentro de diez años, vuestros hijos serán mendigos o salteadores de caminos”. Santa Fe, por su parte, le parece una aldea donde antes hubo una ciudad. La decadencia estaba en Córdoba, sin duda, aunque su lugar es completamente diferente del de los otros. Aludiendo al gobierno del federal Quebracho López, apuntaba: “La lucha de ideas entre [Córdoba y Buenos Aires] pasó, generándose, de la ciudad a la campaña, y el último representante del orgullo doctoral de Córdoba es hoy un pastor de ganado, gobernador federal”. D. F. Sarmiento, *Recuerdos...*, *op. cit.*, pp. 52, 110 y 118, respectivamente.

universidad han dejado en las conciencias esta civilizadora preocupación, que no existe tan hondamente arraigada en otras provincias del interior.⁴⁶

La peculiar centralidad imaginada para Córdoba está íntimamente unida a su carácter de encrucijada geográfica pero también cultural; parece tratarse de la gran llave para la transformación del antiguo eje centro-norte.

Córdoba, metrópoli y provincia

Cada individuo tiene un “mapa” en su mente. Es una imagen más o menos vaga del “mundo” que para él tiene sentido, y constituye uno de los medios de que dispone para “localizarse” a sí mismo [...] Para muchos, especialmente para los individuos más sensibles y con más experiencias vividas, una de las más importantes características del mapa es que representa la proximidad o lejanía cualitativa de cada uno de ellos respecto de la metrópoli.

EDWARD SHILS, *Los intelectuales en los países en desarrollo*, 1976

Joaquín V. González había llegado a Córdoba a mediados de la década de 1870, merced a lo que la ciudad tenía de meca cultural para el eje norteño. Alumno del preparatorio del Colegio Nacional de Monserrat y luego de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, vivió los años de su juventud en esa ciudad, a la que lo unió entonces una extraña hostilidad y de la que daría impresiones diversas conforme se alterara su propio lugar en la escena nacional.⁴⁷ Esa hostilidad inicial podría remitirse en parte a la colocación provinciana de González en un centro urbano que conservaba cierto primado regional y, merced a la marcada inteligencia del joven, podía a la vez ser interpelado con una distancia inhabitual en los no establecidos. Una lectura muy apegada del *Facundo* parece haber acompañado, e incluso modelado, la impugnación de esa *metrópoli* que su propia experiencia obligaba a reconocer como tal; lectura apegada antes que atenta y, en consecuencia, especialmente sensible a los grandes trazos, las grandes sugerencias, de aquella epopeya. El momento de la

⁴⁶ D. F. Sarmiento, *Recuerdos...*, *op. cit.*, pp. 139-140.

⁴⁷ Debe recordarse que González (1863-1923) había nacido en Nonogasta, entonces un pequeño caserío, próximo a las minas de Famatina, en la provincia de La Rioja. En Córdoba obtuvo sus grados de licenciado y doctor en Derecho el 3 de mayo de 1886, los que solo le serían acreditados el 26 de marzo de 1890, previa consulta sobre su efectiva validez y vigencia. Documentos de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, 1886 y 1890, folios 179 y 69, respectivamente (AGHU).

hostilidad y la experiencia es así, simultáneamente, el de la renuncia a una consideración que fuera más allá del estereotipo y el de la enfática adhesión a sus líneas más agudas. Casi en sentido inverso, el requisito de la revisión de Córdoba será el distanciamiento y la integración de González a un Estado y una clase política nacionales que lo tendrán por figura principal; desde esta nueva localización, el riojano podrá volver la vista sobre una ciudad que advierte ahora a todas luces *provinciana* (y, en esa medida, apta para la imaginación regionalista), precisamente porque se mira desde el centro.⁴⁸

Sin duda, esa asimetría invertida de *metrópolis* y *provincias*, de puntos de vista centrales o periféricos, no alude al mismo tiempo como no alude a los mismos desequilibrios territoriales. La provincianía inicial del joven González debe pensarse en sus propios términos: los de una región interior definida por sus intercambios efectivos, entre ellos los de estudiantes y grados universitarios, en la cual Córdoba ocupaba un lugar proporcional a sus bienes específicos.⁴⁹ Ese equilibrio estaba aún muy activo en la década de 1870, cuando González llegó a la ciudad. Siendo muy próximo temporalmente, el cuadro dista mucho del que abriría a las élites provinciales la federalización de Buenos Aires, impulsada por ellas. Porque en ese movimiento no solo se confirmó una capitalidad política, sino que también se abrió una ciudad al común asalto por las élites provincianas. Fue, sin dudas, un asalto festivo, pero mostraría bien pronto su costado más agudo; porque aquellos que llegaron, y empujaron a la Capital a rematar

⁴⁸ Botana identifica a González como uno de los políticos de “primer rango” del *orden conservador*, en virtud de la serie de posiciones que ocupó de manera casi continua y, en ocasiones, simultánea. Fue diputado nacional por La Rioja en los períodos 1886-1888, 1888-1889, 1892-1896, 1898-1901; senador nacional por esa provincia de 1907 a 1916 y de 1916 a 1923; ministro del Interior de la Nación entre 1901 y 1904; en el mismo período alternó los cargos de ministro interino de Justicia e Instrucción Pública de la Nación y ministro interino de Relaciones Exteriores y Culto; entre 1904 y 1906 fue titular del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública; entre septiembre y noviembre de 1906, ministro del Interior; gobernador de la Rioja entre 1889 y 1891; redactor de la nueva Constitución de La Rioja en 1887; vocal del Consejo Nacional de Educación designado en 1892 y 1899; convencional por Córdoba para la reforma de la Constitución Nacional, electo en 1898; y, finalmente, presidente de la Universidad Nacional de La Plata en los períodos 1909-1912, 1912-1915 y 1915-1918. La nómina excluye los cargos honoríficos, nacionales e internacionales, de que fuera investido, pese a no haber salido nunca del país. Natalio Botana, *El Orden Conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985, p. 156.

⁴⁹ Dentro de esa región, la centralidad universitaria de Córdoba solo sería comprometida por la creación de la Universidad de Tucumán, en 1914. La aparición previa de la Universidad de La Plata (nacional desde 1905), en cuyo despegue González sería tan protagónico, afectaría de manera diversa, y decididamente a otra escala, el lugar que la Universidad de Córdoba reclamaba para su ciudad.

su embeleso, adquirirían también una perspectiva que no podía sino ser desgarrada: por un lado, la vista de una ciudad ciertamente inédita, pensada y habitada como propia; por otro, casi inmediatamente, la vista de las provincias desde la perspectiva del centro.⁵⁰ Una vista en la cual Córdoba y La Rioja pesaban ya, parecían pesar, en la misma medida.

Señalado esto, resulta esperable que los desplazamientos entre las imágenes estimuladas por uno y otro momento sean sustantivos, algo que en efecto ocurre pero que podrá ser mejor establecido partiendo de aquello que las une: la sinonimia entre Córdoba y su universidad, sobreentendida a lo largo de los treinta años en que se despliegan las intervenciones aquí consideradas. Aunque el núcleo de imaginación diste de ser novedoso —lo hemos visto ya consignado en el *Facundo* como uno de los dobleces del *claustró*—, su colocación en los textos gonzalianos mostrará no solo cómo la expansión de aquel recinto a la ciudad la haría susceptible, con los años, de una marcada alteración valorativa —movimiento que los propios *Recuerdos...* testimonian en Sarmiento— sino cómo, en todo caso, esta vendría a fijar bajo las formas suaves de la evocación regionalista un mapa más dramático y de larga duración, en que la región aparecía allí donde una metrópoli ya consagrada se ausentaba.

En un texto temprano, “Córdoba religiosa” (1883), un González muy apegado al *Facundo* defiende esa imagen fuerte de la ciudad a través de dos breves apartados, el primero llamado “Un poco de historia”, el segundo, directamente, “Los jesuitas”.⁵¹ De manera previsible, “universidad”, “jesuitismo” y “ciudad” son expuestos como términos intercambiables.⁵² El juicio histórico, no obstante, se aplaza en beneficio del vector espacial, tan fuerte en el *Facundo*. Las barrancas reaparecen ahora como el escenario propicio para el despliegue de la orden en que se cifra la tragedia de origen: los jesuitas habrían encontrado que “Córdoba [era] completamente adecuada para establecerse, tal vez porque su configuración topográfica [tenía] mucha semejanza con la naturaleza de la dominación que traían consigo, *sombría* y *estrecha*”.⁵³ Y de ese consorcio, entonces, deri-

⁵⁰ Stephanie Bower, “Political and Socio-Economic Elites: The Encounter of Provincials with Porteños in Fin-De-Siècle Buenos Aires”, *The Americas*, vol. 59, N° 3, enero de 2003.

⁵¹ Este no es un texto cualquiera: se trata de un discurso pronunciado en la Sociedad Tipográfica de Córdoba, una pieza interesante del anudamiento de sectores sociales y del pensamiento laico en la ciudad.

⁵² Siendo una creación pontificia a partir del Colegio Mayor (1613/1622), la Universidad cordobesa fue confiada inicialmente a la orden jesuita. Ese origen, y el enorme poder alcanzado por la orden hasta su expulsión, hicieron que el *jesuitismo* de Córdoba fuera una acusación común y de larga vida.

⁵³ Joaquín V. González, *Obras completas*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1935,

varían las formas artificiales, los también “estrechos” y “sombrios” claustros en que los jesuitas desplegaran su acción hasta lograr “someter espiritual y materialmente a toda la ciudad y gran parte de la campaña”.⁵⁴

Si el de Córdoba es un *origen trágico* es porque a González le interesa menos el pasado que el presente, y porque persiste en pensar ese presente tal como lo ha leído en el *Facundo*. Habrá aquí otras ocasiones para advertir la movediza arena en que se escribe el texto de González, pero admitamos de momento que la razón de aquella tragedia es, ante todo, su actualidad. Al influjo de la Compañía obedecería “el sello de lentitud, de oscurantismo y enervamiento, que ha caracterizado [la] historia local por espacio de tres siglos”, “el sello imborrable de sumisión intelectual, que distingue en la historia las sociedades que han recibido su espíritu”.⁵⁵ A su influjo, también, “ese espíritu falsamente religioso [que] estuvo a punto de hacer fracasar la revolución de mayo”.⁵⁶ Hay, como en *Facundo* pero menos que en los *Recuerdos...*, el censo de las honrosas excepciones; pero hay también el señalamiento de que ellas estaban condenadas al fracaso, y esto porque en González *jesuitismo* y *barbarie* no son el contraste entre un tipo de civilización y su ausencia sino sinónimos resistentes. Esa es la pesada herencia de aquella orden que habría dado “al salvaje las ideas más absurdas de religión y de gobierno”, a la vez que instalado “en el corazón de la *virgen América* todos los vicios de que se hallaba infecta la Iglesia Católica”.⁵⁷

Mucho separa estas consideraciones gonzalianas de aquellas que tendrán lugar a comienzos del siglo xx. No es tanto un cambio radical de los atributos adjudicados a la imagen sino, en todo caso, una fuerte alteración valorativa, ligada a la relectura del pasado con el que la ciudad había sido identificada. En términos generales, esa relectura es indisociable del malestar ante la modernización tecnoeconómica y sus aspectos conflictivos —la inmigración entre ellos—, porque es ese malestar el que debilita el sentido de nociones que, como la de “progreso”, habían sido erigidas en valores en sí mismos y contrapuestas a Córdoba en 1883. La idea de que

vol. I, “Córdoba religiosa” [1883], p. 398; énfasis agregados. La barranca cede a la “hondonada”, presente también en una anécdota que Lucio V. López adjudicará a su padre en 1896 —“[él] huía frecuentemente de la ciudad [...] *enclavada en aquel hoyo en que Sarmiento la encontró*”—. Lucio V. López, “El salto de Azcochinga”, *La Biblioteca*, revista mensual dirigida por P. Groussac, año I, t. II, 1896, p. 483. El motivo reaparece en muchos otros escritores y viajeros de la etapa.

⁵⁴ J. V. González, “Córdoba religiosa”, *op. cit.*, p. 400.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 397 y 402.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 397.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 393.

ese viejo objetivo, plasmado en la región litoral en torno a la ciudad primada, ha introducido un desajuste insalvable entre realización material y desarrollo espiritual, se cuenta, sin duda, entre las razones del *giro interior* de González. Frente a ese desfase, una de cuyas manifestaciones es la presencia de una miríada de nacionalidades diversas, el interior, con sus poblaciones menos móviles, parecerá ofrecer respuestas más seguras a la cuestión *nacional*. La reválida criolla, entonces, se abrirá paso en la medida en que lo hace, al menos desde el centro, la reconciliación con España.⁵⁸ Y puesto que Córdoba *había sido* España, esto tendrá para ella especiales consecuencias.⁵⁹

En términos generales, el rastillaje de las regiones interiores empujará a la historia, al interés por el proceso y a la preocupación por una narrativa capaz de expresarlo.⁶⁰ Y aunque las vías para esta recuperación varíen, sugiriendo tanto un mundo de documentos cuanto un mundo de oralidad, es el propio esfuerzo de perspectiva lo que permitirá pensar nuevas colocaciones para viejos parajes y paisajes.⁶¹ Si antes el horizonte se ubicaba en el “progreso”, en cierta idea de futuro, tras el desencanto este

⁵⁸ Sobre el tipo de “regionalismo débil” que González representa, signado por el esfuerzo de reintegrar la región o la comarca a un relato nacional de “muy pocos tonos”, hispano-argentino, véase Adrián Gorelik, “Buenos Aires y el país: figuraciones de una fractura”, en Carlos Altamirano (ed.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel, 1999, p. 138. Pese al notable retorcimiento del gesto *interior* de Quesada, es posible vincular sus *Memorias* (las de Víctor Gálvez) con un regionalismo tal.

⁵⁹ Ocasionalmente González combinará este tipo de recuperación con la indígena, algo que dará lugar a aisladas formulaciones míticas del mestizaje. Así, por ejemplo, al referirse al fundador de la Universidad: “Hijo de la *tierra americana* sentía quizá ese vago *aleteo interior* de los grandes pensamientos o de las misteriosas profecías, *innato*, además, en los *indígenas de un suelo vigoroso*, y le imprimió, en su *lema heráldico* el mandamiento *–ungido* sin duda en el *divino simbolismo del Evangelio*— de hacer oír su nombre por todas las gentes. [...] *una nueva Patria* aparece en el escenario del mundo”. Joaquín V. González, *Obras completas*, vol. xiii, “La Universidad de Córdoba en la cultura argentina” [1903], p. 281; énfasis agregados. Según Roldán, es en *El juicio del siglo* (1910) donde mejor se expresan algunos de los diagnósticos y propósitos de González, quien opera “como un puente entre el liberalismo antihispánico a la manera de Alberdi y el nacionalismo prohispano de Gálvez. De esta manera, también, descubre uno de esos hilos conductores donde asentar sólidamente un fuerte nexo entre el pasado y el presente: entre la historia y la política”. Darío Roldán, “De la certeza a la incertidumbre. El periplo de un liberal consecuente: Joaquín V. González (1910-1920)”, *Documentos del CEDES*, N° 5, 1988, p. 5.

⁶⁰ Según Roldán, *El juicio del siglo* intenta responder, por un lado, cuestiones estrictamente políticas, que convocan a superar un pasado divisionista y signado por los intereses de partido. Por otro, una cuestión histórica, que exige un tipo de búsqueda deductiva de “leyes constantes y periódicas”. D. Roldán, “De la certeza...”, *op. cit.*, p. 3.

⁶¹ Por momentos, González se inclina por la vía adoptada en *La tradición nacional* (1888), donde el imperativo de un relato del pasado convive con la distinción entre *historia* y *tradición* y con la apelación al fondo oral que entiende propio de esta.

se encuentra en el pasado; la presunción de una unidad forjada en sus sinuosidades y la idea de que la Revolución de Mayo había concretado (demasiado) cabalmente la escisión entre pasado y presente, lo empujan en este sentido.⁶²

En esa búsqueda de un sedimento común, muy vinculada a la construcción de una narración histórica, aquel espacio que sigue considerando marcado por la herencia colonial –y en este sentido *tradicional*– adquiere un nuevo significado. Ahora es precisamente *en virtud de* ese legado que Córdoba encuentra su lugar en la nación, como reserva de un pasado común, hispano-argentino, y como ciudad-universidad, sinónimo de cultura universal. La relectura del pasado cordobés, entonces, estará signada por esa revisión de la etapa colonial, por un desplazamiento notable en la consideración del rol de Córdoba en la Revolución y por una valoración positiva de aquel viejo baluarte, en vistas a la unidad histórica de un origen y un destino nacionales.

Fundada esta Universidad entre las penumbras de un gobierno colonial sin luces ni orientación [en ella] iba envuelto el germen de vastas reacciones cívicas no sospechadas, de revoluciones políticas incontrarrestables: iba en él [...] la Revolución de Mayo, encendido el yunque donde se forja la Nación Argentina, y con el seno nutrido de todas las ideas orgánicas legadas por las emancipaciones anteriores, frutos a su vez, de aquellas doctrinas salvadas de la antigüedad en el asilo hermético de las ciencias medievales.⁶³

La cita condensa varios de los desplazamientos referidos: la relectura de la era del coloniaje, cuya valoración negativa se restringe ahora al (desaparecido) estado colonial, en tanto se omite toda mención a la (vigente)

⁶² Mitre, en cambio, había partido de la desigualdad regional –el resultado– para explicarla en virtud de las colonizaciones involucradas; algo que a su juicio era comenzar por el comienzo: “Aun cuando la colonización del litoral del Plata no siempre fue acertada en la elección de los lugares que se poblaron y en los medios que al efecto se emplearon, ella obedecía, empero, a un plan preconcebido que tenía en vista la producción, el comercio y la población. No así *la colonización mediterránea del país*, debida a la corriente del Perú, la cual, teniendo siempre presente su modelo, *marchaba por instinto tras las huellas de la antigua civilización quichua desde Salta hasta Córdoba, y fundaba sus ciudades al acaso* [...] tenían una constitución distinta, siendo la consecuencia más notable de esto la desigual distribución del progreso”. Bartolomé Mitre, *Obras completas de Bartolomé Mitre*, vol. iv, Buenos Aires, edición ordenada por el Congreso de la Nación, 1940, “La sociabilidad argentina. 1770-1794” [1876], p. 17; énfasis agregados. La idea de que la historia comenzaba con la colonización lo había llevado a objetar a González la inclusión de un pasado indígena en *La tradición nacional*.

⁶³ J. V. González, “La Universidad de Córdoba...”, *op. cit.*, p. 282.

Compañía de Jesús; la atenuación de ese pasaje histórico merced a que en él se gestaba su disolución; la simultánea rehabilitación de la antigüedad y la escolástica (la una como reserva intelectual y moral, la otra como guardiana de aquellas); y, finalmente, una identificación entre Córdoba y la Revolución que se vuelve estructural (ya no son algunos visionarios los que logran romper el yugo sino que Córdoba, siendo universitaria, debía ser ilustrada y revolucionaria). La gran especificidad de Córdoba, entonces, la hace ahora adecuada para operar la síntesis histórica entre el pasado alojado en sus claustros y un presente en que esa universidad “atrae y asimila la ciencia con espíritu libre y abierto”.⁶⁴

[...] ningún instituto argentino está mejor colocado que este para realizar la *restauración del vínculo disuelto entre el presente y el pasado*, en cuanto al valor representativo de la nacionalidad misma. La revolución ha roto, sin duda, el lazo político, pero no ha podido destruir el hecho social y étnico sancionado por la sucesión de tres siglos.⁶⁵

De esta manera, merced a ese formidable conductor histórico que es su universidad, Córdoba parece encontrar su misión histórica en instalar una continuidad donde antes hubo una cesura, de la cual la revolución había sido inevitable agente. Lo que antes fuera su tragedia, su impronta colonial, es ahora su virtud. Su antigüedad se aligera de “monastismo” y “monarquismo” y es rehabilitada como fuente de historia y tradición.

Pronto resonará sobre estos graves muros la campana anunciadora del tercer siglo de su historia viviente y dos épocas revivirán a su llamamiento, para confundirse, para reconstruirse en espíritu, *para restablecer la unidad psicológica de una raza*, y para mostrar a la patria los cimientos seculares de su hogar, que las vicisitudes de la guerra emancipadora pudieron cubrir de cenizas pero no destruir [...] *Con el secreto de la antigüedad* sobre la cual la patria nuestra puede levantar su edificio eterno. [...] quedará nuestra vieja Universidad como la *guardadora augusta del fuego originario*, custodia del legado fundamental del *patrimonio primitivo*.⁶⁶

⁶⁴ *Ibid.*, p. 281.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 286. Énfasis agregado.

⁶⁶ Joaquín V. González, *Obras completas*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1935, vol. xvi, “La Universidad de Córdoba en la evolución intelectual argentina” [1913], pp. 70-71; énfasis agregados. Sobre el vínculo entre *raza* e hispanismo en la generación del novecientos, véase Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”.

No extraña que el desplazamiento habilite también la reválida de la ciudad, con “la dulzura y atractivos de su ciudad y su valle”.⁶⁷ En ese juego de distanciamiento y retorno, mediado por los sentidos y poetizado por el *yo* regionalista, todo parece acercarlo a unos años de Córdoba y un perfume, como el de los “viejos armarios de familia, cuyas puertas, al abrirse después de una larga ausencia, envían al corazón un hálito de memorias amadas que lo expanden, lo marean, lo arrebatan, como una humareda de incienso en medio del acorde de un órgano lejano”.⁶⁸ Años cuya oscura descripción sensorial contrasta con la de un clima intelectual —el de la década de 1880— que había estado del todo ausente en su texto de 1883; años en que

[...] era brillante el núcleo de hombres que hacían constelación, cátedra, núcleo atractivo e influyente, foco vívido de pensamiento, de lucha, de acción social y política. ¡Qué, si hasta del seno de los círculos eclesiásticos, como del fondo de una nube oscura, surgían resplandores que alumbraban el camino a la dispersa juventud! [...] En la calle, los muchachos hervían de entusiasmo literario, que desbordaba en veladas, en periódicos, en diarios; y la gran oda, la endecha amante, la prosa poética o la pieza jurídica, eran la preocupación del día.⁶⁹

Córdoba y Buenos Aires: historia, ficción, tradición

Córdoba, antigua y culta, ciudad llena de los humos aristocráticos de poseer Universidad y catedral, cuajada de doctores vanidosos y de clérigos de campanillas, de cogotudos frailes y de monjas ricas, fue siempre jovial y ceremoniosa: el comercio no era la ambición de las familias patricias. Esto parecía villano, burgués; lo aristocrático era la milicia togada.

Los viejos doctores [...] quedan solo en la leyenda.

Ahora son hombres de negocios, de conocimientos más variados, capaces de ser estadistas, preparados para tomar todas las carreras: escritores distinguidos muchos, oradores fecundos no pocos, jurisconsultos menos en número, todo ese grupo joven, está en aptitud de satisfacer las necesidades de la vida moderna. No tienen la gravedad cómica del antiguo abogado.

VÍCTOR GÁLVEZ, “Mi tierra. Las campañas y las ciudades (la vida en las provincias)”, 1883

⁶⁷ J. V. González, “La Universidad de Córdoba en la evolución intelectual...”, *op. cit.*, p. 74.

⁶⁸ Joaquín V. González, *Obras completas*, La Plata, Universidad Nacional de la Plata, 1935, vol. xv, “Prólogo” a *Pensamiento y acción* de Ángel Ávalos [1910], p. 463.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 468.

Antes de invocar las *Memorias de un viejo* que Vicente Quesada publicó bajo el seudónimo de Víctor Gálvez en 1888, o aquellas de sus partes que –dadas por entregas en la *Nueva Revista de Buenos Aires* entre 1883 y 1884– referían a Córdoba, conviene aclarar cómo debieran ser leídas.⁷⁰ Porque si la posterior inscripción de esta serie de escritos bajo la rúbrica de *memorias* intentó regular su lectura como percepción subjetiva y experiencial de un mundo, lo cierto es que la trayectoria vital y espacial del narrador de estas memorias diverge de la adjudicada a su autor empírico.⁷¹ En efecto, mientras el narrador, autor ficcional de estas memorias, dice haber tenido una infancia y adolescencia cordobesas, es claro para los estudiosos de Quesada que su autor empírico no las tuvo.⁷² Y esto, que no mereció observaciones en la era de la *Nueva Revista*, fue deliberadamente apuntado por Quesada en la “Introducción” de 1888, como parte de sus regulares gestos de mostración y ocultamiento. Recusando a quienes habían sugerido que Gálvez *era*, precisamente, Quesada, este arguye:

⁷⁰ La referencia es a Víctor Gálvez (Vicente Quesada), “Treinta años antes (Costumbres cordobesas)”, *Nueva Revista de Buenos Aires*, año III, t. IX, 1883; “Mi tierra. Las campañas y las ciudades (la vida en las provincias)”, *Nueva Revista de Buenos Aires*, año III, t. IX, 1883; y “El Colegio de Monserrat y la Universidad de Córdoba (recuerdos íntimos). 1838-1852”, *Nueva Revista de Buenos Aires*, año IV, t. XI, 1884. Vicente G. Quesada había nacido en Buenos Aires en 1830 y allí haría todo su recorrido formativo hasta doctorarse en Leyes. Fue uno de los pocos porteños que acompañaron de manera orgánica el proceso de la Confederación Argentina, cumpliendo diversas funciones y dirigiendo la *Revista del Paraná* en 1861. Su afición al coleccionismo colonial y la historia se manifestó en las revistas que dirigiría ya en Buenos Aires. La *Revista de Buenos Aires* (1863-1871), codirigida por Miguel Navarro Viola, y la *Nueva Revista de Buenos Aires* (1881-1885), que conduciría al comienzo y dejaría en 1883 en manos de su hijo Ernesto. En diversos momentos, fue director de la Biblioteca Nacional, ministro de la provincia de Buenos Aires, y diputado nacional hasta la federalización de Buenos Aires. Luego de ese momento, Roca lo convocó a cumplir tareas diplomáticas que alimentarían su marcado cosmopolitismo, sensible también en Ernesto. En 1910, fue reconocido con la presidencia honoraria del Congreso de Americanistas, realizado en Buenos Aires en el marco de las celebraciones del centenario. Murió en 1913.

⁷¹ La serie de textos firmados por Víctor Gálvez en la *Nueva Revista* fue editada por primera vez en 1888 bajo el título *Recuerdos de antaño. Hombres y cosas de la República Argentina*, impuesto por un editor ocasional, Chaves Paz. Molesto con esa edición, Quesada aceptó una oferta de Peuser, devolviendo los textos a su secuencia cronológica, agregando unos nuevos, añadiendo los que había rubricado como Lucy Dowling (ya públicamente revelada como producto de la pluma de Gálvez) e incorporando una introducción en la que discutía con su primer editor al tiempo que insistía en la existencia real de Víctor Gálvez. Fue esa edición de Peuser la que fijó el título definitivo: *Memorias de un viejo. Escenas de costumbres de la República Argentina*. Antonio Pagés Larraya, “Bosquejo sobre Vicente G. Quesada”, en Víctor Gálvez (Vicente Quesada), *Memorias de un viejo. Escenas de costumbres de la República Argentina*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1990, pp. 52-58.

⁷² A. Pagés Larraya, “Bosquejo...”, *op. cit.*; Reinhard Liehr, “El Fondo Quesada en el Instituto Iberoamericano de Berlín”, *Latin American Research Review*, vol. 18, N° 2, 1983.

Escribí “los recuerdos personales del Colegio de Monserrat y de la Universidad de Córdoba” nombrando los condiscípulos que entonces vivían; más aún, dediqué mis artículos al Dr. Emiliano García, juez de comercio a la sazón; es decir, indiqué y nombré multitud de testigos para que pudiesen ser interrogados si había quien dudase que me llamo Víctor Gálvez.

Por ese medio quedó demostrado el error de la aseveración de *El Diario*, porque es de pública notoriedad que el caballero aludido no se educó en el Colegio de Monserrat ni frecuentó las aulas de la Universidad de Córdoba. Creí haber conseguido mi objeto: la prueba era abundante, los testigos numerosos y los hechos evidentes. Aquellos recuerdos íntimos solo los tiene el que ha vivido la vida del colegio.⁷³

Huelga decir que las pruebas son más bien escasas, que el nombre invocado corresponde bien a una adulteración, bien a un cómplice recurrente, o que el resto de los “testigos” se disuelve en hombres muy reconocibles que el narrador ve pasar en silencio porque, admite con fingida congoja, no guardan de él el más mínimo recuerdo. Así las cosas, estas memorias apócrifas deben leerse siempre como tales, para intentar desandar los pliegues de un juego complejo y discernir las cuotas testimoniales y ficcionales que lo alimentan. Acordado al autor, entonces, cierto placer en esos desdoblamientos del yo, y acordado, también, que invariablemente sus seudónimos experimentan con desplazamientos radicales del punto de vista, los márgenes dados a la invención sorprenden menos que la ficción ensayada en este caso particular.⁷⁴ Porque si los otros *alter ego* del viejo Quesada fundaban la distancia de la mirada en la presunta distancia de un origen (se trataba de viajeros), en el caso de las memorias de Gálvez el punto de vista del narrador es uno “interior” en el sentido más pleno: su infancia y su adolescencia habrían sido efectivamente marcadas por Córdoba, como sugiere la romántica descripción de uno de sus retornos.

Vienen a mi memoria en confuso tropel los recuerdos de la infancia, de la escuela y del Colegio de Monserrat, y a la vez que rejuvenecen

⁷³ V. Gálvez (V. Quesada), *Memorias de un viejo...*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1990, *op. cit.*, “Introducción” [1888], p. 110.

⁷⁴ Lucy Dowling, por ejemplo, era una presunta viajera norteamericana, y Domingo de Pantoja –a quien Quesada haría suscribir su corrosivo *Los Estados Unidos y la América del Sur (los yankees vistos por sí mismos)* mientras ejercía funciones diplomáticas en ese país– era un español de Santander, que había efectuado un singular periplo americano. Esto último, al menos, si se atiende al prólogo escrito para la ocasión por el mismísimo Víctor Gálvez. Véase A. Pagés Larraya, “Bosquejo...”, *op. cit.*, p. 79; A. Salvioni, *Rappresentazioni moderne...*, *op. cit.*, p. 144.

mi edad madura, me convencen de la ausencia eterna de casi todos los que he amado. Mi casa está en ruinas. Sobre su techo de tejas crecen las yerbas dañosas, y las goteras han podrido el cañizo y manchado los tirantes que estuvieron blanqueados. Me fui al cementerio para buscar las humildes cruces que señalan la tumba de los míos...⁷⁵

Es el giro hacia un punto de vista interior lo que hace de estas presuntas memorias un artefacto de especial interés; las detalladas descripciones de Córdoba y sus habitantes, la morosa exposición de la experiencia y la percepción provincianas son en ellas creación de un porteño cosmopolita. Ese descentramiento comunica a estas memorias con una era anterior de su autor que fue, también, la de un descentramiento más efectivo: el momento de su adscripción al federalismo urquicista, de su abandono de Buenos Aires y su variarse por múltiples provincias argentinas. Sin embargo, el salto de invención se revela más alto no solo porque decline escribir *impresiones* en beneficio de *memorias* (lo que es más que enmascarar su figura bajo un nuevo nombre) sino, también, porque el momento de escritura de estos textos es uno que lo encuentra en una posición radicalmente distinta. Quesada ha sido reabsorbido por un ordenamiento nacional que, encabezado por quienes concluyeron abruptamente su diputación, le ha otorgado el lugar diplomático que multiplicará sus viajes y destinos. Hasta donde alcanzamos a ver, la serie de memorias relativas a Córdoba se concluye en parte en Buenos Aires y en parte en Estados Unidos.

Lo que Quesada teje es una *ficción relativa*. Y esta alcanzará su punto más alto cuando haga de Córdoba el origen de un viaje en dirección litoral que pondrá ante los ojos de Gálvez el amplio Río de la Plata y será, en gran medida, la razón misma de su percepción como espacio sublime.

Quando era joven *me forzaron a abandonar los países montañosos del interior*, la Sierra de Córdoba, que amaba con esa atracción profunda de los que han contemplado con admiración los contrastes del valle y de las cumbres [...] y *desde cuyas comarcas mediterráneas no se alcanza a conocer, ni puede concebirse, el horizonte majestuoso del mar*. [...] de aquí, en fin, *me llevaron autoritariamente para que viese por vez primera ese espléndido Río de la Plata, sobre todo visto desde la actual Capital de la Nación*. No me atrevería a decir ahora qué impresión me hiciera ese estuario inmenso, pero recuerdo que me

⁷⁵ V. Gálvez (V. Quesada), "Treinta años antes...", *op. cit.*, p. 206.

parecía que el mundo era más grande, porque lo era tal vez el horizonte ante mis ojos. [...] tenía delante de mí un río extenso como el mar, más lejos el océano, el exterior en fin; otras tierras extranjeras y el mundo con sus novedades seductoras.⁷⁶

A distancia del *Facundo*, como solía estarlo su autor respecto de Sarmiento, el valle circunscrito por alturas medianas (la de las sierras o la de las barrancas) ha dejado de ser *claustró* visto desde fuera para volverse terruño y punto de partida. El *río* se encuentra al final de un viaje trazado desde allí, y por eso impacta. El *mar*, en cierto modo, es invención de la sierra, del mismo modo en que la ciudad que yace a su costado se ha vuelto capital por proyección de las provincias. En lo demás no hay discusión; más allá del mar, la expectativa de la novedad y la aventura, reducida por el sesgo *interior* del narrador de estas memorias.

Aunque las imágenes elaboradas por Quesada resultan indisociables de su peculiar salto inventivo, tampoco hay solo creación en ellas. Además del notable esfuerzo por dar verosimilitud a sus descripciones —a través de la acumulación de referencias precisas, de nombres conocidos, de escenas habituales—, debe pensarse seriamente que estas reposaban en una serie de insumos obsesivamente reunidos por el autor.⁷⁷ Y esto porque, si para Quesada el lugar del narrador era el del coleccionista de tradiciones, en sentido antropológico, el del autor es el del escritor de *tradiciones*, en tanto género o subgénero literario.⁷⁸ En esa medida, entonces, puede suponerse que aquel encontraba válido para sus memorias lo que, casi contemporáneamente a su organización como libro en 1839, señalaba respecto de sus *Crónicas potosinas* (1890): que si estas carecían “de la severa exactitud de la historia” no podían, ni debían, ser “consideradas como meras invenciones y creaciones imaginarias”.⁷⁹

Complemento de la historia, entonces, recuperación de un fondo de memoria y oralidad, las *tradiciones* encarnan un registro intermedio, urdido a partir de testimonios muy diversos. Puede entreverse, por ejemplo, la presencia de un gran informante en las descripciones previas o contemporáneas a Caseros (quizás el *memorioso* Emiliano García), o reconocerse la mirada del propio Quesada sobre la ciudad en la era con-

⁷⁶ V. Gálvez (V. Quesada), “Mi tierra...”, *op. cit.*, pp. 315-316; énfasis agregados. Sobre el mar, la pampa y el Río de la Plata como espacios *sublimes*, véase G. Silvestri, *op. cit.*

⁷⁷ “Treinta años antes...”, publicado en 1833 por la NRBBA, abundaba en datos de apellidos y fortunas, así como “El Colegio de Monserrat...”, publicado allí mismo al año siguiente, caracterizaba con cierta precisión sucesos y paisajes locales.

⁷⁸ A. Salvioni, *Rappresentazioni moderne....*, *op. cit.*, pp. 133-139.

⁷⁹ Citado *ibid.*, pp. 131-132.

federacional y los tempranos ochenta.⁸⁰ Pero puede advertirse también que buena parte de las precisiones relativas a personajes y cohortes académicas, a materias y programas del Colegio de Monserrat y de la Universidad de Córdoba, derivan de las búsquedas de archivo que le eran tan caras, declaradas en el caso de la biblioteca universitaria, silenciadas pero imaginables en el de su nutrido acervo particular.

¿Qué ciudad surge de este registro que se autoriza mediante el dato preciso mientras resguarda puntualmente sus licencias ficcionales? Ante todo, una ciudad que atestigua mejor que otras, porque la memoria sabe más de ella que de otras, la formidable transformación obrada por la emergencia del estado central, la integración del país a los circuitos de la economía internacional y el avance de la técnica sobre el desierto. Su lugar es, en tal sentido, menos singular de lo que podría esperarse, porque comparte en algo el destino de sus congéneres; pero su lugar es, a la vez, más singular porque hay en ella una densidad de pasado ausente en aquellas, comenzando por esa “cosmopolita e improvisada ciudad de Buenos Aires”.⁸¹ Es el privilegio del fondo colonial, antes que todo atributo contemporáneo, lo que da a Córdoba un lugar de preferencia en estas memorias apócrifas. La transformación genérica, puede colegirse, nunca podría medirse mejor que en la más lograda de las realizaciones coloniales; y el pasado colonial, genéricamente presente hasta “treinta años antes”, nunca mejor recuperado que en aquella ciudad que pudo vivirlo más plenamente.

El contraste es resaltado a través de una serie de cortes temporales que, privilegiando las vísperas de Caseros, integran mediante la figura del *retorno* tanto los años de la Confederación urquicista cuanto ese “final del proceso” político y vital representado por la presidencia de Roca (porque allí Gálvez *rememora* desde un nuevo ordenamiento que juzga irreversible, pero también desde un último viaje terapéutico a las sierras cordobesas). Respecto de uno de aquellos regresos, que habría tenido lugar en la juventud del narrador, se lee:

⁸⁰ Creemos que Quesada sugiere en varias ocasiones la identidad de su informante, en las sucesivas alabanzas a una memoria más fiable que la suya (la de Gálvez), memoria que identifica con Emiliano García. Aunque no dimos con ese personaje, sí hemos podido hacerlo con Emilio García, miembro del Consejo Superior de la Universidad en 1852, fecha en la cual Quesada mantiene intensas relaciones con Córdoba en virtud de su adscripción al gobierno de la Confederación Argentina. Por lo demás, un deslizamiento tal no resulta, como se ha visto, impensable. Acta de Sesión Claustal, *Actas de Sesión*, 1836-1853, f. 7, 21 de octubre de 1852. AGHU.

⁸¹ V. Gálvez (V. Quesada), “Mi tierra...”, *op. cit.*, p. 368.

Volví aquí, pues, para encontrar al cabo de un cierto número de años, a mi Córdoba tal cual la dejé en mi niñez [...] ¡Cuán atrasada me pareció la ciudad! Qué silencio y qué calma! Ningún edificio nuevo, a no ser la casa de don Félix de la Peña, cuya barraca tenía cierto movimiento e importancia comercial. [...] *Córdoba era todavía la ciudad de la colonia, con ese aspecto de indolencia, de silencio, de quietismo y de pereza que caracterizaba a las buenas y hospitalarias ciudades del interior.*⁸²

Más que la identidad entre dos momentos muy próximos del pasado de la ciudad, lo que la evocación pone de relieve es la alteración de la mirada del narrador, inseparable de su desplazamiento atlántico. Ese desplazamiento (la mayor ficción de estas memorias) era lo que permitía captar ahora lo que antes había sido imperceptible; la quietud era hija del movimiento, al menos en el sentido de que su percepción resultaba del retorno desde espacios más móviles. Frente a esa rememoración –algo extemporánea en varios aspectos–, la mirada *presente* de la ciudad, aquella que Gálvez situaba en el umbral de la década de 1880, ofrecía un notable contrapunto. Vista desde allí, dice el narrador, la “Córdoba de hace treinta años se parece a la actual como un huevo a una castaña. Todo ha cambiado radical y profundamente”.⁸³ La transformación será aludida en varios pasajes que privilegian los aspectos económicos y técnicos del cambio, comenzando por los que mejor acusan la consolidación de un mercado nacional. Merece anotarse que en esta reválida, que muestra la distancia respecto del pasado colonial sin renegar de él en tanto tal, se pone de manifiesto también todo lo que ya ha sido olvidado de la antigua dignidad de la ciudad: Córdoba evidenciaría su modernización en su agitada actividad de encrucijada y centro comercial, como si esos atributos no hubieran dominado una era anterior (la del *mercado interno colonial* dentro del que había sido tan favorecida).

Córdoba, la pacífica y tranquila Córdoba, es hoy un depósito para el intercambio del comercio. Allí llegan y de allí parten varias líneas férreas: al litoral, a Cuyo, y al Norte. La actividad de sus calles es notable, la edificación moderna le ha impreso ahora un sello de riqueza y de vida...⁸⁴

⁸² V. Gálvez (V. Quesada), “Treinta años antes...”, *op. cit.*, pp. 207-208. Énfasis agregados.

⁸³ *Ibid.*, p. 217.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 224.

Esta ciudad en la que el narrador ve aparecer una sociedad nueva, compuesta de esos “hombres de negocios [aptos para] satisfacer las necesidades de la vida moderna”, expresa, por desacompasada que sea, la orientación del entero país.⁸⁵ Pero a esa nota general, como se dijo, Córdoba parece unir la singular de haber vencido el molde donde estaba más completo. Así, si frente a ella Buenos Aires parece haber surgido de la nada, también frente a ella será ahora Santa Fe (que “tiene aún el sello de la vieja ciudad colonial”) la que alerte sobre la resistencia del pasado y lleve a reclamar “medios poderosos para que se despeje de la capa española con que aún se cubre”.⁸⁶

Una Córdoba colonial, hispano-criolla, como *fondo* de la evocación literaria; una Córdoba nueva, mercantil y burguesa, como asumido presente de la escritura.⁸⁷ Frente a aquello que el *Facundo* había tenido de explícito, y en parte merced a esa perspectiva temporal, la distancia es marcada. No lo es, en cambio, en lo que tanto él como sus evocadores habían obliterado: una antigua centralidad cordobesa afincada, entre otras cosas, en su pasada vitalidad mercantil, tal como evidencian muchos de los testimonios del tránsito de los siglos XVIII a XIX.

Es probable, sin embargo, que Gálvez recorte menos que los textos contemporáneos de Joaquín V. González, ya que si sus descripciones de la Córdoba posterior a Caseros tienen puntos de contacto con las sarmientinas, ciertamente renuncia, a diferencia del riojano, a conceder que eso describa el presente de la ciudad. Y como detrás de Gálvez está Quesada, treinta años mayor que González, conocedor de la ciudad pero también porteño cosmopolita, no deja de ser sugerente que este pueda iniciar ya, desde el centro, el giro regionalista que González iniciará casi de inmediato, pero solo una vez llegado a él. El regionalismo tiene al centro por condición, aunque la diferencia sustantiva ya ha sido señalada: González podrá combinar memoria y nostalgia regionalista porque era un hombre surgido del interior; Quesada, que a pesar de sus muchos descentramientos no lo era, había precisado para esto un gran salto de invención. Hallar el registro en que sus datos ciertos, sus recuerdos y sus impresiones pudieran presentarse como los de alguien que retorna al lugar del que nunca había salido.

⁸⁵ V. Gálvez (V. Quesada), “Mi tierra...”, *op. cit.* Es, en definitiva, la *ciudad burguesa* considerada por José Luis Romero.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 366.

⁸⁷ Reaparece aquí algo que había alentado Gutiérrez: la idea de que existía en la etapa colonial un *fondo* americano rescatable, que podía ser deslindado del costado ominoso del coloniaje e integrado como contribución original a una literatura nacional. A. Salvioni, *Rappresentazioni moderne...*, *op. cit.*

Córdoba estática y dinámica

En cuanto a los medios de vida, los tiene Córdoba mejor que muchas ciudades. Su comercio es importante y dentro de pocos años será la ciudad fabril por excelencia, como lo demostraremos...

Guía General de Córdoba, 1899

Varias cosas convergen en la imagen de Córdoba propuesta por Juan Biale Massé en el *Informe...* de 1904: su fascinación por la geografía y los recursos de la entera provincia; un cierto compromiso con ella, que habita, y una accidentada historia con su élite; una peculiar enciclopedia mental, con dosis de liberalismo, darwinismo, positivismo y reformismo social; y, sin duda, la larga cadena de imágenes matrizada por el *Facundo*.⁸⁸ En buena medida organizada a partir de la extrapolación de un modelo físico al mundo social, su mirada reviste también una peculiar agudeza en el juicio de los hombres y los grupos, lo que permite que su optimismo sea más que un dato de ingenuidad y que sus cartografías e involuntarias etnografías iluminen aspectos poco atendidos dentro y fuera de la ciudad. La suya es, si se quiere, una clave de lectura conflictiva, que si mayormente asume la forma de una lucha entre fuerzas activas y reactivas, según ese paradigma físico de *energía* e *inercia* que domina el *Informe...*,⁸⁹ ocasionalmente se presenta también como un combate entre los más y menos capaces de prosperar o sobrevivir –así los artesanos y obreros criollos frente a la élite criolla o los inmigrantes–. El cuadro de conjunto muestra ya todos los elementos, viejos y nuevos, comprometidos en una especie de lucha larvada o equilibrio provisorio que no puede durar demasiado.

⁸⁸ J. Biale Massé, *op. cit.* Biale Massé había nacido en Mataró, Cataluña, en 1846, y llegado a la Argentina a comienzos de la década de 1870. Médico de profesión, se instala sucesivamente en Mendoza, San Juan y La Rioja, donde cumple diversas funciones educativas. En 1875, ya casado con una nieta de Francisco Laprida, publica sus *Lecciones de Anatomía, Fisiología e Higiene Humana*, que debieron estimular la invitación del rector de la Universidad de Córdoba, Manuel Lucero, a dictar la flamante cátedra de Medicina Legal. El catalán se instaló en la ciudad ese año (1877), tomando cursos en Derecho antes de aceptar el encargo, en 1879. En 1885 verían la luz sus *Lecciones de Medicina Legal aplicada a la Legislación de la República Argentina*, de notable influencia. Una serie de emprendimientos ligados a la explotación de canteras de cal lo vinculó a la construcción del dique San Roque, proeza técnica del juarismo, y ligó su destino a las acusaciones y detenciones derivadas de los cuestionamientos a la calidad de la obra, caído este. Norberto Huber, “Biografía de Juan Biale Massé”, disponible en <www.bialetmasse.com>.

⁸⁹ Javier Trímboli, *Mil novecientos cuatro. Por el camino de Biale Massé*, Buenos Aires, Colihue, 1999.

[Córdoba] una ciudad hermosa, característica, concentrada, surcada por calles de pisos imposibles e insuperablemente sucias. Una sociedad culta, amable y distinguida; con traje moderno, pero con ribetes de la nobleza del siglo xvi que la fundó; con el sentimiento superior del arte bello, salones elegantes; todo esto en casas de fondos vergonzosos de suciedad, sobre un subsuelo de muladar podrido, en que se alojan todos los microbios posibles, que devoran a los niños, como los ogros de la fábula [...] Universidad, colegios, conservatorios, escuelas normales y de agricultura, de todo y bueno, que irradia en la República; una alta intelectualidad, que se disipa en estériles discusiones de política bizantina, en ociosidades de club y en vicios de confitería; espíritus democráticos con resabios de monarquía absoluta [...]⁹⁰

Esa apretada convivencia de factores es el suelo de la transformación. Están allí los elementos vitales y perecederos, y allí se libra también la lucha entre fuerzas tradicionales e innovadoras que empuja hacia el futuro. Domina las primeras una improductiva oligarquía criolla, perezosa y avara, bajo cuyos pies se estremece la cruda economía. Están también sus jóvenes ociosos y prematuramente viejos. Esa oligarquía no ve hacia adelante como no ve hacia sus costados: los sectores obreros que explota, deprime y retrograda incluso técnicamente. El partido de lo nuevo, precisamente, puede beber de estos artesanos y obreros, especialmente los criollos, a los que todo el *Informe...* adjudica una superior capacidad intelectual y manual. Como ellos, una “juventud liberal a toda prueba”, universitaria y deseosa “de subir”, empuja en el sentido del futuro.⁹¹ La transformación está activa aunque se advierta en dosis, pero una gran batalla parece estar o bien dándose secretamente, o bien a punto de estallar: “El espíritu moderno invade la Universidad, se infiltra por las escuelas, y ya está vivo en el taller”; “Los contrastes no se pueden mantener por mucho tiempo”.⁹²

Esta clave de lectura conflictiva interesa especialmente porque sí, por un lado, recupera la idea de una aguda transformación dentro de un ciclo mediano (como a su modo lo hacían González o Quesada), por otro alimenta la imagen de un movimiento *en curso*, del que resaltan sus principales contrincantes, sus mayúsculos problemas pero también sus altas expectativas. Puesto que allí las virtudes locales se engarzan al futuro antes que al pasado, esa imagen no puede sino reñir con algunas de las

⁹⁰ J. Biale Massé, *op. cit.*, pp. 219-220.

⁹¹ *Ibid.*, p. 222.

⁹² *Ibid.*, pp. 220 y 222.

representaciones urbanas anteriores y más extendidas, comenzando por los grandes trazos de la plasmada en *Facundo*, reeditada y empobrecida hasta el infinito. La polémica con esa cadena de imágenes reconoce varios núcleos, de los que subrayaremos dos.

El primero es muy significativo porque será compartido por otros extranjeros afincados en Córdoba, y crucial en el desdoblamiento del estereotipo sarmientino: se trata del cuestionamiento de la imagen de la “Córdoba católica”, que Biale denuncia como una “reputación” creada y no necesariamente justa, como una imagen entre otras. Trae a su favor un cotejo palmario entre Córdoba y Catamarca o Salta, para de inmediato distinguir creencia de institucionalidad, fe de clericalismo. Un sujeto en especial le interesa a este respecto: las mujeres trabajadoras, a las que considera tendencialmente católicas pero muy conscientes de esa distinción. Según Biale, quien conoce aquellas provincias, se sorprende

[...] al ver en Córdoba grupos de mujeres de cien y de doscientas y más tomar parte en las huelgas y manifestaciones públicas, y aisladamente oír las protestar que ellas no dejan de ser religiosas, pero que, aunque se lo diga el padre, no aceptan estar obligadas a dejarse matar de hambre, ni trabajar en el taller hasta concluirse; lo que indica un principio de rebelión más extendido de lo que se cree.⁹³

El segundo núcleo polémico, también muy significativo, es el que retoma el vínculo entre espacio y cultura para inmediatamente invertir la clave de lectura. Frente a una imagen que sugería la correspondencia entre barrancas, formas urbanas, sociedad y cultura locales, la suya subrayaba la actividad expansiva y creativa de la sociedad en la producción del espacio (se colocaba, en ese sentido, más en la senda que mostraba el espacio para un proyecto que en la que, a partir de la metáfora, denunciaba la intimidad recursiva entre espacio y formas urbanas y culturales).⁹⁴ Desde esta perspectiva, la ciudad había efectivamente superado las barrancas en términos espaciales –en su urbanización– pero también temporales, porque esa expansión expresaba las energías progresistas de un combate que ya parecía dominado por el futuro:

La ciudad se destaca dibujada, con las agudas agujas de sus templos, las siluetas de sus edificios públicos, parques y plazas, ha roto las ligaduras de las barrancas y se desborda por los altos; al sur, la Nueva

⁹³ *Ibid.*, p. 280.

⁹⁴ A. Gorelik, “La metáfora y el prototipo...”, *op. cit.*

Córdoba, continúa las calles que cortaba la barranca [...] y el gran parque de Nueva Córdoba, con su lago artificial, se ve como una mancha de azulada plata, con el chalet de la escuela agronómica como un centinela encastillado, el vigía que anuncia una nueva era.

Al norte, Alta Córdoba, amojona con casitas para obreros sus manzanas, y las hileras de arboledas marcan las calles. ¡Qué movimiento en aquel desierto de ayer! Locomotoras que maniobran, unas que se van, otras que llegan por los cuatro rumbos, no se las oye, pero se las ve silbar, el penacho blanco del silbato lo demuestra. Las estaciones son ya insuficientes. *El erial se ha convertido en un edén...*⁹⁵

Es probable que este pasaje de grandes y precisas pinceladas repose en más que las impresiones de Biale. Su aspecto de gran cuadro dialoga, al menos, con uno efectivo de muy poco tiempo atrás. Los perfiles y siluetas de la ciudad, así como los datos de la sureña Nueva Córdoba, se advierten mirando desde el norte y a cierta altura, como había hecho en 1895 el pintor Honorio Mossi, registrando casi los mismos elementos.⁹⁶

66

Ya se advertía allí la convivencia si se quiere calma y sin tragedia de campanarios y chimeneas, en parte aquellas que luego Biale relevaría con entusiasmo, tomando nota de los diques y de la potencia energética de los cursos de agua, del estado de la Empresa de Luz y Fuerza y de los talleres de todo tenor.⁹⁷ Se advierte, también, en el ángulo superior izquierdo y sobre las barrancas del sur, el “vigía” aludido en el *Informe...*: el antes Chalet Crisol, fugaz símbolo del poder juarista, entonces cedido a la escuela agronómica y que demostraría en breve no ser tan resistente. La sección norte del paisaje de Biale, Alta Córdoba y su estación sobre las barrancas, comienza en cambio detrás del caballete de Mossi, aunque hubiera podido describirse con solo rotar sobre el eje y dar la espalda al centro antiguo.

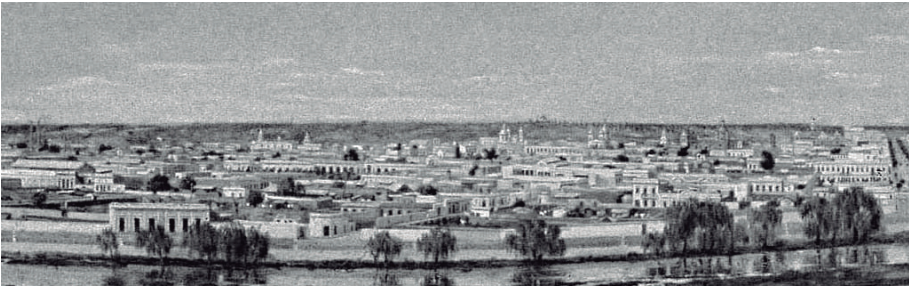
La contraposición entre las imágenes legadas y las que ofrece Biale parece subrayar lo obvio: que la ciudad que vio o imaginó Sarmiento no era la misma que veía o imaginaba Biale Massé, y que evidentemente no la veían desde el mismo lugar. Lo que interesa aquí, sin embargo, es que este último debiera discutir aún con una imagen que era, básicamente, la del estereotipo sarmientino. Frente a la ciudad claustral, aparece otra cuya

⁹⁵ J. Biale Massé, *op. cit.*, p. 217. Énfasis agregados.

⁹⁶ Honorio Mossi, *Córdoba en 1895*, Colección Museo Provincial de Bellas Artes (MPBA). Imagen reproducida en extenso en el capítulo IV.

⁹⁷ Merece anotarse que, mientras la mirada regionalista hace su curso respecto de una parte del país y las objeciones arrecian frente a aquella “Cartago” febril en que parece haberse convertido Buenos Aires, Biale celebra en Córdoba todo dato de vitalidad industrial y comercial.

Ana Clarisa Agüero



Honorio Mossi, *Córdoba en 1895*, MPBA (detalle)

luminosidad alumbraba perfiles, siluetas y detalles y permite releer completamente el paisaje social: “Hace treinta años que oigo decir que la depresión de Córdoba es causada por su ubicación, entre barrancas, que no permiten levantar la cabeza y abarcar el horizonte, pero hace treinta años también que yo veo que eso es falso”.⁹⁸ El comienzo de esos “treinta años” remite al establecimiento de Biale Massé en Córdoba, y comprende la experiencia traumática del dique. Hombre ligado al proyecto juarista, que ciertamente compartía en su afán técnico, Biale había sido víctima entonces de aquella porción de la élite que juzgaba más retardataria.⁹⁹ Casi quince años después del expediente, el catalán insiste en la realidad de esa lucha entre lo viejo y lo nuevo, renovando su voto optimista: “Córdoba es, por su situación topográfica, el corazón de la República, y por un fenómeno sociológico especial, la República en pequeño; allí nace y allí están los gérmenes del porvenir del país, en materia de trabajo como en cualquier otra”.¹⁰⁰

Claustros y encrucijadas

Si la lectura conflictiva de Córdoba, genéricamente la de un contraste entre factores técnicos, económicos y culturales nuevos y viejos, no tiene tantos ejemplos en la propia etapa, sin duda tendió a reeditarse en aquellos momentos en que la ciudad pareció dominada por elementos contrastantes y diversamente asociados a grupos, sectores e intereses. Más allá de la específica vida de las imágenes, es difícil no advertir que el momento que interesa a Biale es efectivamente el de una aguda transformación material y social. La industrialización analizada por Waldo Ansaldi (aunque “fallida”, cierta) es uno de los contextos indiscutibles de su imagen, y no parece vano que las lecturas conflictivas de la historia local aludidas en la introducción fueran ellas mismas estimuladas por el gran momento industrial de Córdoba, nuestros largos años sesenta con todas sus crispaciones.¹⁰¹

⁹⁸ J. Biale Massé, *op. cit.*, p. 240.

⁹⁹ Apelando a Marshall Berman, Ansaldi ha aludido a la obra del dique San Roque como una de las que mejor expresan el ánimo *fáustico* de la era juarista en la provincia. Como se señaló, el compromiso de Biale en esta empresa lo convertiría en blanco del proceso que, aduciendo insuficiencias técnicas, se inició contra sus constructores una vez caída aquella facción. Waldo Ansaldi, “Industria y urbanización. Córdoba, 1880-1914”, Facultad de Filosofía y Humanidades-Universidad Nacional de Córdoba, 1991, mimeo. Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI, 1994.

¹⁰⁰ J. Biale Massé, *op. cit.*, p. 222.

¹⁰¹ W. Ansaldi, *op. cit.*

Pero de esa trayectoria asintomática del factor conflictivo, capaz de asumir otras aristas de la vida y la cultura ciudadanas, podría acaso desglosarse el elemento dinámico, que es el gran motor en la imagen de Biale y permite vincularla a otras representaciones en la larga duración. Es claro que no fue esa imagen dinámica de Córdoba la que se impuso en esta etapa. Sin embargo, ella también parece participar de una cierta cadena imaginaria, que excedía el siglo y seguía abierta a nuevos usos y reformulaciones. Tentativamente, podría decirse que esa cadena se establece entre aquellas representaciones que, más que el factor cultural (la condición universitaria o religiosa, el estado de una cultura estética y material), atienden el económico, productivo o comercial. Y lo que esas imágenes subrayan de Córdoba es su condición de encrucijada de caminos (viales o ferroviarios), centro mercantil o “industrial” (de producción primaria, manufactura o estricta industria), sede de acumulación económica y ambiente de una élite cierta, aunque cambiante. Presumiblemente desalentada por la desarticulación del mercado interno colonial, esta imagen dinámica de Córdoba parece haber sido también largamente sumergida por la *ciudad claustral*. Estaba, no obstante, en Concolorcorvo o en Gillespie y reaparece en Gálvez/Quesada o en la *Guía Comercial* de 1899, tan agitada por la primera fase de industrialización cordobesa como el propio Biale Massé.

Esa imagen de una Córdoba mercantil, industriosa, de cruce y acumulación, se distingue sensiblemente de la *ciudad claustral* a la que precede, con menos nitidez de rasgos (no es una figura literaria precisa como la de Sarmiento) pero probablemente con análoga o mayor difusión. Si la “ciudad claustral”, por momentos intercambiable con otras imágenes a las que comprende y en las que puede desglosarse (“católica”, “doctoral”, etc.), se propone como una estricta figura, esta imagen se define ante todo por sus componentes; es del tipo de representación vaga, poco contundente en su forma y a la vez muy arraigada, que también alienta o desalienta cosas. De sus notas retengamos una que interesa especialmente a este trabajo e implica a todas las demás: la condición de *encrucijada*, porque ella acusa una especial agitación de los intercambios de todo orden y sugiere un espacio local marcado por la heteronomía. Si la *ciudad claustral* y la *ciudad encrucijada* son, en este punto, antitéticas, su complementariedad deriva no solo de su especial aplicación a una dimensión u otra de la vida social sino, en especial, de la medida en que iluminan las posiciones habidas, deseadas y perdidas.

II

Una ciudad *docta*. Sociología de un lugar común

La primera impresión que hace Córdoba al entrar en ella, aplanada al fondo, como si estuviese yacente, con tantas cúpulas y campanarios saliendo del nivel de las casas, es la de una ciudad santa, una Meca...pero americana. Estas cúpulas son azules y brillan al sol, como platos de mayólicas caídos de espaldas a la luz; en las torres se sienten campanas que tocan con tono acompasado como si el sol les hubiese dado pereza; y este son y el color del polvo que lo dora todo en oro y ceniza, y un recogimiento de paz que sale de una atmósfera tibia, y un poco de pátina en los muros, que ya empiezan a madurar, dan a esta ciudad un aire de Vich o de Salamanca, pero un Vich decimal y una Salamanca métrica. Un aire conventual de creencias numeradas; un lugar de recogimiento para almas medio dormidas.

SANTIAGO RUSIÑOL, *Un viaje al Plata*, 1911

R- Pero Córdoba, por sus iglesias, más que una Salamanca, parece un duplicado de Roma...

M- Tenemos de las dos metrópolis: de la del pensamiento y de la de la fe... Pero tiramos más a Salamanca.

Raúl y Miseno en *Salamanca (costumbres cordobesas)*, 1916

En 1915 se estrenaba en Córdoba *Salamanca (costumbres cordobesas)*, pieza del cordobés Julio Carri Pérez que desde el título se anunciaba como sátira de una afinada autorrepresentación ciudadana.¹ La analogía con la tradicional ciudad universitaria, de cierta difusión en el siglo XIX, reposaba tanto en la larga identificación entre Córdoba y su universidad cuanto en la presunta condición española de la ciudad, que hacía de ella un fluido aunque curioso paralelo de Salamanca (porque si Córdoba, sede de la universidad más antigua del país, *era* España, su primado de antigüedad se ejercía sobre un país que no lo era, más como anacronismo que como presente). Por su parte, la alusión a las “costumbres cordobesas” —en la que reverberaba el modo en que Quesada había introducido a Córdoba en las memorias de Gálvez— preparaba bien para el retrato ciudadano que Carri Pérez venía a ofrecer: uno capaz de movilizar un conjunto de rasgos y tensiones identificables y condensarlos en una serie de episodios antes jocosos que dramáticos.² Sin duda, la obra vulneraba imágenes de cierto arraigo local, pero el hecho de que llegara a montarse, como vere-

¹ Julio Carri Pérez, *Salamanca (costumbres cordobesas)*, Córdoba, El Isondú, 1916.

² Víctor Gálvez (Vicente Quesada), “Treinta años antes (Costumbres cordobesas)”, *Nueva Revista de Buenos Aires*, año III, t. IX, 1883.

mos, con notable suceso de público, sugiere hasta qué punto esas imágenes estaban ya erosionadas.

De manera bastante clara, lo que la obra ponía en cuestión era la veracidad de la imagen de la Córdoba *docta*, algo que solo pudo ocurrir una vez cumplido el ciclo por el cual, al menos dentro de cierto espacio social, esta pareció (o volvió a parecer) discernible de la ciudad *católica* a la que la había fusionado el “claustro” sarmientino. El paréntesis importa porque, dado por supuesto que las ciudades coloniales españolas eran católicas, esta nota no era –por fuera de la centralidad institucional– una que resaltara al viajero del siglo XVIII. La presencia y atracción de la universidad, en cambio, como el peculiar movimiento comercial de la ciudad, sí.

El desdoblamiento entre la ciudad *doctoral* y la ciudad *católica* implicadas en el *claustro* tuvo lugar a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, en parte como contestación local a la eficacia del *Facundo*. Dentro de un espacio inestable, que por momentos era el de las élites en general, por momentos el de una más nítida élite letrada, por momentos el de un núcleo liberal resistente aunque discontinuo, la universidad apareció entonces como una pieza de orgullo ciudadano, capaz de reunir voluntades y linajes muy diversos y también de invertir la carga valorativa del mote *doctoral*. Ya en el giro de siglo, el deslinde entre la ciudad católica y la ciudad universitaria es dominante, aunque se exprese tanto en miradas amenas como críticas de Córdoba. Estaba implícito en las memorias de Gálvez (donde Córdoba es, ante todo, el Colegio de Monserrat y la Universidad) y se expondría con nitidez, como veremos, en las cartas que el porteño José Manuel Eizaguirre destinaba a un imaginario conciudadano en 1898.³ La escisión entre aquellas dos ciudades es también muy marcada en el libro que el catalán Santiago Rusiñol dará a publicidad en 1911; libro cuya extraña lupa combina figuras sarmientinas, filtros porteños y, puede presumirse, impresiones *españolas* propias y ajenas.⁴ Estará activa, a su vez, cuando un Joaquín V. González

³ Eizaguirre se radica en Córdoba en la década de 1890. Integra el Ateneo de Córdoba, ejerce el periodismo en diarios locales y es corresponsal de *La Prensa*. Autor de varios libros, entre ellos uno inspirado en un viaje a la Patagonia, aquí interesa especialmente una ficción epistolar: José Manuel Eizaguirre, *Córdoba. Primera serie de cartas sobre la vida y costumbres en el interior*, Córdoba, Bruno y Cía., 1898. El libro también ofrece pasajes valiosos respecto del periodismo en la etapa, entre ellos los consagrados a la prensa como fenómeno “de ideas” y como “industria”.

⁴ Rusiñol (1861-1931), pintor y escritor modernista de origen catalán, visitó la Argentina en ocasión de las celebraciones del Centenario, realizando un viaje por varias provincias del que resultaría un libro de un tono general muy belicoso, que combina agudas percepciones con arrai-

ya integrado al elenco político nacional rescate la Córdoba *universitaria* al tiempo que deprime la *católica*. La distinción será explícita, por último, en las objeciones efectuadas a Ricardo Rojas, en 1914, por el cordobés Enrique Martínez Paz:

*Todavía no ha sido comprendido el rol de Córdoba y de su Universidad en la acción libertadora; su pozo almenado de colinas que la aislaban del mundo, su ambiente de claustro, todo temor, penumbra, silogismo y plegaria, como nos la pinta Rojas, con tanto color y vida que nos hace pensar en Sarmiento, fue sin embargo cuna intelectual de Gorriti y de Portal, héroes civiles, revelados en su grandiosidad, por la labor paciente del director de este “archivo”.*⁵

Para que la imagen de la Córdoba *docta* pudiera ser burlada desde el riñón de la élite ciudadana, como ocurría en *Salamanca*, había sido necesario entonces un largo ciclo de diferenciación y relativización de una imagen anterior. Este se había dado en parte como desglose de la *ciudad claustral*, acompañando de manera asintomática y por momentos desacoplada el propio proceso de la universidad, que era también el de su efectiva secularización. Puesto que aquí se entiende que aquella risa interior que *Salamanca* ejecutó en 1915 dice algo de la vida de las imágenes y algo de la vida de la ciudad y la universidad *reales*, este capítulo intenta enlazar esos diversos planos. En consecuencia, consideraremos en primer término la condensación, difusión y vacilación de la imagen de la ciudad *docta* y luego el modo en que la universidad, tomada en su expresión más antigua y compleja (la Facultad de Derecho), persistía como microcosmos intelectual y político fundamental a la vez que disminuía su capacidad de expresar o representar a la ciudad. El último apartado retomará los hilos más significativos del capítulo para nuestra propuesta general, y a lo largo de este intentaremos mostrar el papel ciertamente decisivo de los contactos establecidos con Buenos Aires, y en menor grado otros espacios, en la forja y declinación de imágenes e instituciones.

gados preconceptos sobre el país anfitrión. Santiago Rusiñol, *Un viaje al Plata*, Madrid, Prieto y Compañía editores, 1911. Al parecer, dos de los hermanos de Santiago se habrían afinado en la Argentina en esos años, recalando finalmente en la Villa del Totoral, estimamos que en la casa conocida como “El Vaticano”.

⁵ Enrique Martínez Paz, “Nota bibliográfica a *La Universidad Mayor Real y Pontificia de San Francisco Xavier de la Capital de los Charcas-Apuntes para su historia*, de Luis Paz”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año 1, N° 5, 1914, pp. 478-479. El historiador aludido es Pablo Cabrera, a quien reencontraremos.

Deslindes

-¿Sabe usted que Córdoba es la ciudad argentina más calumniada? La “ciudad de los templos” la llaman unos, ya con tenacidad impertinente, la “ciudad doctoral” exclaman los más, y todos con encantadora inocencia visten a la linda joya del interior con las galas deslumbradoras de una retórica de estudiante.

JOSÉ MANUEL EIZAGUIRRE, *Córdoba. Primera serie de cartas...*, 1898

Acaso el modo de empezar por el principio sea, al menos analíticamente, ofrecer testimonio de la escisión entre la ciudad “católica”, clerical o “de los templos”, y la ciudad “docta”, fundada en su universidad pero ya emancipada de las connotaciones religiosas habilitadas por su origen jesuita.⁶ Para Eizaguirre, por ejemplo, esas imágenes urbanas, a las que consagra sendos capítulos en 1898, se presentan perfectamente autónomas y, tan o más importante, se exhiben flagrantemente como representaciones.⁷ Desde su perspectiva, no se trata tanto de dos ciudades como de dos imágenes fundadas en el prejuicio, y este reconoce, al menos en el primer caso, un notable padre fundador: “Si examinamos en su origen el concepto ‘LA CIUDAD DE LOS TEMPLOS’, encontramos que es históricamente de arrieros. Su genealogía está en ‘Civilización y Barbarie’, de Sarmiento”.⁸

Así las cosas, Eizaguirre documenta no solo que ambas imágenes eran ya reconocibles como tales en una fecha tan temprana como 1898 sino, también, que ya entonces era dado ubicarlas parcialmente dentro de una genealogía del error que podía, y aun debía, ser contestada. Respecto de la ciudad católica, su relativización apuntará tanto a las formas, a la vista de la ciudad y los templos, como a las conciencias, al efectivo arraigo de la creencia en la sociedad. A las formas, porque Eizaguirre encuentra que, en la reproducción del lugar común, la perspectiva del encuentro con la ciudad tiene un peso significativo: la visión de una ciudad con muchos templos era, a su juicio, la que podía esperarse de los viajeros provenientes de otras ciudades interiores (como Sarmiento, sin duda), más pequeñas y con menos historia, lícitamente sensibles a la acumulación de

⁶ A los ojos de muchos, el consorcio entre Iglesia y Estado constituía una verdadera *tragedia de origen* ciudadana. Siendo una creación papal ratificada por el rey, la universidad había sido inicialmente confiada a la orden jesuita, de allí que el “jesuitismo” fuera luego invocado regularmente como una figura negativa capaz de extenderse, al igual que aquella, a la ciudad en su conjunto.

⁷ Los capítulos son “En la ciudad de los templos” y “Córdoba ‘la docta’”.

⁸ J. M. Eizaguirre, *op. cit.*, pp. 17-18. La referencia es al pasaje citado en Capítulo 1, en el que el arriero indica al viajero que, para ver la ciudad “santa” y “docta”, debe mirar hacia abajo, más allá de los pastos.

campanarios vistos desde la barranca; visto desde Buenos Aires o desde otras ciudades litorales con cierta historia colonial, sin embargo, la misma percepción le resultaba inadmisibile. La cuestión era empírica y Eizaguirre se dispone a probarla por la vía comparativa, afectando con esto, de manera directa, ciertos supuestos de carácter inverso que solían organizar la mirada sobre Buenos Aires.

[...] comparemos a Buenos Aires con Córdoba en este punto. Limitando a la primera ciudad con aproximada exactitud a su antiguo perímetro colonial, y contando en la segunda todos los templos que ha tenido y tiene, encontramos los siguientes:

<i>Buenos Aires</i> <i>(Perímetro colonial)</i>	<i>Córdoba</i> <i>(Pasado y presente)</i>
1. La Catedral	1. La Catedral
2. La Merced	2. Las Catalinas
3. Las Catalinas	3. Las Teresas
4. Socorro	4. Santo Domingo
5. San Nicolás	5. San Francisco
6. San Miguel	6. La Merced
7. San Juan	7. El Pilar
8. San Ignacio	8. San Roque
9. San Francisco	9. La Compañía
10. San Roque	10. Las Adoratrices
11. Santo Domingo	11. Capilla del
12. San Telmo	Cementerio
13. La Concepción	

Hablo de campanarios y de cúpulas visibles sobre el conjunto.⁹

Más que la exactitud de la comparación, lo que interesa aquí es la comparación misma, porque ella precisaba el interlocutor con el cual debía discutirse el prejuicio, y porque esa discusión reconducía al plano de las formas. Así, si el cómputo erosionaba lo ajustado de la imagen de la ciudad católica, la propia visibilidad de las cúpulas debía ser remitida, a juicio de Eizaguirre, a ciertos datos materiales fundamentales: la ausencia en Córdoba de construcción en altura y la elevación del punto de vista favorecida por las barrancas.¹⁰ De este modo, al establecer una relación

⁹ *Ibid.*, pp. 18-19. Énfasis agregados.

¹⁰ *Córdoba en 1895*, el cuadro de Honorio Mossi, muestra bien esa perspectiva interior a la que alude Eizaguirre: la ciudad vista desde las barrancas del norte, con su "pozo"/"hoyo", sus campanarios y cúpulas, o las más tardías chimeneas que solo algunas miradas registrarán.

causal entre ese punto de vista físico y el prejuicio de la ciudad clerical, Eizaguirre parecía devolver una mirada complaciente a los partidarios de la Córdoba “docta”, necesariamente reñidos ya con los detentores de aquella otra imagen. Sin embargo, esta concordia era resentida inmediatamente cuando, con análoga insistencia en la autoridad empírica, Eizaguirre abandonaba el orden de las formas sensibles para adentrarse en el de las conciencias. Y en este orden, sin duda, sus consideraciones eran menos halagadoras, ya que tanto como el peso del prejuicio externo reconocían la presencia muy profusa de un tipo de religiosidad local marcada por el doblez y la insinceridad. En Córdoba, desde su perspectiva, antes que firmes creencias se hallaba la “parada de la fe”, una impostación ruidosa de la fe verdadera, la escenificación engañosa de una ciudad que ya no era.

La idea de una “parada de la fe” atraviesa casi con el mismo vocabulario el conjunto de los textos mencionados y, aunque de manera sinuosa, será finalmente también un insumo central para la relativización de la Córdoba *católica*. Está, entre otros, en Santiago Rusiñol, quien desplegará sus impresiones de Córdoba en dos capítulos bien diferenciados de *Un viaje al Plata* (1911): “Córdoba” y “La docta Córdoba”. Estos capítulos, consagrados respectivamente a la Córdoba católica y doctoral, no solo pondrán en evidencia la autonomización de ambas imágenes sino que avanzarán también en su cáustico cuestionamiento. Rusiñol, que si no había leído a Eizaguirre debió haber ciertamente disfrutado los pasajes más maliciosos del *Facundo*, pondrá especial entusiasmo en destruir la imagen de la Córdoba católica, exponiendo las varias falsedades en ella contenidas. De este modo, si la duda sobre la Córdoba docta será expuesta cercando su condición de autorrepresentación (aquello que la ciudad decía de sí misma), es el cuestionamiento de la imagen de la ciudad católica, finalmente una atribución externa, lo que dará ocasión de un verdadero festín, que tendrá en la denuncia de la “parada de la fe” (esa devoción casi administrativa) una pieza principal:

[...] esta fe, que se manifiesta por las iglesias, no es misticismo, no es fervor, no es exaltación, no es ni siquiera convencimiento. Como las fachadas de cemento, es de orden social y político. [...] Esta *parada* devota lleva consigo, como es natural, un desbordamiento de procesiones como no se hacen tantas en toda España.¹¹

¹¹ S. Rusiñol, *op. cit.*, pp. 262-263.

Salamanca

Salamanca... ¿verdad? Eso en otro tiempo, Marco Aurelio, cuando sus hombres, descollantes todos en la vida nacional, eran otros... Ahora dormimos sobre los laureles...

HORACIO en *Salamanca (costumbres cordobesas)*, 1916

Estrenada por la compañía porteña Mangiante-Buschiazzo en 1915, *Salamanca* era producto de la pluma de Julio Carri Pérez, redactor del periódico *La Libertad* e integrante del llamado Círculo de Autores.¹² En lo fundamental, la acción tiene lugar en el patio de una casona colonial en el que convergen los miembros de una familia extensa de origen criollo y un heterogéneo conjunto de “agregados”: el sirviente, la hija de un ascendente almacenero italiano (encandilada por uno de los Bravo), los aliados políticos del *pater familias* y, en sus antípodas, los de un protagonista hijo descarriado. La trama (“contemporánea”, según consignan las marcas de la puesta en escena) se teje a partir del retorno de Horacio, el referido hijo, desde Buenos Aires, ciudad a la que había partido a realizar sus estudios en Derecho y de la que vuelve recibido, cambiado y dispuesto a reactivar sus vínculos con la juventud liberal de la ciudad.

Puesto que juventud, liberalismo y exogamia van de la mano (porque Horacio también quiere casarse con “la gringa”), puede aceptarse que el paisaje pintado por Carri Pérez es el de emergencia de una generación (no solo universitaria), organizada a partir de principios que la enfrentan al liberalismo conservador del “régimen”. Es, por un lado, una generación que expresa la mayor especificación de ciertas áreas de la actividad cultural a las que cobija (periodismo, dramaturgia, edición, docencia, etc.); por otro, una que expone la diversificación de las fuentes que nutren las élites culturales, en las que ciertas artes y ciertos oficios se acoplan al factor universitario, él mismo muy alterado por algunas trayectorias inmi-

¹² Julio Carri Pérez (1894-1938) fue un periodista, docente y dramaturgo cordobés. Antes de *Salamanca*, dos de sus obras ya habían sido llevadas a escena en Córdoba: *Tierra firme* (1913), por la misma compañía, y *Fuerzas que chocan* (1914), por la del uruguayo argentinizado Pablo Podestá. Carri Pérez ejerció el periodismo en *La Libertad*, periódico fundado por el radical Pedro C. Molina, y luego en *La Voz del Interior*, creado en 1904 y también ligado a una porción del liberalismo local que en parte coincidía con el radicalismo. Carri Pérez fue parte del llamado Círculo de Autores, formado en 1914 por un grupo de dramaturgos jóvenes, mayormente estudiantes universitarios, vinculados a la prensa local. Lo integraban, entre otros, Saúl Taborda, Perfecto Guerrero, Raúl W. de Allende, Carlos Suárez Pinto y Raúl V. Martínez. Graciela Frega, “Modernidad vs. tradición en una olvidada comedia cordobesa. *Salamanca* de Julio Carri Pérez”, en Osvaldo Pelletieri (ed.), *Tendencias críticas en el teatro contemporáneo*, Buenos Aires, Galema, 2001, pp. 275 y 281.

grantes, configurando un espacio social tendencialmente liberal, política y vitalmente apto para acompañar tanto el inminente ascenso radical cuanto el despliegue del socialismo o la renovación del partido demócrata.¹³ A pesar de estar en vísperas de una candidatura a diputado (tributaria, como otras cosas, de los lazos criollos preexistentes), Horacio pasa sus días cordobeses encabezando mítines e hiriendo ruidosamente el *statu quo* local y los nervios de Juan Ramón, su padre. En tanto, las mujeres de la casa hacen *mutis* para cumplimentar la “parada” de la fe, tejen matrimonios convenientes y golpes a instituciones caritativas rivales y maquinan planes desesperados para “salvar” a Horacio, cuya tragedia política, moral y social se juzga la de la familia.¹⁴ Intentar convertirlo en diputado y desbancar a la italiana son así parte de un único esfuerzo, exitosamente contestado por el héroe, que acabará por ratificar su matrimonio al tiempo que su candidatura en medio de los vítores juveniles.

Indiscutiblemente, parte del interés documental de *Salamanca* deriva de la propia trama, que expone un conjunto de tensiones étnicas, sociales y políticas crispadas por la presencia de figuras externas a la ciudad o extrañadas de ella; es el caso de los prósperos italianos pero también el del porteño Raúl o el cordobés Horacio, ambos universitarios de Buenos Aires. Pero parte de su interés proviene también del extraordinario suceso de la obra en una ciudad que, se suponía, debía sentirse herida por ella. Así, si en el orden textual *Salamanca* devuelve la imagen nada complaciente de una vieja élite criolla en desintegración, más deshecha en vanas ritualidades religiosas y sociales cuanto más se deshacían sus fundamentos materiales, su puesta teatral sugiere que era el estado avanzado de ese proceso el que había provisto un público dispuesto a celebrarla.¹⁵ A diferencia de

¹³ En 1916 será la aparición de “Córdoba Libre”, círculo cultural liberal que coagula en la resistencia a ciertas censuras promovidas por los sectores conservadores de la ciudad y que ya en 1918 opera una decidida politización, central como estímulo del proceso reformista universitario y, en gran medida, más interesante y decisiva que aquel. Allí, ligada a un programa liberal de creciente contenido político y social, se reunirá buena parte de esta juventud intelectual, universitaria y no (profesionales, estudiantes, periodistas, etc.), con diversas simpatías y pertenencias partidarias: Saúl Taborda, Carri Pérez, Suárez Pinto, Deodoro Roca, entre otros. Ana Clarisa Agüero, “Asociación Córdoba Libre”, <<http://culturasinteriores.ffyh.unc.edu.ar/iac002.jsp?pidf=FM3IZA&po=R>>, consultado el 6/4/2016; Mina Navarro, *Los jóvenes de la “Córdoba Libre”*, México, Nostromo Ediciones / UNAM Posgrado, 2009.

¹⁴ Aunque la “parada” sea una actitud recurrentemente señalada respecto de la fe, para Eizaquirre ella es toda una institución local, capaz de manifestarse también en aspectos más profanos. Como rasgo atribuido a la élite local por la mirada porteña, esta “parada cordobesa” no parece irrelevante.

¹⁵ Las objeciones a la obra de Carri Pérez, inevitables aunque aisladas, pueden colegirse de las intervenciones de sus colegas del Círculo de Autores en *La Voz del Interior*; intervenciones que

otras obras que no superaban las dos presentaciones, *Salamanca* se reeditó nueve noches consecutivas a sala llena, fue inmediatamente llevada a Río Cuarto y Bell Ville y nuevamente montada al año siguiente por una compañía cordobesa.¹⁶ Este suceso, que también pone de relieve el lugar nuevo de la inmigración y cierta renovada agitación liberal dentro y fuera de la ciudad, inclina a pensar que aquella escena que se apuntaba “contemporánea” era, en verdad, la escena del día de ayer.¹⁷

Pensadas conjuntamente la historia contada por la obra y las circunstancias de su puesta en escena (algo a lo que el costumbrismo inclina de manera especial), es posible sugerir no solo transpolaciones muy claras de la ciudad real a la trama ficcional sino, también, el relativo desajuste de algunos de los supuestos en que esta reposaba. El supuesto, por ejemplo, de que todo factor de conflicto y transformación debía ser externo (un retorno o una llegada desde Italia o Buenos Aires), cuando el propio autor participaba de una serie de grupos que eran fuente de una conflictividad ciudadana regular y nada desdeñable. De este modo, si los personajes italianos proyectaban de manera directa, como veremos, un impacto muy generalizado y agudo, la inclusión de las figuras llegadas o *vueltas* de Buenos Aires era menos necesaria, y resultaba en una trama en que las inquinas locales se mostraban tanto como borraban. La política local era invocada de manera esquemática y actual, pero su conflictividad solo podía ser expuesta a partir del retorno de Horacio, que actualizaba esas tensiones en la casa a la par que las homologaba a un conflicto mayor entre Córdoba y Buenos Aires, o entre la ciudad *doctoral* y, por llamarla de algún modo, la ciudad *racional*, capaz de desmontar ese lugar común aunque persistiera en otros. Pese a ser algo desaprovechado, el conflicto político subía a escena y proyectaba allí figuras estilizadas de la ciudad real; algo que permite ver en Horacio y sus acólitos a la juventud radical cordobesa, en el vitoreado “Don Pedro”, a Pedro C. Molina, o en “La Democracia”, al diario *La Libertad* que este había dirigido.¹⁸ También

ponían de relieve la valentía del autor y el cumplimiento cabal del objeto de la comedia costumbrista: “corregir, poniéndolos de relieve, los vicios de que adolece el medio”. La expresión pertenece a un artículo de Suárez Pinto aparecido el 19 de abril de 1915, y es reproducida en G. Frega, “Modernidad vs. Tradición...”, *op. cit.*, p. 280.

¹⁶ *Ibid.*, p. 276.

¹⁷ Es muy significativo que los destinos elegidos para presentar la obra en el interior de la provincia fueran parte de la ascendente pampa “gringa” y no las viejas villas del norte cordobés. Ana Clarisa Agüero, “La plaza, las calles, los pueblos (intelectuales, ideas y territorio en Córdoba - 1918)”, en María de los Ángeles Lanzillotta y Claudia Salomón Tarquini, *Intelectuales, redes e identidades en Argentina (fines de siglo XIX a inicios del XX)*, Rosario, Prohistoria, en prensa.

¹⁸ Pedro C. Molina (1855-1920), abogado y periodista, fue uno de los fundadores de la Unión Cívica Radical (de la que presidiría la filial cordobesa entre 1903 y 1909 y el Comité Nacional

eran bastante claras las alusiones al campo adversario, y así el gobernador, amigo del padre de Horacio, bien podía ser Ramón J. Cárcano, como el ministro de Hacienda, padre de un “buen partido” para el joven, podía ser fluidamente Rafael Núñez; ambos representantes notables del Partido Demócrata, una de las varias transfiguraciones del *orden conservador* en retirada.¹⁹

En todo caso, el suceso de *Salamanca* puso en evidencia el relativo consenso local respecto de la falsedad de la imagen de la Córdoba *docta* (acuerdo que sería llevado al paroxismo por la reforma universitaria), así como la consistencia del suelo en que estaba creciendo no solo el radicalismo –como pondría de manifiesto en 1916 el triunfo de Eufasio Loza–, sino también su disidencia, incluso interna, ya que muy poco separa esta pieza de costumbres de la división entre “azules” y “rojos” que dejaría de un lado al gobernador Loza y de otro, puede presumirse, al propio Carri Pérez. Visto desde el futuro de ese evento, parece bastante claro que las fuentes de la crítica y la transformación que la trama ubicaba fuera de Córdoba estaban, en verdad, dentro de la ciudad, y preparaban tanto su victoria como sus contestaciones. Sin embargo, y esto dice algo de la percepción que Carri Pérez tenía del drama contemporáneo, allí estaba Buenos Aires con sus personajes y actores, haciendo de contrafigura y expresando a escala interurbana el conflicto que había montado su escenario en el patio de los Bravo. Así Horacio *vuelve* a ese patio que ahora mira a través de los ojos de Buenos Aires; y vuelve para decir que Córdoba ya no es aquella expectable Salamanca sudamericana, y que su “prototipo” de *doctor* padece de un insostenible anacronismo:

en 1904), y el fundador y propietario del diario *La Libertad*. Orador reconocido y liberal decidido, se aleja del radicalismo por sus diferencias con Yrigoyen pero confirma su popularidad en 1912, cuando es candidateado como diputado nacional por ese partido, pese a su apartamiento y con gran suceso. Gardenia Vidal, *Radicalismo de Córdoba, 1912-1930. Los grupos internos: alianzas, conflictos, ideas, actores*, Córdoba, Dirección General de Publicaciones de la Universidad Nacional de Córdoba, 1995, p. 22; Norma Pavoni, “Partidos y clientelismo políticos en la Córdoba de entre siglos, 1890-1912”. Córdoba, 2005, mimeo., p. 157.

¹⁹ La Unión Provincial, creada en 1909 por Figueroa Alcorta, expresó la más significativa de esas transfiguraciones locales del *orden conservador*, orientada a sostener la candidatura de Roque Sáenz Peña y a terminar con el dominio roquista. Aunque Cárcano, que intentó disputar la candidatura a la gobernación desde la facción autonomista de la Unión Provincial, fue desplazado en beneficio de Félix T. Garzón, este último debió someterse al ministro de Gobierno que aquel le impuso antes de convertirse en diputado nacional. Se trataba de José del Viso, hermano de Antonio y viejo amigo y contertulio de Cárcano, además de su socio en la compra del diario *El Interior* (1884) y en la fundación de *Justicia*. Atenazados por la amenaza radical, en agosto de 1912 el gubernista Partido Constitucional y el roquista Partido Nacional acordaron la creación de Concentración Popular, alianza que acabaría por llevar al gobierno a Cárcano, con pleno apoyo del Ejecutivo nacional aunque resistido a nivel local. N. Pavoni, *op. cit.*, pp. 13-15.

Inflado en suficiencia y pedantería, vacío de saber, sometido a principios filosóficos absorbentes y unilaterales, ergotista y campanudo [...] árbitro en esta ciudad en asuntos teológicos y jurídicos; en música, en pintura, en letras, en teatro; sociólogo, periodista, escritor y polemista [...] uno de esos doctores que produce ahora nuestra decantada Salamanca.²⁰

Aunque la observación apunta contra un tipo de figura intelectual en retirada, versión degradada y vacía del letrado colonial o del polígrafo que sobrevive en otros escenarios, habría que ver en ella más que el reclamo de cierto *aggiornamento* en los campos del saber. El plus viene dado por la constatación de que, con todos sus bemoles, a Horacio la ciudad que le interesa es la Córdoba universitaria, que distingue perfectamente de la Córdoba católica. Frente a Raúl, su amigo porteño, que entre la “metrópoli de la fe” y la “del pensamiento” tiende siempre a ver Roma, Horacio *sabe* que la ciudad que en verdad importa es aquella en la que se juegan las verdades y falacias doctorales (lo sabe también Miseno, que insiste: “pero tiramos más a Salamanca”).²¹ Y esa mirada, que estaba antes del viaje y es a la vez crítica y angustiada porque es la mirada de un local, parece más exaltada y corrosiva luego de su paso por la Capital. Así lo juzga al menos su padre, incapaz de tomar distancia de las seducciones de la imagen de la ciudad *docta*:

De la Universidad lo suspendieron porque se puso a discutir el dogma en clase de filosofía. Y ahí tenés, se fue a Buenos Aires y ha vuelto peor. Ahora no solo discute el dogma sino hasta la existencia de Nuestro Señor... ¡Doctores de Buenos Aires...! ¡De Buenos Aires...! Solo sirven para alzar la cresta como gallitos catalanes y no son más que bataraces...²²

Esta contestación local que Carri Pérez pone en boca del padre subraya al menos dos cosas, ninguna novedosa: por un lado, la defensa del corazón letrado de la ciudad por parte de una generación establecida; por otro, la vigencia del contrapunto entre Córdoba y Buenos Aires, ahora

²⁰ J. Carri Pérez, *op. cit.*, p. 47.

²¹ El personaje de Miseno es crucial en la trama por su marcada duplicidad burlesca, anunciada desde el comienzo: “Me río, hablo a mi manera, canto las verdades, estoy con los del gobierno y con los de la oposición”. *Ibid.*, pp. 11-12.

²² *Ibid.*, pp. 14-15.

bajo la forma de un conflicto entre modelos universitarios. Así, don Juan no puede sino pensar *doctoralmente*, proyectando en un combate entre *buenos* y *malos* doctores una disputa que se libra al ras del suelo.

Acusando el ergotismo de zapateros y mendigos, el *Facundo* había ofrecido algunos elementos para la consideración jocosa de la ideología universitaria cordobesa; pero si allí la ciudad doctoral era inseparable de la ciudad católica (cosa que no ocurría ya en Rusiñol, aunque parafraseara alegremente a Sarmiento), en *Salamanca* la disputa local se da entre dos parcelas de la ciudad universitaria, la de los viejos y los jóvenes, dejando a los externos el asunto de la ciudad católica. Aquí, entonces, es la ciudad doctoral la que debe ser desencantada, ironizada y expuesta como la gran parodia local contemporánea, quizás para reencontrarse al cabo con la universidad y la ciudad.

La introducción de los personajes italianos es en este punto significativa, ya que su relativa inconciencia de la ilusión universitaria, su no participación en la creencia, habilita la naturalidad con que se aproximan a la casa de los Bravo en su conjunto, exponiendo el juego inverso de ascensos y descensos económicos que alimentaba el temor y el desprecio familiar y cristalizando el panorama de una Argentina aluvial, activada desde el Atlántico por la gran inmigración. Esto, que aparece en el texto y se muestra en la escena, dialoga de manera muy marcada con ciertas condiciones precisas de la puesta y la publicación de la obra. Porque, en efecto, no solo la compañía que interpretó este verdadero éxito era, a más de porteña, conducida por dos sonados apellidos de origen italiano (la sociedad, también matrimonial, Mangiante-Buschiazzo), sino que la propia edición local de *Salamanca* sería encarada en 1916 por El Isondú, del italiano Étneo Mángano, llevando en su portada una flamante obra del pintor, de origen también italiano, Carlos Camilloni.²³ Y si muchos hilos del conflicto ya estaban en la ciudad, el retorno de Horacio es otro de los modos de mostrar ese impacto atlántico y su efecto igualador, implícito en su fugacamiento con Juanita y en los nuevos contenidos liberales adoptados por su candidatura. La ciudad *docta* se muestra también como el refugio de una stirpe criolla atemorizada; los más jóvenes saben, en cambio, que el golpe solo podrá moderarse en la aceptación del movimiento.

²³ Juan Mangiante y María Esther Buschiazzo interpretaban los papeles de Miseno y Luisa. Ambos eran ya nombres recurrentes en la escena teatral porteña y su desarrollo actoral (luego encauzado parcialmente al cine) estuvo especialmente vinculado a la evolución del teatro criollo, lo que los uniría más de una vez al uruguayo Pablo Podestá, responsable de la puesta de *Fuerzas que chocan* en 1914. La obra de Camilloni reproducida en la portada de *Salamanca* era *Primera Misa*, de 1916, hoy parte de la colección del Museo Provincial de Bellas Artes Emilio Caraffa.

Considerados conjuntamente, la obra y su eco sugieren algo fundamental para este capítulo: que tanto Carri Pérez como sus colegas del Círculo de Autores y su público más entusiasta se habían colocado fuera y enfrente de una representación largamente cultivada por la élite ciudadana. Córdoba, les parecía, conservaba de *docta* apenas su pretensión, y todo contraste entre ella y la realidad de la ciudad y la universidad contribuía a exponer la imagen claramente como tal y el grado en que esa ficción se había vuelto insostenible.

Una imagen en crisis

A esta Universidad, nacida en 1614 y que vive aún, débele Córdoba su fama de “docta”. Larga y brillante ha sido la vida de este establecimiento, y cuando se escriba su historia no quedará escrita la historia de Córdoba sino la historia del progreso intelectual en la República. Córdoba aprovecha de su fama por razón geográfica, de ubicación sencillamente, sin que en los últimos tiempos haya hecho esfuerzos por merecer el adjetivo de “docta” con buenos títulos.

JOSÉ MANUEL EIZAGUIRRE, *Córdoba. Primera serie de cartas...*, 1898

Como a Sarmiento en 1845, la calidad doctoral de Córdoba le parecerá total o parcialmente menguada a Eizaguirre en 1898, Rusiñol en 1910 y Carri Pérez en 1915. Para todos, también, será el contraste entre la pretensión doctoral local y el estado de la universidad real lo que abra el espacio para la ironía, mayor mientras más se verificara la distancia entre la Córdoba docta y la Córdoba católica. A juicio de Eizaguirre, el debilitamiento de aquella calidad doctoral se había vuelto más palpable desde que un Censo, el de 1895, había expuesto la distancia entre las fantasías ciudadanas y la ciudad real: allí estaban sus terribles cifras, mostrando que Córdoba marchaba “lentamente con su adjetivo a cuestas”, con sus 364 niños alfabetizados cada 1.000, frente a los 719 de Capital, los 537 de provincia de Buenos Aires o los 415 de San Juan.²⁴ En términos de escolarización, las cifras se agravaban: la docta ciudad solo escolarizaba 314 niños cada 1.000, frente a los 797 de Capital o los 578 de la pequeña San Juan.

Ya en 1910 Rusiñol podrá ser más crudo con menos argumentos. Ironizando la representación doctoral, señalando en ella un engañoso artilugio cordobés, el catalán recogerá velozmente algunos de los datos superficiales

²⁴ J. M. Eizaguirre, *op. cit.*, p. 268.

y extendidos que, en sí mismos, parecen contradecirla. Con su malicia habitual, apunta a la “fachada”:

Esto de *docta* no lo ponemos nosotros. Es un adjetivo que encontramos ya hecho, y cuando un adjetivo se ha hecho crónico, señal de que es merecido. [...] Al ver los efectos en vez de las causas, creemos que el *doctorado* que el tiempo ha dado a Córdoba tal vez es un poco exagerado. Pero suponemos que no debe ser así, y que el adjetivo es merecido. Si juzgásemos por los periódicos, veríamos que tienen seis páginas, pero algunos de ellos –y ellos sabrán por qué– de seis páginas que tienen emplean cinco en anuncios, y los artículos de arte, de ciencia y de literatura se han de colocar entre los *avisos*, pidiendo sitio, como por compasión, entre un *remate* de mitones y una liquidación de camisas [y así las librerías, los teatros, etc.]

[...] esta Córdoba tiene un abono tan propicio para la ciencia, que a poco que un hombre se descuide, es doctor sin enterarse. Las madres aquí, más que madres, vienen a ser universidades. Los doctores nacen como la fruta...²⁵

Sin duda, ni Eizaguirre ni Rusiñol son exhaustivos, y ciertamente podrían señalarse otros datos, incluso más reveladores, del desajuste entre la imagen y la ciudad real. Lo que interesa, en todo caso, es que unos y otros son sintomáticos del desgaste de la representación de la *Córdoba docta* que ambos personajes plasman en diversos momentos. Ese agotamiento remitía parcialmente a un conjunto de rasgos urbanos muy expandidos y fácilmente observables, que colocaban la contradicción y el absurdo al alcance de la mano. Pero puede suponerse que el agotamiento de la imagen dialogaba también con el proceso de una institución en particular, cuyo estado contemporáneo era visto con singular disgusto. La Universidad, por supuesto, la misma que había llegado a caracterizar la ciudad y que, si aún lo hacía, inclinaba a dudar entonces de si para su mayor provecho o su mayor desvelo. José Bianco, un cordobés radical y modernista muy amigo de Eizaguirre, lo había hecho constar también a fines de la década de 1890, en la que la caída pareció especialmente notable:

La turba-multa, engreída del título universitario, intolerante en su ignorancia, es cualquier “doctor” de esos que se encuentran en cada esquina, magistrado, catedrático, legislador... En Córdoba no se estu-

²⁵ S. Rusiñol, *op. cit.*, pp. 265-266.

dia, vivimos del recuerdo, sin preocuparnos del presente. De ahí esa modalidad que ligeramente he puesto de relieve para que usted, Mr. Backer, aprecie con criterio exacto y justiciero esta intelectualidad regional de mi país.²⁶

La Universidad de la ciudad real: secularización

Ut portet nomen meum coram gentibus

[Para que lleves mi nombre ante las gentes]²⁷

Más acá de las imágenes que alimentaron el orgullo, la crítica o el sarcasmo, la Universidad no fue casualmente una de las piezas centrales en la representación de Córdoba. Ella estuvo tempranamente asociada a la vida de la ciudad y, al menos en nuestra etapa, era la única universidad argentina que podía pensarse en la larga duración. Fundada Córdoba en 1573, en 1613 abrió allí sus puertas el Colegio Máximo, que obtuvo privilegios universitarios en 1622; frente a ese remoto origen *peruano*, la Universidad de Buenos Aires solo nacería en 1821, la de La Plata en 1905 (merced a un hijo ilustre de la casa cordobesa) y la de Tucumán en 1914. La Universidad de Córdoba fue, además, la primera *nacional* del país: de hecho en la convulsa década revolucionaria y estrictamente a partir de la Confederación Argentina.

No es necesario consignar aquí las minucias de una historia institucional sobre la que ha habido cierto avance en los últimos años.²⁸ Conviene,

²⁶ José Bianco, *Recortes. Colección de artículos publicados en diarios y revistas*, Córdoba, La Minerva, 1900, p. 158. El pasaje forma parte de las “Cartas Yankees. Observaciones de un turista”, presumiblemente publicadas en la prensa en 1897, texto de resonancias martianas en el que Bianco decía varias cosas sobre la ciudad escudado en la figura de un viajero norteamericano y sus interlocutores locales. Allí establecía una relación entre su personaje y Mr. James Brighteye, el inglés creado contemporáneamente por Eizaguirre, con el cual decía haber compartido parte del viaje. Bianco (1870-1935), nacido en Córdoba y doctorado en Derecho, ejerció el periodismo y la docencia tanto aquí como en Buenos Aires, llegando a reemplazar a Juan Álvarez en la cátedra de Historia de las Instituciones. Produjo una amplia obra sobre cuestiones educativas y sociales, entre la que se cuenta un trabajo consagrado al analfabetismo. Vinculado a la Unión Cívica Radical desde su creación, actuó en la Capital Federal y en provincia de Buenos Aires, de la que llegó a ser senador, y fue secretario de Bernardo de Irigoyen.

²⁷ La leyenda aparece en forma completa en algunos de los sucesivos escudos de la Universidad de Córdoba en la segunda mitad del siglo XIX, se mantiene en el vigente en la década de 1880 y es ratificada en 1891; el escudo actual (de 1960) recorta la frase a “Para que lleves mi nombre”.

²⁸ Entre otros, los trabajos reunidos en Daniel Saur y Alicia Servetto (coords.), *Universidad Nacional de Córdoba. Cuatrocientos años de historia*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 2013.

sin embargo, remontar brevemente uno de los hilos de esa historia, que comunica el momento que nos interesa con los referentes de la *Córdoba claustral*, universitaria y católica. Se trata de un proceso abierto a fines del siglo XVIII y que, a pesar de las muchas conmociones de la era republicana, marcaría sensiblemente la evolución de la Universidad de Córdoba; proceso que a grandes rasgos podríamos llamar de *secularización* y que implica tanto una dimensión jurídico-institucional cuanto una ideológico-cultural.²⁹ Este consiste, por un lado, en el progresivo alejamiento de la Universidad de toda regulación religiosa y en su paulatino afinamiento en un orden laico y estatal; algo que, si en algún sentido principia con la expulsión de los jesuitas, tiene hitos intermedios muy concretos y no haría más que acelerarse desde la revolución, que abrió un confuso pero ampliado horizonte a la reproducción de los grupos dirigentes. Por otro lado, el proceso consiste también en la implantación de Derecho como carrera y como Facultad, lo que instalaría el núcleo institucional que en el siglo XIX parece más consolidado y más significativo en la forja de una corporación doctoral pero cuya vida, no huelga subrayarlo, no equivalía a la de toda la Universidad.

En el primer orden, los antecedentes podrían resumirse de este modo: pese a ser iniciativa del obispo afincado en Santiago del Estero, tanto el Colegio Máximo como la Universidad que lo sucedió entre 1621 y 1622 fueron encomendados a la orden jesuita.³⁰ Expulsada esta (1767), la institución quedó provisoriamente en manos del poder estatal, a la espera de su reasunción por el clero secular; cosa que por segunda vez este dejó en manos de una orden, ahora la franciscana, que persistió al frente de la institución aun luego de la Cédula que la refundaba como Real Universidad Mayor de San Carlos y Nuestra Señora de Monserrat (1800), para recién devolverla entre 1807 y 1808, mediando la presión del virrey Santiago de Liniers. Este gobierno seglar fue breve, ya que la revolución marcó el definitivo paso de la Universidad al dominio laico, ambos comunicados, sin embargo, por el rectorado del deán Gregorio Funes, aquel individuo “bisagra” entre la Colonia y la revolución que Sarmiento reivindicaba en los *Recuerdos...*³¹ Funes, deán de la Catedral, tenía por lo demás muy buen trato con Liniers, lo que no había sido ajeno a la insistencia del virrey en

²⁹ Giacomo Marramao, *Cielo y tierra. Genealogía de la secularización*, Barcelona, Paidós, 1998, pp. 21-22.

³⁰ Las fechas corresponden al breve pontificado de Gregorio XV y a la Real Cédula de Felipe IV, respectivamente. Emiliano Endrek, *Notas sobre la Universidad Nacional de Córdoba en el periodo colonial (1614-1810)*, Córdoba, Junta Provincial de Historia, 1992.

³¹ Cabe recordar que 1807 y 1808 fueron los años de la designación de Funes como rector del Colegio y la Universidad, respectivamente.

el cumplimiento de la Real Cédula de 1800. Lo tenía, al menos, hasta el momento en que decidió denunciar sus planes contrarrevolucionarios ante la Junta, y no es claro que la fallida intercesión para evitar su fusilamiento haya liberado al deán de cierto problema de conciencia. Lo que sigue es conocido: la disolución de los ensayos estatales a partir de Cepeda (1820) dejó a la Universidad en dominio del Estado cordobés, y tuvo un lugar tan notable en el gobierno federal-ilustrado de Juan Bautista Bustos cuanto notable fue su abandono en el del rosista Quebracho López. Luego de Caseros, la Universidad fue nacionalizada entre 1854 y 1856, fechas del decreto de Urquiza y de la sanción de la ley, lo que remató su secularización en el plano jurídico.

Más allá de ese proceso, la secularización debe pensarse también respecto de la propia organización y contenidos de una institución que, desde finales del siglo XVIII, fue estrechando el ámbito de los saberes filosóficos y teológicos y ampliando el del derecho civil; y esto porque allí en parte se juega la señalada dimensión ideológico-cultural. En 1791, la coincidencia entre ciertas ambiciones locales y la voluntad centralista del monarca habían permitido que Derecho Civil se integrara como cátedra (bajo la forma de *Instituta*), y en torno a ella cobraría vida en 1794 una Facultad autorizada a expedir títulos mayores y menores.³² El plan provisorio implementado por el deán Funes desde 1808, y en especial el que implanta entre 1813 y 1815, contribuyeron a precisar las carreras de Teología, Filosofía y Jurisprudencia. Y aunque esta última reunía Derecho Civil y Derecho Eclesiástico desde la primera reforma, solo la segunda habría consagrado la graduación *in ultroque jure*, antes resistida por el claustro.³³ El Derecho Natural y de Gentes, tan central para las nuevas cohortes universitarias, solo habría sido integrado en la reforma de 1815.³⁴

La Facultad de Teología plantea una situación curiosa. En 1864, bajo la presidencia de Mitre, es suprimida, confinándose el conjunto de sus materias al Seminario de Loreto y permitiéndose a sus escasos alumnos

³² Raúl Orgaz, *Para la historia de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba*, Córdoba, Editorial Assandri, 1950.

³³ Carlos Luque Colombres, *El primer Plan de estudios de la Real Universidad de San Carlos de Córdoba. 1808-1815*, Córdoba, Imprenta de la Universidad, 1945. Esta fórmula latina ofrecería una nueva pieza a la mirada irónica de Córdoba, ahora también “la ciudad graduada *in ultroque*”, como en Lucio V. López, “El salto de Ascochinga”, *La Biblioteca*, año I, t. II, 1896, pp. 483-484.

³⁴ A diferencia de Luque Colombres, Orgaz, como la mayoría desde la historia de Garro, entiende que Funes produjo un único plan tardíamente implementado, de lo que se desprendería el carácter avanzado de la introducción de Derecho Natural, censurada en buena parte de la América española.

postular a los grados en la Universidad.³⁵ Poco después, entre las gestiones Avellaneda y Roca, se plantea su refundación en el seno de la Universidad: en efecto, en 1875, el rector Manuel Lucero, tenido por audaz reformador, trasladó al Poder Ejecutivo Nacional una propuesta del claustro universitario en esa dirección. Contra lo previsible, la gestión Avellaneda no solo no avanzó en la propuesta sino que su ministro de Instrucción habría señalado al rector “la dificultad que había de conseguir que [Teología] volviese del Seminario *por el espíritu de la época de secularizar la enseñanza* de las Universidades y Colegios”.³⁶ La propuesta fue efectuada también a finales de 1880, ahora por el rector Alejo Carmen Guzmán, católico orgánico, en consorcio con el rector del Seminario y jugando hábilmente la carta representada por el entonces ministro de Instrucción de Julio A. Roca, el también muy católico y cordobés Manuel Pizarro.³⁷ Nuevamente contra lo previsible, el no tan católico Roca firmó en enero de 1881 el decreto que elevaba las cátedras de Teología a la dignidad de Facultad, y esta se hizo presente en pleno en la primera sesión claustral del mes de marzo. Puesto que allí comenzaron a tratarse los asuntos urticantes, entre ellos el de la designación de docentes que era atribución del Poder Ejecutivo, la novedad institucional quedó condenada a corta vida. El obispo Esquiú comunicó a la Universidad qué docentes dictarían las materias, haciendo caso omiso de las formas corrientes de designación, y el claustro abrió la discusión sobre el particular. La cuestión pasó de inmediato a la prensa, involucrando a un obispo cada vez más encendido, a sus no menos encendidos detractores y al propio ministro de Instrucción, que debió aper-

³⁵ Creado en Santiago del Estero en 1611, el Seminario de Loreto fue trasladado a Córdoba junto con el Obispado, en 1700. A partir de allí mantuvo un vínculo orgánico con la Universidad, no solo porque ciertas cátedras (como Teología) se ofrecían en ella, sino porque durante mucho tiempo funcionó como ámbito de formación de estudiantes no orientados al sacerdocio. Fue cerrado en 1838 por Quebracho López, que lo adoptó como residencia, y reabierto por la Confederación Argentina. A partir de 1877, y como síntoma de las continuas fricciones entre el Seminario y la Universidad, este se consagró exclusivamente a la formación de futuros religiosos, intentando solo fugazmente, como veremos, estrechar los lazos entre ambas instituciones. Luis Roberto Altamira, *El Seminario Conciliar de Nuestra Señora de Loreto. Colegio Mayor de la Universidad de Córdoba*, Córdoba, Instituto de Estudios Americanistas, 1943.

³⁶ El testimonio de Lucero, “el Lutero cordobés”, *ibid.*, p. 346; énfasis agregados.

³⁷ Pizarro, figura significativa del catolicismo orgánico cordobés, experimenta varias integraciones y alejamientos mediados por conflictos de escala. Convocado por Roca a este ministerio, será sacrificado en beneficio de Wilde cuando evolucione el conflictivo expediente entre laicos y católicos; en 1891, dada la formación de la coalición de conservadores y católicos contra Roca, será convocado nuevamente por este para intentar partir el consenso católico y cerrar filas dentro del conservadurismo antijuvarista y, aunque la operación roquista será exitosa y convertirá a Pizarro en gobernador, las diferencias lo obligarán a renunciar en 1893 y ceder el puesto a su vicegobernador, roquista de ley, Julio Astrada.

cibir al religioso por sus excesos. La cuestión de la competencia en la designación de docentes, que el Ejecutivo reclamaba por ser el sostenedor de la Universidad y el obispo en virtud de las disposiciones del Concilio de Trento, dio lugar a una singular batalla que ahogó inmediatamente la nueva creación y concluyó en la expulsión de la recién creada Facultad. Se trató de meses, pero más que eso importa que el expediente fuera resuelto en la propia institución y por el voto mayoritario del claustro.³⁸

Mientras estas vacilaciones cabían respecto de aquella antigua facultad, otras iban entrando por los fueros. En 1876 se creaba por decreto la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas (que había sido precedida por la Academia Nacional de Ciencias, fundada en 1869) y en 1878 ocurría lo propio con la de Ciencias Médicas. Sumadas a la de Jurisprudencia, ellas conformaron las tres facultades de efectiva y relevante vida en nuestra etapa, acaso coexistiendo fugazmente con la de Filosofía y Humanidades.³⁹ La Universidad inició entonces un notable proceso de diversificación de saberes, referencias y corporaciones. Esa diversificación, en parte adjudicable a la voluntad estatal-nacional de las gestiones Sarmiento y Avellaneda, era también expresiva de una efectiva complejización de la cultura local, y en adelante la alimentaría.

Funciones, figuras y mundos intelectuales

Durante la etapa colonial, Córdoba no detentó ninguna de esas centralidades “mayores” dadas por la política o el protagonismo minero o portuario a escala virreinal. Fue, sin embargo, pieza principal de la porción sur del imperio español por su rol intermediario en el circuito peruano-platense y por la concentración de los factores de una capitalidad institucional y simbólica hecha de órdenes consolidadas, universidad y, luego, obispado; centralidad que no solo le imprimiría una marca ciudadana distintiva sino que sería también una vía efectiva de ejercicio de autoridad y poder sobre territorios más vastos. Ciertamente, más que adminis-

³⁸ L. R. Altamira, *op. cit.*, p. 351.

³⁹ Según Cárcano, esta facultad fue también creación sarmientina y estaba activa a fines de la década de 1870; según Altamira, sin embargo, en 1881 el científico Weyenbergh promovía su “creación”, algo que hace pensar en una muy breve vida. Su suerte no sería mejor en lo sucesivo, ya que la reforma de los estatutos prevista entre 1891 y 1892 nuevamente ubica la creación de esta facultad como uno de sus objetivos. Ramón J. Cárcano, *Universidad de Córdoba. Algunas palabras sobre su organización*, Buenos Aires, Félix Lajouane, 1892, p. 217; L. R. Altamira, *op. cit.*, p. 344; Telasco Castellanos, *Informe Anual del Rector Doctor Telasco Castellanos. Curso escolar de 1891*, Córdoba, La Minerva, 1892, p. 34.

trar las dimensiones más rústicas de la ciudad (algo a lo que tampoco rehusaba), lo que hizo el núcleo de clérigos, funcionarios y doctores que en ella residía fue, ante todo, trazar las coordenadas intelectuales y morales de la vida ciudadana y de aquellas regiones sujetas a su influjo u organizadas por él. Como en otras ciudades americanas, esos *letrados* fueron el instrumento y la razón del imperio y de la Iglesia católica, sus ejecutores y sus parciales ideólogos, sus mediadores y sus menudos filósofos; la incidencia en las decisiones en las que se fundaba el poderío material de otros sectores menos cultivados, el monopolio de la intercesión divina, la palabra legítima y/o el título universitario fueron sus específicas fuentes de poder.⁴⁰

Luego de la revolución –o, si se prefiere, de la contrarrevolución–, de ese mismo grupo debieron provenir los hombres capaces de mutar, en el mejor de los casos, a la par que sus circunstancias. El señalado caso del deán Funes, “un letrado entre dos mundos” según Halperin Donghi, ejemplifica de manera excepcional esa situación. Y si en Hispanoamérica “el intelectual nace –en nacimiento doloroso y conflictivo– del letrado colonial”, Córdoba ofrece múltiples ejemplos de esa proyección republicana de hombres del poder y el saber, de la escritura y la cultura.⁴¹ Sin embargo, frente a la evidente calidad *intelectual* de ciertas funciones (como la producción, cultivo, formalización o difusión de nociones políticas, religiosas, estéticas o científicas), la cualificación de las *figuras* que las cumplieron resulta más compleja mientras más se avance en el siglo XIX. La cuestión ha dado lugar a una extensa bibliografía y, por fuerza, no entraremos aquí en ese debate.⁴² Acordemos, en todo caso, que las figuras que nos interesa

⁴⁰ “La función poética (o, al menos, versificadora) fue patrimonio común de todos los letrados, dado que el rasgo definitorio de todos ellos fue el ejercicio de la letra, dentro del cual cabía tanto una escritura de compra-venta como una oda religiosa o patriótica.” Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Hanover, Ediciones del Norte, 1984, p. 29.

⁴¹ Tulio Halperin Donghi, *El espejo de la Historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, “Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica”, pp. 55-56. Aunque menos sencillo parece reconocer en la ciudad a aquella figura intermedia que Halperin llamó el “pensador” e identificó con el renacimiento liberalismo hispanoamericano de mediados de siglo, ampliamente volcado a la vida pública.

⁴² Véanse las introducciones de Jorge Myers y Carlos Altamirano a los dos tomos de Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz, 2008; así como Carlos Altamirano, *Intelectuales. Notas de investigación*, Bogotá, Norma, 2006. Aunque intelectuales, artistas y mediadores protagonizan el libro en su conjunto, este capítulo intenta cercar un mundo cualificado ante todo intelectualmente, por considerar que, merced al largo protagonismo de la universidad local, en torno a él se irán especificando los demás mundos de la actividad cultural.

relevar pueden ser pensadas como *intelectuales*, en primer lugar, porque sostienen o buscan sostener una relación específica y diferencial con el mundo de las ideas, y reclaman una legitimidad derivada de ese trato; en segundo término, porque en tanto “especialistas en ideas” configuran ámbitos específicos de reunión y actividad (cenáculos, círculos, asociaciones, revistas, etc.), definidos por su carácter intelectual y usualmente hospitalarios a productores o mediadores de otro tipo de bienes simbólicos, como artistas o editores.⁴³

Sin abandonar sus estancias o propiedades urbanas, sin desconocer su privilegio de linaje, poder o riqueza (antes lo contrario) se trata de figuras que participan de un mundo peculiar, restringido, integrado por lectores, docentes, escritores y, en menor medida, artistas y científicos. Sus acuerdos sobre la legitimidad cultural revertirán en *hegemonía* (en tanto dominación ideológico-cultural) y sus crecientes desacuerdos, sobre todo mientras la especialización sea menor, tenderán a presentarse en forma pública, escrita pero ruidosa.⁴⁴ Si el modernismo literario debe o no implantarse en Córdoba, cuestión álgida cuando la visita de Darío en 1896, es algo que debe debatirse a gritos, tanto por lo que eso implica en términos de un canon de acción más extendida cuanto porque para que esas diferencias se conozcan ellos han hecho sus diarios y forjado sus periodistas.

Una consideración a primera vista tan general permite cercar un universo que es, no obstante, bastante reducido; universo dentro del cual pueden reconocerse tipos intelectuales particulares, más o menos deudores de sus viejos predecesores letrados y más o menos representativos de la tendencia –muy cierta– a la especialización disciplinar de algunas zonas. Si se piensa, por ejemplo, en la década de 1880, es muy claro no solo que este universo está dominado por hombres del poder y de una cultura que se pretende “alta” y verdadera, sino que aquel modelo letrado, universalista, está aún tan activo como para dar vida a los últimos polígrafos. Sin embargo, también resulta muy claro que el impacto de la técnica, la intensificación del tránsito de hombres y bienes, la emergencia de una clase dirigente nacional, la irrupción de unos extranjeros *sabios* y otros exitosos, actuará no solo en el sentido de multiplicar los bordes de la distinción social sino también en el de la efectiva diversificación, especialización y cualificación de la producción y los consumos culturales. De este modo,

⁴³ Pierre Bourdieu, *Creencia artística y bienes simbólicos. Elementos para una sociología de la cultura*, Córdoba, Aurelia Rivera, 2003, p. 90; Raymond Williams, *Sociología de la cultura*, Barcelona, Paidós, 1982; C. Altamirano, *Intelectuales...*, *op. cit.*

⁴⁴ La noción de *hegemonía* remite a la ya clásica de Gramsci. Antonio Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1997.

no solo la élite en su conjunto se volverá más compleja sino que, puede decirse, esto agregará a las múltiples fracturas que la estratifican desde dentro, mayormente económicas, otras derivadas de un proceso de especificación de sus fracciones intelectuales que, sin escindir completamente política y cultura, también superpondrá nuevos criterios de clasificación y esquemas de acción y validación.

Así, aquellos catedráticos que escribían textos jurídicos aparecerán cada vez más cerca de sus estudiantes avezados, de los nuevos periodistas y literatos y de un estrecho número de pintores locales que de sus propios pares de clase volcados al comercio; y así también, ese espacio habrá finalmente de aceptar a aquellos científicos que, a esa hora, se hallan ya integrados como miembros plenos de la institución universitaria. Sin duda, no todos los estudiantes participan de ese mundo, y ciertamente tampoco todos los docentes de la universidad; hay científicos prácticos aptos para una apoteca y otros que llenan grandes tomos con los resultados de sus expediciones; expertos *intelectuales* y expertos a secas.⁴⁵ Sin embargo, el mundo intelectual del giro de siglo se fue definiendo de ese modo, en una convivencia menos homogénea que anteriormente (cuando el derecho era una secular y exclusiva fuente de dominación simbólica) y, también, en una convivencia más agitada. A ciertos doctores en derecho y políticos ilustrados se suman ciertos doctores en Medicina, algunos científicos y naturalistas, algunos historiadores y arquitectos, graduados expectantes y escritores que viven del periodismo. Ellos escriben para leerse, como pintan para verse, por lo que tampoco resulta casual que aquí se juegue también el momento central del retratismo pictórico.

La universidad es el centro de ese microcosmos, y atrae con su magnetismo antiguo a “establecidos” y “pretendientes”, mucho más allá de sus especialidades.⁴⁶ Cuando su jurisdicción no alcance, serán proyecciones de ella las que acrediten el acceso al espacio intelectual de neófitos historiadores y artistas. La Sociedad Literaria Deán Funes (creada en 1878), asociación de la juventud universitaria que contó en sus filas a Cárcano, Joaquín V. González y Cornelio Moyano Gacitúa, tendrá forzosamente

⁴⁵ Sobre las categorías de intelectuales y expertos y sus complejidades analíticas, véase de Neiburg y Plotkin “Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en la Argentina”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004. Aquí subrayamos las derivadas del relativo desajuste entre quienes podrían pretender la primera y la institución universitaria, así como la dominante universitaria (antes que burocrático-estatal) de aquellos que podrían aspirar a la segunda.

⁴⁶ O “dominantes” y “pretendientes”; véanse P. Bourdieu, *op. cit.* y Sergio Miceli, *Intelectuais e classe dirigente no Brasil (1920-1945)*, San Pablo y Río de Janeiro, Difel, 1979.

sucesores más ambiciosos.⁴⁷ Esto, como ha mostrado María Victoria López, es especialmente claro en la experiencia del Ateneo, independiente de la universidad pero permeado por ella incluso en sus criterios de admisión.⁴⁸ Frente a aquel Ateneo porteño (1892), producto del consorcio entre artistas y escritores, el de Córdoba tendrá estrictos requisitos de ingreso, regulados por la porción más autorizada del espacio intelectual. Serán los catedráticos de la universidad (y, por su gracia, los recientes expulsos del Seminario) los únicos naturalmente habilitados para integrar la asociación, quedando en sus manos la propuesta o aceptación de otros miembros en virtud de méritos literarios, artísticos o científicos.⁴⁹

Condensando la señalada complejización de la élite en su conjunto, esa instancia tan cerrada que fue, en su nacimiento, el Ateneo, logrará proyectar en una asociación cultural independiente aquello que la universidad no podía contener –un mundo artístico y literario–, pero sujetándolo férreamente a su criterio. Con esto no solamente amparó con voluntad universalista a la porción *intelectual* de la sociedad cordobesa, sino que contribuyó marcadamente a su propia diversificación. Pese a su breve vida, como ha señalado López, la experiencia del Ateneo permite ver cómo sus pretensiones específicas en el ámbito del derecho debieron declinarse

⁴⁷ Esta sociedad es relevante no solo por la deliberada continuidad que establece con Funes sino, sobre todo, porque condensó buena parte del mundo político local-nacional del giro de siglo. Dirigida a fines de la década de 1870 por Cárcano, al igual que su periódico *El Pensamiento*, de allí saldrían, al menos, un futuro presidente (Figueroa Alcorta), un ministro de la nación (González), cuatro gobernadores (Cárcano, González, Figueroa Alcorta y Félix T. Garzón), varios diputados nacionales (además de nuestros personajes, Adán Quiroga, de Catamarca) y dos miembros de la Suprema Corte de Justicia (nuevamente el principalísimo Figueroa Alcorta y Cornelio Moyano Gacitúa). Ramón J. Cárcano, *Mis primeros ochenta años*, Buenos Aires, Pampa y Cielo, 1965 [1943], p. 41.

⁴⁸ El Ateneo de Córdoba (1894-1913), asociación cultural de élite, constituyó una de las experiencias locales más relevantes de organización extraoficial de la cultura, aunque fue producto de la actividad de notables universitarios, contó con aval estatal y gozó de un espacio en la Universidad para funcionar inicialmente. Este centro, claramente dominado por los juristas y, como se dijo, permeado por el *criterio* universitario, logró aglutinar, sin embargo, a un heterogéneo conjunto de figuras intelectuales de la élite: inminentes historiadores como el monseñor Pablo Cabrera, magistrados y abogados como Cornelio Moyano Gacitúa o José del Viso o pintores como Genaro Pérez y su grupo. María Victoria López, “Elite letrada y alta cultura en la Córdoba de fin de siglo. El Ateneo de Córdoba, 1894-1913”, Córdoba, 2009, mimeo.

⁴⁹ Según los Estatutos, podían integrar el Ateneo en calidad de socios activos: “1° Los Académicos o Catedráticos Titulares [y suplentes -*agregado manuscrito*] de la Universidad, ó los Catedráticos de Ciencias Sagradas del Seminario Conciliar que deseen incorporarse a él. 2° Las personas que fueren nombradas por la Junta Directiva en mérito de su notoria competencia en Ciencias, Bellas Letras y Bellas Artes. 3° Los que solicitaren su incorporación presentando un trabajo propio sobre Ciencias, Literatura ó Bellas Artes, y que en virtud de su mérito fueren aceptados por la Junta”. Cit. en M. V. López, *op. cit.*, p. 14.

ante la primacía universitaria, mientras que la asociación pudo contribuir eficazmente a la configuración de un ámbito periodístico tanto gremial como disciplinar (el Círculo de la Prensa) o a la institucionalización del ámbito artístico (tanto mediante las exposiciones por él organizadas cuanto por los debates relativos y consecuencias inmediatas, entre ellas la Creación de la Academia Provincial de Bellas Artes); de igual manera, el caso permite advertir cómo ciertos gremios contemporáneos buscaron en la asociación el amparo y la caja de resonancia de su actividad particular (el caso del Centro de Ingenieros).⁵⁰

El especialista-intelectual, por llamarlo de algún modo, el médico, jurista o científico cuya práctica profesional era acompañada de la producción de bienes simbólicos relativos, de su cultivo o de la voluntad de incidir en la definición del universo de los saberes válidos y la cultura legítima, va despuntando en estos años como un tipo intelectual que, sin embargo, convive con los viejos tipos universalistas tanto como avanza en el diseño de su propio territorio y, virtualmente, se aleja del experto a secas, el especialista servidor del poder que nunca va más allá de la aplicación de sus destrezas particulares en un ámbito regulado desde fuera. En conjunto, el proceso de diferenciación es muy notable a lo largo del giro de siglo y dialoga con el despunte habido en otras zonas de la cultura; por lo demás, el abandono de las instancias integrales en beneficio de otras específicas, particulares, de la producción simbólica, es algo tan visible en la historia del Ateneo de Córdoba y de la propia institución universitaria como en la del Museo Provincial, como veremos más adelante.

Una cuestión de proporciones

Sabemos que el tamaño de este mundillo intelectual fue, en cualquier caso, pequeño; pero ¿cuáles fueron efectivamente sus dimensiones? ¿Qué población estuvo en condiciones de entrar y salir de él o de aspirar siquiera a que allí se le abriera una puerta? La pregunta apunta a una respuesta imposible, pero es estimulante y al menos habría que intentar cercar la cuestión. Un parámetro de un momento de ese mundo puede proveerlo el propio Ateneo, que en 1896 alcanzó 133 socios y sobre cuyas condiciones de existencia Cornelio Moyano Gacitúa se expresó muy puntualmente:

⁵⁰ María Victoria López, "Instituciones, asociaciones y formaciones de 'alta cultura' en el giro de siglo: entre universalismo y especialización", en Ana Clarisa Agüero y Diego García (eds.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, La Plata, Al Margen, 2010.

Si dadas las tendencias intelectuales de la República, la situación social y geográfica de Córdoba, el número de sus habitantes y otras consideraciones análogas, no hubieran existido en ella tres facultades de enseñanza científica, con más de un centenar de profesores de una Universidad Nacional, no habríamos creído preparado este terreno para la fundación de asociaciones como esta.⁵¹

No obstante, en la nómina que Moyano Gacitúa adjunta y que Cabrera completa en forma manuscrita no solo *sobraban* nombres sino que también estaban ausentes los de muchos estudiantes y pretendientes que efectivamente asistían a las actividades del Ateneo—los recuerdos de Capdevila, que recoge la presencia en ellas del joven poeta Goycochea Menéndez, ofrecen un ejemplo de esto—.⁵² Al menos a los fines del cotejo, la cuestión devuelve a la universidad, cuyas cifras también imponen cribas pero de la que contamos con algunos documentos reveladores.

En el *Informe Anual del Rector Doctor Telasco Castellanos. Curso escolar de 1891*, elevado en 1892 por el rector —en medio, como veremos, de otras grandes cuestiones—, este efectuaba el balance del año anterior facultad por facultad. Admitida una caída en la matrícula, insistía en mostrar no solo una institución en actividad sino, especialmente, una institución con el material humano para remontar su denunciada decadencia. A grandes rasgos, de ese informe puede colegirse que el conjunto de la población universitaria estaba compuesto entonces por 120 alumnos que se habían matriculado, 72 docentes y, entre ellos, 6 autoridades acreditadas por el título. A esa población deben sumarse los recientes recibidos, 23 en total. Según señala Castellanos, había allí una caída numérica excepcional, ya que “antes” el alumnado habría llegado a 215 estudiantes; desde nuestra perspectiva, ese mismo estrechamiento puede ayudar a ponderar mejor las cosas (cuadro 1).⁵³

⁵¹ Cornelio Moyano Gacitúa, *Memoria presentada a los socios del Ateneo en la Asamblea General reunida en el Aniversario de la fundación del mismo*, Córdoba, La Moderna, 1896, p. 4. El ejemplar consultado en la Sección Americanistas de la Biblioteca Central de la Facultad de Filosofía y Humanidades perteneció a Monseñor Pablo Cabrera quien, siendo miembro del Ateneo, agregó en forma manuscrita algunos nombres, mayormente de artistas, ausentes en el impreso.

⁵² Arturo Capdevila, *Cronicones dolientes de Córdoba*, Buenos Aires, Emecé, 1963, p. 36.

⁵³ Según la estadística de la Universidad Nacional de Córdoba, entre 1901 y 1910 hubo un promedio anual de 137,50 alumnos solo en la Facultad de Derecho, a los que se añade un promedio de 81,30 en Ingeniería Civil y de 160,80 en Medicina. Esto devuelve un promedio anual general de cerca de 380 alumnos, aunque ciertamente la población universitaria crece en esos años y también se altera la distribución. Universidad Nacional de Córdoba, *Estadísticas de la UNC. 1613-2013*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 2013. González habla de 170 en Derecho. Cualquiera de estas cifras expande bastante el segmento universitario de

Cuadro 1. Universidad Nacional de Córdoba, 1891

Facultad	Derecho y Ciencias Sociales		Ciencias Médicas			Ciencias Físico-Matemáticas	
	Derecho	Medicina	Farmacología	Obstetricia	?	Ingeniería	Ciencias Naturales
Matriculados por carrera							
1°	10	4	6	2 (+1 libre)		7	2 (+1 libre)
2°	7	3 (+1 libre)	3	1		2	
3°	13	6				6 (+3 libres)	
4°	8	4				5 (+1 libre)	
5°	4	3				5 (+1 libre)	
6°	NO TIENE	11				no tiene	
Total matriculados	42	45 *				33	
Total examinados	41	¿?	¿?	¿?	¿?	30	
Recibidos	22 (10 doctores, 2 licenciados, 12 abogados)	4 doctores	3 farmacéuticos	-	1 dentista	3 agrimensores	
Cantidad de docentes	26 titulares: 12, vacantes: 2 suplentes: 14, vacante: 1	25 titulares: 22, suplentes: 3				21 titulares y suplentes: 21	
Decano	1	1				1	
Vicedecano	-	-				-	
Secretario Facultad	1	1				1	
Académicos	14	14				12	

* La cifra indicada se aleja de la que señala el *Informe Anual*... antes de hacer el detalle –que creemos más fiable–, e incluye el de los estudiantes libres; idéntica inclusión corre en el caso de la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas.

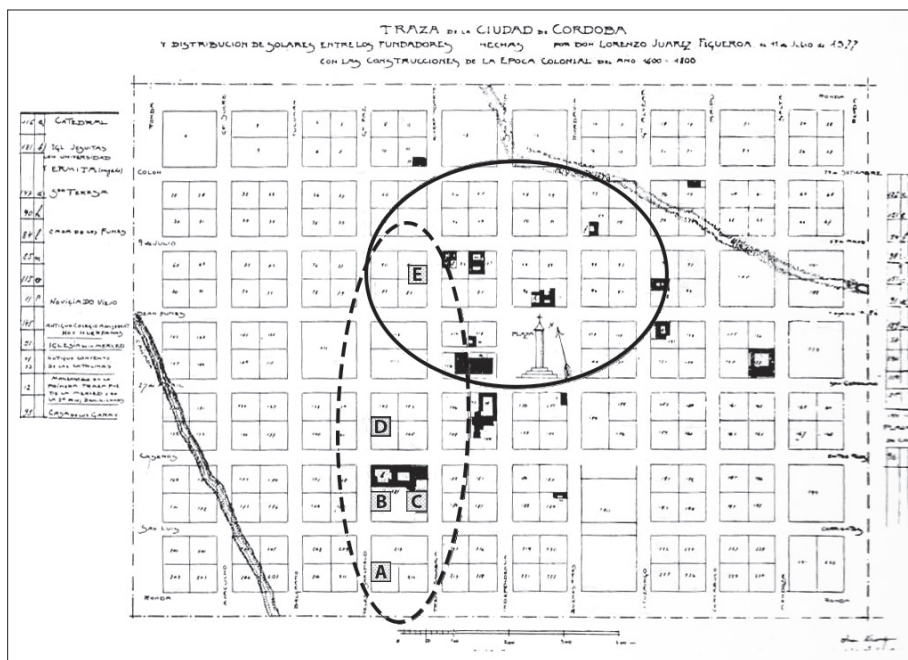
Fuente: elaboración propia sobre la base de Telasco Castellanos, *Informe Anual del Rector Doctor Telasco Castellanos. Curso escolar de 1891*, Córdoba, La Minerva, 1892.

Las cifras arrojadas por la Universidad delimitan un reducto ya en sí muy estrecho: 200, a lo sumo 220 personas si se añaden aquellos académicos que no han sido contados en la serie de docentes, y esto en una ciudad de cerca de 66.000 habitantes. Ese paupérrimo 0,33% que constituye el mundo universitario activo en 1891 no es representativo, sin embargo, del mundillo intelectual de la ciudad tal como lo hemos presentado. Mientras que resulta esperable que la mayoría de los docentes tuviera, por su propia condición, allanado el camino para integrarlo, es claro que la mayoría de los estudiantes no lo hacía; quizás parte de los alumnos de los últimos años –como mucho, 15 o 20 jóvenes curiosos–, los que debieran añadirse a, digamos, el 75% de la población docente (54), algunos académicos más (¿10...?) y esa escueta población extramuros de periodistas y escritores (normalmente ambas cosas), editores (una especie escasa, desprendida del mundo de la imprenta) y artistas (pocos, según da a pensar el discreto grupo nucleado más adelante por el Ateneo). Aunque la exactitud no sea el principal mérito de este razonamiento, lo cierto es que el estrecho universo de 100 o 120 personas que sugiere resulta altamente verosímil, no solo por lo que sabemos de 1891 sino también respecto de las dimensiones alcanzadas por la asociación que, desde 1894, intentó reunirlos a todos (los señalados 133 socios del Ateneo en 1896). Una estimación tal arrincona aquella diminuta república de las letras a una proporción del 0,18% respecto de la población total de la ciudad, resaltando tanto el hecho de su propia pequeñez como la proeza del sostenimiento de su dominación simbólica. Claramente, la nuestra no es una sociología dura y sus referencias proceden, en la mayor medida, de una *mirada* cualitativa. Pero, en todo caso, una estimación tan primaria como esta encuentra respaldo también en una afirmación recurrente en las propias élites intelectuales contemporáneas: mientras que la sociedad se multiplica y diversifica, el grupo ilustrado no crece, algo que muchas veces será señalado como el real obstáculo, por ejemplo por Vicente Quesada, para el desarrollo de un verdadero mercado editorial.

Una escueta y poco móvil ciudad intelectual, entonces, dentro de otra ciudad en expansión y diversificación. Mientras que esta desborda, ya a fines de la década de 1880, la traza colonial en todas las direcciones, aque- 96
lla ciudad paralela tiene sus sedes en unas pocas cuadras del núcleo de la ciudad tradicional. Su espacio comienza a escasos cien metros de las barra-

posibles “pretendientes” aunque, creemos, deja bastante inalterado el mundillo intelectual que aquí más interesa. Marcela González, “El medio, los actores y las ideas en la Universidad de Córdoba. 1900-1910”, *Studia. Publicación de la Cátedra de Historia del Pensamiento y la Cultura Argentinos*, N° 5, 1996, p. 188.

Traza de la ciudad de Córdoba y distribución de solares entre los fundadores, hechas por don Lorenzo Juárez Figueroa, en 15 de julio de 1577, con las construcciones de la época colonial del año 1600-1800



Hitos de la “alta cultura” ciudadana y zona de imprentas y librerías. Plano tomado de Juan Kronfuss, *Arquitectura colonial en la Argentina*, Córdoba, Biffignandi, 1921, p. 76.

El plano de Kronfuss reproduce el que hiciera en 1577 Lorenzo Suárez de Figueroa, fijando las setenta manzanas de la traza colonial. En la elipse vertical se señalan de modo esquemático, de sur a norte, los sitios ocupados en sus respectivas eras por el Teatro Rivera Indarte (A), la Academia Nacional de Ciencias (B), la Universidad (C), el Ateneo de Córdoba (D) y el Club El Panal (E) –sede de un club político pero también de una muy sonada biblioteca. La elipse horizontal señala, a grandes rasgos, la zona de librerías e imprentas.

cas del sur, en la sede de la Universidad, se expande brevemente hacia el oeste, a la avenida paralela donde Tamburini edificaría en los mismos años el Teatro Rivera Indarte y en la que se alojaría el Ateneo en 1896, y comprende unas pocas manzanas hacia el norte, donde vivió su fugaz vida el juarista Club El Panal y donde, como veremos, tendrán su sitio hasta fines de la década de 1910 la absoluta mayoría de imprentas y librerías.

1891. Córdoba contra Buenos Aires

Córdoba es una ciudad universitaria por su tradición, su topografía y sus condiciones de vida. Y si debe redoblar sus esfuerzos para que no la despoje completamente de su carácter la brillante atracción de la Capital, debería cuidar mucho más de no perderlo por la decadencia de sus estudios.

La Nación entera hállase interesada en esto. Si el centralismo económico e intelectual ha fundado el unitarismo político, la centralización absoluta de la enseñanza superior desnaturalizaría la misión social y política que las universidades deben llenar en la república.

RAMÓN J. CÁRCANO, 1892

Para la Universidad de Córdoba 1891 fue un año muy significativo porque fue entonces cuando la Comisión de Presupuesto del Congreso Nacional propuso a ese cuerpo la supresión de dos de las tres facultades cordobesas activas, las de Medicina y Ciencias Físico-Matemáticas. La propuesta despertó una inmediata reacción tanto dentro del Congreso como en Córdoba y en algunas otras latitudes desde las cuales ciertos hijos ilustres, Cárcano entre ellos, se pronunciaron. No por cerrado, el expediente cesó de provocar furias y públicas condenaciones en la ciudad mediterránea, suerte de sostenido lamento en el cual comenzaban a tallar crecientemente cuestiones más complejas. Sin duda, atentaba contra el orgullo doctoral local que los argumentos aducidos hubieran puesto en primer plano la decadencia de la casa de estudios pero, sin duda también, el que entre ellos contara su insignificancia numérica frente a los costos de su mantenimiento contribuyó a que buena parte de aquel malestar cristalizara una mirada nueva sobre el equilibrio, también nuevo, que dominaba el panorama nacional de una manera ya bastante incontestable. Conservadores y liberales, laicos y católicos, localistas y cosmopolitas, hallaron en ese ataque la ocasión de un nuevo concierto que, con ligeras inflexiones de sagacidad y tono, asumió las formas de un viejo federalismo o las más nuevas del regionalismo para denunciar el (des)equilibrio entre la reciente Capital y las provincias, y la medida en que la supresión

prevista consumaría la fractura. Por lo demás, ese acuerdo coyuntural se sostenía con dificultad tras los desacuerdos muy próximos (entre radicales y conservadores o entre juaristas y roquistas) que habían contribuido a la caída del juarismo; desacuerdos que, aún activos, hacían presumir en la propuesta de la Comisión de Presupuesto un último castigo a la provincia rebelde, el que tendría el dudoso mérito de colocar a los enemigos históricos de los Juárez en el papel de ejecutores y víctimas de la decisión nacional. En esta mezclada escena, pudieron sentirse las voces de Cornelio Moyano Gacitúa, Ramón J. Cárcano (desde su viaje europeo de exilio político y formación mundana) y, desde luego, Telasco Castellanos, notable antijuarista que comandaba entonces la casa de estudios, en cuyo *Informe Anual...* la cuestión está aún muy fresca.

Aunque tanto Moyano Gacitúa como Cárcano recordaron en otras ocasiones la correspondencia que los unió entonces, en el segundo caso las cartas que enviaba a su viejo amigo precipitaron la redacción de un texto más extenso; texto que tenía a Córdoba en su horizonte y se escribía al tiempo que Cárcano escudriñaba el sistema universitario alemán.⁵⁴ Cosmopolita como se reconoció en ese primer viaje europeo, Cárcano creyó hacer honor a la verdad al admitir que la Universidad de Córdoba no atravesaba su mejor era, algo que no le impidió denunciar en el proyecto del año 1891 un instrumento inaceptable de profundización de los desequilibrios urbanos y regionales. Antes que denegar los problemas de la Universidad real, el cordobés intentó en ese texto exponerlos, cotejarlos con la experiencia alemana y sustraer de ese ejercicio algunas pautas para su reforma. A su juicio, la decadencia efectiva de la institución reconocía un momento fundamental en la ley que, en 1885, había regulado la redacción de los estatutos de las universidades de Buenos Aires y Córdoba, plasmada en este caso en el de 1886, que le parecía poder leerse como expresión de un unanimismo nocivo que traducía en el plano educativo el proceso de descontrolada centralización habido en otros planos. Ese unanimismo, “vieja ley de la democracia argentina”, condenaba sus esfuerzos en la medida misma en que desconocía la desigual prehistoria del suelo en que se ejercía; algo, por supuesto, que Cárcano tenía muy claro respecto de la marca fundamental de su propia ciudad.⁵⁵

Observarse, sin duda, que los mismos estatutos han producido resultados diversos en la Universidad de Buenos Aires. *Recientemente fun-*

⁵⁴ R. J. Cárcano, *Universidad de Córdoba...*, *op. cit.* Según Cárcano, el libro tuvo también una edición parisina. R. J. Cárcano, *Mis primeros...*, *op. cit.*, p. 194.

⁵⁵ R. J. Cárcano, *Universidad de Córdoba...*, *op. cit.*, p. 33.

dada en relación a la de Córdoba, sin historia ni tradiciones, se ha desenvuelto y engrandecido, siendo ahora la primera casa intelectual de Sud-América.

En uno y otro caso, es muy distinto el medio de existencia y desarrollo. En Buenos Aires el poder de la prensa es inmenso e irresistible al fin las decisiones de la opinión. El gobierno y la universidad, el ministro y el cuerpo académico, son vigilados por el juicio público. El abuso como la inepticia no quedan encerrados en el recinto donde se realizan. Lo que en el orden político y administrativo sucede en la gran capital, se escucha como si golpeará en una campana que resonara en todo el país.⁵⁶

De manera expresa, el elogio al desarrollo de la universidad porteña y, en general, a un estado de cosas metropolitano que parecía instalar controles nuevos, públicos, a las instituciones estatales, corría parejo a la reválida de la cordobesa en tributo a su antigüedad. Si las universidades debían ser el instrumento correctivo de la centralización, su conservación se volvía cuestión de interés nacional en la medida misma en que un orden estatal se afirmaba denunciando un grado de centralización que aproximaba más a la experiencia francesa –discutida en varios puntos por Cárcano– que a la alemana que encontraba modélica. Conforme el argumento se redondeaba, ese librito surgido de las circunstancias superó rápidamente las doscientas páginas, dando lugar a un detenido examen de aquella experiencia que había creado una nación a partir de realidades, personalidades e instituciones locales. *Universidad de Córdoba...*, más que una invocación a esa epopeya romántica alemana a veces una nota al pie de *¿Qué es la Ilustración?*, plasmó entonces un nuevo ejercicio de imaginación policéntrica a la vez que instaló un precedente significativo de la reforma universitaria (tantas veces pensada como puro origen) y uno de los modelos que concentrarían especialmente su atención.⁵⁷ Si lo primero era expreso en múltiples pasajes, la vía alemana sostenía todo el proceso crítico y la orientación proyectiva del libro de Cárcano.

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 35-36. Énfasis agregados.

⁵⁷ Véase especialmente el capítulo VI, en el que Cárcano se extiende sobre la libertad de enseñanza, orientada a que “maestro y discípulo cesen de ser esclavos, perdidos en las fatigas de un trabajo pobre e infecundo”. *Ibid.*, pp. 94-95. Sobre la caladura en Córdoba del modelo alemán –cuya deuda con los científicos de la Academia Nacional de Ciencias cabría ponderar–, puede pensarse en las trayectorias de Martínez Paz y Carlos Astrada, o en la traducción y edición cordobesa de *El conflicto de la cultura moderna* de Georg Simmel (1922), la primera en nuestro país, viabilizada por el último. Ezequiel Grisendi, “Sociología y edición: Enrique Martínez Paz (1908-1918)”, en A. C. Agüero y D. García (eds.), *Culturas interiores...*, *op. cit.*

La Universidad de Buenos Aires será siempre, como la de Berlín, la más grande y poderosa de la República. Disfruta de las ventajas de su ubicación, que no pueden transportarse y solo ella aprovecha.

La de Córdoba, como Halle, como Göttingen o Tübingen, tendrá condiciones especiales que le darán un interés particular. La misma situación topográfica y las circunstancias de vida son, desde luego, bajo ciertos respetos, motivos que la favorecen. Podría ser por lo menos un puerto de escala para llegar a diplomarse en la capital.

El monopolio local en la enseñanza no se comprende.⁵⁸

La centralización, según Cárcano, había venido a profundizar antes que a superar un estado de cosas intelectual y académico signado por el anacronismo; la sujeción al texto, el dogmatismo, la estrechez del espacio para la reflexión y la investigación de estudiantes y docentes habían sido antes consagradas que abolidas por las intervenciones del poder nacional. Como puede presumirse, la salida de este estado de cosas requería de un preciso programa que el cordobés se apresuraba a precipitar en las páginas finales: autonomía universitaria, tanto relativa a la designación de docentes y autoridades como a la administración de recursos y definición de programas; defensa de la docencia y el aprendizaje “libres”, relativos tanto a la expansión del universo bibliográfico como a la libertad del alumno de escoger las materias y regular la cursada; implantación de los seminarios como modo de ejercitar la reflexión y el descubrimiento y alentar vocaciones, etc. Un programa muy próximo es reconocible en los documentos legados por la juventud reformista cordobesa desde el año 18, aunque lo alejen de ella los mismos aspectos que hacían de Cárcano un liberal conservador y de esa juventud la semilla de un liberalismo progresista capaz de virar, en el mejor de los casos, al socialismo y, en el peor de los desencantos, al fascismo.⁵⁹ Sin duda, la condena de la gratuidad de la enseñanza, las vacilaciones respecto del modo de ingreso a las titularidades y la sorprendente defensa de la restauración de la Facultad de Teología eran puntos que difícilmente podría suscribir luego la juventud reformista; pero sobran los puntos de contacto para sugerir que Cárcano

⁵⁸ R. J. Cárcano, *Universidad de Córdoba...*, *op. cit.*, pp. 213-214.

⁵⁹ Ricardo Martínez Mazzola, “¿El último manifiesto reformista? Democracia y socialismo en ‘El último caudillo’ de Carlos Sánchez Viamonte”, en A. C. Agüero y D. García (eds.), *Culturas interiores...*, *op. cit.*; Pablo Requena, “...Han pasado este año cosas estupendas. Ha florecido una nueva generación”. Deodoro Roca y la construcción del imaginario reformista (Córdoba, 1915-1942)”, Córdoba, 2007, mimeo.; Fernando Rodríguez, “Alfredo Brandán Caraffa. Un moderno intenso en la escena cultural reformista”, en A. C. Agüero y D. García (eds.), *Culturas interiores...*, *op. cit.*

debe ser reinscrito, como sugiriera Terzaga, en su genealogía, aunque esto hiera su representación heroica, o especialmente por ello.⁶⁰

Volvamos al año 1891, solo para ver en qué medida alguien situado en las antípodas de Cárcano debió responder de manera análoga a la misma circunstancia. Telasco Castellanos, como dijimos, entonces rector de la Universidad, consignaría en su *Informe Anual...* la frustrada propuesta de supresión de facultades, abundando en las razones por las cuales una idea tal “no debió ni siquiera enunciarse”.⁶¹ Más allá de las menudas consideraciones ligadas a la historia y tradición de la casa, los argumentos geográfico-intelectuales eran expuestos con extrema claridad, documentando tanto el lugar que Buenos Aires había ya conquistado de manera indiscutible cuanto el desesperado intento mediterráneo de conservar una especificidad dentro de un territorio que, menos vasto que en el pasado, parecía ahora también más homogéneo que antes. Si la Universidad había sido otrora el motivo de una cierta primacía urbana en el espacio sur del virreinato peruano, ella aparecía en esta nueva hora como la última trinchera de una centralidad regional que, admitiendo el recorte de su radio, no cesaba de querer ejercerse sobre un espacio al cual la hermanaba la tragedia común de la creciente hegemonía porteña. Anunciada por la economía desde fines del siglo xviii y por la política desde la revolución de independencia, esa hegemonía no había hecho sino consolidarse desde el día que siguió a Pavón. Amortiguado en la década de 1880, que vieron acoplarse la federalización de Buenos Aires a su estallido metropolitano pero aún permitieron creer a ciertas élites provincianas que esa expansión era la suya, el movimiento pareció abierto, indiscutible e indeseable desde 1890. Y aunque no osara pronunciarse, la caída de Miguel Juárez Celman parece haber sido, a los ojos de la élite cordobesa, la expresión más contundente de esa derrota urbana. En todo caso, eso sugiere también el alegato de ese consecuente antijuarista que fue Telasco Castellanos:

Considerado bajo el punto de vista político, tampoco el proyecto de la Comisión pudo aceptarse; porque, suprimido el único centro científico de enseñanza facultativa que existe en el interior, se afectaría profundamente con ello la cultura intelectual de extensas regiones, y se rompería el equilibrio de la instrucción superior en la República.

Esa brillante juventud que habita los apartados extremos de nuestro vasto territorio, quedaría inhabilitada, entonces, para las carreras

⁶⁰ Alfredo Terzaga, “Clericalismo y liberalismo: las dos caras de la medalla cordobesa”, *Todo es Historia*, N° 75, julio de 1973.

⁶¹ T. Castellanos, *op. cit.*, p. 7.

liberales; o se vería en el duro y penoso trabajo de dirigirse a la Universidad de Buenos Aires en persecución de un título científico que con grandes ventajas pudiera obtener en la de Córdoba [...] Por otra parte, la Comisión debió considerar que, con las supresiones por ella propuestas, la Capital monopolizaba la enseñanza en la República, y que esto, sobre ser antipolítico, podía encontrar resistencias en los otros Estados.⁶²

A estas consideraciones de geografía académica y federalismo primario se añadían las que, intentando ofrecer contraargumentos a cualquier tentativa futura, consignaban en clave antimaterialista el hecho metropolitano, diseñando en su revés un espacio interior al que adjudicaba las cualidades de la introspección y el pensamiento. Rozando el atrevimiento, aunque sin reparar en él, Castellanos apuntaba:

[...] porque probado está que en los establecimientos de enseñanza existentes en las ciudades mediterráneas se forman más celebridades, y hasta parece que en las poblaciones reducidas la inteligencia se desenvuelve y desarrolla como en su propio y natural elemento: las distracciones de las grandes capitales, el ruido del comercio, la actividad material de la vida, los diversos halagos que allí existen, y otras razones que no escapan a un espíritu observador, impiden la tranquilidad del alma, apartan la atención y dificultan todo serio trabajo intelectual.⁶³

El comentario iba en la senda de algo que había sido anunciado al comienzo del *Informe Anual...*; puesto que, a diferencia de Cárcano, el rector discutiría la idea de una decadencia en la institución cordobesa, las pruebas se amontonaban en el sentido de defender no solo su adecuación sino, incluso, su superior punto de partida. Sin duda, el costado numérico del *Informe Anual...*, respecto del que no abundaba, reclamaba ciertas salvedades que Castellanos haría puntualmente. Allanado ese primer obstáculo, el resto de las consideraciones asumiría un carácter francamente ofensivo. La cuestión de los estatutos comunes impuestos a las universidades porteña y cordobesa en 1886, apuntada por Cárcano como uno de los males que afectaban a la institución local, era aquí referida brevemente como disparador de una reforma que –ya emprendida por la Universidad de Buenos Aires– la cordobesa había iniciado en 1891, y esperaba

⁶² *Ibid.*, pp. 9-11.

⁶³ *Ibid.*, p. 10.

la sanción del ministro Balestra.⁶⁴ Según puede leerse, era el mismo proyecto que había sido enviado a la Capital en diciembre de ese año el que se adjuntaba al *Informe Anual...*; y, según puede colegirse, era en aras de la autonomía denegada por los Estatutos de 1886 que este recuperaba los primeros artículos del que en forma provisoria dictara Avellaneda en 1879, cuando la de Córdoba era la única universidad nacional. Entre ellos, sin grandes consecuencias prácticas pero de enorme importancia simbólica, el que consignaba: “la actual Universidad de Córdoba es una *continuación* de la Universidad Mayor de San Carlos”.⁶⁵

Universidad, Derecho y poder social

Consideremos ahora brevemente el núcleo institucional que trazó la historia más densa, instauró las formas dominantes de ejercicio del poder simbólico en el siglo XIX y dio lugar a la corporación universitaria más poderosa de la Universidad de Córdoba: la Facultad de Derecho. La aproximación intenta exponer cómo la trama del poder social local no pudo sino tejerse y tensarse en ligazón estructural con el espacio universitario y, en consecuencia, en qué medida la historia floreciente o decadente de la élite cordobesa fue también la historia de su universidad; de su capacidad para cubrir más o menos cabalmente las exigencias de formación de una casta dominante o, cuando menos, de demarcación de una élite cultural diferenciada de la arena social mayoritaria.⁶⁶ Una leve ampliación de lente permitirá advertir que, lejos de describir un proceso meramente aldeano, la capacidad de la Universidad de reproducir el poder social local debió lidiar crecientemente con ideas y figuras externas que, conforme avanzaba la formación de una clase dirigente y un campo jurídico de dimensiones nacionales, impusieron también principios nuevos de legitimidad disciplinar y social.

Como señalamos, desde fines del siglo XVIII en las aulas cordobesas se formaron los doctores en Derecho que alimentarían los grupos dirigentes

⁶⁴ Los nuevos estatutos serán efectivamente aprobados en 1893.

⁶⁵ T. Castellanos, *op. cit.*, p. 33. Énfasis agregados.

⁶⁶ Agulla ha caracterizado el cuadro social previo a 1918 como dominado por una “aristocracia doctoral”. Pese a sus agudas consideraciones, este trabajo se aleja de él en varios puntos, comenzando por su marcada distinción entre ese estrato aristocrático y el de los estancieros. Juan Carlos Agulla, *Eclipse de una aristocracia. Una investigación sobre las elites dirigentes de la ciudad de Córdoba*, Buenos Aires, Ediciones Líbera, 1968. Véase también Jeffrey Needell, *Belle époque tropical. Sociedad y cultura de élite en Río de Janeiro a fines del siglo XIX y principios del XX*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes / Prometeo 3010, 2012, pp. 367-374.

de un amplio territorio. Sucedánea y fugaz competidora de Charcas, la universidad fue entonces fuente de un privilegio urbano luego contrariado, aunque no abolido, por la creciente atracción de la universidad porteña. Algo semejante ocurriría al primado de la Facultad de Derecho, en parte debilitado por las nuevas creaciones locales que traería la década de 1870, ambiguamente recibidas por la corporación y centrales en la diversificación objetiva de las trayectorias sociales y académicas posibles. Una consideración sumaria de los puntos de partida, las alternativas abiertas y los recorridos de algunas figuras recurrentes de este trabajo permitirá advertir la diversa colocación de la Facultad y sus carreras al comienzo y al final de nuestra etapa, así como hacer una primera entrada a ese mundo académico y social. Por un lado, Ramón J. Cárcano y Joaquín V. González, por otro, Deodoro Roca y Octavio Pinto, figuras parcialmente tratadas en otros capítulos pero que ofrecen a este la posibilidad de confrontar dos momentos del vínculo entre universidad y poder social, a través de la consideración de dos generaciones.

*

Corren tres años entre el nacimiento de Cárcano y el de González, circunstancia que favorece muchas convergencias, tanto en suelo cordobés como porteño. Alumnos de preparatorio en el Monserrat, conviven algún tiempo en la Sociedad Literaria Deán Funes y acompañan la primera presidencia de Roca; apenas doctorados (1885 y 1884), representan a sus respectivas provincias en sendas diputaciones en Buenos Aires, ambos a una edad inferior a la estipulada constitucionalmente. Sus *grandes* trayectorias comienzan en ese momento, merced a una nacionalización urdida en espacio cordobés y sellada por la capital del país. La política, franqueada por el título, es a su vez el resorte de reconocimientos de otra índole, y ambos hacen en ella carreras prominentes: Cárcano rozando temprana y fugazmente la candidatura presidencial hacia 1890, para luego ocupar muchas otras posiciones; González concentrando la serie de cargos expectables que habilitarían su caracterización como político de “primer rango”.⁶⁷ Sin duda, no todos los doctores gozaron de créditos semejantes,

⁶⁷ Natalio Botana. *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985, p. 156. Sobre González (1863-1923), véase el capítulo I. Ramón J. Cárcano (1860-1946) fue secretario del gobernador Antonio del Viso desde 1878, época en la que acompaña la candidatura de Roca y participa en la campaña por la federalización de Buenos Aires; preside entonces el núcleo universitario del PAN. En 1881 se convierte en secretario de Juárez Celman y es electo diputado nacional en 1884. En 1886 se convierte en ministro de Gobierno de Ambrosio Olmos, cargo que desempeña hasta su designación como director de Correos y Telégrafos en 1887. Desde esa posición, Cárcano acaricia la candidatura a la presidencia, frustrada

pero sería equivocado ver una completa excepción en estos recorridos, al menos en lo que tienen de social.

Años después de aquella etapa estudiantil (que también había sido, como vimos, la de cierta iniciación en el desamparo y la crueldad), *Mis montañas* será el lugar en que González emprenda la reconstrucción de su genealogía provinciana. Allí, y como pieza central de su vuelco regionalista, comienzan a exponerse entonces todas las marcas de una peculiaridad política y social que, si ayuda a comprender su contextura individual, ciertamente esclarece más respecto de su punto de partida social: es el continuador de un linaje comprometido en la lucha contra el rosismo y sus remanentes, “miembros palpitantes [...] del monstruo despedazado por el cañón de Caseros”, y también el fruto de la tragedia política de una familia y de una élite:

Mi padre y otros patriotas de la provincia, descendientes de las más distinguidas familias que pudieron escapar a las hordas de Facundo, trasmontando los Andes en 1828, eran los blancos, la presa codiciada de las turbas desenfrenadas. [...] Mi familia, huyendo de las agitaciones diarias de la sociedad y de los centros populosos, fue a buscar descanso en aquella morada señorial, sin sospechar que hasta allí llegaría el odio de los bárbaros.⁶⁸

Nonogasta es la sede de esa estirpe de “aristocráticos propietarios, hombres de notoriedad política y altas virtudes cívicas” que fusionaba a los Dávila y los Ocampo desde un matrimonio concertado por el bisabuelo de Joaquín. Aquel, a su vez, “nervio del municipio riojano cuando el cabildo regía la ciudad”, “estadista cuando hubo de regirse el pueblo por sí mismo [...] mártir cuando la barbarie criolla levantó lanzas y sables para devastar y ahogar en embrión la obra de la independencia”.⁶⁹ Dinastía lúcida y liberal desde la hora revolucionaria, la de González parece ser también familia de vasta hacienda, capaz de proyectar a la nación, a través de este hijo y cuando llegue la hora de hacerlo en esa escala, una larga tradición de poder y política provinciales.

por la caída del juarismo. En 1909 es nuevamente electo diputado nacional, cargo con el que suple la caída de su candidatura a la gobernación, defendida por la Unión Provincial. En 1903 intentó crear en Córdoba el Partido Autonomista con el propósito explícito de secundar a Pellegrini. Fue gobernador de Córdoba en los períodos 1913-1916 y 1925-1928; en el ínterin permanece en Buenos Aires, pasando por Córdoba solo ocasionalmente. Desarrolló una notable carrera diplomática. Véase también el capítulo IV.

⁶⁸ Joaquín V. González, *Mis montañas*, Buenos Aires, Kapelusz, 1965 [1893], p. 27.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 66.

Para Cárcano, en cambio, la genealogía resulta menos sencilla porque requiere conciliar la larga historia vernácula de su familia materna con la breve historia argentina de su apellido.⁷⁰ Gran parte de esa operación se efectúa tardíamente en *Mis primeros ochenta años*, texto en el cual –pese a señalar preferible “no necesitar antecesores”– Cárcano acumula de un lado los causales de su criolla posición social y, de otro, los de su liberalismo y su estatura intelectual, asociados a una noble cadena europea que hunde sus raíces en la Lombardía.

Mi familia pasa la estación de verano, como de costumbre, en sus posesiones de San Francisco del Chañar [...] la villa más populosa, comercial y acaudalada del Norte. En su extenso distrito explotan campos y ganados familias principales que habitan la capital en su casa solariega: César, Oliva, Olmos, Argañaraz, Bustamante, Loza, Yofre, Montenegro, Novillo, Soria [...] Mi abuelo don Francisco Marcos César es un gran señor de la región. Posee tres estancias [y] también una fuerte casa de comercio de ramos generales y acopio de frutos del país.⁷¹

Como puede advertirse, las haciendas vienen por vía materna, encadenando un derrotero urbano y social al espacio norte de la provincia; en Chuñahuasi, paraje vecino a San Francisco, se encontraba también la estancia de su bisabuelo, de la rama Oliva de esa ascendencia, a quien Cárcano llegó a conocer y de quien, anota, era “el feudatario mayor de la comarca”.⁷² La invocación al padre (cuyos gestos libertarios el joven Cárcano había querido emular viviendo en simultáneo a Roca y Garibaldi) viene, en cambio, a aclarar su peculiar contextura intelectual:

Es oportuno exponer algunos breves antecedentes sobre mi padre, que expliquen ciertos aspectos de mi formación. Él despierta mis aficiones intelectuales, y orienta mis primeros estudios con admirable método. Es un hombre de espíritu cultivado y selecto. [...] Su familia de vieja

⁷⁰ Cárcano era hijo de Inocente Cárcano (emigrado italiano de las luchas por la unificación) y Ana César, “mujer de hogar y mujer de salón” según sus palabras, representante de las viejas élites políticas y terratenientes locales. Aunque la inserción de Inocente en Córdoba había sido facilitada por su nombramiento frente al Aula de Música del Monserrat (donde también dictó latín), su matrimonio fue vital para su integración de pleno derecho en las élites locales. R. J. Cárcano, *Mis primeros ochenta...*, *op. cit.*

⁷¹ *Ibid.*, pp. 14 y 16.

⁷² *Ibid.*, p. 19. Llegada la hora de la estancia propia, la “Ana María” se ubicará en el sur, casi describiendo el desplazamiento de un siglo del eje productivo provincial.

fuelle lombarda, originaria del antiguo señorío del *Castello di Cárcano*, en Como, aparece registrada en la matrícula del patriciado...⁷³

Evidentemente, la situación de Cárcano ya no es la de su padre: su inserción en la élite resulta segura tanto en términos de prestigio como de patrimonio y poder, y su actividad política no hará más que actualizar o reforzar los capitales de partida, nutridos como los de González. Sin embargo, ambos recorridos, tan bien preparados por sus antecedentes, fueron modulados también por inquietudes y disposiciones intelectuales de inusual intensidad y calidad, lo que los inclinó a cultivar la historia o la literatura y a proyectar en políticas de Estado sus preocupaciones pedagógicas y estéticas. Tanto uno como otro representaron bien esa especie en extinción en el giro de siglo, la del *polígrafo* que siente curiosidad por todo, estudia de todo y escribe sobre todo lo que cree haber dominado razonablemente, desde la historia y el funcionamiento de la granja a los de la universidad, de prosa regionalista a legislación obrera. Así, ambos fueron incorporados en 1901 como académicos de número de la Junta de Historia y Numismática (presidida por Cárcano entre 1919 y 1923, y entre 1931 y 1934), y así la Academia Argentina de Letras llegaría a tener en su silla a Joaquín V. González. La amplitud de intereses de ambas figuras y sus efectivas destrezas para intervenir en diversas zonas de la cultura no erosionaban, antes lo contrario, su sólido afincamiento en la vida política. Aun admitiendo las intermitentes ausencias de Cárcano o la retracción final de González, resulta bastante claro que ambos respondían a un tipo de figura en retirada, que hacía de la política buena parte de su *métier* y su específica autoridad, a la vez que procuraba una legitimidad propiamente intelectual. La formación en Derecho, en tal sentido, había sido tanto el pasaporte a una de las funciones previsibles, el ejercicio del poder, que disfrutaban en distinto grado, cuanto el sustrato sobre el cual trabajarían todas las novedades y todas las revisiones que reclamaban sus inquietudes. No debe descuidarse, en este punto, que muchas de las lecturas que Cárcano y González reivindicarán aun años después hayan sido, pese a todo, promovidas por la Universidad cordobesa.

*

Treinta años después de aquel encuentro, muchos elementos unirán también a Octavio Pinto (1890-1941) y Deodoro Roca (1890-1942), figuras que es posible identificar con la que suele considerarse la generación de la

⁷³ *Ibid.*, p. 22.

Reforma Universitaria. Participan de ella en términos etarios y, con diverso grado de compromiso, también en lo que hace a la orientación política y cultural de su fracción más dinámica. Pero como esta orientación es más compleja de lo que suele concederse, y en absoluto se agota en la Reforma, aceptemos de momento que poner el acento en todo lo que los une a sus predecesores (un estamento, una clase) contribuirá también a comprender mejor los matices, las grandezas y las limitaciones de aquello que se vería andando claramente desde 1917: un ciclo de agitación liberal, una difundida vocación reformista en términos políticos y sociales, una entusiasmante declinación progresista de mucho más que una élite.⁷⁴

Además de su paso por la Facultad de Derecho, Pinto y Roca comparten un ciclo vital de casi idéntica duración, una íntima amistad cultivada en el circuito norte de los viejos apellidos, y una selectiva red de relaciones urbanas en que conviven prestigios de élite total y otros de élite artística o intelectual.⁷⁵ En parte, esos elementos provenían de una comunidad provista por la consanguinidad y derivada del sistema de alianzas matrimoniales de las viejas aristocracias criollas;⁷⁶ de sus antiguos fundamentos terratenientes (heridos de muerte por la integración de la pampa sudeste al modelo agroexportador) y de la consistencia universitaria de una ciudad en la cual esas mismas élites reproducían su fracción dirigente y de la que recogían los mayores beneficios materiales y simbólicos. Sin embargo, todo ese mundo en común se había vuelto también el de sus pequeñas tragedias: la dispersión del patrimonio secular de muchas de esas familias o el ascenso de otras que, portando apellidos italianos o neohispanos, habían logrado describir trayectorias ascendentes, fracturando el viejo consenso y alterando las marcas de la legitimidad y la diferencia social. Roca y Pinto son hijos de esas élites en plena recomposición, obligadas a admitir las caídas económicas y a subrayar tenazmente la pervivencia de otro tipo de capitales. Nada casualmente, ese será el lugar generacional del cual surgirán las reacciones más nítidas ante un orden de cosas que se resquebrajaba desde sus bases, dato marcado de la política y la retórica liberal-reformista que traducía, también, disconformidades más rústicas.

Impulsados ambos a estudiar Derecho —al parecer con bastante presión en el caso de Pinto, que ya se asumía artista—, las perspectivas ligadas al

⁷⁴ Ana Clarisa Agüero, “Córdoba. 1918, *más acá* de la reforma”, en Adrián Gorelik (dir.), *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016. A. C. Agüero, “La plaza, las calles, los pueblos...”, *op. cit.* Véase también capítulo IV.

⁷⁵ A medida que las estancias criollas se contraen o pierden, esa geografía norteña irá redefiniendo sus centros, que irán siendo también los del veraneo y la nostalgia: más que de San Francisco o Chuña Huasi, se trata ahora de la Villa del Totoral o del paraje de Ongamira.

⁷⁶ La abuela materna de Octavio era medio hermana del padre de Deodoro.

título (la profesión liberal, la política o la función pública) serán desigualmente explotadas. Roca, doctorado en 1915 con una tesis consagrada al ABC (*Monroe-Drago. A, B, C. Reflexiones sobre política continental*), sería ungido director del Museo Provincial cuando el ascenso a la gobernación del radical Loza, sostendría su buffet de abogado y alcanzaría la cátedra universitaria luego de la Reforma. Octavio, en cambio, recibido de abogado, obtendría entre 1915 y 1916 un pasaporte allende el ámbito jurídico; contribuyeron a esto un premio internacional y otro nacional, una exposición individual en el Salón de Córdoba pergeñado por Cárcano, la venta de un cuadro (*La iglesita azul*) y la obtención de una beca europea, ambas provinciales y favorecidas por su amigo Deodoro. Al retorno de Europa, iniciaría un largo derrotero diplomático que, aunque previsto por la beca, se prolongaría por años, plasmando ese modelo de sinecura proarte que sería tan común en los países latinoamericanos.

A partir de allí, la historia de ambos personajes es relativamente conocida, pero el contraste sumario de este segmento inicial permite advertir dos alternativas abiertas a estos jóvenes, conforme su diversa persistencia respecto del mundo del derecho y sus diversas oportunidades de desenvolvimiento en otros ámbitos. En el caso de Deodoro, el ejercicio de la práctica profesional (que en algunos casos llegaría a ser sonado), su paso por la cátedra universitaria y su constante voluntad polémica contribuirán a modelar un tipo nuevo de figura intelectual, muy significativo entonces dentro de las fuerzas liberal-reformistas y característico de varias décadas. Su constancia en ese tipo de empresa inestable e incierta que son las revistas culturales y políticas da una pauta de esa voluntad de intervención, y esto más claramente desde la década de 1920, una vez apartado de la dirección del Museo. En él, sin embargo, casi todo remite al núcleo saludable de la ciudad universitaria del que Carri Pérez se sentía tan próximo. El caso de Pinto es distinto, y esto tanto por su creciente independencia del ámbito jurídico cuanto por su creciente dependencia respecto de su propia clase. La beca europea, cumplida entre 1917 y 1920, será la gran bisagra entre su recorrido anterior y una consagración que acaso muestre sus límites en la dependencia del encargo diplomático. Y si antes de la beca ciertas gracias parecen indisociables de una atención que era procurada por la pertenencia a un linaje, luego de ella este compromiso no parece sino aumentar.

*

Tanto la endogamia característica de la élite local como la crispación promovida por la llegada de nuevos “pretendientes”, normalmente inmigrantes exitosos en el plano económico pero mantenidos a distancia de la

Universidad por una o dos generaciones, resultan muy sensibles en los continuos movimientos de fractura y contracción de los viejos apellidos. El cotejo entre los hombres del 80 y los de la generación reformista permite advertir que, más allá de una cierta reorientación progresista en sus ideas, hay una efectiva grieta generacional por los espacios y los lugares de ejercicio del poder; pero también que las luchas entabladas con crueldad darán lugar a rápidas y continuas recomposiciones tanto en el plano de la política real como en el de las solidaridades familiares y clasistas. Quizás el caso de Pinto, convocado por Cárcano a su misión diplomática en el Brasil en la década de 1930, sea ilustrativo de ese tipo de suturas que asoman por todas partes en ese semillero de hombres del poder (más o menos *intelectuales*, más o menos dominados por sus pares económicos o políticos) que aún pudo ser la Facultad de Derecho en el giro de siglo.⁷⁷ Los grupos, las líneas y las facciones locales están subtendidas a la organización de las cátedras y la alteración de los planteles docentes, y también se expresan en la serie de tesis menores aprobadas en silencio y de tesis de personajes mayores habidas en el escándalo.

Lo marcadamente local de este panorama interno a la Facultad de Derecho puede sorprender porque contrasta con la intensificación de los desplazamientos individuales, alentada por la consolidación del ordenamiento estatal y origen de ciertas instituciones que, como la Academia de Ciencias, no podían sustentarse localmente. Pero ese es precisamente uno de los elementos en los que se mide la mayor historia y el mayor peso relativo de la corporación jurídica, no solo refractaria a ciertas intromisiones (la de los doctores de Buenos Aires o la de los científicos locales, cuando pretendieron su propia facultad), sino objetivamente menos necesitada de insumos externos. En este orden muy discreto, Córdoba va a exportar figuras más que a recibirlas, como se verá luego en el caso de Juan M. Garro; algo que se plegaba a un movimiento más general de migración de funcionarios y piezas varias de la burocracia estatal, comenzando por la ligada a educación, a la Capital (los ministerios de Pizarro o González, las inspecciones de escuelas de Lugones o Martín Gil, el decanato de Garro, entre otros).⁷⁸ En sentido inverso, Córdoba recibirá de Buenos Aires libros, conferencistas, visitantes ilustres o funcionarios en ejercicio de una determinada misión; recibirá debates jurídicos completos y se verá involucrada en redes y asociaciones que expresan la consolidación de algunas zonas

⁷⁷ Pierre Bourdieu, *Campo de poder, campo intelectual*, Buenos Aires, Quadrata, 2003, "Campo de poder, campo intelectual y habitus de clase".

⁷⁸ Leopoldo Lugones (1874-1938) fue inspector general de escuelas en la segunda presidencia de Roca. Hablaremos de Martín Gil en el próximo capítulo.

disciplinarias, como las forjadas en torno a la ciencia penal o a una sociología que pugnará por distanciarse del derecho desde la década del diez.⁷⁹

Dada esa dinámica peculiar al ámbito de la Facultad de Derecho, no solo los docentes son mayormente locales sino que también los padrinos de tesis son normalmente escogidos dentro de las redes muy apretadas, casi irrepresentables, de la élite local.⁸⁰ Los vínculos familiares, intelectuales o políticos son así centrales en esta decisión –por lo demás, de un orden muy práctico–, y estos reaparecen en la densa red de dedicatorias mutuas que esas mismas tesis exponen: en 1883 José del Viso, apadrinado por Miguel Juárez Celman, presenta su tesis y la dedica a su familia y su “leal amigo y condiscípulo” Ramón J. Cárcano; al año siguiente Cárcano, también tesista de Juárez Celman, presenta la suya y la dedica al propio padrino y a Antonio del Viso (hermano de José).⁸¹ Se hacía así textualmente el mismo recorrido que llevaba entonces de la Universidad al Club El Panal, y de este a la casa de Juárez. Y, a grandes rasgos, así seguía funcionando este mundo académico cuando se escribió *Salamanca*.

Programas, tesis y tesistas

En julio de 1883, en el marco del Estatuto Provisorio provisto por Avellaneda en 1879, el Consejo Superior de la Universidad de Córdoba aprobaba el nuevo Plan de Estudios de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. Dicho plan ratificaba un discreto conjunto de materias obligatorias, regulaba la cuestión de los títulos e introducía una novedad fundamental al disponer la presentación de una tesis escrita como requisito de la obtención del grado de doctor.⁸² Aspirantes a licenciados, doctores y

⁷⁹ Merced a esa consolidación de la ciencia penal, se verán enlazarse los nombres de Enrique Rivarola, Cornelio Moyano Gacitúa o Juan Carlos Pitt. Respecto de la sociología, remitimos nuevamente a la figura de Martínez Paz y al trabajo de E. Grisendi, “Sociología y edición...”, *op. cit.*

⁸⁰ M. González, *op. cit.* Solo excepcionalmente los tesistas escogerán sus padrinos fuera de Córdoba, como ocurre con Arturo Capdevila (1913), que elige a Estanislao Zeballos –otro personaje “nacionalizado” durante el orden conservador–, quizás merced a su inclinación orientalista.

⁸¹ Este sector comienza a delinearse en la década de 1870 en lo que Chaves llama “el círculo de Antonio del Viso”, clave para su gobernación y en la alianza conservadora que cerró filas en torno a la figura de Julio A. Roca. Liliana Chaves, *Tradiciones y rupturas de la élite política cordobesa (1870-1880). La clave conservadora de la modernización política*, Córdoba, Ferreyra Editor, 1997, p. 147.

⁸² Suprimiendo así la Ignaciana, circunscrita a la oralidad. AGHU, Plan de Estudios de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Documentos de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, Libro 42, 1880-1889, fs. 106-119.

abogados cursarían las materias respectivas añadiendo, en el segundo caso, la obligación de la tesis y, en el último, el requisito de acreditar una práctica de un año en un estudio reconocido por el foro, simultáneo al cursado de Procedimientos Judiciales. La nómina de materias y docentes consignada en el trabajo del primer tesista permite advertir tanto la composición del plan cuanto la marcada presencia de algunas de las figuras características del catolicismo cordobés o el despunte de otras vinculadas al círculo de Del Viso.⁸³ Se advierte también que al menos dos de las materias dispuestas por el nuevo Plan de Estudios no se estaban dictando: Derecho Natural o Filosofía del Derecho y Medicina Legal (cuadro 2).

Conforme a ese Plan, los aspirantes al Doctorado en Jurisprudencia y Ciencias Sociales podían escoger entre cualquiera de estas materias el tema de su tesis, con la condición de obtener el visto bueno del titular antes de su impresión.⁸⁴ El texto sería sometido a un tribunal de cinco miembros, presidido por el rector e integrado, entre otros, por el docente a cargo de la materia respectiva. La instancia oral solo consagraría 15 minutos a la exposición, destinando dos horas a la *disputatio* sobre 12 proposiciones propuestas por el profesor de Derecho Civil, las cuales versarían al menos en el 50% sobre esa materia y serían defendidas por seis replicantes –hasta donde vemos– docentes, graduados y estudiantes avanzados.⁸⁵ A los fines de la función pública, cada tesista escogería un “padrino de honor” cuya única condición era ser graduado universitario.⁸⁶

Definida en sus grandes trazos en julio de 1883, la normativa pareció mostrar ciertos inconvenientes desde el comienzo, ya que las dos primeras tesis presentadas requirieron el Visto Bueno del catedrático de Derecho Civil, el ferviente católico Rafael García, y no lo obtuvieron. La primera pertenecía a José del Viso, estaba consagrada a la cuestión sucesoria y defendía la libertad de testar de los sujetos, con prescindencia de su condición de padres, esposos o hijos; la segunda fue la de Ramón J. Cárcano, concentrada en la cuestión de los hijos naturales, que postulaba (casi en sentido inverso a la de su amigo) la necesidad de equiparar la situación jurídica de los hijos nacidos fuera del matrimonio a la de los hijos legítimos.⁸⁷ Aunque los temas

⁸³ José Del Viso, *De la libertad de Sucesión*, Córdoba, El Interior, 1883.

⁸⁴ El Plan estipulaba la impresión de 25 ejemplares, además del firmado en forma autógrafa. En 1906, un nuevo Plan llevaría ese número a 60 ejemplares. M. González, “El medio...”, p. 193.

⁸⁵ Aunque M. González apunta que dos debían ser otros examinados o alumnos de sexto año y los demás graduados, a veces los últimos están representados por otros docentes de la casa. *Ibid.*, p. 195.

⁸⁶ Es preciso subrayar el carácter ritual y político, antes que académico, de los padrinazgos, porque hace sistema con la dominante endogámica (familiar o facciosa) de su elección.

⁸⁷ J. Del Viso, *op. cit.*; Ramón J. Cárcano, *De los hijos adulterinos, incestuosos y sacrílegos*, Cór-

Cuadro 2. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, 1883

<i>Materias</i>	<i>Catedráticos</i>
Derecho Civil	Rafael García
Derecho Comercial	Nicéforo Castellanos
Derecho Romano	Nicolás Berrotarán
Derecho Constitucional	Alejandro Vieira
Derecho Criminal	Nicéforo Castellano
Derecho Administrativo	Cipriano Soria
Derecho Internacional	Alejandro Vieira
Economía Política	José Echenique
Derecho Eclesiástico	Telasco Castellanos
Procedimientos	Justino César

de estos trabajos participaban del universo de cuestiones comprendidas por el derecho civil y, puede decirse, de su agenda en ciertos países, ellos eran tratados desde perspectivas que, sin ser idénticas, estaban reñidas con la que podía sostener un católico integrista como García: en el caso de Del Viso, un liberalismo de corte más económico que jurídico, en el de Cárcano, una perspectiva genéricamente *iusnaturalista*. Así las cosas, ni una ni otra tesis obtuvo el Visto Bueno y sus autores se lo procuraron de otro modo.

Antes que quedar atrapada en el recinto, la cuestión siguió en ambos casos otros carriles porque tanto Del Viso como Cárcano –verosíblemente impulsados por su padrino, Juárez Celman– la llevaron ante ese orden nacional que estaban contribuyendo a forjar desde fines de la década de 1870. El primero apeló ante el rector ungido por Roca, Natanael Morcillo, quien intervino a su favor, desatando un abierto conflicto de jurisdicciones. José Echenique, entonces decano, defendió ante el rector la resolución de la Facultad, subrayando que el visto bueno había sido negado a Del Viso “por juzgar contrarias al Dogma las ideas contenidas en la introducción de dicho trabajo”, y señalando la imposibilidad de una intervención tal del Consejo Superior, cuya mayoría “no profesa el derecho”.⁸⁸ Su resolución, según comunicaba a Morcillo, era permitir al

doba, El Interior, 1884. Contra lo que recuerda Cárcano, la primera tesis fue la de su amigo Del Viso (defendida en diciembre de 1883), siendo defendida la suya el 14 de abril de 1884. Ambos contaban ya con el título de licenciado, obtenido en los dos casos en noviembre de 1882.

⁸⁸ Cartas del decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales al rector de la Universidad Nacional de Córdoba, Natanael Morcillo, ambas de fecha 5/12/1883, en AGHU, Plan de Estudios

tesista defender su tesis una vez declinada la introducción, y solicitar al ministro de Instrucción de la Nación se pronunciara respecto del estatuto vigente y su correcta interpretación. El resultado de la pulseada es claro en la tesis efectivamente presentada por Del Viso, que, además de seguir sosteniendo que “la existencia es un hecho que [...] escapa a la penetración humana en sus orígenes”, exhibe, tras la firma del tesista, el Visto Bueno otorgado por Alejandro Vieira, titular de otra materia.⁸⁹

La derrota de esa fracción del claustro docente sería aún más clara, escandalosa y significativa en el caso de Cárcano, cuya tesis hizo estallar el cuadro que había tensado su amigo. Indudablemente, la propuesta de igualdad civil de los hijos ante la ley comprometía cuestiones más sensibles que la postulación de una genérica libertad de testar, porque implicaba en cada caso la admisión de una responsabilidad creada por los cuerpos y no sancionada por la Iglesia católica; dado que esto se inscribía en la serie de debates contemporáneos habidos dentro y fuera de la Universidad respecto de los límites de la acción de Estado e Iglesia católica (respecto de la advocación de la virgen, la restitución de la Facultad de Teología o las leyes de Registro Civil y enseñanza laica), el ambiente estaba inusualmente caldeado como para no encenderse tras la seguidilla de ataques del joven Cárcano tanto al Código Civil como a toda intromisión eclesiástica en su terreno.⁹⁰ La negativa del Visto Bueno por la Facultad, la apelación a instancias superiores de parte de Cárcano, la inmediata reacción eclesiástica, la consecuente respuesta liberal local y la sucesiva intervención nacional hicieron rodar un vicario, tres docentes universitarios y un prelado, expresando bien la nueva fuerza estatal.⁹¹ El ministro Wilde, sucesor francamente laicista de aquella pantalla católica que había sido Pizarro, no solo tuvo mucho que ver en esto sino que albergó desde entonces un indeclinable afecto por el joven Cárcano, a quien le tocaría recibir luego en la Capital. Difundido en la ciudad mediante la prensa y los corrillos, y también a través de las correas del poder nacional, el evento constituyó la pri-

de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Documentos de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, Libro 42, 1880-1889, fs. 98 y 100, respectivamente.

⁸⁹ J. Del Viso, *op. cit.*, p. 11.

⁹⁰ A los reveses sufridos por la Iglesia de Córdoba en esos años debe añadirse la consumación del nombramiento de maestras protestantes para la Escuela Normal.

⁹¹ La medida fue resultado del encadenamiento de intervenciones, entre las que se cuenta la condena de la tesis en una pastoral del vicario Clara, la sanción ministerial y la ulterior defensa del religioso por los docentes involucrados en el rechazo de aquella. En consecuencia, Rafael García, Nicolás Berrotarán y Nicéforo Castellanos fueron separados de sus cargos. R. J. Cárcano, *Mis primeros ochenta...*, *op. cit.*, p. 65.

Cuadro 3. Tesis y Calificaciones. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, 1884

Ramón J. Cárcano	10
Tristán Almada	10
Carlos Pizarro Lastra	10
Filemón Torres	10
Pedro Echagüe	9
Andrés Posse	9
Pedro Funes Lastra	8
José García González	8
José M. Valdez	8
Rodolfo Flores Vera	7
José G. Del Soler	7
Adelino Bayo	7
Luis V. González	7
Camilo Domínguez	7
Mariano Peralta	6
Dermidio Lascano	6
Abraham Molina	6
Adrián Cornejo	4
M. Sánchez Verde	4
Bartolomé [¿Arambulo?]	2

mera gran proyección nacional del cordobés, que parece haber tenido una conciencia muy clara del cambio de situación que prometía ese momento.⁹² Siempre seguido de cerca por la figura protectora de Miguel Juárez Celman, este escándalo inicialmente local abonaría una carrera política de largo aliento mucho más que el temprano desempeño *nacional* de Cárcano.⁹³

Las semejanzas y la complicidad entre Cárcano y Del Viso resultan más notables que las cosas que los separaban. En cierta medida, el impacto

⁹² Según Cárcano, de la impresión reglamentaria de la tesis (consigna cincuenta ejemplares aunque el reglamento entonces estipulaba 25) se pasó a una de 3.000 ejemplares, destinada a satisfacer pedidos de las provincias y del exterior. *Ibid.*, pp. 67-68.

⁹³ Como apuntamos, entre 1887 y 1890 Cárcano fue convertido por Juárez Celman en director de Correos y Telégrafos; breve ciclo concluido abruptamente con el movimiento revolucionario de 1890, la renuncia de Juárez Celman a la presidencia y la del propio Cárcano a su función.

político de estas tesis y su resolución en la arena pública primó sobre sus contenidos, oscureciendo el hecho de que mientras Cárcano promovía una expansión del derecho de los hijos por fuera de la situación de su nacimiento, Del Viso enarbolaba, en nombre de la libertad, el derecho de los padres a no responder por los hijos. Nadie, sin embargo, pareció interesarse mayormente en eso, aunque pueda presumirse que sus trabajos entrañaban, al menos, una suprema objeción “disciplinar” al discutir, a menudo fieramente, con Vélez Sarsfield, el codificador cordobés, objeto de una regular veneración local. Una primera consecuencia institucional de estos conflictos tuvo temprana traducción en la Ordenanza Reglamentaria que, en agosto de 1884, reguló estrictamente las condiciones de presentación, aceptación y examen de las tesis, estipulando que el Visto Bueno previo a la impresión sería dado por tres miembros, incluido el titular de la materia en cuestión, precisando los motivos de rechazo, sancionando su carácter inapelable y obligando a una leyenda que desvinculara a la Facultad de todo juicio efectuado por el tesista.⁹⁴

Tesistas, centros y periferias

La implementación de la Ordenanza Reglamentaria de 1884 fijó el marco institucional en el que otro estudiante ilustre, Joaquín V. González, debió presentar su tesis en 1885. Su *Estudio sobre la revolución* ingresó así a un sistema ya bastante aceitado, que objetó y censuró algunos de los capítulos antes del paso a imprenta. Sin el estruendo que había caracterizado a las censuras anteriores, esos capítulos eliminados de la versión oficial fueron apareciendo serenamente en la arena local por otra vía, la *Revista de Córdoba*, en parte conducida por sus compañeros Adán Quiroga y Ángel Ávalos.⁹⁵ En esta respuesta tan diferente a la censura debiera poder verse

⁹⁴ El 26 de agosto de 1884, la Facultad de Derecho sancionó la Ordenanza Reglamentaria de los exámenes de tesis. La comisión encargada del Visto Bueno debía pronunciarse con un sintético “Puede imprimirse” o “No puede imprimirse”, y las condiciones del rechazo, inapelable, eran definidas en el artículo 3º: “Siendo las disertaciones o tesis pruebas esencialmente científicas, cuyo fin principal es el de acreditar la competencia de sus autores, puede hacerse en ellas libremente la emisión de ideas de progreso científico en relación a la materia de la tesis, quedando prohibida toda alusión injuriosa, falta de respeto o exceso en el lenguaje, que importen un desafío o menosprecio de para las autoridades, corporaciones o personas, que sean contrarias a la moral y buenas costumbres o que versen sobre política militante”. AGHU, Plan de Estudios de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Documentos de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, Libro 42, 1880-1889, fs. 142 a 144. Énfasis agregados.

⁹⁵ Ricardo Levene, “Ideas sociales directrices de Joaquín V. González”, en Joaquín V. González, *Obras completas*, La Plata, Universidad Nacional de la Plata, 1935, vol. 1. Los capítulos fueron

más que la estabilización de un régimen institucional o un rasgo de carácter; es decir, debiera poder verse también que González no era entonces en Córdoba lo que sí eran esos dos jóvenes que lo habían precedido en estas lides académicas, amparados en su sólido afincamiento en la élite ciudadana y, a través de esta, en una clase dirigente nacional.

En verdad, precisamente respecto de esa fracción de la élite local a la que pertenecían Cárcano y Del Viso (y a la que, como vimos, muchas cosas lo unían) parece haberse escrito también el capítulo menos feliz del vínculo entre Córdoba y González. En tal sentido, si su credo anticlerical y su inicial alineamiento en torno a la figura de Roca habían hermanado sus intervenciones a las de esos personajes, no parece menos claro que un borde muy efectivo lo alejaba de ellas; borde ligado a la señalada endogamia de una élite local que, haciendo pesar su primado urbano y preparándose entonces para la conquista del país, podía marcar la distancia entre establecidos y pretendientes tanto o más de lo que lo hacía entre laicistas y católicos. Algo de eso se desprende del prólogo que, en 1910, González antepondrá a un libro de su viejo amigo Ángel Ávalos; texto en el cual, luego de recordar la disputa que en 1885 había enfrentado en el Club Universitario a dos sectores muy marcados, apuntaba: “Nunca supe, ni lo sé ahora, por qué me eligieron a mí por candidato los universitarios puros, es decir, aquella fracción de la juventud liberal que no había tomado parte ni se había contaminado con los círculos locales”.⁹⁶ En el revés de la duda retórica puede advertirse que las cosas habían sido claras entonces para varios de los contrincantes: de un lado González, secundado por ese otro provinciano ilustre que sería el catamarqueño Adán Quiroga y acompañado, entre otros, por el propio Ávalos; del otro, José Figueroa Alcorta, promocionado por el juarista Club El Panal y, con bastante certeza, acompañado entonces, desde dentro o fuera de la Universidad, por esa estrecha terna panalista constituida por Ramón J. Cárcano, José del Viso y Cornelio Moyano Gacitúa. Al momento de señalar las razones de ese enfrentamiento más que coyuntural, González vacilará nuevamente, aunque insinuará responsables:

reintegrados en la versión del texto reproducida en las *Obras completas*, pues así lo había dispuesto González para un libro que no llegó a publicarse (*La revolución. Ensayo de derecho político*). La *Revista de Córdoba* estaba dirigida por Adán Quiroga, Ponciano Vivanco y Camilo Domínguez, y Ángel Ávalos era su secretario de redacción; todos, hasta donde alcanzamos a ver, parte de una misma cohorte académica, y varios recientes doctores. Adán Quiroga (1864-1904), sanjuanino afincado en Catamarca desde niño, llegaría a ser un reconocido penalista, cultivando también la etnografía y la arqueología.

⁹⁶ Joaquín V. González, “Prólogo”, en Ángel Ávalos, *Pensamiento y acción*, Córdoba, Imprenta Argentina, 1910, p. vi.

¿Sería ese mismo espíritu estético, bebido en tanta lectura poética, histórica, jurídica y filosófica lo que me apartó, junto con el núcleo del que habla Ávalos, del otro, adicto a *El Panal*? El caso es que el jefe de esta meliflua asociación no nos miraba a nosotros con la misma cara que a sus íntimos; y más de una vez me llegaron ecos de sus juicios poco benévolos a nuestro respecto, formulados en esa amenidad de lenguaje tan característico del caudillo de levita que zahiere a sus iguales para adular a sus inferiores. Nosotros, los del Club Universitario, nos quedamos rezagados, no en la batalla sino en el botín; no en la hora de la pelea, sino en el momento de las luminarias.⁹⁷

Es el fantasma de Marcos Juárez el que preside esta memoria, jefe del club a la vez que gobernador de la provincia y líder sustituto del Juárez que Roca señalaba entonces como sucesor a la presidencia. Este afincado linaje, que preparó desde Córdoba las presidencias de una década, pareció ser también entonces el que expedía los créditos y las jerarquías de los participantes. En ese ordenamiento, creemos, González pudo plejarse a la campaña con beneplácito de los jefes y compañía de otros provincianos a condición de resignarse a una colocación subalterna que solo su llegada a la Capital conseguiría vencer.⁹⁸ Sabemos que luego los reacomodamientos fueron múltiples, y que aquel apañado Figueroa Alcorta, vencido en el Club Universitario, obtendría victorias mayores al tiempo que se distanciaba del viejo consenso roquista-juarista; y que los unos sobrevivirían haciéndose más roquistas que juaristas y que los otros caerían en desgracia. González fue, ante todo y quizás por sus propias circunstancias cordobesas, un roquista; pero uno que encontraría en la caída de Juárez un golpe funesto a su partido y en la postrera presidencia de Figueroa –virtualmente más *marquista* que juarista– su tiro de gracia.⁹⁹

⁹⁷ *Ibid.*, p. vii.

⁹⁸ Miguel Ángel Cárcano rememora las conversaciones sostenidas con su padre sobre González, que sugieren que esa amistad remontaba a su era *nacional*: “¿Y quién es González?”, pregunta el joven; ‘Un poeta provinciano que se hizo maestro y político’, responde Ramón, antes de consignar su alejamiento cuando la fractura entre juaristas y roquistas”. Miguel Ángel Cárcano, *El estilo de vida argentino en Paz, Mansilla, González, Roca, Figueroa Alcorta y Sáenz Peña*, Buenos Aires, Eudeba, 1969, pp. 46-47.

⁹⁹ Uno de los pasajes más interesantes del prólogo de González es aquel en que discute a Ávalos que aquella vieja inquina con Figueroa hubiera tenido una traducción “nacional” al momento de definir, en 1903, el vicepresidente que acompañaría a Manuel Quintana (y, en consecuencia, el que asumiría la presidencia en vísperas de su muerte). Mientras Ávalos sugiere que González pretendió y perdió esa posición, este reniega de la pretensión aunque no descarta que otros lo hubieran considerado.

Siendo de un orden distinto, otros elementos son indiciales de la peculiar posición de González en Córdoba. Entre ellos, que su padrino no fuera, como en los casos más sonados, una pieza fuerte del juarismo cordobés sino Tristán Bustos, el docente ungido por Roca en Derecho Civil; que ella no se imprimiera en las oficialistas prensas de *El Interior* —órgano con el cual había colaborado antes de su compra por Cárcano y Del Viso, en 1884—; que la larga espera a que condenó la censura (cerca de diez meses), y la censura misma, no evolucionaran en réplica o escándalo (incluso más allá de los reglamentos); o que sus textos solo alcanzaran vida pública a través de una revista que, como *La Revista de Córdoba*, tenía entre sus responsables a Quiroga y Ávalos, es decir, los partidarios de este provinciano en una metrópoli en su epígono.¹⁰⁰ Por lo demás, González solo retiraría de la Universidad en 1890 los títulos obtenidos en 1886, detalle administrativo que también sugiere algo sobre las circunstancias vividas.¹⁰¹

Distensiones

Muchas cosas sugieren que, a medida que las tesis se institucionalizaron y las grandes cuestiones políticas y jurisdiccionales fueron desterradas de ellas (porque había mucho de eso en lo que se denunciaba como desatino moral o religioso), estas sumaron a su pérdida de tensión una sensible rutinización. Debilitadas las expectativas, escolarizado el ejercicio, rápidamente se convirtieron en una formalidad de la academia que difícilmente torciera la carrera que venían a coronar. En su contracara,

¹⁰⁰ Las imprentas son indicativas del modo en que se diseñaban y afianzaban círculos y facciones. Del Viso y Cárcano, apadrinados por Juárez Celman, imprimirían sus tesis en las prensas de *El Interior*, en el que escribían y del cual, según Bischoff, se convertirían en propietarios en 1884; de allí saldrá también en 1885 la tesis de Dermidio Ocampo (*Introducción al estudio del matrimonio*), quien tiene a José del Viso por padrino y parece ser un encendido penalista. Camilo Domínguez —apadrinado, como González, por Bustos— imprimirá su *De la evicción* en *El Interior* antes de la señalada compra, y ni González ni Quiroga (*La pena en el derecho internacional privado*) lo harán luego de ella, a pesar de que el último pedirá luego el padrinazgo a Del Viso. Es justo anotar que *La Revista de Córdoba* intentó mostrar unido lo que las facciones separaban, y en sus páginas desfilaran todos estos nombres, finalmente enrolados al Partido Autonomista Nacional. Efraín Bischoff, *El periodismo cordobés y los años '80 del siglo XIX*, Buenos Aires, Academia Nacional de Periodismo, 2004, pp. 22-23.

¹⁰¹ Como se dijo, los grados de licenciado y doctor en Derecho, acordados con fecha 3/5/86, le fueron acreditados el 26/3/90, previa consulta sobre su efectiva validez y vigencia. AGHU, Plan de Estudios de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Documentos de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, 1886 y 1890, fs. 179 y 69, respectivamente.

pero en el mismo sentido, las funciones de tesis (aquella “atracción prestigiosa y amada de la sociedad de Córdoba”) reforzaron su papel ritual, exponiendo más el desajuste.¹⁰² La acción fue actualizada centenares de veces en el escenario ofrecido por el salón de grados de la Universidad, aunque difícilmente muchas ocasiones reunieran ya un elenco tan notable como el que acompañó el examen de Ramón J. Cárcano, defendido a viva voz por su padrino Miguel Juárez Celman y replicado por juristas y oradores que alcanzarían su hora de gloria. Entre otros, el 14 de abril de 1884 jugaron allí sus papeles el propio José del Viso, Justino César (pariente y constante ladero de Cárcano), Filemón Posse (adalid anticlerical cuando las disputas por la reintegración de Teología) y Cornelio Moyano Gacitúa, sin duda una de las figuras más notables de su generación.¹⁰³

Frente a aquella escena singular, reunida en torno a temas y tensiones también muy singulares, la tendencia dominante de allí en más hará de las tesis un cúmulo de textos cortos y monográficos, cifrados en un tema en particular y resueltos en la invocación más bien escueta de antecedentes bibliográficos. En general, se tratará de trabajos que no superan las cien páginas y se hacen en cuestión de días.¹⁰⁴ Temas de derecho civil, penal, constitucional o comercial se precipitan, algunos recurrentes, y dialogan en grado en general escaso con la realidad local y nacional. Algunas tesis se encadenarán con mayor moderación, y decididamente en otro escenario, a las cuestiones de límites entre la Iglesia y el Estado, o abundarán en cuestiones testamentarias. Otras constituirán importaciones más o menos claras de cuestiones más acuciantes en el espacio litoral que en la propia Córdoba; es el caso de las tesis dedicadas a la llamada “cuestión social”, al problema inmigratorio en ella comprendido y a las huelgas como fenómeno a escala, muy numerosas desde la década de 1890. Hay, finalmente, otras cuya problemática trasciende el campo del derecho aplicado, oscilando entre la especulación filosófica y el tratado moral. Centradas en las fuentes de la justicia –divina o terrenal–, en la relación entre derecho, religión y sociología, etc., estas parecen canalizar desde débiles aspiraciones humanistas hasta el más frecuente malestar religioso de los sectores católicos enrolados en el “proyecto de recristianización de la

¹⁰² R. J. Cárcano, *Mis primeros ochenta...*, *op. cit.*, pp. 57-58.

¹⁰³ José Daniel Cesano, *Elites, redes intelectuales y recepción en la cultura jurídico-penal de Córdoba (1900-1950)*, Córdoba, Ediciones del copista, 2011.

¹⁰⁴ Más allá de la inteligencia de Cárcano y González, sus trabajos son también excepcionales en cuanto a su extensión: 191 y 179 páginas, respectivamente. Los tres meses que González dice haberle dedicado a su trabajo contrastan con las frecuentes menciones a un mes y las varias a escasos diez días.

sociedad".¹⁰⁵ Aunque el conjunto merece aún un tratamiento minucioso estrictamente a nivel de las ideas, el vistazo permite marcar ciertas tendencias de interés; en especial, las zonas que concentran la atención de los tesistas, la decreciente polemicidad de sus trabajos y el hecho, constatable mediante la lectura de una muestra aleatoria, del aflojamiento general de las exigencias y los productos conforme avanza nuestra etapa. Ya en 1884, señalado el carácter bastante excepcional de ciertos tesistas, ese aflojamiento tendrá una primera traducción en las calificaciones, relativamente elevadas, obtenidas por el conjunto.¹⁰⁶

Esa distensión que una figura inteligente como Cárcano preferirá no omitir en su texto sobre la universidad es parte de lo que otras figuras menos comprometidas con la ciudad (Eizaguirre especialmente) advertirán también en su merodeo por las aulas universitarias. Como en las tesis, el aflojamiento o, al menos, la notable falta de unidad de criterio en la dinámica de las distintas facultades, parece tener otro indicio en la variedad de rendimientos comparativos que el rector Castellanos debe transcribir en su *Informe Anual...* de 1891 y sobre el cual no se pronuncia. La distancia se observa especialmente en el promedio de los exámenes finales de cada carrera que, no debe olvidarse, corresponden también a corporaciones diferentes e implantadas en distinto grado. Los doctores en Derecho continúan detentando en esta fecha el predominio en el ámbito de la política, y ese privilegio parece correr parejo a su mayor complacencia; se trata de un sector cómodamente afincado en una medianía que contrasta, al menos, con las pretensiones de los médicos y, más aún, de unos científicos que encuentran en su reconocimiento como tales el único medio de integración a la élite ciudadana. Incluso en esa Facultad de Ciencias Exactas, escueta en la información provista al rector, es notable la distancia entre el promedio de los exámenes parciales de Ingeniería, muy representada localmente, y Ciencias Naturales, zona estrictamente de científicos (cuadro 4).

Volvamos brevemente a la función de tesis de Ramón J. Cárcano, función que, como dijimos, involucró a un conjunto de figuras muy notables.

¹⁰⁵ Silvia Noemí Roitenburd, "Nacionalismo católico cordobés. Educación en los dogmas para un proyecto global restrictivo (1862-1943)", Córdoba, 1998, mimeo.

¹⁰⁶ El cuadro de calificaciones permite ver la resolución victoriosa del expediente Cárcano, anunciada ya por el hecho de que hubiera sido José Echenique, gran defensor de la autonomía de la Facultad cuando la tesis de Del Viso, quien debió darle el visto bueno. Véase una nómina parcial de las tesis presentadas a la Facultad de Derecho en la etapa, en <<http://culturasinteriores.ffyh.unc.edu.ar/docs/nomina%20de%20tesis.pdf>>; allí se ofrece tanto una vista panorámica de los doctores de Córdoba y sus temas cuanto una ilustración sumaria de algunas de nuestras afirmaciones generales.

Cuadro 4. Universidad Nacional de Córdoba: promedios de exámenes parciales y generales por carrera, 1891

<i>Facultad</i>	<i>Derecho y Ciencias Sociales</i>	<i>Ciencias Médicas</i>				<i>Ciencias Físico-Matemáticas</i>	
		<i>Derecho</i>	<i>Medicina</i>	<i>Farmacología</i>	<i>Obstetricia</i>	<i>?</i>	<i>Ingeniería</i>
Total matriculados	42	45				33	
Total examinados	41	¿?	¿?	¿?	¿?	30	
Cantidad de materias	15	23				33	
Promedio exámenes parciales	1º: 8 puntos 2º: 6 puntos 3º: 7,5 puntos 4º: 7 puntos 5º: 6 puntos	1º: 4 puntos 2º: 4 puntos 3º: 5 puntos 4º: 3 puntos 5º: 4 puntos 6º: 6 puntos	¿?	¿?	¿?	1º: 5 puntos 2º: 5 puntos 3º: 5 puntos 4º: 7 puntos 5º: 8 puntos	2 puntos
Promedio exámenes generales	6 puntos	2 puntos	¿?	4 puntos	¿?	4,33 puntos	¿?

Fuente: Elaboración propia a partir de Telasco Castellanos, *Informe Anual del Rector Doctor Telasco Castellanos. Curso escolar de 1891*, Córdoba, La Minerva, 1892.

Presidente en su hora de la Sociedad Literaria Deán Funes, profesor titular de Derecho Penal y autor de un *Curso de Ciencia criminal* (1899) que le daría un nombre nacional, Moyano Gacitúa podría servir muy bien para ilustrar esa generación y también para advertir cómo la figura del especialista fue tallada en el giro de siglo a partir de un sustrato universalista que la formación en derecho alimentaba antes que obstaculizar.¹⁰⁷ Por momentos un fondo humanista, por otros una ilustración sin romanticismo, como en el caso de Cárcano, pero en cualquier caso una materia lo bastante plástica como para permitir que Moyano Gacitúa pasara de promover una instancia de discusión jurídica a convocar, desde la presidencia del Ateneo, al “elemento más ilustrado” de la sociedad a que frecuentara conferencias y pinturas; lo bastante plástica también como para que defendiera allí la participación de los miembros del Seminario Conciliar, remarcara la especificidad universitaria del Ateneo cordobés y siguiera luego su camino, avanzando en el compromiso con una *cultura científica* con dosis de positivismo y evolucionismo.¹⁰⁸

Muy poco después de que Moyano Gacitúa fuera convocado a presidir la Suprema Corte de Justicia (1904), algo a lo que no parece haber sido ajeno ese gran nacionalizador de figuras locales que fue Joaquín V. González, su *delincuencia argentina...* marchará desde la Capital hacia las prensas cordobesas de Domenici, precedida por un saludo de Césare Lombroso.¹⁰⁹ El alejamiento de Moyano Gacitúa es quizás el último y solitario

¹⁰⁷ En 1886, Moyano Gacitúa (1858-1911) era ya catedrático de la Facultad de Derecho, y lo sería hasta su desplazamiento a la Capital, en 1905. Todo sugiere que su integración como docente lo afectó desde el comienzo a Derecho Criminal, en la que, verosíblemente y como penalista que era, habría sustituido a Nicéforo Castellano, uno de los docentes separados por Wilde a colación de la tesis de Cárcano. De su afinidad con este último da testimonio su *La delincuencia argentina ante algunas cifras y teorías*, que agradece “al invariable amigo [...] cuyos talentos e infinitas bondades tanto me han dirigido y alentado”. Cornelio Moyano Gacitúa, *La delincuencia argentina ante algunas cifras y teorías*, Córdoba, Domenici, 1905, p. xvii.

¹⁰⁸ C. Moyano Gacitúa, *Memoria...*, *op. cit.*, p. 22. Oscar Terán ha propuesto la noción de *cultura científica* para pensar un ramillete de figuras que, en estos años, reconocían “el prestigio de la ciencia como dadora de legitimidad de sus propias argumentaciones”, sin suscribir forzosa ni completamente una doctrina en particular, positivista o de otro orden. Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 9. Una noción tal no solo ayuda a entender las varias estaciones de una figura como Moyano Gacitúa, sino que invita a considerarlo también respecto de aquel grupo de científicos centroeuropeos que, nucleados en la Academia de Ciencias, expresaban un momento anterior, más próximo al naturalismo ilustrado.

¹⁰⁹ Creemos que Joaquín V. González enlaza el referido encargo a Biale Massé (1904), el realizado a Leopoldo Lugones el mismo año (para que efectuara el reconocimiento de las misiones del que resultaría *El Imperio Jesuítico*) y la convocatoria a Moyano Gacitúa. Quizás exceptuado a Lugones, a quien debió haber conocido en Buenos Aires, esas relaciones se urden en espacio cordobés.

dato de un final de ciclo iniciado en la década de 1890 y marcado por el retiro (y en parte la nacionalización) de una generación singular. Faltan más de diez años para que otro grupo de inteligencias notables, de vocación ciertamente más democrática, reclame nuevamente un lugar para la Universidad de Córdoba, ahora dentro de una escena institucional y disciplinar notablemente reestructurada en torno a las iniciativas de la Capital. Esa será la historia de un reformismo parcialmente victorioso pero bien representado, desde su epopeya, en la cátedra universitaria y las instituciones disciplinares. Y si para muchos de sus miembros las puertas se abren, no debe olvidarse que, en el ínterin y muy próximo al traslado de Moyano Gacitúa, el mismo González ha abierto otras nuevas en la Universidad de La Plata (1905), forjada como un negativo de la universidad cordobesa y rubricada por él con el sello de la ciencia, al tiempo que imprimía sobre esta el de la tradición.

Lecturas: pasado y presente, centros y periferias

Puesto que una de las cosas que se sugiere es la creciente supremacía del ámbito jurídico porteño sobre el viejo reducto de los doctores cordobeses, se entiende que esto deba poder verse en una serie de planos, muy especialmente el relativo a las instituciones, asociaciones y medios a través de los cuales una disciplina se afinca, diferencia y jerarquiza. Iniciativas como la *Nueva Revista de Buenos Aires*, en la década de 1880, o la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, en la de 1890, expresaron bien la consolidación de ese campo jurídico de pretensiones nacionales y mostraron el lugar crecientemente central que Buenos Aires, centro editorial pero también sede de las figuras prestigiadas que escribían en sus columnas, tenía ya en su elaboración. La primera revista, dirigida por Vicente Quesada y consagrada a cuestiones jurídicas y de límites, sería estrictamente la *fábrica* del cordobés Juan M. Garro como figura del derecho argentino; la segunda, dirigida por Estanislao Zeballos y en la que Garro también colaboraría, sería a la vez una significativa plataforma para que este puntano-cordobés llegara, ya instalado en la Capital, al decanato de Derecho.¹¹⁰ Y esto que ocurría en revistas y facultades ocurría, también, en los ámbitos de ejercicio de la función especializada, comenzando por la Suprema Corte, punto culminante en este orden de trayectorias como la de Figueroa Alcorta o Moyano Gacitúa.

¹¹⁰ Véase el capítulo III.

Tomaremos aquí un camino lateral para intentar ver, mediante una aproximación cartográfica al sistema de citas de autoridad, cómo ese creciente influjo de la academia porteña se expresaba también en el orden de la lectura. Es decir, intentaremos restituir, por un lado, un mapa que sirve para pensar las grandes tendencias y advertir elementos que sin él no hubieran sido considerados.¹¹¹ Ciertamente, sabremos así algo respecto de qué leían los tesisistas —qué autores, de qué procedencias geográficas e intelectuales— más que de su efectiva recepción. Por otro lado, intercalaremos a esa aproximación macro la consideración de una tesis particular: el *Estudio sobre la Revolución* de Joaquín V. González. Se trata en este caso de un acercamiento a ciertos núcleos conceptuales del trabajo, orientado a mostrar cómo funciona allí el universo de lectura sugerido por nuestra cartografía y qué hay en él de los *mapas* que organizaban entonces el espacio nacional.

*

Comencemos por una vista muy general del origen de las lecturas referidas por los tesisistas entre 1883 y 1919, que permite advertir ciertas tendencias significativas. En primer término, la tendencia al *abandono de los antiguos* a lo largo de la etapa, muy notable desde la segunda década y que, en primer término, resulta indicativa de un alejamiento de las fuentes del derecho que habían alimentado sus variantes humanistas hasta entonces. La antigüedad clásica, presente en la currícula de la escuela preparatoria de la Universidad, que incluía griego y latín y la privilegiaba en materias como Historia, Literatura y Filosofía, parece una reserva cada vez menos segura. El alejamiento, observable en términos cuantitativos, se confirma en una aproximación cualitativa a las tesis: mientras que los trabajos de la década de 1880 presentan una alta densidad de cita y recogen tradiciones diversas (desde Platón a Cicerón, pasando por Heráclito), los trabajos posteriores debilitan tanto el recurso como la cantidad de obras citadas, cediendo a referencias cada vez más mediadas por los manuales de cátedra (cuadro 5).

En segundo lugar, el sostenido protagonismo de Francia como referencia cultural, algo que involucra tanto su carácter de modelo político e intelectual cuanto su apreciación como centro de edición y traducción. Por un lado, Francia parece proveer *modelos* políticos y sociales a los que, en

¹¹¹ Franco Moretti, *Atlas de la novela europea. 1800-1900*, México, Siglo XXI, 1999; “Conjeturas sobre la literatura mundial”, *New Left Review*, N° 3, julio-agosto de 2000, y “More conjectures”, *New Left Review*, N° 20, marzo-abril de 2003.

Cuadro 5. Referencias a autores antiguos, franceses, españoles y argentinos entre los tesisistas en Derecho*

<i>Año/ período</i>	<i>Tesis</i>		<i>Citas</i>			
	<i>En catálogo</i>	<i>Rele- vadas</i>	<i>Antiguos % (total)</i>	<i>Franceses % (total)</i>	<i>Españoles % (total)</i>	<i>Nacionales % (total)</i>
1880-1889	31	9	55,5 (5)	100 (9)	100 (9)	77,77 (7)
1890-1899	95	31	16,12 (5)	96,77 (30)	54,83 (17)	74,19 (23)
1900-1909	162	21	14,28 (3)	61,90 (13)	38,09 (8)	80,95 (17)
1910-1919	55	11	18,18 (2)	100 (11)	18,18 (2)	72,72 (8)
Total	343	72	20,83 (15)	87,50 (63)	50, (36)	76,38 (55)

* El cuadro parte de una muestra aleatoria de 72 tesis presentadas entre 1883 y 1916, años de la defensa de la tesis de Del Viso y último del catálogo recompuesto con la documentación disponible hasta hoy. La información paratextual relevada (autores, temas, padrinos y sistema de citas) fue sometida a tratamiento estadístico para intentar devolver tendencias de lectura. Puesto que la proporción de tesis por decenio no guarda una relación fija, debe atenderse a los porcentajes que, en tanto tales, son un relativo factor de reequilibrio.

parte, se subordina un régimen de lecturas sancionado por los programas de la institución universitaria. La tradición ilustrada, sobre todo, pero también el derecho político y civil francés del siglo XIX constituyen un repertorio de autores en gran medida “clásicos”; Montesquieu, Rousseau, Michelet, Legrand du Saulle, Proudhon, Marcadé, Pothier son parte de ese variado repertorio. Sin duda, no toda invocación es celebratoria; por el contrario, hay todo un sector *antifrancés* (en rigor, el integrismo católico, en el que el rechazo de la Ilustración y la Revolución es parte de una fórmula recurrente).¹¹² Lo fundamental, sin embargo, queda en pie; celebrados, escamoteados o combatidos, los franceses son leídos, apuntados en las lecciones de clase o relevados de los manuales, en especial el Obarrio, por la mayoría de los tesisistas; Francia está ahí y debe ser celebrada o escarnecida. Sin duda, cierta circulación casi ambiental de las ideas –y no

¹¹² Por ejemplo en Eleuterio Ríos: “Rousseau, formulando su pacto social y enseñando que el hombre nace bueno y la sociedad es la que lo deprava; Voltaire, llevando su odio contra Jesucristo y el Cristianismo hasta concentrarle en la impía fórmula: ‘Ecrasser l’Infame’; y con ellos sus secuaces Diderot, D’Alambert, La Mettrie, Helvetius [...] fueron los legítimos e inmediatos progenitores del cataclismo revolucionario del 89 que, originado de lejos por la protesta religiosa de Lutero, ha sido a su turno generador inmediato de sistemas filosóficos y político- sociales, cuyas últimas consecuencias son el anarquismo que destruye y mata y el nihilismo que anada”. Eleuterio Ríos, *La cuestión social y sus soluciones*, Córdoba, La Italia, 1894, p. 13.

hay duda de que las ideas están circulando más velozmente que los libros— se plasma también en estos sistemas de citas, pero que otras recepciones son posibles lo muestra nuestro primer núcleo de tesis.¹¹³ Por otra parte, no huelga consignarlo, también Francia —o mejor, París— tiene en Córdoba una presencia fundamental como centro traductor y editorial; merced a la expansión del mismo circuito atlántico que nutre a Buenos Aires, se leen en Córdoba textos *en francés* de autores franceses, ingleses, italianos y alemanes. Entre los primeros destacan los de los autores de la “escuela francesa” de derecho civil, los de Pothier y Acolas, los de Tissot, Guizot y Tocqueville en derecho público, los de Garraud y Régis en derecho penal y los de Caen, Massé y Remault en derecho comercial.¹¹⁴ Entre los segundos, las ediciones del *Cours de Droit Constitutionnel* y *L'homme criminel* de los italianos Rossi y Lombroso, respectivamente, y aun traducciones de las *Memorias* de Jefferson. Ahrens, iusnaturalista de origen alemán muy significativo en Córdoba, parece haber llegado tanto en ediciones francesas cuanto españolas.

El tercer elemento, bastante notable, es el debilitamiento de la referencia española, usualmente correlativo al ensanchamiento de Francia y revelador, creemos, de un peculiar proceso local de reintegración del legado español sobre el que volveremos en el capítulo V. En cierta medida, el peso de esa referencia (tanto su valor como *modelo* cuanto su importancia como productora de autores y obras) hace un ciclo regresivo hacia el Centenario, precisamente cuando quienes hablan desde la nación intentan recuperarla como sedimento de una comunidad y freno al impacto de la oleada inmigratoria. Joaquín V. González (en cuya tesis se citan 7 españoles frente a 41 franceses y 39 autores nacionales) es un buen ejemplo de esto (también interesante porque participará sucesivamente de la impugnación y del intento de reintegración de esa herencia). Sin embargo, ese debilitamiento cuantitativo de la referencia española en Córdoba es proporcional a su intensificación entre quienes nunca la abandonan, básicamente los sectores integristas que refuerzan su llamado a España como la mejor reserva (política, moral y religiosa) *antimoderna*. Donoso Cortés —exponente central del conservadurismo español y autor de un *Derecho Canónico*— y Jaime Balmes —teólogo, autor de *Filosofía fundamental*— son

¹¹³ Sobre un total de 34 autores y legisladores citados en la tesis de Cárcano, solo tres son nacionales, mientras que ocho son españoles y 23 franceses. Más allá de ellos están los códigos de diversos países y algunos pocos referentes germánicos.

¹¹⁴ Según Camilo Domínguez, la “escuela francesa” en derecho civil implicaba, entre otros, a Demolombe, Marcadé, Durantón, Troplong, Duvergier, Eyssautier y Laurent. Camilo Domínguez, *De la evicción*, Córdoba, El Interior, 1884.

referencias clave de unas tesis que, como dijimos, decrecen en número pero crecen en intensidad.¹¹⁵ Por lo demás, este lugar disminuido de la cultura española como dadora de ideas y modelos debe ser contrastado con su estable papel en tanto nodo de traducción de la cultura europea al resto de los países de habla hispana y, en este sentido, en tanto centro editorial de relevancia mundial.

Lecturas en acción

Consideremos con algún detenimiento una tesis particular, el mencionado *Estudio sobre la revolución* de Joaquín V. González. Se trata de un texto que, en su versión completa, no censurada, admite aún hoy una primera lectura semejante a la que propuso en 1835, es decir, en tanto tratado jurídico-político sobre una cuestión de especial interés en un país *nuevo*, que activaba simultáneamente el problema de la legalidad y el de la legitimidad.¹¹⁶ En tal sentido, el interés por las revoluciones “históricas” (entre ellas la Revolución de Mayo) quedará subordinado al que despertaban aquellas que podía abrigar el presente, respecto de las cuales el trabajo proponía iluminar al derecho penal desde la perspectiva del derecho constitucional. Era esta perspectiva la que imponía que una de las líneas recurrentes se trazara en la distinción entre revolución, rebelión y sedición. La primera, conmoción de una organización política o social preparada por la historia y de contenido universal (porque expresa la restauración de un derecho inherente a la razón y la libertad); las últimas, meros estallidos particulares y violentos, próximos al delito colectivo. De esta distinción derivaba que el derecho penal debía interesarse por la segunda y el derecho constitucional por la primera, siempre atezado entre el reconocimiento de la realidad y legitimidad de las revoluciones (al menos las históricas) y la imposibilidad de consignarlas en una carta orgánica que sellaría con ello su extinción. Siendo la revolución un derecho solo genéricamente, aparecía en sentido estricto como un hecho, y precisaba ser puntualmente distinguida de aquellas otras manifestaciones particulares e insuficientes que el derecho penal sí podía prevenir y castigar; algo que podría ser leído hoy como una salvaguarda para

¹¹⁵ Véase, por ejemplo, E. Ríos, *op. cit.*, y Miguel Ángel Angulo y Piedra, *El principio católico, fuente científica del derecho*, Buenos Aires, El Americano, 1894.

¹¹⁶ Al parecer, esta clave de lectura no era entonces la única posible, como sugiere el que los comienzos del texto reenviaran a 1882, año en el cual González había dado una conferencia sobre la revolución en la Sociedad de Tipógrafos; un ensayo habría reunido luego esa conferencia al belicoso “Córdoba religiosa”, prefigurando los capítulos consagrados a la religión. R. Levene, *op. cit.*, p. 101.

revoluciones en ciernes si los objetivos planteados al comienzo no fueran tan contundentes:

Nuestro objeto, a la vez que buscar una base para nuestra legislación penal en la materia [...] es estudiar los medios de evitar que estas situaciones violentas [las revoluciones] se aclimaten en nuestra patria [...] nos proponemos, finalmente, mostrar a los jóvenes y a las masas mismas en qué consiste la verdadera libertad civil y política, para que se vayan acostumbrando a ver en la autoridad un medio de realizar el derecho [...] y no un monstruo hambriento de soberanía popular.¹¹⁷

Queda claro, entonces, que la distinción se orientaba antes a evitar que el sistema penal alimentara la legitimidad de las revoluciones que a facilitar su carrera, algo a lo que también apuntaba el afán de ilustrar sobre la medida en que el orden podía realizar, en lugar de recortar, la esfera del derecho. Puestas así las cosas, este debate que bebía de la vertiente francesa del derecho político y civil, se mostraba tan deudor de esas lecturas como de las circunstancias muy puntuales que habían hecho de González un convencido defensor del programa roquista, algo anunciado en el segundo párrafo de la tesis original y suprimido en el arreglo posterior del texto:

No he dudado en elegir un tema como el de este trabajo para optar al más importante grado académico porque la naturaleza de mis estudios predilectos, la profunda fe que me inspira el progreso de la sociedad, *el verdadero amor que siento por la libertad y por el orden como dualidad imprescindible en la vida pública* me llevaban a estudiar una materia que tan íntimamente se liga con la felicidad y el progreso de las naciones.

El *Estudio sobre la revolución* fue entonces un tratado jurídico-político repleto de presente, y por ello González intentaba dejar clara una cosa: que la suya era la preocupación de un partidario del orden y la libertad, y que lo era por el país contemporáneo antes que por el país nacido de la revolución; algo que remarcará su contraposición entre “espíritu liberal” (creativo y ordenador) y “espíritu revolucionario” (finalmente destructivo y a cuya implantación se opondrían las fuerzas reformistas del primero). Todas estas cuestiones son muy reveladoras tanto de la posición

¹¹⁷ Joaquín V. González, *Obras completas*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1935, vol. I, “Estudio sobre la Revolución” [1885], p. 182.

política e intelectual del joven González cuanto de las posiciones que se preparaba a ocupar, porque, en efecto, tras el tesisista sonaba la voz del estadista. Esto era muy claro en los pasajes consagrados al vínculo entre Estado y religión, cuya supresión no solo implicó un daño notable a una tesis –como advirtió bien Levene– sobresaliente, sino que también privó al argumento de una pieza central. Puesto que, siguiendo una idea de Laurent, “las revoluciones son más frecuentes en los países católicos”, lo que González venía a decir no era solo que Estado e Iglesia debían guardar entera autonomía sino, de manera especial, que esta era una efectiva fuente de peligrosidad para el Estado y uno de los factores que el derecho debía prever y cuyos efectos debía combatir: “Las revoluciones en este caso serían medios de vencer tales situaciones, pero la misión del gobierno es evitar las revoluciones por medio de leyes sabias y reformas enérgicas”.¹¹⁸

Además de esa colocación general, jurídico-política, la tesis puede ser leída como un buen documento del estado propiamente disciplinar del derecho argentino en esos años, y esto tanto por lo que tiene de representativo como por lo que tiene de excepcional. En el primer aspecto, la gran densidad de citas del *Estudio sobre la revolución* permite asomar a una parte importante del universo de lecturas disponibles entonces en los claustros de la Facultad de Derecho; en el segundo, ofrece un ejemplo inusual de apropiación y manipulación de ese fondo, cualidad a la que deben agregarse la originalidad y la actitud decididamente *intelectual*, propositiva, de su autor. De esta manera, exceptuando la línea del catolicismo integrista, más denunciada que citada, pueden relevarse en este texto una serie de tradiciones cuya convivencia, en todo caso, solo pudo ser autorizada por un liberalismo genérico y vasto, que efectuaba un primer recorte dentro de Europa (tendencialmente francés y antihispánico, exceptuando al liberal republicano Emilio Castelar) y cristalizaba una serie significativa de lecturas nacionales. Las respuestas se buscaban entonces, en primer término, entre las fuentes de la Ilustración y las escuelas francesas contemporáneas de derecho político y civil, así como en el suizo Johann Blunstchli y el alemán Heinrich Ahrens –muy significativo para esta generación y cuyas lecciones de derecho natural se habían difundido ampliamente desde su primer edición francesa de 1838–.¹¹⁹

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 222.

¹¹⁹ Ahrens fue un seguidor de Karl Krause y alcanzó gran difusión en la segunda mitad del siglo XIX. González cita en el “Estudio sobre la Revolución” su *Filosofía del Derecho* (como fue conocido también su *Derecho Natural*) y la *Enciclopedia jurídica*, aunque muchas cosas indican su temprana afinidad con otros krausistas, entre ellos Carlos Vergara, uno de los fundadores de *La Educación* que publicó en forma de artículo el que aquí es el capítulo VI. Posteriormente los

González señalaría luego el impacto de este último autor en él y en su cohorte, aludiendo al paso por la “cátedra ahrenizada de Derecho Natural de 1882” como una efectiva marca de grupo; esto, en efecto, puede relevarse en la propia tesis, antipositivista y anticontractualista en la medida misma en que defiende la existencia de un derecho conforme a “la naturaleza de las cosas” y anterior a todo orden.¹²⁰ Sin duda, se habla allí de leyes y de organismos, pero unas y otros son entendidos antes en términos de una filosofía de la historia que como objetos de una ciencia experimental. Y si esto pasaba con las lecturas europeas, las nacionales no harían más que reafirmar ese patrón, apuntando antecedentes muy concretos de esa vertiente histórico-filosófica nativa (porque así leía aun al Sarmiento “positivo” de *Conflicto y armonía de las razas en América*) y discerniendo aciertos y errores a un discreto núcleo de juristas argentinos (Dardo Rocha –a la vez rival de Juárez en la carrera presidencial–, Vélez Sarsfield y otros).

Finalmente, la familiaridad con aquella tradición histórico-filosófica reconduce a otra de las formas en que el *Estudio sobre la revolución* puede ser leído, es decir, en tanto clave de interpretación histórica de la dinámica política argentina. Desde luego, esta no es la lectura que el propio texto promueve aunque sí sea una abierta por su recurso a la historia para echar luz sobre el origen y la legitimidad de las revoluciones. Porque el *Estudio sobre la revolución* identifica en la historia argentina no una sino dos revoluciones, la de Mayo y la representada por Caseros, las cuales serán a la vez inscriptas en una escueta cadena integrada por la Reforma y las revoluciones inglesa, francesa y de independencia norteamericana; esto es, la exacta contracara liberal de la que, apelando a los mismos ejemplos, había construido y deplorado el catolicismo integrista. Varias son, en ese punto, las cuestiones importantes: por un lado, la sintomática inclusión de la Reforma en un ciclo de revoluciones políticas, algo que puede ser más claro si se insiste en la actualidad de las luchas entre Estado e Iglesia y que, antes de la censura, abría a la consideración deta-

vínculos se estrecharían, especialmente en vísperas de la visitas de Rafael Altamira y Adolfo Posada a la Universidad de La Plata. Sobre el particular, puede verse Arturo Roig, *Los krausistas argentinos*, Buenos Aires, El andariego, 2006.

¹²⁰ Refiriéndose a 1882, González señalará: “En otro recinto y bajo la bandera del ‘Derecho Natural’, cavaba una honda revolución en las cabezas juveniles un Ahrens, con toda su augusta ascendencia filosófica, hasta que el profesor, advertido de los efectos de esa escuela, por ajenos consejos, decidió –¡ay para él, demasiado tarde!– volver el descarriado rebaño al aprisco infranqueable de Taparelli. Y nos enrolamos todos en las filas del partido en el cual, a nuestro entender, flameaba la bandera de nuestros ideales emancipadores”. J. V. González, “Prólogo”, en Á. Ávalos, *op. cit.*, p. vi.

llada de lo que González juzgaba un embate de la segunda sobre el primero; por otro lado, la singular selección de las revoluciones argentinas, tributaria de un amplio consenso en el primer caso y decididamente más compleja en el de Caseros ya que, se entiende, si esa batalla se pensaba como la concreción de una revolución legítima, ella debía también dar lugar a un nuevo panteón que, encabezado por Urquiza, devolvía un mapa muy poco convincente (¿muy provinciano?) del espacio nacional. Los cortes no eran, sin embargo, arbitrarios, y ciertamente no le pertenecían porque se hallaban señalados ya en esas *historias filosóficas* que tanto él como sus compañeros tenían al alcance de la mano. Y no lo eran porque, desde su perspectiva, se trataba de eventos que habían destruido sistemas de opresión no conformes al derecho natural (de allí su legitimidad) y caracterizado épocas enteras. Algo problemático, sin embargo, estaba subtendido a esos hitos y los excedía: quizás aquel “espíritu revolucionario” que, confundiendo el orden con la tiranía, parecía no haber dejado de operar desde las jornadas de mayo de 1810, y ponía continuamente en riesgo los esfuerzos de varias generaciones, volcándolos en sentido inverso: “así como la tiranía de los gobiernos es uno de los estados sociales más abominables, la tiranía de las democracias es algo que repugna a la humanidad, por cuanto implica el rompimiento de todo vínculo moral, de todo orden, de todo progreso”.¹²¹ Era el planteo de ese dilema histórico argentino, el dilema del orden o de la imposibilidad de lograrlo en forma definitiva, el que empujaba nuevamente hacia el derecho. Y siendo un dilema que tanto había ayudado a formular el *Facundo* de Sarmiento, su deriva en la pluma del joven González mostraba claramente cuán resuelto se hallaba.

Más lecturas

Según el cuadro 6, muchas tesis acusan lecturas de autor nacional, aunque estas están completamente ausentes en una minoría de trabajos. Allí donde se señalan, esos libros marcan una tendencia paralela, que es la de su edición por casas porteñas, algo que dialoga menos con la imposibilidad local de ofrecer impresiones de razonable calidad que con el hecho efectivo de una concentración que está dándose en torno de un campo de saber. Autoridades, instituciones y recursos se concentran en Buenos Aires, a despecho de su origen muchas veces provinciano, y esa concentración disciplinar no puede sino contribuir a la asfixia paulatina de las varias

¹²¹ J. V. González, “Estudio sobre la Revolución”, *op. cit.*, p. 171.

iniciativas editoriales locales que veremos nacer, reacomodarse o morir a lo largo de la etapa. Una *metrópoli* simultáneamente política, económica y cultural ha surgido, y si sus *provincias* proveen insumos también tienden a encadenarse a ella, ante todo, como mercado para sus ediciones e intermediaciones.¹²² Cuando en 1909, luego de señalar su propósito de elaborar un manual sobre “quiebras”, uno de nuestros tesisistas advierta que su punto de partida son “las *obras más modernas escritas sobre la materia* y que pertenecen todas a profesores de las universidades europeas y de la Universidad Nacional de Buenos Aires”, el valor concedido a la ciudad como centro intelectual y su eficacia como centro editorial parecen ya parte de un acendrado sentido común.¹²³ Pero ¿qué se leía en Córdoba de ese universo escrito o impreso, en gran medida, en Buenos Aires? Demos al menos un vistazo al cuadro 6.

Mientras que la lectura horizontal del cuadro permite advertir la presencia regular de ciertos autores a lo largo de la etapa, la lectura por décadas plantea otras cuestiones. La presencia de Mitre y Sarmiento en los ochenta cordobeses del siglo XIX, por ejemplo, pero también su adelgazamiento en las décadas siguientes; en sentido contrario, quizás merced a lectores más constantes (ya hemos hablado de ellos), la vigencia de Estrada a través de sus *Conferencias*. La especificación de las lecturas a partir de 1890, cada vez más concentradas en el campo de saber en detrimento de toda otra referencia literaria, filosófica o histórica; también en esa década, al calor del desarrollo de la ciencia penal, el ingreso de Drago y la aparición de Moyano Gacitúa como referencia ineludible de todo trabajo vinculado a criminología: sus *Lecciones*, editadas en Buenos Aires por Félix Lajouane en 1899, circulan en Córdoba desde ese mismo año.¹²⁴

Resulta sintomática, por otra parte, la difusión en la década de 1890 del *Manual Obarrio*, a nuestro parecer el más parafraseado y el menos citado. Su aparición textual en trabajos que omiten mencionarlo sugiere

¹²² Las nociones de *metrópoli* y *provincias* remiten a Edward Shils, *Los intelectuales en los países en desarrollo*, Buenos Aires, Ediciones Tres Tiempos, 1976; véase también Carlo Ginzburg y Enrico Castelnuovo, “Centro e Periferia”, en Federico Zeri (dir.), *Storia dell’arte italiana*, parte I, vol. I, Turín, Einaudi, 1979.

¹²³ Julio Mayorga, *Breve contribución al estudio de las quiebras*, tesis para ser presentada a la Facultad de Derecho, Córdoba, La Industrial, 1909, p. 17. Subrayados nuestros.

¹²⁴ Uno de los escasos ejemplos de recorte positivista dentro del espacio de la *cultura científica* es el de Juan Carlos Pitt, cuya tesis constituye un texto de inusual densidad para la fecha. Juan Carlos Pitt, *La ebriedad como factor de los delitos de sangre en la República Argentina*, Córdoba, Vélez, 1891. Ferri, Lombroso, Garófalo y Tarde se generalizan en las tesis penales de esos años; es más tardía la aparición de Bunge al igual que la de Ingenieros. Véase Oscar Terán, *Positivismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987, y *Vida intelectual...*, *op. cit.*

Cuadro 6. Lecturas de autor nacional entre los tesisistas en Derecho

<i>Autor</i>	<i>Obra</i>	<i>1880/ 1889</i>	<i>1890/ 1899</i>	<i>1900/ 1899</i>	<i>1910/ 1819</i>	<i>Total</i>
Funes, Gregorio	<i>Ensayo histórico</i>	*				1
Fragueiro, Mariano	<i>Organización del crédito</i>	*				1
Quesada, Vicente G.	<i>Del juicio político en la República Argentina</i>	*				1
Rivera Indarte	<i>Obras</i>	*				1
Ramos Mejía, Ezequiel	<i>Neurosis de los hombres célebres en la historia argentina</i>	*				2
Ramos Mejía, Ezequiel	Sin precisar			*		
Gutiérrez, José María	<i>Vida del Dr. Juan B. Maziel</i>	*				2
Gutiérrez, José María	Sin precisar		*			
Montes de Oca	<i>Introducción general al estudio del derecho</i>	*				2
Montes de Oca	Sin precisar				*	
López, Vicente	<i>Historia de la Revolución Argentina</i>	*				4
López, Vicente	Sin precisar		*	**		
Varela, Luis	<i>Fundamentos del Código Civil Argentino</i>	*				4
Varela, Luis	<i>La cuestión penal</i>	*				
Varela, Luis	<i>Democracia Práctica</i>			*		
Varela, Luis	<i>Concordancias al Código Civil Argentino</i>		*			
Calvo, Nicolás A.	<i>Decisiones constitucionales de los tribunales federales de los Estados Unidos</i>	*				4
Calvo, Nicolás A.	<i>Derecho Internacional</i>	**				
Calvo, Nicolás A.	<i>Nota al Comentario de Story</i>	*				
Mitre, Bartolomé	<i>Estudios Históricos</i>	*				5
Mitre, Bartolomé	<i>Belgrano y Güemes (1864)</i>	*				
Mitre, Bartolomé	<i>Historia de Belgrano</i>	*				
Mitre, Bartolomé	Sin precisar		*		*	
Pacheco, Joaquín F.	<i>Comentario al artículo 174 del código español</i>	*				6
Pacheco, Joaquín F.	<i>Lecciones de derecho penal</i>	*				
Pacheco, Joaquín F.	Sin precisar	*	**		*	

<i>Autor</i>	<i>Obra</i>	<i>1880/ 1889</i>	<i>1890/ 1899</i>	<i>1900/ 1899</i>	<i>1910/ 1819</i>	<i>Total</i>
Alcorta, Amancio	<i>Las garantías constitucionales</i>	*	*			6
Alcorta, Amancio	<i>Tratado de Derecho Internacional</i>	*	*			
Alcorta, Amancio	Sin precisar		*		*	
Estrada, José Manuel	<i>Conferencias de derecho constitucional</i>	*	*	**	*	8
Estrada, José Manuel	<i>Política liberal bajo la tiranía de Rosas</i>	*				
Estrada, José Manuel	Sin precisar			*	*	
Sarmiento, Domingo F.	<i>Civilización y Barbarie</i>	*			*	11
Sarmiento, Domingo F.	<i>Viajes en Europa, Africa, América</i>	*				
Sarmiento, Domingo F.	<i>Conflictos y armonía de las razas en América</i>	**			*	
Sarmiento, Domingo F.	<i>Comentario de la Constitución de la Confederación Argentina</i>	*	*			
Sarmiento, Domingo F.	Sin precisar		*	*	*	
Segovia, Lisandro	<i>Explicación y Crítica del Código Civil Argentino</i>	**		*	*	11
Segovia, Lisandro	<i>Anotaciones al Código Civil Argentino</i>		**			
Segovia, Lisandro	Sin precisar	*	***	*		
Drago, Luis María	<i>Los hombres de presa</i>		**			2
Moyano Gacitúa, C.	<i>Curso de ciencia criminal</i>		*	*	**	4
Alberdi, Juan B.	<i>Integridad argentina</i>		*			5
Alberdi, Juan B.	<i>Bases y puntos de partida.</i>			*		
Alberdi, Juan B.	Sin precisar		*	**		
Moreno, J. M.	<i>Obras jurídicas</i>		*			7
Moreno, J. M.	Sin precisar		**	***	*	
Obarrio, Manuel	<i>Manual Obarrio</i>		****			10
Obarrio, Manuel	Sin precisar		***			
Obarrio, Manuel	<i>Estudio sobre las quiebras</i>			**	*	
Bunge, Carlos Octavio	<i>Nuestra América</i>				*	1
Ingenieros, José	<i>Evolución sociológica</i>				*	1

Nota: El cuadro consigna las referencias de autor nacional más recurrentes dentro de la muestra de tesis doctorales aludida.

tanto su papel de gran divulgador de las tradiciones ilustrada y positivista como el mencionado relajamiento de pretensiones y calidad en los trabajos. Siendo ejercicios ante todo bibliográficos, el resentimiento del aparato erudito resulta uno de los indicadores más notables de esa distensión. Por último, algo anunciado al comienzo y que, forzosamente, queda fuera del cuadro: la completa omisión en ciertas tesis de toda referencia de autor nacional; cuestión especialmente interesante en la medida en que suele coincidir con la franja –también en declive– del criptocatolicismo local, que erigía a Francia y sus autores en contramodelo mientras invocaba a España y Donoso Cortés.

Caídas y reparaciones

Es numeroso mi curso en la Universidad, especialmente por la concurrencia de alumnos de otras provincias. A medida que la vía férrea va llegando al interior y norte del país, disminuye en Córdoba la asistencia de estudiantes. Todos pasan a Buenos Aires, mucho más después de que se declara Capital de la Nación. Pierde sus ventajas geográficas el viejo centro de la enseñanza superior.

RAMÓN J. CÁRCANO, *Mis primeros ochenta años*

Que *Salamanca* llamara a risa dialogaba en parte con la efectiva alteración del lugar de la ciudad en un escenario más amplio, nacional, que desde la década de 1890 había vuelto palpable el grado de concentración de capitalidades experimentado en Buenos Aires. No se trataba solo de que ese poder material e intelectual hubiera ido afirmándose en el curso de una década, como en efecto ocurrió, sino también de que no daba igual verlo desde un pueblo pequeño que desde una ciudad que, incluso atravesada por profundos conflictos hacia el interior de la élite, había tenido en la década de 1880 la firme convicción de librar un juego a su medida. Córdoba perdió esa certeza con la Revolución de 1890, finalmente una derrota urbana sentida por amigos y enemigos del juarismo. Y aunque muchos no osaran pronunciarlo, esa derrota alimentó la súbita lucidez local que, desde trincheras muy diversas, respondió en 1891 a la propuesta de eliminar las facultades cordobesas, echando mano de más regionalismos que localismos y cristalizando una imagen de la Capital contrapuesta a la de la ciudad subalterna y su antiguo *hinterland*. Si no docta, aquella fue una respuesta de la ciudad universitaria, que advertía que en eso iba su última riqueza urbana. No había casualidad en que ese esfuerzo fuera acompañado por un salto hacia el pasado, que permitía afinar mejor su especificidad universitaria dentro

de una región interior sobre la cual, por un tiempo, siguió ejerciendo su predominio.

La historia subalterna de Córdoba, la de su efectiva provincianía, reconoce un punto de inflexión en esos años noventa, cuando alcanzó a verla. Y aunque eso se trazaba en lo fundamental respecto de Buenos Aires, se jugaba ciertamente también respecto de otros centros urbanos que, al crear sus propias universidades, no solo contribuían a licuar la especificidad doctoral de Córdoba sino que instalaban efectivos competidores por el público, los recursos y los reconocimientos. A la sensible atracción –bien caracterizada en el epígrafe– de una cada vez más prestigiada universidad porteña, se sumarían luego la apuesta “científica” de La Plata y el mandato regionalista de la Universidad de Tucumán, que desgajaba el interior desde el interior mismo. La retracción de un alumnado largamente predisuelto hacia Córdoba afectó menos las dimensiones absolutas de su universidad (que hacia el final de nuestra etapa comenzaría a abrirse a nuevos sectores de la propia sociedad local) que sus perspectivas de desarrollo institucional, reproducción de poder social y dominación simbólica. Por lo demás, la defensa encarada en 1891 exponía demasiado bien los problemas reales de la casa de estudios en que se fundaba aquella identidad urbana en crisis y, al hacerlo, abría una grieta de mediana duración por la que luego entrarían muchos otros.

En efecto, una parte de la imagen se desgastaba al nivel del suelo, en la propia institución que la había alimentado. Quienes, como Cárcano, admitían la gravedad del estado contemporáneo de la Universidad, fueron fijando los argumentos centrales –y aun ciertas salidas– que, a finales de la década de 1910, empuñarían otros jóvenes inhibidos de pronunciar sus antecedentes. Entre unos y otros, la idea de una institución que no estaba a la altura de su destino fue haciéndose más que compartida. Devaluada en términos académicos –como hemos visto, no sin razón–, desequilibrada demográficamente y territorialmente, esa universidad fue crecientemente incapaz de contestar la imagen. *Salamanca*, por lo que hace decir a sus personajes y por lo que empuja a escribir a su autor, no hace más que exponer el término de ese proceso.

El cuadro sería incompleto si no se considerara que ese juego singular de declive local y ascenso capitalino era a la vez condicionado por otros procesos transversales, entre ellos la tendencia a la especificación de la vida cultural. Y aunque los diversos ritmos de constitución y afirmación institucional de zonas tan diversas como el derecho, la plástica o el periodismo impidan hablar de un proceso unitario, la tendencia sí lo es, y fue estimulada por la intensificación de los contactos entre ciudades, nacio-

nes y países. El espacio jurídico local, tal vez el único que pudiera pensarse entonces como un “sistema predeterminado de posiciones”, un *campo* a esa escala limitada, podrá ser velozmente reabsorbido en uno de dimensiones nacionales merced a su propio desarrollo vernáculo; y esta reorganización, que seguirá de cerca el proceso de centralización política y el de monopolización cultural, pondrá en evidencia cuánto hacía la voluntad local en beneficio de ese proceso de concentración.¹²⁵ Acoplada al desarrollo universitario y editorial y a la concentración de figuras intelectuales en la capital del país, es un ejemplo casi ideal de cómo, como creía Elías, la diferenciación actúa en el sentido del aumento de la interdependencia; y esta, por lo demás, resultará evidente en la constitución de un sistema jerarquizado del saber cuyo centro de autoridad expresan muy bien las lecturas de los tesisistas de la ciudad subalterna.¹²⁶

En 1915 es muy claro que la ciudad *docta* no es la ciudad real, pero esta tampoco es la que presumen los observadores porteños, prestos a lanzar “aquella afirmación callejera de que tenemos demasiados abogados y médicos”.¹²⁷ Y esa lucha de interpretaciones, que no tendrá nunca solución, vivirá un nuevo capítulo en la gesta reformista, no por descontenta menos deudora de la idea de “tirar más a Salamanca”. La insistencia con la que un manojo de nombres suele identificarse con el estallido de esa reforma tiende a oscurecer una constatación palmaria y muy significativa: que en general se habla de egresados y que estos están allí porque entienden ser parte de la Córdoba universitaria, porque participan de toda una cultura de ese orden y porque creen ser llamados a ocupar esos lugares. Pero están allí también, y su interés no es ajeno a esto, porque ya están ensayando en otros sitios y porque su preocupación es mucho menos limitada de lo que suele acordarse. No se trata, por lo tanto, de desvalorizar una experiencia que muestra su costado más nutritivo y que empujará a muchos a una profunda transformación en sus maneras de pensar el mundo, el origen social y étnico, la justicia y la injusticia de todo orden. Se trata de que nada de eso se entiende si se desconoce el punto de partida y cuánto este obligaba a borrar los antecedentes (la pertenencia a una clase, a una élite, a un filón criollo o las propuestas previas de reforma).

Por lo demás, no hay duda de que todo un núcleo de jóvenes ganará visibilidad y perspectivas en esas lides, ni de que algunos habían hecho

¹²⁵ P. Bourdieu, “Campo de poder...”, *op. cit.*, p. 105.

¹²⁶ Norbert Elias, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 10.

¹²⁷ R. J. Cárcano, *Universidad de Córdoba...*, *op. cit.*, p. 215.

bastante para prepararles la escena. Solo a dos meses del estreno de *Salamanca*, Enrique Martínez Paz se refería así en su revista, ese tardío pero gran esfuerzo de la Córdoba universitaria, a una parte de aquella nueva generación:

Debemos congratularnos: los jóvenes que dan hoy su primer paso en la vida, se muestran fuertes retoños del viejo árbol glorioso de la tradición intelectual de Córdoba. Ayer era Nieto Riesco, que desdeñando las sendas trilladas de los derechos, volvía su atención hacia los problemas económicos trascendentales de la nación, y nos daba un libro meditado, coherente y erudito: más tarde, Arturo Capdevila, el poeta de su generación, alcanzaba a conmover nuestra sensibilidad adormecida con versos profundos y evocadores, cuyos ecos han llegado hasta el gabinete de los maestros y hasta los acuerdos de gobierno, para arrancar aquí y allí, estudios y elogios merecidos; Octavio Pinto, poeta también por la fuerza de evocación de sus composiciones, contribuía con los primores de sus pinceles al triunfo del autor del *El Poema de Nenúfar* y, por fin, el más reposado de todos, Raúl Orgaz, que no ha conocido risas ni ligerezas infantiles, que no tiene más juventud que la de sus pocos años, pero en quien parece vivir el espíritu de un gran señor lleno de experiencia, parco, mesurado y sereno, nos entrega hoy el resultado de sus meditaciones trascendentales en el campo de la ciencia nueva.

No puedo ocultar cierta paternal emoción (excúseseme este sentimiento a mis años) con que miro esta pléyade de elegidos que fueron los primeros alumnos de mi cátedra, y cuyo recuerdo está estrechamente vinculado a ese periodo inolvidable de la institución, tan lleno de incertidumbres y sobresaltos, pero tan fecundo en nobles compensaciones.¹²⁸

Martínez Paz tenía motivos para disculparse por la emoción “paternal” porque, en rigor, escasos 5 o 6 años lo separaban de los jóvenes que hoy promovía y que luego levantarían su candidatura a rector de la Universidad. Estas extrañas promesas del aula de Sociología de la Facultad de Derecho –en gran medida su obra–, representadas por un economista, un literato, un pintor y un inminente sociólogo, condensaban una generación que, ceñida de más en el molde de esa antigua “tradición intelectual” cordobesa, debatiría con ella tanto como la invocaría en la búsqueda de una

¹²⁸ Enrique Martínez Paz, “Nota bibliográfica a Raúl Orgaz, ‘Estudios de sociología’”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año II, N° 5, 1915, pp. 382-383.

nueva institución y un nuevo lugar para sí misma y para la ciudad. Obra de esa juventud, arenga Horacio, resurgirá

la Salamanca famosa que otrora fue este pueblo [...] constituyendo para la República, como en viejos e inolvidables tiempos, su gran foco de cultura, de civilización y de aristocracia espiritual.
-“¡Si es nuestro hijo!”, dice la madre, reconciliada.¹²⁹

Y cae el telón.

¹²⁹ J. Carri Pérez, *op. cit.*, p. 72.

III

Un mundo de palabra impresa entre Córdoba y Buenos Aires

¿Quién habla? ¿Quién escribe? Nos falta aún una sociología de la palabra.
ROLAND BARTHES, “‘Écrivains’ y ‘écrivants’”, 1960

Quizás es tiempo de estudiar los discursos ya no solo en su valor expresivo o
en sus transformaciones formales, sino en las modalidades de su existencia...
MICHEL FOUCAULT, *¿Qué es un autor?*, 1969

En 1901, 17 horas separan Córdoba de Buenos Aires. La posibilidad, se entiende, es al menos técnica, y ha sido abierta por la llegada del ferrocarril treinta años atrás. Si la innovación no instala el contacto, indudablemente lo dinamiza y multiplica, agilizando la circulación de hombres y bienes. A medida que las líneas se extienden, y Tucumán y Cuyo son integrados a ese esquema ferroviario que tiene su pulmón en el puerto, Córdoba recupera en forma de rieles algo de su antiguo carácter de encrucijada; el mapa, sin embargo, ha cambiado bastante, y entre ella y Buenos Aires se agita la populosa Rosario, señalando su nuevo y atendible lugar.¹ Merced a la técnica, las distancias vividas se acortan y ciertos tráficlos lo expresan muy bien. Ese año, un vespertino porteño puede ser leído en Córdoba a la noche siguiente, un turista disfrutar del Sierras Hotel de Alta Gracia en 20 horas o un diputado cordobés llegar a su sesión en el Congreso Nacional en 18.² Los viajes son diarios y, excepto los domingos, siempre al menos dos; algunos con combinaciones y esperas pero nada insalvable para el deseo de lucro, información o diversión.

¹ En 1870, la extensión del Ferrocarril Central Argentino había vinculado a Córdoba con Rosario y Buenos Aires; desde 1875-1876, la del Central Córdoba-Tucumán haría lo propio con el norte del país; entre 1885 y comienzos de la década de 1890 se instalaron nuevos ramales y líneas que conectaron la ciudad con otras zonas del espacio provincial (San Francisco, Malagueño, Punilla-Cruz del Eje). Entre las décadas de 1890 y 1910 se tendieron las líneas que articulaban a la ciudad con La Rioja y Catamarca. Waldo Ansaldi, “Industria y urbanización. Córdoba, 1880-1914”, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, 1991, pp. 335, 448 y 449, mimeo.

² Todas esas duraciones eran posibles, destacando el expreso que en verano acortaba el viaje a 16 horas y media. *Guía General de Córdoba. Año 1901*, Córdoba, Domenici / Imprenta y Librería Inglesa, 1901, pp. 178-192.

Dos estaciones principales reciben bienes y personas y actúan como nodos de redistribución: la primera, por antigüedad y como efecto de su vocación atlántica, la del Ferrocarril Central Argentino (FCCA), inmediata a la ciudad tradicional –esas setenta manzanas de la traza colonial– y apta para el pronto desemboque de las novedades en su radio principal; la segunda, la del Ferrocarril Central Córdoba (FCCC), plantada sobre la barranca norte en un vacío de urbanización que alentó velozmente a rellenar. Definido en la década de 1870, ese esquema acompaña el crecimiento de la población y la expansión de la ciudad que marcaron todo el arco de siglo; sin ser un proceso explosivo como los de Buenos Aires y Rosario, y pese al movimiento recesivo del período 1888-1895, entre 1887 y 1914 la población se duplica (de 66.247 a 134.935 habitantes) y la grilla experimenta un crecimiento asintomático pero firme.³ Consecuente con esa transformación, también el trazado ferroviario dialoga con la tendencia de reconcentración de la ciudad vieja sobre sí misma; tendencia según la cual, como señalara Ansaldi, las sedes de la vida política y cultural se atrincheran en un breve radio de 300 o 400 metros alrededor de la plaza principal, comunicada por fluidas cinco cuadras con la estación del Central Argentino.⁴ Y si la articulación de ese espacio devenido “central” con su periferia resulta siempre insuficiente, la circulación en su seno es tan fluida como requiere la concentración de actividades y funciones. La Universidad guarda una ubicación principal en ese espacio antiguo, también habitado por escuelas; como en otros casos, es de esperar que en torno de ella florezcan, en algún grado, imprentas, librerías y bibliotecas, algo que en efecto ocurre.⁵

³ Esta grilla no progresa por simple proyección del damero en la llanura sino, marcada por la topografía e imprevisibles cursos de agua, mediante la anexión de urbanizaciones desencajadas del tablero (los pueblos General Paz y San Vicente), por la avanzada estatal-especulativa sobre el espacio oeste y sur (La Toma y Nueva Córdoba) o alentada por la implantación del ferrocarril (el mencionado caso de la Alta Córdoba). De todo el movimiento sobresale el habido sobre las barrancas norte y sur, expresivo de la voluntad de torcer el dictado de la naturaleza. W. Ansaldi, *op. cit.*, y Cristina Boixadós, *Las tramas de una ciudad, Córdoba entre 1870 y 1895. Elite urbanizadora, infraestructura, poblamiento...*, Córdoba, Ferreyra Editor, 2000; para el cotejo con el caso porteño, Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

⁴ W. Ansaldi, *op. cit.*, p. 412.

⁵ La tendencia acompaña tanto a las viejas universidades europeas como americanas (caso de México o la Antigua Guatemala) y se pronuncia en las coyunturas especialmente luminosas de ciertas comunidades universitarias, como la Basilea del siglo XVII, ciudad que reúne desde comienzos de la modernidad tres elementos fundamentales: universidad, imprentas y editoriales. Carl Schorske, *Pensar con la historia*, Madrid, Taurus, 2001, “La historia como vocación en la Basilea de Burkhardt”.

Las diferencias verificadas en el espacio traducen las presentes en la sociedad, porque esa concentración de las escuelas también expresa la efectiva distribución de las competencias lectoras. Como se ha visto en el capítulo II, el Censo de 1906 acusaba el borde insuperable entre alfabetos y analfabetos, y la correspondencia entre esos índices y la distribución de escuelas. El 39,3% de la población mayor de seis años y pasible de escolarización era analfabeta, tendencia en ascenso entre los sectores inmigrantes; de la población en edad escolar (6 a 14 años), el 43,6% lo era (9.086 de 20.337 niños).⁶ A grandes trazos, también esta era la ciudad real en que se desenvolvían la producción, la circulación y el consumo de revistas, libros y folletos en el giro de siglo; universo de dificultosa reconstrucción en virtud de razones tanto históricas como metodológicas.

Entre las cualidades de ese mundo impreso destaquemos una que, sin ser excepcional, es fundamental: su sensible *heteronomía*. Si hemos comenzado apelando a ciertas coordenadas espacio-temporales es porque, en efecto, desde la escritura de textos hasta su exhibición en las vidrieras en forma de libro, todo lo que de editorial pueda señalarse en Córdoba es tanto local cuanto porteño o europeo y requiere, consecuentemente, de una atención a escala de esos contactos.⁷ Universo heterónimo, entonces, pero también sujeto a una dinámica en la cual, y esta es su segunda gran cualidad, la dimensión nacional dominará crecientemente los aspectos ligados a la *fábrica* y el suceso del impreso y del autor. No sorprende tanto que así sea cuando el proceso se inscribe en el de emergencia de un mercado nacional de bienes simbólicos, y cuando este refuerza una creciente centralización económica y política. Sin embargo, lo que ambas constata-

⁶ *Censo General de la Población, Edificación, Comercio, Industria, Ganadería y Agricultura de la ciudad de Córdoba, levantado los días 31 de agosto y 1° de setiembre de 1906*, Córdoba, La Italia, 1910, pp. LVII, LXII y 14. Conviene recordar el grado en que estos índices hieren la autorrepresentación *docta* apenas confrontados con los de otras ciudades y provincias. La postergación había sido registrada ya por el Censo de 1895, en el que Córdoba ocupaba un tardío sitio en orden a la escolarización de su población infantil: 20,8% frente al 57,7% de Capital Federal, el 50% de San Juan o el 37,9% de Mendoza, por citar los tres casos más notables. De todos ellos, Sarmiento mediante. San Juan ofrece el ejemplo más espectacular, ya que ese 50 se obtuvo frente al 3,1% de 1850. Sobre el particular, puede verse la tabla elaborada por Juan Carlos Tedesco y citada en Alejandro Eujanian, "La cultura: público, autores y editores", en Marta Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, colección Nueva Historia Argentina, t. IV, p. 550.

⁷ Entendemos aquí por mundo *editorial* una porción restringida de lo impreso que corresponde a libros, revistas y folletos, atendiendo otros objetos (como las tesis doctorales o el periódico) solo en la medida en que sostengan una relación genética con él. La noción de *impreso*, utilizada a menudo como sinónimo, deberá leerse dentro de ese uso restringido, quedando fuera de nuestra consideración, por caso, publicidades, libelos y, en su mayor parte, el más conocido mundo de la prensa periódica.

ciones ponen de relieve es que, antes que meramente autónoma o derivativa, la palabra impresa tuvo en Córdoba plumas, prensas y lectores merced a intercambios que abrían o clausuraban sus propias perspectivas de desarrollo y de inserción en una geografía cultural de límites bastante precisos. Entre las mencionadas dificultades de método, la principal, sin duda, radica en la casi ausencia de una historiografía descriptiva, serial o cualitativa capaz de sustentar avances más pretenciosos; algo especialmente sensible en el costado propiamente cordobés del contacto, débilmente expresado por artefactos que, como el *Anuario Estadístico* de Navarro Viola, devuelven una imagen marcadamente más completa de la actividad impresora y editorial de la Capital.⁸ Así las cosas, parece no haber otro modo de proceder que mediante la elaboración simultánea de grandes mapas de la evolución y sucesivos estados de ese mundo, y acotados avances intensivos sobre casos especialmente representativos o significativos. Lo primero, tendiente a restituir el universo de ámbitos, agentes y productos involucrados; lo segundo, a fines de comprender de manera más cabal la naturaleza sociológica, técnica o simbólica de cada uno de ellos.

El capítulo privilegia una serie de espacios, objetos y procesos que aparecen como los más notables dentro de dos esferas: una, la de la producción de palabra como palabra impresa (creación concertada de escritores, imprentas y, eventualmente, editores) bajo la forma de libros, revistas pero, también, tesis doctorales; otra, la de la circulación de la palabra impresa en formas mercantiles o no (en librerías o mediante envíos acotados de ejemplares) y en el paréntesis abierto por cierta *suspensión del mercado*

⁸ Muchos de nuestros antecedentes ineludibles provienen de la etapa en estudio, algo que les otorga una fisonomía compleja, entre bibliografía imprescindible y documento fundamental. Se trata mayormente de historias de la imprenta en el Río de la Plata, tema especialmente significativo para una ciudad que, como Córdoba, reclama haber sido su primera sede en el actual territorio argentino. Al igual que otros relativos, esos textos fueron producidos por polígrafos, historiadores y bibliófilos. Entre ellos deben mencionarse los trabajos del jesuita Furlong (donde el interés por la imprenta se superpone a la reválida de la orden como su introductora), los del sacerdote secular Pablo J. Cabrera y, ya reposando sobre estos, la monumental obra de De Ugarteche, y los textos de Juan Canter o Torre Revello de las décadas de 1930 y 1940. Luego de esta fecha, este tipo de estudios decrece lo bastante como para que, hasta hoy, no hayamos sabido de imprentas o bibliotecas cordobesas mucho más que lo poco que estas figuras llegaron a decir. Entre las más significativas historias contemporáneas del libro y la edición deben señalarse los trabajos de Gustavo Sorá, Alejandro Eujanian y algunos de los compilados por José Luis de Diego; trabajos que asumen una perspectiva nacional aunque, dada la significación editorial de Buenos Aires, se cifren mayormente en el espacio pampeano. Gustavo Sorá, "Libros para todos y modelo hispanoamericano", *Políticas de la memoria*, N° 10/11/12, 2009-2011; A. Eujanian, *op. cit.*; José Luis de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.

(marcadamente, el caso de las bibliotecas). Como puede advertirse, hay al menos dos grandes ausencias en este capítulo. Se leerá aquí muy poco, y solo de manera subsidiaria, de la prensa periódica, más analizada como objeto e invocada como corpus tanto en el caso cordobés como porteño, aunque precisada en ambos de un abordaje sociohistórico que sería una empresa en sí misma; se leerá poco, también, respecto de las *recepciones* en tanto apropiaciones efectivas de un universo textual o usos genéricos de un mundo referencial –algo sobre lo cual, esperamos, otros capítulos ilustran–. El abordaje combina una mirada distante propia de la aproximación macroscópica, tendiente a restituir aspectos fundamentales de la evolución de este mundo impreso a lo largo de la etapa, y ampliaciones de lente sobre casos de especial interés por su relevancia o representatividad. Respecto del conjunto del trabajo, creemos que este capítulo interesa, en parte, por la atención prestada en él a la materialidad de los circuitos y, en parte, por la caracterización económica y sociológica de ámbitos y actores. Algo que quizás ayude a entender mejor cómo ciertas ideas pudieron circular mientras otras no lo hicieron en absoluto. Planos, cuadros y descripciones nos auxilian en este intento.

Imprenta y edición

Se necesita una versión impresa de los *Apuntes*.

Pedro Rivas, escritor y poeta, autor de las primeras *Ejemerides Americanas* y de varios dramas en verso, vive [entre los sesenta y los setenta] en Córdoba de un pequeño comercio de librería e imprenta, donde ya viejo trabaja como patrón y obrero. Es el único tipógrafo de su casa. Compone los *Principios y teoría de la música* [de Inocente Cárcano] [...] La primera edición se agota y el mismo Rivas compone la segunda.

RAMÓN J. CÁRCANO, *Mis primeros ochenta años*

Las imprentas son probablemente el ámbito de mayor interés en la producción finisecular de palabra impresa, y esto no solo porque fueran materialmente ineludibles sino también porque tanto Córdoba como Buenos Aires inclinan a pensar que, a diferencia de otros casos, aquí la propia función editorial emerge más ligada a ellas que a la librería.⁹ Por lo

⁹ Algo señalado por Pastormerlo para Buenos Aires y que testimonia bien Carlos Casavalle. En Córdoba, tres contraejemplos tardíos refuerzan nuestra visión respecto de la mayor parte de la etapa: el de Étneo Mángano, librero-editor, propietario de El Isondú en 1916; el de Dante, librería-editora propiedad de Telasco Castellanos y activa, al menos, entre 1916 y 1932; y el de Car-

demás, aunque sea habitual presumir amplias distancias técnicas, de mercado o de “catálogo” entre las imprentas del interior y las de la Capital, tal vez convenga partir de un somero vistazo comparativo.

En 1887, Buenos Aires tenía alrededor de 100 imprentas y Córdoba, hasta donde podemos ver, entre cinco y siete; sin embargo, esta sensible diferencia se estrecha cuando se atiende, como es nuestro interés, solo a aquellas que incursionaron en la producción de libros y folletos: 45 en la Capital (a las que pueden sumarse algún par de imprentas-librería) y quizás la totalidad de las citadas en el caso cordobés.¹⁰ Así las cosas, mientras que Buenos Aires ostentaba una de estas imprentas cada 8.510 habitantes, Córdoba poseía una cada 13.249, en el peor de los casos, o una cada 9.463, en el mejor, relación que en parte contraviene las presunciones habituales.¹¹ Un parámetro de la adecuación del cálculo puede obtenerse atendiendo al año 1906: si se restringen las 11 imprentas señaladas por el Censo Municipal¹² a aquellas involucradas en la producción de libros, revistas y folletos, y luego se agregan las de diarios que también lo están, se llega a un total de 13 imprentas y a una relación muy mejorada: una cada 7.136 habitantes. El Censo Nacional de 1914, por su parte, dará aproximadamente una cada 6.380 habitantes. Sin duda, las consecuencias de esta constatación no pueden sobrestimarse, puesto que múltiples testimonios apuntan la mayor cualificación técnica de la prensa porteña, sugieren la ventaja comparativa de sus costos, o denotan su mayor productividad relativa: así, por ejemplo, el que una publicación de relevancia como el *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba* haya pasado en la década de 1880 a imprimirse en Buenos Aires; o el que las propias publicidades locales plasmaran la promesa de la superación de la diferencia técnica.¹³ Sin embargo, lo cierto es que la propor-

los Baxman, asociado a la librería de la Unión Germana. Sergio Pastormerlo, “1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial”, en J. L. de Diego (dir.), *op. cit.*

¹⁰ Un panorama general aunque provisorio de la vida de la imprenta y las casas editoriales en Córdoba, sus duraciones y posibles vinculaciones, puede verse en <<http://culturasinteriores.ffyh.unc.edu.ar/docs/TABLA%20edit%20e%20imprentas.pdf>>. Parte de la información sobre esas casas fue volcada en <<http://culturasinteriores.ffyh.unc.edu.ar/inicio.jsp>>, en el rubro “empresas culturales”. Allí puede consultarse también información sobre otros momentos, casas, catálogos, etc. Sobre las imprentas porteñas, véase también A. Eujanian, *op. cit.*, p. 559.

¹¹ Buenos Aires contaba entonces con 400.000 habitantes (la cifra es incluso previa a la integración contemporánea de 14.000 hectáreas y 25.000 habitantes a la Capital) y Córdoba, con 66.247.

¹² *Censo General...*, *op. cit.*, p. 166.

¹³ En 1880, por caso, Alberto Navarro Viola subrayaba en su *Anuario Bibliográfico* que la compilación de documentos capitulares aparecida bajo el título de *Archivo Municipal de Córdoba* (impreso por La Carcajada) era “una de las impresiones más limpias y correctas que se cono-

ción de imprentas cordobesas parcialmente consagradas a la fábrica de libros y folletos es muy importante, especialmente si se considera que esto ocurría en una ciudad que iba varios pasos atrás de Buenos Aires en índices de escolarización y alfabetización.

Convendría extender la vista comparativa al vínculo entre imprenta y periódico en una y otra ciudad, verdadero índice de la independencia relativa del folleto y el libro. En el mismo año de 1887, la incidencia de las imprentas de diarios en la producción editorial porteña es mínima (cuatro sobre 45, según Pastormerlo), mientras que en Córdoba, tres de las imprentas citadas pertenecen entonces, con seguridad, a publicaciones periódicas de algún tipo.¹⁴ La cuestión es relevante porque, si del lado porteño subraya la superior diferenciación de los ámbitos editorial y periodístico, del lado cordobés resalta el carácter liminar de estos años en términos de emergencia de un cierto mercado, así como el papel medular desempeñado en ese proceso por la prensa periódica, especialmente la cotidiana. Consecuentemente, si lo que se postula es la aparición de una zona de actividad impresa que va ganado autonomía respecto de sus factores, es de esperar que el protagonismo editorial de estas imprentas decrezca, como en efecto ocurre: a grandes trazos, de las seis imprentas confirmadas en 1880, 5 pertenecen a periódicos (83,33%); de las siete confirmadas para 1891, solo dos lo hacen (28,57%); de las nueve ciertas para 1901, cuatro (44,4%); de las 12 detectadas en 1911, solo una (8,33%) o dos (16,66%); de las 17 de 1921, ya ninguna.

La rápida revista intenta, ante todo, afinar la mirada: los objetos impresos pueden, al menos hipotéticamente, tanto ir como venir, puesto que la importante proporción de imprentas cordobesas comprometidas con la producción editorial evidencia, además, una creciente especialización. Este fenómeno, que tiene varias inflexiones en los años que nos ocupan, prolonga el proceso iniciado a mediados de siglo XIX, cuando la lineal historia de la imprenta cordobesa configuraba un moderado delta, entonces domi-

cen de las tipografías del interior”, apreciación que sobreentendía la diferencia técnica entre Buenos Aires y el resto del país; en 1913, *Los Principios* anunciaba que el diario había instalado “Talleres Gráficos de primer orden, a la altura de los de la Capital Federal”. Además de los diversos grados de tecnificación, parte de las ventajas comparativas deben atribuirse a la mayor facilidad para obtener los insumos en Buenos Aires. La papelería Gazzo, instalada en General Paz en 1895, fue la primera en la ciudad y, aunque es probable que en la década de 1870 existiera una fábrica en Oliva, a 94 kilómetros, la nulidad de referencias inclina a pensar que, hasta 1895, la totalidad de los insumos llegaba de Buenos Aires. La sucesora de Gazzo sería La Nueva Argentina (1913), que según Ansaldi llegaría a ser una de las diez empresas “grandes” de la década, y contaba entonces con 53 obreros. W. Ansaldi, *op. cit.*, pp. 17, 18 y 279.

¹⁴ Se trata de las imprentas de *La Carcajada*, *La Época* y *El Interior*.

nado por las primeras imprentas de diarios.¹⁵ Así, si la multiplicación de las prensas puede ser leída como la ruptura de un largo monopolio técnico del Estado, esto revierte en una nueva concentración, ahora dominada por la lógica del diario. Empresas de corta vida, íntimamente dependientes de las escaramuzas políticas, configuran así inestables zonas de impresión de ideas, muy coherentes en los contenidos pero muy discontinuas en el plano técnico y económico. En ese aspecto, especialmente, la década de 1870 representa un significativo punto de inflexión, puesto que a la acción de la imprenta del Estado y de las periodísticas vendrán a sumarse las primeras imprentas particulares, dispuestas a fundir tipos o armar cajas de moldes para todo cliente, algunas de las cuales incursionan en la producción de libros y folletos. Ese parece ser el caso de la imprenta del citado Pedro Rivas, quien ya a comienzos de los setenta combinaba esa actividad con la de librero a pequeña escala, y el de Rafael Yofre, quien canalizaba en folletos las conferencias de los científicos de la Academia Nacional de Ciencias al tiempo que imprimía *avemarías* y reglamentos múltiples. Y ese paisaje en el que conviven imprentas de diarios y pequeñas imprentas “de obras”, aunque sensiblemente ampliado, es también, como sugerimos inicialmente, el que caracterizará la década de 1880.¹⁶

En términos generales, entre 1880 y 1922 cerca de 50 imprentas ensayaron en territorio cordobés la producción de libros y folletos. Muchas fueron imprentas comerciales que, especialmente desde el 1900, hicieron

¹⁵ Córdoba fue sede de la primera imprenta del que sería territorio argentino. Su tortuosa historia es conocida, pero retengamos su llegada en la segunda mitad del siglo XVIII (1765), su inactividad desde la expulsión de los jesuitas (1767) y, finalmente, su traslado a Buenos Aires (1780), al que seguiría su bautizo como Real Imprenta de Niños Expósitos. Ya resentida, fue obsequiada al Estado salteño, y hoy se exhibe en el Museo del Vino de Cafayate. Córdoba no volvió a tener imprenta sino en 1823, cuando el gobierno federal de Juan B. Bustos, que tuvo a la Universidad como pieza central del régimen, adquirió mediante suscripción popular una nueva imprenta —la única hasta la década de 1850—. De ella salieron publicaciones de las más diversas, muchas periódicas de corta vida, autoproclamadas federales, católicas o liberales. Todo lo que se imprime en Córdoba sale entonces de esa prensa, lo cual, en virtud del propio derrotero de la institución universitaria, expresa el monopolio estatal de lo impreso. Situación extraña, sin embargo, porque el mismo monopolio técnico que, siéndolo, expresa un *maximum* de tradición, representó entonces un *maximum* de adecuación a la moderna dinámica de la vida comercial. En 1852, Alejo Carmen Guzmán convirtió a esa única imprenta en Imprenta del Estado. Desde allí, comenzó la paulatina instalación de otras, normalmente asociadas a los irregulares periódicos que la dinámica política alentaba y, en ocasiones, clausuraba; los casos de la Imprenta 3 de Febrero, de El Imparcial y La Bandera Católica, o la imprenta de El Diario, constatables entre 5 y 7 años, son excepcionales.

¹⁶ La denominación “de obras” designa a aquellas imprentas especialmente orientadas a la producción de folletos y libros. En algunos casos, ciertas imprentas ligadas a periódicos destinarán máquinas o locales específicos a esta actividad, apelando a esa noción para distinguirlas.

breves incursiones por ese mundo de lo impreso; otras tentaron esa reconversión de manera decidida, aunque con diversa suerte. Algunas de esas imprentas, sus prensas y, en ocasiones, sus firmas, parecen haber sido objeto de sucesivas ventas y readecuaciones a un mercado, sin duda, breve e inestable. En todo caso, también entre ellas se cuentan empresas duraderas y ensayos persistentes de reconversión editorial, los más notables el de la Imprenta Argentina (al menos 56 años de vida), Aveta (por lo menos 43 en manos de esa familia), y Biffignandi, que en 2005 contó cerca de 115 años de actividad ininterrumpida aunque de muy cambiantes pretensiones.¹⁷ Más de un tercio de aquel conjunto de imprentas sobrepasó los diez años de vigencia y, entre ellas, al menos las cuatro mencionadas superaron, a veces con creces, los cuarenta años de existencia. Adicionalmente, las tres últimas sugieren la importancia de la presencia italiana en este rubro, que en 1906 mostraba casi 40% de propietarios extranjeros.¹⁸ Por el censo de ese año se sabe también que, dado el exiguo grado de mecanización del rubro (en verdad, merced a él), este exhibía el nada desdeñable promedio de 16,45 obreros por taller.¹⁹

La mayoría de estas imprentas hacen de todo, en el sentido más estricto, pero también en ocasiones intentan hacer específicamente algo, diseñando espasmódicos catálogos que alientan, por ejemplo, la emergencia de una zona de estudios coloniales a comienzos del siglo xx (los casos de Biffignandi y Domenici) o de la palabra reformista desde finales de la década

¹⁷ La estimación del ciclo vital de las imprentas de Aveta y Domenici deja de lado los años en que, creemos, esas mismas prensas y razones comerciales (La Minerva y La Velocidad, respectivamente) pertenecieron a Agustín Villafañe. Los Villafañe parecen haber constituido una breve dinastía de imprenteros, muy activa en la década de 1880. En 1889 llegaron a reunir tres prensas: La Minerva y La Velocidad, a nombre de Agustín, y la del nuevo *Eco de Córdoba*, ahora en manos de Isaías –probable padre de Agustín y primer propietario de La Velocidad–. La actividad “editorial” de La Velocidad se debilita entre 1885 y 1889, y es probable que haya sido vendida hacia 1891 a Domenici, quien apela a la vieja razón comercial de la imprenta hasta fines de la década, mientras su ex dueño, A. Villafañe, persistía en la actividad editorial bajo su propia rúbrica y quizás con una nueva imprenta; en lo que hace a La Minerva, Villafañe debió haberla vendido a Aveta alrededor de 1896, cuando aparece como La Nueva Minerva, para luego persistir en la razón tradicional, asociada ahora a su nuevo dueño.

¹⁸ Según Manachino, Alfredo Biffignandi era originario de Vigevano, Pavia, y habría llegado a la Argentina cerca de 1890. En 1895 su imprenta contaba con un capital de \$20.000 y con 12 empleados, 10 argentinos y 2 extranjeros, lo cual constituía una empresa nada despreciable. Según Rosa Rovelli (comunicación telefónica, 15 de enero de 2008), Biffignandi pertenecía a una “cepa culta” de la inmigración italiana que, además, obtendría relativo éxito industrial. Isabel Manachino de Pérez, “Inmigrantes lombardos en la ciudad de Córdoba (su aporte al Comercio e Industria)”, en *Jornadas de Historia de Córdoba entre 1830 y 1950*, Córdoba, Junta Provincial de Historia, 1996.

¹⁹ *Censo General...*, *op. cit.*, pp. 166 y 170.

del 1910 (caso de la Imprenta Argentina o Bautista Cubas). La búsqueda de especificidad, ese intento de hacer especialmente algo en el marco de un universo aún débilmente diferenciado, constituyó en muchas ocasiones la clave de la perduración de una casa. La impresión de publicaciones oficiales fue a veces el pivote para la transición pero, para quienes no accedieron a ella, la edición de textos escolares fue el riesgo moderado más frecuente, ya que, pese a la fuerte avanzada de casas porteñas como Estrada desde la década de 1880, contaba siempre cierto público cautivo.²⁰ La Minerva, por ejemplo, imprimió a fines de la década de 1890 una *Gramática castellana* de Tobías Garzón; aunque en este caso la Municipalidad era el editor, y con certeza subsidiaba los económicos cuadernos de cincuenta centavos, la casa garantizaba con esto la actividad de sus prensas y alimentaba los anaqueles –que podemos presumir más bien autorreferenciales– de la librería de que presumía. La Maravilla Literaria, también orientada a este mercado escolar, asumió con éxito, en cambio, la edición de algunos textos bajo el sello de Aubinel, como sugiere la quinta edición del tercer libro (el de 5º año) de *El Estudiante Argentino*. Además de venderse en otras librerías, y al igual que hacían otras imprentas, el libro se vendía en la casa, junto a otros insumos académicos como boletines de clasificaciones. ¿Qué leía en un libro como ese el estudiante secundario de 1911...? Sarmiento, Alberdi y Juan M. Gutiérrez; Avellaneda, Goyena, Pizarro y Estrada; Cané, Wilde, Cárcano y Joaquín V. González; Darío y, claro, también Lugones. Es decir, pequeñas dosis de un canon *nacional* presente ya en las referidas lecturas de los estudiantes de derecho y que experiencias como la Biblioteca de La Nación habían comenzado a estabilizar desde 1901; y también parte del discreto manojito de nombres locales que buscaban su lugar en él.²¹

²⁰ Sobre la centralidad de la publicación de textos escolares en la consolidación de un mercado editorial de escala nacional, véase Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988, pp. 48-49; A. Eujanián, *op. cit.*, y G. Sorá, *op. cit.* A menor escala, creemos que eso es válido también para el caso cordobés.

²¹ Esa biblioteca albergó escasos veinte autores nacionales frente a un número muy superior de nombres de la literatura “universal” (Gustavo Sorá, *Traducir el Brasil. Una antropología de la circulación internacional de ideas*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2003, pp. 71-72), pero garantizó un sitio a sus elegidos, que las bibliotecas argentinas conducidas por Rojas e Ingenieros en la década de 1910 ratificarían. Margarita Merbillá, “1900-1919. La época de organización del espacio editorial”, en J. L. de Diego (dir.), *op. cit.* Por lo demás, es sugestivo el señalamiento de Franco Moretti respecto del mayor peso relativo del canon conforme la mirada se aleja del centro y conforme se hacen más pequeñas las colecciones (“Cuanto más reducida la colección, más canónica es”), así como su insistencia en que ese canon suele ser antes el producto de un mercado que el de su elaboración académica. Franco Moretti, *Atlas de la novela europea. 1800-1900*, México, Siglo XXI, 1999, p. 150.

*Imprenta y subsidio estatal: condiciones de existencia local
y pautas de concentración nacional*

Parece indudable que, en los años que aquí interesan, los encargos del Estado provincial a imprentas particulares constituyeron una de las formas de subsidiar esta actividad, ofreciendo buena parte de sus condiciones de existencia. Pero es precisamente esa estrecha relación inicial la que permite advertir, también en ese renglón, el proceso de concentración técnica de la industria impresora y editorial en la capital del país, favorecido *por* y expresado *en* los menores costos, la mayor cualificación técnica y organizativa y el superior dominio de los procesos de distribución.

La atención a diez u once años de disposiciones oficiales (1900-1910) permite ver esto. Considerando los pedidos en su mayor amplitud y diversidad, puede acordarse que el subsidio estatal a la industria impresora y editorial se dio bajo distintas modalidades: 1) el encargo estatal de papelería burocrática, tal como estampillas, formularios, libretas de conchabo, tablas de medidas, etc.; 2) el encargo de ediciones oficiales, tales como la propia *Compilación de Leyes y Decretos* o los folletos conteniendo los mensajes y memorias gubernativos; 3) algunas pocas obras cuya producción (el proceso de investigación y redacción) y edición fue encargada por el propio Estado argumentando su especial interés para la provincia;²² 4) la suscripción *a* o la compra *de* ciertas revistas y libros, a modo de promoción de la actividad intelectual y editorial local, cuyo correlato era la distribución de los ejemplares en bibliotecas y otras reparticiones públicas, según su tema; 5) en un renglón especial y de alcance más indirecto en la vida de la imprenta –dado su señalado distanciamiento de la prensa periódica–, podrían señalarse los contratos para la publicación de documentación o disposiciones oficiales en medios de prensa locales (como los suscritos con *La Patria*, cuya imprenta también se activa para otro tipo de impresos, en 1901 y 1902) (cuadros 1 y 2).

²² Es el caso de *La lucha por la salud. Su estado actual en la ciudad de Córdoba (1896/1898)*, de José M. Álvarez, que el rector de la Universidad pide reimprimir en 1901, y de la *Geografía de la Provincia de Córdoba*, de Manuel Río y Luis Achával, encargada en 1896, concluida en 1901 y por cuya investigación se erogaron 30.000 pesos en 1902. *La lucha por la salud...* habría tenido una primera impresión por la porteña Casa Biedma, en 1896, y una segunda en 1898 por la local La Minerva. Ambas, sin embargo, debieron haber sido impulsadas por el Estado provincial, a cuyo gobierno el rector de la Universidad Nacional de Córdoba reconoce en 1901 como “único propietario” de la obra. Desconocemos si esta reimpresión se concretó y, en tal caso, por quién. Los dos volúmenes de la *Geografía de la Provincia de Córdoba* estuvieron a cargo, previa licitación, de la porteña Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, representada por Rodolfo Laas. El contrato se suscribió en abril de 1903 por 3.000 ejemplares, y en junio se decidió que esa misma compañía reprodujera los atlas a \$9.633,86. Como se ve, en este caso investigación e impresión representaron una erogación mayúscula, saldada con la venta de tierras fiscales.

Cuadro 1. Provincia de Córdoba. Compras y suscripciones oficiales de/a libros y revistas

<i>Año</i>	<i>Obra</i>	<i>Autor</i>	<i>Ejemplares</i>	<i>Monto en \$/n</i>
1900	<i>Índice de los terrenos vendidos al FCCA</i>	Enrique Echenique		200
1902	<i>Compendio de la historia de Córdoba desde su fundación hasta nuestros días</i>	Juan M. Olmos	2.000	0,70 c/u
1903	<i>Comentarios a la Constitución de Córdoba</i>	Jerónimo Cortés	300	12 c/u
1905	<i>Gramática y diccionario de la lengua castellana</i>	Manuel Torres y Juan José Vélez	1.000	2 c/u
1907	<i>Revista Álbum argentino (número consagrado a Córdoba)</i>	Demetrio Blitz	400	10 c/u
	<i>Sinopsis histórica de la provincia de Córdoba</i>	Pablo J. Rodríguez	200	5 c/u
1908	<i>Vistas fiscales</i> (t. iv)	Jerónimo Cortés (vende Domenici)	150	8 c/u
1909	<i>Texto de instrucción policial</i>	Antonio Balvé	50	5 c/u
1910	<i>Argentina y sus grandezas</i>	Vicente Blasco Ibáñez	20	500
	<i>Geografía de la República Argentina para el uso de las escuelas fiscales</i>	Luis E. Rodríguez	200	2,30 c/u
	<i>Diccionario argentino</i>	Tobías Garzón	100	15 c/u
	<i>Los mensajes</i>	Heráclito Mabragaña	100	50 c/u

Exceptuando los mapas,²³ que en general implicaban requisitos técnicos que no podían saldarse en Córdoba, buena parte de estas impresiones podía hacerse en la ciudad y en gran medida lo hacía. Con todo, no es difícil ver en el cuadro 3 cómo la participación local se va estrechando hacia los años finales de la década, especialmente en ciertos rubros regulares e importantes en términos monetarios como los de papel sellado y estampillas.

²³ Así el Plano General de la Provincia de Córdoba, encargado en 1907 a la Cía. Sudamericana de Billetes de Banco, en cantidad de al menos 1.000 ejemplares montados sobre tela (\$5.200) y previendo la posibilidad de encargar de a 500 más a \$1.360 cada vez.

Cuadro 2. Provincia de Córdoba. Subsidios y estímulos oficiales a libros o revistas

Año	Revista / libro	Autor/ director	Ejemplares	Impresión (monto en \$/n)	Estímulo al autor (monto en \$/n)
1902	<i>Revista La Patriótica</i> (número dedicado a la provincia)	Augusto Constatt Ropes		700	
	<i>Crónica de Córdoba</i> (3º tomo)	Ignacio Garzón		3.000	3.000
1905	<i>Revista Letras</i>	¿?		80, por dos años	

Una lectura cualitativa del cuadro 3 permite advertir varios elementos de interés: por un lado, la tendencia inicial a repartir los encargos entre varias casas locales que, aunque limitada, sigue estando hacia el final de la etapa. Contribuye a esto el hecho de que las licitaciones se llamen en forma separada, pero justamente la adopción de esa modalidad (que no era la única posible) sugiere una cierta voluntad estatal de repartir las gracias, incluso cuando las casas porteñas comienzan a tallar más. Ligado a eso surge un segundo dato: aunque los rubros se convocan por separado, hay una gradual tendencia a la concentración, que comienza por las casas locales: Biffignandi, empresa que mostrará su tenacidad a lo largo de más de un siglo, es un oferente habitual, y en efecto logra entre 1906 y 1907 concentrar dos o tres de los rubros más expectables en términos monetarios. Hay, sin embargo, otro rubro cuya importancia surge aun de una proyección salvaje: el de las compilaciones de leyes y decretos, que no solo se convocan con regularidad sino que implican dos series (Ministerio de Hacienda y Ministerio de Gobierno), tiradas grandes (700 ejemplares durante toda la década) y voluminosas (entre 300 y 400 páginas cada una). Es de notar, en este punto, que en este lapso las compilaciones siempre quedan en Córdoba; las dificultades, sin embargo, parecen notarse en 1910, cuando –a la luz de los resultados– La Industrial de Echenique no habría podido cumplir con el compromiso del contrato, quedando la impresión de la serie de gobierno en manos de El Comercio, nueva razón comercial de E. Brandán.

Pero el aspecto que aquí habría que subrayar, porque es indicativo de un movimiento más general, es la creciente entrada de las casas porteñas más allá de la impresión de planos. En efecto, esa entrada se da en respuesta a encargos de diverso tenor, comenzando por la impresión de la

Cuadro 3. Provincia de Córdoba. Encargos estatales entre 1901 y 1910

Año	Papel sellado	Monto en \$ m/n	Estampillas, libretas de conchabo, del registro civil, etc.	Monto en \$ m/n	Formularios Dirección General de Rentas	Monto en \$ m/n	Compilaciones de leyes, decretos, etc.	Monto en \$ m/n c/ 100 pp.	Memorias, mensajes, códigos, leyes de impuestos, etc.	Monto en \$ m/n	Planos	Monto en \$ m/n	Libros	Monto en \$ m/n
1901	Alfredo Biffignandi	4.035,35	Juan Dionisio Nasso Alfredo Biffignandi	1.735,95	Alfredo Biffignandi	1.762,30	Luis de Torres (La Moderna)	168 (r: 700 ejs.)	-	-	-	-	¿?	¿?
1902	Juan Dionisio Nasso	3.197,20	Eduardo Brandán y Cía (La Patria)	1.513,65 (c: 1.600)	Francisco Domenici	1.194,25 (c: 800)	-	-	Lampaggi y Molteni Francisco Domenici	275 c/ 100 pp. (c: 150.00 r: 500 ejs.) 224 (c: 20 r: 400 ejs.)	-	-	-	-
1903	-	-	-	-	-	-	Raspall y Cía. (Sarmiento)	130 (c: 100)	-	Lampaggi y Molteni	-	-	-	-
1904	-	-	-	-	-	-	-	-	Francisco Domenici	190 c/ 100 pp. (c: 30 r: 1.500)	-	-	-	330
1905	-	-	-	-	-	-	Eduardo Brandán (El Comercio)	184	-	-	-	-	-	-

1905	-	-	-	-	Echenique y Garzón Funes (Mitre)	186 (c: 100 t: 700 ejcs.)	-	-	-	-	-	-
	-	-	Luis de Torres	2.086,30	-	-	-	Luis de Torres	.32,80 c/p .4,50 c/pt (c: 150)	-	-	-
1906	Alfredo Biffignandi			6.620,20	Eligio Molteni	3.600 (c: 150)	-	Alfredo Biffignandi (Rep: Andrés Delfrate)	2.990 (c: 200 t: 400 ejcs.)	-	-	-
1907	Alfredo Biffignandi			9.398,40	Eligio Molteni	4.150 (c: 200)	Echenique Hnos. y Buteler	Echenique y Buteler	.32,50 c/p .3,10 c/pt .0,07 c/cm ² fotografiado (c: 200)	csbb	5.200	-
1908	Guillermo Kraft (representado por Alejandro C. Pearson)			7.821,81	Alfredo Biffignandi	2.975 (c: 200)	-	-	-	-	-	-
1909	Guillermo Kraft (representado por Sixto Arias Moreno)			7.518,29 (c: 2.000)	Alfredo Biffignandi	4.758	Eduardo Brandán	Echenique Hnos.	.38 c/p .4 c/pt (C: 150)	-	-	-
1910	Guillermo Kraft (representado por Jaime Abarca)			¿?	Guillermo Kraft	2.954,80	Echenique Hnos. y Cía. (La Industrial)*	-	-	-	-	-
	Se dispone imprimir las Actas de sesión legislativas desde 1855 a 1910, licitando la impresión en Córdoba y Buenos Aires.											

* Finalmente imprime solo la serie del Ministerio de Hacienda, quedando la impresión de la del Ministerio de Gobierno en manos de El Comercio.

Nota: El cuadro ha sido realizado considerando los contratos firmados cada año entre las imprentas y el gobierno de la provincia; en general, los formularios y estampillas aluden al año siguiente y las compilaciones al año en curso o pasado, aunque a veces hay demoras o pedidos complementarios. Se consignan las garantías (c) monetarias ofrecidas por cada casa cuando no hay un tercero garante o no se omite la garantía, dado que dan una pauta de los grados de afianzamiento o confianza estatal de que goza cada casa. En los casos en que corresponde, se indican las tiradas (t). Cuando se trata de acuerdo por pliegos, deben atenderse las siguientes referencias: c/p= cada pliego de 16 páginas; C/pt= cada pliego con tablas. El único encuadernado especial se señala como EE. Resaltada, la presencia de las casas porteñas: la Compañía Sudamericana de Billetes de Banco (csbb) y Guillermo Kraft. *Compilación de Leyes, Decretos y Demás Disposiciones de carácter público dictadas en la Provincia de Córdoba*, Seres Ministerio de Gobierno, Ministerio de Hacienda y Ministerio de Obras Públicas, años 1900-1910.

Geografía de Córdoba, siguiendo por los planos y concluyendo por la concentración de los encargos de papel sellado, estampillas y formularios desde 1908, en que Kraft va reemplazando a Biffignandi en los mismos rubros que este había concentrado en el segmento anterior.

Más raramente, en un mecanismo inverso que reconfirma el interés de las impresiones estatales, ciertos impresores ofrecen reimprimir algún documento oficial a su costo, con el solo compromiso de entregar un número de ejemplares a la provincia. Por ejemplo, en 1904 Pablo Aubinel (cuya imprenta parece ser nueva en la ciudad) ofrece reimprimir la *Constitución Provincial* en número de 1.000 ejemplares, entregando 100 al gobierno y comercializando los demás a 0,50 centavos, cosa que se acepta. Y en 1908, M. I. Del Viso solicita autorización para reimprimir la *Ley Orgánica de los Tribunales, Códigos de Procedimientos en lo Civil, Mercantil y Penal y otras disposiciones judiciales* (1906), lo que se acuerda en número de 1.000 ejemplares bajo compromiso de entregar 100 y no comercializar el resto a más de 3 pesos c/u. En 1909 también Julio Soaje pide autorización para reimprimir la *Tabla de reducción de medidas agrarias de la provincia* (1884), lo que se le autoriza en cantidad de 500 ejemplares con la condición de dejar 50 a la provincia y someter las pruebas al Departamento Topográfico. Estas ediciones oficiales interesan porque implican tiradas inhabituales para otros impresos: 400 para algunas memorias ministeriales, 700 en el caso de las compilaciones, 1.000 a 1.500 en el de la *Constitución*, las leyes e impuestos y demás.

Como se advierte, los encargos oficiales de diversa especie representan la posibilidad de ingresos regulares para las diversas casas locales, y su interés queda reflejado en la concurrencia de varias de ellas en los procesos de licitación, cuando existen.²⁴ A la vez, la consideración de la serie permite advertir que en cierto momento los costos propuestos por las casas

²⁴ Por ejemplo, a la licitación de 1902 con vistas a la provisión de papel sellado y estampillas para 1903 concurrieron cuatro imprentas: Eduardo Brandán y Cía. (del diario *La Patria*), Alfredo Biffignandi (La Italia), Juan Dionisio Nasso y Cía. y la porteña Compañía Sud-Americana, adjudicándose la producción de papel sellado la tercera (con muy poca diferencia respecto de la cuarta) y la de estampillas la primera. El mismo año, concurren para la licitación de formularios de rentas Alfredo Biffignandi, Lampaggi y Molteni, E. Brandán y J. B. Peiré y F. Domenici, adjudicándose la licitación a este último. Un dato cualitativo que merece consignarse porque podría aludir a puntos de partida muy dispares aun entre los contendientes locales tiene que ver con la garantías, consistentes en algunos casos (el de Biffignandi) en la firma de otros comerciantes o industriales establecidos y, en otros (el de Domenici), en entregas pecuniarias del propio impresor. Ya en 1910 tiene lugar una competencia muy significativa, puesto que concurren en la licitación de papel sellado y estampillas solo Biffignandi y Guillermo Kraft, de la Capital, ofreciendo presupuestos levemente favorables para este último, que se queda con toda la licitación.

locales (muy especialmente Biffignandi, que mostrará gran capacidad de supervivencia comercial) no logran mejorar los de ciertas casas porteñas que, como la Compañía Sudamericana de Billetes de Banco o Kraft, exhiben una aceitada operatoria local a través de intermediarios. Así, mientras que entre los años 1900 y 1907 una serie de casas cordobesas (las más de ellas involucradas también en la producción de libros y folletos) se benefician de este ingreso seguro, desde 1908 esa comisión recae sobre casas porteñas, contribuyendo de manera muy clara al proceso de concentración técnica y económica.

Un capítulo interesante se abre por los mismos años, ya que el estado provincial concreta en 1908 la compra de la imprenta prevista para los talleres de la Penitenciaría de Córdoba, lo que implicaba recuperar una prensa estatal luego de un largo interregno.²⁵ Durante los primeros años los reclamos por la insuficiencia de la maquinaria y las instalaciones son constantes, y ciertamente la incidencia de esa imprenta en las publicaciones oficiales parece muy escasa. A partir de la gobernación de Cárcano (1913-1916) las condiciones mejoran, concretándose el pabellón previsto a tal fin y comenzando a imprimirse allí el *Boletín Oficial*. Más allá de él, el taller imprimirá desde entonces y al menos hasta la década de 1940 una serie de folletos y libros oficiales, algunos de orden meramente administrativos y otros dedicados, en especial, a historia (muchos de los textos de Pablo Cabrera y luego Pedro Grenón saldrán de esa imprenta). Con todo, la gran impresión oficial, la cuantiosa en términos de volumen y rédito, parece haber quedado confinada al ámbito privado, y en gran medida sometida a la señalada concentración en las casas de la Capital Federal.

Función y figura editorial. El caso Rossi

Dice un distinguido escritor argentino: “Nosotros no tenemos verdaderos editores, ni organización del comercio de libros. Las ediciones ordinarias de los libros argentinos son de quinientos ejemplares, que el autor paga íntegramente. El editor es un vendedor de libros al detalle que los expende en su propio almacén, pero que no los hace accesibles en otras librerías de Buenos Aires u otros pueblos argentinos o en otros centros sud-americanos. [...] Por otra parte, las casas españolas de publicidad inundan las librerías sudamericanas con su producción, consignada a cualquier bajo precio, desde que el libro se supone que ya se ha costeado en España; de aquí resulta que los libros espa-

²⁵ Milena Luciano, “Talleres Gráficos de la Penitenciaría”, Proyecto Culturas interiores. Un archivo de la cultura de Córdoba, <<http://culturasinteriores.ffyh.unc.edu.ar/iec002.jsp?pidf=AKJM35&po=R>>.

ñosles y no los del país son los que dan a ganar a los libreros de Buenos Aires; no hay pues que maravillarse de que aquí tengamos que publicar a nuestra propia expensa”.

EDWARD ALSWORTH ROSS, *El carácter de las instituciones Sud Americanas. South of Panama*, 1915

Frente a la dominante del capital comercial sobre el capital simbólico que caracterizó el desarrollo de la imprenta en el giro de siglo cordobés, el caso de la Imprenta Argentina (1904-circa 1960) reviste especial interés porque, además de haber cumplido la *función* editorial (en términos generales, la conversión de determinado manuscrito en libro), ligada a ella emergió una de las más claras figuras locales de *editor*; esto es, un tipo de personaje que no solo es artífice de la transformación técnica del texto sino también de su aliento, su elección, su arreglo a algún tipo de programa intelectual (una colección o, al menos, una secuencia coherente) y, en muchos casos, la inversión que hace posible el conjunto de la empresa.²⁶ Sin duda, este es un caso más bien infrecuente dentro del panorama local, pero confiamos en que considerarlo en tanto caso *normal-excepcional* permitirá sustraer de él también lo que comparte con otras experiencias.²⁷

Aunque la Imprenta Argentina fue el producto de un consorcio que tuvo por parte principal a Francisco Beltrán Posse, su prolongada y singular vida encontró un factor decisivo en la instalación en Córdoba del uruguayo Vicente Rossi, liberal y ateo convencido, en 1898. Rossi (1871-1945), que había ejercido los oficios de tipógrafo y cronista en varios periódicos orien-

²⁶ Si no situamos la confluencia de esas tres funciones –técnica, intelectual y económica– como requisito de aparición de la figura de editor es porque todo sugiere que el término viene a señalar entonces situaciones muy diversas, entre las que quizás primen las vinculadas a la factura y, si no la iniciativa, el acompañamiento intelectual a la aparición del libro, antes que las económicas. En todo caso, puesto que a veces impresor y editor coinciden en un sujeto que, a la vez, distingue los términos según los casos, lo que sí puede afirmarse es que la mera impresión no alcanza, y que el requisito mínimo es una cierta intervención en el impulso a la publicidad o el arreglo material del impreso. Véanse A. Eujanian, *op. cit.*, p. 570, y S. Pastormerlo, *op. cit.*, p. 4.

²⁷ Esta perspectiva “subraya la posibilidad de que un documento raro, desde el punto de vista estadístico, es decir ‘excepcional’, pueda esclarecer un fenómeno social difundido y ‘normal’”, atento a las diversas dimensiones que se intersectan en un determinado individuo o una determinada experiencia. Edoardo Grendi, “Microanálisis e historia social”, *Quaderni storici*, N° 35, 1977; Carlo Ginzburg, “Reflexiones sobre una hipótesis: el paradigma indiciario veinticinco años después”, *Contrahistorias*, N° 7, 2006-2007; Jacques Revel, *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires, Manantial, 2005, “Microanálisis y construcción de lo social”.

tales, ingresó a la Imprenta Argentina como su gerente, para pasar luego a ser socio en ella y, finalmente, convertirse en su único dueño. Según Capdevila, puesto que era él quien de hecho la conducía, este cambio –verificable desde 1915– fue prácticamente imperceptible.²⁸

El primer testimonio cierto de la actividad de la Imprenta Argentina precede en un año la publicación de *Cardos*, del propio Rossi, en 1905. Puesto que a esta edición sucederá una serie de publicaciones del uruguayo, es lícito pensar que, en este momento liminar del desarrollo editorial local, acaso la condición de una mayor diferenciación fuera, precisamente, cierta confusión de roles y disposiciones. Porque si esta imprenta pudo trascender su faceta meramente comercial y transitar a un nuevo tipo de ejercicio editorial, ello se debió en buena medida a la presencia de este escritor-editor; esto es, a un máximo de distinción funcional en el ámbito discreto de un mismo sujeto. 161

Como escritor, Rossi llegaría a ser reconocido por sus incursiones en una serie de temas de carácter popular y dimensión rioplatense: el tránsito de la “pista del circo al tablado de la escena”, el gaucho, el tango y la lengua popular. Esas cuestiones, por él consideradas a lo largo de años, jalonaron no solo su trabajo sino, como veremos, también el catálogo de la Imprenta Argentina.²⁹ Sus temas llevan implícita una geografía cultural singular, en la que el interés por definir una peculiaridad rioplatense (en la que Montevideo cuenta tanto como Córdoba) parece chocar de continuo con las pretensiones hegemónicas de la ciudad primada argentina.³⁰ Visto a la luz de los múltiples detractores del libro *Cosas de negros*, su lectura del tango, asociado a la negritud y dislocado del espacio porteño, sugiere que Córdoba –donde la obra fue escrita e impresa– pudo haber sido, en virtud de cierta homología de posición, un espacio adecuado para revalidar Montevideo –que inspiraba el libro– y discutir con Buenos Aires. Aunque este no es el lugar para avanzar sobre su costado de escritor, lo cierto es que es ese ánimo policéntrico, su ansiedad por una región compuesta de varias ciudades relevantes, lo que Capde-

²⁸ Arturo Capdevila, *Alma de Córdoba*, Córdoba, Biffignandi, 1965, p. 47.

²⁹ Desde su *Teatro Nacional Rioplatense*, de 1910, pasando por *El gaucho*, de 1921, hasta su polémica *Cosas de negros*, de 1926, y sus *Folletos lenguaraces*, publicados al menos entre 1930 y 1931, ya mirando hacia el norte. La cita proviene de A. Capdevila, *op. cit.*, p. 51.

³⁰ Esta voluntad regionalista se expresa en la adopción, con certeza desde 1910, de la expresión “Río de la Plata” como pie de imprenta de los libros del propio Rossi, incluidos los *Casos policiales* (1912) firmados con el seudónimo William Wilson. Puesto que el epígrafe no suplanta la mención a la imprenta, al editor o a la ciudad, puede presumirse la voluntad de señalar una serie ligada al escritor, y esto pese a las agudas diferencias entre, por caso, la lograda *Cosas de negros* y los económicos *Folletos lenguaraces*.

vila reconoce a Rossi al adjudicarle cierto “federalismo o artiguismo literario”, y que este se expresa tanto en su escritura cuanto en su práctica impresora y editorial.³¹

Tanto como sus producciones, esa inquietud por la cultura popular –acompañada por la reválida de cierta sencillez de lenguaje para tratarla– marcó otras elecciones del catálogo, entre ellas la de las más tardías *Memorias* de José Podestá (1930). Del mismo modo, su mentado “federalismo intelectual” parece haber favorecido una atenta mirada del escenario cordobés y su disposición a acoger en su imprenta al grupo de jóvenes junto a los cuales intentaría, marcadamente, enderezar el catálogo en la década del diez. Formaban allí miembros eminentes de la generación que alimentaría el liberalismo de la década y el proceso de reforma universitaria: Arturo y Raúl Orgaz, Arturo Capdevila, Octavio Pinto, entre otros; todos parte del autodenominado “Círculo Artístico” y todos, verosímelmente, acercados allí por Enrique Martínez Paz, su docente en Derecho y autor de Rossi desde 1907.³²

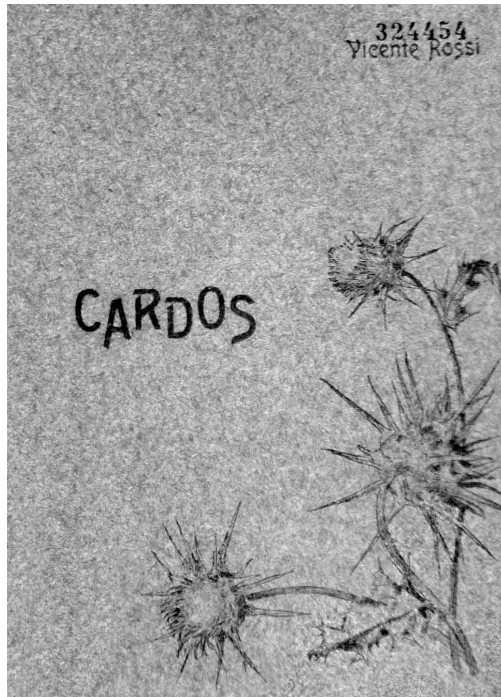
Allí nos reuníamos los que ya hacíamos versos y acaso en fecha próxima nos atreveríamos a reunirlos en un libro, a que Don Vicente le daría definitivo ser, escogiendo el tipo de papel, la distribución de su texto y la ajustada dignidad de su tapa...

La asunción de ese conjunto de tareas caracterizó, en gran medida, la novedosa condición de Rossi, apta para imprimir un marcado giro al catálogo y para estrechar el círculo en un continuo cruce de roles y figuras, tan manifiesto en la nómina de autores cuanto en el devenir gráfico de las ediciones. Una marcada sofisticación técnica y artística acompañaba esa mejora, evolución reconocida a la Imprenta Argentina ya en 1910, cuando obtuvo una medalla de plata por sus “artes gráficas” en la exposición del Centenario, y refrendada en 1928 por la adjudicación de

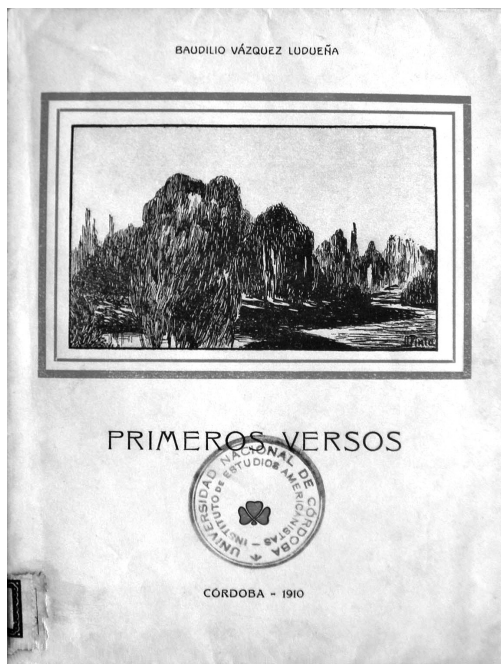
³¹ A. Capdevila, *op. cit.*, p. 57.

³² El Círculo incluía a un grupo que hemos visto y seguiremos viendo coincidir en muchos ámbitos y momentos, en parte enriquecido entonces por jóvenes de otras provincias y países (Santa Fe, Catamarca, Tucumán, Bolivia). Se cuentan entre ellos ambos Orgaz, Enrique Casterán, Emilio Baquero Lazcano, Arturo Pinto Escalier, Roberto Córdoba Basualdo, J. Agüero Vera, Juan Carlos Recalde, José V. García, Manuel Anselmo Novillo, Raúl de Allende, Pío Capdevila, José Benjamín Barros, Baudilio Vázquez Ludeña, Octavio Pinto y Luis León. A. Capdevila, *op. cit.*, pp. 41-42. Como se ha visto, Martínez Paz consignaba a Capdevila, Nieto Riesco, Raúl Orgaz y Pinto entre la “pléyade de elegidos que fueron los primeros alumnos” de su cátedra. Enrique Martínez Paz. “Nota bibliográfica a *Estudios de sociología*, de Raúl Orgaz”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año II, N° 5, 1915, p. 382.

Local / nacional



Vicente Rossi,
Cardos, Imprenta
Argentina, 1905.



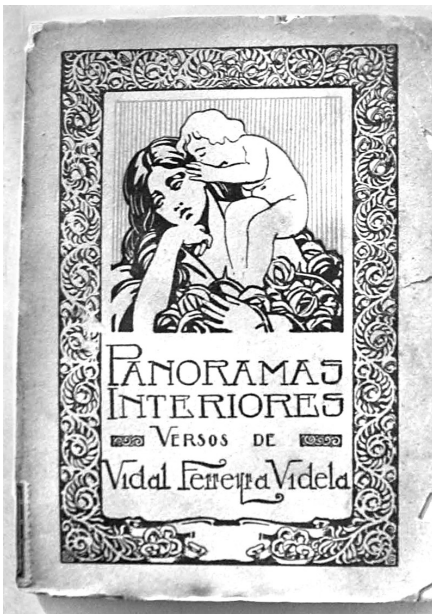
Baudilio Vázquez
Ludueña, *Primeros
versos*, 1910, con
ilustraciones de
Octavio Pinto.



Don Juan Zevallos, Imprenta Argentina, 1912, ilustrado por Guido Buffo.



Xenius, con portada de artista desconocido, *Panoramas interiores* y *El cofre de Cristal*, ilustrados por Camilloni, Imprenta Argentina, 1920.



un diploma de honor en la Primera Exposición del Libro Argentino.³³ De esta manera, a medida que los pretendientes a escritores y artistas rodeaban a Rossi, comenzaban gracias a él a confirmarse como tales: en el mismo año diez, Pinto ilustraba la portada de los *Primeros versos* de Baudilio Vázquez Ludueña (amigo de todo el grupo, fallecido muy joven); en 1912, Guido Buffo, artista italiano instalado en Unquillo, hacía lo propio con el *Don Juan Ramón Zevallos* de su esposa, Leonor Allende, prologado por Martín Gil; en 1920, finalmente, el artista y tertulio de Pinto y los Orgaz, Carlos Camilloni pintor de la tapa de *Salamanca*, ponía portada *nouveau* a los libros de poemas de Leopoldo Velasco y Vidal Ferreyra Videla, plasmando gráficamente una colección por géneros, como lo hacía entonces otro artista, seguramente cercano, con el drama *Xenius*.

Si el catálogo debía *enderezarse* es porque los orígenes de la imprenta no parecen haber distado tanto del de otras. En sus primeros años de vida, esta había publicado un heterogéneo conjunto de tesis, textos escolares, discursos y algún que otro libro de tema jurídico; las primeras, quizás favorecidas por la presencia de Beltrán Posse en las aulas de Derecho, y todos presumiblemente solventados por sus autores. Frente a esa situación, la de la década de 1910 —en que Rossi ya era, con certeza, socio, y llegaría a ser único dueño— sobresale y verifica su protagonismo: la retracción de las tesis o su limitación al grupo más íntimo conviviría entonces, como puede advertirse en la reconstrucción del catálogo, con la multiplicación de literatura, sociología y ensayo proveniente del mismo manajo de nombres (cuadro 4).

Ubicada inicialmente a media cuadra del Cabildo de Córdoba, en Deán Funes al 39, la Imprenta Argentina debió trasladarse cerca de 1910 a la quinta cuadra de esa calle (457), mudarse en 1912 a la esquina de esa calle y General Paz (al 1), para luego retraerse cincuenta metros, a Deán Funes al 152. Indudablemente, esta es la ubicación que Capdevila tiene en mente cuando refiere al local y a sus diálogos con Rossi, aunque los relativos a *Teatro Nacional Rioplatense* debieron tener lugar previo a 1910, aún en el primer local. Más allá de esas minucias, interesa rescatar la disposición de esta imprenta que, instalada en un local amplio, no tenía más comodidades que el mostrador en que Rossi se apoyaba durante unas conversaciones sostenidas de pie. Ningún escritorio, ninguna vitrina memorable, solo un salón en cuya parte posterior, “sin más separación que

³³ Félix de Ugarteche, *La imprenta argentina. Sus orígenes y desarrollo*, Buenos Aires, Canals, 1929, p. 496; Horacio Jorge Becco, “Vicente Rossi y su obra rioplatense”, estudio preliminar a V. Rossi, *Cosas de negros*, Buenos Aires, Hachette, 1958, p. 9.

Cuadro 4. Reconstrucción parcial del catálogo de la Imprenta Argentina entre 1904 y 1926 (de Beltrán Posse y Vicente Rossi, luego de V. Rossi, luego de V. Rossi hijo, 1904-196...)

<i>Año</i>	<i>Autor</i>	<i>Título</i>
1904	Molina, Luis Eduardo	<i>La prensa ante la constitución</i> [tesis]
	¿?	<i>El latifundio y la ley de expulsión</i>
	Soria, Cipriano	<i>Ley nacional del trabajo</i>
	González, Daniel	<i>Reforma constitucional</i> [tesis]
	Crozzeilles, Juan Carlos	<i>Privilegios civiles sobre la generalidad de los bienes</i> [tesis]
	García, Juan Gualberto	<i>De lo contencioso-administrativo</i> [tesis]
	Molina, Luis Eduardo	<i>La prensa ante la Constitución</i> [tesis]
	Deheza, Rodolfo	<i>El sufragio</i> [tesis]
	Altamira, Ricardo	<i>La pena y el sistema penal argentino</i> [tesis]
	Ferreyra, Nicandro S.	<i>El sufragio</i> [tesis]
	Torres Castaños, J.	<i>Preferencia de la hipoteca y privilegio del constructor</i> [tesis]
	Bringas, Javier S.	<i>Sociedad anónima</i> [tesis]
	Posse, Julio G.	<i>Locación</i> [tesis]
1905	Conil Paz, Alberto	<i>¿El adulterio es un delito?</i> [tesis]
	Escalera, Miguel Angel.	<i>Exposición de la doctrina legal referente al contrato de compra y venta</i> [tesis]
	Funes, Luis	<i>Justicia federal</i> [tesis]
	Novillo Corvalán, S.	<i>El voto uninominal</i> [tesis]
	Aliaga, Benjamín	<i>Gobierno municipal</i> [tesis]
	Rossi, Vicente	<i>Cardos</i>
	Garzón, Tobías	<i>La enseñanza de la gramática en los cursos elementales</i>
1906	Olmedo, Ricardo F.	<i>Límites interprovinciales</i> [tesis]
1907	Molina, Luis Eduardo	<i>Estudio sobre la política aduanera más conveniente a la Argentina</i>
	Martínez Paz, Enrique	<i>Coste del progreso y concepto de la sociología</i>
	Allende, Leonor	<i>Flavio Solari</i>
	Beltran Posse, Francisco	<i>Facultad del Congreso de la Nación para otorgar concesiones de ferrocarriles en territorios provinciales</i> [tesis]
1908	Olcese, M.	<i>Pena de muerte</i> [tesis]
	Deheza, Carlos E.	<i>Acción reivindicatoria del heredero sobre un inmueble perteneciente a la sucesión indivisa</i> [tesis]
	De La Torre, Javier	<i>La responsabilidad civil en los accidentes del trabajo</i> [tesis]
	Rodríguez de la Torre, Carlos Julio	<i>El artículo 32 de la Constitución Nacional</i> [tesis]
	Rodríguez del Busto, A.	<i>Altitudes y canalización</i>

Local / nacional

Año	Autor	Título
1909	Pizarro, Teodosio D.	<i>Juicio político</i> [tesis]
	Martínez Paz, Enrique	<i>Discurso pronunciado en nombre de la Universidad de Córdoba por el Profesor en la colación de grados del día 8 de diciembre de 1909</i>
	Escuti, Rafael	<i>La propiedad</i> [tesis]
1910	Avalos, Angel F.	<i>Pensamiento y acción: escritos - conferencias - discursos parlamentarios</i>
	Liqueno, José M.	<i>Oración fúnebre en los solemnes funerales: al Coronel Ramón L. Falcón y Dr. Alberto Lartigau</i>
	Echegaray, Julio B.	<i>Discurso en homenaje al centenario, pronunciado por el doctor Julio B. Echegaray, a nombre de la Municipalidad de Córdoba, en el certamen literario que se celebró en el teatro Rivera Indarte</i>
	Rossi, Vicente	<i>Teatro Nacional Rioplatense</i>
	Vázquez Ludueña, Baudilio	<i>Primeros versos</i>
1911	Martínez Paz, Enrique	<i>Los elementos de la sociología</i>
	Capdevila, Arturo	<i>Jardines solos</i>
	Bustos, Miguel Ángel	<i>Estudio de las causas morales de exención de pena</i> [tesis]
1912	William Wilson (Vicente Rossi)	<i>Casos policiales</i>
	Orgaz, Arturo	<i>Las barcas del ensueño</i>
	Capdevila, Arturo	<i>Melpómene</i>
	Allende, Leonor	<i>Don Juan Ramón Zeballos</i>
	Vázquez Ludueña, Baudilio	<i>Epícuro y los griegos</i> [tesis]
1913	Ruiz, Diógenes	<i>De la responsabilidad del heredero en las deudas de la sucesión</i> [tesis]
	Carreras, Julio	<i>El pacto resolutorio en los contratos, sus efectos</i> [tesis]
	Córdoba-Legislatura	<i>Actas de Sesiones: año 1885</i>
	Carri Pérez, Julio	<i>Tierra firme</i>
	César, José María	<i>Ruiseñores</i>
	Orgaz, Raúl A.	<i>Condición jurídica internacional de las sociedades anónimas</i> [tesis]
	Orgaz, Arturo	<i>De buen humor</i>
	Martínez Paz, Enrique	<i>La enseñanza del Derecho en la Universidad de Córdoba</i>
	Gil, Martín	<i>Modos de ver</i> (2ª edición)
	Rossi, Vicente	<i>Cambio de firma: acto de comedia</i>
	Pizzurno, Pablo A.	<i>La fiesta del árbol: su significado y trascendencia</i>
	Pitt, Juan Carlos	<i>Proyecto de Ley Orgánica de Municipalidades</i>
1914	Casterán, Ricardo Enrique	<i>Legislación de Quiebras</i> [tesis]
	Capdevila, Arturo	<i>Dharma: influencia del Oriente en el derecho de Roma</i>

<i>Año</i>	<i>Autor</i>	<i>Título</i>
1914	Orgaz, Arturo	<i>Las muchedumbres: ensayo de psicología colectiva</i> [tesis]
	Zalazar, José María	<i>Almas que fueron</i>
1915	Orgaz, Raúl	<i>Estudios de sociología</i>
	Capdevila, Arturo	<i>El poema de Nenúfar</i>
1916	Estudio de los Dres. Sarría y Beltrán Posse	<i>Expresión de agravios</i>
	Córdoba (Provincia). Ministerio de Obras Públicas e Industrias	<i>Taller-escuela de tapices y encajes: antecedentes sobre su creación, inauguración</i>
1917	Córdoba (Provincia)	<i>Código Rural de la Provincia de Córdoba</i>
	Soria, Benito	<i>En el surco: gimnasios públicos y escuelas al aire libre para niños débiles</i>
	César, José	<i>Pose y melodía</i>
1920	Nifredio, A. M.	<i>El maíz en la cocina: es salud y economía en el hogar</i>
	Ferreyra Videla, Vidal	<i>Panoramas interiores</i>
	Velasco, Leopoldo	<i>El cofre de cristal</i>
	Martínez, Raúl V.	<i>Xenius</i>
	López Jiménez, José	<i>López en la Argentina</i>
1921	Rossi, Vicente	<i>El gaucho. Su origen y evolución</i>
1923	Torres, Francisco W.	<i>Mi remanso azul</i>
1926	Rossi, Vicente	<i>Cosas de negros: los orígenes del tango y otros aportes al folklore rioplatense. Rectificaciones históricas</i>
	Rossi, Vicente	<i>Cuatro proposiciones</i>
	Provincia de Córdoba	<i>Constitución de la provincia de Córdoba: reformada por la convención de 1923</i>

un tabique y una puerta de vaivén”, se encontraba la imprenta.³⁴ La distribución espacial de esta, aun si desdibujada en la mente del cronista, coincide con testimonios relativos a otros locales similares y sugiere una suerte de patrón elemental que solo venía a sofisticar la concentración de funciones.³⁵ Su austeridad, en todo caso, era expresiva de dos cosas: primero, la Argentina había nacido como imprenta y seguía privilegiando esa tarea frente a otras actividades como la de librería, que podían ser subsidiarias; segundo, ese amplio espacio vacío, inadecuado para estabilizar tertulias literarias de alguna pretensión, era bastante para congregarse pre-

³⁴ A. Capdevila, *op. cit.*, pp. 47-48.

³⁵ Por ejemplo, según Rosa Rovelli (comunicación telefónica, 15 de enero de 2008), el local que Biffignandi tenía en la primera cuadra de calle 9 de Julio (el cual, creemos, pese a sus sucesivas numeraciones, era el mismo desde 1899), revestía entre las décadas de 1930 y 1940 la siguiente fisonomía: un local estrecho, mediano, con vidriera y venta de libros adelante y con talleres atrás; arriba de esos locales estaba la casa de familia.

tendientes a autor y estabilizar el trato con el gran alquimista, quien extendía su compromiso en el estímulo y la realización de la palabra impresa.³⁶ Una y otra cuestión van en el sentido sugerido: los primeros editores cordobeses nacen antes de la imprenta que de la librería.

Como todo nacimiento, el de este nuevo tipo social no pudo sino ser impuro: los roles se diferencian morosamente y, por ende, conviven superponiendo razones comerciales (en general, nombres de fantasía para la imprenta y apellidos para la casa editora) y funciones.³⁷ El impresor sigue siéndolo mientras tienta la edición, una relación más equilibrada entre apuesta intelectual y comercial que, introduciendo el *riesgo*, tiende –por su propio momento genético– más a exponerlo que a negarlo.³⁸ Indudablemente, en su “federalismo intelectual” Rossi lamentaba también cierta deflación de la cultura en provincias que no hacía sino acrecer esta incertidumbre; incluso habiendo impreso mucho y obtenido un nombre por esa tarea, Beltrán y Rossi solo comenzaron a presentarse como editores en 1912, en ocasión de la publicación de *Melpómene* de Capdevila y de los *Casos policiales* del propio Rossi, bajo el seudónimo de William Wilson.

Por lo demás, si imprenta y edición convivían en la tarea de producir impresos, no pasaba menos con otras disposiciones anteriores del propio

³⁶ “Estoy aquilatando a los años la influencia que ejerció sobre todo el grupo de nacientes escritores de Córdoba, con sus parsimoniosas maneras, lentas opiniones, anecdótico y moralejas, aquel Don Vicente Rossi, escritor y propietario de acreditada imprenta; virtual editor de todos nosotros algún día entre los días.” A. Capdevila, *op. cit.*, p. 54.

³⁷ Un ejemplo de esta superposición: La Italia de Biffignandi llevará adelante un singular esfuerzo gráfico al imprimir, en 1921, la lujosa e ilustradísima *Arquitectura colonial en la Argentina*, de Juan Kronfuss y, poco después, sus *Monumentos funerarios*; pero aun cuando la casa ya había comenzado a presentarse como editorial (además de librería y encuadernadora), ambas obras parecen haberla tenido solo como imprenta. De la primera se presentó como editor Carlos Baxman, miembro de la Unión Germana que Kronfuss, sin duda, integraba; el segundo es menos claro, ya que pese a que las logradas 95 láminas tenían, al pie, la referencia al editor, hacían constar en el margen superior la leyenda “Edición Kronfuss”.

³⁸ Es elocuente, al respecto, la expresión de Alfonso Aveta: “La publicación de un libro de poesías es siempre una *empresa arriesgada*, sobre todo cuando se trata, como en el presente caso, del estreno literario de un joven, que si bien es conocido entre nosotros, no se ha presentado todavía al estadio de las letras para recibir, con su primer obra, las aguas del bautismo que consagran o inician una reputación. *Doy a la publicidad* este libro por tres razones: primero, por tratarse de una colección de poesías de verdadero mérito [...]; segundo, porque su autor pertenece a la *legión de jóvenes que siempre he tratado de alentar en mi esfera de acción*, en medio de este ambiente un tanto avieso a las letras [...]; tercero, porque quiero presentar con este libro una contribución de enriquecimiento a la poesía nacional [...]. *El público*, que es en último caso *el juez más recto*, sabrá apreciar la obra del joven poeta, y también *el esfuerzo que su publicación encierra*”. Alfonso Aveta, “Prólogo”, en A. F. Argüello, *Resonancias. Poesías líricas*, Córdoba, Alfonso Aveta ed., 1902, pp. 3 y 4; énfasis agregados.

Rossi; su práctica de escritor, su interés por el folklore, el teatro o la cuestión regional resultaron ingredientes centrales para el tránsito de la imprenta a la casa editora. Nada casualmente, muchos de los primeros autodenominados editores locales guardaban, al menos, la misma relación con un *métier* intelectual que con la pericia técnica del oficio de impresor. Basta pensar en Rafael Bruno, italiano bibliófilo, periodista, clasicista y docente del Colegio de Monserrat que, asociado en su imprenta a M. Pérez, selló como editor entre 1898 y 1899 la *Córdoba* de Eizaguirre, la *Labor Literaria* de Carlos Romagosa y los *Poemas helénicos* de Goycochea Menéndez.³⁹ Algo semejante, estimamos, ocurrió con el señalado Alfonso Aveta, editor de las *Crónicas de Córdoba* de Ignacio Garzón. Sin duda, la designación no hace la práctica, pero tampoco la desconoce.

El espacio acotado de la imprenta debe ser inscripto también en la trama más extensa de la ciudad que la albergaba y, dentro de ella, de esa ciudad abreviada en que la palabra impresa se materializaba y difundía. Aunque trataremos la cuestión en otro apartado, ciertos elementos pueden ser avanzados atendiendo a nuestro caso: lo central del ciclo de la Argentina se desplegó en las dos cuadras de Deán Funes que unían la plaza San Martín y la Avenida General Paz; es decir, en el núcleo de una ciudad tradicional jalonada por el centro cívico y la universidad, hoy mismo, si no de imprentas, territorio de librerías. Sus sucesivas mudanzas participan también de un patrón más general, marcado por la concentración de las imprentas en la zona de mayor actividad administrativa, comercial y universitaria, incluso al precio de alquilar continuamente. Ese patrón, característico de finales del siglo XIX, parece debilitarse en la medida que, especialmente desde la década de 1910, la oferta imprentera se amplió también en sus variantes propiamente comerciales –acompañando, en este punto, la expansión de la ciudad– y se multiplicaron moderadamente las apuestas que desbordaban la lectura de cátedra.

Incluso dentro de la relativa persistencia espacial de la Imprenta Argentina, algo de ese desborde de temáticas y géneros puede colegirse de Capdevila: “El primer propietario, doctor en Leyes de la Universidad, apenas si llegaba por aquel comercio, bien que estuviera situado a solo una cuadra y media de la plaza principal”.⁴⁰ Más que la retracción de Beltrán, lo

³⁹ La edición de Goycochea Menéndez (Lucio Stella), virtualmente financiada por Martín Gil, sugiere que la realización material del libro y su financiamiento podían no coincidir, sin que ello resintiera el recurso al término “editor”; en tal sentido, ella aludiría aquí antes a un acompañamiento en la factura y a lo publicado –recordemos, es un clasicista– que a la responsabilidad total sobre la empresa. Sobre el mecenazgo de Gil al “poeta de las muchas almas”, véase A. Capdevila, *op. cit.*, p. 36.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 47.

que aquí interesa es la percepción de una distancia que, no siendo física, era práctica y sociológica; dicho de otro modo, interesa el señalamiento de una distensión nueva en el vínculo entre imprenta y universidad, también notable en la mengua de la impresión de tesis. Capdevila sin duda exagera cuando intenta oponer radicalmente el grupo de adictos a Rossi al de los viejos productores de bienes simbólicos (“¿Por qué nunca iban a la Imprenta Argentina los escritores de la generación anterior y menos los que podían llamarse maestros como los Vélez?”); no solo Tobías Garzón, por él apuntado, había pasado por esa prensa, sino también algunos otros miembros de aquella generación anterior, como Ángel Ávalos y Joaquín V. González.⁴¹ En lo que Capdevila no yerra, como gran memorialista que es, es en la tendencia, ya que efectivamente la reorientación del catálogo a lo largo de la década de 1910 sugiere, en simultáneo a la mayor centralidad de Rossi, un marcado alejamiento de los viejos referentes del derecho universitario en beneficio de aquellos que, aun salidos de ese semillero y activos en él, habían operado un desplazamiento disciplinar definitivo: ese era el caso de Martínez Paz, que solo imprimía allí sociología, pero era también el del mimado Capdevila que, llegado a juez en 1918, insistía infructuosa aunque prolíficamente en su comercio con las musas. Pinto, ilustrador y habitué de la Argentina tanto como “nulo estudiante de derecho”, confirmaba en extremo esa tendencia.⁴²

Y si viejos y nuevos espacios urbanos se superponían en el desarrollo de la Imprenta Argentina, también espacios más vastos contribuían a fijar su lugar en la sociedad local y la cultura nacional. Porque a esa distinción funcional que haría gradualmente de un escritor-impresor un *autor* y un *editor* vino a superponerse otra que, fundada técnica y simbólicamente, expresaba la configuración de un mercado editorial de dimensiones nacionales, también crecientemente diferenciado y jerarquizado. Quizás nada ilustre mejor la simultaneidad de esos procesos, y la medida en que uno podía obtener el mayor despliegue del otro, que la publicación de *El poema de Nenúfar*, del omnipresente Capdevila, en 1915:

Este libro de versos, que rimó Arturo Capdevila, fue impreso en el año 1915 en los talleres gráficos de Vicente Rossi, su excelente amigo. Él y los buenos compañeros de la imprenta pusieron arte y cariño en la obra. Lo editó la Sociedad Cooperativa “Nosotros” de la ciudad de Buenos Aires. Octavio Pinto dibujó de manera primorosa cuatro rin-

⁴¹ *Ibid.*, p. 49. De allí salió en 1910 *Pensamiento y acción*, que compilaba textos del primero y era prologado por el segundo.

⁴² *Ibid.*, p. 48.

cones del jardín de Nenúfar. Esteban Lazárraga delicadamente hízolos trasladar a la stampa, con los cuidadosos operarios de Jacobo Peuser. Se acabó de imprimir el 18 de mayo, día fausto para el autor. ¡Ojalá todo esto haya sido hecho para mayor bien de los hombres!

Sin ser completamente excepcional, el colofón condensa una división del trabajo no carente de interés: por un lado, todo el proceso del manuscrito al impreso se había completado en Córdoba, ciudad del escritor, del ilustrador y del impresor, regularmente reunidos por el local de la Argentina; por otro, se advierte, la consagración autoral, la primacía editorial y la superioridad técnica mostraban ya su inequívoca sede en Buenos Aires. El plus representado por el respaldo de *Nosotros* dialogaba, así, con una geografía cultural sensiblemente más vasta; y que *Nosotros* activara ese plus, incluso en detrimento de la realización editorial de Rossi en otra escala, dependía siempre de los recorridos que en esa geografía hicieran los pretendientes.⁴³

Librerías y agencias de publicaciones

Diez años de comunicación por vía férrea con Buenos Aires, de mayor contacto de hombres, ideas y sentimientos, de intercambio general, ocasionan una lenta pero positiva evolución progresiva en la vida provinciana [...] La escasa biblioteca del poeta y escritor Pedro Rivas, se transforma en la gran Librería de Simian. Un inglés, Mr. Pears, instala otra librería especializada en libros de autores ingleses vertidos al español. Entran en circulación Macaulay, Dickens, Shelley, Byron, Shakespeare, Smith, Goldsmith, Johnson, Darwin, Spencer, Stuart-Mill, Milton, Dryden, Addison, Thackeray, Carlyle, y Tennyson. Anoto los nombres de mi pequeña biblioteca de aquella época.

RAMÓN J. CÁRCANO, *Mis primeros ochenta años*

El panorama de la librería en Córdoba puede resultar decepcionante frente a lo que sugeriría su carácter de ciudad universitaria; y esto más cuanto más se agudice la vista para distinguir las librerías *strictu sensu* de los muchos comercios que, presentándose como tales, no pasan de ser papelerías, muchas veces asociadas a imprentas.⁴⁴ Sin embargo, el

⁴³ Un primer cuadro del recorrido autoral de Capdevila en Pablo Requena, "Arturo Capdevila entre Córdoba y Buenos Aires. Un literato édito", Córdoba, 2008, mimeo.

⁴⁴ En efecto, casi todas las grandes imprentas cordobesas "de obras" combinan la actividad tipográfica con la de comercialización de insumos de papelería, aunque casi nunca lo hagan con

comercio de librería cordobés presenta algunos rasgos muy acusados, que deben ser atendidos para tentar, al menos, una comprensión general de la escena.

En primer término, una aproximación cuantitativa a las librerías del giro de siglo pone de relieve tanto su exigüidad en los tempranos ochenta cuanto su multiplicación y heteronomía hacia la década de 1910. Según Emilio Sánchez, en 1879 solo había en Córdoba dos librerías, La Maravilla Literaria y la Librería de los Colegios, de Simián. A nuestro juicio, sin embargo, es probable que entonces la librería especializada de Pears, señalada por Cárcano en el epígrafe, estuviera activa.⁴⁵ En cualquier caso, a lo largo de esos cuarenta años las librerías aumentan, pero lo hacen al precio de una más clara vinculación con el negocio de papelería que sus predecesoras, de ciclos vitales más cortos y de una mayor movilidad espacial. Porque si algo caracteriza a las librerías activas en los ochenta es su condición de grandes librerías, la relativa orientación de sus anaqueles (pedagógica, universitaria, literaria, religiosa o moral), su largo ciclo de vida y su estabilidad geográfica. La Librería de los Colegios de Simián es un ejemplo sobresaliente de esto: orientada al comercio de textos escolares y universitarios, celebraba en 1921 sus cincuenta años en el mismo local.⁴⁶ Sin lugar a dudas, una empresa especialmente exitosa, pero también la emergente de un patrón más vasto, como sugieren la librería Rivadavia de Pedro Salas, la de Agustín Garzón, La Maravilla Literaria o la Hispano-Americana, en ese orden.⁴⁷

Entre esas librerías —a excepción de la Rivadavia, ya activa en 1885—, las dos últimas tienen un interés adicional: se trata de sucursales cuyas casas matrices se encuentran en otros centros urbanos y, aparentemente, de empresas que acabarían siendo absorbidas por actores locales. En el caso de la Hispano-americana, sucursal de la librería platense del mismo

libros que no son los propios. En ocasiones, la concentración de aquellas actividades marca toda la historia de una casa (por muchos años, el caso de Biffignandi), mientras que en otras solo caracteriza pocos años (por ejemplo, en la *Guía descriptiva y Comercial* de 1918, Pereyra se anuncia solo como papelería). Tal vez una excepción sea Domenici, quien en 1901 presenta su negocio como Imprenta y Librería “Inglesa”. Esa referencia, sin embargo, se disuelve en privilegio del nombre propio conforme el italiano se presenta como *editor*.

⁴⁵ Emilio Sánchez, *Del pasado cordobés en la vida argentina*, Córdoba, Biffignandi, 1968, p. 270.

⁴⁶ *Guía Córdoba*, Córdoba, s/e, 1921.

⁴⁷ La primera, activa en 1889, permaneció en su local de Deán Funes y Obispo Trejo al menos entre 1896 y 1921; la segunda, ya establecida en la primera cuadra de 25 de mayo en 1901, mantuvo su local allí con seguridad hasta 1918; de las tercera y cuarta, más móviles por su propio origen como sucursales, especialmente la Hispano-americana se ciñe a un patrón semejante, ocupando sucesivamente dos locales en cuerdas contiguas de la calle Constitución (hoy Rosario de Santa Fe).

nombre, ya en 1899 figuraba a nombre de Celestino Menéndez, quien se presentaba como su sucesor. Más que sobredimensionar la importancia de estas compras, interesa apuntar que la presencia de una empresa de ese origen expresaba, en parte, el ascenso de esa flamante capital de provincia que era La Plata; ciudad que, nacida secundaria respecto de Buenos Aires, parecía imponerse al concierto de ciudades argentinas con mayores chances por, precisamente, todo lo que la ligaba a ella (entre otras cosas, una posición geográfica, un plan urbano, unos museos que antes habían sido porteños o unos capitales). En el caso de la citada La Maravilla Literaria, en cambio, parece tratarse de una sociedad porteña, una de cuyas partes es Carlos Alou, acaso el antiguo editor y propietario de la Librería Nueva de Buenos Aires, activa ya en 1854. Si se atienden los catálogos de la Biblioteca Nacional y del Congreso, La Maravilla Literaria es allí la razón comercial del centro de publicaciones adjudicado a Alou Hermanos al menos desde 1862, y persiste aún en 1900, en simultáneo a la casa cordobesa. Adicionalmente, ciertas confusas referencias a Barcelona sugieren, o bien que la casa encargaba allí ciertos trabajos de impresión, o bien que se trataba de una suerte de dinastía imprentera afincada a ambas orillas del Atlántico. En 1885, año en que Carlos Alou figuraba en la guía comercial de Córdoba como uno de los propietarios de La Maravilla Literaria, la guía porteña lo consignaba como editor y exhibía su dirección particular en Buenos Aires. En su derrotero cordobés, la casa pasó, estimamos que por venta, a Emilio Pujal, quien figura como su propietario –y el de la cigarrería que funciona en el mismo local– en 1901, y de él a Pablo Aubinel.⁴⁸ Al igual que ocurría con su imprenta, puede pensarse que la librería encontró su principal vía de subsistencia en la venta de libros escolares propios y ajenos; en 1911, la casa ofrecía allí, además de sus diversos *estudiantes argentinos*, una versión escolar de la *Geografía de Córdoba* de Río y Achával, la *Historia de Córdoba* de Olmos, una *Gramática castellana* y libros pedagógicos, todos de otras imprentas locales.

Más allá de este primer vistazo, el mundo de la librería en Córdoba también pone en evidencia ciertas diferencias de estructura, acusadas en algunas guías por la distinción entre *librería* (las más de las veces, como se ha señalado, superpuesta a papelería) y *agencia de publicaciones*. Dado que varias de esas agencias comercializan también libros, su especificidad parece venir dada por el hecho de que en ellas se venden diarios y revistas y, normalmente, se reciben suscripciones a publicaciones periódicas

⁴⁸ *Guía General de Córdoba. Año 1901*, Córdoba, Domenici / Imprenta y Librería Inglesa, 1901. La convivencia de librería –o agencia de publicaciones– y cigarrería fue un dato común a varios de estos comercios, con relativa independencia de la seriedad y calidad de su oferta.

**Librería Hispano-americana
de Solá Hermanos**

Surtido General de obras de Medicina,
Derecho, Ciencias, Artes e Industrias.
Novedades literarias. Instalación de oficinas
y bancos. Libros en blanco, papeles y útiles
para escritorio.

La Plata (calle 46, esquina Boulevard 47)
SUCURSAL: Córdoba, Constitución 36 y 38.

Fuente: *Los Principios*, 2/3/1912.

**Papelería y Librería del
"Comercio"**

Calle 25 de Mayo n° 30- Córdoba
VENTAS POR MAYOR Y MENOR

Casa especial en Papelería, libros en blanco
y útiles de escritorio

Surtido general de libros para colegios,
Obras de Derecho, libros religiosos y
morales, novelas, etc.

La casa se encarga de todo trabajo de
Imprenta y Encuadernación

PRECIOS MÓDICOS

Fuente: *Guía General de Córdoba*, Casa
Editora Domenici, 1904.

"La literaria"

*** **de O. LINARES** ***

Agencia de Publicaciones

Recibe suscripciones para cualquier punto
de la República y remite al extranjero
Es la única en su clase y que da gran
circulación a los diarios, periódicos y revistas

Único agente de Caras y Caretas
en Córdoba, Calle Buenos Aires N° 35

Fuente: *Guía General de Córdoba*, Casa
Editora Domenici, 1904.

**Librería de los Colegios
de L. SIMIAN**

CALLE Deán Funes (frente al correo)

Año escolar 1913

Esta casa posee todos los textos vigentes
para la enseñanza primaria y secundaria, de
acuerdo a los nuevos planes de estudio.

Gran surtido de obras para maestros. Posee,
además, la mayoría de los autores
recomendados en las Facultades de la
Universidad, así como gran número de
obras para consultas.

Artículos de escritorio y útiles de dibujo.

Fuente: *Guía Industrial y Comercial*.
Córdoba y Tucumán. Para el año 1886,
Córdoba, 1885.

LA MARAVILLA LITERARIA

– Librería, Papelería e Imprenta
de PABLO AUBINEL, sucesor de Emilio
Pujal – Libros en español, inglés e italiano–
San Martín 65 –Córdoba.

Fuente: *Guía General de Córdoba*, Casa
Editora Domenici, 1904.

Considerando:

Que la última composición literaria del Doc-
tor Arturo Capdevila, titulada "El Poema de
Nenúfar", representa para su autor la con-
sagración de méritos auténticos y reconoci-
dos; que es deber del gobierno estimular y
fomentar en todo tiempo la cultura literaria
y artística; que es de particular eficacia
ofrecer a la consideración de los estudiosos
la producción escogida de la literatura y
arte nacional,

El Vice-Gobernador de la Provincia, en ejer-
cicio del P.E.

DECRETA:

-Art. 1°- Adquieranse por el Ministerio de
Gobierno de ciento cincuenta ejemplares del
libro "Poema de Nenúfar", para distribuir-
los entre las bibliotecas y establecimientos
educacionales de la Provincia [...]

Félix Garzón Maceda

Justino César

Fuente: Decreto del 12/07/1915,
Compilación, MG, 1915.

porteñas o europeas. *La Nación*, *La Prensa* o *Caras y Caretas* llegan al mercado cordobés a través de estas agencias que, apuntando a un público más vasto que asiste regularmente a ellas, resultan muy aptas para convivir con otro tipo de comercio como el de bazar, juegos de azar o cigarrería.⁴⁹ Su naturaleza mixta y su mediación en el comercio de diarios parecen, a la vez, indisociables de un particular patrón de asentamiento, que excede el área cívica y comercial de la ciudad hacia los bordes, marcando también las estaciones ferroviarias que las nutrían. El primer ejemplo constatado se encuentra en la Estación del Central Argentino, donde funciona La Literaria (sucesivamente, de Giorgino y Olimpo Linares) entre 1901 y 1904, incluso una vez que ha adquirido ya un segundo local céntrico (cuadro 5).

Pese a las señaladas limitaciones de método, es lícito sugerir que, tendencialmente, las librerías se multiplican desde comienzos de siglo aunque guarden una proporción oscilante con el crecimiento de la población ciudadana. Parece bastante claro, por ejemplo, que entre los algo más de 11.000 habitantes por librería del año 1886 y los 5.576 que arroja la consideración de 1901 (algo especialmente bien documentado), la relación ha mejorado ostensiblemente. Sin embargo, ese equilibrio ya no parece sostenerse, ni en el mejor de los casos, hacia 1918, momento en el que tal vez se alcance una especie de techo de crecimiento bastante durable.

En formato libro, sabemos de esas casas que movilizan una cantidad de géneros, a veces con cierto grado de especialización: textos escolares y universitarios, las que alcanzan mayor perdurabilidad, ficción, muchas de ellas, libros de contenido religioso y moral, algunas. En forma de folletos circulan también conferencias científicas y literarias, breves tratados filosóficos, históricos y morales, intervenciones polémicas de la más diversa calaña, discursos políticos de ocasión y, claro, sumarias monografías históricas. A lo largo del giro de siglo, también, se consiguen allí revistas satí-

⁴⁹ El Censo de 1906 anota 12 librerías, dos de las cuales eran también cigarrerías y 11 de las cuales comercializaban productos nacionales y extranjeros. Aunque este rubro confunde papelerías, librerías y agencias de publicaciones (en parte siguiendo patrones de inscripción guiados por ventajas impositivas), la cifra es probable y representaría una librería por cada 7.731 habitantes, relación cercana a la de imprentas. Frente al optimismo de una cifra tal, hemos optado por consignar en nuestro propio cuadro la incertidumbre respecto de la composición del rubro. Más allá de eso, ciertos datos merecen atenderse: por un lado, se trata de un rubro en que los propietarios argentinos son minoría (5 frente a 7 extranjeros) y los empleados argentinos son marcada mayoría (68 frente a 19, a los que habría que agregar la nada despreciable cifra de 54 menores); por otro, el conjunto de capital extranjero invertido triplica el de los nativos. Tomado globalmente, el conjunto de individuos involucrados en el negocio de librería y papelería representa un 0,15 % del total de población de la ciudad. *Censo General*, pp. cxvi, 143 y 149.

Cuadro 5. Cuadro sintético de librerías y agencias de publicaciones por quinquenio

1880/1885	1886/1890 (66.247 habitantes)	1891/1895 (65.472 habitantes)	1896/1900 (54.763 habitantes)	1901/1905 (72.500 habitantes)	1906/1910 (92.776 habitantes)	1911/1915 (134.935 habitantes)	1916/1920
De T. Perry (¿Mr. Pears?)	-	-	-	-	-	-	-
Librería de los Colegios, de Simián (1871-1921)				→	→	→	→
La Maravilla Literaria (cm: Buenos Aires)				→	→	→	¿?
Hispano-Americana (cm: La Plata)				→	¿?	-	-
De A de Agustín Garzón, luego de Martín Garzón				→	→	→	→
Rivadavia, de Pedro Salas				→	→	→	→
				Del Comercio →	-	-	-
				<i>El siglo Ilustrado, de M. García*</i>	¿?	-	-
				Inglesa, de Domenici	→	¿?	-
				<i>de M. Naranjo*</i>	¿?	-	-
				<i>de J. Pardal*</i>	¿?	-	-
				<i>La Literaria*</i>	¿?	-	-
				<i>El ferrocarril</i>	¿?	-	-
				<i>Roca</i>	¿?	-	-
				<i>Braña</i>	¿?	-	-
				Biffignandi	→	→	→
				Villela	→	→	→
						<i>de Martínez</i>	¿?
						<i>de Viriaza</i>	¿?
						<i>de Morales</i>	¿?
						de Sericchio	→
						de Del Viso y Castro	→
						de Cerra	→
							<i>Dante</i>
							<i>El Isondú</i>
							<i>de Vergara</i>
							<i>de Pereyra</i>
							<i>de Dujovny</i>
							<i>de Frisman</i>
							<i>de Bulacio</i>
							<i>de Acosta</i>
Ciertas: 5	6	5	7	16	7	11	16
Probables:					8	1	4

* Agencias de publicaciones.

Nota: El cuadro pierde precisión a partir de 1904, dadas las dificultades para determinar la vigencia de las diversas casas o su carácter de librerías en el sentido aquí definido. Así, salvo documentación en contrario, se excluyen las imprentas que se presentan como librerías pero solo parecen haberse dedicado al comercio de papelería o a la venta de sus propios libros y folletos; por otra parte, la indicación por quinquenio se limita a aquellos bien documentados aunque, especialmente entre 1905 y 1915, cuando las guías escasean, debiera ser reforzada. Pese a ser más incierta que la nómina de imprentas, esta resulta de interés e ilumina varias de las cuestiones señaladas.

Fuente: Parte de las cifras de población provienen de Waldo Ansaldi, y corresponden a la Memoria de la Oficina General de la Provincia de 1887, el Censo Provincial de 1890 –considerado para el quinquenio siguiente–, el Censo Nacional de 1895 –ídem–, las estimaciones de Río y Achával para 1902, el Censo Municipal de 1906 y el Censo Nacional de 1914. W. Ansaldi, *op. cit.*, p. 485; C. Boixadós, *Las tramas, op. cit.*, p. 228.

ricas, científicas y literarias;⁵⁰ a veces algunas que pretenden ser ambas cosas y alcanzan, en general, corta vida. Al igual que en el caso de los diarios, de todo cordobés y porteño; y, con mayor dificultad pero análoga eficacia, algo también europeo.

La institución del hueso y el espacio del mercado

[...] en este país, sí... Un autor regala invariablemente un ejemplar de su obra a los amigos para que continúen siendo tales, y como estos son generalmente los únicos que están en mejores condiciones para comprar, leer y entender los libros, resulta que el resto de la edición se vende a los plazos del refrán; tarde, mal y nunca!

—Qué práctica original; y dígame usted, eso mismo sucede en todos los casos?

—Con los autores nacionales, siempre.

JOSÉ MANUEL EIZAGUIRRE, *Córdoba. Primera serie de cartas...*, 1898

Espero los ejemplares de su nuevo libro, porque he visto a muchos amigos que me prometen comprarlo, y creo que se venderá fácilmente el número de 60 ejemplares que le he pedido porque me ha indicado el librero.

Se espera aquí su libro, y yo lo espero más que todos.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, carta a Enrique Rivarola, 1883

Aunque las limitaciones del mercado local han sido satirizadas por Eizaguirre en el plano de los consumos efectivos, nuestros propios repositorios históricos sugieren que entre aquellos y la circulación se abre una brecha atendible. Sin negar algún exceso a las palabras que Eizaguirre pone en boca de su personaje-librero, ellas tienen el interés de expresar una vista comparativa en la que se sugieren tanto molestas regularidades nacionales cuanto irritantes singularidades locales. “—Pero ¿el mercado de libros es, por lo menos, bueno para los autores extranjeros? ¿Aquí especialmente, en una ciudad docta, que tiene ateneo, academias, universidad, etc...?” , pregunta maliciosamente el comprador, anticipando la respuesta: “—De las novedades científicas o literarias, nosotros traemos tres ejemplares cuando más. Sería *un clavo* traer cantidad mayor”.⁵¹

⁵⁰ Puede presumirse que es el caso de la revista porteña *Caras y Caretas*, también comercializada por agencias de publicaciones, o de las locales *La Carcajada* y *El negro sinforoso*, entre las primeras, y de la *Revista de Córdoba*, la *Revista Científico-Literaria* o *Athenas*, entre las segundas.

⁵¹ José Manuel Eizaguirre, *Córdoba. Primera serie de cartas sobre la vida y costumbres en el interior*, Córdoba, Bruno y Cía., 1898, p. 138.

El diálogo está en el centro de un capítulo consagrado a señalar la exigüidad y escasa calificación del mercado lector cordobés; malo para autores extranjeros, con los que parece identificarse la novedad, y pésimo para autores nacionales, este mercado lleva a preguntarse, muy razonablemente, por las condiciones de vida de la librería. ¿De qué vive entonces, en esta ciudad engañosamente *docta*, el negocio de librería? Parte de la respuesta se sugiere en el reverso de una nueva acusación, otra vez puesta en boca del librero que el visitante ha sacado de su larga siesta (*larga* porque, en efecto, Eizaguirre juega con el tópico de la *siesta colonial*): “-Vea usted: exceptuando los textos oficiales en la Universidad, Academias y escuelas, fuera de esos, los que tiene mayor salida son: *Martín Fierro* y los *Dramas de sangre*”.⁵² Antes de avanzar en la inculpación, y de llegar a la poética solución final, rescatemos ese punto: las librerías venden libros escolares y universitarios. Fuera de ellos, enterado el viajero de las penosas circunstancias, recorre los anaqueles para llegar a preguntar aquello que ya sabía. Allí están *Rosas* de Mansilla, *La época de Rosas* y *La política argentina respecto de Chile*, de Quesada, *Al país de los matreros* y *En el mar austral*, de Fray Mocho, y otros libros que considera “verdaderamente importantes, cada uno en su género, de los publicados en [los] últimos tiempos”.⁵³ Entonces, la desoladora confirmación: el librero solo ha vendido “diez ejemplares del primero, tres del segundo y ninguno de los últimos”; “Ni conozco a Fray Mocho”, declara el triste dependiente.

Como todo cuadro sombrío de Córdoba a fines del siglo XIX, este no puede sino empujar a Sarmiento, a ciertas polémicas referencias a la ciudad y a la suerte de sus propios escritos en ella: *Conflicto y armonía de las razas*, se lee, no había vendido un solo ejemplar allí. Un poco antes del exceso, Eizaguirre emprende la reparación, que es finalmente el objetivo declarado de estas cartas; rehabilitar a Córdoba ante otra mirada infinitamente más porteña, que se ha “dejado llevar” por la mirada sarmientina: “la pregunta vuelve de nuevo: ‘cuántos cordobeses habría para leer un libro?’”.⁵⁴ La respuesta es a la vez poética y conciliadora: una mítica *institución del hueso* ofrecería la clave; la costumbre de circular un hueso de puchero, conducido por la servidumbre, a través de muchas ollas, en mérito de costumbre y no por necesidad. “El hueso de otras regiones, es hoy en Córdoba el diario y el libro.”⁵⁵

⁵² *Ibid.*, p. 139.

⁵³ *Ibid.*, p. 141.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 145.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 146.

Pese a la insuficiencia de la explicación, Eizaguirre releva cuestiones de interés y a las que no sería difícil suscribir: lo restringido de un universo de lectores, una dinámica de préstamos parcialmente inhibitoria del mercado y, finalmente, la importancia de los libros de texto en la vida de la librería. Rozando el exceso opuesto, los dos primeros puntos son reconsiderados en un pasaje final en el cual Eizaguirre intenta estimar el movimiento de la lectura en la ciudad, una vez desentrañado su mecanismo íntimo: “Es indudable que de este total de población, veinticinco mil almas serán almas más o menos preparadas”, señala, superando holgadamente el cálculo más optimista de alfabetismo en la ciudad. La observación inmediata, en cambio, exceptuando los cálculos derivados de la primera, parece más aguda y atendible:

Un cálculo algo corto, daría 6.000 lectores para un diario y 1.500 a 2.000 para un libro; pero el hecho es este: Sarmiento no vendió ningún ejemplar de *Conflictos* y “La Libertad” hará un tiraje de dos mil ejemplares diarios. *Sin embargo, conozco personas que han leído Conflictos, y muchos conflictos provocados por personas que religiosamente leen “La Libertad” y “Los Principios” y los otros diarios sin ser suscriptores.*

Es una costumbre *arribeña*, adoptada con amor en esta ciudad.⁵⁶

La institución del hueso aparece como freno al despliegue vigoroso de un mercado literario, científico y ensayístico; mercado que, por otra parte, parece estar definiendo muy claramente su pulmón en Buenos Aires, usina de producción de consagrados y público de la cual Córdoba —como agriamente apuntaba Sarmiento y recuerda Eizaguirre— a veces *no se entera*. Salvando las exageraciones, la descripción acusa una tendencia que no puede ser desatendida: esta ciudad universitaria provee lectores pero no consumidores; o al menos no los suficientes. Los libros llegan, ciertos autores —eximamos a Fray Mocho por ahora— son reconocidos y, sin embargo, los anaqueles sostienen por siglos las mismas piezas. La librería no parece ser negocio para los vendedores de literatura, tratados científicos o ensayos, y Córdoba no parece ser mercado para Buenos Aires; a la vez, la propia existencia y pervivencia del negocio de librería instala una aparente paradoja que solo puede salvarse insistiendo en el tercer aspecto valioso de este documento: si la “alta literatura” (la de algún tipo de canon europeo o nacional) no da vida a la

⁵⁶ *Ibid.*, p. 146-147; énfasis agregados. Con “arribeña”, Eizaguirre alude a norteña.

librería y la librería persiste, es porque en ella otros bienes toman la posta, y ellos parecen ser, en primer término, los textos escolares y universitarios: gramáticas, libros de lectura inicial, cuadernos de ejercicios, manuales de derecho o medicina. En gran medida, la librería parece vivir por y para la escuela porque, aunque puedan distinguirse circuitos (el del libro universitario y la ficción culta, el de textos escolares, el de toda una variopinta literatura religiosa y moral), solo el de “libros de texto” vulnera, en todo lo que tiene de imposición, la “institución del hueso”. La disponibilidad requerida por los cuadernos de ejercicios o el libro con lecturas demandadas a diario, va en el sentido de la compra; coerción ajena a cualquiera de los otros circuitos. Y, en este sentido, el *espacio* del mercado debiera verificarse también espacialmente. Lo veremos luego, al desplegar nuestros mapas.

Bibliotecas

Tan escaso número de bibliotecas [...] no corresponden ni a la cultura de Córdoba, ni a su rango entre las capitales argentinas, ni a su prestigio secular y reciente, como poseedora de la Universidad Clásica, del Observatorio Astronómico y de la Academia Nacional de Ciencias.

ÁNGEL ÁVALOS, “Bibliotecas Populares”, 1887

Al presente, una biblioteca pública argentina es un lugar para depositar libros, más que para usarlos. El horario de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, muestra claramente que la biblioteca es administrada, más para la conveniencia de sus directores, que para la conveniencia del público.[...] En la Universidad de La Plata hay dos mil estudiantes; sin embargo, los libros pedidos en la biblioteca, ascienden apenas alrededor de mil ochocientos por mes. Las varias bibliotecas provinciales que he visitado encierran en armarios con llave sus libros, detrás de puertas de cristal; no tienen el sistema de préstamos, ni catálogos, ni depósitos, lo que les da la apariencia de un sepulcro de libros. En Salta, los libros introducidos en un año, forman una cantidad igual al número de sus habitantes. En el Rosario, la Biblioteca Popular y la Municipal juntas tienen una asistencia de ciento quince lectores y los libros pedidos diariamente llegan apenas al número de cien.

EDWARD ALSWORTH ROSS, *El carácter de las instituciones Sud Americanas. South of Panamá*, 1915

Las bibliotecas constituyen ámbitos de difícil colocación respecto del mercado de bienes simbólicos puesto que, si una de sus particularidades

es la concentración de libros, folletos o revistas, el relativo dinamismo que ellas puedan imprimir a la producción de impresos se ve altamente contrarrestado por algo que define mejor su naturaleza: en tanto ámbitos que intentan reunir existencias y multiplicar las lecturas de un mismo ejemplar, su realización como empresa simbólica va de la mano de una desrealización mercantil, ya que estas instituyen, en cierto sentido, espacios de *suspensión del mercado*. Es claro que cuando se piensa en el momento colonial de la primera biblioteca “argentina”, la de la Universidad de Córdoba, la noción de mercado solo puede funcionar en un sentido muy genérico, como el conjunto de intercambios que, monetizados o no, realizan el flujo de manuscritos e impresos (es decir, bienes de naturaleza técnicamente muy disímil) a través de extensiones normalmente dilatadas, más o menos sujetas a la voluntad territorial del imperio. Pero es claro, también, que si desplazamos la mirada al momento que aquí interesa, una parte de esa laxitud de lo mercantil sigue en pie, porque lo que se está jugando es la propia perspectiva de constituir un estricto mercado de bienes simbólicos de ribetes nacionales, sin que esto obste a la colocación subsidiaria de nuestras librerías y bibliotecas como consumidoras de *industrias* más desarrolladas (la francesa, la española y, en otra escala, la porteña). Por ese motivo, el panorama de la biblioteca debe pensarse tanto respecto de su inspiración ilustrada y democratizadora –factor decisivo en la creación y obturación de bibliotecas públicas– cuanto en su compleja relación con ese emergente mercado capitalista de lo simbólico, siempre algo amenazado por su multiplicación.

Una primera aproximación a dicho panorama en la década de 1880 sugiere la presencia en Córdoba de una biblioteca pública de relativa importancia, la universitaria, pero también la difícil emergencia de otros fondos públicos y semipúblicos y la simultánea constitución de una serie de bibliotecas particulares de relieve. Aunque privilegiaremos aquellas definidas por cierta voluntad pública, no es excesivo recordar que, en el propio giro de siglo, tendrá lugar la formación de bibliotecas privadas como las de Rafael Bruno, Pablo Cabrera o Saúl Taborda, lo bastante significativas como para haber alimentado, luego, muchos de nuestros mejores repositorios contemporáneos.⁵⁷

⁵⁷ A partir de las indicaciones de Rolla Bertello sobre las colecciones Dussaut, Rodríguez del Busto, Ferreyra y Bruno, puede sugerirse que se trata de bibliotecas que oscilan entre las 1.000 y las 20.000 piezas, siendo varias las que reúnen entre 4.000 y 6.000 volúmenes. Estela Mary Rolla Bertello, “La biblioteca Dussaut: imprenta e impresores cordobeses del siglo XIX”, trabajo monográfico final para optar al título de Bibliotecario, Córdoba, 1991, mimeo.

Bibliotecas públicas

Biblioteca de la Universidad.

El movimiento habido durante el mes próximo pasado es el siguiente: estudiantes 735, médicos 131, abogados 48, contadores 26, farmacéuticos 9, ingenieros 9, educacionistas 4, profesores 4, procuradores 3, catedráticos 1, empleados 1, escribientes 1 [...] los cuales han consultado 1.231 volúmenes.

Los Principios, 4 de diciembre de 1912

Puesto que la Universidad caracterizó a Córdoba desde muy temprano, junto a ella llegaron tempranamente impresos y manuscritos, y su acumulación esotérica alimentó también la primera biblioteca que el país, visto como tal desde el siglo XIX, pudiera reivindicar. Es muy conocido el episodio en el cual la Junta de Gobierno castigó en 1810 a la contrarrevolucionaria Córdoba con la sustracción de sus incunables jesuíticos, menos desperdigados, sin embargo, que la cuantiosa documentación de la orden movilizada cuando su expulsión.⁵⁸ Es muy conocido también el acto de compensación política e imeditada reparación histórica por el cual figuras decididamente menos extraordinarias que la de aquel “robepierrito” que había decidido entonces su traslado hicieron retornar, entre 1999 y 2001, aquellos incunables a sus anaqueles –en rigor, ahora a sus vitrinas–. Nuestra cuestión, sin embargo, se inscribe en el interregno, en esa universidad que, pese a las vicisitudes de la vida política, hizo su pequeña proeza con solo subsistir y esa biblioteca que, pese a su desangramiento, siguió siendo la más antigua del país e inclinó a esperar, a finales del siglo XIX, cierta recomposición y cierta cultura de biblioteca pública; expectativas ambas que muchas figuras ilustradas debieron declinar ante la constatación de que su fondo (el mayor de la ciudad) dejaba bastante que desear aun en la agitada, y a su modo transformadora, década de 1880.

El salón de esa institución en la célebre Universidad no tiene libros de medicina, no los tiene o los tiene muy raros en ciencias físico-matemáticas, no alberga a los más grandes expositores modernos y

⁵⁸ Esa documentación habría sido reclamada desde Roma y desarticulada por muchas vías, acreciendo las colecciones particulares de conspicuas figuras –De Ángelis, Mitre o Vicente Quesada–, a algunos de cuyos documentos un historiador local como Pablo Cabrera solo pudo acceder merced a su reproducción en la *Revista de Buenos Aires*. Amanda Salvioni, *Rappresentazioni moderne del passato coloniale in Argentina*, Reggio Emilia, Diabasis, 2003, pp. 24-28.

contemporáneos del derecho, no figuran en sus estantes los comentaristas argentinos y enmudece allí mismo la literatura americana y patria!!!⁵⁹

La molestia de Ávalos, hijo ilustre de la universidad cordobesa, era alimentada por el sentido de un desquicio: la ciudad *docta* conspiraba, desde sus propios muros, contra el lugar que parecía estarle reservado en la geografía de la cultura nacional. La desproporción se medía con la vara de la nación –en este caso doblemente, puesto que esa biblioteca cordobesa era, además, de jurisdicción nacional– y, en consecuencia, las perspectivas de corregirla desde el centro se reactivaban por el reciente ascenso del cordobés Juárez Celman a la presidencia. Las expectativas no eran desmedidas, como permite advertir una somera vista al archivo universitario, profuso en testimonios del esfuerzo juarista por multiplicar existencias y producciones de la universidad cordobesa y, en algún sentido, por recolocar a la ciudad en el mapa de una nación cuyas nuevas jerarquías ganaban nitidez velozmente. Su acción reparadora, bruscamente interrumpida por la crisis política de 1890 a la vez que subsidiaria frente a tendencias más incontestables de reorganización de ese mapa, no logró alterar sustancialmente el estado de una biblioteca que, en su depresión, parecía indicar la de la ciudad toda. Esto es claro en el cotejo realizado en 1924 por el viejo geógrafo de la cultura Enrique Sparn, según el cual entre 1919 y 1922 la Biblioteca de la Universidad Nacional de Córdoba contaba con 50.000 volúmenes, cifra idéntica a la particular del bibliófilo Ernesto Quesada. Sin duda, había crecido cuantitativamente desde el lamento de Ávalos pero, sin duda también, su significación histórica no había hecho más que disminuir en el contraste con otras bibliotecas argentinas, especialmente las universitarias de Buenos Aires y La Plata.⁶⁰ Un nuevo cotejo permitía a Sparn cerrar mejor la idea:

⁵⁹ Angel Ávalos, *Pensamiento y acción. Escritos-conferencias-discursos parlamentarios*, t. I, Córdoba, Imprenta Argentina, 1910 [1887], “Bibliotecas públicas”, p. 168.

⁶⁰ Sparn señala 80.000 volúmenes en la Universidad de Buenos Aires y 60.000 en la de La Plata, al tiempo que apunta que la suma de estas tres bibliotecas universitarias “tipo A” (con 50.000 o más volúmenes) no alcanzaba entonces el número de ejemplares de la más pequeña de las bibliotecas universitarias alemanas. Estas, sin embargo, eran las únicas bibliotecas universitarias sudamericanas de esa escala. Para tener una idea del creciente contraste entre Córdoba y Buenos Aires, puede añadirse que, en esos años, también la Biblioteca del Congreso, la Municipal de Buenos Aires y la Nacional son consideradas tipo A; sobradamente en el último caso, del que se apuntan 380.000 ejemplares. Enrique Sparn, “Las bibliotecas con 50.000 y más volúmenes y su distribución geográfica sobre la tierra. (Una contribución a la Geografía General de la Cultura)”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año XI, N° 1 a 3, 1924, pp. 104-105.

[...] habla muy poco en favor de las inquietudes espirituales de Córdoba [...] el que las bibliotecas de la [...] universidad más antigua de la Argentina, representen solamente la vigésima parte de la existencia de volúmenes correspondientes a la biblioteca universitaria más antigua de la Unión, en Cambridge.⁶¹

En la década de 1880, ese diagnóstico de la biblioteca universitaria había signado –tanto como la esperanza depositada en Juárez Celman– el impulso de construir una biblioteca pública provincial con el que Ávalos llegaría a identificarse. Más que políticas culturales sostenidas y comprensivas, había subtendido a esa coincidencia una especie de doble juego nacional-provincial muy característico de la edad dorada del juarismo (la de su reinado en ambas jurisdicciones), cuyos contenidos eran impuestos, antes que por el partido, por sus individuos. Y más allá del deseo compartido de estabilizar un lugar central para Córdoba, pocos fueron los objetivos comunes concretados en ese *asalto* a la nación. Ávalos, pieza al cabo consecuente de ese juego, hará de la biblioteca su tema, y de la Biblioteca Pública de Córdoba su principal legado.⁶² Las diversas estaciones de su cruzada permiten advertir el fondo institucional y cultural sobre el que se tramaba este nuevo repositorio, así como ciertas lecturas levemente posteriores muestran en qué grado la pretensión ilustrada que la guiaba resaría perpetuamente insatisfecha.

Obra del tiempo y de las administraciones sucesivas sería darle lo que aún no ha alcanzado, lo que debe caracterizarla, lo que imaginara el legislador que echó la semilla germinada: ello ha de ser “Biblioteca grande”, enciclopédica por excelencia tanto o más que la Universitaria, conteniendo todas las especialidades, satisfaciendo las necesidades de todos los gremios, de todos los grados de la Instrucción, a la vez Archivo viviente de todas las producciones oficiales que son muertas en los Archivos de los Ministerios; templo abierto para todas las creencias, centro de esparcimientos espirituales intensos y renovadores en donde el niño, el universitario, el obrero, el maestro, abrevan juntos, confundidos en una sola aspiración, la de su cultura intensiva, nunca saciada.⁶³

⁶¹ *Ibid.*, p. 104.

⁶² La Ley de Creación de la Biblioteca de Córdoba fue sancionada en agosto de 1911, y su constitución fue prevista para marzo del año siguiente. En 1915, en virtud de la disolución del Ateneo de Córdoba y puesto que la provincia era acreedora de aquel, se dispuso la cesión de sus bienes (libros y casa) a aquella, y su traslado al edificio así adquirido. *Compilación*, MG, 1911, pp. 402-403, y *Compilación*, MG, p. 374.

⁶³ Félix Garzón Maceda, “La Biblioteca Pública de Córdoba. Génesis y ontogénesis”, en Alfredo

La bucólica esperanza de Félix Garzón Maceda –director de la Biblioteca de Córdoba en 1927– se encadenaba a un esfuerzo preciso: buscaba constatar y corregir las desviaciones de la mirada de la nación sobre la provincia plasmada en el Censo Nacional de 1914, recomponiendo un universo de fondos e instituciones descuidadas por aquel que, sin alterar en demasiado la vista cualitativa, al menos permitían reivindicar un creciente impulso de creación y apertura de bibliotecas en el giro de siglo (impulso en el cual la Reforma Universitaria jugaría su parte, promoviendo la apertura, por caso, de la importante biblioteca de la Academia Nacional de Ciencias).⁶⁴ Puesto que Garzón Maceda va mucho más allá de 1914 en su reconstrucción, su interés deriva tanto del universo que completa, el de la biblioteca pública en el giro de siglo, cuanto del notable delta institucional que sugiere desde la década de 1920, como remate de un proceso iniciado en el novecientos. De manera semejante a la imprenta, una línea muy concentrada de desarrollo en torno a la biblioteca universitaria y las de un par de asociaciones mutualistas dará lugar a una verdadera explosión bibliotecaria cuando órdenes, academias y escuelas desarrollen o abran al público sus bibliotecas institucionales. Plegándose a ese impulso con poca demora, el mismo efecto multiplicador tendría la aparición de bibliotecas populares desde la década del diez y, especialmente desde los años veinte, cuando ingresan al mapa las bibliotecas ligadas a los baños públicos de Talleres y Güemes, que acompañan de manera bastante clara un nuevo ciclo de expansión de los barrios de composición obrera e inmigrante (cuadro 6).

La vista de conjunto permite advertir el movimiento multiplicador a lo largo del período, así como sugerir algunos aspectos cualitativos de los fondos e instituciones en juego. Porque si la lectura diacrónica pone de relieve la expansión –numérica, geográfica y sociológica– de la biblioteca pública, también sugiere que ella fue en gran medida obra de esfuerzos locales. A la vez, ese fenómeno expansivo entraña una inversión puesto que, pese a las señaladas limitaciones, las bibliotecas universitarias seguirán siendo aquellas más valuadas cualitativamente –y por ello la apertura de la de la Academia constituirá un evento festivo–. Dicho de otro modo, sobre un sustrato continuo dado por instituciones de largo o corto aliento nacional, había comenzado a esbozarse un panorama dominado por instituciones y asociaciones locales de diverso orden (mutualistas, escolares,

Escobar Uribe y Contrán Ellauri Obligado (eds.), *Álbum de la Provincia de Córdoba*, Córdoba, La Elzeviriana, 1927, p. 395.

⁶⁴ Censo que había apuntado escasas 11 bibliotecas públicas en la provincia de Córdoba. Nos limitamos aquí a considerar las existentes en el ámbito de la ciudad de Córdoba.

Cuadro 6. Bibliotecas públicas y semipúblicas cordobesas por quinquenio

1880/1885	1886/1890 (66.247 habitantes)	1891/1895 (65.472 habitantes)	1896/1900 (54.763 habitantes)	1901/1905 (72.500 habitantes)	1906/1910 (92.776 habitantes)	1911/1915 (134.935 habitantes)	1916/1920
Biblioteca de la Universidad Nacional de Córdoba [50.000]							
Gral. Paz	→	Antigua Gral. Paz [1.500]	→ Ateneo (1876) [+ 200; luego circa 4.000] →				Córdoba [8.000]
-	-	-	-	-	-	Córdoba →	
?	?	?	?	?	?	?	Juventud Cat. (1878) [2.000]
-	Gral. Paz, de Unión y Progreso (o Unión y Progreso) [entre 2.500 y 5.000]						
-	-	Consejo de Educación (1892) [1.300]					
-	-	Legislatura (1894) [6.000]					
-	-	-	-	-	Escuela Normal Alberdi (1908) [1.225]		
-	-	-	-	-	De la Penitenciaría (1908) [568]		
-	-	-	-	-	Esc. Normal Nacional (1910)		
-	-	-	-	-	Esc. Gob. Olmos (1912)		
-	-	-	-	-	Vélez Sarsfield (1912)		
-	-	-	-	-	-	-	Cuerpo de Bomberos (1917) [1.700]
-	-	-	-	-	-	-	Popular de Talleres (1920)
-	-	-	-	-	-	-	Popular de Güemes (1920)
-	-	-	-	-	-	-	Academia de Ciencias (1876) [15.000]
-	-	-	-	-	-	-	Convento La Merced (1840)
-	-	-	-	-	-	-	Biblioteca jesuita [10.000]
Ciertas: 2 Prob.: 1	2 2	4 2	5 1	5 1	8 1	11 1	13 4

Nota: Como todos nuestros panoramas, este puede ser precisado y aumentado aunque presenta un cuadro general bastante fiable. El cuadro releva las bibliotecas públicas y semipúblicas, sean de origen asociativo o institucional, conforme las fechas ciertas o aproximadas de su apertura; por esto no se consigna la –seguramente importante aunque fugaz– biblioteca de El Panal. Cuando es posible, se señalan las filiacones entre sucesivos fondos. Entre paréntesis se anotan los años de su creación y entre corchetes y con cursiva la cantidad de volúmenes estimados por diversas fuentes.

Fuente: Angel Ávalos, *Pensamiento y acción. Escritos-conferencias-discursos parlamentarios*, t. 1, Córdoba, Imprenta Argentina, 1910 [1887], “Bibliotecas populares” y “Bibliotecas públicas”; Angel Ávalos, *La Biblioteca de Córdoba. Discurso del diputado Angel F. Ávalos, pronunciado en la Legislatura de Córdoba, al presentar en la sesión del día 11 de junio de 1908 el proyecto de ley que crea la Biblioteca Pública del Estado*, Córdoba, La Minerva, 1908; E. Sparr, *op. cit.*; F. Garzón Maceda, *op. cit.*; serie mc de la *Compilación* entre 1911 y 1915; *Guía General de Córdoba* (1899); Ramón J. Cárcano, *Mis primeros ochenta años*, Buenos Aires, Pampa y Cielo, 1965 [1943]; y Cornelio Moyano Gacitúa, *Memoria presentada a los socios del Ateneo en la Asamblea General reunida en el Aniversario de la fundación del mismo*, Córdoba, La Moderna, 1896.

barriales), que serían, con sus muy variadas dinámicas, las mayores responsables de la facilitación del libro en la ciudad. Las dos bibliotecas públicas preexistentes (la universitaria, abierta al público en 1812, y la General Paz, creada en 1872 en la estela de las bibliotecas populares sarmientinas) habían expresado desde el comienzo la acción de algún tipo de Estado central, pero ese factor se vería claramente debilitado conforme avanzaran los años. Así, por ejemplo, si la biblioteca de la Academia Nacional de Ciencias, otra importante creación de la década de 1870, participaba de la misma jurisdicción, su apertura debería esperar, como se dijo, la presión de la reforma universitaria; por su parte, la biblioteca de la Escuela Normal Nacional, de carácter institucional, solo sería inaugurada en 1910, en el epígono de otra presidencia cordobesa, la de Figueroa Alcorta.

Frente a esa tendencia nacional, entonces, se expandía la actividad local ligada a instancias asociativas, mutualistas o estatales en diverso grado, que trascendería crecientemente el viejo radio letrado de Córdoba. Así, si la Biblioteca Vélez Sarsfield, aún activa en barrio General Paz, expresó en 1912 un desborde de la ciudad tradicional iniciado en la década del setenta, las mencionadas bibliotecas de los barrios Talleres y Güemes expresarían en los años 1920, con mayor inmediatez, un segundo ciclo urbano que podía alimentarse de las contribuciones de la Comisión Nacional de Bibliotecas pero cifraba sus expectativas de vida en fuerzas gubernativas y vecinales locales.

[...] desde 1920 funcionan dos “populares” instaladas en local adecuado, anexas a dos gimnasios y casa de baños públicos gratuitos, construidos y sostenidos por el gobierno, ubicados en los pueblos Güemes y de Talleres, núcleos urbanos de densa población obrera. [...] Bien atendidas, con material mueble, con regular dotación de libros a que ha contribuido la biblioteca oficial y la C. Nacional de Bibliotecas; son muy concurridas de lectores [...] Dada la característica general de sus pobladores dichas bibliotecas populares u obreras deberán ser dotadas con miras a su especial instrucción en las artes e industrias o profesiones que preferentemente ejercen o pueden ejercer.⁶⁵

Por otra parte, esa expansión dará lugar a instituciones muy distintas y diversamente dotadas. Las hay estatales y populares, públicas y semipúblicas (el caso de las institucionales destinadas a sus miembros que van

⁶⁵ F. Garzón Maceda, *op. cit.*, p. 395.

siendo “abiertas”), especiales y universalistas, circulantes (con préstamo domiciliario) y no. Todo esto en función de la acumulación de títulos, del origen y la voluntad más o menos pública de las asociaciones e instituciones que las albergan; así, una biblioteca corporativa como la del Cuerpo de Bomberos fue inspirada desde el comienzo por el mismo sentido comunitario que guiaba su rutina laboral, mientras que una institucional-oficial, como la del Consejo de Educación, fue de trabajosa apertura. Intentaremos iluminar, a partir de un caso especialmente confuso, el señalado juego entre impulso nacional y sostenimiento local, así como la inversión entre cualificación y número.

Un dilema oscuro e iluminador

La información respecto de las bibliotecas públicas surgidas en Córdoba a fines del siglo XIX parece instalar un dilema, en parte ligado a las confusas referencias a la llamada biblioteca General Paz. La misma había nacido en 1872, a solicitud de la Sociedad Protectora Unión de Artesanos y bajo el amparo de la Ley de Bibliotecas Populares de 1870, y es probable que haya sufrido luego las dificultades de todas sus congéneres.⁶⁶ Según Garzón Maceda, “en julio de aquel año [1872], ‘llegó por correo la llave del baúl que contenía libros’, remitidos desde Buenos Aires por el Secretario de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, de existencia reciente”; también según él, la entidad tuvo activa vida en sus primeros años.⁶⁷

Tal como la Ley exigía, esta biblioteca se diseñó y sostuvo conforme un régimen abierto de suscripciones que ampliaba lo que se consideraba su primer, y casi natural, anillo de lectores: los miembros de la propia Sociedad Protectora, los de la Tipográfica y los de Unión y Progreso. Su particularidad en parte venía señalada por este sesgo, a más de público popular, que dialogaba con la adopción de una modalidad circulante, de préstamo domiciliario, en la que se depositaban las expectativas de creación de un público lector y una cultura del libro. Nada casualmente, esta

⁶⁶ Según Delgado y Espósito, en 1894 solo quedaban 16 de las 200 bibliotecas populares surgidas y amparadas por esta ley a lo largo del país. Los problemas habrían comenzado temprano, reflejando las restricciones presupuestarias provocadas por la crisis de 1876, y no habrían sido subsanados sino lenta y tardíamente. En consecuencia, no es improbable que parte de la historia de esta biblioteca fuera antes la de un fondo temporariamente cerrado que la de una institución activa. Verónica Delgado y Fabio Espósito, “1920-1937. La emergencia del editor moderno”, en José Luis de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 64.

⁶⁷ F. Garzón Maceda, *op. cit.*, p. 390.

biblioteca fue asociada a las escuelas para obreros promovidas por las mencionadas sociedades en esos años, las cuales gozaron de buena salud, al menos, hasta comienzos del siglo xx.

En la década de 1890, sin embargo, las dificultades para el sostenimiento de la biblioteca parecen haberla colocado en una situación crítica, algo que resulta compatible con la mengua general de las viejas bibliotecas populares en todo el territorio nacional. A juicio de Garzón Maceda, esas circunstancias habrían favorecido el tránsito de esta creación obrera a una de las tantas y efímeras asociaciones de élite, la Asociación Córdoba Literaria, en 1893; cesión ratificada por Cornelio Moyano Gacitúa en ocasión de una transferencia posterior: la que en 1896 puso biblioteca y casa en manos del Ateneo de Córdoba.⁶⁸ Entre una y otro, la misma biblioteca habría estado a cargo, desde 1894, del llamado Centro Universitario. Por un camino algo sinuoso, entonces, el mismo fondo que hacia los noventa pareció haber perdido su sustento estatal-nacional y su condición *popular*, describiría una accidentada continuidad bibliográfica que, con el auxilio de ciertas asociaciones locales de élite, primero, y del Estado provincial, luego, desembocaría en la flamante Biblioteca Pública de Córdoba en 1915.⁶⁹

Hasta aquí el caso, accidentado como se dijo, permite reconocer la señalada retracción nacional y el protagonismo de ciertas fuerzas locales en la continuidad de la biblioteca: una casa y un conjunto de libros que habrían rozado los 1.500 volúmenes hacia 1895 y alcanzado los 4.000 durante su adscripción al Ateneo, para albergar y engrosar luego la primera biblioteca pública provincial. El dilema se plantea al integrar a la serie las diversas intervenciones de Ávalos, quien, entre otras cosas, señala:

Presta indudablemente servicios valiosos la que con el nombre de “General Paz”, tiene bajo su inmediata dirección la “sociedad Unión y Progreso”. Pero, la cantidad de sus volúmenes es escasa; la selección

⁶⁸ *Ibid.*, p. 392; Cornelio Moyano Gacitúa, *Memoria presentada a los socios del Ateneo en la Asamblea General reunida en el Aniversario de la fundación del mismo*, Córdoba, La Moderna, 1896, p. 8.

⁶⁹ Surge del largo cotejo de María Victoria López que la misma casa, situada en la mitad de la segunda cuadra este de la Avenida Vélez Sarsfield, habría sido ocupada, sucesivamente, por la Biblioteca Popular Gral. Paz, la Sociedad Córdoba Literaria, el Ateneo de Córdoba y, finalmente, la Biblioteca Pública de Córdoba, y que el mismo destino habría cabido al fondo bibliográfico asociado a la primera. La casa se hallaba en el solar que hoy ocupa el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba. María Victoria López, “Elite letrada y alta cultura en la Córdoba de fin de siglo. El Ateneo de Córdoba, 1894-1913”, Córdoba, 2009, mimeo.

de los mismos no parece haber sido siempre acertada, y mucho tiempo hace que nuevos libros no han pasado a aumentar las listas correspondientes del catálogo.⁷⁰

Más allá de constituir una significativa ponderación del fondo, la referencia resulta confusa porque identifica a la Biblioteca General Paz con la sociedad Unión y Progreso, una de las favorecidas por su creación pero no la responsable de ella; aludiendo a fines de los años 1870 o primeros 1880, también Cárcano apuntaría la aparición de una biblioteca vinculada a Unión y Progreso, adjudicando a la entidad un número de 5.000 ejemplares.⁷¹ En 1908, Ávalos persistirá en la identificación –ahora sin apelar al patronímico–, evocará su ubicación en una casita de la calle Entre Ríos (la cual, en efecto, ocupó Unión y Progreso antes de su traslado) y referirá su prolongación en el Ateneo; algo, sin embargo, improbable, en la medida en que la Biblioteca de Unión y Progreso parece haber tenido activa vida en 1899 (instalada en flamante e importante local frente al Colegio de Monserrat) y todavía en 1916 resultará acreedora de una subvención del Estado provincial.⁷² Aunque solo quepan las hipótesis –entre ellas la de una custodia temporaria del fondo por parte de Unión y Progreso, o la de la efímera adopción del mismo nombre para su propia biblioteca ante la parálisis de la de la Protectora–, lo que el dilema ilumina es la existencia de, al menos, dos bibliotecas públicas originadas en asociaciones de artesanos: la primera, según alienta a pensar la mención de Moyano Gacitúa, la Antigua Biblioteca General Paz, cuya deriva hemos descrito desde su creación por la Protectora; la segunda, probablemente fundada en la década del ochenta por Unión y Progreso ante la virtual inactividad de la otra, y albergada sucesivamente en sus locales de calle Entre Ríos y Obispo Trejo.⁷³ En 1899, tanto una como otra existen como bibliotecas públicas, aunque la una lo haga bajo el signo elitista del Ateneo y la otra bajo el imperativo progresista de Unión y Progreso.⁷⁴

⁷⁰ Ángel Ávalos, *op. cit.*, “Bibliotecas populares”, p. 110-111.

⁷¹ Ramón J. Cárcano, *Mis primeros ochenta años*, Buenos Aires, Pampa y Cielo, 1965 [1943], p. 43.

⁷² *Guía General de Córdoba (1899)*, *Compilación*, MG, 1916, p. 1.085. El local de Unión y Progreso se encontraba en la esquina sudeste del cruce entre las actuales calles Obispo Trejo y Duarte y Quirós.

⁷³ C. Moyano Gacitúa, *op. cit.*, p. 8.

⁷⁴ Véase el comprensivo panorama asociativo trazado por Pablo Vagliente, “La ‘explosión’ asociativa en Córdoba entre 1850 y 1880: la conformación de su esfera pública”, *Cuadernos de Historia*, N° 6, 2004.

Renovado panorama

Hacia el final de nuestra etapa, el conjunto de las bibliotecas públicas cordobesas puede haber representado alrededor de un libro por habitante, cifra que contrasta de manera notable con las que exhibían algunas bibliotecas particulares locales constituidas en la etapa, como la de Antonio Rodríguez del Busto, ateneísta él, que alcanzó los 5.000 volúmenes, o la del bibliófilo Rafael Bruno, que contaba con 20.000 piezas cuando su donación a la Universidad Nacional de Córdoba, a mediados del siglo xx.⁷⁵ Claro que si la estimación se hace institución por institución, es decir, frente al número efectivo de socios, la relación se altera radicalmente; el Ateneo, por caso, habría dispuesto sus 4.000 volúmenes para un primer anillo de, como máximo, 110 socios (cerca de 36 volúmenes por persona), aunque sostuviera simultáneamente la vocación pública y aun “popular” de la biblioteca que intentó acrecer y mejorar.⁷⁶ Y toda proporción se pierde si atendemos la relación numérica entre la biblioteca universitaria y el primer anillo de su público lector (algo más de 200 personas entre académicos, alumnos y docentes) que era, a la vez, el más cierto, dada su política de permisos especiales para la consulta propiamente externa.

Consideremos ahora cómo se llenan los anaqueles de estas bibliotecas públicas, comenzando por la universitaria, alimentada con fondos nacionales y, en consecuencia, regularmente interpelada respecto de su estado y movimiento, pese a que las autoridades universitarias respondían con extrema dilación. Por fuera de su fondo antiguo, desde 1876 se intensifican los ofrecimientos a la Universidad Nacional de Córdoba por parte de libreros y editores extranjeros y porteños, algo que parece tener un correlato en los intercambios efectivos. Ese año, Bernard Quaritch se ofrece desde Londres para proveer libros a la Universidad y ser su agente en Inglaterra; Ernst Nolte, librero alemán de Buenos Aires, cobra el importe de los libros remitidos para el aula de Brackenbush; en múltiples ocasiones, Jacobsen remite libros y reclama su pago desde Buenos Aires. Al menos entre 1882 y 1884 la relación con Lajouane es regular, y entre este año y 1889 Estrada estabiliza los envíos de libros importados de Europa;

⁷⁵ E. M. Rolla Bertello, *op. cit.*; Universidad Nacional de Córdoba, *Donación Rafael Bruno*, Córdoba, Departamento de Recopilación y Difusión de la Universidad Nacional de Córdoba, 1949. La estimación deja de lado las bibliotecas especiales e institucionales que actuaban en cotos restringidos antes de sus respectivas “aperturas”: la mercedaria y la jesuita, la importantísima de la Academia de Ciencias, la del Consejo de Educación y la de la Juventud Católica –de la cual, dada por pública desde 1878 por Garzón Maceda, no tenemos otra referencia.

⁷⁶ C. Moyano Gacitúa, *op. cit.*

en 1888, asimismo, se concreta un importante envío de las obras editadas por esa gran sede de la edición “nacional” que fuera Casavalle. En simultáneo con estos intercambios mercantiles, cuyo cobro no parece haber sido sencillo para libreros y editores, se efectúan intercambios emprendidos por particulares, mediados por funcionarios estatales o ejecutados directamente por diversas bibliotecas del país. Autores que donan sus obras; bibliotecas –entre ellas la Nacional y la del Congreso– que remiten unos ejemplares y solicitan otros; instituciones extranjeras –como la Sociedad Geográfica de Berlín– que envían ejemplares con destino a la Academia, etc. Todo esto es muy claro en un primer vistazo del Índice de Documentos del Archivo de la Universidad, y viene confirmado por la consideración aleatoria de algunos de ellos.⁷⁷ En conjunto, el movimiento es profuso pero moroso; las respuestas son lentas y las remesas de dinero también, lo que da la perspectiva de un flujo continuo pero escasamente monetizado de bienes, dominado por el canje y las donaciones de ejemplares repetidos. Frente al juicio crítico y las expectativas de Ávalos, debe anotarse que, en efecto, Juárez Celman solicitó en esos años el catálogo completo de la biblioteca para efectuar un envío especial de obras, propósito al que acaso se integrara la remesa de Casavalle.⁷⁸ Pero más allá de ese evento, no solo las compras resultan escasas sino que, por ejemplo, un presupuesto como el previsto por la Universidad para 1893 no asignará suma alguna a esta biblioteca, excepción hecha del sueldo del bibliotecario (130 pesos) y contados 100 pesos para suscripciones a revistas científicas.⁷⁹

Algo semejante ocurriría con el Ateneo, que a los 1.500 ejemplares recibidos de Córdoba Literaria agregaría inicialmente otros 200, integrados en su mayoría por donaciones de los gobiernos de provincia (a los que solicita registros oficiales), el gobierno y la biblioteca nacionales. Según reseña Moyano Gacitúa, esto lo proveyó de obras sobre agricultura, medicina, derecho, geografía y viajes de exploración, diversidad que oculta mal la escasa incidencia de la asociación en las cualidades del fondo.⁸⁰ Siendo

⁷⁷ La referencia es a la serie Documentos de la Universidad Nacional de Córdoba.

⁷⁸ “[...] las autoridades superiores del mencionado establecimiento han ordenado la organización y el arreglo interno de la biblioteca, siendo muy probable que en breve autorice el gobierno federal una erogación valiosa, destinada a la adquisición de libros para la Biblioteca de la Universidad Nacional. Tal fue, según nos consta, el pensamiento del doctor Juárez, emitido pocos días antes de su ascensión al mando presidencial, y en ocasión en que pasaba revista a las necesidades urgentes de carácter nacional, relativas a Córdoba, que se proponía salvar y que las salvará.” Ávalos, “Bibliotecas populares”, p. 111. Sobre el pedido de Juárez, véase Documentos de la Universidad Nacional de Córdoba, Libro 22, 1884-1889, f. 184.

⁷⁹ Telasco Castellanos, *Informe Anual del Rector Doctor Telasco Castellanos. Curso escolar de 1891*, Córdoba, La Minerva, 1892, p. 127.

⁸⁰ C. Moyano Gacitúa, *op. cit.*, p. 9.

previsible que esa tendencia no haya mejorado con el debilitamiento del centro, puede suponerse que su mayor autonomía se reflejaba mejor en la selección de revistas y periódicos para la suscripción (por ejemplo, en los 200 pesos anuales votados para suscripciones a revistas científicas extranjeras). Puesto que las dificultades no fueron solo financieras, no sería exagerado concluir que esa biblioteca creció y cumplió moderadamente sus propósitos en un marco de aleatoriedad extrema.

Creada la Biblioteca de Córdoba, que absorbería la del Ateneo, la misma dinámica se reproduce en otra escala. A un importante impulso inicial (12.000 pesos para su dotación) seguiría una asignación rutinaria de 200 mensuales para su fomento, cifra próxima a la dispuesta para encuadernación y suscripciones (150), e inferior al sueldo del bibliotecario (300).⁸¹ Algunas compras extraordinarias (y muy selectivas) de la provincia contribuirán a aumentar sus anaqueles, como la sonada de varios ejemplares del *El poema de Nenúfar* de Capdevila, sin que esto mejorara sustancialmente el panorama que su artífice, el propio Garzón Maceda, ofrecería en 1927.⁸²

Como apuntamos, en general la expansión geográfica y social de la biblioteca en Córdoba será, en lo fundamental, obra de fuerzas locales, aunque la dotación de sus anaqueles espere siempre algo de las bibliotecas y, en el caso de la universitaria, los fondos nacionales. Pese a las críticas recibidas, esa biblioteca universitaria mantiene un primado, que en parte prolonga su viejo prestigio y en parte corresponde a su innegable superioridad numérica y a la posesión de ciertos tesoros de los que las demás habían sido privadas de nacimiento. Hasta el final de nuestra etapa, siguió siendo la gran sede del libro, situación que no parece haber alterado la creación de bibliotecas por facultad, en parte nutridas por ella. Mientras tanto, nuevas bibliotecas eran fundadas o abiertas a la consulta, sujetas, como es previsible, a dificultades semejantes a las consideradas, especialmente en el caso de las asociativas. Ese movimiento expansivo no tenía lugar solo en la ciudad, como permite advertir la ley que en 1915

⁸¹ Ley 2.139, *Compilación*, mc, 1911, pp. 402-403.

⁸² Decreto 5.747, *Compilación*, mc, 1915, pp. 264-265. Félix Garzón Maceda, médico, fue también una de las figuras centrales en el despegue de la Facultad de Ciencias Médicas, a la que dedicó una enjundiosa historia, y al momento de la compra de los *nenúfares* de Capdevila era el vicegobernador de Cárcano por la Concentración Popular. Iniciador de una verdadera dinastía ilustrada, ejemplifica bien los lazos intraélite a los que hemos hecho referencia: su hijo es Ceferino Garzón Maceda, inminente reformista y luego uno de los artífices del Instituto de Estudios Americanistas y de la tradición historiográfica local que, forjada al calor de los *Annales* franceses y acudiendo a sus sedes, más propiamente pueda preciarse de tal. Diego García, "Americanismo y Ciencias Sociales", Córdoba, 2009, mimeo.

designaba comisiones para sostener siete nuevas bibliotecas populares en el interior de la provincia, colocándolas bajo el auspicio de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares.⁸³ Pese a su variable suerte –que hace presumir para algunas largas temporadas cerradas y a la espera–, cuando Garzón Maceda intentó en 1927 reparar los números de 1914 contará cincuenta bibliotecas solo en la ciudad, entre públicas, semipúblicas, especiales e institucionales.

Una geografía de la edición. Tres mapas del comercio de lecturas

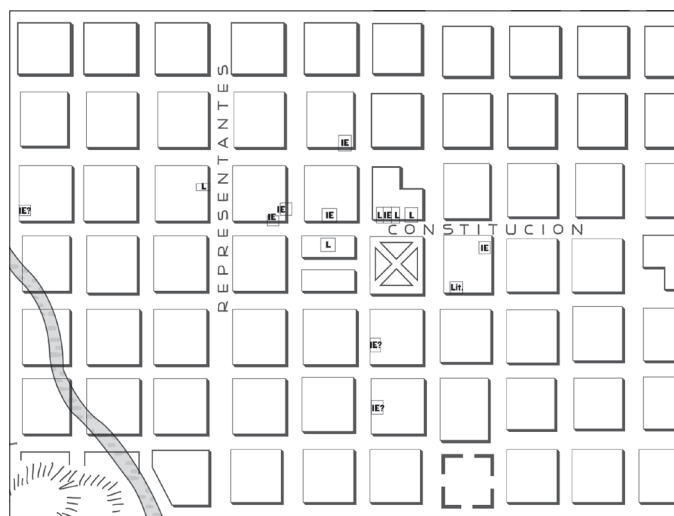
Admitamos las insalvables dificultades que nuestro archivo plantea a una reconstrucción espacial y tentemos, pese a todo, una aproximación a la ciudad impresa en el conjunto de la ciudad. Consideremos simultáneamente aquellas imprentas involucradas en la producción de libros, revistas y folletos y aquellos ámbitos consagrados a su circulación al menos mercantil (librerías y agencias de publicaciones); tengamos presente la tendencia espacial descrita para las bibliotecas, inicialmente muy próximas a estos circuitos pero crecientemente dislocadas de ellos desde la década de 1910. Apuntemos también, puesto que aparece en esta etapa y resulta de gran significación, la primera fábrica de papel y las artesanales casas de litografía, en parte escindidas de la imprenta. Efectuemos tres cortes temporales que nos permitan advertir, a intervalos regulares y bien documentados, algo sobre la significación de esos cambiantes mapas de lo impreso: 1835, 1901 y 1918.⁸⁴ Aceptemos, por lo tanto, que estos 194
a
197
mapas deben ser, como propone Franco Moretti, más que el resultado de un proceso que ilustran, armas del proceso de investigación mismo.⁸⁵

Sin duda, la tendencia a la concentración y reconcentración espacial verificada en los ámbitos de la producción y circulación local de impresos da lugar a planos bastante parecidos. La regularidad debiera servir, sin embargo, para formular nuevas preguntas o poner a jugar, de manera novedosa, viejas variables. Porque si la verificada concentración de los ámbitos de la realización editorial dialoga de manera muy fluida con la

⁸³ Ley del 9 de octubre de 1915, *Compilación*, mc, 1915, pp. 463.

⁸⁴ La reconstrucción es tentativa y está sujeta a precisiones e inclusiones. Reposa en guías comerciales, planos de época y piezas impresas particulares, habiéndose beneficiado de los trabajos de Guillermo Poca, “Modificaciones de las designaciones urbanas en Córdoba”, *Revista del Archivo Histórico de la Municipalidad de Córdoba*, año II, N° 2, 2001 y Cristina Boixadós, *Córdoba fotografiada entre 1870 y 1930. Imágenes urbanas*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 2008.

⁸⁵ F. Moretti, *op. cit.*



1885

- 9 imprentas (1 “de obras”, 5 de periódicos que producen libros y folletos y 3 de periódicos que probablemente lo hacen).

- 1 litografía
- 5 librerías

Referencias:

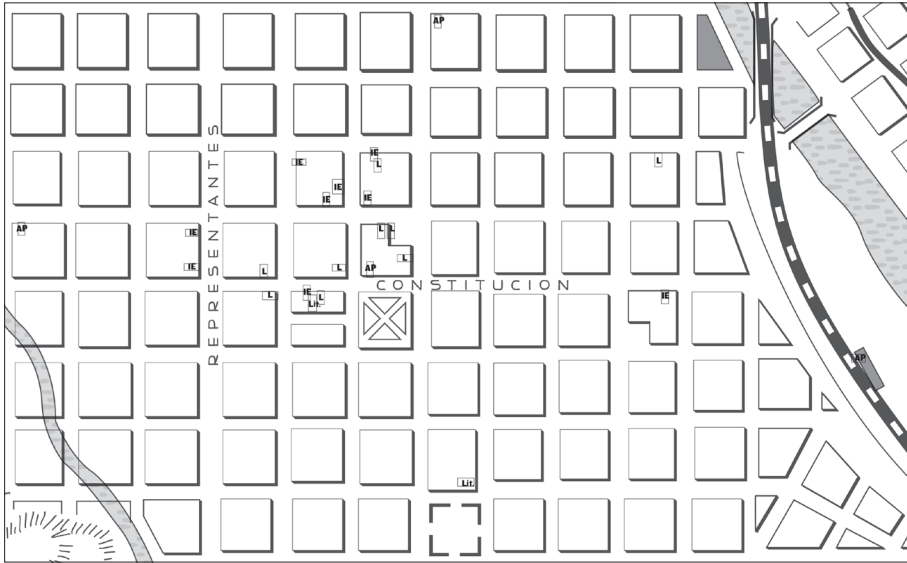
IE: imprentas con actividad editorial

IE?: imprentas con probable actividad editorial

L: librerías

Lit: litografías

En 1885, el conjunto de las imprentas, librerías y litografías que interesan quedan comprendidas en las setenta manzanas de la vieja traza colonial y, en lo fundamental, en el núcleo cívico y administrativo de la ciudad contemporánea. Casi desconociendo el proceso expansivo de la ciudad (desbordada desde fines de la Colonia hacia el oeste, desde lo setenta hacia el este, y que en esos ochenta trepará o aplanará las barrancas norte y sur, respectivamente), esta ciudad de lo impreso persiste en el corazón de su vieja traza, próxima a la Plaza, el Cabildo y la Catedral. La calle Constitución (hoy Deán Funes, territorio de libreros) es entonces su eje principal, más claro mientras más se constata la pertinencia “editorial” de los diversos ámbitos. Las tres imprentas de periódicos cuya participación en la producción de libros y folletos no ha podido ser constada han sido señaladas para sugerir que, en virtud de los datos de 1887, podrían haberlo hecho porque esa era la tendencia pero, también, que su mayor incertidumbre corresponde a un alejamiento de las sedes de la ciudad impresa. En conjunto, Córdoba ronda entonces los 65.000 habitantes, sus escuelas guardan mucha correspondencia con esta porción central y sus escasas bibliotecas (comenzando por la de la Universidad) se encuentran comprendidas en ella.



1901

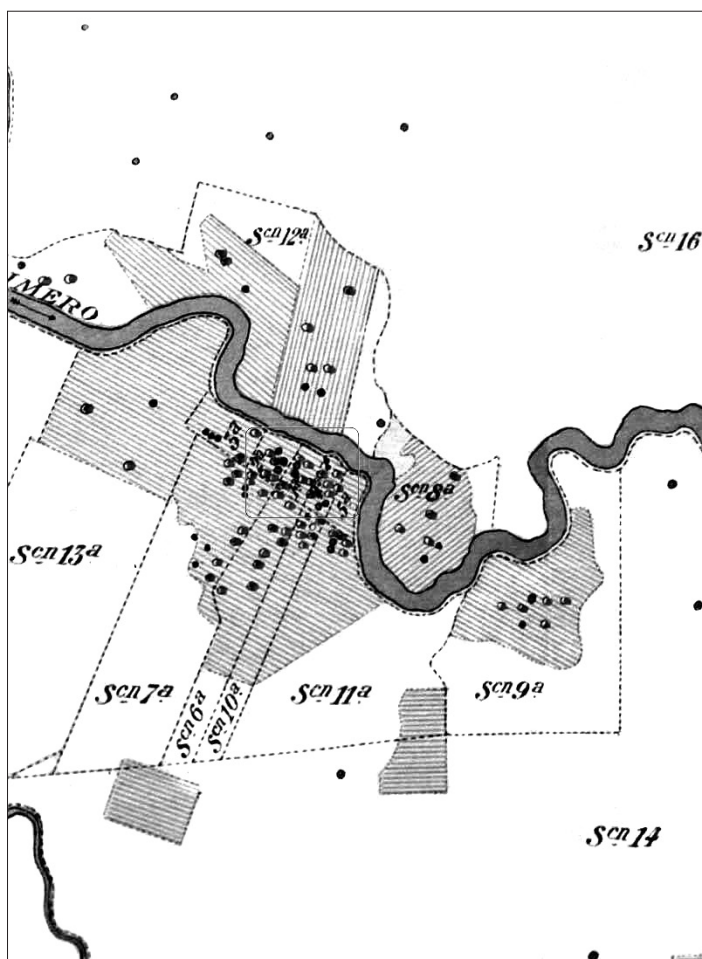
- 9 imprentas (3 de diarios, 1 de revistas, 5 de obras)
- 2 litografías
- 1 fábrica de papel
- 9 librerías
- 4 agencias de publicaciones

Referencias:

AP: Agencias de publicaciones

FP: Fábrica de papel

En 1901, la ciudad ronda los 70.000 habitantes, aumento moderado que carga con la caída demográfica de la década de 1890. El número de imprentas se mantiene relativamente estable y concentrado pero las librerías, en cambio, han aumentado en una proporción muy superior a la de la población. A su efecto se suma el de las agencias de publicaciones que (exceptuando la de Pardal, frente a la plaza) constituyen ahora el anillo exterior del comercio de impresos, triangulado entre el oeste, el norte y el este, en la propia estación del Ferrocarril Central Argentino (f.c.c.a.). Hacia el este, también, cruzando el río, se ha instalado la primera fábrica de papel de la ciudad.



Plano de escuelas en la ciudad de Córdoba, *Censo General de la Población, Edificación, Comercio, Industria, Ganadería y Agricultura de la ciudad de Córdoba, levantado los días 31 de agosto y 1º de setiembre de 1906*, Córdoba, La Italia, 1910.

de las sedes tradicionales del poder simbólico y social (las del poder civil, el poder religioso y la universidad), lo hace también con el espacio recordado por las escuelas iniciales. La cuestión no es menor porque, constatada la importancia de los libros de texto en la vida de la imprenta cordobesa, su persistente patrón de afincamiento, así como el de las librerías, parece deber mucho a la proximidad de ese discreto mercado que estuvo, creemos, entre sus principales condiciones de existencia. A la vez, ese patrón debió ser favorecido por el simultáneo proceso de concentración de actividades que hizo de muchas imprentas también papelerías y librerías y, en menor grado, litografías, optimizando las posibilidades de responder simultáneamente a los requisitos de la administración y la escuela y, casi con seguridad, facilitando el subsidio de las tareas menos lucrativas (como la edición) por las más rutinarias y lucrativas. No debe ser ajeno a eso que una casa como Biffignandi, ejemplo extraordinario de persistencia espacial, concentrara todas esas funciones hacia 1921.

Por lo demás, el proceso de multiplicación de libros y folletos, discreto pero efectivo, obliga a reconocer el protagonismo de aquellos ámbitos menos cualificados simbólicamente que, como las agencias de publicaciones, avanzaban sobre las viejas fronteras merced a su duplicidad; sedes del libro y el periódico, contaban no solo con un público más variado sino también en expansión.⁸⁶ Así las cosas, mientras que en 1918 los estudiantes de la Universidad de Córdoba podían hacerse de versiones impresas de las *lecciones* de cátedra o del manual Obarrio con solo andar doscientos metros, quienes madrugaban en los lupanares del noreste tradicional (a veces los mismos jóvenes) o frecuentaban el mercado cerca del cual aquellos se amontonaban, podían hacerse de diarios y revistas con caminar unos pasos, desentendidos de la parte más tradicional de la ciudad tradicional.⁸⁷ Cuando, especialmente desde fines de la década de 1910, las bibliotecas desborden este viejo núcleo urbano, lo harán prolongando ese movimiento expansivo iniciado por el diario y sus agencias. Con amplia conciencia de su carácter *civilizatorio*, su empresa sería, en gran medida, la de acercar el libro allí donde había llegado el diario; a los nuevos barrios

⁸⁶ Mientras que el *buen* libro, o al menos el libro de *buena* factura, es privilegio de unas élites que no crecen, el contingente recientemente atraído a la lectura que configura el público popular de periódico o folletín sí lo hace. La prensa diaria, que aquí dejamos expresamente fuera, parece obrar el milagro de mixturar esos dos públicos en su destinatario ideal; más que una verdadera homogeneización de la palabra, esto conduce a una suerte de “diglosia” que admite, al menos, dos recorridos, nunca completos. Respecto de la prensa diaria y la emergencia de un nuevo lector, véase A. Prieto, *op. cit.*

⁸⁷ Mariana Dain y Romina Otero, *Las metáforas de la tolerancia: construcciones discursivas acerca de la prostitución (Córdoba 1883-1910)*, Córdoba, Municipalidad de Córdoba, 2001.

de composición obrera e inmigrante que, como Talleres o Güemes, parecían estar ya a miles de kilómetros de la Universidad.

Publicaciones periódicas

Córdoba no podía dar de sí, por vivamente que lo deseara, una publicación que fuese más allá de la provincia. Buenos Aires, en cambio, había nacido para la expansión, con todas las rutas abiertas. Por eso hubo de haber una dinastía intelectual porteña. Dinastía intelectual que se organizó por sí sola. Ser metrópoli acuerda como un natural señorío, sin decir nada de todos los recursos y prestigios de la capitalidad. Diarios y revistas nacían allí con dimensiones nacionales. En cualquiera otra ciudad argentina, solamente para el distrito municipal y sus ejidos.

ARTURO CAPDEVILA, *Alma de Córdoba*

La afirmación de Capdevila resulta difícil de discutir, al menos en lo que ella tiene de universal (la dinámica de centros y periferias) y en lo que ella releva de un determinado equilibrio histórico (el que consolidó la capitalidad múltiple de Buenos Aires). Sin embargo, no solo esa certeza fue en gran medida un producto del giro de siglo sino que, antes y más allá de este, Córdoba albergó un significativo número de experiencias hemerográficas orientadas, sino a conquistar el país, a establecer su lugar en él. Tanto el impulso inicial como la conciencia de los límites de ese experimento pueden leerse a través de ciertas publicaciones periódicas, desde el singular *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias* (1874), nacido como un bien privilegiado de intercambio, hasta esa *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba* (1914), que, más moderada en sus expectativas, intentará defender a través de la marca universitaria una centralidad alternativa a la definida por la política, la economía, la geografía y las comunicaciones. Incluso apuntando dos extremos del ciclo –aquel en que una centralidad alternativa era posible y aquel en que toda alternativa nacía subalterna–, ambas publicaciones expresaron la voluntad cordobesa de intervenir en la economía de los intercambios simbólicos como algo más que espacio receptor y, en su respectivo ámbito, lo lograron durante cierto tiempo. En el reverso, sin embargo, el propio carácter *nacional* de las instituciones que les dieron vida –especialmente protagónico en la aparición del *Boletín*, y ya muy identificado con el centro cuando la de la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*– marcaba crecientemente el grado en que toda pretensión de trascender la aldea debería montarse ya en el resorte de una participación a otra escala.

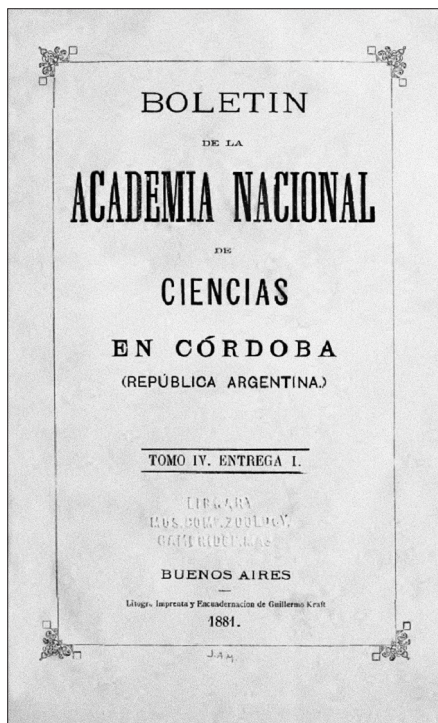
**AGENTES DE LA ACADEMIA
NACIONAL DE CIENCIAS**

Agente general: Librería de G. Deuerlich
en Göttingen (Alemania)

Agentes: Buenos Aires, D. Ernesto Nolte,
calle Cangallo

Paris, Mr. H. Le Soudier, Libraire,
Boulevard St. Germain 174 et 176
London, Messrs. S. Low and C^o,
Booksellers,
188 Fleet-Str. E.C.

Fuente: *Boletín de la ANC*, tomo IX,
entregas 1^a y 2^a, junio de 1886.



Tapa del *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias*.

Índice

- M. Escalante Posse, Extensión Universitaria -Discurso pronunciado al recibir el título de Académico de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, p. 5
- Pablo Mariconde, Las personas jurídicas en la legislación comparada, p.69
- Enrique Martínez Paz, Dr. Juan Carlos Pitt (Notas para su biografía), p. 75
- Ruggero Mazzi, La Filosofía de Federico Nietzsche, p. 16

Documentos del pasado

- Fundación del colegio de Monserrat, p. 80

Actos y documentos oficiales

- Consejo Superior, Acta de la sesión ordinaria del 23 de Junio de 1915, p. 88
- Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Acta de la sesión ordinaria del 1º de julio de 1915, p. 101
- Facultad de Ciencias Médicas, Acta de la sesión ordinaria del 15 de Setiembre de 1914.-Acta de la sesión ordinaria del 16 de Setiembre de 1914 (continuación de la anterior), p. 105
- Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Acta de la sesión especial del 5 de Junio de 1915, p. 132

Bibliografía

- Boletín de la Academia Nacional de Ciencias en Córdoba, p. 134
- J. Francisco Silva, La desmembración del territorio argentino en el siglo XIX, p. 135-
- Alejandro Andrade Coello, Algunas ideas acerca de educación, p. 136
- La cultura Argentina, obras publicadas, p. 137
- Bolívar: por los más grandes escritores americanos, p. 138

Crónica Universitaria

- Ordenanza sobre profesores suplentes, p. 151
- Creación de la escuela de Odontología, p. 155
- Certamen histórico literario, p. 157

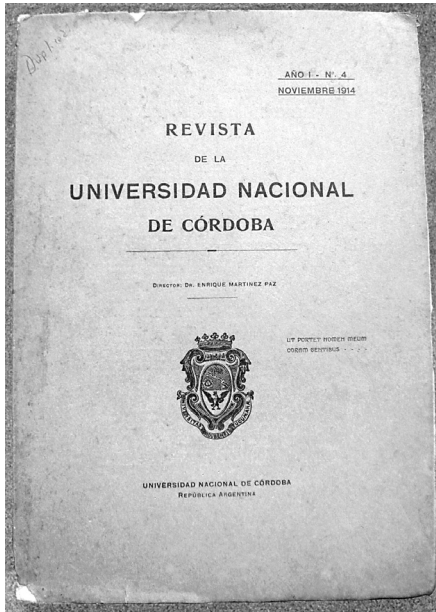
Índice

- Publicaciones recibidas en canje durante los años 1913-14, p. V
- Oscar Doering, Observaciones magnéticas efectuadas fuera de Córdoba durante el año 1899, p. 1
- Lionor Allende, Arquitectura Maya, p. 97
- Robert Lehmann Nitsche, Noticias etnológicas sobre los antiguos patagones recogidas por la expedición Malaspina en 1789, p. 103
- Oscar Doering, Observaciones magnéticas efectuadas fuera de Córdoba en los años 1901, 1902 y 1903, p. 113
- Robert Lehmann Nitsche, Folklore argentino. El retajo, p. 151
- Oscar Doering, Observaciones magnéticas efectuadas fuera de Córdoba en el año 1904, p. 231
- Adolfo Doering, Apuntes sobre la composición química de algunas plantas tóxicas ricas en saponinas, de la flora argentina, p. 295
 1. *Nierembergia hippomanica*, Chuschu, p. 315
 2. *Cestrum pseudoquina*, Duraznillo, p. 335
 3. *Caesalpinia gilliesii*, Lagaña de perro, p. 341
 4. *Baccharis articulate*, Carqueja, p. 348
- C. C. Hosseus, La difusión geográfica de *Araucaria imbricata* R. et. P., p. 351
- Robert Lehmann Nitsche, Folklore argentino. Adivinanzas rioplatenses, p. 362
- Federico Kurtz, Essai d'une bibliographie botanique de l'Argentine, p. 369
- Addenda et tableau synoptique, p. 404
- Índice de los tomos I a XX de la Academia Nacional de Ciencias, p. 469

Boletín de la Academia Nacional de Ciencias, tomo IV, entrega I, 1881.

Boletín de la Academia Nacional de Ciencias, tomo XX, 1915.

Ana Clarisa Agüero



Tapa de la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*.

El *Boletín* constituyó una experiencia editorial única, y esto por varios motivos. En primer término, por su carácter altamente especializado y por la marca cosmopolita de su factura, en parte evidente en la convivencia de textos en alemán, francés y español en sus primeros años. En efecto, si sus contenidos se circunscribían a las ciencias exactas y naturales, en su elaboración contaban tanto los científicos centroeuropeos afincados en Córdoba como los miembros correspondientes del país y el extranjero, el contralor nacional de la Academia –inicialmente ejercido por Burmeister– y el origen porteño de las prensas que lo imprimían.⁸⁸ En segundo lugar, por su voluntad de presencia y regularidad editorial, especialmente manifiestas desde su segundo tomo (1878) en el razonable encadenamiento de las entregas y en los sucesivos aumentos de la tirada.⁸⁹ En tercer lugar, lo que apuntamos al comienzo y más nos interesa: su carácter, casi paradigmático, de bien exportable, expresado desde el comienzo en la exigencia impuesta a los científicos de escribir un texto anual y reservar al *Boletín* toda novedad científica relativa al país, así como en la política de canje con múltiples unidades científicas europeas y americanas.⁹⁰

⁸⁸ Especialmente luego del alejamiento de Burmeister, tanto Adolfo y Oscar Doering como Brakebush, Gould, Weyenberg y Ameghino (todos académicos titulares por Córdoba) escriben en el *Boletín*. En sus primeros años también lo hacen Berg, Eguía, Holmberg (titulares por Buenos Aires), Avé-Lallemant, Schickendantz (titulares por San Luis y Catamarca), Francisco Moreno y Lorentz (correspondientes desde Buenos Aires y Concepción del Uruguay, respectivamente). En lo que hace a las imprentas, la cuestión parece haber sido problemática, dando lugar a sucesivas elecciones; así, aunque el *Boletín* comenzó siendo impreso en Buenos Aires por La Tribuna (tomo I y quizás II), ya en 1878, en vísperas de su tercer número y reasumido localmente el control de la institución, se acordó imprimirlo en El Eco de Córdoba; dos años después, sin embargo, la Academia decidió buscar nuevamente una imprenta en Buenos Aires, siendo en primer término Kraft (tomo IV) y luego Pablo Coni (al menos, desde el V al XX, de 1915) las elegidas. Acorde a esta reorientación, en 1882 se buscó un corrector en la propia ciudad de Buenos Aires.

⁸⁹ La preocupación por la regularidad es relevante si se considera que el primer tomo había sido publicado en 1874, y que entre él y el segundo medió gran conflictividad institucional. En lo que hace a la tirada, esta era significativa para una publicación de ese grado de especificidad ya en 1880 –cuando se decide llevarla a 500 ejemplares y publicar 50 “suelos” para los autores–, y creció en años posteriores –en 1883, por ejemplo, simultáneo a la reafirmación del régimen de entregas, fue llevada sucesivamente a 600 y 800 ejemplares–. Indudablemente, el principal motor de ese aumento era el crecimiento de los compromisos generados por el canje con instituciones nacionales y extranjeras, tendencia activa, al menos, hasta la crisis de 1890. Un índice suplementario de la voluntad de dar visibilidad a la publicación lo constituye la política de reimpresión que, por ejemplo, volvió a la vida al *Boletín*, N° 1, de 1874, en 1883 y 1895. Véase Luis Tognetti, “Índice de las actas de sesiones de la Comisión Directiva de la Academia Nacional de Ciencias, tomo 1 (1878-1909)”, *Cuadernos de Historia*, N° 3, 2000.

⁹⁰ Artículos 13, 16 y 17 de Germán Burmeister, “Reglamento para la dirección científica y el personal docente de la Academia de Ciencias Exactas existente en la Universidad de Córdoba”, 1869-1870, reproducido en *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias en Córdoba*, t. I, entrega I, 1874.

Un acta de sesión del año 1886 lo ilustra bien:

Han entrado 41 notas y se han despachado 26. El número de publicaciones mandadas en canje por las sociedades científicas en Junio es de 449, que han venido de parte de 139 sociedades y personas distintas. Desde el primero de Enero se han recibido en canje 1.659 publicaciones científicas.

Han solicitado canje con la Academia:

Centro Boliviano en Buenos Aires, Sociedad de Naturalistas en Güstro[n], Sociedad geográfica de Greifowalr (Alemania), Sociedad de Naturalistas de Módena (Italia), Instituto Essen de Salem (Estados Unidos), Sociedad de Historia Natural de Zúrich (Suiza), The South American Journal de Londres, el Museo de Zoología de Torino. Se acepta.⁹¹

En términos generales, si los primeros números contaron con un muy pequeño elenco de redactores “locales”, las colaboraciones tendieron a ampliarse con el paso de los años, el aumento de los canjes y la incorporación de académicos correspondientes. Siendo una de las experiencias más notables, también, por su duración (su número 66 vio la luz en 2001), en ciertos momentos el *Boletín* espació sus ediciones y, muy probablemente, corrió el riesgo de sucumbir ante sus propias exigencias y la aparición de competidores en el propio ámbito universitario; el mayor de ellos, la propia *Revista de la Universidad de Córdoba* que, impulsada con afán sociológico por Enrique Martínez Paz en 1914, celebraba al año siguiente lo que juzgaba una saludable reorientación de su predecesora:

Nuestra antigua y respetada Academia Nacional de Ciencias acaba de publicar el tomo xx de su importante Boletín.

Las recientes elecciones verificadas por su comisión directiva han incorporado al seno de la Academia un buen número de socios activos y adscriptos, los que contribuirán, sin duda, a dar mayor amplitud al radio de acción de sus estudios y de su influencia. *La presente entrega parece advertir de cierta evolución en los motivos de sus preocupaciones; la etnología y la antropología, ocupan ya, parte del espacio que antes se dedicaba íntegramente a los temas de ciencias físicas y naturales, tomados en su más estricta acepción. Mucho celebraríamos que fuera real y efectiva la evolución que*

⁹¹ Acta de la Academia Nacional de Ciencias del 8 de julio de 1886, transcripta en *Revista de Córdoba*, año 1, N° 2, 1886, pp. 24-25.

suponemos, no porque no sea honrosa su antigua dirección, sino porque con ello se ofrecería a la célebre academia un nuevo campo a su sabia preocupación.⁹²

La celebración de la reorientación “humanista” del *Boletín* apuntaba, en especial, a las tres contribuciones de Robert Lehmann Nitsche (incorporado ese año como académico titular por La Plata) consagradas a etnología y folklore argentinos.⁹³ Pero ella aludía también a la singular presencia de una mujer a la que ya hemos visto ligada al círculo de artistas e intelectuales nucleado por Vicente Rossi en esos años: Leonor Allende, responsable del artículo sobre arquitectura maya. En rigor, aunque este tipo de incursiones reconocían antecedentes en algunos boletines de la década del noventa (por ejemplo, los textos consagrados a lenguas indígenas por Ambrosetti y Lafone Quevedo), aquellos no habían marcado tendencia, dejando inalterado ese *vacío de sociedad* que Martínez Paz señalaba en su predecesora y contaba, ciertamente, entre los motivos de su propia creación. Si hoy puede advertirse allí el origen de una concurrencia, la novedad de la empresa de Martínez Paz se veía resguardada entonces por su sesgo “occidental”, es decir, por la certidumbre de que la etnología, concebida como el estudio de sociedades indígenas, o el folklore, concebido como el conocimiento de culturas populares, eran derivas lógicas de las ciencias naturales. Frente a ellos, eran la historia, y especialmente la sociología, los saberes que la *Revista de la Universidad* invocaba; demanda fundada en los imperativos de una actualidad gravemente trastornada por el estallido de la Gran Guerra.

La aparición de una revista universitaria no podría justificarse, si no representara una tribuna levantada para la dilucidación de los grandes problemas actuales e históricos de nuestra vida. El pensamiento universitario debe adoptar una posición definida en presencia de todas las grandes cuestiones y debe concurrir con la autoridad de su saber a buscar soluciones.

Quizá en nuestro estado presente, una obra científica ordenada, en el campo de lo social, exigiría comenzar por dilucidar los problemas históricos, envueltos en la oscuridad de las p[er]cepciones, puesto que solo el conocimiento del pasado, puede ponernos en presencia de la verda-

⁹² “Bibliografía”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año II, N° 9, 1915, pp. 134-135. Énfasis agregados.

⁹³ A partir de este, Lehmann Nitsche contribuyó en todos los números hasta el 24, para reaparecer en el 28 y el 30 en la segunda mitad de la década de 1920.

dera realidad actual, pero nuestros problemas exigen desde luego soluciones imposterables.⁹⁴

Desde el comienzo, la revista estableció una comisión consultiva integrada por un académico de ciencias y un representante de cada una de las tres facultades de la Universidad. Nada casualmente, a los nombres del científico Oscar Doering y del ingeniero Achával (de Exactas), se sumaban los de Félix Garzón Maceda e Ignacio Garzón. El primero, como hemos visto, representante de la Facultad de Ciencias Médicas, entonces vicegobernador de Cárcano, inminente impulsor de la compra de *nenúfares* a Capdevila y autor de la monumental *La medicina en Córdoba: apuntes para su historia* (1916-1917), así como futuro director de la Biblioteca Córdoba. El segundo, ex docente de Derecho, entonces bibliotecario de la Universidad y, lo que aquí es más significativo, autor de una *Crónica de Córdoba* cuyos tres volúmenes se habían editado sucesivamente en 1898, 1901 y 1902, y que le habían valido ser el primer cordobés correspondiente de la Junta Nacional de Historia y Numismática (1901). Lo que se subraya es ya bastante obvio: aunque la comisión consultiva de la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba* se quería representativa, nació marcada por el proyecto de su director y, en tal medida, orientada a ser lo que fue en sus primeros años: una especie de “revista de autor” en marco institucional, que alcanzó notable coherencia editorial mientras Martínez Paz siguió a su frente. Esto es muy notable en los propios índices de la *Revista...*, donde tendencialmente las secciones de artículos y reseñas bibliográficas se consagran a cuestiones histórico-sociales, y en menor grado jurídicas y filosóficas, mientras que la pluralidad de la Universidad real se cuele en las secciones secundarias, las institucionales de *Crónica Universitaria* y *Actos y Documentos Oficiales*.⁹⁵ Sin duda hay excepciones, pero estas reafirman la tendencia hasta 1918, año en que, pasadas las turbulencias de la reforma, Félix Garzón Maceda suplanta a Martínez Paz en la dirección.⁹⁶

⁹⁴ *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año 1, N° 1, 1914, pp. 5-6.

⁹⁵ El carácter central de la sección bibliográfica se señala en la contratapa: “La Revista dedicará especial atención al estudio crítico de las obras que se le envíen, particularmente de aquellas que versen sobre cuestiones de interés americano”. Y en efecto, recibió y reseñó libros, revistas y folletos de las distintas provincias argentinas así como brasileños, uruguayos, costarricenses, norteamericanos y bolivianos.

⁹⁶ Frente a la regularidad que había marcado a la revista desde su primer número (agosto de 1914), el N° 3 abrió en mayo de 1918 un paréntesis que solo cerraría la designación, por la intervención nacional, de Garzón Maceda. En el N° 4, en octubre, este resaltará la ocasión de desplegar las cuestionadas virtudes del profesorado cordobés a través de la revista, insistiendo en que ella, que esperaba nuevo aliento económico de la nación, fuese ante todo un órgano de la casa. Allí mismo se veía aparecer entre los colaboradores a Ramón J. Cárcano y se leía una

Así, este artífice de la cátedra de Sociología en Córdoba instalaba una propuesta que, virtualmente universal por su condición universitaria, privilegiaba claramente sociología e historia, a la vez que apuntaba a un público más amplio socialmente y más restringido territorialmente que el de los *Boletines* de la Academia. Orientada a docentes, estudiantes y egresados, la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba* marcó desde el comienzo su vocación argentina y americana, algo muy notable en sus reseñas bibliográficas, y expresó, también, en el tejido de su red de colaboradores. Y si el primer anillo de estos ponía de relieve el propio círculo de Martínez Paz –tanto el reverendo Cabrera, entonces responsable del archivo universitario, como Raúl Orgaz, su discípulo y futuro sucesor en la cátedra de Sociología–, a este se agregaban múltiples figuras de tres generaciones cordobesas o ligadas a Córdoba: de Ángel Ávalos a Gregorio Aráoz Alfaro, de Juan Carlos Pitt a Eufrasio Loza.

Si al igual que el *Boletín* esta experiencia revelaría una duración y regularidad notables y una marcada voluntad de intercambio y expansión, fue su atenta mirada a las novedades bibliográficas lo que la comunicó, más que a aquel, con el mundo del folleto y el libro. No se trataba solamente de que sus reseñas registraran con relativa fidelidad el movimiento bibliográfico nacional y continental en cuestiones humanísticas y sociales sino, en todo caso, de que la importancia acordada a esos comentarios sugiere el papel que la propia revista se adjudicaba en la creación de una comunidad de lectores. Así, en los números 6 y 10 de 1915 pueden leerse las reseñas de las dos grandes colecciones populares que competían entonces por la delimitación de un fondo literario y ensayístico nacional: en primer término, *La Cultura Argentina*, dirigida por José Ingenieros; en segundo, la *Biblioteca Argentina* de Ricardo Rojas. De manera sugestiva, a más de reseñar las publicaciones hechas o programadas por cada una de estas colecciones, Martínez Paz, responsable de ambas bibliográficas, creía posible emprender desde Córdoba tanto el elogio como la crítica. Esto era muy claro en su comentario de *La Cultura Argentina* donde, tras celebrar la figura de Ingenieros –de cuyo empeño decía haber sido testigo–, contrastaba la tendencia dominante en la selección con el que juzgaba su único desvío: la inclusión de *La creación de un mundo moral*, de Agustín Álvarez.

Cada una de [las obras publicadas] representa la expresión más alta en la cultura nacional, en algunas de las diversas direcciones de su

elogiosa necrológica de José del Viso, lo cual, en cierto modo, sugería una reorientación signada, más que por la ola reformista, por las viejas lealtades del nuevo director.

pensamiento. En Sarmiento, el sociólogo e inspirador genial; en Ameghino, el sabio naturalista paleontólogo, en Alberdi el pensador y el alma de la organización política, en Echeverría, el precursor de las libertades publica[s], en Ramos Mejía, la culminación de un criterio histórico positivo, muy interesante, aunque discutible. Confieso que la obra de Álvarez contrasta en este concurso tan selecto, “La creación del mundo moral”, como la mayoría de sus obras, son libelos de combate escritos en un estilo superficial y ligero que no pueden ser presentadas como un exponente de la cultura argentina. El doctor Álvarez no ha escrito una sola obra realmente fundamental y orientadora; no nos ha revelado descubrimientos al modo de Ameghino, ni nos ha dado normas de orientación política como Sarmiento o Alberdi, ni ha organizado el país como Mitre, no ha enseñado, ni en la cátedra, ni en el libro, ni en el parlamento, sencillamente porque sus pensamientos han sido siempre los de un agitado que no ha podido formar escuela nacional porque carecía de serenidad y de alta visión patriótica; es pues excesivo calificarlo con el dictado de gran hombre.⁹⁷

Reseñando y criticando libros locales y extranjeros, la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba* consolidaba su papel mediador entre una industria y un público en formación. Creaba su propio lugar al mismo tiempo que las condiciones del libro nacional, el lugar para otras lecturas que en parte intentaba orientar.

Antes que representativos, los casos considerados son excepcionales: se trata de publicaciones que, en marcos de significativa institucionalización disciplinar y respaldadas por nuevas o renovadas corporaciones (porque tampoco la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba* puede pensarse fuera de la escisión que separó sociólogos de juristas), alcanzaron regularidad y duraciones singulares, contaron con colaboradores de cierta calidad y sentaron, al menos durante algunos años, presencia cordobesa ante un público muy especificado intelectualmente y, a la vez, muy expandido geográficamente. Pero el espacio de estas revistas se recorta sobre un vastísimo universo de publicaciones efímeras que, consagradas a la literatura, las variedades, la prédica religiosa, la persuasión o la sátira polí-

⁹⁷ Enrique Martínez Paz, “Nota bibliográfica a ‘La cultura Argentina’, colección dirigida por José Ingenieros”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año II, N° 6, 1915, pp. 537-538. Las obras incluidas en la colección y a que refería la reseña son: José María Ramos Mejía, *La neurosis de los hombres célebres*; Domingo Faustino Sarmiento, *Conflicto y armonía de las razas*; Florentino Ameghino, *Doctrinas y descubrimientos*; Esteban Echeverría, *Dogma Socialista y Plan Económico*; Juan B. Alberdi, *Bases y El crimen de la guerra*; Mariano Moreno, *Escritos políticos y económicos*.

ticas –o a varias de estas cosas– nacían, morían y se transfiguraban con enorme profusión tanto en Córdoba como en Buenos Aires. Aunque muy pocas de ellas alcanzaron relativa continuidad y protagonismo en el giro de siglo, algunas lo lograron, especialmente ciertas satírico-políticas orientadas a un público que puede presumirse semejante al del diario. Desde luego, la porteña *Caras y Caretas* –enfáticamente anunciada en 1904 por la única agencia de publicaciones cordobesa habilitada para su suscripción– tuvo llegada regular, pero también la local *La Carcajada* constituyó una empresa durable y popular.⁹⁸

Frente a este tipo de publicación periódica hacían su carrera aquellas revistas que, como el *Boletín* o la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, pretendían marcar un territorio disciplinar o cultural y se hallaban sujetas a las exigencias de un público más restringido pero, también, más consecuente y cosmopolita. Las dificultades de las publicaciones periódicas literarias contrastan, en tal sentido, con las halladas por estas experiencias.⁹⁹ A esa situación remite el lamento de Capdevila que fungió de epígrafe, y a ella se vincula también la desilusión que este adjudica a Vicente Rossi frente a la deriva de la porteña *Nosotros*; revista que, con afán juvenilista y voluntad de reunir viejas y nuevas plumas, se había iniciado con grande promesas:

[...] es en efecto NOSOTROS una revista de jóvenes, y como tal se presenta armada de aquel ardimiento que una esperanza no decepcionada presupone. [...] esta revista no será excluyente. No desdeñará las firmas desconocidas. Si lo hiciere, renegaría de su origen, humilde como el lector ve. [...] Siempre que pudiera revelar a algún joven, ya podría esta revista vanagloriarse de su eficacia. Y si estas aspiraciones pudiesen salvar las fronteras de la patria y extenderse a toda

⁹⁸ Hasta donde sabemos, *La Carcajada* fue publicada por Armengol Tercera entre 1871 y 1887 en forma continua y, con intermitencias, desde allí hasta 1905. En 1880, Navarro Viola se refería a su imprenta como una de las mejores del interior.

⁹⁹ Aunque Córdoba produjo una serie de intentos hemerográficos literarios o científico-literarios, todo sugiere que el espacio de aparición local de la literatura y la crítica siguió siendo especialmente el periódico. Véase Olga Santiago, “La disputa literaria y los proyectos culturales en el proceso de modernización de Córdoba”, Córdoba, s/f, mimeo. Entre esas experiencias pueden apuntarse *El pensamiento* (de la sociedad Deán Funes), *La Revista de Córdoba. Ciencias-literatura-variedades* (cuyo secretario de redacción era Ángel Ávalos), *El Destello: semanario literario*, *Primeras Hojas* (del Centro científico-literario Gervasio Méndez), todas en la década de 1880; *Pensamiento Libre* (dirigida por Lugones), *Revista Científico-literaria* (luego *Revista de Córdoba*, órgano de la juventud universitaria), *Córdoba Literaria*, todas de la década de 1890; y, ya en la primera década del siglo xx, el semanario *Athenas*, antes referido por su vínculo con el centro del mismo nombre, al que se ligaban los de Beltrán y Rossi.

la América Latina, mejor aún. Nada de más urgente necesidad que la creación de sólidos vínculos entre los aislados centros intelectuales sudamericanos.¹⁰⁰

Frente al designio de la revista, Rossi habría advertido la medida en que ella consolidaba velozmente un nuevo exclusivismo, marcado ante todo por el territorio; y desde entonces, e incluso luego de la incorporación de Capdevila al elenco, abandonaría el artificio inclusivo y hablaría de “ellos”: *Ellos* en vez de *Nosotros*.¹⁰¹

Si *Nosotros* trajo la decepción fue porque habido parecido encarnar la promesa de abrir, desde el centro, lo que el giro de siglo había cerrado. Su silueta literaria y su vocación hispanoamericana parecieron recortarse entonces sobre un panorama dominado por la llegada de experiencias fuertes como la *Nueva Revista de Buenos Aires* o, luego, *La Biblioteca*. La primera, publicada entre 1881 y 1885 bajo la dirección sucesiva de Vicente y Ernesto Quesada, concentró su atención en temas de derecho internacional, muy especialmente aquellos que involucraban candentes cuestiones de límites, pero albergó también, en menor grado, ciertas intervenciones literarias, históricas y económicas.¹⁰² De su recepción hay múltiples indicios, no siendo el menor que el sacerdote Cabrera haya debido fundar muchos de sus escritos históricos en la documentación ofrecida por esa revista y, aún más, por su predecesora, la *Revista de Buenos Aires*.¹⁰³ Aunque Córdoba ocupara muy poco lugar en la *Nueva Revista* (solo identificamos tres colaboradores locales de los 107 que contó), sus páginas difundieron por primera vez las fuertes imágenes de la ciudad que, rubricadas por Quesada bajo el seudónimo Víctor Gálvez, alimentarían luego las *Memorias de un viejo*.¹⁰⁴ En lo que hace a *La Biblioteca*, dirigida por Paul Groussac entre 1896 y 1898 y consagrada a temas históricos, artísticos y literarios, esta expresó muy singularmente la naciona-

¹⁰⁰ *Nosotros*, N° 1, pp. 5-6.

¹⁰¹ A. Capdevila, *op. cit.*, p. 55.

¹⁰² Ernesto Maeder, “Introducción” al Índice General de la *Nueva Revista de Buenos Aires*, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. xxxiv, 1964.

¹⁰³ Si la *Revista de Buenos Aires*, dirigida por Vicente Quesada y Miguel Navarro Viola entre 1863 y 1871, proveyó documentación fundamental al sacerdote, la *Nueva Revista*, reorientada a la actualidad jurídico-política respecto de aquella de orientación histórica, haría más moderadamente lo propio.

¹⁰⁴ Nos referimos a “Treinta años antes. (Costumbres cordobesas)” y a “El Colegio de Monserrat y la Universidad de Córdoba. (Recuerdos Íntimos)”, ambos de 1884. En cuanto a los cordobeses representados en la *Nueva Revista*, hasta donde nuestra vista alcanza, se trata de Nicéforo Castellano, Manuel Rafael García y Juan M. Garro, además de docentes en derecho, todos católicos orgánicos y, en los dos primeros casos, parte de la terna apartada cuando el escándalo Cárcano.

lización de una élite letrada en virtud de derroteros políticos, diplomáticos o propiamente artístico-literarios. En tal sentido, contando con un conjunto menor de colaboradores (79 según Maeder), férreamente alentada y seguida por la genuina e implacable curiosidad de su director, *La Biblioteca* fue federal en la medida en que expresaba con nitidez la –ya indiscutible– capitalidad cultural de Buenos Aires, nutrida por los desplazamientos de provincianos expectables. Así, sus páginas constataron o promovieron el proceso de nacionalización de ciertos cordobeses (Cárcano y Lugones, respectivamente), tanto como *devolvieron* nacionales a otros universitarios de Córdoba (reimprimiendo a Vélez Sarsfield o publicando a Joaquín V. González), y alentaron su convivencia con un notable panteón que iba de Schiaffino a Quesada, de Darío a Cané.

Tesis. Grandes comercios fuera del mercado

El editorial que publicamos bajo el rubro *Las revoluciones*, es uno de los capítulos de la obra sobre *Revoluciones* que en breve dará a luz en la Capital de la República su autor el Dr. Joaquín V. González. Un fragmento de esa obra sirvió a nuestro colaborador, en la función de Tesis que ofreciera a poco en la Universidad, para optar al grado de doctor, fragmento que ha levantado aplausos en las notas bibliográficas de la prensa argentina.

Revista de Córdoba, 1886

Como pudo verse en el capítulo anterior, entre fines de la década de 1870 y comienzos de la de 1880 las tres facultades de la Universidad Nacional de Córdoba incorporaron la instancia de tesis como requisito para la obtención del doctorado, favoreciendo así la producción de una masa impresa que merece ser atendida por tres datos fundamentales. En primer término, porque las tesis constituyen bienes impresos que, excluidos de la circulación propiamente mercantil, integran circuitos alternativos y significativos de intercambio simbólico; en segundo, porque ellas pueden siempre, y a menudo lo hacen, virar a formas nuevas –la de artículo, libro o folleto– mediante las que ingresan en el comercio más o menos amplio y monetizado de palabra impresa; finalmente, porque la generalización de su exigencia instaló una demanda regular de prensas en la ciudad, constituyendo, puede presumirse, uno de los pivotes más estables de su existencia y multiplicación en el giro de siglo.

Ya en su primera forma de realización impresa, como reproducción técnica de la palabra manuscrita a escala restringida, las tesis ejercen su efecto multiplicador, excediendo desde el comienzo el número de sus des-

tinatarios forzosos para alimentar la constitución de fondos públicos y viabilizar su circulación en un territorio más vasto.¹⁰⁵ Indudablemente la biblioteca universitaria se nutre de estas piezas, pero también lo hacen aquellas que, merced a disposiciones oficiales o pedidos particulares, reclaman parte de esta creciente colección. Así, por ejemplo, en 1890 consta tanto el envío de la colección completa de las tesis a la Biblioteca Nacional de la Capital Federal cuanto el pedido de bibliotecas pequeñas como la de San Fernando, en provincia de Buenos Aires.¹⁰⁶ Si a esa circulación institucional se añade la que evidentemente hubo a nivel interpersonal, rastreable en fondos diversos a través de las dedicatorias,¹⁰⁷ se advierte fácilmente que las tesis constituyeron un verdadero bien de intercambio, y aun de “exportación”, en la etapa, tendencia sin duda fortalecida por su inclusión en la sección bibliográfica de múltiples publicaciones periódicas. Entre otros, tanto el *Anuario Estadístico* de Navarro Viola como, luego, la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba* incorporarían ese hábito, contribuyendo así a la divulgación de estas piezas y de sus autores.¹⁰⁸

Frente a esa forma característica de existencia y circulación de las tesis deben considerarse aquellas que presumen cierta alteración de la estructura del objeto, ya que el texto puede siempre, total o parcialmente, hallar otras vías de aparición impresa merced a transformaciones formales y técnicas más o menos significativas. Aunque muy pocas tesis parecen haber tenido reimpressiones posteriores a mayor escala (aparentemente el caso de Cárcano), algunas devinieron libros y muchos capítulos fueron el insumo de artículos en revistas locales o porteñas.¹⁰⁹ La tesis de Joaquín

¹⁰⁵ En su artículo 20, el plan de estudios de Derecho establecía: “las tesis o disertaciones se imprimirán en el formato de cuarto menor, tipo cuerpo once, y se entregarán al Secretario en número de veinticinco ejemplares y un original con la firma autógrafa, diez días antes del designado para la función” (“Plan de Estudios de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales”, *Documentos de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba*, Libro 42). Estos 25 ejemplares impresos, que excedían holgadamente sus destinatarios necesarios –el propio tribunal examinador y el cuerpo de replicantes– fueron, como se señaló, elevados a 60 en 1906.

¹⁰⁶ Actas de Consejo Superior, 1890, f. 102; Documentos de la Universidad Nacional de Córdoba, 1890, f. 62. Al parecer, también en la Biblioteca de la Facultad de Derecho de Montevideo hay buena parte de las tesis locales de la época.

¹⁰⁷ Por ejemplo, los ejemplares que Cárcano y Del Viso dedican a Cipriano Soria, disponibles en la SEA.

¹⁰⁸ Como prueba *en contrario* de esta tendencia, puede consignarse que Paul Groussac dedicará punzantes páginas del “Boletín Bibliográfico” de *La Biblioteca* (vol. v, julio de 1897) a justificar la omisión en la revista de las setenta tesis porteñas apiladas sobre su escritorio.

¹⁰⁹ Incluso una tirada ampliada –es decir, una alteración por la vía del número– cambia estructuralmente el objeto, que pasa a ser una reproducción de segundo grado, motivada por cuestio-

V. González es muy ilustrativa de este punto: presentada en 1885 bajo el título de *Estudio sobre la revolución*, sufrió la censura de varios capítulos que no pasaron a imprenta. Estos eran, por un lado, los capítulos III, IV y V (“El derecho y la moral social”, “El derecho y la religión” y “El estado y la iglesia”), atinentes a cuestiones espinosas en esos años de ardua lucha por definir la jurisdicción estatal en materia civil; por otro, el capítulo VI (“El estado y la instrucción del pueblo”), expresivo de la preocupación educativa que llegaría a identificarse con el krausismo. Desterrados de la Universidad, los capítulos III y IV serían publicados casi de inmediato por la *Revista de Córdoba*, con leves modificaciones y en forma de artículo unitario (“Las revoluciones bajo el punto de vista de la moral y la religión”), y allí mismo se habría publicado el V en el número siguiente.¹¹⁰ El capítulo VI, por su parte, sería publicado el mismo año por *La Educación*, revista de Capital Federal.¹¹¹ En el primer caso, el artículo era precedido por el comentario recogido en nuestro epígrafe. Y aunque allí se hablaba de un libro en preparación, del que la tesis sería apenas uno de los insumos y que la revista vendría a adelantar, parece claro que esa fusión de capítulos expresaba el tránsito inverso, de la tesis censurada a la reparación de la censura, primero, y quizás de allí al libro (aparentemente nunca publicado). En un movimiento ya coleccionista y extemporáneo, la tesis completa sería incluida en las *Obras completas de Joaquín V. González*, ordenadas por el Congreso Nacional en 1933 y presentadas por Levene en su edición de 1935, y restituida así definitivamente al conjunto de los textos a los que se acordaba un principio de unidad autoral—su *obra* en sentido estricto.

Finalmente, se ha señalado la incidencia de las tesis en la demanda de prensas en la ciudad y, en esa medida, postulado su importancia como estímulo efectivo de esa actividad. Incluso cuando no todas las imprentas se encuentren igualmente representadas en la fábrica de tesis (hay, por el contrario, ciclos de popularidad y marcas de otro tipo de alianzas), la inci-

nes ligadas al nombre o al contenido. Cárcano apunta en sus memorias la reimpresión de su tesis en 3.000 ejemplares, que habrían sido enviados al resto del país y al exterior. Un caso diverso es el de la tesis de César Reyes, “La sociedad argentina. Análisis-crítica”, presentada en 1913 a la Facultad de Derecho, rechazada por ella y publicada luego con una larga introducción polémica, es decir, convertida radicalmente en otro objeto.

¹¹⁰ *La Revista de Córdoba. Ciencias-Literatura-Novedades*, año I, N° II, septiembre de 1886, pp. 19-24.

¹¹¹ Tratamos este expediente en Ana Clarisa Agüero, “La naturaleza de las cosas. Notas introductorias al *Estudio sobre la revolución*, de Joaquín V. González”, en Joaquín V. González, *Estudio sobre la revolución y otros escritos*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 2010.

dencia relativa de las tesis en la vida de la imprenta puede advertirse con solo efectuar un rápido cotejo: de los 108 títulos relevados como impresos o editados por La Minerva entre 1884 y 1920 (sin considerar el cambio de propietarios), 53 son tesis. Para pensar en otra casa notable, el “catálogo” reconstruido hasta el momento sugiere que, de los 63 títulos impresos por la Imprenta Argentina entre 1904 y 1915, 31 son tesis. La tendencia cambia a partir de esa fecha, con la asunción de Rossi como único dueño de la casa, sucediéndose desde entonces y hasta 1920 al menos 11 títulos entre los que, habiendo un par de publicaciones oficiales, al menos cinco son decididamente literarios y no se constata ninguna tesis.

Autores, obra y edición. El nacimiento del autor entre Córdoba y Buenos Aires

En la República Argentina la vida intelectual es sumamente irregular: ni se conocen todos los que cultivan las letras residiendo en la misma localidad, ni tampoco tienen correspondencia los que viven en distintas ciudades. En Buenos Aires hay considerable cantidad de hombres de estudio, de publicistas y de amantes de las letras: la política o la vida social los separa y desune, esterilizando muchos trabajos, alentando pocos e impidiendo una fecunda cooperación. En Córdoba hay vida literaria activa, hay un núcleo de jóvenes que en sociedades y periódicos trabajan con ardor: sus nombres son apenas conocidos en la Capital. Y así sucesivamente podría ir analizando pueblo por pueblo.

ERNESTO QUESADA, “El Congreso Literario latino-americano”, 1882

En 1900, las treinta imprentas cordobesas que habían sido activas, algunas nacido y sucumbido, desde 1880, podían jactarse de haber *vuelto libro* o folleto textos históricos de Juan M. Olmos, literarios de José María Vélez y jurídicos de Cipriano Soria; compacto grupo al que hoy une, ante todo, un sensible anonimato. Dado que ese oscurecimiento autoral convive a veces con reconocimientos políticos o académicos, parece haber en el devaluó más que un específico tamiz de calidad o un deliberado trabajo de ocultamiento. A nuestro juicio, buena parte de él reconduce a coordenadas más amplias tanto territorial cuanto materialmente: la operación social por la cual se adjudica a un sujeto la condición de autor (ligada a la elaboración de un nombre, la atribución de una *obra* y el despliegue de un mercado) es, en el giro de siglo argentino, una operación decididamente *nacional*; esto es, una operación que tiene lugar en una geografía dilatada pero también sensiblemente jerarquizada y, por tanto, dominada por el ámbito al cual se reconocen las cualidades del

centro.¹¹² Dicho en otros términos, *autores* son aquellos que logran persistir en la llegada de su nombre y sus textos a Buenos Aires y, especialmente, quienes logran convertirlos en impresos y difundirlos desde esa ciudad. Si, como sugerimos, la cuestión se dirime en el centro, la consideración de la suerte corrida por ciertas figuras de provincias parece un mirador doblemente adecuado ya que, más allá del juego de inclusiones y exclusiones, permite advertir una geografía móvil de aproximaciones, merodeos, instalaciones y vueltas al pago que afectan tanto al nombre cuanto al texto, el libro o el sujeto.

Es sencillo constatar que no todos los pretendientes llegaron a ser reconocidos como autores de historia, derecho, ciencia o literatura. Y si esa constatación no es excepcional, resalta al menos la conveniencia de pensar en términos de *fábrica del autor*, es decir, de una elaboración compleja, mediada por instituciones como las academias, por empresas grandes o pequeñas, por un público en formación y, en alguno que otro caso, por el tipo de cualidades individuales que es habitual presumir en el origen del canon.¹¹³ Puesto que, a la vez, nada hay menos natural que el canon, todo esfuerzo por mostrar esa *fábrica* debe privilegiar, en la senda marcada por Pierre Bourdieu, aquellos elementos ocluidos por las variantes de la ideología del genio, que son los que en buen grado hicieron de Ramón J. Cárcano, Pablo J. Cabrera, Juan M. Garro, Leopoldo Lugones, Martín Gil o Raúl Orgaz verdaderos *autores*.¹¹⁴ Para esto es preciso avanzar en el cotejo de varias *series* (ediciones y lugares de edición, prólogos, comentarios bibliográficos, datos relevantes de trayectoria social), porque en ese cotejo la autoría se muestra en toda su laboriosidad, surgiendo o frustrándose entre Córdoba y Buenos Aires. Y aunque, en términos generales, la importancia de la mediación porteña puede defenderse respecto de todos los nombres citados, consideraremos apretadamente dos

¹¹² Las características señaladas reenvían, en parte, a las adjudicadas por Foucault a la función-autor: su ligazón a un sistema jurídico institucional, su diversidad conforme a variados discursos y culturas, su artificialidad y, en menor medida para nuestro interés, su pluralidad de ego. Michel Foucault, *¿Qué es un autor?*, México, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1985, p. 29.

¹¹³ La importancia de las academias en la construcción de figuras intelectuales y autorales a escala nacional es innegable, aunque su incidencia sea desigual. En ocasiones, sus créditos llegan en el momento oportuno mientras que, en otras, tan tarde como para funcionar en verdad como lo que dicen ser: ámbitos de consagración. Entre ellas, la de Ciencias juega un papel singular en Córdoba, sede de su creación, siendo una temprana y “natural” vía de nacionalización de figuras locales.

¹¹⁴ Pierre Bourdieu, “Campo de poder, campo intelectual y habitus de clase”, *Campo de poder, campo intelectual*, Buenos Aires, Quadrata, 2003. Esto es, no solo sujetos de derecho privado o proscripción pública, ni meramente nombres propios, sino nombres asociados a una obra, resultado a la vez que estímulo de un público más o menos cuantioso.

casos, el de Juan M. Garro, universitario de Córdoba de origen puntano, y el de Martín Gil, universitario de Buenos Aires de origen cordobés y larga actuación en ambas ciudades.

Garro

El nacimiento autoral de Juan M. Garro (1847-1927) fue, en buena medida, obra de la *Nueva Revista de Buenos Aires*. No se trata solo de que este hubiera ido volcando allí los avances de su *Bosquejo histórico de la Universidad de Córdoba* sino de que, conforme el propio programa de la revista, esos anticipos preparaban la aparición del libro.¹¹⁵ Así Garro, que acababa de concluir su diputación nacional por San Luis, fue adelantando allí partes de su *Bosquejo*, a la vez que encontró en la “Bibliografía” de la revista el más entusiasta comentador cuando ellas se convirtieron en libro.¹¹⁶ Pocas cosas muestran mejor la fábrica del autor que la insistencia de la *Nueva Revista* en los méritos que inclinaban, y comprometían, a Garro en ese sentido:

El doctor Garro no es un desconocido: ha llegado precedido del aprecio de los que habían conocido su valor [sic], en laboriosas discusiones en la cámara de Diputados de la Nación [...] Cuando terminó sus tareas parlamentarias [...] ha escrito la historia interesante de la más antigua de las Universidades en el territorio que hoy forma la República Argentina. Ha indagado en las fuentes originales, en los archivos y entre los documentos de aquella Universidad famosa, y ahora presenta el fruto sazonado de sus vigiliias. La NUEVA REVISTA saluda a su autor como a un viejo conocido, y recibe este nuevo libro como la promesa de futuros trabajos –para aumentar el caudal literario nacional.¹¹⁷

Es lícito presumir que el ejercicio de su diputación permitió a Garro consolidar los lazos que lo llevaron a la *Nueva Revista* y, en verdad, Garro fue *nacional* porque era político. Pero además era católico, y su catolicismo

¹¹⁵ Según ese programa, la *Nueva Revista* buscaba llenar la “etapa intermedia entre el diario y el libro”, cosa que creía haber hecho respecto del *Bosquejo* de Garro, del que adelantó partes en sus tomos I y III. “Suplemento a la entrega de marzo de 1882 de la *Nueva Revista*”, año I, t. II, marzo de 1882, pp. 8 y 9; Juan M. Garro, *Bosquejo histórico de la Universidad de Córdoba con un apéndice de documentos*, Buenos Aires, Biedma, 1882.

¹¹⁶ El texto completo (540 páginas) fue editado en 1882 por Biedma, en Buenos Aires.

¹¹⁷ Vicente Quesada, “Revista Bibliográfica de *Bosquejo Histórico de la Universidad de Córdoba, con un apéndice de documentos*, por J. M. Garro”, *Nueva Revista de Buenos Aires*, año II, t. V, agosto de 1882, p. 160.

militante, crecientemente politizado, fue también un factor principal de nacionalización.¹¹⁸ Visto desde esta perspectiva, el *Bosquejo* se urde conjuntamente al vínculo con Estrada, algo que resuena en la elección de Biedma (que había publicado, al menos, tres libros de Estrada entre 1877 y 1880) como su impresor.¹¹⁹ De este modo, un texto que tematizaba el espacio cordobés, era firmado por un puntano-cordobés y vuelto libro en prensa porteña (cuadro 7). Y puesto que la *Nueva Revista* se interesaba por la *aparición del libro* pero también por la del autor (una faceta de sus continuas lamentaciones sobre el estado de la cultura argentina), no debe sorprender que, luego de la salutación, condenara la falta de apoyo de la universidad cordobesa, virtualmente incapaz de acompañar –de sostener– la gesta de Garro.

En poco tiempo, el libro sería de consulta ineludible para todo interesado en la historia de Córdoba y su universidad. Pero para que eso ocurriera debieron sumarse también las objeciones de Abraham Argañaras, franciscano cordobés que llevó a una prensa porteña, casi de inmediato, sus *Rectificaciones*, ante todo atinentes a la etapa dominada por su orden.¹²⁰ Garro respondió con un breve folleto local que, impreso por el Eco de Córdoba, reforzaba sus créditos católicos; esa discreta respuesta local, sin embargo, tenía lugar el mismo año en que su nombre *sonaba*, a escala nacional, en la célebre Asamblea de Católicos Argentinos.¹²¹

Las vicisitudes del *Bosquejo* grafican bien el modo en que Garro conduce sus apuestas local-nacionales según un arte combinatorio orientado a compensar, entre Córdoba y Buenos Aires, las altas y bajas de sus créditos políticos, académicos, religiosos e intelectuales. Miembro de la Junta Revolucionaria que expulsó al juarismo, Garro salda en la Capital la larga inquina político-académica local iniciada con la tesis de Cárcano; cate-

¹¹⁸ Activísimo en la contraofensiva antilaicista, Garro es presidente de la Asociación Católica de Córdoba al momento de la Asamblea de Católicos Argentinos (1884); inmediatamente creada la Unión Nacional, asumirá junto a Jacinto Ríos la creación y dirección del diario *El Porvenir*, que se reconoce su órgano.

¹¹⁹ Puede sugerirse incluso una vinculación familiar entre Estrada y Biedma, en virtud del matrimonio de su hermano Ángel; refuerzan esta idea los continuos cruces de biedmas y estradas como autores o editores. Respecto de las objeciones efectuadas a Estrada por la estatización de ciertos hábitos familiar-comerciales, véase A. Prieto, *op. cit.*, p. 29.

¹²⁰ Abraham Argañaras, *Rectificaciones críticas de la reciente Historia de la Universidad de Córdoba del Tucumán*, Buenos Aires, *s/e*, 1883.

¹²¹ Juan M. Garro, *La Universidad de Córdoba bajo la dirección de los religiosos de San Francisco. Réplica al R. P. Fr. Abraham Argañaras*, Córdoba, El Eco de Córdoba, 1884. Respecto de la “coyuntura católica” y el rol jugado en ella por Garro, puede verse la “Noticia Biográfica” que Manuel Río (hijo) hace de su padre, con marcada atención a su círculo, en Manuel Río, *Córdoba, su fisonomía y su misión. Escritos y discursos*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1967, pp. 15-17.

drático cordobés, abona su futuro decanato en Buenos Aires; candidato a la vicepresidencia por la UCR, se aleja de *El Porvenir* pero redobla su presencia política y cultural en Córdoba.¹²² Su constitución autoral es, en este sentido, un capítulo de ese juego regular de apuestas, acumulación y compensación en una amplia geografía, juego cuyas vicisitudes se expresarán cada vez más en ediciones porteñas.

En 1896, Garro biografía a Estrada para la edición de sus *Obras completas*, algo que lo consolida genéricamente como autor, a la vez que puntualmente como sucesor en el espacio católico; desde 1899 escribe en la *Revista de Derecho, Historia y Letras* de Zeballos, actualizando *en y desde* Buenos Aires sus créditos jurídicos; designado decano de la Facultad de Derecho de esa ciudad (1906), da vida a su *Revista*, poniendo de relieve su *plus* de intelectual-editor.¹²³ Producto de esa larga y diversificada sumatoria, hacia 1910 su condición de autor parece ya fuera de discusión: por un lado, satisface el encargo oficial de editar los *Escritos y Discursos* de Avellaneda, cuya “Noticia biográfica” firma y publica también separadamente; por otro, expresa su autoridad al prologar las *Tradiciones puntanas* de Juan Gez, quien luego sería su biógrafo.¹²⁴ Cerrando el ciclo, en 1916 Weiss y Preusche imprimía sus *Páginas dispersas*, obra que otros cordobeses devenidos autores en esos años leerían con tanta atención como el *Bosquejo*.¹²⁵ Un ejemplo relevante de esto es el de Pablo Cabrera,¹²⁶ de cuyas menciones se desprende que, ya en los veinte, el nombre de aquel viejo universitario de Córdoba podía ser invocado como fuente de una autoridad específica, asociado a una obra y remitido a un público (cuadro 7).

¹²² Entre 1891 y 1894, Garro tiene una importante presencia impresa a nivel local, autorizando la reproducción periodística de sus discursos políticos, y publicando algunos de ellos en forma de folleto. En lo que hace a su afirmación como figura cultural, participa en 1894 de la creación del Ateneo de Córdoba, asociación que integra entonces (y por varios años) como vicepresidente.

¹²³ Las *Obras completas* de Estrada fueron editadas en 1896, en Buenos Aires, por la Librería del Colegio, e impresas por la Compañía Sudamericana de Billetes de Banco. Según M. Río, *op. cit.*, p. 464, la “Noticia Biográfica” redactada por Garro fue objeto, además, de una edición especial de 60 ejemplares.

¹²⁴ Los *Escritos y discursos* también fueron impresos por la Compañía Sudamericana, así como la separata biográfica, de 47 páginas; el texto de Juan Gez, originalmente impreso en Corrientes, sería luego reeditado varias veces en Buenos Aires por Weiss y Preusche. También en 1910, Garro fue designado por Sáenz Peña ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública.

¹²⁵ En 1915 Garro había sido integrado a la Academia de Ciencias, reconocimiento tardío y de poca incidencia en su caso. Sorprende, sin embargo, su ausencia en la nómina de la Junta de Historia y Numismática, máxime cuando muchas de sus relaciones, de los Quesada al propio Gez, la integraban.

¹²⁶ Pablo J. Cabrera, “Imprentas e impresos en nuestro pasado”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, vols. 10 a 12, 1924.

Cuadro 7. Juan Mamerto Garro (1847-1937)

Año	Publicaciones			Otros datos de trayectoria
	Título	Imprenta/ editorial	Ciudad	
1874/ 1880				Diputado nacional por San Luis
1882	<i>Bosquejo histórico de la Universidad de Córdoba con un apéndice de documentos</i>	M. Biedma	Buenos Aires	
[1883: <i>Rectificaciones críticas de la reciente historia de la Universidad de Córdoba del Tucumán</i> , por Abraham Argañaras, franciscano y cronista de la orden minorista del Río de la Plata, Buenos Aires, 1883. ¿Tucumán?]				
1884	<i>La Universidad de Córdoba bajo la dirección de los religiosos de San Francisco. Réplica al padre Abraham Argañaras</i>		Córdoba	1884/1887 Presidente de la Asociación Católica de Córdoba/
1886	<i>Memoria presentada a la Asamblea de la Asociación Católica de Córdoba por su presidente</i>		Córdoba	Asamblea de Católicos Argentinos 1887/1891
1887	<i>Memoria presentada a la Asamblea de la Asociación Católica de Córdoba por su presidente</i>		Córdoba	Co-dir. de <i>El Porvenir</i> junto a Jacinto Ríos/ Unión Católica Argentina
1890	Entre 1890 y 1894, discursos políticos difundidos en la prensa cordobesa			Miembro Junta Revolucionaria con Alem
1891	Candidato a Vicepresidente (UCR)			
1892	“La nacionalidad argentina” (discurso leído en la velada lírico-musical del 12/10, la Asociación Católica de Córdoba)		Córdoba	
1894				Vicepresidente 2° del Ateneo de Córdoba
1895				Vicepresidente 1° del Ateneo de Córdoba
1896	“José Manuel Estrada. Noticia biográfica”, en <i>Obras completas</i> de José Manuel Estrada	Librería del Colegio / Cía. Sudamericana de Billetes de Banco	Buenos Aires	

Año	Publicaciones			Otros datos de trayectoria
	Título	Imprenta/ editorial	Ciudad	
1896?	“José Manuel Estrada. Noticia biográfica”	Librería del Colegio / Cía. Sudamericana de Billetes de Banco	Buenos Aires	
1897				Vicepresidente 1° del Ateneo de Córdoba
1899	“Por las instituciones”	<i>Revista de Derecho, Historia y Letras</i> , t. II	Buenos Aires	
1900	“San Luis en la independencia del Sur América”	<i>Revista de Derecho, Historia y Letras</i> , t. V	Buenos Aires	
	“Fray Cayetano Rodríguez y el Obispo Molina”	<i>Revista de Derecho, Historia y Letras</i> , t. VI	Buenos Aires	
	“La nacionalidad argentina” (18 pp.)	<i>La popular</i>	La Plata	
1901	Comentario a <i>Crónica de Córdoba</i> , de Ignacio Garzón	<i>Revista de Derecho, Historia y Letras</i> , t. XI	Buenos Aires	
1902 ¿?	Comentario a <i>Anales de la Universidad de Córdoba</i>	<i>Revista de Derecho, Historia y Letras</i> , t. XII	Buenos Aires	
	“Comienzos de la Facultad de Derecho en la Universidad de Córdoba”	<i>Anales de la Facultad de derecho y Ciencias Sociales</i> (vol. 1)	Buenos Aires	
	<i>Bosquejo histórico de la Universidad de Córdoba con un apéndice de documentos</i>	¿?	¿Buenos Aires?	
1906	Conferencia leída por el socio honorario Dr. Juan M. Garro: en la fiesta social del Centro Puntano	Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional	Buenos Aires	1906/1908 decano de Derecho y Ciencias Sociales UBA
1907	“Premio Universidad de Buenos Aires”	<i>Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales</i> (vol. 1)	Buenos Aires	

Año	Publicaciones			Otros datos de trayectoria
	Título	Imprenta/ editorial	Ciudad	
1908	“Nuevo plan de estudios de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales”	<i>Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales</i> (vol. II)	Buenos Aires	1906/1908 decano de Derecho y Ciencias Sociales UBA
	“Programa para exámenes de ingreso”		Buenos Aires	
	“Cuadro estático de exámenes”		Buenos Aires	
	“Proyecto de ordenanza sobre un concurso”	<i>Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales</i> (vol. III)	Buenos Aires	
	“Reforma del sistema de exámenes. Proyecto de ordenanza”	<i>Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales</i> (vol. IV)	Buenos Aires	
1909				1909/1910
1910	“Prólogo” a <i>La tradición puntana</i> , de Juan W. Gez	Teodoro Heinecke	Corrientes	Editor de <i>Escritos y Discursos</i> de Avellaneda
	Noticia biográfica de Nicolás Avellaneda, en sus <i>Escritos y Discursos</i>	Sud-Americana de Billetes de Banco	Buenos Aires	
	<i>Nicolás Avellaneda</i>	Sud-Americana de Billetes de Banco	Buenos Aires	
1911	<i>Reglamento para el Instituto Nacional de Ciegos</i>	Talleres Gráficos de la Penitenciaría	Buenos Aires	Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública de la Nación
1912	<i>Las universidades y el progreso científico en América</i>	Imprenta Barcelona	Santiago	
1915				Miembro Acad. Nac. de Ciencias
1916	<i>Páginas dispersas: escritos y discursos</i>	Establecimiento Tipográfico Weiss y Preusche	Buenos Aires	

Gil

Consideremos ahora el caso de Martín Gil (1868-1955), periodista cordobés y narrador de ocasión al momento de esta escena:

Fines del siglo XIX. Salón en Buenos Aires. ¿Quién era el que narraba? ¿Quién ese hombre nervioso, menudo y vivaz que a todos deleita con su expresión tan sabrosa? Era Martín Gil quien narraba; y a la tertulia toda, entre mundana y literaria, presidida por un gran señor de las letras y de la alta sociedad, le hacía muchísima gracia el donaire del narrador [...] Todos reían. Pero Cárcano, además de reír, como buen conocedor del ambiente campestre, reflexionando a fuer de escritor, le dijo un día a su visitante: –Usted debería escribir estas cosas; escribirlas tal como las cuenta. [...] No vacile. Ensaye. Escriba. Empiece por *Noche de perros*, y ya verá cómo gusta. El doctor Cárcano acertó. Y cuando el nuevo escritor lanzaba desde Córdoba su primer libro –*Prosa Rural*– le era dado proclamar a aquel en su Carta Prologal la belleza y utilidad de esas páginas [...] Muy pronto vendría “el triunfo duradero y resonante”. [...] Fue Brocha Gorda, o sea don Julio L. de Jaimés [...] quien saludó con el debido encomio la aparición de tan simpática obra, en *La Nación* del 26 de diciembre de 1900...¹²⁷

Los años de la velada son aquellos en que Cárcano escribe para *La Biblioteca* de Groussac. Desde su nacionalización merced al juarismo, ha pasado más de ocho veces por las prensas porteñas solo con sus artículos, folletos y libros de carácter histórico. Está, por lo demás, en vísperas de ser integrado a la Junta de Historia y Numismática. Él, entonces, empujando a Gil a la escritura, estimulando y prologando desde Buenos Aires su primer libro, *hecho* en Córdoba pero, fundamentalmente, celebrado por *La Nación*. El “triunfo”, dice Capdevila, aunque en rigor se trate del primer escalón en la fábrica del autor, como revela el derrotero de su segundo libro, *Modos de ver* (1903), que llegará a contar cinco ediciones, muy expresivas del creciente prestigio de Gil. Publicado originalmente por La Italia, tendrá en 1913 una segunda y jerarquizada impresión local por Rossi.¹²⁸ En 1920 comienzan sus ediciones porteñas: ese año, la Cooperativa de Edición Limitada, en 1923 la Agencia General de Librería y Publicaciones y, presumiblemente en

¹²⁷ Arturo Capdevila, “Martín Gil. Ciudadano del cielo”, prólogo a Martín Gil, *Antología*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1960, pp. 7-8.

¹²⁸ Gil era entonces ministro de Gobierno de Cárcano. Cabe recordar que en 1912 había iniciado el vínculo con la Imprenta Argentina prologando el *Don Juan Zeballos* de Leonor Allende.

la década de 1940, Anaconda (cuadro 8). La seguidilla es indicativa no solo de la jerarquización del libro en el espacio local (ya que desde el punto de vista de los pretendientes, la edición por Rossi constituye un reconocimiento intelectual y autoral) sino también de sus repercusiones en el centro. Indudablemente, ambos fenómenos habían sido preparados o reforzados por cosas que excedían el texto. Por empezar, inmediato a la primera edición, un encendido debate periodístico entre Manuel Pizarro y Martín Gil sobre las razones primeras y últimas; el uno atacando desde el católico *Los Principios*, el otro atrincherado en *La Patria*.¹²⁹ El nombre *suen*, como en la década de 1880 el de Cárcano, tanto en Córdoba como en Buenos Aires. En segundo término, la aparición local de *Agua mansa*, en 1906. En tercero, la incorporación de Gil a *La Nación* –desde 1907 y durante más de cuarenta años–, factor central de afirmación en un territorio más vasto.¹³⁰

La eficacia de esta escalada se advierte ya en *Cosas de arriba* (1909), expresivo de su reorientación astronómica, también salido de prensas cordobesas pero prologado por el porteño Ángel Gallardo.¹³¹ El movimiento al centro, que es inicialmente la nacionalización de un nombre ligado a la escritura, se expresa en la acumulación de créditos por él expedidos: en 1915, Gil se convierte en miembro de la Academia Nacional de Ciencias, y en 1916 de la Junta de Historia y Numismática. En 1917, gran síntoma, ve la luz su última edición cordobesa, *Celestes y cósmicas*, impresa por Bautista Cubas. Desde esa fecha, además de sus varias reediciones totales o parciales (entre ellas la de la campera *Agua mansa*, en 1924, ahora con una carta de Eduardo Wilde) pasarían por imprenta porteña, al menos, cinco nuevos libros, muchos de tema astronómico. Su desplazamiento físico a la Capital, ligado a sucesivas funciones, hará irreversible este proceso de construcción autoral que la Academia de Letras consagraría en 1935.¹³² Y aunque esa designación provocara la sonrisa agria de Deodoro Roca ante Martín Gil, escritor “perpetuamente salido de su órbita”, ya Manuel Gleizer había publicado su *Mirar desde arriba* (1930), prologado por Alberto Gerchunoff al igual que *Hablando solo* (1935). Y Xul Solar, y Macedonio Fernández, eran ahora sus amigos.¹³³

¹²⁹ A. Capdevila, “Martín Gil...”, *op. cit.*

¹³⁰ El protagonismo de *La Nación* en la fábrica de autores y la creación de redes intelectuales a escala hispanoamericana ha sido puesto de relieve en el formidable trabajo de Julio Ramos, *Descuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pp. 95-111.

¹³¹ También impreso por La Italia de Biffignandi como, estimamos, sus libros de 1903 y 1906.

¹³² Fue diputado nacional entre 1926 y 1930, director general de Meteorología e Inspector del Consejo Nacional de Educación luego de esa fecha.

¹³³ El origen de la Academia de Letras, subproducto del golpe militar de 1930, la hacía especial-

Cuadro 8. Martín Gil (1868-1955)

Año	Publicaciones			Otros datos de trayectoria
	Título	Imprenta / editorial	Ciudad	
1879			Córdoba	Colegio de Monserrat
188...			Buenos Aires	Viaje por diputación de Isaías Gil, vínculo con Sarmiento
189...			Córdoba	Actividad periodística
189...			Buenos Aires	Tertulia c/Cárcano
1899			Córdoba	Financia los <i>Poemas helénicos</i> de Goycoechea Menéndez
1900	<i>Prosa rural</i> Pról. Ramón J. Cárcano	¿?	Córdoba	
1903	<i>Modos de ver</i> (Prólogo de Joaquín Castellanos) (1ª ed.)	La Italia	Córdoba	Polémica con Manuel Pizarro
1906	<i>Agua mansa</i>	¿?	Córdoba	
1907				(a 1947) redactor de <i>La Nación</i>
1909	<i>Cosas de arriba</i> (Prólogo de Ángel Gallardo)	La Italia	Córdoba	
1913	<i>Modos de ver:</i> 1903-1913 (2ª ed.)	Imprenta Argentina de Beltrán y Rossi	Córdoba	-Ministro de Obras Públicas de Córdoba -Académico titular Academia Nacional de Ciencias
1915				-Académico correspondiente Junta de Historia y Numismática
1916				
1917	<i>Celestes y cósmicas</i>	Cubas	Córdoba	
1920	<i>Modos de ver</i> (3ª ed.)	Cooperativa Editorial Limitada	Buenos Aires	
1923	<i>Modos de ver</i> (4ª ed.)	Agencia General de Librería y Publicaciones	Buenos Aires	
1924	<i>Agua mansa</i> (2ª ed.) (con carta de Eduardo Wilde)	Babel	Buenos Aires	-Senador provincial -Diputado nacional

Año	Publicaciones			Otros datos de trayectoria
	Título	Imprenta / editorial	Ciudad	
1926	-	-	-	-Senador provincial
1930	<i>El anillo desaparecido</i>	M. Gleizer	Buenos Aires	-Diputado nacional
1930	<i>Mirar desde arriba</i>	M. Gleizer	Buenos Aires	-Docente Colegio Nacional de Buenos Aires
1930	<i>Un anillo desaparecido</i>	M. Gleizer		
1931	<i>Música prohibida</i>	La Nación	Buenos Aires	-Director general de Meteorología de la Nación -Inspector nacional de Escuelas
1935	<i>Hablando solo</i> (prólogo de Alberto Gerchunoff)	Sociedad Amigos del Libro Rioplatense / Porter	Montevideo	
1936	<i>Milenios, planetas y petróleo</i>	L. J. Rosso / Co. Gral Fabril Financiera	Buenos Aires	
1936	<i>Milenios, planetas y petróleo</i> (2ª ed.)	¿?	¿?	
1936	<i>Milenios, planetas y petróleo</i> (4ª ed.)	¿?	¿?	
1938				Académico Academia Argentina de Letras
1940	<i>Radiestesia: las radiaciones desconocidas de la materia</i>	¿?	Buenos Aires	
1944	<i>Una novena en la sierra</i>	Espasa-Calpe Argentina	Buenos Aires; México	
1946	<i>Del cielo y de la tierra</i>	Atlántida	Buenos Aires	
1947	<i>Una novena en la sierra</i> (2ª ed.)	Espasa-Calpe	Buenos Aires	
1960	<i>Antología</i>	Academia Argentina de Letras	Buenos Aires	-----
¿?	<i>Modos de ver</i> (5ª ed.)	Librerías Anaconda	Buenos Aires	-----
2001	<i>Teatro de humor: Vittorio: un homenaje a los actores</i>	Croquis	Buenos Aires	-----

Las trayectorias de Garro y Gil, marcadas por una nacionalización ligada al merodeo del centro pero rematada por el establecimiento en él, son semejantes a unas y contrastantes con otras contemporáneas. Por un lado, por ejemplo, aquel Leopoldo Lugones que, en la década de 1890, Carlos Romagosa había impulsado al centro; por otro, los perdidos nombres que introdujeron al tema.¹³⁴ Más allá de la ubicación de sus moradas porteñas, desconocida para nosotros, aquellas trayectorias dialogan bien con ciertos elementos que Bower vinculaba al patrón de asentamiento de provincianos en Buenos Aires en la etapa: su condición profesional y su orientación a la alta función burocrática, sobrerrepresentadas respecto de los nativos.¹³⁵ Pero esto también alimenta la idea de que un autor es algo que se hace –o no se hace– en contextos nacionales y conforme variables muy diversas. Quizás el último eslabón de esa larga cadena lo represente esa traducción naif del canon metropolitano que son los libros escolares. Así *El estudiante argentino* de 1911, “arreglado por el Profesor L. Toledo Hidalgo”, vendría a exponer la estabilización de un discreto panteón de las *letras argentinas* (Alberdi, Sarmiento, Mitre, Avellaneda, Wilde, Joaquín V. González) tanto como a acusar el *retorno* de aquellos cordobeses que estaban siendo consagrados por el centro (con credenciales dispares, los casos de Cárcano, Lugones, Figueroa Alcorta, Cabrera, Bianco, y aun Pizarro). Ese carácter nacional de la autoría, inseparable de los demás factores tratados en este capítulo, nos ayudará a abrir la última puerta.

Clausuras

Aquellos que se devuelven mutuamente los regalos
son amigos por más tiempo,
si las cosas logran salir bien.

Edda escandinava citada por Marcel Mauss en su *Ensayo sobre el don*

mente apta para la mirada agria de Deodoro: “Uno de los sucesos más expresivos de la militarada de setiembre fue el florecimiento de cierto tipo de literatura –mala, naturalmente– y el auge de ciertos literatos que el turbión dictatorial puso en el centro de la correntada [...] ¿No es famosa la debilidad de los dictadores por la mala literatura? ¿No son ellos mismos, a veces, abominables literatos, desde Nerón a Leguía?”. Deodoro Roca, “‘Vidas paralelas’. Historia ejemplar de la Academia Argentina de Letras”, *El difícil tiempo nuevo*, Buenos Aires, Lautaro, 1956 [1935], p. 49.

¹³⁴ Sobre Lugones en las décadas de 1920 y 1930, véase el hermoso trabajo de Horacio Tarcus, “Un estudio de afinidad electiva”, en Horacio Tarcus (ed.), *Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Samuel Glusberg*, Buenos Aires, Emecé, 2009.

¹³⁵ Stephanie Bower, “Political and Socio-Economic Elites: The Encounter of Provincials with Porteños in Fin-De-Siècle Buenos Aires”, *The Americas*, vol. 59, N° 3, enero de 2003.

Entre las décadas de 1930 y 1940, Vicente Rossi imprimió al menos nueve nuevos títulos de Raúl Orgaz, miembro de la Junta de Historia y Numismática Americana, textos de algún suceso y excelente factura.¹³⁶ Esos libros sucedieron a sus propios *Folletos languaraces*, serie de fascículos económicos que incursionaban en un presunto “idioma nacional de argentinos y uruguayos”. Sin embargo, mientras que en los *Folletos...* la Imprenta Argentina estampaba su sello de Casa Editora, insistiendo en la serie “Río de la Plata” que identificamos con su autor, los libros de Orgaz, figura de relativamente exitosa nacionalización, exhiben la imprenta en el pie pero no registran el sello de la editorial. La cuestión abre una zona de ambigüedad, no solo por la relativa elasticidad gráfica que caracteriza a este momento de la edición local sino porque sería precisa una redada física más completa para llegar a algo concluyente. Lo que no es difícil advertir a partir de otros insumos es que esos libros, que constituían una serie muy coherente en sí misma, marcaron los años finales del catálogo que Rossi venía produciendo, fuera a partir de sus efectivas iniciativas editoriales, fuera merced a las chances sobrevenidas a su imprenta (que es el modo laxo en que aquí hablamos de *catálogo*, aunque intentemos puntualizar las diferencias). La historia de ideas propuesta por Orgaz convivía entonces con varios títulos literarios y, a grandes rasgos, la vitalidad de la casa como usina de publicaciones es clara hasta la muerte de Rossi, sobrevenida en 1945.

Pese a quedar en manos de sus hijos y estar activa hasta los años 1970, no hay duda de que la gran iniciativa de la Imprenta Argentina concluyó en aquel momento.¹³⁷ Los inconvenientes, no obstante, debieron comenzar antes, porque excedían la suerte de esa casa tan marcada por una gran voluntad editorial. Entre fines de los años 1910 y mediados de los veinte, algo semejante a Rossi estaba haciendo Bautista Cubas, continuador de Aubinel que canalizó cuando menos parte de la impresión de historia, sociología y psicología, reuniendo plumas de la década de 1880 y de la cohorte reformista. Compitiendo con su sesgo, es presumible también cierto protagonismo de la imprenta de la Universidad, activa al menos desde 1916.¹³⁸ La actividad de Aveta o Biffignandi, en cambio,

¹³⁶ Entre ellos, los consagrados a la “joven generación”: *Echeverría y el saint-simonismo* (1934), *Alberdi y el historicismo* (1937), *Vicente F. López y la filosofía de la historia* (1938), *Sarmiento y el naturalismo histórico* (1940).

¹³⁷ H. J. Becco, *op. cit.*

¹³⁸ Esa competencia habría sido, en rigor, más que genérica, ya que en diciembre de 1918 *La Voz del Interior* denunciaría que Cubas, también tesorero de la Universidad reformada, había impreso el último número de la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*. “No basta ser honrado”, *La Voz del Interior*, LVI, 20 de diciembre de 1918.

durable y exitosa en el plano imprentero, nunca había sido más lograda o pretenciosa que la de Rossi en el propiamente editorial, y eso no cambiaría luego. Parte de los esfuerzos locales más notables del giro de siglo, y también de los más prometedores, parecen así sumergirse hacia los años 1940, desde los que no tenemos registro de Aveta ni de Cubas y en que el catálogo de Biffignandi se vuelve más errático. A comienzos de la década ya ha aparecido Assandri, que en breve hará intentos valiosos, pero acaso haya que esperar a los extraordinarios sesenta (con sus varios grupos intelectuales) para ver algo realmente nuevo e interesante. De momento, frente a la tendencia general del giro de siglo, con su multiplicación de imprentas y experiencias editoriales particulares y con la efectiva cualificación de algunas de ellas, ahora no parece haber ni expansión ni grandes continuadores.

No hay demasiadas dudas de que la suerte de la mayoría de estas experiencias fue inversa al proceso de concentración de recursos en la metrópoli, algo que resintió sus propios catálogos, debilitó sus cajas y multiplicó los esfuerzos necesarios. A medida que la concentración crecía, los bemoles de ese esfuerzo eran más evidentes, porque el autor que se había intentado construir desde Córdoba era consagrado por Buenos Aires y, cumplido ese bautismo, sus publicaciones exitosas, sus sucesos de librería, en general ya no salían de las prensas locales ni alimentaban su reproducción. Pese a haber publicado ocasionalmente en ambas ciudades, Capdevila ilustra temprano ese proceso, ya que una vez consagrado por *Nosotros* su publicación será, ante todo, obra de casas porteñas. Y dado que Capdevila llegaría a ser una pieza importante dentro de un canon-de-mercado, su propio éxito comercial, simultáneo a su rechazo por quienes intentaron relevar a *Nosotros* en la construcción de un canon propiamente literario, viene a recordar ese dato estructural del mercado de bienes simbólicos, del que derivan las posibilidades abiertas o cerradas a imprentas y editoriales.¹³⁹ Capdevila se pasó a *Ellos* y Rossi vio ese suceso de costado, ciertamente sin compartir sus beneficios. Quizás esto alentó su postrero rescate literario por Borges, pero ese rescate no bastaba para una editorial que acaso precisaba del mismo Capdevila que este abominaba para vivir.¹⁴⁰

¹³⁹ Como apunta Beatriz Sarlo, si hacia la década de 1920 Lugones sigue estando en el centro del sistema literario argentino, y se escribe “como Lugones o contra él”, Capdevila, consagrado por *Nosotros*, no hará entonces más que alimentar epitafios satíricos en las revistas de la vanguardia. Esto no lo privará de ser un suceso de mercado. Beatriz Sarlo, “Vanguardia y criollismo: la aventura de Martín Fierro”, en C. Altamirano y B. Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997; F. Moretti, *op. cit.*

¹⁴⁰ “Este ahora inaudito y solitario Vicente Rossi va a ser descubierto algún día, con desprestigio de nosotros sus contemporáneos y escandalizada comprobación de nuestra ceguera. Sus inco-

En tanto, los esfuerzos locales parecen nacer condenados a una distancia técnica, económica y simbólica insalvable respecto de la Capital. Ese es el mapa que, entrevisto pero no consumado a comienzos del siglo xx, se volvería evidente e irreversible desde fines de la década de 1920. No pudieron alterarlo ya ni las compras oficiales ni la expansión geométrica del público lector. Hasta tiempos mejores, los costos de papel gravitaban tanto como el estrechamiento de las perspectivas de nacionalizar un nombre y fabricar un autor. Esto no abolía bibliotecas ni librerías, pero las condenaba a una duradera asimetría de intercambios, signada por su condición derivativa. Los regalos no podían *devolverse mutuamente*; las cosas *no lograban salir bien*.

rrecciones no importan. Nadie ha sido inhabilitado para la gloria, por causa de su incorrección, así como nadie ha sido promovido a ella por buena ortografía.” Jorge Luis Borges, “Vicente Rossi. *Cosas de negros*, Córdoba, 1926”, *Valoraciones*, N° 10, La Plata, agosto de 1926.



IV

El espacio del arte: un museo nuevo¹

Para mí, Córdoba presenta todas las alhajas de un museo, no de primer orden, pero al final museo [...] todo aquello forma un conjunto insólito para el que está habituado a la vida activa y febril de Buenos Aires.

MIGUEL CANÉ en *El eco de Córdoba*, 1876

Las épocas pretéritas, superponiéndose como capas las unas sobre las otras, se conservan en la ciudad hasta que la vida misma amenaza perecer por asfixia. Entonces, como último recurso de defensa, el hombre moderno inventa el museo.

LEWIS MUMFORD, *La cultura de las ciudades*

En 1911 se iniciaba la formación de la primera colección pública de artes plásticas de Córdoba. Partiendo de un fondo inexistente, el decreto que le daba origen diseñaba una sección especial en el Museo Politécnico Provincial (MPP), institución generalista integrada hasta entonces por una colección de objetos históricos, antropológicos y naturales. Como política cultural estatal, la decisión sobresalía precisamente porque creaba un espacio institucional sobre un vacío de colección, invirtiendo el procedimiento que había dado vida a este y otros museos.² A esa complejidad de origen se sumaban las derivadas del hecho, generalmente admitido, de que en Córdoba el arte estaba en un momento inicial, que aunque había que alimentar, muy poco tenía para ofrecer. El gesto, como se ve, no carecía de audacia, e impulsaba de manera bastante natural a multiplicar los intercambios en busca de contenidos, modelos institucionales y formas edilicias.

El movimiento de conjunto fue de especificación culturalista, e implicó suprimir parte de la colección real en beneficio de una colección inexis-

¹ Este capítulo tuvo una versión anterior en forma de libro, aquí revisada y condensada en varios puntos: Ana Clarisa Agüero, *El espacio del arte. Una microhistoria del Museo Politécnico de Córdoba entre 1911 y 1916*, Córdoba, Editorial de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, 2009.

² Un museo como el Museo Nacional de Bellas Artes (MNBA), por ejemplo, había nacido en 1896 a partir de un notable sustrato de donaciones particulares, y lo mismo ocurriría a mediados de la década de 1920 en Rosario con el Museo Municipal de Bellas Artes Juan B. Castagnino, creado a partir del legado del coleccionista María Isabel Baldassarre, *Los dueños del arte. Coleccionismo y consumo cultural en Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2006; Pablo Montini, "Del caduceo a las musas: un inventario del coleccionismo profesional en Rosario. La colección artística de Juan B. Castagnino, 1907-1925", en Patricia Artundo y Carina Frid (eds.), *El coleccionismo de arte en Rosario. Colecciones, mercado y exhibiciones*, Buenos Aires, Fundación Espigas, 2008.

tente: así, en el mismo acto que creaba una sección en torno a un vacío, la muy concreta sección natural era separada del Museo. Tan claros como el artificio son los índices de intensificación de las relaciones con otros espacios urbanos, especialmente Buenos Aires, sensibles en las alteraciones tipológicas, el curso de los proyectos edilicios, el carácter foráneo de la primera colección o la apelación al Museo Nacional de Bellas Artes para poder concretar la inauguración de las salas de Pintura y Escultura en 1914.

La coherencia habida en la serie de acciones que, concentradas en el breve lapso que va de 1911 a 1916, se orientaron a la reformulación del Museo, no remite estrictamente a un programa concertado de crecimiento y transformación. Por el contrario, parte de su interés radica en que esa continuidad se opera a pesar de la conflictiva coyuntura política en la que se suceden las gestiones de Félix T. Garzón y Ramón J. Cárcano; gestiones que expresaron entonces el cambiante juego de alianzas mediante las cuales el *orden conservador* —entre otras cosas, atravesado por la ley de reforma electoral de 1912— buscó reformularse a sí mismo a nivel nacional y local, y gestiones, también, que no guardaron especial afinidad entre sí. Por encima de los enfrentamientos facciosos, las acciones dirigidas al Museo acabaron por configurar un único movimiento, lo cual parece remitir a una serie de factores. En primer término, la continuidad de Jacobo Wolff al frente de la institución durante todo el ciclo; en segundo, la participación de Emilio Caraffa, unido por vínculos familiares a Félix T. Garzón, en el proceso de reestructuración museística entre 1911 y 1915; finalmente, la relativa comunidad de intereses y preocupaciones culturales entre José del Viso y Ramón J. Cárcano, cuya actuación sucesiva introdujo un elemento más de sutura.³

A grandes rasgos, la dirección asumida por el Museo en este breve segmento temporal expresa el abandono de la tipología *generalista* en privilegio de una *orientada*, culturalista, representada por la historia y, en especial, el arte. Puesto que las acciones se acumulan en este sentido, ese movimiento de varias caras es tratado aquí de manera integral y como un único evento. Acordada a este una singular densidad, esperamos que su análisis informe sobre las modalidades del contacto cultural entre ciudades en lo que hace, al menos, a los ámbitos de la arquitectura y la plástica. Ligado a esto va la voluntad de una mejor comprensión de la

³ El uno como vicegobernador de Garzón, el otro como gobernador. Debe consignarse, sin embargo, que la creación de la Comisión Provincial de Bellas Artes (CPBA), en 1913, parece haber ofrecido a Cárcano un elemento de intervención más directa en el curso del Museo, motivo por el cual desde entonces el protagonismo de Caraffa mengua y el de Wolff se concentra en la dimensión histórica.

naturaleza de sus actores, objetos y dinámica, y del modo en que unos intercambios muy específicos diseñaron, a la vez, una más amplia geografía cultural de la nación.

El capítulo procede de un modo diverso a los anteriores, ya que la reformulación culturalista del Museo Provincial es aquí objeto de un análisis de inspiración microhistórica, que aísla un ciclo institucional breve y pasible de ser tratado intensivamente en pequeña escala al tiempo que lo sujeta a las preguntas generales que guían toda la investigación.⁴ Dado que el aspecto sobresaliente de esa reorientación es el nuevo *lugar social* del arte que expresa, y dado que esa nueva valorización se traduce tanto en los esfuerzos coleccionistas como en los ensayos de producir el *lugar físico* que contendría ese fondo, es en ese doble sentido como aquí hablamos de un *espacio* para el arte. Y ese espacio, en su doble acepción, fue en sí una elaboración relacional de Córdoba y Buenos Aires.

El ciclo del viejo al nuevo museo

—Vengo, señor —me dijo en buen español, pero con acento italiano—, desde Tarija, en viaje de estudio, realizado a pie, en la mayor parte. Soy un naturalista y he reunido una colección importante de plantas y minerales, que acondicionados en cajones y cueros, irán llegando a esta ciudad. No tengo el menor recurso, ni para pagar mi hospedaje, y se me ha ocurrido ofrecer al gobierno mi colección por lo que pueda abonarme, y si esto no fuera posible, le entregaría en donación para iniciar la formación de un pequeño museo, que atendería y desarrollaría con mi trabajo [...] He procurado especialmente, plantas y minerales para teñir, buscando la aplicación industrial, y he logrado reunir un grupo interesante. Traigo también algunos huesos fósiles, y muchos manuscritos conseguidos de personas y familias notables, referentes a las guerras, la política y costumbres de las provincias del norte y de los indios del Chaco boliviano, donde he residido algún tiempo. Todo lo donaría al superior gobierno.

Jerónimo Lavagna según RAMÓN J. CÁRCANO, *En el camino*, 1926

A la verdad, señores, por largo tiempo este museo no fue otra cosa que un depósito variado e informe de objetos antiguos [...] sus salones permanecían desiertos y su existencia era casi ignorada; pero surgió una idea y apareció una fuerza que removió el viejo material, lo ordenó, lo acrecentó le dio vida y

⁴ Carlo Ginzburg y Carlo Poni, “El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico”, en Carlo Ginzburg, *Tentativas*, Rosario, Prohistoria, 2004; Giovanni Levi, “Un problema de escala”, *Contrahistorias*, N° 2, marzo-agosto de 2004.

movimiento, y tenéis aquí al Museo de Córdoba transformado y convertido en sitio hermoso que deleita el espíritu, ilustra la mente y prestigia el pensamiento que lo creó.

JUSTINO CÉSAR, “Discurso...”, 1914

El MPP había sido creado en 1887 a partir de una colección particular de objetos históricos, etnográficos y naturales. Pese a su heterogeneidad y a su origen relativamente azaroso, el decreto de creación enfatizaba las razones históricas y culturales del Museo, depósito de una memoria nacional e individual de grandes hombres e inventario de estados de civilización más generales.⁵ Entre sus objetivos fundamentales, aquel decreto subrayaba el de reunir la mayor cantidad posible de documentos para el desarrollo de una historia local sobre la que, decía, “se ha escrito muy poco, y generalmente con un criterio extraviado en el juicio de los hombres como de los sucesos”. De este modo, aunque reconocía su naturaleza de museo *general*, el texto fundacional invitaba a concentrar allí toda una documentación dispersa o mal atesorada por manos privadas, adjudicando al Museo la función del archivo y prefigurando un cierto público estudioso.⁶ Más allá de formalizar la creación, entonces, el Decreto de Creación intentaba regular el crecimiento del Museo, reforzando su costado coleccionista más débil y, ¿por qué no?, el que mayor novedad revestía en la ciudad.⁷ Si una intervención tal era muy propia de las disposiciones históricas de Cárcano, su carácter correctivo no reñía ni con la tipología integral que él defendía ni

⁵ Decreto de Creación del Museo Politécnico Provincial (MPP), 24 de enero de 1887, en *Compilación de Leyes, Decretos y Demás Disposiciones de carácter público dictadas en la Provincia de Córdoba (compilación)*, mc, 1887. El documento está firmado por José Echenique, exrector de la Universidad y vicegobernador de Ambrosio Olmos, cuyo mandato concluiría, y Ramón J. Cárcano, entonces ministro de Gobierno y, según se admite universalmente, redactor del Decreto. Ángel Ávalos, “Museo Politécnico” y “El Museo. Una sanción Legislativa”, en *Museo provincial. Antecedentes. Ceremonia de la inauguración de las salas de Pintura de 1914*, Córdoba, La Italia, 1916 [1887] y Justino César, “Discurso pronunciado por el Ministro de Gobierno, Dr. Justino César, en la inauguración de las Salas de Pintura del Museo Politécnico Provincial de Córdoba”, en *Museo provincial. Antecedentes. Ceremonia de la inauguración de las salas de Pintura de 1914*, Córdoba, La Italia, 1916 [1914]. Sobre el MPP, véase también Mariana Panzetta, “La creación del Museo Caraffa en el proyecto modernizador de Córdoba”, *Teórica*, N° 1, septiembre de 2005.

⁶ Aunque la iniciativa documentalista se fundaba en la ausencia de una “biblioteca pública”, esta había sido formalmente creada, como vimos, dos meses antes de la reorganización del MPP. No así un archivo.

⁷ Siendo el primero de origen local, este museo atento a la historia no era el primero en Córdoba; su antecedente inmediato eran los Museos de Mineralogía, Botánica y Zoología de la Academia Nacional de Ciencias, creados entre 1871 y 1874 y puestos bajo la dirección de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en 1876. Luis Tognetti y Carlos Page, *La Academia Nacional de Ciencias. Etapa fundacional - siglo XIX*, Córdoba, 2000, p. 37.

con la heterogeneidad real del Museo. Se trataba, en todo caso, de fijar un sentido e introducir un orden en una institución cuyo propio nacimiento era, en buena medida, contingente.

La colección inicial fue adquirida a Jerónimo Lavagna, presbítero italiano que entre 1870 y 1886 había combinado función eclesiástica y afán coleccionista en el norte del país. En esa última fecha, sus desavenencias con la Iglesia lo habían impulsado a trasladarse a Buenos Aires, camino a la cual exhibió sus objetos en la Exposición Rural de Córdoba.⁸ De ese momento data el encuentro aludido por Cárcano, cuyo principal resultado fuera la creación del Museo y la designación de Lavagna como director. Azarosa pero significativa, la iniciativa representó la segunda, o tercera, experiencia provincial de construcción de museo y reprodujo, muchos años después, el gesto universalista de las primeras creaciones porteñas.⁹ Porque, en efecto, tanto la disposición triunviral de reunir objetos con vistas a un “museo del país”, en 1812, como su concreción en el Museo Público de Buenos Aires, entre 1822 y 1823, habían expresado antes idéntico sentido ilustrado; incluso cuando esta institución, como luego los museos de Paraná y Corrientes, desarrollaran especialmente su costado natural y fueran dirigidos en diversos momentos por naturalistas reconocidos.¹⁰

⁸ Lavagna había llegado en 1870 a Buenos Aires. Luego de una breve curia en Cañuelas fue párroco de Metán, Cachi y la Poma, donde recogió objetos etnográficos que ameritaron un galardón en la Exposición Universal de París de 1878. Al año siguiente retornó a la Argentina portando libros, artículos de culto e instrumental para sus excursiones naturalistas; viajó entonces a Bolivia, donde localizó restos fósiles sobre los que alertó a Burmeister, director del Museo de Buenos Aires. En un lento retorno, aceptó funciones eclesiásticas en la puna y Santiago del Estero, donde reunió objetos que enviaría en 1882 a la Exposición Industrial de Buenos Aires. Edoardo Berruti, *Il museo politecnico di Córdoba e il suo fondatore e direttore Sacerdote Gerolamo Lavagna*, Córdoba, Stabilimento Tipográfico La Italia, 1906.

⁹ El “Museo del País”, previsto en 1812 en Buenos Aires, y el Museo Nacional de la Confederación en Paraná fueron iniciativas surgidas de poderes que se querían nacionales, aunque el primero solo pudiera concretarse en el contexto autonómico de 1822-1823, siendo Rivadavia –su virtual inspirador en la década de 1810– ministro de Gobierno. Además de este, el único antecedente *provincial* que conocemos es el museo de Corrientes, de 1855. Irina Podgorny y Wolfgang Schaffner, “La intención de observar abre los ojos’: narraciones, datos y medios técnicos en las empresas humboldtianas del siglo XIX”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, N° 4, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2000.

¹⁰ La presencia de naturalistas, marca dieciochesca que asocia museo y clasificación, es común a estas experiencias. Bonpland había dirigido el museo correntino en la década de 1850, pero en 1887 Germán Burmeister dirigía el Museo Público de Buenos Aires. Francisco Moreno estaba a cargo del de La Plata y el propio Lavagna era reputado un “naturalista distinguido”. Á. Ávalos, “Museo Politécnico” y “El Museo”; Jorge Sarquis, “Los museos, ¿depósitos del saber?”, *Materiales*, N° 4, diciembre de 1983; Fernando Aliata, “Museo”, en Jorge Francisco Liernur y Fernando Aliata (comps.), *Diccionario de Arquitectura en la Argentina. Estilos, obras, biografías, instituciones, ciudades*, Buenos Aires, Clarín, 2004.

Comparativamente, no solo hay demora en la creación del Museo Politécnico de Córdoba sino que su inauguración como museo general, recién en 1889, coincidió con la especificación del museo público porteño, que ese mismo año daba origen al Museo de Ciencias Naturales y el Museo Histórico Nacional. Así, mientras el crecimiento de las colecciones públicas porteñas inclinaba a su diferenciación –rematada por la creación del Museo Nacional de Bellas Artes en 1896–, el modesto inicio de las cordobesas contribuía a su concentración generalista.¹¹ Pese a esto, el intento de regular el crecimiento del Museo no parece haber tenido las consecuencias esperadas: el fondo creció lenta y desigualmente a través de donaciones, pedidos y algunas pocas compras y expediciones, y el público mostró tendencias variables conforme se efectuara o no el regular convite a las escuelas, su segundo gran destinatario.¹² Muchos testimonios revelan el escaso arraigo del Museo en sus primeros años, no siendo el menor la media sanción alcanzada por la moción de suprimirlo, en 1891.¹³ Si se recuerda que este es el año en que en el Congreso se propuso abolir dos facultades de la Universidad de Córdoba, se advierte bien que las instituciones culturales no fueron ajenas al castigo prometido al juarismo en todos los niveles.

Respecto de esa situación anterior tan poco regulada, deben pensarse los jalones de la reformulación institucional iniciada en 1911, momento en que el desmesurado crecimiento de la sección natural estimuló un nuevo decreto que la puso bajo custodia de la Escuela Alberdi.¹⁴ Frente a las escasas medidas previas, la de 1911 tiene una importancia indiscutible, no solo porque evidencia una renovada atención estatal al Museo sino tam-

¹¹ Así fueron definidas sus secciones en 1887: “1º Prehistoria, Antropología, Arqueología, Numismática y Etnología. 2º Historia, Obras, Manuscritos, Correspondencias, Autógrafos, Objetos de uso de los hombres eminentes de la Provincia, o que se relacionen con sus acontecimientos políticos y civiles. 3º Geología, Mineralogía y Botánica, Zoología y Paleontología. 4º Artes, Industrias y todo lo que sea producto del trabajo humano”. Decreto de Creación..., *op. cit.* La integración de colecciones particulares alimentó en diversos momentos las secciones natural e histórica del museo. Así ingresaron, al menos, la referida de Jerónimo Lavagna, por donación, y las históricas de Jacobo Wolff, comprada en 1917, y monseñor Pablo Cabrera, adquirida entre 1925 y 1926.

¹² Carlos Ferreyra, *Museo, ciencia y sociedad en la Córdoba moderna. El Museo Histórico Provincial y el Museo de Antropología: pensamiento y práctica*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 2006, pp. 23-46.

¹³ Entonces Ávalos defendía que lo propio de los museos era crecer lentamente, pero aún en 1914 Justino César subrayaba el “escaso valor científico [de] los materiales e incompletas colecciones que posee [el mpp] en relación con el todo de la obra que se intentó, y con el pensamiento grande y progresista que la presidió...”. Á. Ávalos, “El Museo”, *op. cit.*, pp. 37-38; J. César, *op. cit.*

¹⁴ Decreto del 24 de octubre de 2011, *Compilación*, mc, 1911, pp. 515-516. El museo quedaba así constituido por las secciones de Paleontología, Antropología y Prehistoria, Etnología, Historia, Bellas Artes y Numismática.

bién porque expresa un programa capaz de alterar íntegramente su fisonomía. En efecto, la intervención no se limitaba a la significativa separación de las colecciones naturales sino que comprendía también la creación de una galería de pintura y escultura, encomendada a la acción conjunta de los directores del Museo y la Academia Provincial. Retracción naturalista y expansión culturalista están así en el umbral mismo del ciclo que va de 1911 a 1916, ciclo cuyos límites acaso exponga bien el proyecto que intentó cerrarlo en 1917, en la pluma de Deodoro Roca.¹⁵

*

Deodoro Roca fue el director designado en 1916 por la gestión radical de Eufrazio Loza, y desde ese rol diseñó una propuesta de reorganización museística que introducía fuertes alteraciones tipológicas. Su *Proyecto de reorganización del Museo Provincial de Córdoba* impulsaba la especialización de las colecciones a través de dos instituciones autónomas, un museo histórico y uno natural, lo que implicaba la reasunción de las colecciones separadas en 1911. A la vez, defendía una ampliación de las funciones que habían caracterizado la historia del Museo, conservación y exhibición, mediante la creación de sendos centros de investigación.¹⁶ En conjunto, Roca discutía simultáneamente con la vieja denominación (atacando la idea misma de museo “politécnico” como un anacronismo estéril) y con el nuevo tipo de museo legado por el ciclo culturalista. Atento a sus consecuencias, se advierte que una parte del proyecto repercutiría en el corto plazo en la creación del Museo Escolar de Ciencias (1919),¹⁷ mientras que la verdadera novedad de la propuesta, ligada a la creación

¹⁵ Deodoro Roca, *Proyecto de reorganización del Museo Provincial de Córdoba*, Córdoba, Talleres de la Penitenciaría, 1917.

¹⁶ En 1915, Ángel Gallardo defendía los museos regionales como ámbitos de construcción de series, tan completas como fuera posible, sobre espacios acotados. Allí aludía a un programa de reformulación del Museo Provincial de Córdoba que Cárcano habría impulsado y cuyo plan habría sido publicado por Alejandro Gancedo (hijo) en los *Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires*, en 1914. Aparentemente, el programa alentaba la investigación arqueológica y colonial, pero su pieza fundamental eran las salas de Pintura, lo que debió ofrecer a Roca tanto un antecedente cuanto un contramodelo. Ángel Gallardo, “Museos regionales”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año II, N° 6, agosto de 1915.

¹⁷ La especialización rematará en 1930 con tres instituciones tributarias del viejo MPP: el Museo Escolar de Ciencias Naturales, el Museo Histórico Provincial y el Museo Provincial de Bellas Artes (МРВА). El primero fue creado por dos veces en 1919, previa reasunción de la colección natural separada en 1911. Decreto 48.387, 6 de agosto de 1919, *Compilación*, MC, 1919, p. 834. El segundo fue el resultado espontáneo de la subordinación de la colección de bellas artes a la Academia de Pintura, dirigida por Emiliano Gómez Clara, en 1922. Decreto del 5 de octubre de 1922, *Compilación*, MC, 1922. El tercero surgiría de la autonomización de esa colección plástica por la intervención golpista de 1930 y se continúa hoy en el МРВА Emilio Caraffa.

de ámbitos de investigación, caería en el vacío.¹⁸ Esa novedad lo era especialmente respecto del museo histórico, porque mientras la Academia de Ciencias ofrecía un ámbito de investigación científico-natural en la ciudad, la historia carecía de él. Ese centro era concebido como fondo especializado (en lo que no se alejaba tanto de Cárcano) y centro de estudios coloniales; tarea para la que Roca encontraba especialmente dotada a la ciudad. Su propuesta de depurar las colecciones existentes e implementar una aceitada política de compras y canjes iba en el sentido de cualificar ese fondo que consideraba una especificidad local en parte dada pero no consagrada. En el mismo sentido, le parecía, si los museos debían ser “focos de investigación científica y centros de alta cultura”, el histórico-colonial debía contribuir al conocimiento de una etapa hasta entonces tratada como mero “fondo de paisaje” sobre el que se habría desplegado la gesta nacional.¹⁹ Frente a la importancia concedida por Roca a las derivas natural e histórica de las colecciones y la institución, la atención a la sección artística (que proponía mantener temporariamente unida al Museo Histórico Colonial) es ciertamente menor. Hablaremos de ella luego, pero de momento anotemos que, a su juicio, esa sección habitaba el futuro y solo podía imaginarse como colección de arte *moderno*, en el sentido de contemporáneo.

Puede presumirse que la necesidad de especialización museística que Roca defendía en 1917 expresaba un consenso más extendido, ausente respecto de la asunción estatal de la investigación. Pero lo que aquí interesa resaltar es que su proyecto, signado por aquella voluntad de diferenciación institucional, venía a cerrar un ciclo anterior de rasgos muy nítidos. Ese ciclo previo, médula de este capítulo, queda definido por el concierto de intervenciones de signo *culturalista* que convirtieron un viejo museo general (el que se despliega dificultosamente entre 1887 y 1911) en uno orientado a la historia y el arte. Este museo nuevo, que definía sus contenidos en el amparo a la cultura y la exclusión de la naturaleza, fue la necesaria bisagra hacia los posteriores museos especializados y vivió su era *clásica* entre 1911 y 1916. Se trató de un movimiento concentrado, en el

¹⁸ Frente a las aisladas expediciones de rescate mediante las cuales el museo había intentado acrecer el fondo desde su creación, la propuesta de Roca reviste un carácter orgánico que afecta directamente la tipología. Se distancia, igualmente, de la relación establecida entre investigación y museo en la Academia de Ciencias, donde el segundo es función de la primera, invirtiéndola. En tanto tipología internacional, la idea de museo como centro de exhibición e investigación guiaba, por ejemplo, a los museos smithsonianos de Washington, y había tenido su primera traducción argentina en el Museo de Ciencias Naturales de La Plata, luego absorbido por la Universidad. F. Aliata, *op. cit.*

¹⁹ D. Roca, *op. cit.*, pp. 4-5.

cual la alteración de cualquier aspecto comprometía ineludiblemente a los demás, aunque no fuera un movimiento concertado. Y esto porque, en rigor, expresó más el efecto acumulativo de ciertas acciones de origen muy determinado, que la presencia de políticas culturales duraderas que lo tuvieran por objeto.

La colección

El decreto de 1911 encomendaba la creación de las salas de Pintura a la acción conjunta de los directores del Museo Provincial, Jacobo Wolff, y de la Academia de Bellas Artes, Emilio Caraffa.²⁰ Muy probablemente la iniciativa proviniera del propio gobernador Félix Garzón, pariente político y comitente particular del pintor catamarqueño, ya que una trama de relaciones sociales muy apretada fue en parte la condición de la sensible institucionalización de la plástica en el giro de siglo.²¹ Esa trama había estimulado la oficialización de la academia particular de Caraffa en 1896, la realización de los salones del Ateneo entre ese año y 1899, y parecía jugar también ahora en la creación de la primera colección pública de arte de la provincia.²² En todas esas iniciativas, al igual que en el caso de las 240 a 245 becas de formación europea, la integración de las élites del poder o su cobijo fueron decisivas, aunque ciertamente uno de sus resultados fuera la emergencia de un área social novedosa, más móvil y permeable, que iba dibujándose propiamente como élite cultural (en parte aquel mundillo que veíamos aparecer también en torno del Ateneo, que si al principio debía mucho a cierta lógica universitaria, muy pronto se emancipaba de ella para proponer otros principios y jerarquías).

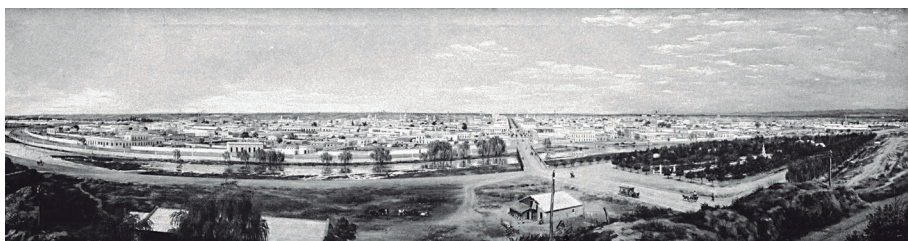
Sujeta a una sensible reestructuración, aquella élite social fue siempre muy tenaz en el esfuerzo por sostener los resortes del poder político

²⁰ Según Bischoff, Jacobo Wolff había nacido en Edenkoben en 1861 y llegado a Córdoba hacia 1889. Médico de profesión, es además coleccionista de objetos coloniales, lo que debe haber alimentado su amistad con Lavagna y Kronfuss. Efraín Bischoff, "Wolff y Kronfuss miran de reojo...", *La Voz del Interior*, 30 de enero de 2007.

²¹ Pudo serlo también de su esposa, que fue quien encargó a Caraffa la decoración de la vivienda del matrimonio, inaugurada el año anterior con la presencia de Roque Sáenz Peña. La academia particular del catamarqueño, llegado a Córdoba luego de su viaje europeo, fue creada en 1895 y oficializada en 1896 por el gobernador José Figueroa Alcorta; amparo recompensado por Caraffa con el retrato de Figueroa enviado al Segundo Salón del Ateneo. Marcelo Nusenovich, *Tres ensayos. Sobre arte y cultura cordobesa (1870/1910)*, Córdoba, Brujas, 2006.

²² Ángel Lo Celso, *50 años de arte en Córdoba*, Córdoba, Imprenta Blandino y Caruso, 1973; Artemio Rodríguez, *Artes plásticas en la Córdoba del siglo XIX*, Córdoba, Dirección General de Publicaciones de la Universidad Nacional de Córdoba, 1992.

Ana Clarisa Agüero



Honorio Mossi, *Córdoba en el año 1895*, 1895. Óleo sobre tela; 50 x 195 cm.

Santiago Rusiñol, *Paisaje de Mallorca*, s/f. Óleo sobre tela; 100,6 x 135,5 cm.

Gustave Courbet, *Puesta de sol*, s/f. Óleo sobre madera; 21,3 x 41 cm.





Pierre Tomas Joachim
Armet, *El bosque*, s/f.
Óleo sobre tela;
177 x 117 cm.



Francisco Pradilla Ortiz,
Orillas del mar, 1885.
Óleo sobre tela;
57 x 61 cm.

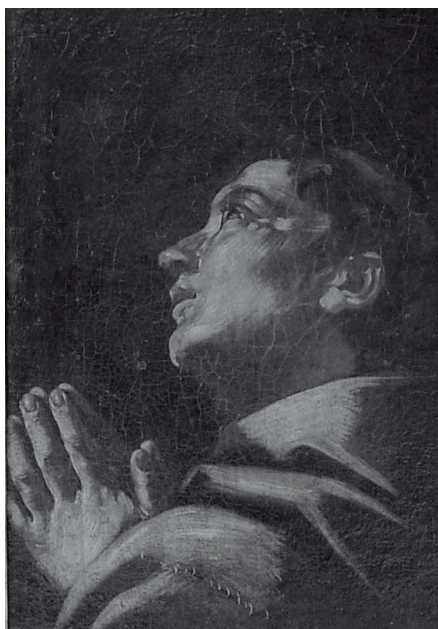


Lluís Graner, *Campesinos*, s/f.
Óleo sobre tela; 119,5 x 89,5 cm.

Dionisio Baixeras, *Pescadores*, 1885.
Óleo sobre tela; 110 x 181 cm.

Modest Urgell, *Puesta de sol*, s/f. Óleo
sobre tela; 97,5 x 196,5 cm.





Manuel Cardenaosa, *Retrato de mi esposa*, 1903. Óleo sobre tela; 88 x 61 cm.

Anónimo. *Cabeza de estudio (Monje en oración)*, s/f. Óleo sobre tela; 56,5 x 46,5 cm.

Mariano Fortuny, *Estudio de batalla (Combate con los moros)*, s/f. Óleo sobre madera; 15,8 x 24 cm.





José María Ortiz. *La lechera*. 1894.
Óleo sobre tela; 134 x 86 cm.

Federico Sick. *Autorretrato*, s/f.
Óleo sobre madera; 40 x 29,5 cm.

Andrés Piñero. *Rayo de sol*. 1903.
Óleo sobre tela; 40 x 55 cm.





Jorge Bermúdez, *Santa Teresa de Ávila*, 1912.
Óleo sobre tela;
200,5 x 180 cm.

Octavio Pinto, *La iglesita azul*, 1916.
Óleo sobre madera;
154 x 130 cm.



y universitario, más amparada en esa marca última de distinción que era el linaje criollo cuanto más experimentaba la dispersión de su patrimonio secular. Así, mientras muchos de sus “parientes pobres” caían en la pequeña función burocrática, algo que dura hasta el presente, los mejor situados podían contar con los recursos del Estado para ejercitar un discreto mecenazgo de las artes.²³ Tanto el estímulo a la construcción monumental en la década de 1880 cuanto la generalización del retrato como celebración de clase sugieren que, inversamente a su vacilación objetiva, esta élite ganaba en sentido de la representación social. Esas ansias representativas también se tradujeron en el nuevo lugar sugerido para la colección plástica desde 1911, ya que una colección tal parecía contraponerse casi naturalmente a la pesadez de los museos históricos, a la vez que prometer nuevas instancias de sociabilidad. Y aunque esa promesa de un nuevo teatro social de cuadros y *vernissages* demorara más de lo esperado, parece fuera de duda que alentó entonces las expectativas de público y artistas.

En sus primeros años, la formación de la colección plástica atravesó una serie de dificultades derivadas de la tensión entre voluntad coleccionista, recursos escasos y limitadas piezas disponibles. Ese condicionamiento estructural se expresó en el programa definido para su crecimiento en 1912, que ilumina bien la serie de presupuestos que guiaban la acción de la comisión encargada: que el arte local estaba por hacerse, que precisaba modelos, que esos modelos eran europeos e inaccesibles en términos de importación directa. Así, los objetivos se orientarán, antes que a formar una colección de obras maestras europeas, a proveer una enciclopedia de lo que se consideraba el gran fondo visual de Occidente, declinando pretensiones de autenticidad y valor estético o mercantil en beneficio de la congregación de un repertorio formal antiguo, representado por copias o reproducciones, y de una colección de *obras modernas* de firmas menores. Esto es muy claro en los propósitos señalados por el decreto de 1912, que evidencia también las expectativas pedagógicas depositadas en la colección, “elemento ilustrativo del desarrollo universal de las bellas artes, sus evoluciones y distintas escuelas” y testimonio de “los comienzos de su enseñanza en Córdoba”:

Adquisición de obras antiguas, aunque no tengan firma o sean auténticas, siempre que reúnan condiciones claras y precisas del arte.

²³ Las becas para viajes de formación se otorgaron discrecionalmente hasta 1922, cuando fueron reglamentadas. Antes de esa fecha fueron sus beneficiarios José María Ortiz (en 1881 para instalarse en Buenos Aires, y entre 1882 y 1886 en Europa), Herminio Malvino (1889), Emiliano Gómez Clara (1907) y Octavio Pinto (1916), todos con destino europeo.

Adquisición de obras modernas, aunque no sean de firmas notorias, pero que se hallen en iguales condiciones que las anteriores.

Adquisición de copias, hechas por firmas conocidas con el mismo estilo del autor, de las obras más célebres de los museos europeos.

Adquisición de colecciones completas de fototipias y fotografías carbono de las obras de arte más célebres universalmente, dándoles colocación por escuelas y nacionalidades.

Adquisición de un cuadro original de cada artista de los que hayan actuado en Córdoba desde el mayor tiempo posible y hasta la formación de la Academia de Pintura.

En sala o sección especial, se reunirá un núcleo de cuadros de los ejecutados por las alumnas de la Academia, elegidos entre los pertenecientes a la Honorable Legislatura y que se guardan actualmente en la Academia.²⁴

Entre 1911 y 1914, año de inauguración de las salas de Pintura, la colección creció mediante la veloz pero conflictiva acción de Jacobo Wolff y Emilio Caraffa.²⁵ Sus sugerencias, autorizadas por la mayor pericia relativa de Caraffa, se ajustaban al programa, señalando tanto originales como copias, obras menores de artistas consagrados y obras de artistas en vías de consagración. La compra de reproducciones, en cambio, no prosperó, y esto a pesar de existir posibilidades gratas a ambos personajes. Como dijimos, las limitaciones a la acción de la comisión derivaban en buena medida del difícil compromiso entre voluntad coleccionista y recursos escasos, lo que obligaba a justificar cada una de las compras en virtud del mérito de las obras o de la singularidad de las oportunidades.²⁶ Pero su acción, además, quedaba definida por unas coordenadas más amplias, en las que mercado internacional del arte, circuitos de circulación de obras y alteridades urbanas jugaban su papel. En efecto, entre las condiciones de posibilidad de esta colección estuvo la expansión de cierto circuito del mercado artístico que, sin tener por centro a Buenos Aires, se

²⁴ Decreto sobre el Crecimiento de la Sección de Bellas Artes, 20 de marzo de 1912, *Compilación*, MG, 1912, pp. 133-135.

²⁵ En 1912, la Comisión tuvo una serie de desavenencias con Contaduría, dependencia que subrayaba que el monto presupuestado ese año para obras (\$7.200) había sido duplicado. Informe de Contaduría, 13 de mayo de 1912, *Solicitudes y Asuntos Diversos (Solicitudes)*, t. 21, MG-AGPC, f. 199.

²⁶ "Después de un prolijo estudio, hemos llegado a la conclusión que las obras ofrecidas reúnen las condiciones para figurar en un Museo Público, y en tal concepto aconsejamos su adquisición a los precios indicados [...] creyendo que estos precios son muy acomodados." Nota de Wolff y Caraffa al Ministro de Gobierno, 17 de junio de 1912, *Solicitudes*, AGPC, fs. 204-205.

extendió por fuera o más allá de ella, hacia una ciudad que hasta entonces le era ajena.

Pensado a escala internacional, ese mercado reconocía en Francia la sede de la actualidad estética y, en esa medida, el centro respecto del cual se definían los circuitos principales y subordinados de circulación de obras, los mercados y las cotizaciones. A comienzos de siglo, ciertas ciudades americanas habían sido articuladas a ese mercado internacional, mayormente mediante su participación en circuitos secundarios en los que circulaban obras españolas, italianas, alemanas o copias de cuadros antiguos. Buenos Aires, por ejemplo, aparecía hacia el 1900 como un mercado consolidado para el arte español, fenómeno estimulado por la existencia de un coleccionismo de proporciones, que sumaba a su poder adquisitivo de base exportadora cierta pericia artística.²⁷ La intervención de ese coleccionismo en el mercado internacional de arte, aunque secundaria respecto de otras, constituía una forma relativamente cualificada de consumo, que se realizaba tanto en la propia Buenos Aires (mediante compras a *marchands*) como en Europa. Cultura coleccionista y cultura del viaje formativo y de consumo artístico definen entonces una singularidad porteña respecto de las demás ciudades argentinas; singularidad que informa también su más temprana institucionalización artística:²⁸ el Museo Nacional de Bellas Artes (MNBA), inaugurado en 1896, no solo había sido materialmente posible por la donación de colecciones particulares sino que estaba permeado por esa cultura coleccionista del siglo XIX.²⁹

La consideración de esas coordenadas más generales evidencia que la formación de la colección cordobesa es, a la vez que consecuente en los parámetros generales, aleatoria en cuanto a su desarrollo específico. Las adquisiciones vienen muy condicionadas por la oferta y esta se restringe a lo que acercan los intermediarios, siendo nula, por ejemplo, la realiza-

²⁷ M. I. Baldasarre, *op. cit.*

²⁸ Subrayemos de ese proceso dos iniciativas asociativas: la creación, en 1876, de la Sociedad Estímulo de Bellas Artes (representada por Eduardo Sívori, Eduardo Schiaffino, Ernesto de la Cárcova, entre otros) y la del Ateneo en 1892, entidad en la que aquel grupo de artistas confluye con otro de poetas y escritores (Rafael Obligado, Joaquín V. González, Leopoldo Lugones y Rubén Darío). Producto de la actividad de esos grupos es tanto la creación de la Escuela de la Sociedad Estímulo en 1878 como, coronando lo que Laura Malosetti Costa considera el proyecto y el monopolio artístico de esa generación, la creación del MNBA en 1896. Laura Malosetti Costa, *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

²⁹ Esta subyace a un viaje como el que Schiaffino realiza en 1906 en tanto director del MNBA, del que resulta la adquisición de 156 pinturas y esculturas y 200 calcos escultóricos para la institución. M. I. Baldasarre, *op. cit.*, p. 259.

ción de viajes de compra.³⁰ Así, la política de intentar comprar aquello que era ofrecido pareció abrir, al menos por un tiempo, un espacio para aquellas obras que el mercado porteño no demandaba o absorbía. La inexistencia de un estricto mercado local de arte, de coleccionistas de relieve y, en general, de figuras de indiscutible pericia artística, configuraban así una escena menos informada que la porteña y más receptiva a opciones formales que la búsqueda de sincronía con Europa descartaba. Esto ayuda a comprender en parte la fuerte presencia del realismo, especialmente español, en los inicios de la colección cordobesa; algo que –frente al simultáneo crecimiento del MNBA a partir de obras pleinaristas, impresionistas o simbolistas– sugiere un modelo tanto espacial como temporalmente desplazado: Europa, pero especialmente España, y géneros y estilos que, en cierto modo, eran parte de una actualidad cronológica pero no estética.³¹ Los comisionados, como puede advertirse, ejercen una muy limitada capacidad de selección dentro de un universo de disponibilidades ya muy recortado por aquellas coordenadas generales, cuyo poder de imposición se hace concreto a través de ciertos agentes.³²

Entre los intermediarios locales sobresale Sappia Hermanos, sociedad constituida por los herederos de Fasce, dueño de una tradicional pinturería y casa de marcos que en 1900 había abierto su salón como espacio de exhibición. Entre los *marchands*, al menos en esos años, ante todo Eduardo Miralles, catalán también activo en el ámbito rosarino. En junio de 1912 ambos inauguraban en el Salón Fasce, a escasos cien metros de la plaza principal, la Tercera Exposición de Arte Moderno Español. En términos de repercusión periodística y de su impacto en el discreto núcleo “inteligente” (intelectual, entendido) de la ciudad, la muestra fue un éxito

³⁰ La aleatoriedad no solo alude a ciertos intermediarios regulares –el caso de Sappia–, sino también a la presencia ocasional de ciertas figuras que ofrecen obras. En 1912, por caso, un integrante de la compañía de ópera que actuaba en el Teatro Rivera Indarte ofrece un conjunto de reproducciones de obras antiguas que Wolff juzga “hermosas” y cuya compra recomienda. Desconocemos el resultado de la gestión, pero el episodio es ilustrativo. Nota de Wolff al Ministro de Gobierno, 3 de julio de 1912, *Solicitudes*, MG-ACPC, f. 208.

³¹ Las compras de estos años remiten, en su mayoría, a artistas activos. Cuando se compran sus obras Urgell tiene 73 años, Pradilla, 64, Baixeras, 50, Rusiñol, menos de 50.

³² Una chance feliz la da Pradilla, a quien Caraffa había copiado intensamente en el Museo del Prado y a quien evoca, antes y después de la compra, en sus propias *Playas de Vigo*. Algo semejante ocurre con la tablita de Mariano Fortuny, muy públicamente peleada a Contaduría, sobre la presunción de que sería un boceto de su *Batalla de Tetuán*. Ana Clarisa Agüero, “Coleccionismo estatal, mercados del arte y contacto cultural: la colección plástica de la Provincia de Córdoba entre 1911 y 1930”, en María Isabel Baldasarre y Silvia Dolinko (coords.), *Travesías de la Imagen. Historias de las artes visuales en la Argentina*, vol. 1, Buenos Aires, Untref-CAIA, 2011.

rotundo y acercó por vez primera obras de artistas como Pradilla Ortiz y Mariano Fortuny. En términos de ventas, sin embargo, los resultados parecen haber estado por debajo de los esperados, lo que obraría tanto en el sentido de exasperar la oferta antes de la partida del *marchand* cuanto en el de aumentar la ansiedad de los comisionados de la provincia.

Desde la inauguración y hasta un agónico remate, Miralles y el Salón Fasce habían intentado hallar un pequeño mercado para la salida al detalle de las obras y seducir al Estado provincial para que las adquiriera con destino a las salas de Pintura. En el primer orden, se sabe que Pablo Cabrera, historiador y anticuario, compró al menos dos de ellas, y que eso fue entonces bastante excepcional. En el segundo, consta la oferta efectuada por Ángel Sappia a los comisionados, que subrayaba: “Esta hermosa colección de cuadros de afamados artistas no ha sido superada en Córdoba como Uds. podrán comprobarlo, no siendo fácil que aquí pueda presentarse un conjunto de firmas como las citadas”.³³ Además de las obras de Pradilla, Fortuny y Plá y Rubio (cuya costosa tela no fue comprada), Sappia ofrece entonces las de Armet, Baixeras, Graner y Urgell, así como unas de Tamburini y Peng Roda que virtualmente no se compran.³⁴ El ofrecimiento deriva en una larga cadena de pedidos al Ministerio de Gobierno por parte de Caraffa y Wolff –que dicen haber concluido que las obras “reúnen las condiciones artísticas necesarias para figurar en un Museo Público”–, y en una también larga serie de concesiones a medias o negativas rotundas por parte de Contaduría. Entre nota y nota, algunas obras son compradas y, como puede advertirse, de esa exposición saldría lo sustantivo de la colección europea “contemporánea”. De manera semejante, un tal Chevallier –que aparentemente estaba en Córdoba y viajaba periódicamente a Europa– había empujado poco antes la compra de obras de artistas franceses como Courbet (una pequeña tablita comparativamente bien cotizada) o Goeneutte. Los circuitos se hacen físicos en esos ofrecimientos y marcan la composición efectiva de la colección entre 1911 y 1916. Por fuera de ellos se dibuja un discreto conjunto de adquisiciones locales, dadas por la vía de la compra directa, quizás alguna donación y muy probablemente la contraparte de las becas otorgadas. Se advierte también que ciertas compras estatales debieron preexistir al decreto de

³³ *Solicitudes*, t. 21, MG-AGPC, fs. 206 a 208.

³⁴ Plá y Rubio es el más cotizado, y Hermano Sappia tasa en 6.000 pesos su obra. Una cifra tal hubiera casi consumido el presupuesto anual, lo que es una señal elocuente de las presiones domésticas sufridas por la sección. Evidentemente, la opción fue adquirir obras que, en general, no superaran los 1.000 pesos. La compra a Rusiñol, cuando su viaje de 1910, fue en ese sentido una excepción.

creación de las salas de Pintura y Escultura, probablemente destinadas a oficinas de gobierno, ya que parte de ellas comienza a ser tempranamente reclamada para su integración a la sección (cuadro 1).

Aunque seguramente el cuadro sigue siendo incompleto, creemos que permite advertir de manera fiable los rasgos centrales del proceso de constitución de la colección en sus primeros años, tanto en lo que hace al universo europeo como local. En este orden, y exceptuando el caso relevante de la obra de Bermúdez, se trata de adquisiciones estrictamente cordobesas, que prolongan en la colección algo que ya sugerían los intermediarios: tanto Buenos Aires como el resto del país están ausentes, como si los circuitos fueran bien internacionales, bien locales (pueden serlo de diverso grado y jerarquía, acomodarse o evitarse, pero eso no cambia la cuestión). Esto va en la misma dirección que un indicio ofrecido por Miralles, que aunque sí vende en Rosario no parece tentar el mercado porteño sino hasta después de la muerte o retracción de los dos principales *marchands* de arte español de esa ciudad: José Artal y José Pinelo.³⁵

Esas adquisiciones locales, previstas por el programa, son sin embargo escasas, en especial si se las compara con el sesgo adquirido por la colección desde la instauración del régimen regular de becas, en 1922, marcado por ellas.³⁶ Relativamente endogámicas, tienden a prolongar el tipo de reconocimiento local que habían abonado las exposiciones de El Ateneo, señalando un discreto grupo de artistas (luego “precursores”) compuesto, entre otros, por Honorio Mossi, Andrés Piñero o Manuel Cardenosa.³⁷ A estos se agregarían algunos de los becarios de la etapa, como lo había sido José María Ortiz y estaba por serlo Pinto.

Frente a los retratos provistos por esos artistas, o frente a ese paisaje urbano de Mossi que cada vez tiene más que decir, resaltan dos integraciones del año 1916. La primera, la *Santa Teresa de Ávila* de Jorge Bermúdez, única obra premiada en el Salón de Córdoba de ese año.³⁸ Su interés reside tanto en la instancia en sí, un salón que quiso alternar con el Salón Nacional y que efectivamente movilizó un buen número de artistas

³⁵ P. Montini, *op. cit.*, p. 29; M. I. Baldasarre, *op. cit.*

³⁶ Romina Otero, “Los artistas becarios de la Provincia de Córdoba: viajes, tradición y renovación en las artes plásticas entre 1923 y 1930”, tesis de Maestría en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Quilmes, 2015.

³⁷ Marcelo Nusenovich, “Precursores del Arte y la Sociedad cordobesa”, *Avances*, N° 4, 2000-2001.

³⁸ Ana Clarisa Agüero, “Las manos del Greco. Arte y cultura de Córdoba en 1916”, *caiana. Revista Electrónica de Historia del Arte y Cultura Visual del Centro Argentino de Investigadores de Arte*, N° 4, en línea, <<http://caiana.caia.org.ar/template/caiana.php?pag=default.php&vol=4>>, 2014.

Cuadro 1. La colección de artes plásticas de la provincia de Córdoba (1910/1911-1916)

<i>Ingreso</i>	<i>Obra</i>	<i>Artista</i>	<i>Cotización</i>	<i>Modo de ingreso / Intermediario</i>
1910	<i>Paisaje de los Balears (Paisaje de Mallorca)</i>	Santiago Rusiñol (1861-1931)	2.000	Compra directa al artista. Pedida a Casa de Gobierno en 1912 (integración pendiente aún en 1914)
1911	Seis “cuadros antiguos” (*)	Indeterminados	¿?	Indeterminado
Antes de 1912	<i>Córdoba en el año 1895</i>	Honorio Mossi	¿?	Pedida a Casa de Gobierno en 1912 (integración pendiente aún en 1914)
1912	Colección de copias de obras europeas (¿?) (indeterminadas) (**)	Indeterminados	8.100	Sappia Hermanos (Pinturerías Fasce)
	¿?	Anónimo copista de Tiépolo	100	
	¿?	Anónimo copista de Rubens	300	
	<i>Puesta de sol</i>	Gustave Courbet (1819-1877)	1.000	Chevallier
	<i>Puerto en Holanda</i>	Norbert Goeneutte (1854-1894)	200	
	<i>Marina</i>	Adolfo Giráldez y Peñalver (1840-1920)	100	
	¿?	Anónimo copista de Van Dick	850	
	<i>El bosque</i>	Pierre Thomas Joaquim Armet	650	Sappia Hermanos (Pinturerías Fasce vía Eduardo Miralles, llegado de Barcelona)
	<i>Pescadores</i>	Dionisio Baixeras (1862-1943)	1.450	
	<i>Orillas del mar</i>	Francisco Pradilla (1848-1921)	1.450	

<i>Ingreso</i>	<i>Obra</i>	<i>Artista</i>	<i>Cotización</i>	<i>Modo de ingreso / Intermediario</i>
1912	<i>En la fonda (Campesinos)</i>	Lluís Graner y Arrufi (1863-1929)	550	Sappia Hermanos
	<i>Puesta de sol</i>	Modesto Urgell (1839-1919)	600	
	<i>Últimas luces en la sierra de Achala</i>	Guido Buffo	¿?	Venta directa (adeudada en 1914)
	<i>Retrato de mi esposa</i>	Manuel Cardenosa	600	Venta directa (pago diferido a 1916)
	<i>Distraída (¿ídem Retrato de mi esposa [1896]?)</i>	Honorio Mossi	600	Venta directa (adeudada en 1914)
1912 a 1914	<i>Cabeza de Estudio (Monje en oración)</i>	Anónimo (¿escuela holandesa?)	200	Sappia hermanos (Pinturería Fasce)
	<i>Combate con los moros (boceto)</i>	Mariano Fortuny (1838-1874)	800	
antes de 1914	<i>La lechera</i>	José María Ortiz	¿?	¿?
	<i>Autorretrato</i>	Federico Sick	-	Donación de Eloísa López de Pruneda
	<i>Rayo de sol</i>	Andrés Piñero	¿?	¿?
1916	<i>Santa Teresa de Jesús</i>	Jorge Bermúdez	-	Primer Premio Salón de Córdoba de 1916
1916 (22/12)	<i>La iglesita azul</i>	Octavio Pinto	1.000	Venta directa

* Aquí habíamos abierto un interrogante sobre algunas obras que, al menos parcialmente, hoy parecen haber sido integradas en 1925, con la colección Cabrera. Se trata de *Piedad*, copia de Reni, y las anónimas *Anunciación*, *La virgen de la roca*, *El pelele* y *Niño con violín*.

** Quizás se trate de un conjunto de copias que Roca acusa en 1916 como doblemente cobradas por Caraffa, quien las habría hecho en Europa, a sueldo de la Academia y con destino a la enseñanza, y luego vendido a través de Sappia a alto precio. De haber sido el caso, las obras pasaron entonces a esa institución. Nota dirigida al ministro de Gobierno e Instrucción Pública, Juan F. Barrera, por el director del Museo Provincial Deodoro Roca, 25 de agosto de 1916, Museo Sobremonte.

Nota: El cuadro reposa en varias series documentales, aunque está abierto a añadidos y precisiones. Se apuntan los ingresos documentados o verosímiles entre 1911 y 1916, descartando los más improbables, como una marina de Hammer y un paisaje de David Teniers. Museo, *Solicitudes*, ACP, fs. 194-223; Resolución del 26 de junio de 2012, *Compilación*, MC, 1912, p. 358; "Catálogo de cuadros expuestos en el Museo Provincial", en *Museo provincial. Antecedentes. Ceremonia de la inauguración de las salas de Pintura de 1914*, Córdoba, La Italia, 1916.

argentinos, cuanto en la propuesta de Bermúdez, producto de su etapa europea y muy marcada por su maestro Ignacio Zuloaga. La pintura, de gran formato, cifrada en esa santa abrazada tanto por católicos cuanto por modernistas españoles de toda especie (una suerte de santa *nacional* ligada a ese paisaje también *nacional* que estaban creando en torno a la meseta castellana), debió fluir entonces merced a su acusada ambigüedad. Proponiéndose como de tema religioso, el cuadro llegaba a un terreno lo bastante preparado en el modernismo literario como para advertir todo el mundo laico que connotaba (el de la pobreza, el de la entrega y, sin duda, también el de la pasión que marcaba los diálogos místicos con San Juan de la Cruz).³⁹ Eran, a la vez, una santa española y un paisaje español (tratado a modo de telón, como había enseñado Zuloaga, de quien ya bastante se sabía), llegados en un momento relevante de restauración del vínculo con España, y esto más en Córdoba que en Buenos Aires. Era, finalmente, un vector del partido español de la gravedad y la introspección, el de la búsqueda del carácter nacional o regional, que llegaba por muchas otras vías. Nada de eso debió ser ajeno a la elección de esta obra, muy distinta a los paisajes y personajes pampeanos que Bermúdez presentaba en los mismos años en Buenos Aires y Rosario. En su regionalismo modernista, la *Santa Teresa* fue un factor cierto de renovación.

La otra obra es *La iglesita azul*, de Octavio Pinto, políptico impresionista consagrado a la iglesia serrana de Candonga, de la que ofrece diversos planos interiores y exteriores. En la ruta luminosa de Rusiñol, a quien admiraba, este trabajo sobre las luces, aspecto más evidente del ejercicio, es expuesto en un retablo que, unido al propio tema, parece adensar la connotación religiosa de la obra en su conjunto. No obstante, una leyenda de marca modernista, en la que sinestesia y evocación dariana juegan su parte (“Iglesita, tu cielo es azul como la fe de los humildes”), viene a agregarse a una obra en la que Pinto parece querer decir más. La consideración de lo que en verdad ilumina (el afuera serrano) y lo que apenas refleja (las varias vistas interiores de la iglesia) inclina a pensar este retablo de Pinto como expresión de su propio desencanto del mundo, manifiesto también en algunos de sus escritos contemporáneos. Nuevamente, un tema que se presenta como religioso, reforzado ese carácter por el soporte elegido, parece venir a exponer otra cosa: la ausencia de Dios, cierto panteísmo modernista que acusa en las luces exteriores más verdad que en la capilla, una angustia interior apenas reparada por el mundo. Como en Bermúdez, un conjunto de asuntos más bien laicos.

³⁹ Un modernismo que incluye al hispanoamericano y al 98 español. Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2004.

La iglesita azul había sido exhibida en la muestra individual de Pinto en el Salón de Córdoba, a fines de la primera gobernación de Cárcano. Muy promocionada por Deodoro Roca desde la dirección del museo, sería adquirida por la provincia en diciembre de 1916. En el medio, otro comentarista ha venido agitando sus manos e intentando atraer la atención del público tanto sobre Pinto cuanto sobre Bermúdez: es Manuel Gálvez, que vacila entre otorgar a uno u otro el lugar de “el” pintor de un paisaje y un alma nacionales. En el caso de Bermúdez, por sus escenas pampeanas; en el de Octavio, por sus pinturas serranas.⁴⁰ Ambos parecen entonces dos promesas del arte nacional. Esto durará poco, y otros nombres vendrán pronto a ocupar sus lugares e iniciar la gran era del paisajismo; pero, a grandes rasgos, así debían verse las cosas en 1916, cuando ambos vinieron a alimentar la colección pública de Córdoba.

Guardarropía 1

La democratización progresiva de este largo tiempo se pone a revisar la Historia como una guardarropía de teatro.

ÁNGEL RAMA, *La democratización enmascaradora del tiempo modernista*

Más vale un trabajo grosero que narre una historia o recuerde un hecho, que una obra, por rica que sea, sin significación. Nuestros grandes monumentos cívicos no deberían tener un solo adorno sin alguna intención intelectual. La representación de la historia tiene en nuestra época moderna una dificultad, que aunque insignificante al parecer, es poco menos que irresoluble: la de ser intratable el traje.

JOHN RUSKIN, *Las siete lámparas de la arquitectura*, 1849

La idea de construir un edificio específicamente destinado al Museo Provincial estuvo presente, al menos, desde 1907, año en que el gobierno de la provincia previó un presupuesto a tal fin. Pese a ello, el expediente no evolucionó sino hasta la gobernación de Félix T. Garzón, quien desde abril de 1911 solicitó a la Dirección de Arquitectura avanzar sobre este.⁴¹ Ante la parálisis de la repartición, Garzón optó por encomendar

⁴⁰ Manuel Gálvez, *La vida múltiple*, Buenos Aires, Sociedad Cooperativa Nosotros, 1916, “Octavio Pinto”.

⁴¹ Desde su creación, el Museo Provincial funcionó en sucesivos locales de alquiler. En 1916, la sección de pintura fue trasladada al nuevo edificio y en 1918, la sección histórico-colonial lo fue a la llamada Casa de Sobremonte, sin que esto alterara la unidad administrativa del Museo. Ley

el proyecto a un arquitecto foráneo, recayendo esta comisión en Juan Kronfuss, húngaro instalado en Buenos Aires desde 1909 o 1910.⁴² De este modo, el encargo se encadenaba a la secuencia según la cual, desde la década de 1880, toda la arquitectura de Estado con fines representativos era producto de figuras extranjeras. Así el banco y el teatro (Tamburini), los irrealizados proyectos de palacio municipal (Chambers y, en 1910, Curet) o los sucesivos proyectos de casa de gobierno (Maillart en 1910 y Kronfuss en 1925). La tendencia derivaba de un cuadro profesional bastante preciso y, claro está, del crecimiento de las expectativas puestas por la élite en ciertos edificios, tanto particulares como públicos, de los que se esperaba fuerza representativa del poder estatal o la distancia social.

Entre aquel proyecto y la definitiva ejecución del edificio del Museo corren cinco años, tiempo accidentado en el cual una propuesta ecléctico-colonial cede paso a otra propiamente neoclásica, en que la transformación museística se superpone al rediseño edilicio, y en que el lugar del arquitecto extranjero se altera por su instalación en Córdoba como director de Arquitectura de la provincia. El viraje entre los sucesivos proyectos de museo debiera resituarse en esas coordenadas, importantes para la reconstrucción del expediente edilicio.

El sitio

[...] sin cierto tipo de espacio, cierto tipo de historia simplemente se vuelve imposible.

FRANCO MORETTI, *Atlas de la novela europea. 1800-1900*

—De estas barrancas yo quiero hacer esto —y extendía el pañuelo sobre el banco, y trazaba en la superficie plana, calles, plazas y avenidas, arboledas y jardines, y surgían las casas y villas entre plantas, flores y surtidores de agua de las sierras [...] Yo también divisé en marcha la ciudad futura.

RAMÓN J. CÁRCANO sobre Miguel Crisol, *En el camino*, 1926

1.953 de Bonos y Obras Públicas, *Compilación*, MH, 1907, pp. 590-591; Memoria presentada por Jacobo Wolff de su gestión, 7 de febrero de 1912, *Oficinas-Culto*, t. 25, MG-AGPC, 1911; Mensaje del Gobernador Ramón J. Cárcano, 1 de mayo de 1915, *Compilación*, MG, 1915, p. 157; Decreto 3.084, *Compilación*, MG, 1918, pp. 782-784.

⁴² Decreto del 24 de agosto de 1912, *Compilación*, MG, 1912, pp. 512-513. Quizás Cárcano incidiera en la elección del arquitecto, ya que su hija y su yerno habían encargado al húngaro su vivienda en Buenos Aires. Ficha de Inscripción en la Sociedad Central de Arquitectos, BSCA, 20 de agosto de 1913.

La preocupación por dotar al Museo de un edificio propio debió dialogar muy temprano con la fisonomía de la ciudad material y, en consecuencia, también con su proceso expansivo, manifiesto desde 1870 en sucesivas fases de ruptura del “claustro colonial” sugerido por las barrancas norte y sur. Esa expansión, expresada inicialmente en los pueblos de diseño unitario loteados hacia el este (General Paz y San Vicente, ubicados en zonas bajas vinculadas al propio curso del río), había sido facilitada en la segunda mitad de los ochenta por la acción estatal del juarismo, que emprendió la expropiación de tierras comunales hacia el oeste y hacia el sur para entregarlas al lucrativo juego de loteo y urbanización privados. Simultáneamente, ligada a la presencia del Ferrocarril Central y a extensos loteos particulares, comenzaba la expansión norte de la ciudad. De todo el movimiento, el operado hacia el sur y hacia el norte fue el más complejo materialmente y el más significativo simbólicamente, puesto que representó, a la vez, el trasvasamiento de las barrancas en tanto obstáculo físico y en tanto estigma urbano.

Los sucesivos proyectos de museo fueron imaginados en ese sur expandido por la acción del consorcio entre el juarismo y Miguel Crisol, porteño radicado en Córdoba luego de una estancia europea.⁴³ A diferencia de los pueblos anexados, esta urbanización había sido planificada a partir del núcleo tradicional de la ciudad colonial y, en cierto sentido, la extendía orgánicamente, venciendo las barrancas. Desde el comienzo, su novedad fue alimentada por la integración de diagonales y de un sistema radial de avenidas que contrastaban claramente con el trazado ortogonal de la ciudad vieja, propio del “plan barroco”. También desde el comienzo, la prolongación de la grilla fue pensada conjuntamente al parque, pieza central de esa expansión en la que se depositaban expectativas higienistas, urbanizadoras y de sociabilidad burguesa. La presencia de ese pulmón y freno alentó una primera ola de construcción civil representativa, vinculada a grandes fortunas y apellidos y edificada evocando villas renacentistas u *hôtels particuliers* franceses.⁴⁴ Superada la crisis de 1890, que arrastró

⁴³ En vísperas de convertirse en Ministro de Gobierno de Ambrosio Olmos, Cárcano acogió la propuesta expansiva de Crisol, quien, decía, describía “la ciudad futura con emoción creciente y contagiosa”. Ramón, J. Cárcano, *En el camino*, Buenos Aires, Sociedad de Publicaciones el Inca, 1926, p. 25.

⁴⁴ Sobre el proceso de urbanización local, véase Waldo Ansaldi, “Industria y urbanización. Córdoba, 1880-1914”, tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, 1991, y Cristina Boixadós, *Las tramas de una ciudad, Córdoba entre 1870 y 1895. Elite urbanizadora, infraestructura, poblamiento...*, Córdoba, Ferreyra Editor, 2000. Véanse además: un cotejo con otros casos en Francisco Liernur, *Arquitectura en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 2000; la relación entre parque y

consigno a Miguel Crisol, fue la diagonal llamada Avenida Argentina la que concentró la mayor parte de esas construcciones. Y respecto de esa diagonal (hoy Hipólito Yrigoyen) se pensó también el primer proyecto de museo, de cuya cúpula se esperaba el remate monumental.

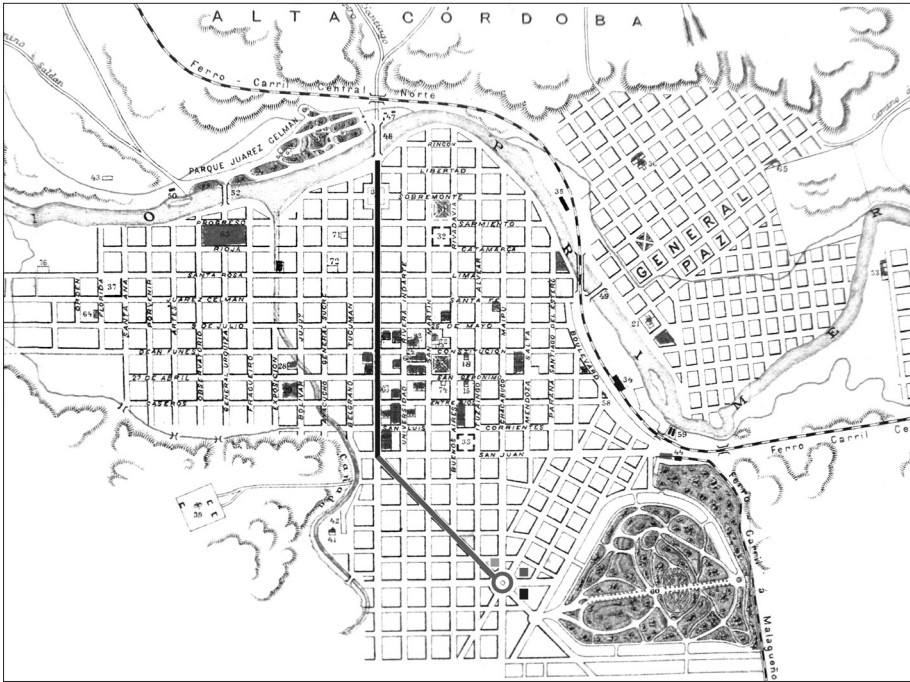
259 Como puede verse en el plano de la Nueva Córdoba, la Avenida Argentina se iniciaba en el extremo sur de la Calle Ancha, arteria principal de la ciudad que vinculaba barrancas norte y sur.⁴⁵ La diagonal conducía a una rotonda (la actual Plaza España) en la que convergían varias avenidas y que representaba la puerta al parque que el francés Carlos Thays (otro personaje entre Córdoba y Buenos Aires) diseñó, y que las élites locales integraron como teatro de sociabilidad. Antes de la catástrofe, Crisol había construido su chalet en el remate de esa avenida (el “vigía” referido luego por Biale Massé); tras su reutilización como sede de la escuela agronómica, el primer proyecto de museo se imaginó sobre sus ruinas. Así, el mismo punto que el empresario eligiera para expresar su protagonismo en el proyecto de la Nueva Córdoba era imaginado ahora como remate monumental de una avenida caracterizada por su edilicia representativa y su escasa pero distinguida población. Análogamente a lo sugerido por Adrián Gorelik para el caso porteño, se daba aquí una suerte de haussmannianismo invertido, en que los ejes monumentales precedían a los monumentos; algo que también estaba ocurriendo respecto de la Calle Ancha, en cuyos remates sur y norte, respectivamente, se proyectarían en vano el Palacio Municipal en 1910 y la Casa de Gobierno en 1925.⁴⁶

A pesar de su carácter perpetuamente inacabado, lo cierto es que en esta ciudad *nueva*, que allanaba el sur y preparaba un también nuevo espacio público, fue proyectado por dos veces el Museo. Pensado a través de gruesos cortes temporales, ese espacio sur parece también más cargado

trama, y espacio público y cultura urbana, en Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1998; la idea de “plan barroco” en Lewis Mumford, *La cultura de las ciudades*, Buenos Aires, Emecé, 1945.

⁴⁵ El plano, de 1899, muestra la proyectada expansión sudeste de la ciudad. Santiago Albarra-cín, *Bosquejo histórico, político y económico de la Provincia de Córdoba*, Buenos Aires, Imprenta de Juan Alsina, 1889.

⁴⁶ El caso de la Avenida de Mayo. Adrián Gorelik, *Miradas sobre Buenos Aires*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, p. 82. En Córdoba, los remates de la Calle Ancha, que eran prácticamente topográficos, habían dado lugar a dos plazoletas con sendas esculturas. Señalando la desigual ocupación de sus respectivos entornos, Eizaguirre apuntaba en 1898: “El General Paz empieza ya a estar rodeado por el pueblo; el ilustre Vélez, seguirá erguido en el desierto por muchos años todavía”. José Manuel Eizaguirre, *Córdoba. Primera serie de cartas sobre la vida y costumbres en el interior*, Córdoba, Bruno y Cía., 1898, p. 247. Véase también W. Ansaldo, *op. cit.*, pp. 562- 569.



La Nueva Córdoba.

La calle Representantes (o “calle ancha”, actual eje General Paz-Vélez Sarsfield), la Diagonal Argentina y la Nueva Córdoba en el plano de Santiago Albarracín (1889). En la rotonda, en sentido horario, el sitio en que ya en 1913 se construía el Palacio Ferreyra, el definitivo del museo y el del precedente Chalet Crisol.

simbólicamente, puesto que si sus grandes hitos edilicios faltarían por siempre (en parte por el desplazamiento representado por la segunda ubicación dada al Museo), lo cierto es que a su planificación en la década de 1880 sucedieron la escultura de Vélez en la de 1890 y el edificio de museo en la década de 1910. Si esa acumulación se piensa respecto de una calle ancha abierta en el norte por el general Paz (símbolo de la bravura local, pero también de una era de luchas civiles), en una sección popular de la ciudad, el rumbo sur parece traer nuevas promesas, reforzadas por la escultura del codificador Vélez Sarsfield, inaugurada en 1897. En esa ocasión, José Echenique condensaba sin buscarlo el equilibrio propuesto por la avenida, celebrando las esculturas de Paz y Vélez Sarsfield: “el uno digno de Esparta –el otro de Atenas– y ambos dignos hijos del pueblo Argentino!”.⁴⁷ Visto en conjunto, la *civilización* parecía ir hacia el sur, y esto a pesar de la resistencia al Museo por parte de uno de sus vecinos más notables, el dueño y comitente del Palacio Ferreyra.⁴⁸ Es muy probable que su reclamo fuera, ante todo, representativo, y dialogara en forma directa con el estilo del edificio propuesto más que con su programa, no mucho más honrado.

El proyecto

Es claro que las formas que querían reproducir aquí no podían ser idénticas a las de Europa, por falta de materiales y de obreros, pero tampoco contemporáneas con las formas de Europa.

JUAN KRONFUSS, *Arquitectura colonial en la Argentina*, 1921

No quiero discutir en forma alguna el mérito ni el valor arquitectónico y artístico del estilo empleado en el proyecto del señor Curet en sí mismo, pero es una verdad indiscutible que en Córdoba *está fuera de su lugar* y sería en el conjun-

⁴⁷ Citado por María Victoria López, “Elite letrada y alta cultura en la Córdoba de fin de siglo. El Ateneo de Córdoba, 1894-1913”, trabajo final de Licenciatura en Historia, Córdoba, 2009, p. 33.

⁴⁸ “Un museo no atrae sino un limitadísimo número de personas aficionadas a antigüedades y tiene que ser poco interesante aquí, por tratarse de un país joven [...] además de que el museo puede estar en cualquier parte. En el parque debe haber un establecimiento a donde pueda ir todo el mundo, donde se dé de comer, donde se pueda ir a tomar el té a la tarde, en invierno, donde haya diversiones distintas para ir de noche en verano [...] por lo que hace al edificio que se proyecta construir, si se destina a museo no atraerá a nadie y en cambio llevará a todo el mundo si se instala en él un establecimiento público con diversiones distintas, sin olvidar que el edificio debe ser hermoso, como que puede ser admirado a lo largo de toda la avenida”. “Edificio en el Parque Sarmiento. Lo que debe hacerse”, *Los Principios*, 28 de febrero de 1913.

to de sus edificios una nota discordante y es necesario que *sigamos los ejemplos que nos dan las naciones más adelantadas en gusto artístico* como Francia e Italia, *donde no se permitiría jamás la ruptura del conjunto armónico del estilo tradicional por formas heterogéneas importadas de otra parte.*⁴⁹

“Un cordobés” sobre el proyecto neoclásico de Palacio Municipal de Curet

El encargo que el gobernador Garzón efectúa a Juan Kronfuss en 1912 es una de las piezas de la reorientación tipológica y coleccionista del Museo iniciada el año anterior. Consecuentemente, el edificio se piensa como continente de una institución orientada en sentido culturalista, cuyas colecciones histórica y artística, sin embargo, revisten aún muy diversa consistencia. El sesgo histórico de la colección *real*, evidente para los locales, condiciona también la propuesta del arquitecto.

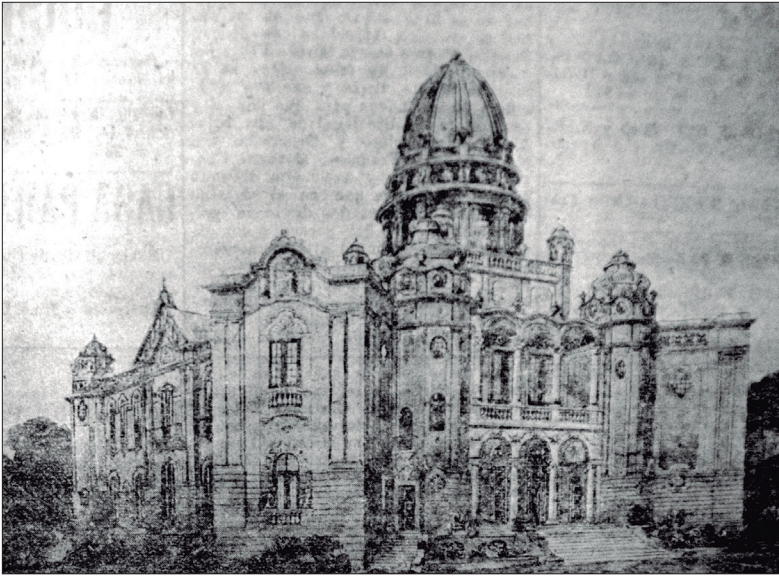
Formulado desde Buenos Aires y, creemos, sin que Kronfuss tuviera aún demasiado contacto con la ciudad, el proyecto se caracteriza por la integración de motivos coloniales presentes en una escogida serie de edificios de la provincia. Con independencia de ciertas limitaciones, lo relevante de la propuesta era que presumía la existencia de una particularidad arquitectónica local, y en parte la invocaba en una proyectiva presente. Es claro que se trataba mayormente de *detalles* coloniales, pero es claro también que el arquitecto adjudicaba a esos detalles una singular capacidad evocativa. Y, en rigor, Kronfuss no se equivocaba respecto del poder simbólico de esas formas aunque sí lo hiciera al presumir su univocidad. Según se lee en *Los Principios*, este era el programa:

262a

La idea que ha presidido el proyecto es la de reconstruir, en cierta manera, para perpetuarlo, todo el tesoro arquitectónico de la antigua Córdoba, para que el Museo Histórico sea por sí mismo un *resumen de la historia de la arquitectura cordobesa*.

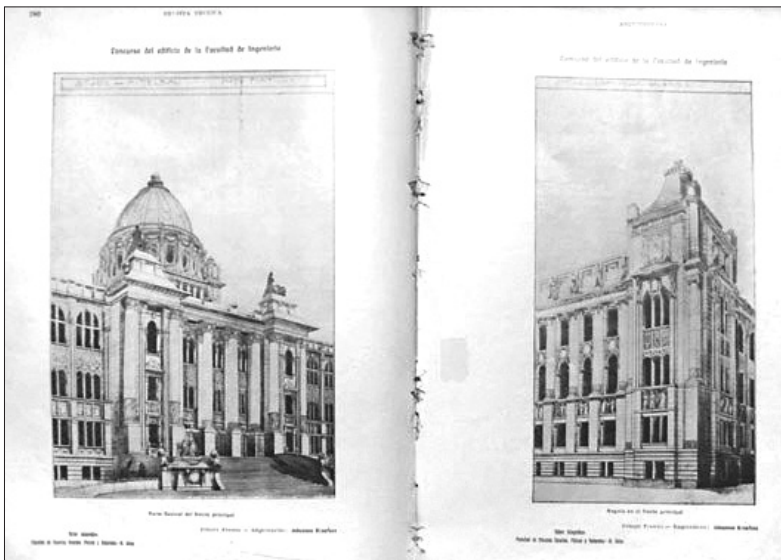
Así el proyectista ha aprovechado todos los motivos de la arquitectura de los principales edificios antiguos como la casa del Virrey Sobremonte, la del Gobernador Manuel López, los templos de Alta Gracia y de Santa Catalina (norte) construidos por los jesuitas, y aun de la misma Catedral. Las ventanas, balaustradas, marcos, rejas, galerías, etc., ostentarán los mismos motivos arquitectónicos que adornan esos edificios históricos: y la elegante cúpula de treinta y cuatro metros de altura reproducirá en pequeño la gracia de la hermosa cúpula muzarábica de la Catedral.

⁴⁹ “El Museo Provincial y el Palacio Municipal. La discordancia de estilos”, *Los Principios*, 9 de febrero de 1913. Énfasis agregados.



a. Juan Kronfuss, Proyecto de Museo Politécnico Provincial (Córdoba), 1912. Reproducido en “El Museo Provincial. Un proyecto notable”, *Justicia*, 23/01/1913.

b. Juan Kronfuss, Proyecto de Facultad de Ciencias Exactas (Buenos Aires), 1908. Reproducido en “Concurso Facultad de Ingeniería. Descripción y bosquejo general del Proyecto Premiado”, *Revista Técnica*, N° 51, 1908.



En el interior se reconstruirán una botica, un comedor y una cocina antigua con muebles de la época; o sea de los siglos xvii y xviii, que tiene el Museo.

Se reconstruirá asimismo en el gran patio interior un jardín antiguo con las figuras y plantas que se usaban en la época colonial.

Y para complemento en las terrazas exteriores serían colocados los ocho cañones de esa misma época que posee el Museo.⁵⁰

La descripción subraya ciertos elementos de la propuesta, pero también sugiere algo de su recepción pública.⁵¹ Dado que allí no se señala la distancia efectiva entre el proyecto y los referentes coloniales invocados, parece conveniente hacer un breve rastillaje a contrapelo, a fin de considerar mejor los alcances de la intervención de Kronfuss. Comencemos por la cúpula proyectada, puesto que en ella se depositaban las mayores expectativas monumentales. Bien vista, esta se aleja de la catedralicia al desatender toda proporción entre altura y diámetro y al privilegiar, mediante un encolumnamiento circular, más espacios vacíos que llenos; a su vez, las torretas que la rodean se distancian tanto que definen una terraza completamente ausente en la catedral. Al igual que otros elementos de la envolvente, la cúpula —excepto por su estiramiento— guarda más relación con el neoclásico proyecto que Kronfuss hizo para la Facultad de Ingeniería en 1908 que con cualquier referente local.⁵² Lo mismo ocurre con el complejo de pórtico y torres que constituye el módulo central de ambos edificios. Si, en el caso del Museo, las torres coloniales eluden pilastras y rematan evocando las catedralicias, la cita se debilita por la pérdida de los campanarios y por la sorpresiva intromisión de una *loggia* neorrenacentista, respecto de la cual se organiza una recargada simetría. Aunque las masas diagonales que se desprenden del pórtico parecen introducir un movimiento ciertamente nuevo, la familiaridad con el proyecto de Facultad es reafirmada por su similitud con las torretas ubicadas en los extremos. El remate superior —“colonial” en un caso, clásico en el otro— no oscurece el vínculo.

262b

⁵⁰ *Los Principios*, 23 de enero de 1913, p. 3. Énfasis agregados.

⁵¹ Hasta donde vemos, no queda registro oficial del proyecto. *La Voz del Interior* fue el primer diario en publicar la imagen del museo proyectado, junto a una breve referencia a los créditos del arquitecto. “El nuevo Museo Provincial”, *La Voz del Interior*, 22 de enero de 1913. Al día siguiente, *Los Principios* y *Justicia* mostraron el grabado, acompañado de un extenso comentario que anclaba en la Memoria Descriptiva del arquitecto y habría sido escrito por la misma pluma. “Museo Provincial. Un gran proyecto”, *Los Principios*, 23 de enero de 1913; “Museo Provincial. Un proyecto notable”, *Justicia*, 23 de enero de 1913.

⁵² Ese proyecto obtuvo el primer premio en el concurso internacional de 1908 y, para su —también frustrada— construcción, se instaló en Buenos Aires entre 1909 y 1910.

Consideremos ahora, en la medida en que lo permite la escueta documentación disponible, el diseño de los espacios interiores. El proyecto se organiza a partir de un patio central, que constituye el gran dato colonial de la planta y que contrasta claramente con los planteos compactos sistematizados por L'École des Beaux Arts. En torno a aquel se prevé una serie de salas orientadas a exhibición cuyos destinos se ajustan, como se dijo, a las colecciones reales, todavía fundamentalmente históricas pese a la creación de la sección artística. Así, las salas dedicadas a amoblamiento colonial serían ambientadas como comedor, cocina y botica, el patio remedaría uno colonial y los cañones encontrarían su sitio en las terrazas. Frente a esas precisiones, la Sala de Pinturas no es mencionada, elisión que acusa tanto la brevedad de la colección presente como los rasgos prominentes del museo a juicio de sus contemporáneos.

El cotejo permite advertir mejor lo que de novedosa tenía la operación de Kronfuss. Digamos, ante todo, que este era un proyecto estimulado por la Colonia pero no un proyecto *neocolonial*; y esto, entre otras cosas, porque los fundamentos conceptuales de esa corriente arquitectónica serían en parte prohijados por estas primeras incursiones. Kronfuss —y está entre los primeros en hacerlo— se encuentra en la fase inicial de su relación con una arquitectura cuya experiencia y justificación conceptual solo irán desarrollándose entre 1914 y 1920.⁵³ La integración selectiva de motivos coloniales aún responde más a sus disposiciones europeas y a su experiencia porteña que a la serie de razonamientos que guiarían sus incursiones posteriores. El plan todavía es simple: para un museo cuyo contenido es mayormente histórico, propone un continente historicista; para esa propuesta historicista escoge ciertas formas reconocibles del repertorio local; para resolver el programa en su conjunto apela a sus destrezas tectónicas (clásicas) y limita, sin premeditación pero como en negativo, las inclusiones coloniales a un rol

⁵³ Según Kronfuss, sus estudios sobre Córdoba habían comenzado a partir del encargo de un complejo universitario efectuado por el ministro Rómulo Naón, merced al que habría llegado “a la convicción de que para Córdoba hay que abandonar los tipos europeos y crear otros nuevos, sobre la base de la historia y el desarrollo del país”. Sebastián Malecki consigna que, en abril de 1910, *Los Principios* aluden a una visita de Kronfuss a la ciudad, que habría tenido lugar a fines del año anterior. Esto es importante no solo porque obliga a una nueva datación de la llegada del arquitecto al país respecto de la ofrecida por la literatura relativa, sino también porque sugiere una estación anterior de su vínculo con Córdoba. Los dibujos que el propio Malecki nos facilitó de ese proyecto universitario, que agradecemos, muestran bien lo poco que la inquietud colonial había marcado entonces la propuesta de Kronfuss, y aun resalta la omisión de toda referencia en el texto al proyecto del año 1912. Juan Kronfuss, *Arquitectura colonial en la Argentina*, Córdoba, Biffignandi, 1921, p. 20; Sebastián Malecki, “Espacios de mediación: la ciudad universitaria de Córdoba, 1949-1962”, *Registros*, año 10, N° 11, julio de 2014, p. 37.

ornamental.⁵⁴ La resolución, del todo comprensible si se atiende a su enciclopedia, dialogaba además con lo habitual en los museos históricos de Buenos Aires: su albergue en edificios coloniales.⁵⁵ Ligada a esa asimilación venía también su mayor novedad; este era un intento deliberado de *producir* un continente análogo, lo que cambiaba por completo la cuestión.

El resultado es, por fuerza, un diseño ecléctico pero, para evitar otro aplanamiento frecuente, revisemos qué implicaba eso exactamente.⁵⁶ El proyecto incursiona en un doble eclecticismo, genéricamente historicista en un caso, puntualmente historicista en el otro. Por un lado, reúne en un mismo edificio elementos estilísticamente diversos: así, si el carácter monumental, la simetría, el velado uso de pilastras o la *loggia* remiten a un lenguaje clásico, este se ve comprometido por las interrupciones “coloniales” del encornisamiento barroco, el remedo de las torres catedralicias o la introducción del signo jesuita. Por otro, integra antecedentes coloniales muy precisos, partes adjudicables a edificios determinados y fácilmente reconocibles. Como este historicismo puntual se ejerce a cierta distancia de sus referentes (probablemente mediado por fotografías y dibujos aje-

⁵⁴ Ese relativo desajuste entre planta y fachada –criticado por el propio Kronfuss en 1916– intentará ser superado en sus propuestas neocoloniales de los años veinte, en las que puede advertirse la preocupación por integrar las especificidades de planta y corte de la arquitectura colonial. Así, si el primer proyecto de museo parece ejemplificar bien un procedimiento desajustado de la práctica historicista –tal como la caracterizan Tartarini o Waisman–, los más tardíos proyectos neocoloniales de Kronfuss lo discuten, en la dirección señalada por Liernur: “el ‘Neocolonial’ fue el vehículo que permitió en la Argentina comenzar a romper con el sistema académico de recintos autosuficientes y a explorar la interpenetración espacial que caracterizaría más tarde al Modernismo maduro. Esta interpenetración consiste en la relación que se establece –en planta, pero especialmente en corte– entre recintos de alturas diversas: es lo contrario a la estratificación plana”. Francisco Liernur, “Neocolonial”, en J. F. Liernur y F. Aliata (comps.), *op. cit.*, p. 188; Jorge Tartarini, “Arquitectos húngaros en la Argentina: Johannes Kronfuss”, en Ramón Gutiérrez *et al.*, *Andrés Kalnay. Un húngaro para la renovación arquitectónica argentina*, Buenos Aires, CEDODAL, 2002, p. 24; Marina Waisman, “Neocolonial y moderno: falacias y realidades”, en Aracy Amaral (coord.), *Arquitectura neocolonial. América Latina, Caribe, Estados Unidos*, México y San Pablo, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 279; Ramón Gutiérrez, “Una entusiasta introspección: el neocolonial en el Río de la Plata”, en A. Amaral (coord.), *op. cit.*

⁵⁵ Caso de los museos Mitre y Pueyrredón o del (republicano pero de inspiración colonial) Museo Histórico Nacional. J. Sarquis, *op. cit.*

⁵⁶ Por *eclecticismo* entendemos aquí tanto el *revival* historicista como la convivencia de dos o más lenguajes en un mismo edificio. Mercedes Daguerre, “Eclecticismo”, en J. F. Liernur y F. Aliata (comps.), *op. cit.* La advertencia respecto del aplanamiento histórico que facilita la adjetivación debe redoblar en este caso, como en el de todos aquellos *revivals* que llegaron a ser parte de alguna formulación nacional. Coincidimos aquí con Amanda Salvioni, quien, atendiendo formulaciones más tardías del neocolonial en Argentina, subraya su protagonismo en el proceso de invención de la nación, atributo ajeno a cualquier otro de los eclecticismos ensayados. Amanda Salvioni, *Rappresentazioni moderne del passato coloniale in Argentina*, Reggio Emilia, Diabasis, 2003, pp. 185-186.

nos), las invocaciones se resienten de su escasa fidelidad.⁵⁷ En este punto, sin embargo, el contenido importa más que las fallas miméticas porque contribuye al verdadero *novum* de la propuesta: la propia integración de estilemas de origen colonial en un programa arquitectónico representativo. Había en ello, en efecto y más allá de la conciencia de su artífice, una novedad radical cuando el destino era una ciudad que llevaba décadas apelando al sistema clásico para su *gran* arquitectura.⁵⁸

Casi sin advertirlo, y esto porque sus disposiciones y experiencias lo preparaban para imaginar lo contrario, Kronfuss realizaba una operación de riesgo. La recuperación de motivos coloniales, además de una diferencia formal frente a la secuencia neoclásica, reinstalaba en Córdoba signos de gran ambigüedad. La ambivalencia del tema colonial en esos años, como veremos en el próximo capítulo, es documentada tanto por deliberadas intervenciones cuanto por contundentes silencios; y entre quienes se pronuncian puede identificarse un repertorio de posiciones que van desde la impugnación total de la Colonia (identificada con la opresión y el retraso propios de una colonización más *española* que europea), pasando por su consideración ilustrada (posible a partir de la distancia temporal y capaz de aunar juicio crítico y rescate selectivo), hasta su recuperación normativa (fundada en la idea de una antigua comunidad cuyos valores podían ser correctivos de cierta disolución contemporánea). Sobrevenido a esta arena, el proyecto de museo ofrecerá a esas varias sensibilidades ocasión de desplegarse.

Las diversas apreciaciones del pasado colonial no encuentran una traducción inmediata ni en organizaciones partidarias ni en líneas editoriales aunque, como siempre, solo ciertas contaminaciones sean posibles. Si se piensa en el tratamiento periodístico del proyecto, el arco va de la prudente y breve publicidad dada por *La Voz del Interior* (expresiva de la oposición radical) a su extensa y detallada celebración por *Los Principios* (órgano católico) y *Justicia* (instrumento editorial del consorcio Cárcano-Del Viso). Sin embargo, puede presumirse que la prudencia del primero y la recepción festiva de los segundos comprometen diversas visiones del asunto. La reactiva y la ilustrada en *La Voz*, que opta por referirse sumariamente al prestigio del arquitecto sin mencionar el proyecto que muestra; la normativa en *Los Principios* y la ilustrada en *Justicia*. Estos dos últimos medios,

⁵⁷ La misiva en la que Kronfuss agradece el encargo expresa claramente que viajará a Córdoba solo cuando crea posible poner en consideración el proyecto. La carta está datada el 15 de septiembre de 1912 en Buenos Aires, *Solicitudes*, t. 13, MC-AGPC, f. 212.

⁵⁸ Como señaláramos, la década de 1880 es paradigmática en ese sentido, y sus dos grandes íconos son el edificio del Banco Provincia de Córdoba y el Teatro Rivera Indarte, ambos del italiano Francisco Tamburini. El paralelo privado-asociativo de esa arquitectura estatal fue en Córdoba su remodelación de la casa de los Juárez con destino al Club El Panal.

que llegan al mismo resultado por caminos diversos, coinciden en un solo supuesto, que es medular: la Colonia puede ser pensada como antigüedad recuperable. A partir de allí —cuando se trate de los modos, los grados y el sentido de esa recuperación— los acuerdos se diluyen.⁵⁹

Si se trasciende el ámbito de la prensa, el panorama se diversifica y la relativa consistencia de algunas líneas editoriales se ausenta. Porque si el diario católico (en parte por su comunidad dogmática) y el liberal conservador (en parte porque expresa un núcleo muy determinado de ese linaje político) parecen prolongar respectivamente apreciaciones normativas e ilustradas del pasado colonial, otros ribetes surgen cuando se las reconduce a la arena de la política *strictu sensu*. Y fue en ese terreno, en el cual convivían conservadores liberales y católicos, donde se dirimió la frustración del primer proyecto de museo. Puestos a decidir, los aliados de quienes lo habían celebrado en la prensa consagraron en elocuente silencio legislativo la caída del proyecto.⁶⁰

La inauguración. Miradas y obras cruzadas

Veo que el arte cunde por toda la República y que su adelanto, hoy ya palpable en la Capital Federal, encuentra un eco digno en otros centros intelectuales del país.

⁵⁹ Es sugestivo confrontar este cuadro con los debates que en los mismos años tenían lugar en Buenos Aires, en las comunidades profesionales de las que Kronfuss formaba parte. Porque si en ellas la pregunta por la arquitectura nacional se expandía, también lo hacía la idea de que la Colonia solo podía ofrecer una respuesta muy pobre a los dilemas disciplinares; aceptable en ciertos principios constructivos ligados al clima o los materiales de la tierra, pero insuficiente en términos de lenguaje. Las ambigüedades, análogas a las que en Córdoba preparaban la caída del proyecto de museo, se habían expresado bien en el expediente del Cabildo porteño, y Christophersen acabaría renunciando abiertamente a la historia como cantera de una arquitectura nacional. A. Gorelik, *op. cit.*, pp. 206-227.

⁶⁰ El expediente se inicia con la nota en que Kronfuss pide cobrar sus honorarios (ingresada el 5 de junio de 1913) y se resuelve con la disposición de devolver “a las oficinas correspondientes los documentos que se crean necesarios, archivándose el expediente” (20 de julio de 1914). Las diferencias en torno a los honorarios del arquitecto —aprobados por la Dirección de Arquitectura pero rechazados por la Comisión de Hacienda de la Legislatura— dilatan un trámite que cataliza otras apreciaciones del proyecto. Ante la invitación a hacerlo, nadie toma la palabra en el recinto. Acta de Sesión del 20 de julio de 1914, *Diario de Sesiones. Cámara de Diputados*, BHLPC, 1914, p. 587; Expediente N° 9, “Honorarios al Sr. Juan Kronfuss por la confección de planos para el Museo en esta ciudad”, Letra H, Ministerio de Hacienda y Obras Públicas, ACPC, 1913. Esta *caída* puede ser contrastada con la que sufre en 1917 un anteproyecto de museo histórico neoclásico en Buenos Aires; índice del mencionado consenso porteño respecto de la conveniencia de continentes históricos para museos históricos y de su inexistencia en Córdoba. J. Sarquis, *op. cit.*

Tengo la convicción [...] de que nuestros grandes artistas se han de formar aquí, en el interior, en Córdoba especialmente, que ha dado tantas pruebas de progreso, porque aquí los aguarda impaciente la naturaleza para que trasladen al lienzo sus soberbios panoramas, sus colinas y montañas llenas de luz, de color y de poesía y la imponente belleza de sus bosques seculares. Y ha de nacer así [...] el arte de las cosas argentinas hecho por argentinos, con su sello original inconfundible...

CUPERTINO DEL CAMPO, "Discurso...", 1914

Tiene el acto que realizamos una significación espiritual muy elevada haciendo resonar en nuestro ambiente una nota de alta cultura.

JULIO DEHEZA, "Discurso...", 1914⁶¹

Las salas de Pintura se inauguraron en 1914 con la exhibición de 164 telas y siete esculturas, de las cuales alrededor de 17 pertenecían al fondo local. Las demás habían sido gestionadas por Cárcano, gobernador de la provincia y vocal de la Comisión Nacional de Bellas Artes, ante Nación y cedidas en depósito por el MNBA. Montadas en el local alquilado en Avenida Colón, las obras se dispusieron en seis salas, alimentando un evento de proporciones que contó con Cupertino del Campo (director del MNBA y miembro de la Comisión Nacional de Bellas Artes –CNBA–), el rector de la Universidad Nacional de Córdoba (en representación del ministro de Educación de la Nación) y las autoridades provinciales.

Las miradas cruzadas entre una ciudad y la otra coincidían en la brevedad de la colección local, de la que ni siquiera se exhibieron todas las obras; decididamente, lo que daba interés al evento era el aporte nacional que, junto a esa gran cantidad de piezas, prometía introducir un universo visual novedoso, que albergaba esperanzas pedagógicas y sociales.⁶² Así, si la creación del generalista Museo Provincial en 1887 había subrayado su razón *histórica*, la inauguración de las salas hacía lo propio con una razón *futura*: un arte "nacional", señalaba Justino César, un arte "de las cosas argentinas hecho por argentinos", decía Del Campo.⁶³ Ambas inter-

⁶¹ Cupertino del Campo, "Discurso del Director del Museo Nacional de Bellas Artes, Dr. Cupertino del Campo, en la inauguración de las Salas de Pintura del Museo Provincial de Córdoba", en *Museo provincial. Antecedentes. Ceremonia de la inauguración de las salas de Pintura de 1914*, Córdoba, La Italia, 1916, y Julio Deheza, "Discurso del Dr. Julio Deheza, Rector de la Universidad, en la inauguración de las Salas de Pintura del Museo Provincial de Córdoba", *ibid.*, pp. 25, 29 y 30.

⁶² A juzgar por el catálogo, la única copia antigua que entra en la exposición es la de Reni, quedando también fuera los dos cuadros reclamados por el Museo a la Casa de Gobierno.

⁶³ Justino César, "Discurso pronunciado por el ministro de Gobierno, Dr. Justino César, en la

venciones se encadenaban al movimiento por el cual la idea de *nación* había trasvasado la historia y la política y abrazado los fenómenos estéticos; movimiento que reconocía ritmos diversos y que, si en clave porteña se expresaba en la búsqueda de una especificidad nacional, en Córdoba se manifestaba como búsqueda de un lugar en la nación.⁶⁴

La larga sucesión de intervenciones encadenaba lugares comunes sobre la *cultura*, la *civilización*, las *bellas artes* y la *nación*, nociones que iluminan lo que esas personas creían estar haciendo allí (o creían deber estar haciendo allí) y proyectaban institucionalmente en el *nuevo* museo. En primer término, el evento se les aparecía como una iniciativa de cultura en su sentido restringido, de “alta cultura”. La idea de un registro superior de la cultura (que incluía a las bellas artes pero excluía a todos los demás objetos contenidos en el Museo) se distanciaba así de una noción de civilización que, en su uso extenso, podía aludir a estados generales de sociedad que incluían su evolución técnica, sociológica o política, cuya ilustración sí podía confiarse a las demás secciones. Consecuentemente, si la civilización era una cuestión *casi* universal (excluidas las sociedades ágrafas, confinadas a los departamentos naturales), la idea de una cultura superior, que era lo que las salas buscaban poner en recinto, venía muy asociada a las mejores realizaciones del espíritu humano.⁶⁵ En segundo lugar, la identidad entre vida espiritual y bellas artes instalaba una distancia frente a una serie de fenómenos que, como la economía y sus correlatos sociales, eran impugnados como crudo y elemental materialismo.⁶⁶

inauguración de las Salas de Pintura del Museo Politécnico Provincial de Córdoba”, en *Museo provincial. Antecedentes. Ceremonia de la inauguración de las salas de Pintura de 1914*, Córdoba, La Italia, 1916 [1914], p. 42.

⁶⁴ Al menos desde la década de 1890, la búsqueda de esa especificidad y de esos *lugares* aparece siempre mediada por la Capital, su condición material, modelo o contramodelo. Así vemos figuras “nacionalizadas” que buscan en la pampa o en provincias la quintaesencia de la nación (González, Rojas, Lugones) o figuras extranjeras que, empapadas de esa inquietud en Buenos Aires, efectúan sus propios relevamientos y cartografías (Kronfuss o Vicente Onelli son casos notables).

⁶⁵ El museo podía orientarse a *cultivar* a la población y las personas *cultas* definirse, al menos, como consumidores calificados, pero eso siempre ocurría respecto de un *fondo cultural* en sentido restringido. Precisamente, la ficción de una Córdoba “cultura” reposaba en el carácter universitario de la ciudad, es decir, en la presencia de una institución a la que se confiaba un prolongado entrenamiento para el acceso a unos bienes propiamente *de cultura*.

⁶⁶ La tónica antimaterialista es un artilugio de combate en momentos de institucionalización de las artes; Schiaffino apelaba a ella en la década de 1890, incluso mediante la misma contrafigura que Del Campo: la idea de una “nueva Cartago” febril, interesada y despiadada, contra cuyas imposiciones se erguía, siempre amenazado, el mundo del arte. Esta podía, por lo demás, ser diversamente connotada; no es posible, por ejemplo, asimilar los usos dados por los mencionados artistas al efectuado por el rector de la Universidad de Córdoba, para quien una sección

Esta tónica recurrente evidenciaba al menos dos operaciones de interés: por un lado, al negar materialidad al hecho artístico esta élite reforzaba su legitimidad propiamente política, invistiendo sus propias acciones con los atributos adjudicados al arte (desinterés, espiritualidad); por otro, ese concepto idealista del arte era hospitalario a la mixtura con otros que, como el de *nación*, habían sido antes habitados por atributos relativos a la comunidad histórica o política.

La creación de las salas de Pintura ejemplifica bien la manera en que una ciudad sella simultáneamente su pertenencia nacional y su condición periférica; y esto no solo por el fundamental envío de obras sino, también, por el reconocimiento del valor de Buenos Aires como modelo de institucionalización de la cultura. El limitado esfuerzo de sincronización fue objeto de disímiles impresiones: mientras que para sus artífices cordobeses ese movimiento revestía un carácter eminentemente urbano, para una figura como Cupertino del Campo esa emulación inicial había de conducir a otros resultados. Como los demás, Del Campo consideraba que el desarrollo de un arte local sería alimentado por el universo visual que las salas aproximaran pero, a diferencia de ellos, este pronosticaba que ese desarrollo vendría unido, casi naturalmente, a la evocación pictórica del paisaje serrano. Su impresión no solo recogía algunos datos firmes de la escena contemporánea sino que también se encadenaba a una serie de imágenes recientes, que acabarían por oscurecer la naturaleza urbana de la capital cordobesa al expandir la sinonimia paisajista entre Córdoba y sierras. La expansión de esa imagen naturalista, serrana, del espacio cordobés, obedece a varios factores concurrentes y es característica de un ciclo que llega al menos a los años 1950, aunque algunos de sus remanentes alcancen la actualidad.⁶⁷ Puede verse, sin embargo, que su emergencia temprana formaba parte del mismo movimiento por el cual una ciudad era confirmada como modelo y otra como imitación, la una como dadora y la otra como deudora cultural, cosa que en parte se hacía mediante ideas y en parte mediante objetos.

Córdoba, la intelectual y culta, acaba de dar, con esto, un gran paso hacia delante; tiene ya, de un solo golpe, lo que solamente tuvo el Museo de Buenos Aires después de años, de fatigas y de gastos...⁶⁸

de arte en Córdoba correspondía a su "tradición de grave y sincero espiritualismo". J. Deheza, "Discurso del Dr. Julio Deheza...", *op. cit.*, p. 26.

⁶⁷ Entre sus razones se cuenta la creciente importancia adquirida por las sierras como espacio de saneamiento y de descanso, la instalación de artistas de otras provincias por recomendación médica o la incursión en el paisaje de ciertos artistas locales.

⁶⁸ C. del Campo, "Discurso del Director del Museo Nacional de Bellas Artes...", *op. cit.*, p. 35.

[...] recibo [...] el depósito inestimable que estas salas contienen. Las firmas de los mejores autores extranjeros contemporáneos figuran en ellas; tienen su representación diversas escuelas, todo lo que ha de contribuir al estudio metódico de la pintura realizado en nuestra Academia, no siendo menos simpática la figuración, en estas colecciones, de los artistas nacionales, *revelación reciente* que comprueba todo lo que la inteligencia y las aptitudes pueden producir en nuestro país.⁶⁹

La numerosa selección de obras enviadas entonces por el MNBA presenta características muy acusadas, entre ellas su sesgo contemporáneo y la fuerte presencia de artistas argentinos. Ese carácter contemporáneo se expresaba en un casi 60% de artistas vivos, cosa que en buena medida traducían también la tendencia coleccionista de aquel museo desde su creación.⁷⁰ No obstante, si el envío expresaba la constitución de la colección porteña, también se alejaba de los criterios de valoración de artistas y obras internos a la institución, obedeciendo a una suerte de principio según el cual el mayor número está representado por lo nuevo (y no hablamos de novedad estética sino de figuras emergentes) o por obras menores (o, al menos, emblemáticas en menor grado) de firmas consagradas.⁷¹ Así, ese arte nacional que Córdoba recibía como muestra grata de una “revelación reciente”, representaba casi el 50% del conjunto y había sido, en general, acopiado en compras recientes durante los salones de 1911, 1912 y 1913.⁷² Así *llegaron* estudios y paisajes de Cordiviola, Bardi, Malinverno, Lía Gismondi, Collivadino, Curatela, Fioravanti, y también *volvieron* de Buenos Aires paisajes de Walter de Navazio (rio-

⁶⁹ Juan C. García, “Discurso del Dr. Juan B. García, Presidente de la Comisión Provincial de Bellas Artes, en la inauguración de las Salas de Pintura del Museo Provincial”, en *Museo provincial. Antecedentes. Ceremonia de la inauguración de las salas de Pintura de 1914*, Córdoba, La Italia, 1916 [1914], pp. 46-55. Énfasis agregado.

⁷⁰ Esto surge del cotejo del catálogo de la inauguración incluido en la publicación oficial y los relativos a la colección del MNBA. Este museo había surgido en 1896, teniendo entre sus objetivos albergar ciertas colecciones privadas donadas previamente (como las de Adriano Rossi o José Prudencio de Guerrico), a las que luego se agregarían otras. Las compras realizadas en la gestión de Schiaffino, el primer director de la institución, manifiestan a su vez una marcada tendencia al arte contemporáneo. La política de adquisiciones mediante donaciones o compras acabará por imponerle ese sesgo. M. I. Baldasarre, *op. cit.*

⁷¹ Para una lectura distinta, véase María José Herrera, “El Museo Nacional de Bellas Artes y su proyección nacional, 1911-1943”, en María Isabel Baldasarre y Silvia Dolinko (coords.), *Travesías de la Imagen. Historias de las artes visuales en la Argentina*, vol. II, Buenos Aires, Untref-CAIA, 2012.

⁷² Cerca de cincuenta de las obras enviadas habían sido compradas en esos salones, especialmente en el primero.

cuartense asentado en la Capital) y los italianos Mossi y Camilloni (también residente en Córdoba desde 1912).

Entre las adquisiciones más antiguas, las obras enviadas de Ballerini, Della Valle o Sívori⁷³ eran opciones de segundo grado respecto del fondo real del Museo. Ni malones de Della Valle (habiéndolos desde 1909), ni la criada de Sívori (inventariada en la década de 1890); tampoco un retrato o escena históricos del *histórico* Prilidiano Pueyrredón; absolutamente nada de De la Cárcova (cuya arquetípica *Sin pan y sin trabajo* había sido adquirida en 1906) ni de Giúdice, cuya *Sopa de los pobres en Venecia* era también parte del fondo del MNBA. Idéntico patrón de selección se advierte entre las obras europeas, mayormente integradas por telas de artistas franceses y españoles (lo que traducía una tensión hacia el interior del mercado artístico porteño), muchos de ellos contemporáneos.⁷⁴ Quizás un caso ejemplar a este respecto sea el de Joaquín Sorolla, representado por una escena de interiores (*En la Sacristía*) y no por una que permitiera ver el *plenairismo* que lo había vuelto célebre y del cual el MNBA había integrado ya dos buenos ejemplares entre 1900 y 1907 (*La vuelta de la pesca* y *En la Costa de Valencia*, ambas de 1898).

Como puede advertirse, la inauguración de las salas de Pintura puso en la superficie tanto la voluntad local de crear un lugar nuevo para el arte como las limitaciones para hacerlo. La invocación a la colección porteña acusaba el déficit local tanto como la consolidación de una desequilibrada geografía cultural nacional. Aun el *Proyecto* de Roca, neófito pintor, traslucirá en 1917 una modesta valoración de las dimensiones del fondo provincial y de su mérito artístico; valoración que lo inclinaba a sugerir su dependencia temporaria del Museo Histórico, al que esperaba añadir los “cuadros de la llamada Escuela Americana” dispersos en la provincia. Por lo demás, el texto advertía sobre los límites de la colección posible, con lo que parecía sellar el fracaso del programa de 1912. A su juicio, la colección debía pensarse exclusivamente como una de arte *moderno*, propuesta que dialogaba con su intuición de un momento inaugural para el arte local.

No podemos pensar en presentar series completas de autores ni de escuelas clásicas (advértase que hago referencia al tiempo). Todo está ya en los Museos de Europa. Lo poco que aún restaba se halla en Estados Unidos. Fuera de ellos, excepcionalmente, habrá algún cuadro de

⁷³ Artistas que integran el grupo fundacional de la Sociedad Estímulo de Bellas Artes y son objeto de numerosas compras –en general, con bajas cotizaciones– durante la gestión de su compañero Schiaffino.

⁷⁴ La mayor parte de las –pocas– obras antiguas enviadas provenían de las colecciones cedidas por figuras como Rossi, Guerrico o Piñero.

valía. Lo único que legítimamente podremos hacer será –como digo– un Museo de Arte Moderno. Córdoba es ya centro de estímulo para el arte pictórico.⁷⁵

El pasaje es significativo por varios motivos. En primer término, porque explicitaba la imposibilidad del museo real de acceder al fondo expectable del arte europeo y, por ello y a diferencia del programa de 1911, renunciaba a él; en segundo, porque la alternativa defendida reposaba en una percepción alentadora del desarrollo artístico local. El optimismo final de Roca aludía de manera muy clara al *Salón de Córdoba*, evento iniciado el año anterior que parecía haber dado una nueva centralidad a la provincia en la escena cultural nacional pero sugería, también, el movimiento por el cual Córdoba, y especialmente su serranía, emergía como paisaje –es decir, como naturaleza observada y como materia y espacio para la representación–. Ese paisajismo alentado por miradas ajenas (que será superlativo en Fernando Fader pero también en José Malanca) dislocará en la década de 1920 los espacios del arte, sumando a los recintos de la exhibición y a los talleres ciudadanos la amplitud de un paisaje-taller, visto desde el ángulo en que se instalaba el caballete.⁷⁶

Cárcano

La idea del museo empezó a zumbar en mi espíritu.

RAMÓN J. CÁRCANO, *En el camino*, 1926

Conocí a numerosos intelectuales cordobeses y al Gobernador, Dr. Ramón J. Cárcano, jurista e historiador, político de dilatada cultura clásica pero abierto a las nuevas concepciones. [...] Para mi asombro, el Dr. Cárcano se detuvo delante de “Los Bailarines” y después de unos momentos hizo esta observación pertinente, sino totalmente exacta: “Advierto aquí, Pettoruti, que el movimiento no está dado por la pareja que baila, sino por el piso”.

La visita se prolongó porque este hombre, que por sus conocimientos del arte tradicional y su sensibilidad natural estaba en condiciones de comprender sin grandes dificultades el nuevo, quiso que frente a los cuadros respondiera a sus sucesivas preguntas, que eran muy sensatas y a veces de doble filo.

EMILIO PETTORUTI sobre Cárcano, *Un pintor ante el espejo*

⁷⁵ D. Roca, *op. cit.*, p. 12.

⁷⁶ Marta Fuentes, “Córdoba y la compulsión del paisaje”, en *Territorios del paisaje*, catálogo de exposición, Córdoba, Museo Provincial de Bellas Artes Emilio Caraffa, 2005.

En el caso del Museo Provincial y, en general, de la actividad cultural patrocinada por el Estado en el giro de siglo, ciertas presencias parecen haber sido cruciales, a la vez que garantizado una continuidad que no se derivaba a priori de ninguna otra fuente. En todo caso, en un marco de débil institucionalización de la práctica artística y de escasez de políticas culturales en sentido estricto, no resulta inconcebible que así fuera. Varias de esas figuras han ido apareciendo en nuestro recorrido con cierta nitidez: coleccionistas amateur (como Lavagna, Wolff o, luego, Pablo Cabrera), políticos ilustrados (como Ramón J. Cárcano), artistas y especialistas convertidos en funcionarios en virtud del reconocimiento de determinada pericia técnica (como Emilio Caraffa o Juan Kronfuss) y, hacia el final, intelectuales de nuevo cuño, como Deodoro Roca. Con toda su relevancia, algunas de ellas pudieron ser intercambiables; otras, en cambio, resultaron insustituibles. Cárcano pertenece a este último tipo, como sugieren los diversos hitos de su extensa relación con el museo.⁷⁷ Intentaremos considerar ahora la contextura cultural de esta figura que, en parte por su trayectoria como político y funcionario y en parte por la amplitud de sus motivaciones, es también un gran ejemplo de mediador cultural. Porque si sus variadas inquietudes hacen sistema en sus incursiones académicas, su manera de afrontar el cargo público o sus intervenciones históricas y estéticas, también en torno a él coagula un grupo de discreta visibilidad pero marcada eficacia en el plano cultural.⁷⁸ Aunque

⁷⁷ Recuperemos solo algunos datos significativos de Ramón J. Cárcano (1860-1946). En primer término, su temprana filiación a los sectores liberales de la ciudad (es secretario del gobernador Antonio del Viso en 1878, mientras trabajaba activamente con los Juárez en el armado de la candidatura de Roca y en la campaña de federalización de Buenos Aires). En segundo término, sus estudios en Derecho, de los que obtendrá no solo cierta formación específica sino también un marcado rédito político. El escándalo ligado a su tesis, por ejemplo, aviva ciertas simpatías nacionales clave (entre ellas la de Wilde), que lo fortalecen en la ciudad mediterránea y lo proyectan nacionalmente. En tercer lugar, su temprano ingreso a la carrera política, que lo convierte en diputado nacional en 1884, ministro de Gobierno de la Provincia en 1886, director de Correos y Telégrafos entre 1887 y 1888 y figura presidenciable en 1890, espejismo destrozado por la caída de Juárez Celman. La salida a ese desencanto es el viaje europeo, en el cual cultivará todas sus aficiones culturales y técnicas (desde la frecuentación de museos hasta el seguimiento de experiencias agrícolas y de comunicaciones). Su carrera política tiene interregnos tras los cuales vuelve reforzado y se proyecta como senador o como gobernador, cargo este último que pretende en 1909 y efectivamente ocupa en 1913-1916 y en 1925-1928. Entre la actividad legislativa, ejecutiva y diplomática (de la que sobresale la representación ante Brasil), Cárcano incursiona en la historiografía, la experiencia agrícola en su propia estancia, la escritura de misceláneas y memorias. Muere en 1946, con 86 años de vida y casi setenta años de actividad pública.

⁷⁸ Un indicador del reconocimiento a esa multiplicidad de intereses fue su integración a la Comisión Nacional de Bellas Artes (CNBA) y a las academias nacionales de Historia, Ciencias y Letras, sucesivamente.

este último punto no pueda profundizarse aquí, algo de eso une las trayectorias de José del Viso, Juan G. García o Juan B. González.⁷⁹

*

Si Cárcano es partidario de los museos integrales, idea en la que persistirá aún en 1926, tiene también un claro sentido de las prioridades museológicas y una capacidad incomparable de plegarse a las cosas que están en movimiento.⁸⁰ Así puede tanto caracterizar con sus inquietudes históricas el Museo Politécnico creado en 1887 cuanto situarse en el centro del desdoblamiento de unas salas de Pintura que eran parte de un desgarramiento que cuestionaba. Y esto porque su preferencia por los museos generalistas no era incompatible con sus disposiciones históricas y artísticas que, aunque desarrolladas en distinto momento y cultivadas desigualmente, lo preparaban para lo uno y para lo otro.

La hospitalaria sección histórica diseñada para el Museo en 1887 dialogaba, como se dijo, con el objetivo de aunar exhibición de objetos y conservación de documentos, fusionando las funciones de museo y de archivo.⁸¹ Cárcano advertía bien que –a falta de otras instituciones que lo hicieran– apuntar al archivo era un modo de contribuir a la más compleja tarea de crear, sino una historiografía, sus condiciones. La cuestión era significativa porque, si el énfasis histórico subrayaba una carencia y fijaba un programa (contribuir al desarrollo de esa historia local sobre la que se había “escrito muy poco, y generalmente con un criterio extraviado”), también acordaba una secuencia lógica a ese desarrollo, que empujaba a reconocer su centro en otro lugar. Se trataba de avanzar en la prehistoria de la historiografía local, la fase de recopilación que es requisito de todo trabajo de interpretación, en el mismo sentido en que lo había hecho Buenos Aires.

La imaginación institucional de Cárcano derivaba de las mismas disposiciones históricas que habían alentado sus primeras incursiones histo-

⁷⁹ Del primero se ha hablado; el segundo, presidente de la CPBA creada por Cárcano, muy interesado en el legado artístico colonial; el tercero, ministro de Obras Públicas protagonista en la creación del Taller de Tapices y Encajes coloniales y, también, neófito historiador de la Colonia.

⁸⁰ Años después, Cárcano aludía así a la creación del Museo Provincial: “El concepto de museo era integral, y por eso se denominaba politécnico”. En el mismo texto, acusaba al museo de estar “desgarrado en fracciones de pedantismo menesteroso”; objeción con la que aludía, por un lado, a la simultánea reasunción y autonomización de la colección natural, convertida en museo entre las gestiones de Borda y Núñez, y a la separación de la sección artística, puesta en 1922 bajo la órbita de la Academia Provincial. R. J. Cárcano, *op. cit.*, pp. 141-151.

⁸¹ Decreto de Creación, reproducido en *Museo provincial. Antecedentes. Ceremonia de la inauguración de las salas de Pintura de 1914*, Ministerio de Gobierno, Justicia, Culto e Instrucción Pública (МГЦИР), Córdoba, La Italia, 1916, pp. 3-6.

riográficas, comenzando por su texto sobre Quiroga.⁸² Así no extraña que historia y museos volvieran a reunirse al año siguiente, cuando desde su cargo de director de Correos y Telégrafos Cárcano cree el Museo Postal y Telegráfico de la Capital. Ni extraña tampoco que su viaje a Europa, iniciado a la caída del juarismo, lo impulsara a escribir historias en la medida misma en que el Archivo de Indias y sus incursiones por los sistemas de correos europeos ampliaban su universo documental. Tal como anunciaba en 1887, Cárcano seguiría en sus estudios coloniales y en su historia de las comunicaciones aquel principio positivo del oficio: primero la recolección, luego la interpretación.⁸³

Si sus intervenciones historiográficas no llegaron a caracterizar su escritura, destacan claramente de un corpus mayormente informado por Memorias oficiales y *memorias* particulares, género este último en el cual el cordobés sobresaldría. Su interés por el tema colonial, especialmente desplegado en la década de 1890, convivía entonces con la presencia en Córdoba de un anticuario como Jacobo Wolff y precedió a la inmersión colonialista de Pablo Cabrera. Entre sus manifestaciones, el texto sobre la Gobernación del Tucumán provee el expediente más curioso puesto que, según el propio Cárcano, del mismo solo llegaron a publicarse los capítulos salvados por Groussac del incendio con que el cordobés había respondido a sus objeciones. El episodio es indicativo de la autoridad concedida a ese otro *incondicional* cuyo criterio, verosímilmente, inclinó a Cárcano a cerrar ese primer ciclo historiográfico.⁸⁴

Pese a la interrupción de sus indagaciones históricas, la tematización de la Colonia evidencia en Cárcano una distancia ausente en muchos de sus contemporáneos. Esa mayor perspectiva le había permitido transitar de la juvenil impugnación de la herencia colonial a la serena consideración de su

⁸² *El General Quiroga y la expedición al desierto*, publicado en Buenos Aires en 1882 por La Ilustración Argentina. El texto constituyó su primera aproximación a la figura del caudillo riojano, sofisticada hacia 1931 en *Juan Facundo Quiroga. Simulación, infidencia, tragedia*, editada en esa ciudad por Roldán.

⁸³ Nos referimos a *Historia de los medios de comunicación y transporte de la República Argentina*, de 1893; *Estudios Coloniales*, publicados en 1895; y, finalmente, *Gobernación del Tucumán, primeras luchas entre la Iglesia y el Estado*, publicada en 1898. En todos los casos se trata de ediciones porteñas y, en los dos últimos, realizadas por Lajouane, entonces una de las casas editoras más importantes del país.

⁸⁴ Las referencias a Groussac, partícipe del juarista “banquete de los incondicionales”, provienen de un apartado que le es consagrado en las primeras ediciones de *Mis primeros ochenta años*, suprimido en las posteriores. En la edición de Sudamericana de 1944 (la segunda), ocupa las páginas 331 a 334. A partir de la década de 1910, Cárcano retomó sus incursiones historiográficas, enteramente concentradas ahora en la era abierta por Caseros. Con variable intensidad, publicó algunos de esos textos, mayormente en Buenos Aires, hasta el momento de su muerte.

legado, devenido objeto disponible para la reflexión y el rescate selectivo. Solo ese superior sentido histórico permite entender la promoción de Kronfuss luego de su traspicé, o el aliento al Taller de Tapices, ambos en 1915, así como, ya en los años 1920, el impulso a la construcción neocolonial y a la adquisición de la colección Cabrera y la Casa Sobremonde. A la vez, su disposición a distinguir descripciones de valoraciones, común a otras figuras ilustradas y con mayor sentido igualitario como Deodoro Roca, dialoga con una inusual capacidad de reunir conceptual o materialmente los vestigios del pasado y ofrecerlos como testimonio de otros estados de sociedad.

Si historiografía e intervención museológica se presentan en Cárcano como facetas de una misma y vieja inquietud histórica, su vínculo con el arte es en cambio más tardío y menos natural. El viaje europeo parece haber sido clave en este sentido; en Europa, pero sobre todo en París, Cárcano dice haberse dedicado especialmente “a los concursos de arte, a los museos, teatros, a la Sorbona y Colegio de Francia, a oír a los principales artistas, profesores y maestros de conferencias”.⁸⁵ Es el año 1892 y el cordobés recorre la ciudad guiado por Norbert Maillart, arquitecto del edificio de Correos junto al cual asiste al velorio de Hippolyte Taine.

Entre museo y museo, Cárcano pule su sentido artístico, y entre una función pública y otra institucionaliza ese costado recientemente adquirido. En 1913, cuando asume la gobernación de Córdoba, la transformación del museo por él creado ya se encuentra en marcha. La mayor novedad de ese movimiento reside, sin duda, en el diseño de la sección artística, la cual es aún una proyección del museo deseado. Lejos de protestar contra esa reorientación, o de privilegiar la restitución de la sección natural conforme su ideal de museo integral, Cárcano se pliega a ella con una intensidad más tangible que su predecesor. Así, crea ese mismo año la Comisión Provincial de Bellas Artes (que nuclea al Museo, el Teatro, el Conservatorio y la Academia de Pintura) y, ya en 1914, establece el Fondo Provincial orientado a su funcionamiento y efectiviza la inauguración de las salas de Pintura. El punto más interesante de este evento, la llegada de las obras pertenecientes al MNBA, también había sido gestionado por él, entonces miembro de la Comisión Nacional de Bellas Artes.

Simultáneamente a estas medidas, Cárcano retoma la cuestión del edificio, facilitada por el nombramiento de Kronfuss como director de Arquitectura. El segundo proyecto de museo, también diseñado por el húngaro, mostrará bien el lugar central otorgado ahora a la sección pictórica, la cual preside antes que complementar la imaginación espacial y coleccio-

⁸⁵ Ramón J. Cárcano, *Mis primeros ochenta años*, Buenos Aires, Pampa y Cielo, 1965 [1943], pp. 198-199.

nista de la renovada institución. Esa centralidad proyectiva expresa espacialmente la que el arte gana socialmente, y crece en proporción a ella. El encargo del proyecto es simultáneo a la creación del Salón de Córdoba, evento cuya primera edición se preveía en 1916 y, ciertamente, en la nueva sala.⁸⁶ Las demoras en la construcción del módulo central impidieron que la inauguración pudiera hacerse allí, pero no inhibieron la realización de un evento que tendría amplias consecuencias, ni la ulterior apertura de un edificio de marcada elocuencia.

Aunque la segunda gobernación de Cárcano (1925-1928) sería especialmente activa en lo relativo a la sección histórica del Museo, hubo en ella una acción muy expresiva del modo en que la dimensión artística había ganado un lugar definitivo entre sus preocupaciones: en 1926, en ocasión de la exposición realizada por Emilio Pettoruti en el Salón Fauce, Cárcano adquiere para la provincia *Los bailarines*. La compra tiene lugar en un cruce complejo de expectativas y lecturas: el pintor, que asume en una suerte de cruzada la voluntad de llevar al interior el “arte moderno”; el gobernador, que analiza la obra buscando confirmación a sus saberes plásticos; la prensa, que espera constatar la aberración estética a la que ya está predispuesta; finalmente, un público universitario, mayormente porteño, que sigue con interés y simpatía modernista los sucesos.⁸⁷ Adelantándose a los ecos, Cárcano había consignado en el Decreto que el futurismo era “un importante movimiento intelectual contemporáneo”, y había resaltado el “deber del Gobierno [de] fomentar la producción intelectual en sus diversas manifestaciones, ya *sea dentro de los elementos clásicos como de los valores de vanguardia...*”.⁸⁸ Contrariando esas razones, la prensa mayormente cuestionaría tanto la obra cuanto la adjudicación de mil pesos del erario público a su compra. La llegada de adhesiones

⁸⁶ El proyecto del Salón de Córdoba, presentado por la CPBA, fue aprobado el 29 de abril y reglamentado por decreto el 18 de diciembre de 1915. Se trataba del primer evento artístico periódico alentado por la provincia, aunque la voluntad de continuidad fracasaría; preveía una regularidad bianual y tuvo como categorías en concurso las de Pintura, Escultura, Arquitectura y Artes Decorativas. Los premios eran monetarios, estaban distribuidos en cantidad de dos por categoría, excepto para Artes Decorativas que solo adjudicaba uno, y eran considerados premios adquisición. Tanto las categorías como la política de premios seguían en general las vigentes en la Exposición Anual de Bellas Artes organizada por la CNBA. Decreto 6.777, *Compilación*, mc, 1915. El reglamento de la Exposición Nacional puede consultarse en “Comisión Nacional de Bellas Artes. La exposición de este año”, *Los Principios*, 11 de febrero de 1913. Su primera y única edición tuvo lugar en el Pabellón de las Industrias y dio lugar a un único premio adquisición, que recayó en *Santa Teresa de Ávila*, de Jorge Bermúdez.

⁸⁷ La *vernissage* se realizó el 9 de agosto de 1926 y el decreto de adquisición es del 2 de septiembre del mismo año. Emilio Pettoruti, *Un pintor ante el espejo*, Buenos Aires, Solar / Hachette, 1968.

⁸⁸ Decreto 16.842, *Compilación*, mc, 1926, p. 809. Énfasis agregados.

externas acrecerá la polémica por la iniciativa; iniciativa muy significativa porque evidencia, especialmente si se la confronta al simultáneo aliento a un museo colonial y a la construcción neocolonial, la fluidez con que Cárcano mira simultáneamente al pasado y al futuro.

Figura de extensa vida activa, en constante tránsito entre Córdoba y Buenos Aires, Cárcano es un caso formidable de superposición de épocas y espacios, y también un mediador cultural de primer orden. En él confluyen Julio A. Roca y Juan Kronfuss, Joaquín V. González y Pettoruti, Eduardo Wilde y Maillart; en él convergen pasión agronómica, lecturas de Taine, inquietud colonial y gusto futurista. Claramente, sus distancias respecto de otras figuras de la vida política pueden ser saldadas en el terreno cultural, donde Cárcano impone su supremacía y provoca un reconocimiento infrecuente. Dada esa singularidad, su inserción en el proceso de reformulación museística radicaliza la apuesta, gesto que encontrará su primer tope en el carácter culturalmente regresivo de la gestión radical de Loza –capaz de hacer entrar a Roca a escena y, a la vez, de prohibir la pintura de desnudo con modelo vivo–. Respecto de esta escena, que bien puede caracterizar también la parálisis o la ambivalencia culturales de las gestiones previas a 1910, el personaje innegablemente sobresale.⁸⁹

Kronfuss

Monumento del pasado, ruina solitaria que con tu pequeña puerta te exhibes en plano campo, deja que te haga símbolo de mi obra.

JUAN KRONFUSS, *Arquitectura colonial en la Argentina*, 1921

Falta el arquitecto. En Buenos Aires hay entonces muchos ingenieros civiles pero pocos arquitectos. No existe cátedra de arquitectura ni en la Facultad de Ingeniería. El arquitecto es una especialización, que significa cultura, educación artística, vivir con discreción, y buen gusto, condiciones que no son indispensables para los ingenieros civiles que producían nuestras universidades con su enseñanza teórica y libresca.

RAMÓN J. CÁRCANO, *Mis primeros ochenta años*

⁸⁹ Pettoruti hizo constar en varias ocasiones su admiración por Cárcano: “el inquieto ‘Viejo Cárcano’, que siendo gobernador de esa provincia, compró ‘Los bailarines’ y, cosa desusada, lo hizo por decreto [...] Pocas veces –excepción hecha de la de aquel gran espíritu que se llamó Alejandro Korn– he encontrado en nuestro país hombres *ya hechos* que tuviesen tanta curiosidad por lo nuevo”. Carta de Pettoruti a V. M. Infante, 9 de mayo de 1958, desde París, en Víctor Manuel Infante, *Algunos apuntes de Artes Plásticas y Museología de Córdoba*, Córdoba, edición privada, 2007.

Con estas palabras, Cárcano introduce en sus memorias al encuentro con Norbert Maillart, arquitecto francés de formación *Beaux Arts* a quien acabaría confiando el diseño del edificio capitalino de Correos y Telégrafos. La evocación, que remite a algún momento de 1888 o 1889, tiene la virtud de condensar en pocas líneas la cesura decimonónica entre ingenieros y arquitectos, el cuadro profesional local y una muy precisa valoración de ambas actividades. Si el recurso a estas contrafiguras activaba una larga cadena de oposiciones entre necesidad y libertad, utilidad y lujo, escasez y derroche, el manifiesto desprecio ante el desarrollo de la ingeniería en la Argentina abonaba la idea de que la *gran* arquitectura del fin de siglo, la arquitectura burocrática de Estado con afán representativo y la arquitectura particular de las élites, debía ser mayormente obra de arquitectos extranjeros.⁹⁰

La introducción tiene sentido porque, en buena medida, cada uno de esos perfiles profesionales remitía con mediana claridad a formaciones de distinto tipo: academias y *ateliers*, en el caso de los arquitectos, instituciones politecnicas –multiplicadas en Europa desde la creación del Politécnico de París–, en el de los ingenieros. En cuanto a Johannes Kronfuss, cuya *encyclopedia* nos proponemos revisar en este apartado, contaba con este último tipo de formación, dato que merece ser considerado en detalle.

Kronfuss llegó a la Argentina en 1910 con el objetivo de dirigir la construcción del edificio para la Facultad de Ciencias Exactas de Buenos Aires, cuyo concurso había ganado en 1908.⁹¹ La ciudad que lo recibe ha expe-

⁹⁰ Esta elección parecía tan natural como la que el juarismo hacía simultáneamente en Córdoba con vistas al dique San Roque. Si en Buenos Aires este quería un edificio de Correos con capacidad de representar al Estado central (una de esas “catedrales modernas”, según Wilde), en la provincia mediterránea escogía al ingeniero Cassafousth para enfrentar una obra temeraria, de la que esperaba la victoria del cálculo sobre la naturaleza.

⁹¹ Kronfuss había nacido en Budapest en 1872, y allí realizó sus primeros estudios politecnicos entre 1887 y 1890. Luego fue enviado por sus padres a Viena, capital imperial en plena reformulación desde el trazado de la Ringstrasse, donde conoció a Ernestina Handl, su futura esposa. Entre 1893 y 1896 estudió en Múnich, obteniendo en 1897 el diploma de ingeniero por el Departamento de Arquitectura. Desde entonces trabajó un tiempo para el Ayuntamiento, comenzó su experiencia docente en Bamberg, construyó en varias ciudades europeas y ganó varios concursos internacionales, entre ellos el de Ciencias Exactas. En Buenos Aires, donde se instaló pese a la rescisión del contrato, fue arquitecto de varios edificios y casas particulares, y docente de Composición en la Escuela de Arquitectura de Exactas. En 1915 fue designado director general de Arquitectura de la Provincia de Córdoba, cargo que abandona en 1916, a poco del cambio de gestión, para ocupar el flamante de arquitecto principal. En enero de 1918 se convierte en jefe de la Sección Estudios y Proyectos en la misma repartición, donde permanecerá hasta 1932. Desde 1918 y hasta 1943, un año antes de su muerte, fue profesor de al menos Teoría de la Arquitectura II (y tal vez de la I) de la Facultad de Ciencias Exactas de

rimentado ya al menos dos grandes momentos en su arquitectura representativa, relativamente cercanos. El primero, caracterizado por el neorrenacimiento italiano que una figura como Tamburini desplegó tanto en Buenos Aires como en Córdoba.⁹² El segundo, marcado por la presencia del academicismo francés que la propia figura de Maillart había contribuido a introducir y que caracterizó, especialmente mediante sus mansardas, buena parte de la arquitectura representativa del giro de siglo.⁹³ Por fuera de esa relativa homogeneidad monumental, la ciudad en su conjunto se mostraba hospitalaria a integraciones historicistas y modernistas de diverso tipo. Y Kronfuss, cuyo proyecto de Facultad de Ingeniería hubiera dialogado bien con el ciclo clásico de la arquitectura representativa, engrazaba también fluidamente con la dispersión estilística que lo sucedió. Sus proyectos de oficinas o viviendas colectivas en altura mixturaron entonces neoclasicismo schinkeliano y secesión vienesa, disposición ecléctica modelada en el ámbito europeo, expresa en su actuación en Buenos Aires y que sería plenamente desarrollada al calor de su relación con Córdoba.⁹⁴ Esta relación, como se ha expuesto, comenzó con el encargo provincial de 1912, se prolongó en los viajes de estudio estimu-

Córdoba. Entre 1936 y 1940 ejerce también la dirección interina de Obras Públicas de esa Municipalidad. Como se ve, la inserción estatal de Kronfuss tiene lugar en territorio cordobés, y ella le permitirá desarrollar, especialmente en la década de 1920, una serie de edificaciones públicas de carácter neocolonial. Véanse, entre otros, Carlos Cacciavillani y Lidia Samar, “La obra de Kronfuss”, *DANA*, N° 5, 1977; Marina Tarán, “Juan Kronfuss: un registro de nuestra arquitectura colonial”, *Summa*, N° 215/216, 1985, y “Tapa homenaje: Juan Kronfuss”, *Summa*, N° 208/209, 1985; Rodolfo Gallardo, “Prólogo”, en Juan Kronfuss, *Arquitectura colonial en la Argentina*, Córdoba, Nuevo Siglo, 1998 [1980]; Carlos Gustavo Giménez, “Kronfuss, Johannes”, en J. F. Liernur y F. Aliata (comps.), *op. cit.*; J. Tartarini, *op. cit.*; Dirk Büller, “La enseñanza de la arquitectura en Múnich entre 1882 y 1921”, en Ramón Gutiérrez *et al.*, *Alemanes en la arquitectura rioplatense*, Buenos Aires, CEDODAL, 2005; María Victoria Núñez, “Un momento arquitectónico en Córdoba: 1916-1926”, tesis de Licenciatura en Historia, Córdoba, 2015.

⁹² Tamburini fue inspector de Arquitectura de la Nación desde 1884, aunque tuvo mucha actividad estatal y particular tanto en Córdoba como en Buenos Aires. Allí tuvo a cargo la intervención destinada a Casa de Gobierno y proyectó el Teatro Colón (que continuarían otros arquitectos); en Córdoba se le atribuyen el Teatro Rivera Indarte, el Banco de Córdoba, el Hospital de Clínicas y la Penitenciaría y la remodelación de El Panal. Claudia Schmdit, “Tamburini, Francesco”, en J. F. Liernur y F. Aliata (comps.), *op. cit.*

⁹³ Aún en 1908, la victoria de Kronfuss mostraba un carácter excepcional frente a esa dominante de orientación *Beaux Arts* –solo contrariada por La Plata–, siendo celebrada en Múnich como punto de inflexión frente a la hegemonía francesa. D. Büller, *op. cit.*

⁹⁴ Más allá de su variante neocolonial, esta disposición se expresará en el recurso al repertorio *art déco* durante las décadas de 1920 y 1930. La receptividad a las variantes vienesa y *decó* del modernismo diverge de su abierta negativa ante las “formas ‘gusanos’” de los modernismos belga o francés. Juan Kronfuss, “Los estilos coloniales”, *El Arquitecto*, N° 46, mayo de 1924, p. 299.

lados por el encargo nacional de 1914 y se volvió estructural desde 1915, cuando un Kronfuss de 43 años se instala definitivamente en la ciudad.

Aunque es muy claro que el primer proyecto de museo se aleja de manera significativa de las intervenciones que Kronfuss realizaba simultáneamente en Buenos Aires, aquella disposición ecléctica constituye su suelo común más evidente. Si defendemos que esa es una marca europea es porque Kronfuss tenía una experiencia del estallido formal finisecular (el historicista Parlamento de Budapest estaba en construcción cuando abandonó la ciudad, la *Ringstrasse* y la *Secession* eran parte de su experiencia de Viena, el barroco alemán caracterizaba la Múnich en la que estudió), pero también porque el ámbito en el cual hizo lo medular de su formación constituía un caso bastante particular de politécnico, que preparaba bien para ese delta estilístico en el que habían derivado los intentos de reformulación de la tradición clásica.⁹⁵

Kronfuss había estudiado entre 1893 y 1896 en la Real Escuela Técnica Superior Bávara de Múnich, creada en 1827 sobre el modelo del Politécnico de París y –de manera análoga a aquel– como alternativa a la “Escuela de construcción” de la Academia de Arte. Sin embargo, a diferencia de su modelo, este politécnico había monopolizado efectivamente la formación de ingenieros y arquitectos en 1868, circunstancia que favoreció la convergencia de trayectorias docentes y expectativas estudiantiles muy diversas. Esta diversidad se plasma en la definición de una serie de

⁹⁵ El intento de racionalizar la teoría arquitectónica (aun en sus esfuerzos más marcados por el romanticismo) empuja a una serie de revisiones que, desde mediados del siglo xviii, no harán más que horadar el sentido unitario abrigado por la tratadística clásica. La desmitificación de las fórmulas vitruvianas –ligada a la experiencia arqueológica–, el descubrimiento de una antigüedad múltiple, los ensayos de fijar los tipos arquitectónicos en largas series taxonómicas –favorecido por el propio desarrollo de las ciencias naturales–, entre otros elementos, favorecerán tanto el desencanto ante la rigidez académica ligada a los órdenes como el ingreso a la práctica arquitectónica –mediante otros tantos *revivals*– de todo un repertorio formal hasta entonces excluido. Este proceso se opera desde dentro y desde fuera de la tradición clásica, pero alimenta su autoconocimiento y su desarrollo conceptual y tectónico. Lo medular puede advertirse con solo considerar la lectura de la antigüedad por Claude Perrault (arquitecto del Louvre), las tipologías de Blondel (contemporáneas a las naturales de Linneo), la reformulación de la teoría del *carácter* por Boullée o De Quincy, el sentido arqueológico de Winckelmann o Piranesi, o la preocupación sintética y compositiva de Durand. En todo caso, a mediados del siglo xix la tradición académica se ha renovado en forma irreversible y esto, en gran medida, al precio de dislocarse de su identidad con el clasicismo. Ruskin o Violet le Duc, con su rescate de la arquitectura gótica, o Charles Garnier –arquitecto de la Ópera de París– presentando su *Maison Maya* y *Azteca* a la Exposición de París de 1889, son ejemplos elocuentes de ello. Fernando Aliata, “De la antigüedad restaurada a la composición. Desarrollo y crisis de la teoría clásica”, *Revista* 47, N° 39, 2002; Collin Rowe, “Una historia ininterrumpida. Sobre el clasicismo, el Neoclasicismo, el Neoneoclasicismo...”, *A&F*, N° 21, 1990. John Ruskin, *Las siete lámparas de la arquitectura*, Buenos Aires, El Ateneo, 1956.

departamentos habilitados para rubricar con esa especificidad el otorgamiento del único título posible. Así, en 1897 Kronfuss (cuyas calificaciones, según Bühler, demostraban que era “más artista que matemático”) obtuvo el *absolutorium* que lo habilitaba al título de Ingeniero por el Departamento de Construcción, el que recibiría en 1905 de manos de Friedrich von Tiersch.

La figura de Von Tiersch, precisamente, resulta paradigmática de la orientación del politécnico en el giro de siglo. Arquitecto consagrado desde el proyecto del *Reichstag* de Berlín, eximio dibujante y artífice de un hospitalario historicismo, Friedrich nuclea en torno a sí un nutrido grupo de docentes que institucionaliza esta tendencia en los programas.⁹⁶ Ese grupo (también integrado por su hermano Auguste, profesor de dibujo y estudioso de la arquitectura antigua) caracteriza una formación en la cual la práctica del dibujo y, muy significativamente, su ejercicio en todos los estilos, ocupan la mayor parte del tiempo. De aquella formación, Kronfuss resaltaba tres magisterios: Von Tiersch (suponemos que Friedrich), Hans Grässel y Schmidt.⁹⁷ Aunque las referencias al último escaseen, la influencia de ambos Von Tiersch y ciertos temas propios de Grässel son sensibles en el trabajo de Kronfuss desde su llegada a la Argentina.⁹⁸ Por un lado,

⁹⁶ Según Bühler, en torno a los dibujos en pizarra de Friedrich von Tiersch (uno de cuyos discípulos sería Gropius) llegó a forjarse una verdadera leyenda. Curiosamente, Héctor Greslebin, alumno de Kronfuss en la Universidad de Buenos Aires, expresaría años más tarde una sugestión semejante: “veíamos con fruición deslizarse sus lápices y colores sobre el papel, dando vida a algo que nosotros creíamos muerto”. Citado por J. Tartarini, *op. cit.*, p. 25.

⁹⁷ Ficha de inscripción a la Sociedad Central de Arquitectos (sca).

⁹⁸ Parece improbable que la referencia sea a Friedrich Schmidt y, de serlo, ha de constituir una alusión general al conocimiento de su obra y no a su efectivo magisterio, ya que Schmidt, representante del neogótico austríaco, muere el mismo año en que Kronfuss llega a Viena. En lo que hace a Grässel, este trasciende por su actuación en la construcción de una serie de cementerios, entre los cuales sobresale el Waldfriedhof de Múnich, virtualmente el primer cementerio de bosque. Ese interés se expresará incluso en un escrito sobre el diseño arquitectónico del año 1913. Varios años después, Kronfuss publicará sus *Ideas para monumentos funerarios*, trabajo que consiste en una serie de 95 láminas con diseños de monumentos fúnebres, precedidas de un breve prólogo en que el autor justifica la necesidad de diversificar las opciones funerarias, atendiendo tanto a ciertos atributos del muerto como a una gama amplia de los recursos económicos que condicionan los materiales y las posibilidades decorativas. Protestando contra la fisonomía habitual de esas “ciudades de los muertos”, Kronfuss reenvía al trabajo de Grässel: “Encuéntrense en Europa cementerios que podrían llamarse ‘jardines de los muertos’ porque no solamente los mausoleos son de arte exquisito y muy propios del lugar, mas también embellecidos con plantas y flores, que su conjunto expresa un sentimiento de agradable y tranquila nostalgia, sin desdeñarse de la seriedad y majestad de tales lugares”. Hay también notas de la arquitectura parlante de fines del siglo xviii, preocupada por vincular tectónica y sentimientos a la vez que por tipificar las formas capaces de provocar determinados estados emocionales. Aquí, como antes respecto de un proyecto de panteón, Kronfuss se pronuncia casi como un eco de Boullée. Dice el primero:

está la inclinación a proponer fluidamente superposiciones y mixturas estilísticas, entre ellas las representadas por las incursiones historicistas. Ligado a esta disposición ecléctica, y especialmente en su costado historicista, el dibujo llegará a adquirir una fuerza y un interés inusitados desde su instalación en Córdoba. Por otro lado, está el encuentro con ese objeto novedoso representado por la arquitectura colonial que, si Kronfuss casi desconoce cuando elabora el primer proyecto de museo, se lanzará a estudiar obsesivamente desde 1914. Al calor de ese encuentro, bien testimoniado por las láminas luego reunidas en *Arquitectura colonial en la Argentina*, otras disposiciones más mediadas tendrán ocasión de desplegarse. Se trata de la inclinación arqueológica, de la voluntad de desenterrar formas antiguas; tarea que desde el comienzo dialoga con un fuerte sentido nostálgico, de cuño romántico y larga tradición, de la pérdida.

La *disposición ecléctica* de Kronfuss está presente en la orientación general del proyecto de Facultad de Ingeniería –que opera dentro de los márgenes del sistema clásico– y también en la particularidad que guía el diseño de sus patios –una sucesión de estilos históricos, destinada al dibujo a mano alzada por los estudiantes–.⁹⁹ Pero también hay eclecticismo, como se señaló, en la construcción particular de sus primeros años en Buenos Aires (que combina formas históricas y modernismo) o en la propuesta de museo del año 1912 (clásico-colonial), aunque precipitada, guiada por el mismo sentido historicista que alentaría los estudios inmediatamente posteriores del fondo colonial.

Esos estudios comienzan en 1914, en ocasión del encargo nacional y de manera simultánea a la definitiva caída del primer proyecto de museo. Y es en la enorme masa de relevamientos y reconstrucciones desarrollados desde ese momento donde se manifiesta más nítidamente la disposición

“Una obra de esta naturaleza debe tener como rasgo fundamental la correspondencia íntima de una impresión de la tranquilidad eterna con una austera monumentalidad”; decía el segundo respecto de los monumentos funerarios: “¡Templo de la muerte, vuestro aspecto debe helar nuestros corazones!”. Étienne Louis Boullée, *Arquitectura. Ensayo sobre el arte*, Barcelona, Gustavo Gili, 1985; Juan Kronfuss, *Ideas para monumentos funerarios*, Córdoba, Biffignandi, 1927. Aunque las láminas están datadas entre 1913 y 1924, es probable que el libro haya tenido una edición anterior a la consultada en 1922.

⁹⁹ “El patio pequeño se haría en forma de atrio, con bóvedas de tipo romano; los corredores, como claustros seguidos de una capilla gótica. En el patio grande, estarían representados los estilos del renacimiento, con sus evoluciones al barroco y al rococó, para lo cual se reproducirían los ejemplos clásicos. Como las salas para el dibujo a pulso se encuentran en esta misma parte, se pueden hacer ejercicios al natural sirviendo de muestra los diferentes estilos.” J. Kronfuss, “Concurso...”, *op. cit.*, pp. 184-189. La idea había sido ensayada a mediados del siglo XIX en la sede del sistema clásico, el propio edificio de la École des Beaux Arts, engarzando explosión historicista y sentido pedagógico.

arqueológica de Kronfuss. En estos estudios, el dibujo asume simultáneamente las funciones de documentación, análisis y reconstrucción; carácter múltiple que remite a los relevamientos que a finales del siglo XVIII llevarán adelante Piranesi o Winckelmann al ritmo de las excavaciones que descubrían Pompeya, Herculano o Villa Adriana. Aunque el propio Kronfuss se había iniciado en el arqueologismo con su reconstrucción de la Casa del Poeta Trágico de Pompeya, en suelo americano esa disposición debía ejercerse necesariamente sobre un fondo extraclásico.¹⁰⁰ Si la búsqueda indianista aparecía como el más radical de ellos, su exigüidad en el repertorio de formas “nacionales” lo desaconsejaba. Así, ese arqueologismo fue, en Kronfuss más que en ningún otro caso, reorientado al rescate de la más visible arquitectura colonial.

Tres elementos característicos de la tradición arqueológica son muy notables en Kronfuss. Por un lado, el intenso interés por conocer y racionalizar una antigüedad que aparece como nueva ante los ojos, dato propiamente ilustrado. Por otro, la nostalgia impresa a la representación de esos objetos cuyo exotismo deriva, ante todo, de una distancia temporal; así, si las relaciones de ruinas expresaban tanto como favorecían la nostalgia ante la pérdida del esplendor antiguo, las reconstrucciones de Kronfuss explotan esa emotividad al mostrar en ruinas –como un eco de Gandy– edificios en uso o que, simplemente, ya no existen. Hay, finalmente, otra marca inequívoca de ese arqueologismo en el protagonismo concedido al viaje. Salta, Tucumán o Jujuy son objetos subsidiarios de esa exploración que tendrá en Córdoba su centro; pero aun en ella muchos de los relevamientos exigirán el desplazamiento al interior, por hostiles caminos de tierra que solo aproximan relativamente al encuentro con las ruinas –abandonadas entre malezas e ignoradas, según su propia construcción poética– de ese colonial que Kronfuss irá gradualmente considerando como estilo.

Arrojado a un territorio sin *tradición* arquitectónica, Kronfuss realiza simultáneamente el movimiento que va del siglo XVIII al XIX, de la tipologización a la composición: documenta, reconstruye, clasifica partes, distingue estilemas, *salva* para el presente un patrimonio amenazado de muerte;

¹⁰⁰ Esa reconstrucción es reivindicada tanto en *Arquitectura colonial en la Argentina* como en la ficha de inscripción en la SCA, donde Kronfuss señala que aquella habría recibido el Primer Premio del Estado. Queda por dilucidar en qué medida este interés estuvo mediado por los trabajos de Mau, cuyo legado más sensible es la clasificación de los cuatro estilos de la pintura mural romana y la esquematización de la vivienda pompeyana. A partir de croquis muy similares a los suyos –aunque cifrados en la Casa del Poeta Trágico–, Kronfuss desarrolla su analogía entre plantas pompeyanas y coloniales, inicialmente formulada en Juan Kronfuss, “Casas coloniales y romanas. Estudio comparativo”, *Revista de Arquitectura. Órgano del Centro de Estudiantes de Arquitectura*, N° 8, octubre de 1916.

pero, a la vez, elabora ese repertorio formal como un fondo de bienes disponibles para nuevas sintaxis.¹⁰¹ El proceso de registro, descomposición y recomposición se precipita, se comprime temporalmente, pero describe en territorio americano un movimiento análogo al europeo. En cierto sentido, la gran diferencia venía dada no por las operaciones sino por el objeto; frente a una antigüedad sacralizada, lo que aparecía aquí era un colonial desatendido sobre el cual venían a ejercerse la racionalización (taxonómica o sintética) y la nostalgia. Consecuentemente, en la búsqueda apasionada de esa especificidad arquitectónica Kronfuss llegará a convencerse de que ese “estilo colonial” definía, al menos, una edad áurea de lo propio.

La fase de descubrimiento, relevamiento y estudio del pasado colonial se extiende durante al menos diez años; período en el cual el objeto colonial llega a caracterizar el propio programa arquitectónico de Kronfuss. Así, lo que en 1912 era casi una intuición va ganando consistencia conceptual y sistematicidad (cosa evidente en *Arquitectura colonial* y ratificada por sus textos posteriores), y lo que comenzó siendo una empresa de rescate arqueológico va convirtiéndose en un programa tanto cognitivo como constructivo. Los progresivos fundamentos de esa mirada y esa técnica serían propalados por Kronfuss entre 1914 y 1924 a través de la cátedra universitaria, de múltiples incursiones gráficas y de una cada vez más copiosa producción escrita.¹⁰²

¹⁰¹ La empresa arqueológica había agregado a la admiración por la antigüedad un saber positivo (que no era homogénea ni se limitaba a ciertos órdenes, que en ella cabían los colores) y un agudo sentido nostálgico (a diferencia del rescate renacentista, su pérdida se juzgaba ahora irreparable). Ambos elementos alimentaron la desmitificación de la Antigüedad al señalar la diversidad constitutiva de esa edad áurea; el sistema clásico derivado de la temprana modernidad entraba así en un erosivo ciclo de autoconocimiento, de cuyas fisuras surgirían las correcciones fuertes que acabarían por definir el plan *Beaux Arts* decimonónico. David van Zanten, “Le système des Beaux Arts”, *Architectural Design*, N° 11/12, 1978; F. Aliata, “De la antigüedad...”, *op. cit.*; C. Rowe, “Una historia ininterrumpida...”, *op. cit.* El rescate de partes y la elaboración de tipologías son bien ilustrados por las intervenciones de Kronfuss en una serie de revistas a partir de 1915, mientras que el ejercicio sintético puede advertirse en los varios proyectos elaborados desde la década de 1920 (Hospital Misericordia, Barrio Obrero, Escuela Ramón J. Cárcano –todos en la ciudad–, y casa y Hospital Vicente Agüero, en Jesús María). Respecto del primer “momento”, puede verse entre otros Juan Kronfuss, “El estilo colonial”, *Revista de Arquitectura. Órgano del Centro de Estudiantes de Arquitectura*, N° 2, 1915, pp. 2-5 (BSCA). En ese texto, en rigor escrito por la editorial e ilustrado por Kronfuss, se expone sumariamente el interés del trabajo del húngaro, señalándose también que esos dibujos estaban destinados a un libro que Kronfuss deseaba editar en Alemania. Esa perspectiva parece haberse disuelto, en privilegio de la publicación local de *Arquitectura colonial en la Argentina*, donde se inserta la mayoría de esos dibujos de partes –balaustradas, escalinatas, ventanas.

¹⁰² Entre 1908 y 1915 el dibujo había sido para Kronfuss (además de instrumento de diseño y enseñanza, como lo sería luego de investigación) el principal medio de intervención en la arena pública. El borde idiomático no parece haber sido menor para el arquitecto, quien hace constar

Para que unas intervenciones tales fueran posibles, Kronfuss había contribuido a dos operaciones decisivas: en primer término, la reivindicación de ese pasado constructivo como una *arquitectura* (cosa que en absoluto estaba dada); en segundo, la postulación de su especificidad formal y ciertos atributos funcionales. Así, el colonial *argentino* fue crecientemente defendido como un estilo diverso de sus versiones peruanas, mexicanas o bolivianas (en clave romántica, el estilo era definido como la expresión del alma de un pueblo), y su especificidad ligada a una sobriedad y economía ornamentales que fundaban su elegancia. En términos constructivos, su adecuación al clima, su transparencia, y la nobleza y pertinencia de sus materiales eran reivindicadas frente a muchas otras importaciones contemporáneas.¹⁰³

En la fase inicial de sus investigaciones coloniales, una búsqueda como la de Kronfuss dialogaba más con ciertos desarrollos en otras zonas de la cultura que con el estado propiamente disciplinar de la cuestión. Una serie de figuras, en muchos casos de origen provinciano y normalmente *en o desde* Buenos Aires, había ido formulando en el giro de siglo los temas de la *cuestión nacional* en los ámbitos de la política, la historiografía o la literatura.¹⁰⁴ En arquitectura, sin embargo, los antecedentes no eran tan numerosos: Martín Noel recién regresaba a la Argentina luego de su paso por L'École des Beaux Arts; Ángel Guido –alumno de Kronfuss en la Universi-

en su ficha de inscripción a la sca que “entiende leyendo” los idiomas “alemán, húngaro, francés, castellano”. Sus imágenes se presentan intercaladas con textos breves, ajenos o propios, o como secuencias iconográficas autónomas. De ese tenor son sus primeras participaciones en la *Revista Técnica* y la *Revista de Arquitectura*, en las cuales la escritura se suprime o subordina al dibujo; más allá de esto, esos dibujos condensan ya en 1915 muchas de las nociones sofisticadas luego en *Arquitectura colonial*. La renuencia a escribir en el ámbito porteño (notable en sus aportes a *El Arquitecto* entre 1919 y 1923) contrasta con su disposición a hacerlo en el espacio cordobés. En 1916, Kronfuss publica en la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba* (año 5, N° 1) la primera versión de “Arquitectura colonial”, incluido luego como capítulo II del libro. En 1919, *Los Principios* edita como “Arquitectura colonial: la Catedral de Córdoba”, el que luego sería el capítulo V del mismo libro, antes publicado por la *Revista del Centro de Estudiantes de Ingeniería* de la Universidad Nacional de Córdoba. A eso deben sumarse sus frecuentes intervenciones periodísticas.

¹⁰³ De manera análoga a Ruskin, Kronfuss enlazará espiritualismo y romanticismo con antiindustrialismo, manifestará un interés constante por las artes decorativas –común, también, a Ricardo Rojas– y propondrá acompañar, con claro acento ruísta, el envejecimiento de los edificios.

¹⁰⁴ Historiografía, ensayo y literatura son zonas sensibles a la *cuestión nacional* cuando esta desborda la política. Así la obra de Mitre y López a fines de siglo; así, *La tradición nacional* de Joaquín V. González en 1888; así las múltiples formas en las que esta cuestión se presenta en la obra de Rojas, Gálvez o Lugones desde el novecientos, incluso cuando todas expresaran preocupaciones nacionales (y en parte nacionalismos) diversamente connotados en términos políticos. Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”.

dad de Córdoba— solo publicaría su *Fusión hispano-indígena en la Argentina Colonial* en 1925.¹⁰⁵ Así las cosas, no solo el proyecto de museo de 1912 puede ser razonablemente contado entre los primeros de inspiración colonial en el país (incluso con las limitaciones señaladas), sino que la propia elaboración de lo colonial como problema y como respuesta arquitectónica al interrogante nacional tiene en Kronfuss un carácter muy temprano.¹⁰⁶ Si inicialmente la búsqueda se expresa en forma genérica, como pregunta por la especificidad o la singularidad arquitectónica, esta va siendo crecientemente determinada —en parte porque el marco de esa búsqueda es nacional, en parte por su propia contaminación con otros discursos— como pregunta *por* lo nacional. Esto es claro en el ciclo que va de 1914 a 1924, y la medida en que esa determinación es precipitada por otras intervenciones (como las, cruciales a este respecto, de la *Revista de Arquitectura*) puede advertirse en esta sinopsis sobre la propuesta de Kronfuss, de 1915:

El señor Kronfuss entiende que es tarea de los investigadores determinar el origen de cada una de las formas que constituyen lo que vulgarmente se llama “estilo colonial” para luego poder analizar a este en su conjunto. Su obra, *aun cuando en su opinión solo posee un interés histórico, da base a una pregunta que puede formularse relacionada*

¹⁰⁵ La trama se adensa sensiblemente desde este momento y Rojas, en parte inspirador y en parte compañero de ruta de los arquitectos neocoloniales, tiene en esto gran protagonismo. Entre *La restauración nacionalista* (1909), *Blasón de Plata* (1910/1912) y *Eurindia* (1924), merece atenderse “Artes decorativas americanas” (1915), texto en el que Rojas analiza la posibilidad de rescatar el fondo utilitario-decorativo de Tucumán (especialmente la alfarería y los textiles indígenas coloniales y republicanos) a partir de la articulación universitaria de espacios consagrados a las ciencias naturales, las bellas artes y los oficios. La iniciativa es contemporánea a la del Taller de Encajes y Tapices Coloniales de Córdoba y plasma, como esta, uno de los puntos de contacto entre la tradición de las *Arts and Crafts* ruskinianas y las figuras de Kronfuss, Rojas o Wolff. Ricardo Rojas, “Artes decorativas americanas”, *Revista de Arquitectura. Órgano del Centro de Estudiantes de Arquitectura*, N° 4, octubre de 1915.

¹⁰⁶ La preocupación por la especificidad arquitectónica argentina y la invocación de un estilo nacional habían sido solitariamente pronunciadas en 1910 por Juan Carlos Buschiazio y el ingeniero Muñoz González, respectivamente, en el Congreso Internacional del Centenario. Aunque esa idea, más puntualmente vinculada a la herencia colonial aunque sin demasiadas consecuencias, fue tangencialmente recuperada por Alejandro Christophersen en 1913, es notable que una figura que luego sería emblemática del movimiento neocolonial en Argentina como Martín Noel solo principiara su formulación con su retorno, el mismo año, o que Ángel Guido, reconocido como otra de sus figuras fundantes, haya debido ser necesariamente alumno de Kronfuss. Su solitario rescate de la arquitectura colonial en el ámbito universitario ha sido puesto de relieve por Héctor Greslebin. El primer producto de este estímulo fue un proyecto de “Capilla en estilo colonial”, presentado por Raúl Álvarez en 1914 y publicado conjuntamente a una serie de dibujos de Kronfuss. Juan Kronfuss, “El estilo colonial”, *Revista de Arquitectura. Órgano del Centro de Estudiantes de Arquitectura*, N° 2, 1915.

*con la posibilidad de admitir las formas coloniales como exponente de una arquitectura nacional y fija.*¹⁰⁷

La evolución intelectual de Kronfuss había sido facilitada por la superposición de elementos de diverso origen y naturaleza. Una experiencia visual del eclecticismo y una formación europea que alentaba sus variantes historicistas y arqueológicas; su inserción en la Buenos Aires del Centenario que, especialmente desde otras zonas de la cultura, invitaba a revisar y reintegrar el legado español; el encuentro con Córdoba, la conciencia de una diferencia y el universo que ella abría al descubrimiento, en un sentido de lo más literal. En todo caso, el hambre por definir lo propio que irradiaba la Capital parecía encontrar una respuesta en esa singularidad arquitectónica que Córdoba escondía; y que no era lo mismo formularla en Buenos Aires que hacerlo en esta ciudad (porque, en un sentido, no estaban viviendo el mismo tiempo) lo había demostrado dolorosamente el expediente del primer museo. Tal vez por eso, porque el despliegue de esa evolución intelectual que había sido alentada por la Capital coincide con su definitiva instalación en Córdoba, Kronfuss será entre las décadas de 1910 y 1920 la materia de una profunda disociación entre trayectoria intelectual y práctica profesional. Mientras más sabe de arquitectura colonial y más confía en la potencialidad de una reintegración de esta en una arquitectura presente, más forzado se ve a diseñar y construir dentro del sistema clásico. El segundo proyecto de museo, muy connotado por su pasado reciente, resulta en este sentido paradigmático.

Guardarropía II

¿Pero no es este mismo modelo todavía más imperfecto que la copia?

JEAN N. L. DURAND, *Précis des leçons d'architecture*, 1819

Morábamos en edificios dislocados, porque estaban rotos los eslabones en las almas.

RICARDO ROJAS, *Eurindia*, 1924

En agosto de 1915, Kronfuss fue designado por Cárcano director de Arquitectura de la provincia,¹⁰⁸ medida que reeditaba para el arquitecto

¹⁰⁷ J. Kronfuss, "El estilo colonial", *op. cit.*, p. 3. Énfasis agregados.

¹⁰⁸ Decreto 5.500, 6 de agosto de 1915, *Compilación*, Ministerio de Obras Públicas e Industria (MOP), 1915.

la posibilidad de diseñar el edificio del Museo, ahora desde la función pública. Frente al entorpecido proceso de 1912, este fue resuelto en poco más de un año, dando lugar a un edificio de inspiración neoclásica que merece ser examinado con cierto detenimiento.¹⁰⁹ El punto de partida debiera ser que, contra lo que habitualmente se supone, el edificio ejecutado representa solo una porción, la central si se quiere, del proyectado por Kronfuss en esa ocasión;¹¹⁰ que el conjunto del proyecto estaba guiado por la idea de albergar la totalidad de las colecciones de la institución (tal como estas habían sido redefinidas en 1911), además del recientemente creado Taller de Tapices; y que el proyecto contemplaba ampliaciones sucesivas, algunas oficialmente previstas para el crecimiento del Museo y otras más íntimamente imaginadas por el arquitecto.¹¹¹ Todo esto puede colegirse, en principio, del mero cotejo entre el desordenado expediente

292

293

arquitectónico y el mensaje de Cárcano a las Cámaras en 1916. Para la realización de este segundo proyecto, la provincia había dispuesto un terreno vecino al anterior pero situado, a diferencia de aquel, sobre el borde mismo de la barranca sur de la ciudad. En sus costados, este quedaba delimitado por dos de las avenidas que –situadas a diversa altura– desembocaban en la rotonda de Nueva Córdoba. Para el arco así descrito se imagina un edificio de fachada oblicua, que explota la elevación del terreno en sentido funcional y simbólico. Si, en el primer aspecto, la previsión de un sótano de superficie análoga a la planta duplica el espacio disponible, en el segundo, el edificio gana monumentalidad merced a las diferencias de terreno.

El volumen destinado a la Sala de Pinturas –nada casualmente el único construido– constituye el *point* a partir del cual se organiza la composi-

¹⁰⁹ El proyecto se desarrolla entre agosto y noviembre, mes en que el constructor Ubaldo Emiliani y Kronfuss suscriben el contrato. Una buena cantidad de planos y dibujos aparecen firmados por Kronfuss y, entre ellos, los definitivos también por el dibujante Donaldo Smith. El conjunto del material gráfico puede revisarse en los expedientes 972, 972 A y 972 A bis de la Dirección de Arquitectura (DARC). La obra concluye el 31 de agosto de 1916 y el 28 de septiembre de ese año Deodoro Roca, nuevo director del Museo, recibe las llaves. Expediente N° 203, “Comunica haber recibido edificio”, MOP, 1916, fs. 86 y 88 r.

¹¹⁰ La naturalización deriva de que esa porción construida, correspondiente a las salas de pintura, albergó esa sección desde su inauguración, como lo hace aún con parte del MPBA Emilio Caraffa.

¹¹¹ “La construcción del nuevo edificio que para la instalación del Museo y taller de tapices se levanta en la Avenida Argentina, permitirá contar con espacio adecuado y suficiente para instalar debidamente las colecciones, especialmente la sala de pintura, donde podrán concurrir a trabajar cómodamente el público y los alumnos de la academia.” Ramón J. Cárcano, “Museo Provincial”, *Mensaje del Gobernador de Córdoba Dr. Ramón J. Cárcano*, 1° de Mayo de 1916, Córdoba, Talleres La Italia, 1916.

ción del conjunto. Este es planteado en términos schinkelianos: envolvente ciega e iluminación cenital mediante una lucerna, principios virtualmente ausentes en la proyección de las alas laterales. Las funciones del módulo se expresan claramente en la fachada principal que, leída secuencialmente, traduce el sótano en el almohadillado y las escalinatas, el espacio de exposición en la línea de hornacinas, y la presencia de la lucerna en el arquitrabe y la cornisa superiores.¹¹² Efectivamente, tanto el lenguaje como el emplazamiento evocan la arquitectura clásica griega, mientras que el señalado carácter oblicuo de la fachada, que acompaña el movimiento de la plazoleta circular a que se enfrenta, sugiere influencias del barroco alemán.¹¹³ El privilegio de la Sala de Pinturas no reside solo en su ubicación central y su carácter de acceso al conjunto de las colecciones (en efecto, en ese proyecto la sala era lo primero que el visitante vería y atravesaría para desplazarse hacia otras zonas), sino que puede advertirse también, de modo más rústico, en el derrotero de la obra, que nunca avanza más allá de su construcción.

Como se ha señalado, esta centralidad de la Sala de Pinturas no era azarosa; antes bien, expresaba en términos arquitectónicos una creciente valoración social del arte que, implícita en la reformulación de las colecciones de 1911, había sido explicitada en la inauguración de las salas de 1914 y alentaría, en el propio año de 1916, el Salón Provincial. Inviabile un segundo intento neocolonial, un museo que apostaba al arte hablaba el lenguaje de los grandes museos de arte: el de un historicismo dentro del sistema clásico, como el Louvre, como el schinkeliano Altes Museum. En ese nuevo espacio, Cárcano imaginaba la inauguración del primer Salón de Córdoba, iniciativa que remedaba al Salón Nacional en su inspiración y reglamento; y ciertamente esa hubiera sido la apoteosis del *museo nuevo* y del nuevo lugar del arte en Córdoba de no mediar las italianas dilaciones del constructor. Porque este segundo proyecto enlazaba mejor que el primero a esa apretada sucesión de acciones *culturalistas* que, conducida por un discreto núcleo de representantes del poder estatal, había tenido el museo como su materia. Si el primer proyecto atendía, en su bizarro historicismo, al contenido real de las colecciones existentes, el segundo

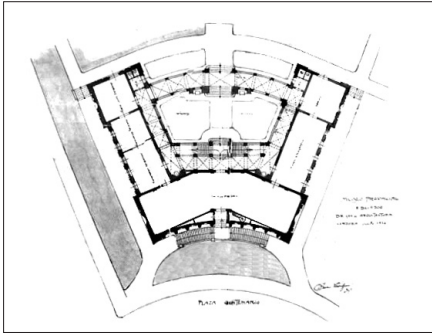
¹¹² El principio de transparencia había sido defendido en el siglo XIX por Violet le Duc y Labrousse; el primero fascinado por la arquitectura gótica y convencido de que la arquitectura debía poder mostrar cómo estaba construida, el segundo defendiendo que la envolvente debía traducir la función.

¹¹³ El recurso a las líneas oblicuas –también presente en la Sala de Sesiones de la Legislatura de la Provincia de Córdoba, proyectada por Kronfuss el mismo año– y el diseño de plantas con formas novedosas han sido señalados, entre otros por Gallardo y Tartarini, como una marca del barroco alemán extendido en Múnich.

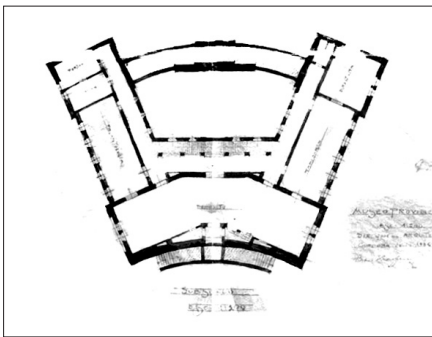


“Es una construcción que ha sido proyectada en el estilo clásico griego, y que está ubicada en las barrancas que rodean a la ciudad, recordando las construcciones helénicas por su arquitectura y su situación.”

Juan Kronfuss, 2º proyecto de Museo Politécnico Provincial [Cotejo entre los planos de la DCA (1915-1916) y el pasaje relativo del *Mensaje* de Cárcano en 1916 -“Dirección General de Arquitectura (Edificios públicos y de carácter monumental)”].]



“...Consta de un gran salón principal y de dos alas que se extienden hacia el fondo de la perspectiva que terminará con motivos arquitectónicos de la época colonial.”



“Tiene un subsuelo de las mismas dimensiones de la planta principal, destinado a ampliaciones futuras para las necesidades sucesivas del Museo.”

El primer dibujo corresponde a la fachada curva del Museo, envolvente frontal de la sala de pinturas, de cuyos extremos debían desprenderse radialmente las dos alas nunca construidas. Esta fachada principal fue privada desde el comienzo de las esculturas previstas para las hornacinas, reemplazadas por urnas. La segunda imagen permite advertir la planta del museo imaginado, con su *point* central destinado a la Sala de Pinturas y las mencionadas alas; en el ala izquierda se sucedían tres salas destinadas a amoblamiento colonial, y la derecha comprendía una sala etnográfica (la mayor) y una destinada a la exhibición de objetos varios. Puede observarse también la proyección de un corredor de circulación que comunicaba todos los espacios. Dada su ubicación concéntrica al patio, en que se prevé ahora ubicar los cañones, es probable que se tratara de una galería de inspiración *pompeyano*-colonial, cosa compatible con la observación de Cárcano sobre el remate. Finalmente, la tercera imagen permite observar la disposición del subsuelo -construido en 1916 en su módulo central, destinado a depósito-, en cuya ala izquierda se preveía una sala de Paleontología (la mayor), Cocina y Portería, y en cuya ala derecha se ubican la Tapicería (el Taller de Tapices), Dirección y baños.

venía a plasmar espacialmente las expectativas coleccionistas, sociales y pedagógicas expresadas en forma recurrente entre 1911 y 1916. Frente a esa gran prioridad, la de dotar a la ciudad de un espacio para el arte, los otros espacios se desdibujan en su no realización y en su no tematización. El concepto inicial, sin embargo, queda plasmado tanto en los proyectos firmados por Kronfuss como en las diversas intervenciones de Cárcano entre 1915 y 1916.

292 Probablemente a esos mismos años pertenezca un dibujo en que el arquitecto imagina, creemos que de manera más personal y menos concertada, una reformulación ulterior respecto de la cual no disponemos de más información. Su gran novedad es que presume la convivencia de instituciones entonces autónomas (el Museo y la Academia de Bellas Artes) o inexistentes (la Academia de Artes Aplicadas).¹¹⁴ Lo medular del diseño (por lo demás, fiel a la planta y al estilo) puede colegirse de la lectura, conforme al principio de transparencia que guía el módulo central, del diseño de la fachada lateral. Así, pueden distinguirse tres niveles (sótano, planta baja y primer piso), el último de los cuales probablemente estuviera consagrado a las aulas. Aunque la concepción de un complejo tal sorprenda, dada la ausencia de otras referencias contemporáneas, se trata de una idea largamente ensayada en el seno de la tradición clásica, cuyo ejemplo principal lo constituía L'École des Beaux Arts con sus aulas y museos. Kronfuss mismo había plasmado en el proyecto de Facultad de Ingeniería ese principio de concentración de actividades (de conservación, exhibición y formación) conforme cierta unidad disciplinar; y en Córdoba una institución como la Academia Nacional de Ciencias, diseñada en 1874 por Enrique Aberg, estaba guiada por idéntica idea.

En términos de programa edilicio, ni el proyecto de museo llega a edificarse por completo ni estas adiciones tienen lugar, algo explicable en virtud de ciertas consideraciones presupuestarias y de las reorientaciones impresas al expediente por las sucesivas gestiones de gobierno.¹¹⁵ En tér-

¹¹⁴ Aunque la subordinación de la Sala de Pinturas a la Academia podría haber alentado el –no datado– dibujo de Kronfuss, parece improbable, ya que esa medida derivó más del desinterés del Museo Provincial –dirigido por el colonialista Pablo Cabrera– en la sección, que del diseño de una política afirmativa de vinculación entre Museo y Academia. Decreto 10.120, *Compilación*, mc, 1922. Queda por establecer la relación entre el Taller de Tapices y la ulterior Academia de Artes Aplicadas.

¹¹⁵ El proyecto contó con aproximadamente \$46.000, cifra inferior a la prevista y que debió ser ajustada en el curso de la obra. Que las restricciones aumentaron lo sugieren el reemplazo –previsto ya en el contrato– de las esculturas por urnas, y el acondicionamiento del subsuelo en una fase sucesiva. Es probable que las perspectivas de continuar el programa de un edificio integral de museo se hayan visto desalentadas por el traslado de la sección colonial. Así las ampliaciones previstas nunca fueron realizadas, y tampoco parecen guardar relación con las efectuadas en vis-

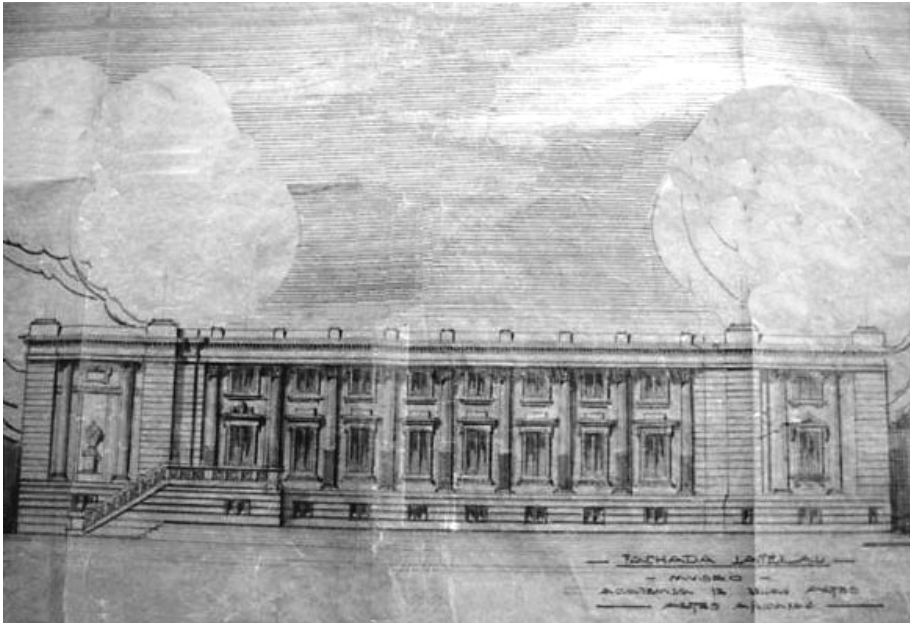
minos de una arquitectura de autor, de una proyectiva determinada dentro de una trayectoria determinada, la cuestión llama a mayor perplejidad. Y es que, como apuntamos, en sentido inverso a la evolución de Kronfuss, marcada por la profundización de sus estudios y su programa coloniales, este segundo proyecto en su conjunto representa un marcado retorno a la tradición clásica; schinkeliano de un lado, *Beaux Arts* de otro. Así, el arquitecto *toma partido* respecto de un programa, define un tipo y un volumen central en torno al cual compone el conjunto, concibe pabellones o salas conforme al uso destinado, facilita la marcha a través de espacios libres o de exposición, etc. Si la persistencia del patio central compromete el carácter compacto de la propuesta, las imposiciones del terreno son resueltas apelando a un neoclásico sentido de la simetría y la monumentalidad...

Como hemos apuntado, entre el primero y el segundo proyecto de museo tienen lugar los viajes de estudio de Juan Kronfuss, y de ellos deriva buena parte de los relevamientos y dibujos mediante los cuales este defenderá crecientemente el valor histórico y arquitectónico del patrimonio colonial. La cátedra (porteña primero, cordobesa luego), ciertos periódicos y revistas (en los que interviene con dibujos, planos y algunos textos) y un par de libros, son los soportes de esa cada vez más orgánica defensa. Entre 1915 y 1916, estrictamente los años de elaboración y construcción del segundo proyecto, Kronfuss mantiene una asidua colaboración con la porteña *Revista de Arquitectura*, plasmando también en ella la disociación antes referida.¹¹⁶ 296

En ocasión del Salón de Córdoba, donde representó a la Dirección de Arquitectura con sus neoclásicos proyectos de museo y legislatura, Kronfuss anotó aciertos y bemoles de los proyectos exhibidos, celebrando la iniciativa estatal pero agriando la mirada ante un conjunto de obras que encontraba escaso y adocenado. No había, decía, “manifestaciones de arte original, vale decir creaciones artísticas que se destaquen sobre las formas

peras de las bienales IKA, en la década de 1960. Véase Carlos Page, “El Chalet Crisol y el Museo Provincial (Córdoba)”, *DAMA*, N° 31/32, 1992. En lo que hace al complejo de Museo y academias de arte, virtualmente la idea fue retomada a finales de los cincuenta, aunque nunca concretada.

¹¹⁶ Se trata de la revista del Centro de Estudiantes de Arquitectura, la cual, desde su primer número, asume como propia la preocupación por la arquitectura nacional. Entre mayo de 1915 y octubre de 1916, su director es el ya mencionado Héctor Greslebin. Kronfuss mantiene una presencia ininterrumpida en los números 1 a 6. Conforme a lo señalado, sus intervenciones son mayormente gráficas: dibujos ilustrando el texto del editorial “El estilo colonial” (N° 2); nuevamente el frustrado proyecto de Facultad de Ciencias Exactas (acompañado de la Memoria Descriptiva en el N° 3); ilustraciones para “Artes Decorativas Americanas”, de Ricardo Rojas (N° 4); un motivo barroco-americano para la portada del N° 5, y una breve nota sobre “La Exposición Artística de Córdoba” en el N° 6. Kronfuss colabora luego de manera discontinua, entre otros con el citado “Casas coloniales y romanas”.



Juan Kronfuss, "Museo Academia de Bellas Artes y de Artes Aplicadas", s/f.

vulgarizadas en el conocimiento común”.¹¹⁷ La condena parece caer sobre motivos y soluciones tan recurrentes como complacientes, de aquellas que “generalmente se amoldan a las modalidades docentes y gusto artístico del profesor”. Siendo un texto muy breve, sorprende la insistencia en el carácter acomodaticio de las presentaciones, rápidamente reseñadas. Resulta curioso, asimismo, que el único juicio positivo recaiga en un proyecto cuyo programa queda difuso. Se trata de un diseño de Acebal Soto, de inspiración colonial, en el cual Kronfuss decía reconocer “el único esfuerzo ponderable de una mente creadora”. A pesar de que el proyecto le merecía ciertas observaciones relativas al desajuste entre planta y fachada, parece bastante notable que Kronfuss ponía la originalidad del lado del *revival*, en el que señalaba las fuerzas de la renovación arquitectónica.

Había una correspondencia manifiesta entre la formulación de una idea de la arquitectura en tanto arte (como empresa personal, arriesgada y creadora) y la evaluación puntual de las obras efectivas. Pero había, también, cierta correspondencia secreta entre esos principios generales, esos juicios parciales y la propia obra pasada y presente de Kronfuss. Es decir, él ha estado en el Salón exponiendo su obra reciente y esta, a nadie puede escapársele, se mueve en los márgenes del sistema clásico. El interés relativo de sus proyectos deriva antes de su dominio del lenguaje (que autoriza ciertas marcas personales fuertes) que de su novedad estilística o su polemicidad intrínseca. Sin embargo, anota:

El artista que va por los caminos trillados, reproduciendo ideas y motivos vulgares, solo es un oficiante profesional, que se acomoda al gusto de la muchedumbre y poda las alas de su idealismo para arrastrarse ante la democracia de la vulgaridad. Es claro que ha de reconocerse el inmenso sacrificio de tranquilidad y de bienestar que hace de sí mismo un arquitecto al entrar en la arena de la lucha con ideas propias, tratando de afirmar bizarramente su personalidad ante la crítica que le zahiere y la multitud que no le comprende...¹¹⁸

Y aquí, en momentos en que el segundo proyecto de museo aún se está construyendo y en que ha aparecido en Córdoba otro diseño de inspiración colonial; mientras escribe para una Buenos Aires en que el neocolonial, acaso aplanado entre otros eclecticismos, ya tiene lugar; cuando se excusa de referirse a sus proyectos presentes solo por ser suyos; aquí la pro-

¹¹⁷ Juan Kronfuss, “La exposición artística de Córdoba”, *Revista de Arquitectura. Órgano del Centro de Estudiantes de Arquitectura*, N° 6, junio de 1916, p. 10.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 9.

fesión bien llevada parece interrumpirse por la reactivación de la herida del primer proyecto y por un claro sentido del precio de la estabilidad en provincias.¹¹⁹ Para Kronfuss ese precio fue, hasta entrada la década de 1920, pensar en neocolonial y proyectar en neoclásico.

Pinto

Al volver de Santa Fe, terminado el bachillerato, recibí en Córdoba los consejos artísticos de un pintor que, casualmente, era también maestro de Butler: Don Honorio Mossi, hombre de una bondad inmensa, y él fue el que decidió, con su entusiasmo por mis progresos, mi carrera de pintor. Su invariable cariño me es disputado hoy por el propio Butler, quien, como yo, resultaría pintor de técnica moderna contra las ilusiones de Mossi, adicto a los reales cánones de la Academia de Milán donde había sido cófrade de Grosso, el pintor de la reina Margarita.

OCTAVIO PINTO por sí mismo¹²⁰

En 1916, la breve colección plástica de la provincia encontraba sus propios muros; el recinto inaugurado, eternamente inconcluso, llegaría a identificarse con ella hasta hace muy poco. Si este continente fue fruto de políticos y arquitectos, su contenido inicial quedó representado por la serie de obras difícilmente adquiridas en el engarce secundario al mercado internacional y por contadas –y también difíciles– piezas de un ámbito local en el cual la pintura era aún una práctica sin *campo*. Escasas e híbridas figuras de artista surgían entonces del propio proceso de constitución de las artes plásticas como dominio particular; proceso, como hemos visto, alimentado por la circulación de figuras, experiencias y obras entre Córdoba y Buenos Aires pero también –a través de ella o mediante contactos directos– por los vínculos locales con Europa.

Dos de las figuras consolidadas en el giro de siglo, Genaro Pérez y Emilio Caraffa, han sido recurrentemente señaladas por biógrafos, memorialistas e historiadores como los arquetipos artísticos locales, y esto en virtud de ciertos datos distintivos.¹²¹ Por un lado, el notable relieve que Pérez

¹¹⁹ Merece anotarse que Kronfuss es uno de los contados técnicos de la gestión Cárcano que la sobrevive.

¹²⁰ La frase pertenece a una autobiografía publicada en la década de 1920 por la revista *Áurea*, citada en Adelina Pinto, *Ensayo biográfico de Octavio Pinto*, Córdoba, Dirección General de Publicaciones de la Universidad Nacional de Córdoba, 1973.

¹²¹ Marcelo Nusenovich, “La Vida de Jenaro Pérez”, *Avances*, N° 5, 2001-2002; *Tres ensayos y “Precursores del Arte”*. Tomás Bondone, “Emilio Caraffa y el gusto de una época”, *Estudios*, N° 2,

llegó a tener como retratista de la clase dominante, a la que ofrecía un espejo en el cual lograba verse a sí misma en su mejor ángulo. En gran medida, puede suponerse que ese protagonismo alimentó el borramiento de sus condiciones de existencia como artista, esto es, el subsidio de esta práctica por la *profesional* de magistrado.¹²² Por otro, el dinamismo cultural radicalmente nuevo que Caraffa pareció encarnar (en parte porque gozaba de disposiciones institucionales infrecuentes), sin duda estimulado por una trayectoria formativa tempranamente cosmopolita frente a otras locales. Las notas regularmente adjudicadas a ambos personajes abonarían el sentido común que autorizó, mucho después, el bautismo de los museos municipal y provincial de bellas artes de Córdoba como Pérez (1943) y Caraffa (1950), respectivamente; extendido sentido común que adjudicaba al uno el remanente de un viejo orden tradicional y católico y al otro el impulso moderno.

Sin negar el indudable interés de esas figuras, en parte ligado a su propia elaboración arquetípica, interesa apuntar las razones que empujan a tematizar aquí otro personaje, comenzando por aquellas *a contrario*. En lo que hace a Genaro Pérez, el suyo es un caso de artista *amateur* que en cierto modo expresa un momento de la plástica levemente anterior al que nos ocupa; momento en el cual muchos artistas vocacionales concedían que su práctica artística viniera subsidiada por otro tipo de actividad profesional (en este caso la magistratura). El hecho de que prácticamente nunca saliera de Córdoba, y debiera hacerse en ella de sus *modelos vivos*, fotografías y reproducciones ejemplares, dialoga con esa situación.¹²³ Por lo demás, puesto que Pérez había fallecido en 1900, y dado el sesgo contemporáneo de la colección pública en formación, sus escasos ingresos a la misma parecen haber sido posteriores. En lo relativo a Emilio Caraffa, este había llegado a Córdoba luego de su estancia porteña y su *tour* europeo, lo que permite leer más fluidamente muchas de sus innovaciones en tanto *importaciones* de mayor o menor suceso pero obliga, también, a pensar gran parte de su desenvolvimiento local como reconversión exitosa de créditos anteriores.

1993; “En torno a la Academia. Emilio Caraffa y las prácticas artísticas en Córdoba”, *Avances*, N° 4, 2000-2001; y “Emilio Caraffa y la génesis de una modernidad artística en Córdoba”, *Avances*, N° 7, 2003-2004.

¹²² Incluso el título que su biógrafo dio al texto canónico sobre Pérez permite advertir este borramiento, puesto que el énfasis en su duplicidad de magistrado y artista solo se sostiene en la medida en que prime el segundo término, que es el que en verdad empuja al ejercicio biográfico. Rafael Moyano López, *El Doctor Jenaro Pérez. Magistrado y artista cordobés*, Córdoba, Imprenta de la Universidad, 1942.

¹²³ Quizás un viaje a Buenos Aires en 1882, dado su envío a la Exposición Continental.

Frente a esas trayectorias, signadas por un provincianismo y un cosmopolitismo algo extremos, el caso Octavio Pinto reviste mayor interés, y esto ante todo porque Pinto es estrictamente un emergente de esa densificación de sucesos que, tanto en el plano del desenvolvimiento institucional, coleccionista y pictórico cuanto en el de las representaciones del arte como ámbito particular, permiten postular un momento genético en la plástica local. Nacido en el interior provincial en 1890, descendiente de familias de abolengo aunque empobrecidas, su vocación fue cultivada a lo largo de sus años escolares en Córdoba y, especialmente, durante su etapa en el jesuita Colegio de la Inmaculada Concepción, en Santa Fe (“¿Cuándo podré ver las obras famosas que conozco de memoria solo a través de libros y reproducciones?”, había escrito Octavio desde allí).¹²⁴ Posteriormente, su era universitaria en Córdoba es clave para su formación de taller con Honorio Mossi y para la urdimbre de una trama significativa de relaciones intelectuales y artísticas. Su consagración se teje ante todo en esta escena, aunque ella sea siempre menos local de lo que suele acordarse.

En 1915, Pinto ha obtenido ya dos reconocimientos de cierta importancia: una Medalla de Oro en la Exposición Internacional de California¹²⁵ y un Premio Estímulo en el Salón Nacional, este último por su atractiva *Numen tutelar de Ongai*. 1916, año en que el Museo encuentra sus muros, es a la vez decisivo para su definitivo tránsito a la condición de artista, algo que autoriza a leer en simultáneo un momento del Museo y del pintor singularmente indicativos del curso de la institucionalización de la plástica local. En primer término, en mayo es beneficiado con una exposición individual en el Salón de Córdoba, en el que entre otras cosas muestra la *vedette* del Salón Nacional, más tarde integrada a la colección. En segundo, culmina la carrera de Abogacía, final de ciclo de su formación universitaria e impulso definitivo para un cabal *fuera de campo*. Tercero, en julio obtiene del gobierno provincial la beca de formación europea que le permitiría emprender su viaje de iniciación, así como reunir una serie de créditos que luego convertiría en diplomacia. Finalmente, en diciembre vende a la provincia *La iglesita azul*, ingresando con esto al fondo pictórico local y, en consecuencia, a su acotado panteón vernáculo. ¿Cómo el joven Pinto, nacido en Totoral, había llegado allí? Antes de recorrer algu-

¹²⁴ Citado en A. Pinto, *op. cit.*

¹²⁵ En esa ocasión, recibió un pergamino con una viñeta de Camilloni dedicado, entre otros, por Pablo Cabrera, Benjamín Palacio, Arturo Capdevila, Rafael Bonet, Ernesto Gavier, Telasco Castellanos, Deodoro Roca, Raúl A. Orgaz, Juan Dussaut, Vicente Rossi y el propio Camilloni. La heterogeneidad etaria, ideológica y ocupacional es evidente, aunque ofrece una pauta de cómo se tallan entonces las élites culturales. El pergamino puede verse en el Museo Octavio Pinto de Villa del Totoral.

nos de los datos de estructura que habilitaron su relativo disfrute del favor estatal, quizás sea justo advertir que no era solo eso lo que lo impulsaba: para algunos de sus contemporáneos, Pinto aparece entonces como un artista “original” (Manuel Gálvez), “libre y profundo” (Deodoro Roca). Esto es, una vía efectiva de renovación pictórica frente a sus predecesores (fueran los ateneístas, fuera Caraffa). Y algo semejante sugerimos en la rápida mención a su *Iglesita* y a la *Santa Teresa* de Bermúdez: ambos representaban la llegada en dosis de dos vías del modernismo español, la regionalista y la luminosa, que ciertamente operaron como factores de transformación estética.

Octavio Pinto era un retoño de aquellas élites de origen hispánico que estaban en plena recomposición y que tenían en el norte provincial su antiguo pivote (previo al desplazamiento del eje productivo hacia el sudeste, o contemporáneo a él) y su actual sede de recreo y nostalgia.¹²⁶ En su caso, además, el recorrido vital había comenzado allí mismo, en Totoral, aunque muy asociado a una vasta deriva urbana. Más allá de diversificaciones propiamente económicas, notablemente hacia la actividad inmobiliaria, el carácter erosivo de esa transformación intentará ser contrarrestado mediante la carrera universitaria (en sí misma, suerte de pasaporte directo al ejercicio del poder), el cultivo del apellido (bien de prestigio que, decididamente, habilitaba ciertas permanencias dignas en la función pública) y una serie de operaciones de maximización de la distancia social, de las cuales la propia inauguración de las salas de Pintura es un ejemplo. La vacilación de las condiciones de existencia del grupo no solo es clara sino que, además, resulta exasperada en buena medida por la presencia de ciertas trayectorias ascendentes entre los representantes de la nueva inmigración española o italiana (caso de Minetti en la industria primaria o Heriberto Martínez en la actividad comercial).

Que esa fractura económica y sociológica contorneaba el punto de par-

¹²⁶ No es casual que aquellas viejas aristocracias que obtenían sus mayores réditos sociales y simbólicos en la ciudad tuvieran su correlato (y aun su fundamento) económico en el circuito de estancias del norte; sus apellidos reverberarían sobre ellas durante décadas, incluso perdidas. Entre quienes pudieron conservarlas, al menos parcialmente, el giro de siglo vio operar la conversión del espacio productivo en espacio de recreo. Aunque otros solo pudieron conservar de ellas recuerdos de niñez, aquel viejo esplendor funcionó durablemente como imaginación complaciente de una edad de oro de los viejos apellidos; grupo construido como élite en un frecuente ir y venir del campo a la ciudad. Ese ámbito donde se había urdido la Liga de Gobernadores pudo ser, aún en 1913, el espacio que un envejecido Julio A. Roca recorriera a caballo, de estancia en estancia, para felicitar a Cárcano por su victoria electoral. En tal sentido, el protagonismo que Totoral –pueblo natal de Octavio–, Ascochinga u Ongamira evidencian en la evocación de varias generaciones, es todo menos casualidad. Si a Cárcano el norte le había llegado por vía materna, a Octavio Pinto y Deodoro Roca les llegó por ambos lados.

tida vital de Pinto resulta claro en la manera en que la tradición familiar subrayó los elementos que hacían de la madre de Octavio un adecuado partido matrimonial para su padre: “No tiene fortuna, pero su familia pertenece por todas las ramas a los apellidos de más viejo abolengo de Córdoba. Su madre [Eulogia Roca Allende de Cires] es bisnieta [*sic*] del fundador de la ciudad”.¹²⁷ La caracterización es gráfica del modo en el cual las caídas económicas podían ser contrarrestadas por capitales de otro orden, entre ellos el linaje. Y dado el carácter estrecho y endogámico de esa élite, de ese linaje proveía uno de los elementos que comunicaban a Octavio Pinto y Deodoro Roca desde la cuna, ya que la abuela materna del primero era medio hermana del padre del segundo.

El de los Pinto parece uno de esos esfuerzos bastante típicos de persistir en la élite mediante el título universitario; procura familiar que, según la propia hermana y biógrafa de Octavio, habría sido vivida en parte como imposición por un joven de temprana afición artística.¹²⁸ No sorprende, por tanto, la instantánea ofrecida por Capdevila respecto del fin del ciclo universitario de Octavio:

Toca en lo portentoso que este verdadero sectario del arte pudiese aprobar, siquiera con ínfima nota, sus exámenes de Código Civil. En fin: fue abogado. Y desde ese punto y momento redobló su desdén por toda magistratura judicial. Pero podría ser cónsul, a menos que ganase una beca.¹²⁹

El cuadro, si no exhaustivo, es al menos significativo. Pinto había sido habilitado para entrar en las lizas del derecho aplicado o buscar destinos mejores, que luego llegarían, en la carrera diplomática. Estrictamente dentro del ámbito jurídico, existían otras posibilidades de las cuales el propio Octavio parece haberse privado al rehusar su doctorado: la magistratura, que virtualmente le repelía, y la docencia, perspectivas centrales para algunas figuras de las viejas generaciones y de la propia. En su caso, sin embargo, la beca aparecería oportunamente para liberarlo de una imposición que, de manera muy nítida, no deseaba.

¹²⁷ A. Pinto, *op. cit.*, p. 13.

¹²⁸ “Terminados los seis años del bachillerato, retorna a Córdoba, para ingresar a la Universidad. Por complacer al padre, se inscribe en la Facultad de Derecho. [...] Como no era esa su verdadera vocación, no fue en Derecho un alumno brillante, aunque se interesó grandemente en el Derecho Romano; el Derecho Penal [...]. También el Derecho Internacional lo atraía e interesaba mucho; y capadamente le sirvió, años después, en sus funciones diplomáticas.” *Ibid.*, p. 24.

¹²⁹ Arturo Capdevila, *El pintor Octavio Pinto*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1943, p. 5.

Si no llegaron a apasionarlo, sus estudios en Derecho, iniciados alrededor de 1909, ofrecieron a Octavio la ocasión de una intensa estadía cordobesa, a lo largo de la cual el joven estrecharía una cantidad de vínculos significativos personal e intelectualmente. Las tertulias que frecuentaba tanto como promovía reunían en aquellos años un heterogéneo grupo de notables, entre los que sobresalen varios de los nombres que llegarían luego a identificarse con el reformismo cordobés. Era liminar de aquella generación estimulante, el umbral de la década de 1910 es el momento de sus primeras intervenciones culturales; *La Quincena Literaria*, publicación incorporada como suplemento cultural de *La Voz del Interior* hacia 1911, sobresale entre ellas. Así evoca Adelina Pinto las frecuentes reuniones de los contertulios en la habitación-taller de Octavio, en la casa familiar de calle Tucumán:

Las paredes se cubren hasta el techo con bocetos y estudios de cuadros propios y de maestros y amigos. Walter de Navazio, Gómez Cornet, Quirós, Bermúdez, Butler, y el cuarto no muy grande es sede de la peña donde se reúne, noche a noche, el grupo de los nuevos amigos; y de esas reuniones nace la idea de la fundación de “La Quincena Literaria” [...]

El grupo de los asistentes más asiduos es bastante heterogéneo, completado por aprendices (ya que todos son muy jóvenes) de literatos, poetas, pintores, *dandys* y filósofos. Recuerdo con simpatía algunos nombres: Arturo Capdevila en primer lugar, por supuesto, por la admiración que despertaba su viva inteligencia; Deodoro Roca [...], Rafael Bonet [...], Raúl y Arturo Orgaz, calmo pensador el primero y arrebatado luchador el segundo; Arturo y Raúl Pinto Escalier [...], Pedro Centanaro, excelente pintor [...], Baquero Lazcano, poeta a lo Verlaine [...].

Benjamín y José Palacio; José Benjamín y Enrique Barros; el primo Felipe Moyano Cires, que perpetúa a todos con su afición a la fotografía; los hermanos Del Campillo; Lozada Echenique; Felipe y José María Crespo; Raúl, Oliverio y Carlos de Allende, primos de Deodoro, inteligentes, cáusticos críticos los tres; Eduardo y Julio Deheza, y algunos desperdiciados talentos como el de Emilio Pizarro, que se prodiga en irónicos epitafios de vivos y de muertos.

Carlos Astrada, que está por trasladarse a Alemania para profundizar su vocación filosófica.

Grandes músicos y lectores, Martín y Horacio Ferreira son ocasionales visitantes [...].

La muerte del joven poeta Baudilio Vásquez Ludueña nubla algunas de las veladas [...].

Y entre los concurrentes más jóvenes que frecuentan la casa como

amigos de Jorge [Pinto], Felipe Díaz, Sebastián y Juan Soler, y ya se advierte la irradiación universal que el talento de Sebastián promete; Jaime Roca [...], Santiago Beltrán Gavier [...]

Este grupo [...] se disgregó al alejarse de Córdoba Octavio, Capdevila, Astrada y otros.¹³⁰

Todo lo que la biógrafa anota interesa porque, frente a los consabidos deslices de la memoria, se urde una densa trama de figuras que, en efecto, coexistieron en más de una aventura. Pretendientes a escritores, artistas, filósofos, poetas o sociólogos convergían en esa escena que tenía en la universidad su usina y en la que buscaban sus propias armas. Cuando Octavio, recibido, se aleje de su designio universitario persistirá, no obstante, lo más denso de esa red amenamente tejida en la comunidad de determinaciones, gustos y —en menor grado— opiniones. Y esto ocurrirá casi inmediatamente.

También en 1916, como se ha dicho, Pinto obtuvo la beca de formación europea invocada por Capdevila: “Ha de ponerse en las cuentas de la divina bondad, que Octavio Pinto, flamante abogado, alcanzase de la Legislatura Provincial la beca que decimos, para trasladarse a Europa [...] Lo merecía”.¹³¹ Asimismo, a fines de ese año vendía a la provincia *La iglesia azul*, su última obra antes de viajar a Europa y la primera en ingresar a la colección provincial.¹³² En verdad, si la compra fue un estímulo adicional al inminente viaje, parece haber más que providencia en estos logros. Puesto que el régimen de becas no había sido aún normalizado, su carácter discrecional obliga a considerar que esa convergencia de reconocimientos solo tuvo lugar una vez que Eufrasio Loza se convirtió en el primer gobernador radical de la provincia y Deodoro Roca, cuya intimidad con Pinto hemos señalado, en director del Museo Provincial.¹³³

¹³⁰ A. Pinto, *op. cit.*, pp. 31-33.

¹³¹ A. Capdevila, *op. cit.*, p. 5. La Ley 2.539 otorgaba la beca y fijaba sus condiciones. Esta se extendería durante cuatro años —de 1917 a 1920— con el beneficio de 150 pesos oro mensuales. El becario quedaba comprometido a enviar una obra por año y a prestar servicios a la provincia durante dos años desde el momento de su regreso. *Compilación*, mc, 1916, p. 1.069. Octavio zarpó a Europa el 3 de enero de 1917. Adelina Pinto señala que la duración de la beca concedida fue de cinco años, por lo que quizás Octavio gozara de una extensión de esta. Su retorno se produjo, no obstante, a mediados de 1921, en ocasión de la muerte de su madre y seis meses antes de cumplirse ese quinto año. Una explicación diversa podría ofrecer el hecho de que Octavio recibió, alrededor de 1918, una pensión del gobierno español para instalarse a pintar durante un año en la Cartuja del Paular (A. Pinto, *op. cit.*, p. 67), próxima a Madrid, lo que podría haber redundado en la prolongación de la estancia.

¹³² Decreto del 22 de diciembre de 1916, *Compilación*, mc, 1916, pp. 1.036-1.037.

¹³³ Aunque la compra fue por \$1.000, Roca había propuesto comprarla por \$1.500, lo que no se aceptó.

Así, más parte de la apretada trama local que de toda predestinación, la conjunción de beca de formación europea y venta de *La iglesita azul* aproximó a Octavio al puerto, donde aún lo esperaba un auspicioso agasajo. En efecto, tal como anunciaban medios locales, antes de su partida la porteña revista *Nosotros* ofrecería una comida en su honor.¹³⁴ Fundada en 1907 por los italianos Roberto Giusti y Alfredo Bianchi, entonces estudiantes de Letras, *Nosotros* contaba ya con una amplia aceptación en el ámbito cultural y con un heterogéneo conjunto de colaboradores de varias generaciones. Entre los presentes, además de los fundadores, estaban José Ingenieros (organizador del evento), Manuel Gálvez, José Monner Sans, Arturo Pinto Escalier (universitario de Córdoba de origen boliviano, ya mencionado), Mario Biale Laprida (estimamos, hijo de Biale Massé) y Jorge Bunge.¹³⁵ También fue invitado el crítico Julio Noé, otro pasajero ilustre del barco que conduciría a Europa a Octavio, a quien desde allí lo uniré una larga amistad. En el evento se leyeron versos cordobeses, dedicados a Pinto por Capdevila (“Así a la Patria, sin partir en vano, tú la amarás”) y Ricardo Casterán (“Octavio, las musas lo quieren, por eso te vas a París”).¹³⁶ Cuando el Infanta Isabel zarpó hacia el viejo continente, contaba entre su distinguido pasaje al pintor, al crítico y también al filósofo español Ortega y Gasset, en su primer retorno. Y así comenzó el viaje; viaje de formación, de relativa consagración y de tránsito a una condición cosmopolita que Pinto ya no abandonaría, aunque ciertamente estaría dada más por hitos diplomáticos que artísticos.

El recorrido europeo de Octavio es muy significativo, y esto en dos órdenes.¹³⁷ Por un lado, porque iniciado con auspicios parisinos describe una geografía que se aleja de la frecuente entre los artistas del ámbito porteño desde fines del siglo XIX. Por otro, porque el mapa alternativo trazado por Pinto expresa mucho más que un derrotero individual, reenviando a una suerte de patrón de mediana duración entre los artistas locales. Ese patrón, antes que centros urbanos, señala destinos nacionales en los que las perspectivas de formación visual y técnica guardan una relación más equilibrada con las de acumulación de capital social. Así, mientras que los viajes emprendidos por Schiaffino y Sívori en la década de 1880 habían privilegiado París por reconocer en ella “el centro artístico por excelen-

¹³⁴ El vínculo puntual debe remontarse, bien a la edición de *El poema de Nenúfar* de Capdevila, bien al vínculo de Pinto con Gálvez.

¹³⁵ A. Pinto, *op. cit.*, pp. 57-60.

¹³⁶ Los versos son citados en *ibid.*, p. 58.

¹³⁷ Puesto que la biografía de Adelina Pinto releva una parte sustantiva de los destinos escogidos y las relaciones tejidas, lo que intentamos aquí es resituar, a contrapelo del registro biográfico, las grandes coordenadas geográficas y sociológicas de ese desplazamiento.

cia”, en los mismos años José María Ortiz elegía España (Sevilla y Vigo) para su asentamiento.¹³⁸ O así también, a fines de los ochenta, Herminio Malvino escogía España como destino de su *tour* europeo, y aún entre 1907 y 1914 Emiliano Gómez Clara convertía a Italia en el espacio privilegiado de su beca. El viaje de Pinto sucede al de estos artistas y antecede al del primer grupo beneficiario del régimen de becas implantado en 1922; y no resulta excesivo recordar aquí que estos becarios (Antonio Pedone, Francisco Vidal y Héctor Valazza, a quienes se sumará José Malanca) harán de San Gimignano un punto central de su viaje europeo.¹³⁹

París, que casi todos conocieron y que algunos añoraron, no fue el centro de los viajes cordobeses.¹⁴⁰ Frente a su irradiación, España e Italia se dibujan como destinos más firmes, lo que en cierto modo hace sistema con la constitución del núcleo original de la colección pública de la provincia. La cuestión es interesante porque, en todo caso, si la conformación de esa colección entre 1911 y 1916 estuvo signada por ciertas imposiciones del mercado internacional (al cual solo pudo plegarse en forma extremadamente subsidiaria), los destinos de los becarios cordobeses sugieren el revés del asunto: que la elisión del centro también era posible. Sin ánimo de exagerar su autonomía —es verosímil también que ciertas elecciones fueran parcialmente alentadas por el idioma y por los costos relativos de ciudades y países—, sus opciones parecen haber sido estimuladas también por otros factores; muy notablemente, una mayor comodidad de desenvolvimiento personal y social en espacios ensombrecidos por la París del giro de siglo. En términos estéticos, esta comodidad es favorecida por la familiaridad con un universo visual dominado por la pintura académica, frente al cual los elementos modernistas ingresan en breves dosis. En términos sociológicos, esta dialoga indiscutiblemente con una inorgánica red de vínculos y circulaciones anteriores, especialmente marcada a escala hispanoamericana.

¹³⁸ Las palabras, citadas por Laura Malosetti Costa, pertenecen a Schiaffino. Mientras que Sívori había partido en 1883 sostenido por su propia familia y se había instalado directamente en París, Schiaffino —que viaja en 1884 y pasa antes un año en Venecia— admitirá luego que su primera opción había obedecido al deseo de complacer a su maestro, puesto que él sabía que en ese tiempo “la enseñanza artística no estaba organizada sino en París”. Conforme los contemporáneos envíos periodísticos de Sívori, “Francia está a la cabeza del arte mismo, no solo en pintura sino también en escultura, y si los demás países artísticos están en decadencia es debido a los gobiernos que no se ocupan para nada de arte”. L. Malosetti Costa, *op. cit.*, pp. 187, 190 y 201.

¹³⁹ R. Otero, *op. cit.*

¹⁴⁰ Podría apuntarse que el recorrido europeo de Caraffa —previo a su instalación en Córdoba— guarda más familiaridad con el tipo de viaje cordobés que porteño. En efecto, luego de su formación rosarina y su breve estadía en Buenos Aires, el catamarqueño se lanzará (gozando para ello de una beca concedida por el Poder Ejecutivo Nacional entre 1885 y 1891) a una Europa que tiene a España e Italia por verdaderos centros.

No se trata de que Pinto rehusase París; por el contrario, su gusto por los impresionistas franceses era manifiesto desde la adolescencia y —como auspiciaban los versos de Casterán— esa ciudad fue el primer objetivo del viaje de Octavio. Sin embargo, aunque pasó allí casi un año recorriendo museos (el Louvre, especialmente) y tomando apuntes, la escasez de referencias parisinas contrasta con la abigarrada notación de encuentros, amistades y destinos españoles, y refuerza la hipótesis de una difícil inserción. Así París parece ante todo la puerta de entrada a un continente cuya mayor riqueza es España, donde concentra su estada entre 1918 y 1921. La España de Pinto es un espacio heterogéneo en el cual el joven se mueve sin sobresaltos, alternando sedes del patrimonio pictórico europeo (el Madrid del Prado), paisajes agrestes y pequeños pueblos. Ávila, Salamanca, Santillana del Mar, en dirección norte; Toledo, Granada, Ronda, en dirección sur; en el medio, Tánger y Tetuán (entonces protectorado español); finalmente, casi dos años, Palma de Mallorca. Hasta donde podemos ver, la modernista Barcelona es la ciudad ausente de este corte casi vertical del espacio español, aunque sus exponentes lleguen, también en pequeñas dosis, por otras vías. Madrid es la llave de este universo, ante todo por cumplir cabalmente su función aglutinadora de obras, intelectuales y artistas.¹⁴¹ Pinto permanece en la ciudad durante 1918 y ese año es, ciertamente, uno de franca acumulación de capital social.

Madrid es un microcosmos en el cual Octavio sí sabrá insertarse. Allí será alumno de Ricardo y Pilar Baroja y contertulio de los artistas Moreno Carbonero, Anselmo Miguel Nieto, Santiago Rusiñol, Valentín de Zubiaurre y Joaquim Mir; los escritores Pío Baroja y Azorín (José Martínez Ruiz); el crítico Juan de la Encina (Ricardo Gutiérrez Abascal) y los filósofos Unamuno y Ortega. En Santillana conocerá luego a Amado Nervo, a quien, según Capdevila y Martínez Paz, acordó ilustrar *El estanque de los lotos*, publicado en 1919, año de la muerte del poeta mexicano. Pese a la heterogeneidad, casi contra ella, la serie de personajes se vuelve tal por los elementos que los unen entonces pero, también, por aquellos que los unirán en el futuro.

En primer término, pese a las divergencias estéticas (del academicismo de Moreno Carbonero al modernismo de Mir), etarias (excepto Gutiérrez

¹⁴¹ Los contrastes de la ruta española de Pinto son evocados con perplejidad por Capdevila: “de pronto, supimos que había cambiado sus Madrides por no sé qué lejanas montañas, y que renunciando a Vianas y Parises, se había quedado a pintar en fragoso confín. En suma: que bajo rústico techo y en vecindad y contacto de humildes pastores, se había vuelto cartujo de la pintura. (Como también lo fue en Mallorca, entre los olivares, años después)”. A. Capdevila, *op. cit.*, p. 6.

Abascal, todos son mayores que Octavio), o políticas (del anarquismo ya apaciguado de Azorín al inminente republicanismo del citado crítico), se trata de un elenco central en la cultura madrileña; grupo que convive en tertulias y *vernisagges* y que goza de un marcado reconocimiento en tanto tal. Así Azorín, Baroja y Unamuno representan el núcleo de lo que el primero dio en llamar (a despecho del segundo) “Generación del 98”, y en efecto comparten, al menos, ciertas preocupaciones formales, la disposición a dialogar con el modernismo latinoamericano, y un marcado impulso de *revisión* de España. Y así también pueden rastrearse los múltiples vínculos que comunican, desde fines del siglo XIX, la era académica de un artista como Nieto con Azorín o Moreno Carbonero (su profesor en San Fernando), o las búsquedas parisinas de Rusiñol y Zuloaga, o la postrera defensa del “arte nuevo” por Juan de la Encina (por él identificado, precisamente, con Zuloaga y Zubiaurre).¹⁴²

Más allá de ese mundillo español condensado en Madrid, hay una segunda cuestión que vincula a muchos de estos personajes e interesa especialmente. Si no todas, la mayoría de estas figuras sostiene relaciones asiduas con el espacio americano, notablemente con Buenos Aires, y las sostendrá en el futuro. La tendencia es muy clara desde los noventa y ochistas, protagonistas centrales en la recomposición de un tejido cultural hispanoamericano. Unamuno, colaborador de *La Nación* desde finales del siglo, lo era aún en 1917, cuando Ortega concluía su primer viaje a la Argentina, y Azorín había comenzado a hacer lo propio con *La Prensa* en 1916. Y esto que pasaba en el ámbito de la literatura, el periodismo o la filosofía tenía su correlato en la plástica, muy claramente desde el Centenario: Moreno Carbonero, pintor de los Borbones, presentó entonces la primera versión de *La fundación de Buenos Aires*, obsequiada a la Argentina por Alfonso XIII, y la Exposición Internacional reunió obras de Anselmo Nieto (Medalla de Oro), Valentín de Zubiaurre (Segunda Medalla) y Santiago Rusiñol, entre otras ampliamente celebradas como las de Anglada Camarassa e Ignacio Zuloaga.¹⁴³ Rusiñol participó personalmente de los festejos, expuso fuera de concurso, vendió su *Otoñal* a la CNBA,

¹⁴² Las referencias biográficas remiten a múltiples fuentes. Entre las fundamentales, *120 años de pintura española. Muestra en conmemoración del quinto centenario del descubrimiento de América. 1810-1930*, catálogo de exposición, Buenos Aires, MNBA, 1991; *Guía del Museo Nacional de Bellas Artes*, Buenos Aires, MNBA, 2006; Colección Permanente del Museo Nacional de Bellas Artes, <<http://www.mnba.org.ar>>; Álvaro Martínez Novillo, “Pavana para un museo difunto (A propósito de un libro de Dolores Jiménez-Blanco)”, <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2047975>>.

¹⁴³ Puede apuntarse también que Valentín de Zubiaurre había obtenido la Medalla de Oro en la misma exposición de California en la que Octavio resultó premiado en 1915.

anduvo y redactó entonces *Un viaje al Plata*.¹⁴⁴ Ya en 1916, también Mir llegará a Witcomb de mano del *marchand* Justo Bou. Aunque las referencias podrían multiplicarse, e incluso anclarse en los vectores cordobeses del modernismo, como lo había sido la revista *Athenas* y como también lo fue *La Quincena Literaria*, lo que importa es subrayar que ese estado regular del contacto con España fijaba en parte las coordenadas en que se había iniciado el viaje de Octavio.

Promediando su beca europea, en Córdoba estalla la Reforma Universitaria, a la que ya nada parece unirlo.¹⁴⁵ Sin embargo, los retornos de ese futuro rehusado describirán sinuosos recorridos. En 1922, Bou traerá personalmente a Romero de Torres y un simbolista Nieto a Witcomb. Pinto, ya “un pintor de técnica moderna”, ha regresado. Mucho después, en España sobrevendrá la Guerra Civil, y Azorín y Nieto huirán de ella –el primero a París, el segundo a la Argentina–, mientras Juan de la Encina –funcionario de la Segunda República– toma la ruta del exilio mexicano. Se refugiara allí en la Casa de España (origen de El Colegio de México), espacio de convergencia de republicanos españoles y reformistas latinoamericanos asociado, entre otras cosas, al fortalecimiento del Fondo de Cultura Económica.¹⁴⁶ De este modo, quien en 1919 había dicho de Octavio “nos ha traído el sol vibrante de África, aprisionado en sus apuntes”, enlazaba a fines de los treinta a la evolución continental de un movimiento que Pinto había tanto alimentado en su origen como eludido en su destino.¹⁴⁷

Concluida la beca, Pinto cumplirá funciones diplomáticas en China, Brasil y Uruguay –donde lo encontraría la muerte en 1941–, gozando así de un apenas disimulado mecenazgo estatal que venía a prolongar las facilidades de su anterior condición: sustento y viaje eran las piezas comunes. Incluso cuando Pinto –cuyo reconocimiento también forjaron múltiples salones– estuviese en condiciones de pretender y obtener premios, o de vender obras a museos y particulares, lo cierto es que su vocación y su cosmopolitismo fueron sostenidos merced a un aval estatal que reposaba en los mismos viejos resortes clasistas y familiares de los que parecía haberse alejado. En este sentido, lo que pudo inicialmente aparecer como

¹⁴⁴ También Zuloaga vendió entonces a la CNBA su atrapante *Brujas de San Millán*, la que accedió así, como *Otoñal*, al MNBA.

¹⁴⁵ Y esto a pesar de ciertos pronunciamientos relativos: “Siento un irremisible desdén ante ciertas colmenas universitarias. ¿Nuevos y gordos zánganos deberán llenarla siempre?”. Citado en A. Capdevila, *op. cit.*, p. 7.

¹⁴⁶ Gustavo Sorá, “Libros para todos y modelo hispanoamericano”, *Políticas de la Memoria*, N° 10/11/12, 2009-2011.

¹⁴⁷ Citado en A. Pinto, *op. cit.*, p. 64.

su emancipación como artista mostró pronto su perfil más heterónimo, y acaso impuso muchos de sus límites, puesto que una perspectiva tal derivaba estrechamente del favor del núcleo duro del poder (es gráfico, en este punto, que uno de los personajes que lo reclame para una misión diplomática, la del Brasil, haya sido Cárcano). En algún sentido, el derrotero del Pinto maduro arroja nueva luz sobre cierto episodio de infancia: “Octavio pintó —como para tomar posesión— encima de la puerta de entrada, cinco grandes letras en oro y azul: *Taller*; y más abajo, sobre la puerta misma, un misterioso lema: ‘El arte por el Arte’...”.¹⁴⁸ Vista retrospectivamente, esa pretensión juvenil de crear un lugar ajeno a todo compromiso sociológico no hace más que poner de relieve todo lo que lo unía a una específica situación, que fue la que acabó por ofrecer sus condiciones de existencia.¹⁴⁹

En el arco vital descrito por Octavio, la beca había servido para operar el tránsito de la academia al arte “de técnica moderna”; evolución que en España pudo tener lugar en virtud de los lazos preexistentes y precipitando la sincronía artística con Nieto, Rusiñol o Zuloaga. Si allí la diferencia se medía respecto de Moreno Carbonero, aquí se establecía frente a Mossi, maestro que finalmente vinculaba una casi secular dinastía que iba del viejo Cony a Butler. La diversificación formal derivada de la experiencia europea alimentará, a través de los envíos de Octavio, el discreto crecimiento de la colección que sigue al ciclo culturalista del Museo. El problema, de todos modos, es la creciente contundencia de un espacio artístico de dimensiones nacionales, que en sus ausencias no hace más que consolidarse y que hará que, en poco tiempo, Octavio sea, al igual que Capdevila, carne de epitafios y chanzas vanguardistas. En vísperas de la llegada de Marinetti al país, en 1926, un martinfierrista era consultado respecto de la eventual influencia de su visita: “Ninguna —respondió Borges—. Marinetti quiere destruir las antigüedades y los museos. Aquí los museos ya están destruidos por las telas de Octavio Pinto”.¹⁵⁰ En meses, *Clarín*, revista de la vanguardia intelectual local que tuvo por directores

¹⁴⁸ *Ibid.*, p. 27.

¹⁴⁹ “Los sostenedores del arte por el arte ocupan en el campo intelectual una posición *estructuralmente* ambigua, por lo que se soportan de manera doble las contradicciones inherentes a las contradicciones de la posición, ya de por sí ambigua, de la fracción intelectual y artística en la estructura de la clase dominante.” Pierre Bourdieu, “Campo de poder, campo intelectual y *habitus* de clase”, *Campo de poder, campo intelectual*, Buenos Aires, Quadrata, 2003, p. 109. Además de fracción dominada de la clase dominante, se trata de figuras que reniegan tanto de los defensores del arte burgués como de los detentores de un arte popular.

¹⁵⁰ Jorge Luis Borges, *Textos recobrados. 1919-1929*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997, “Marinetti fue una medida profiláctica” [1926].

a Carlos Astrada, su viejo amigo, y Saúl Taborda, exigirá para el Pinto ensayista y crítico “una buena policía literaria”.¹⁵¹ Y dado que las reputaciones y las cotizaciones se jugaban más en estas dimensiones que en la española, la diplomacia debió ser siempre, al menos frente a eso, un sitio muy seguro.

Museo, ciudades y contacto cultural

Entre 1911 y 1916, el Museo Politécnico de la Provincia de Córdoba fue la materia de una transformación de signo culturalista que afectó todas sus dimensiones: tipología institucional, edilicia y conducta coleccionista expresaron ese giro que puede, por lo tanto, ser rastreado en cada una de ellas. En el plano tipológico, la transformación condujo a la aparición de un museo *orientado*, que describió el tránsito entre el museo *generalista* diseñado en 1887 y la serie de museos *especializados* resultante entre 1919 y 1930. El comportamiento coleccionista se expresó en la reconcentración en torno a la sección histórica y en el marcado privilegio dado a una sección que, como la artística, partía de un vacío e instalaba una demanda que no podía ser saldada localmente. En el plano edilicio, la consistencia real de la colección de 1911 (histórica) y el deseo de su despliegue futuro (artístico) guiaron sucesivamente el diseño de dos proyectos: uno, una propuesta frustrada de extremo interés cultural; el otro, una solución canónica capaz de expresar soberbiamente el sentido total del cambio. Puesto que el capítulo ha intentado mostrar menudamente tanto la evolución particular de las diversas dimensiones implicadas como el carácter unitario del movimiento, todo esto ha sido ya formulado, sugerido o ilustrado. Señalemos ahora, al menos en forma sumaria, algunos de los aspectos sociológicos y culturales generales iluminados por el análisis micro del *ciclo* que aquí se postula y tematiza.

En primer término, es evidente que la transformación del Museo solo pudo tener lugar merced a la intensificación del contacto con otros centros. Buenos Aires, especialmente, ciudad con la que sostuvo una compleja relación de proyección y contraste, endeudamiento y denegación; pero también, mediante caminos más sinuosos y menos regulares, diversas ciudades y naciones europeas, entre las cuales París brillaba y atraía pero España era posible y acogía. Ni la institución en sí misma, ni sus contenidos, ni sus variaciones pueden ser pensados fuera de esa dinámica que

¹⁵¹ “El paisaje de los argentinos”, *Clarín*, año II, N° 8, 1927.

vinculó imaginación, trayectorias y objetos europeos, porteños y cordobeses, a la vez que diseñaba una vasta y desequilibrada geografía cultural.

En segundo lugar, el recorrido pone de relieve ciertos rasgos significativos de la imbricación entre cultura, política, y sociedad. Porque si es claro que este es un capítulo de la historia de una élite, no es menos claro que solo una fracción de ella supo operar en la dirección de la vida cultural, produciendo, sosteniendo o reinventando los espacios que, además de atraerla genuinamente, precisaba para confirmarse en la dominación simbólica. Su escasa organicidad es manifiesta en la dificultad para generar políticas que excedieran el breve lapso de una gestión, y esto incluso en el juego de la sucesión oligárquica. Antes que una comunidad cultural, lo que une a los miembros de esta élite son una clase —o la amenaza de caer de ella—, unas familias y linajes, así como la pretensión de actualizar la distancia simbólica en momentos en que sus fundamentos materiales vacilan. En ese movimiento instintivo, coincidirán inteligencias y destrezas excepcionales con personalidades dramáticamente insignificantes, y allí también se trazarán sus diferencias.

Cuanto más representativo fuera el juego, más escenográfico, más eran las adhesiones; cuantos más requisitos planteara, más formación, más disposiciones, más era el campo abierto a la acción individual y menos eran los pretendientes. De allí el peso decisivo de ciertas figuras individuales, sujetos de intereses arraigados y cultivados regularmente, capaces de moverse a través de los cambiantes equilibrios políticos, económicos y culturales, y de sostener las acciones de mayor coherencia en el mediano plazo; de allí también su singular capacidad explicativa (ya que, en efecto, resulta más fluido advertir continuidades en torno a unidades de vida que a unidades de partido o escuela). Entre las figuras insustituibles, un personaje como Ramón J. Cárcano, enorme animador y mediador, ofrece el testimonio más sensible de esa suerte de avanzada cultural en el interior de la élite. Frente a la condensación de figuras e intereses que Cárcano favorece (una de cuyas grandes piezas es, sin dudas, Juan Kronfuss), la gestión de Garzón, decisiva en la prefiguración del *espacio del arte*, se evidencia más discrecional y menos efectiva; y frente a ella, también, la promesa política representada por el radicalismo exhibe infinitamente menos consecuencias culturales —en este punto, una pieza excepcional como el *Proyecto* de Deodoro Roca testimonia tanto su propia envergadura cuanto el sesgo regresivo de la gestión que lo alojaba.

Indudablemente, la historia del Museo en su conjunto, y la del giro culturalista en particular, dialogaban con condiciones muy ciertas aunque no siempre muy nítidas. Esto es, incluso cuando se admita que ese era un momento genético en la institucionalización local de la plástica o —con aún

más dependencia de otros centros— de la arquitectura, lo cierto es que había pintores, llegaban arquitectos, circulaban y se exhibían obras y se formaban colecciones (fuesen naturales, etnográficas, de objetos coloniales, etc.). El Museo condensará buena parte de esas presencias y disposiciones dispersas, a la vez que tendrá un inequívoco efecto multiplicador en el mediano plazo; y esto, creemos, debe también ser relevado. No se trata de discutir la medianía histórica, estilística o museográfica de ciertas realizaciones, sino de subrayar que toda sofisticación de los bienes, los circuitos y aun las propias condiciones de intercambio tuvo en el despliegue del Museo, en este caso en su despliegue culturalista, un punto de inflexión. Este no solo alentará la emergencia de nuevas figuras culturales (signadas, al menos, por la pretensión de un específico reconocimiento y de una dedicación más o menos exclusiva a su *métier*), sino que afectará directamente el estado de las prácticas y el tenor de los debates. Un rápido desplazamiento hacia la década de 1920 permitiría advertir que, en Córdoba, estos abrieron la era clásica del paisajismo y el neocolonial, y que esa *edad* del arte y la arquitectura tenía muy buenas razones de ser, radicasen en su notable valor estético (caso de Fader o Malanca) o en su extremo interés intelectual y cultural (caso de ese tratado fundamental que fue la *Arquitectura colonial en la Argentina* o de la atendible edificación *neocolonial* que lo seguiría).

El año 1916 representa el fin del ciclo culturalista del Museo y el umbral hacia su proceso de especialización. La culminación del edificio destinado a la Sala de Pinturas y Esculturas instaló en Córdoba un recinto físico del arte que, con toda propiedad, congregaría en adelante muchas de sus mejores expresiones. Como espacio público, reiteraba el convite universalista de todos sus congéneres; como recinto que era, reproducía la paradoja de poner entre muros un patrimonio común a la especie. Aunque se tratara de una limitación constitutiva, lo cierto es que allí se urdió uno de esos lugares físicos y sociales que acompañan el despliegue de toda práctica artística. La escena convocaba su mundillo de artistas, aficionados, estudiosos y *marchands* porque para que ellos existieran e intercambiaran sus específicos bienes había sido construida. Fue, física y socialmente, una elaboración compleja, algunas de cuyas intersecciones materiales e intelectuales hemos analizado. Su consideración devuelve una imagen nada lineal de aquella historia; y, ciertamente, sin esos precisos cruces de grandes coordenadas y pequeños sucesos, esa historia hubiera sido otra.



Con buena razón, a fe, fue llamada por los conquistadores Córdoba “la llana”. Después de correrías sin tregua a través de montañas sin término, desde la partida –ya tan remota– de las huestes de Lima o de Charcas, llegaban en el país de los Comechingones a declives suaves que abrían dilatadas perspectivas.

Hoy Córdoba es precisamente lo contrario, porque la gente argentina no la ve desde el norte fragoso, sino desde la pampa lisa; Córdoba es la “serrana”, la región amena, decorada por la naturaleza y por el hombre, para solaz de los ojos curiosos y cansados, a un tiempo, del turista.

También la ciudad ha de cambiar de dictado: era la “ciudad de las torres”, y hoy debiera llamarse la “ciudad de las colinas”.

JUAN B. TERÁN, “Córdoba: la ciudad de las colinas”, ¿19...?

Las palabras del tucumano Juan B. Terán constituyen un buen punto de partida para este capítulo porque congregan dos imágenes de Córdoba que solo pudieron tener lugar en dos momentos muy distintos y desde puntos de vista también muy diferentes.¹ Así, la región “serrana” y la “ciudad de las colinas” no solo expresan un paisaje organizado por la mirada pampeana del conjunto sino también una mirada “posterior”, que habría venido a superponerse a otra, propia del descenso de los conquistadores desde el espacio peruano. En consecuencia, los paisajes que la cita evoca son más que hechos de visión o percepción, ya que sugieren también comunidades históricas diversas, relativas a unidades políticas de distinta naturaleza y edad: la primera, una determinada por la corriente colonizadora andina que había dado vida a Córdoba en 1573; la segunda, una recortada de la anterior y sometida a la gravitación de ese centro “nuevo” que ya las reformas borbónicas habían intentado consagrar en Buenos Aires.

Esa alteración del paisaje cordobés conforme cuál fuera el centro de poder desde el que se lo viera, agudamente captada por Terán, tenía un preciso correlato posicional: centro relevante en un mapa, ciudad subalterna en otro. La cuestión interesa a un capítulo como este, estimulado

¹ Juan B. Terán (1880-1938) estuvo asociado a dos grandes elaboraciones: la Universidad de Tucumán, de la que fuera ideólogo, promotor y rector, y la producción del Noroeste Argentino como región, muy asociada a la justificación de la primera. Doctor de Buenos Aires, provinciano-cosmopolita, académico de Letras, ofrece un buen parámetro de elaboración regional contemporánea a partir de atributos semejantes a los que habían caracterizado la antigua primacía cordobesa, la Universidad (1914) el primero de ellos. Soledad Martínez Zuccardi, “El Norte y la nación en Juan B. Terán, Ricardo Rojas y Alfredo Coviello”, *Telar: Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos*, año IV, N° 5, 2007.

por tres ideas bastante firmes. La primera, que fue el propio proceso de concentración de capitalidades en Buenos Aires desde 1880 –con sus agitados intercambios, sus esperanzas y desilusiones– lo que expuso ante la élite cordobesa el nuevo lugar que la ciudad ocupaba en el espacio nacional labrado por el siglo xix; conciencia precipitada por la crisis de 1890 y que sería tendencialmente lúgubre-polémica (o lúgubre en lo cultural y polémica en lo político).² En segundo lugar, que esa conciencia posicional alentó la expansión de otra que podríamos llamar “histórica”, hasta allí desenvuelta en círculos muy restringidos; conciencia de la profundidad temporal que permitió volver la vista a la Colonia, efectuar un efectivo corte respecto de ella, y redescubrir tanto todo lo que había unido entonces a Córdoba y otras ciudades argentinas como el viejo lugar que ellas le habían reconocido y Buenos Aires parecía negarle ahora. Finalmente, que ambos procesos tuvieron consecuencias muy sensibles en el modo de pensar y digerir la experiencia colonial y dieron lugar a un ciclo muy comprimido de distancia y reintegración del legado español; ciclo en el cual la inicial ambigüedad del tema colonial fue sorteada merced a una reválida patrimonial que reclamaba un nuevo lugar para la ciudad *en virtud* de aquella vieja singularidad.³

Antes que sobre intercambios precisos con la porción norte del país, el capítulo avanza sobre una serie de eventos que resultan sintomáticos de los procesos consignados y, por ende, que en parte tradujeron el redescubrimiento de un vínculo antiguo con aquella región y las tensiones nuevas que eso planteaba.

² Esa polemicidad es un dato concertado del comportamiento político de Córdoba en la nación a lo largo del siglo xx, en ocasiones estricta contracara de las pulsiones y tendencias de la política porteña. Eso recogía Cárcano hijo al señalar que Córdoba, no siendo “suficientemente fuerte para construir y consolidar un gobierno nacional, lo [era] para debilitarlo y destruirlo” (Miguel Ángel Cárcano, *El estilo de vida argentino en Paz, Mansilla, González, Roca, Figueroa Alcorta y Sáenz Peña*, Buenos Aires, Eudeba, 1969, p. 89), y parte de la historiografía política posterior señaló allí una efectiva clave de interpretación, como ocurre en el importante libro de César Teach, *Sabattinismo y peronismo. Partidos políticos en Córdoba (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991.

³ Es válido aquí para Córdoba lo que ha señalado Halperin Donghi para el espacio pampeano, que las miradas que más tempranamente se volvieron a la Colonia fueron estimuladas antes por la necesidad de saber lo que se era y hacia dónde se iba que por cualquier interés en la España presente. Tulio Halperin Donghi, “España e Hispanoamérica: miradas a través del Atlántico (1825-1975)”, *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

Los años noventa

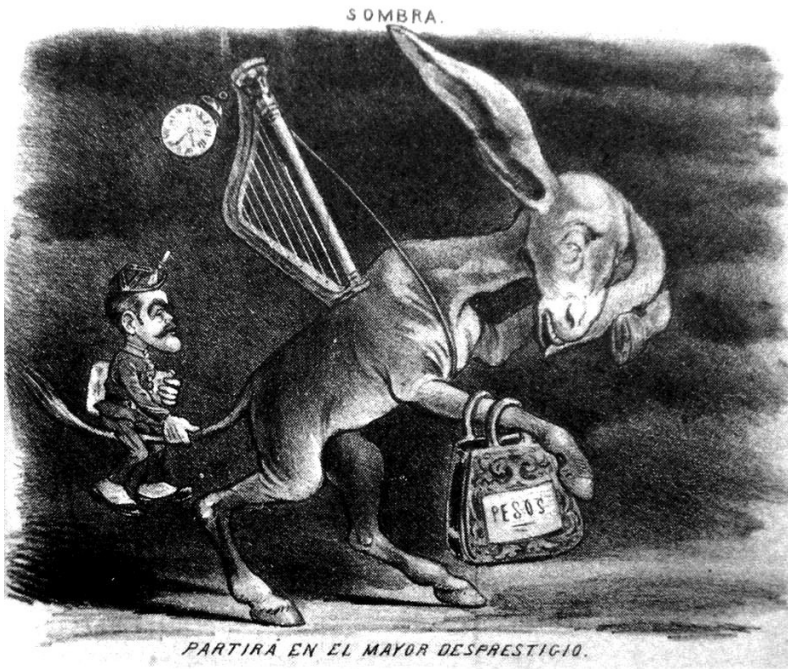
La campaña política de 1885 a 1886 llevó a la dirección suprema de la República a nuestro candidato, y una formidable tempestad dio en tierra con él en 1890. El transplante fue funesto; el nuevo clima transformó nuestro cultivo...

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, Prólogo a *Pensamiento y acción* de Ángel Ávalos, 1910

Para imaginar el impacto que una crisis política como la del año 1890 pudo tener en la élite cordobesa y en la cultura ciudadana, es preciso recordar que esa crisis no solo barrió con un presidente salido de ella sino, también, con el esfuerzo más notable de esa élite por capitanear la nave argentina. Entre el momento inicial consignado por González (aquel en que un amplio arco conservador había cerrado filas en torno a la candidatura de Juárez Celman) y el estrépito ulterior que él mismo recoge, no solo se había marcado la cesura entre los leales a Juárez y los leales a Roca, sino que se había sellado, también, el derrotero de una significativa facción cordobesa que solo pudo, a partir de allí, retornar lentamente al ruedo público al precio de tomar distancia de su pasado juarista. Sin duda, muchos celebraron en Córdoba esa caída que, a la vez que sellaba la muerte política de Juárez Celman, ratificaba la vigencia del astuto Roca y confinaba a un relativo exilio a una serie de figuras cuyo rápido ascenso había sido visto con recelo. Cárcano, director de Correos y Telégrafos y hasta allí candidato mimado a la sucesión presidencial, fue la pieza más codiciada de ese vertiginoso dominó; y que sus pretensiones habían sido consideradas demasiadas queda bien testimoniado por una prensa satírica porteña que, en vísperas de la hecatombe o en medio de ella, no vacilaba en presentar a su protector como un asno y a esa joven promesa como un mono advenedizo, dispuesto a trepar cualquier cosa que lo llevara más arriba.

318a, b

Sin duda, estas representaciones tan poco elogiosas de los ocupantes del poder recogían más que la mirada crítica de sus artífices. Y si ellas pudieron ser progresivas respecto del régimen que defenestraban, no parece menos cierto que traducían también cierta interpelación metropolitana a las cualidades cívicas de *provincias*. Eso es muy notable en el burrito "Celemín" que representaba a Juárez Celman en las páginas de *Don Quijote*, que parece aludir tanto a su ineptitud política cuanto a su origen: *serrano* porque era visto desde la llanura, como sugiere Terán, pero también más *rural* que ella, no urbano e incluso antiurbano, a despecho de la intensa trayectoria ciudadana, política y universitaria de su referente. Con el desdén capitalino, la activa oposición cívica y la apenas velada del arco



a. Caricatura de Juárez Celman y Ramón J. Cárcano en *Don Quijote*, N° 49, 8 de junio de 1890, el uno representado como el burro Celemín, el otro con el traje que había impuesto como director de Correos y Telégrafos. Imagen reproducida en *Del noventa al Centenario. La política y el humor gráfico en Argentina (1898-1910)*, Buenos Aires, Libros del Rojas, 2001.

b. Juárez Celman y Cárcano en *Don Quijote*, N° 50, 10 de agosto de 1890 (el segundo, representado como un mono). Imagen reproducida en *Del noventa al Centenario. La política y el humor gráfico en Argentina (1898-1910)*, Buenos Aires, Libros del Rojas, 2001.

roquista (que no perdonó a Juárez Celman haber concentrado la dirección nacional y del partido en detrimento de quien había sido su arquitecto), la caída no pudo ser sino celebrada por una buena porción del país, incluida una multitud de cordobeses.⁴ Menos claro, sin embargo, es el rápido proceso por el cual esos mismos cordobeses comenzaron a advertir hasta qué punto esa caída expresaba la de la ciudad toda y, en esa medida, comenzó a abrirse la brecha para la reconsideración nostálgica de aquella era signada por grandes proezas y promesas.

Como sea, Juárez se vio obligado a renunciar, Cárcano emprendió su viaje europeo y un prolongado distanciamiento de la actividad pública y José del Viso debió hacer su exilio interno, del que dejó constancia José Bianco al referirse a él como “uno de los hombres jóvenes más ilustrados de su generación, espíritu gentil y caballeresco, *oficialmente desterrado de la vida pública*, por exceso de buenas cualidades y carencia de flexibilidad palaciega”.⁵ Tras la mala pasada, sin embargo, hubo menos inconstancia en estos personajes de la que sería dado presumir; Cárcano no trepó estrictamente a cualquier cosa, del mismo modo en que González no consideró feliz la caída de quien, a esa altura de su vínculo con Córdoba y de su propio roquismo, era más bien su adversario. Al ver retrospectivamente la cuestión, la llegada de Pellegrini a la presidencia por la renuncia de Juárez Celman se le aparecería como un “transplante funesto”, similar a la ulterior sucesión de Quintana por otro cordobés, Figueroa Alcorta, al que lo habían enfrentado circunstancias muy tempranas.⁶ Y aunque la suya fuera la mirada de un riojano que no había tenido una relación sencilla con Córdoba, o acaso merced a ello, su imagen de la “formidable tempestad” que había barrido a Juárez Celman parece condensar la que, creemos, sería una sensación crecientemente compartida por la élite local.

⁴ Emilio Sánchez, figura más joven que acompañaría a Cárcano en varias aventuras políticas, ha señalado en la adopción de lo que se conoce como el “unicato juarista” (la concentración de la presidencia nacional y partidaria) uno de los gestos más desafortunados de Juárez y la verdadera razón de su anulación política dentro del PAN: “Meses después –cuando el levantamiento del Parque Militar haya impuesto la renuncia del presidente Juárez Celman– ha de difundirse una versión jamás desautorizada: Roca no ha sido ajeno a la caída del juarismo”. Emilio Sánchez, *Del pasado cordobés en la vida argentina*, Córdoba, Biffignandi, 1968, p. 300.

⁵ José Bianco, *Recortes –Colección de artículos publicados en diarios y revistas–*, Córdoba, La Minerva, 1900, pp. 155-156. Énfasis agregados.

⁶ “El mismo error que movió la brújula en 1885 reincidió en 1904, y la nave volvió a dar en los mismos escollos, como para afirmar con el doble desastre la dolorosa certeza de una ley histórica fatal para las instituciones argentinas.” Joaquín V. González, “Prólogo”, en Ángel Ávalos, *Pensamiento y acción*, Córdoba, Imprenta Argentina, 1910, p. xi.

Un silencio a varias voces

El resultado ha sido un verdadero triunfo para el distinguido conferenciante [...] Se ha mostrado adversario ilustrado del espíritu estrecho que se complace en injuriar y deprimir a España so pretexto de un patriotismo que no es tal y ante un criterio histórico injusto y miope.

Los Principios respecto de Eizaguirre, 18 de julio de 1896

En vísperas de las celebraciones del cuarto centenario del descubrimiento de América, la *Revista Científico-Literaria* realizó una convocatoria abierta para un número conmemorativo.⁷ La respuesta, al parecer, fue importante y, aunque no todos los textos llegaron a publicarse, entre las colaboraciones concretadas se aprecian firmas expresivas de un amplio espectro que va de Ángel Ávalos a Juan M. Garro, pasando por Pedro C. Molina. Y si esa diversidad de figuras es un dato de la favorable respuesta del elemento ilustrado, más notable que ella es la constatación de que, en esa ocasión tan propicia para celebrar la gesta española, la absoluta mayoría de las intervenciones omitió toda mención a la madre patria y concentró su elogio en la figura de Colón, arquetipo heroico que sirvió entonces para decir o sugerir otras cosas. Y si ese recorte era llamativo en una ciudad largamente acusada de *demasiado* española (colonial, “medieval”), no lo era menos el que ese conjunto de textos breves alterara el registro serio y conmemorativo con otro jocoso aplicado a los mismos motivos. Juan M. Garro fue la excepción más notable a esta mezcla de tonos y generalizada elisión de España, y tal vez por ello su texto encabeza las contribuciones locales que suceden a la de Mariano Soler, entonces obispo de Montevideo, artífice de una intervención más atenta al futuro que al pasado. Lejos de toda celebración de la gesta española, aunque reconociendo en el “elemento cristiano” el vector de regeneración, Soler *conmemoraba* señalando a América como suelo de libertad y tierra del futuro:

El viejo mundo siente correr la anemia por sus venas, pero la civilización moderna no puede perecer [...] La América es joven, y los pueblos vírgenes y lozanos son los destinados por la Providencia para

⁷ La revista vivía su primer año, tenía aparición semanal y, según consignaba, escribían especialmente para ella un grupo de colaboradores locales, exalumnos de la Universidad o miembros de la Unión Universitaria. El número en que se publicaron las conmemoraciones fue el 20, aparecido el 20 de octubre de 1892. Años después, al menos desde 1896, la revista adoptaría el nombre de *Revista de Córdoba* y se anunciaría como “Órgano de la Juventud Universitaria”.

conducir con gloria el estandarte de la regeneración en las etapas de la civilización humana. Quizás no pase un nuevo centenario sin que América se vea adorada por el mundo entero.⁸

Frente a esa colaboración de inspiración finalmente tan terrenal, la intervención de Garro, un laico fervientemente católico, consumaba la celebración conjunta de Colón y España, a los que agradecía la expansión de la civilización y el tributo de sus “jugos vitales” al nuevo mundo, la religión entre ellos. Sorteada esta apología, lo que seguía era más diverso y menos decidido. Y, en términos generales, ofrecía un popurrí bastante notable, del que tampoco estuvieron ausentes los seudónimos (cuadro 1).

La muestra es expresiva de ese número conmemorativo en que la evocación de España fue sistemáticamente desplazada por la de Colón, y muchas de las contribuciones no solo carecieron de toda solemnidad sino que avanzaron en el terreno satírico. Sin duda, la colocación de Soler al comienzo de la secuencia, y la de Garro a continuación, iban en el sentido de resaltar el carácter serio de la publicación y atemperar la recepción de una serie cuyo tono general, escasamente apologético, acaso no pudiera presumir una audiencia a su medida. El concierto reposaba ante todo en la común depresión de la referencia española; indicativa de un momento de la relación con la experiencia colonial que, si no caracterizado por una abierta hostilidad, como sugerían *Los Principios*, lo estaba por la resistencia a celebrarla, historiarla y aun mencionarla. Si América, Colón y la libertad eran *buenos* y aparecían en el mismo plano, es lícito pensar que otras cosas no lo eran; pero el que esas cosas en general no se nombraran —excepto la monarquía o el “aventurero español” encargado de la conquista material— ofrece una pauta muy notable de la ambigüedad que dominaba el tema.

Las consideraciones que este documento estimula (habitado como está por radicales y conservadores, católicos y laicos, positivistas y espiritualistas) son compatibles con las que alimentan las referencias y citas de los tesisistas en Derecho, que señalan una vertiginosa caída de las lecturas de origen español en el giro de siglo (solo superada por el más acusado abandono de los antiguos). Respecto de ese fenómeno, notable tanto estadísticamente como en términos cualitativos, debe pensarse entonces el zigzagueante recorrido de una historiografía colonial que, obra de muy pocas manos, minoritarias incluso dentro de la élite, resultaría crucial en la absorción y superación de las ambigüedades suscitadas por aquella antigua era.

⁸ Mariano Soler, “En el 4º centenario del descubrimiento de América”, *Revista Científico-Literaria*, año 1, Nº 20, 1892, p. 1.

Cuadro 1. El cuarto centenario del descubrimiento de América en la *Revista Científico-Literaria*, 1892

Los americanos debemos honrar la memoria de Colón no con fiestas materiales y monumentos sin valor artístico, que contrastan con la talla moral del héroe, sino haciendo una América regida por instituciones libres, exenta de odios internacionales y protegida por el sentimiento profundo del derecho y de la autonomía individual y política de sus ciudadanos y de sus Estados...

Pedro C. Molina

Palos! ¡Palos! ¡Palos! Decía ayer a gritos un furioso *colombófilo* en una pacífica reunión, aludiendo al punto de partida de las naves del gran Almirante de Indias.

– ¡Palos! ¡Palos! ¡Palos! Exclamó azorado un polemista conocido mío... ¡si estarán por atizarme la gran *paliza* del siglo!

Juan de Dios Díaz

La historia de los sufrimientos de Colón se renueva frecuentemente en todas las épocas de la vida humana.

Dr. Farándula

América, arrancada al misterio de los mares por el poder del genio, siente nacer en su fecundo seno el árbol de la libertad que, transplantado a Europa, engendra la Revolución Francesa, regenera el mundo y señala nuevos destinos a la humanidad.

J. A. Lanza y Castelli

Las repúblicas del Nuevo han cavado las fosas de las monarquías del viejo mundo.

J. A. Ferreira

Leyes eternas, inmutables e infinitas bastan para explicar ciertas evoluciones súper-orgánicas de la materia; pero no para determinar los movimientos orgánicos del genio...

Juan C. Pitt

La primera misa de América significa, pues, la conquista de los espíritus por la idea cristiana, que se abre camino suavemente, dulcificando la dominación material, cicatrizando las sangrientas heridas, que abre el aventurero español...

Julio E. Piñero

Una afición minoritaria y liminar

¿Hay, pues, una anatomía en la historia humana, como en la historia natural?

HIPÓLITO TAINE, "Prefacio" a los *Ensayos de crítica e historia*, 1858

Considerar la mirada que una época histórica echa sobre otra entraña una cuestión resbaladiza, que en parte obliga a pensar las representaciones propiamente historiográficas como un capítulo particular de unas repre-

sentaciones más genéricas y extendidas del pasado.⁹ Esto parece especialmente así cuando se analiza un momento de débil configuración disciplinar (y de mayor interdependencia entre unas y otras) o, como creemos que ocurre en las primeras décadas que aquí interesan, de escasa definición de aquellos elementos que la historia ha alejado lo bastante como para ver, o al menos manipular, con cierto reposo. En este orden, si la expansión de un mínimo sentido de *lo pasado* es condición para la emergencia de ciertos relatos históricos, la relativa independencia en que estos se traman en la tranquilidad del gabinete y el archivo no los exime de la dura prueba del retorno a una arena pública más vasta. Lo que intentamos subrayar es, ante todo, que esas ideas más o menos elaboradas del pasado remiten siempre a universos sociales más o menos precisos en los que se tejen y circulan y que, en esa medida, los relatos normalmente más articulados elaborados por la *intelligentzia* suelen abrirse paso lentamente a través del conjunto de representaciones más esquemáticas, menos sofisticadas, pero más extendidas y poderosas que configuran la hegemonía discursiva o imaginaria de una sociedad.¹⁰ Dicho en otros términos, la relativa independencia derivada del carácter esotérico de la producción historiográfica contrasta con las imposiciones de las nociones hegemónicas del pasado, y se mide respecto de ellas. Y esto que ocurre a la historiografía se verifica también respecto del esfuerzo por tejer otros relatos de cierta especificidad, sean museográficos, histórico-estilísticos o patrimoniales.

Todas estas cuestiones son significativas cuando lo que se sugiere es, como en este caso, que el silenciamiento de España constatable en los años 1890 expresaba un sentido bastante expandido, aunque confuso, de distancia respecto de la etapa colonial; sentido que alimentaba la ambigüedad ante todo indicio *español* y frente al cual hicieron también su camino las incursiones colonialistas de ciertas figuras locales como Ramón J. Cárcano o Ignacio Garzón. En parte, ese sentimiento había sido preparado por la propia historia y la efectiva distancia respecto de la era dominada por España; pero, a la vez, el mismo no parece haber sido un tributario tan inmediato de los tempranos pronunciamientos antiespañoles de la “joven generación” que, como vimos, Juan María Gutiérrez había plasmado belicosamente en su discurso inaugural del Salón Literario

⁹ Fabio Wasserman, *Entre Clío y la polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Teseo, 2008; Amanda Salvioni, *Rappresentazioni moderne del passato coloniale in Argentina*, Reggio Emilia, Diabasis, 2003.

¹⁰ Antonio Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1997; Marc Angenot, *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 1998.

(1837), el *Facundo* había enervado y actualizado en su consideración de Córdoba (1845), y un ya no tan joven Vicente Fidel López había dejado entrever en el revés de su celebración de la piratería inglesa en *La novia del hereje* (1854).¹¹ Sin duda estas imágenes habían marcado una cesura frente a la era española, pero (acaso exceptuado el *Facundo*) se excedería su alcance si se lo presumiera homogéneo y “nacional” en momentos tan poco nacionales como aquellos en que se dieron, y respecto de una población tan desigualmente situada frente a la palabra escrita y frente a la conversación de tema histórico. Si Cárcano y Garzón, por insistir en ciertos nombres liminares, indudablemente bebieron también de aquellas fuentes, sus propias búsquedas históricas deben reinscribirse en el proceso más vasto de una muy lenta digestión del pasado español como tal; proceso que la élite cordobesa parece iniciar bastante después de 1837 y que, como ocurriera en otros planos, pareció comprimirse en el giro de siglo, desde el velado rechazo a la recuperación y reintegración del legado español, de cara a la supervivencia urbana y el futuro.

Vistas así las cosas, no parece menor que un momento importante de la historiografía colonial cordobesa fuera, casi paradigmáticamente, abierto por la derrota del juarismo, con la partida de Cárcano a Europa y su frecuentación del Archivo de Indias. Como señalamos, a esa época corresponden sus escritos de tema colonial; textos que, si sugerían que el pasado podía ser un buen refugio frente a los disgustos presentes, también ponían en evidencia que para esa inteligencia singular aquel pasado se había vuelto tratable.¹² Tratable, es decir atendible, interesante, pero ni plano ni libre de una lectura situada, como sugieren títulos del orden de

¹¹ Fernando Devoto ha subrayado la medida en que la imputación de la tragedia argentina (el *todo* hasta Caseros) al pasado colonial alimentó una idea de nación que renegaba de buscar en él su fundamento y se orientaba —especialmente en Sarmiento y Alberdi— al futuro; frente a ellos, Mitre advertiría el interés de aquel pasado como clave o justificación de una comunidad nueva y organizada de diverso modo. Dado nuestro interés, importa tanto que, reuniendo “erudición, método filológico-crítico y esquemas generales”, Mitre haya marcado una inflexión fundamental en el ámbito particular de la historiografía argentina, como que muchas ideas formuladas o no con ese propósito y ese eco hayan condicionado representaciones más vastas del pasado. Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, pp. 2-4, y “A história e as ciencias sociais na profissionalização da historiografia argentina”, *Tempo Social, revista de sociologia da USP*, vol. 21, N° 2, 2010, p. 110.

¹² Nos referimos a *Historia de los medios de comunicación y transporte de la República Argentina* (1893), *Estudios Coloniales* (1895), “Estudios de Historia Argentina. Hernando de Lerma y Gonzalo de Abrego” y “Gobernación del Tucumán, primeras luchas entre la Iglesia y el Estado”; los dos últimos publicados en *La Biblioteca* de Groussac en septiembre de 1897 y en tres entregas de enero a marzo de 1898. Cabe recordar que, según Cárcano, la versión publicada de “Gobernación del Tucumán” correspondía a la parte del texto rescatada por Groussac de las cenizas en que Cárcano la convirtiera tras sus críticas.

“El gobierno colonial es teocrático y conventual” o la regular condena de la orden jesuita y la monarquía en *Gobernación del Tucumán*. En este punto, ya menos polémico que anacrónico, Cárcano dice en la década de 1890 cosas que González había dicho con mayor claridad en los ochenta cordobeses, especialmente en su “Córdoba religiosa”, plegándose una vez más a las objeciones antimonárquicas y antimonásticas de Sarmiento. Pero junto a esos arcaísmos de segundo grado, Cárcano ejecuta un movimiento de efectivo interés, al menos culturalmente. Por un lado, al cifrar su interés en la Colonia rompe el silencio dominante entre los cordobeses y pone de relieve su capacidad de ejecutar, a la vez, la impugnación y el rescate; de hacer redadas documentales y organizar la información, de establecer jerarquías y luego formular juicios. Muestra, en tal sentido, que la ambigüedad podía ser reconducida a una empresa de saber que la pronunciaría y, al menos, daría la ocasión de documentar el prejuicio. Todo esto, conforme a un registro narrativo y minucioso siempre muy distante del Taine que Cárcano admiraba; algo que no debe haber sido ajeno a ciertos juicios ulteriores: “Piensa Groussac que no puede escribirse la historia colonial por orden cronológico, sin incurrir en la narración menuda, casera y fatigosa de los viejos cronistas. Durante largos años la vida de la Colonia fue monótona y estática. Vivir un año era vivir todos los demás”.¹³ Por otro lado, Cárcano circunscribe un objeto que, ya visitado por el deán Funes, subrayaba el interés de una antigua realidad jurídico-territorial ensombrecida por la hegemonía atlántica; y lo hace, precisamente, en un medio capitalino (*La Biblioteca*) y luego de someter ese esfuerzo al criterio “central” de Groussac. Ese criterio había sido lo bastante decisivo como para que Cárcano sacrificase buena parte del manuscrito, pero eso no altera en mucho la cuestión fundamental: que era un cordobés el que escribía sobre una zona oscurecida del pasado nacional, devolviendo algo de una antigua etapa en que Córdoba y Tucumán participaban de un mapa común, ajeno a Buenos Aires.

Al igual que Cárcano, Ignacio Garzón fue designado miembro de la Junta de Historia y Numismática en 1901, aunque en condición de miembro correspondiente.¹⁴ Menos cosmopolita, la designación lo ubicaba en

¹³ Ramón J. Cárcano, *Mis primeros ochenta años*, Buenos Aires, Sudamericana, 1944 [1943], p. 333.

¹⁴ Garzón, algo menor que Cárcano, fue una figura de relieve en el ámbito local, especialmente merced a su actividad docente y editorial. Interesa anotar que la designación de Cárcano como académico de número de la Junta de Historia y Numismática, simultánea a la del riojano Joaquín V. González a ese mismo título y a la de Garzón como correspondiente, precedió en 14 años a la de Pablo J. Cabrera (1915) y en 27 a la de Pedro Grenón y Juan B. González (1928), todos miembros correspondientes.

el primer puesto entre los historiadores locales, algo que si tenía un precedente en la publicación de su *Historia Argentina* (1882) para escuelas, así como de otros folletos, había sido decididamente habilitado por la reciente publicación del primer tomo de su *Crónica de Córdoba*, en 1898. Esta obra –cuyos tomos 2 y 3 se publicarían en 1901 y 1902, respectivamente– postulaba la existencia de un hiato historiográfico, en el cual pretendía alojarse; hiato que, comprendiendo los años que iban desde la instalación del gobernador-intendente Sobremonte hasta la víspera de Caseros, hacía de su *Crónica* cuando menos una empresa pretenciosa. Más que sugerido, esto era anunciado así por un prólogo que hacía un sumario balance de la historiografía anterior para discernir el lugar que debía caber a la *Crónica* en la consideración contemporánea; diagnóstico que sin duda compartía aquel editor vocacional que fue Alfonso Aveta y que, más allá de su justeza, al menos contribuyó a crear un efectivo lugar para su autor.¹⁵

Este libro empieza con el gobierno del Marqués de Sobremonte porque fue el primero que se estableció en Córdoba al crearse las Intendencias, y porque mi primer propósito no fue otro que el de conocer CON VERDAD a aquel hombre, de quien tan contradictorias noticias tenía [...] La historia del Tucumán ha sido escrita por el Deán Funes (ENSAYO), quien siguió al P. Lozano. Este llegó al año 1736; y para avanzar el Deán, consultó la biblioteca del señor Saturnino Segurola y los archivos públicos. Sería, pues, una repetición innecesaria de hechos conocidos y equitativa y justicieramente apreciados. *Con aquello y lo que voy a dejar consignado, el lector tendrá completos los anales de Córdoba, desde su fundación el 6 de julio de 1573, hasta la caída del gobernador don Manuel López el 27 de abril de 1852.*¹⁶

Al llevar el comienzo de su historia a la instalación del sistema de gobernaciones-intendencia (1782), Garzón recortaba significativamente el espacio que había interesado al deán Funes y atraía a su contemporáneo Cárcano (porque Córdoba del Tucumán se desprendía así de Salta del Tucumán y abrazaba un espacio más cuyano que norteño), a la vez que

¹⁵ A pesar de haber sido cuidada y acompañada por Aveta, parece haber sido Garzón quien asumió los costos de la *Crónica*, confiando en el apoyo de la suscripción estatal. Respecto del “Prólogo”, cabe notar con extrañeza la ausencia de toda referencia a Cárcano, quien habría realizado observaciones al texto. Las discrepancias, no obstante, se habrían mantenido a raya, visto el agradecimiento que Cárcano recibirá en el prólogo al segundo tomo merced a haber cedido unas litografías a Garzón.

¹⁶ Ignacio Garzón, “Prólogo”, en *Crónica de Córdoba*, Córdoba, Alfonso Aveta editor, 1898, p. iv.

lo exponía claramente subordinado a un nuevo centro (porque este era ya un virreinato no peruano sino rioplatense).¹⁷ Era precisamente ese desplazamiento liminar de las sedes del poder el que había inaugurado la alteración de perspectivas que recogería, muchos años después, Juan B. Terán. La Córdoba cuya crónica hacía Garzón no era ya, por lo visto, aquella que podía contemplarse desde el espacio norandino sino una notablemente atlántica, que debía tratarse en capítulos tan atentos a los cambios de gobernadores cuanto a los de virreyes en Buenos Aires. Y en este punto, la necesidad de hablar de *esa* Córdoba, defendida en virtud de la señalada vacancia historiográfica, encontraba también argumentos menos rutinarios y más llamativos.

He prescindido, además, del tiempo anterior, porque, como dice Luis E. Domínguez, “desde el primer establecimiento de los españoles en los valles calchaquíes y de los ríos Salado y Dulce, la historia de estas colonias del interior está circunscrita a la resistencia tenaz que ofrecía la raza quichua al yugo de sus conquistadores, y a las dificultades que estos mismos se creaban con sus divisiones y rivalidades”.¹⁸

Menos rutinarios porque estos argumentos arrinconaban, en virtud de su dominante quechua-calchaquí, al espacio noroeste del país a una constitutiva *pre*-historia; más llamativos porque, tan tributarios de una mirada especialmente porteña, se contraponían de manera muy directa al reconocimiento de Funes al que aparecían hermanados.¹⁹ Así, en forma algo

¹⁷ La gobernación-intendencia de Córdoba del Tucumán comprendió las ciudades de La Rioja, San Juan, San Luis y Mendoza; es decir, mayormente ciudades fundadas por las expediciones provenientes de Chile, cuyo choque con las venidas del Cuzco había precipitado la creación de la gobernación del Tucumán en 1563. La negativa de Garzón a tratar la era de esta gobernación pareció dialogar con una lectura no muy elogiosa de Funes quien, inversamente, sería objeto de un culto local muy extendido en la década de 1910. Discutiendo con Rojas al respecto, dirá Martínez Paz: “El Deán Funes, cuya personalidad resulta tan grande que en vano han pretendido sepultarla con las piedras arrojadas por sus enemigos, no ha sido aún estudiada a la luz de los documentos, y sin embargo con cuanta frecuencia se lo deprime, reproduciendo el juicio de la pasión. ‘Si lo sintetizo, nos dice Rojas, no encuentro en él, la cohesión heroica’; habríamos deseado que el autor, al venir hacia Córdoba hubiera buscado otras fuentes, que no fueran los manifestamientos parciales de nuestro respetable historiador Garzón”. Enrique Martínez Paz, “Nota bibliográfica a *Archivo Capitular de Jujuy*, compilado por Ricardo Rojas”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año 1, N° 3, 1914, pp. 473-479.

¹⁸ I. Garzón, *op. cit.*, p. iv.

¹⁹ Domínguez, una figura menos transitada de la “joven generación”, resulta *especialmente* porteño por su alineamiento al Estado de Buenos Aires cuando su secesión de la Confederación urquicista. Sabemos que Mitre había objetado de manera muy directa tanto el carácter “quichua” de la conquista cuzqueña como el afán de Joaquín V. González de hacer ingresar a los

sinuosa pero finalmente clara, Garzón amojonaba la historia de un espacio interior hispánico y atlántico, ya recortado de aquel que parecía confinado a la no-historia por su marca étnica y merced a la naturaleza facciosa de su específica conquista. Este era un modo de volver a la Colonia y revalidar el legado español, un modo sin duda minoritario y discrecional que cedía al Atlántico pero también consolaba porque sugería que Córdoba, no ajena al vértigo de la revolución o la disolución, lo era al menos al dato convulsivo de la marca indígena.²⁰

Vistazo atlántico

Existe un amplio acuerdo en conceder a 1898 el valor de hito en el proceso de reevaluación de España y su legado. La crecida visibilidad de la amenaza *yankee* encontró entonces en las intensificadas relaciones de la intelectualidad hispanoamericana su principal espacio de impugnación, el cual daría lugar a pronunciamientos más o menos americanistas o nacionalistas pero siempre fundados en la comunidad de lengua, historia o confesión. En el caso argentino, esas redes hispanoamericanas serían especialmente cultivadas por un agregado de figuras intelectuales que, incluso de origen provinciano, tendrían en Buenos Aires su sede. Y especialmente en Buenos Aires, también, la difusión de cierta hispanofilia (fuera dirigida hacia España, fuera hacia las sociedades derivadas de su colonización) estimulada por el gigante del norte, coincidiría con el recrudecimiento de la mirada de la élite ante el país aluvial legado por sus predecesores. Con esto, lo sustantivo de ese retorno de lo español o lo hispanoamericano fue reconducido a la empresa de construcción de la nación, por lo demás ejecutada desde linajes ideológicos diversos y con énfasis particulares, aunque a veces muy contaminados entre sí.²¹

pueblos autóctonos a la tradición nacional, pero su mera atención a un drama escrito en quechua como *Ollantay* sugiere una apertura enteramente ausente en Garzón. Bartolomé Mitre, "Ollantay. Estudio sobre el drama quechua", *Nueva Revista de Buenos Aires*, N° 1, 1881.

²⁰ Así definía Garzón el plan de su obra: "La PRIMERA, abarca el periodo de 1783 a 1810 (año de la revolución); la SEGUNDA, el de 1810 a 1820 (año en que se detiene ex abrupto el historiador para llorar las desgracias de la patria). Los hechos posteriores: la anarquía, la disolución nacional, la muerte de la libertad, las confiscaciones, las cárceles y la sangre, son materia de la TERCERA SECCIÓN...". I. Garzón, *op. cit.*, p. VII.

²¹ Respecto de las diversas formulaciones de la cuestión nacional y también de la convivencia y eventual contaminación de tendencias filosóficas, científicas o políticas, véanse Oscar Terán, *Positivismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987 y *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*. *Derivas de la "cultura científica"*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000; F. Devoto, *op. cit.*

Estas manifestaciones se densificaron en las primeras décadas del nuevo siglo, alcanzando momentos altos y sonados en *La restauración nacionalista* (1909) de Rojas, *El solar de la raza* de Gálvez (iniciado en 1910 y publicado en 1913) o las conferencias de Lugones que darían lugar a *El payador* (1913-1916); obras todas atenazadas por la cuestión nacional y que responderían a ella con posiciones de hispanistas a sincrético-americanistas pero, en todo caso, nunca ajenas al hecho colonial. Los debates desatados por la primera y la última, especialmente, abonaron un nuevo clima, al menos en la capital del país, y esto en la medida misma en que allí un campo intelectual se hallaba en constitución y diseñaba, más o menos exitosamente, su público y sus específicos aparatos de reproducción.²²

Sin embargo, y este breve apartado solo pretende insistir en esto, ese clima “centenario” remató entonces en Buenos Aires, y tal vez solo allí, un largo ciclo de reelaboración de la experiencia colonial; ciclo propiciado por la pregunta por la nación y lo nacional y protagonizado desde 1837 por unas élites que, incluso de origen provinciano, solo participaron de él en tanto encontrarán en esa ciudad su teatro o un objetivo a reconquistar desde el exilio. Literatura y crítica literaria, como ha puesto de relieve Amanda Salvioni, fueron registros tempranamente sensibles a esas preguntas y, en consecuencia, una vía de retornos en dosis del legado colonial; descartada la invocación de un pasado indígena, invención por demás laboriosa en el espacio rioplatense, España reapareció como la “ficción de antigüedad” más fluida, aunque instalara con ello todas sus ambigüedades. Juan María Gutiérrez había dado, en este sentido, un paso fundamental al señalar en España tanto una entidad despreciable como artífice del coloniaje cuanto fascinante en su herencia cultural. Ese interés, por lo demás, había sido acordado también por quienes, desde Pedro de Ángelis hasta Mitre, practicaron en diversos momentos el coleccionismo de objetos y, especialmente, documentos coloniales (a veces incluso el coleccionismo de los mismos documentos).

Fue sobre aquel sustrato que tanto Bartolomé Mitre como Vicente Quesada o Joaquín V. González, también antes de 1898 pero desde Buenos Aires, emprendieron la tarea de integrar el pasado colonial a algún tipo de narrativa de la nación, fueran la historiografía, las “tradiciones” o la tradición.²³ Y aunque en esa fecha las condiciones mismas de la circula-

²² Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”; F. Devoto, *op. cit.*

²³ La noción de “tradiciones” remite, nuevamente, al género o subgénero literario ensayado por

ción de ideas habían cambiado sustantivamente, en el sentido de su aceleración y su intensificación, los modos en que los espacios “interiores” trataron con aquellos relatos resultan inseparables de sus pasados particulares y de sus específicos ciclos de digestión de esos pasados. Y si muchos de esos espacios interiores, no litorales, habían tenido una relación compleja con el propio hecho revolucionario, el caso cordobés quedaría marcado por la conjunción de un denso pasado colonial, una difícil colocación posrevolucionaria, un pesado estigma “español”, y la más tardía y muy gravosa conciencia de haber perdido un lugar.

Linajes y retornos

Poco a poco, la Colonia va saliendo de la penumbra a que la había condenado la ignorancia declamatoria.

DEODORO ROCA, *Proyecto de Reorganización del Museo Provincial*, 1917

Cuando en 1921, en su *Arquitectura colonial en la Argentina*, Juan Kronfuss restringía las referencias a historiadores locales a Pablo J. Cabrera, Pedro Grenón, Juan B. González y Félix Garzón Maceda, recogía bastante fielmente los nombres contemporáneos que sobresalían de una escueta tradición. Una atención ligeramente mayor a la figura de Ramón J. Cárcano, quizás a Juan M. Garro o Pablo J. Rodríguez, hubiera prácticamente completado la nómina de historiadores vivos que, en algún momento, habían vuelto su mirada a la era colonial en Córdoba.²⁴ La genealogía se alargaba en el tiempo pero no crecía demasiado en extensión; si se atiende a la trazada por Ignacio Garzón, ausente en la nómina de Kronfuss, sus grandes precedentes eran el jesuita Lozano y el deán Funes, y entre ellos y el presente habían intentado situarse tanto él como Cárcano. En todo caso, si en la década de 1920 esa breve dinastía de historiadores colonialistas pudo aparecer nítidamente colocada bajo la égida del monseñor Pablo Cabrera, e incluso contornear, como creemos, una efectiva zona de estudios coloniales, una década atrás las cosas eran menos claras.²⁵

figuras como Vicente Quesada, mientras que la de “tradición” alude puntualmente a *La tradición nacional*, publicado por Joaquín V. González en 1888.

²⁴ La referencia a Garro remite al *Bosquejo Histórico de la Universidad de Córdoba*, muy leído en su momento e invocado por Pablo Cabrera aún en la década de 1920. Garzón Maceda es citado por Kronfuss por *La medicina en Córdoba*, aunque conviene recordar también su protagonismo en el ámbito de las bibliotecas, como vicegobernador de la primera gestión Cárcano y en la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*.

²⁵ En 1914, y como expresión de una afinidad aún esotérica, Juan B. González reconocía ya el

Las razones de esta mayor indefinición no pasaban tanto por una diferencia de número o representatividad de la legión historiadora, escasa en ambos casos; radicaban, ante todo, en la insalvable ambigüedad a que la cuestión colonial estuvo sometida aun en aquella década de 1910 dentro de la arena social más general, ambigüedad que solo comenzaría a ser torcida merced a la acumulación de “retornos coloniales” en diversas áreas de la cultura. El expediente edilicio del Museo Provincial ofrece un singular testimonio tanto de esos retornos como de la ambigüedad reinante, capaz en ese caso de sellar su frustración; su cotejo con la experiencia del Cabildo porteño, por lo demás, permite ver hasta qué punto esa ambigüedad no estuvo del todo ausente en los debates disciplinarios en la capital del país, aunque fuera sentida en Córdoba, a nuestro juicio, con una agudeza mayor y más extendida.²⁶

En todo caso, en la ciudad mediterránea aquellos *retornos coloniales* se precipitaron a lo largo de la década del diez, en zonas muy diversas de la cultura y con una intensidad y densidad nuevas. Siendo muy experimentales e inciertos en zonas de mayor publicidad, como la arquitectura, fueron a la vez sintomáticos de, al menos, dos procesos endógenos: primero, la efectiva evolución de un área “disciplinar” que gozaba de cierta tranquilidad de *puertas adentro*, la historiografía; segundo, la difusión de un sentido nuevo del pasado en la élite local, sentido que empujó a la superficie tanto el rescate como la consideración mesurada o la condena de la era colonial. Sin duda, la señalada ambigüedad ante todo indicio colonial resultó en parte crispada por los ecos de las celebraciones del centenario en Buenos Aires; celebraciones que —conviene recordarlo— habían escenificado la reconciliación con España en un cuadro protagonizado por la Infanta Isabel y un presidente cordobés. Pero la medida y los límites de ese impacto expansivo deben ser forzosamente reconducidos a aquellos otros vectores que, desenvueltos en un territorio discreto, habían dado lugar a aquel breve linaje de estudiosos colonialistas y favorecido, en un grado mayor, la consideración del pasado colonial por la élite cordobesa.

La era colonial, entonces, volvió a Córdoba por espasmos a lo largo de la década de 1910; y, aunque accidentado, a ese ciclo continuo se debe

ascendente de Cabrera en la dedicatoria de un ejemplar de su *Removiendo el pasado*, libro de *tradiciones* en torno a la era rosista: “A mi ilustre amigo Monseñor Dr. Pablo Cabrera, su devotísimo”. Este reconocimiento se vería reforzado en la década de 1920, como concedería Cárcano y asentaría Kronfuss en su dedicatoria al “más autorizado de nuestros intelectuales en materia de exploraciones antiguas, históricas, artísticas y literarias”; texto fechado el 14 de septiembre de 1921 y que consta en el ejemplar de su *Arquitectura colonial* conservado en la SEA.

²⁶ Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

tanto la aceptabilidad, ya en la década del veinte, del neocolonial como arquitectura de Estado cuanto, entrelazada a él, la configuración con relativa visibilidad de una verdadera zona del conocimiento social, los estudios coloniales.²⁷ Y en todo ese proceso, alimentado por la acción acumulativa o concertada de coleccionistas, historiadores, arquitectos, editores y algunos doctores, una figura inicialmente secundaria como la de Pablo Cabrera –que bebía en las fuentes de Cárcano y Garzón, a quienes leía y anotaba– acabaría por volverse central.²⁸

Cabrera

Monseñor Cabrera escribe sobre historia, pero no hace filosofía de la historia. Ofrece con esto una prueba de buen gusto. Se contrae especialmente a investigar y exponer los hechos. El pasado se reconstituye con los hechos, y los hechos se prueban con los documentos. [...] Nadie como él ha penetrado en la vida colonial de Córdoba en forma más profunda y extensa, ni con criterio mejor ilustrado.

RAMÓN J. CÁRCANO, *En el camino*, 1926

Cabrera (1857-1936) interesa respecto de la cuestión colonial no solo por haber llegado a ser lo que le concederían sus contemporáneos en la década de 1920 –el historiador de la Colonia– sino, especialmente, por haber reunido a lo largo de su trayectoria una serie de aficiones y actividades que en otras figuras se encontraban aisladas; motivaciones y prácticas que, por lo demás, resultarían centrales en la configuración de los estudios coloniales locales. Sobresale, asimismo, por un elemento que fue aún menos reconocido en su propia era y que, sin embargo, resultaría decisivo en la evolución institucional de la disciplina histórica en el largo plazo: su temprano interés por las poblaciones prehispánicas, interés que también lo empujaba hacia el norte, en busca de sociedades más complejas que las que habían habitado el espacio cordobés. En consecuencia, este historiador que llegaría a ser paradigmático de la historiografía colonial local, y

²⁷ Insistimos en el carácter liminar de la década de 1920 en la definición de un ámbito de estudios coloniales en Córdoba; datación que se aleja de la propuesta por Salvioni para un registro tendencialmente “pampeano”, aunque reconozca en los años treinta sus más firmes logros institucionales. A. Salvioni, *op. cit.*, pp. 35-36.

²⁸ Los ejemplares consultados de la *Crónica* de Garzón pertenecieron a Cabrera y, entre ellos, es el tomo dedicado a la etapa colonial el que contiene una serie de marcas en lápiz que es (al menos caligráficamente) lícito adjudicar al propio Cabrera. Este poseía también varios de los textos históricos de Cárcano, entre ellos los publicados en *La Biblioteca*. Ese material puede verse en la SAE.

a dominar efectivamente un espacio que en los años veinte se organizaría sobre ese tópico, fue también la figura en que se reunían el interés por las sociedades criollas e indígenas y, en consecuencia, el precedente local fundamental de una vertiente que solo coagularía en Córdoba muchos años después, más en la forma de estudios sobre los grupos dominados por el colonaje que sobre la era estrictamente prehispánica. “Americanismo” había sido llamada esa “ciencia” de las cosas americanas que un cosmopolita avezado como Ernesto Quesada promovía tempranamente en 1882, a siete años del primer congreso internacional; término poco difundido en Córdoba entonces pero que marcaría en la década de 1930, al menos, el nombre del instituto universitario creado a partir de la documentación reunida por Cabrera.

Aunque estas consideraciones deban hacerse porque ofrecen no solo pautas sobre la figura sino también la perspectiva de una evolución disciplinar, forzoso es admitir que en los años que interesan a este trabajo Cabrera fue crecientemente visto y acreditado como un estudioso de la Colonia. Y respecto de esa actividad –sin duda, no exenta de desvíos indigenistas– congregó, al menos, cuatro notas significativas: su carácter de coleccionista de objetos y documentos coloniales, afición que parece haber cultivado desde los últimos años del siglo xix; su condición de “historiógrafo”, desplegada especialmente desde la primera década del siglo xx; su participación en la administración estatal de la cultura, como responsable del archivo universitario a mediados de la década de 1910 y como director del Museo Provincial entre 1919 y 1926, cubriendo todo el proceso de afirmación de la sección histórica; finalmente, sus disposiciones de compilador y editor de documentos coloniales, las que serían excepcionalmente canalizadas en el proyecto de la Biblioteca del Tercer Centenario.

La primera de esas actividades había tenido un precedente cierto en Jerónimo Lavagna, aquel italiano que había conformado sus colecciones en el norte del país, arrastrándolas hasta Córdoba en 1886; ellas, sin embargo, eran más heterogéneas que las que lograrían reunir Jacobo Wolff o Cabrera, notablemente concentradas tanto en objetos cuanto en documentos de la historia colonial. A la vez, la actividad coleccionista que había caracterizado a estos sucesivos directores del Museo Provincial –en cuyo ínterin se alojaría Deodoro Roca– y que sin duda había sido relevante para llevarlos a esa posición, convivía en Cabrera con otras actividades ajenas a los demás: la historiografía, ante todo, práctica que en cierto modo le permitiría estar siempre un paso más allá de la conciencia general de la élite respecto del pasado.

La muestra más tangible de esa avanzada relativa la constituye, precisamente, su temprano interés por las sociedades prehispánicas, muy

poco emulado por la élite local, comprensiblemente ocupada entonces en digerir España. Su primer trabajo de cierto relieve fue el primer volumen de *Ensayos sobre etnología argentina* (1910), consagrado a los indios lules y sin duda estimulado por ese referente próximo que fuera para él Samuel Lafone Quevedo (a su vez, gustoso lector del deán Funes).²⁹ Mucho más concentrado que aquellos, en 1911 vio la luz *Cultura y beneficencia durante la Colonia*, texto que alcanzaría también cierto suceso y tendría varias reediciones parciales o totales.³⁰ En todo caso, fue la temprana adopción de aquella doble mirada de etnólogo e historiador lo que permitió a Cabrera trasvasar a sus predecesores: si Lozano, como señalaba Garzón, había iniciado las investigaciones sobre el Tucumán (esto es, relativas al momento abierto por la creación de la gobernación en 1563), y estas habían sido a su vez continuadas por el deán Funes hasta fines del siglo XVIII, Cabrera pudo avanzar no solo sobre los vestigios de un momento anterior a la presencia hispana sino, también, sobre las particularidades de la primera etapa colonial, en parte aplanadas por la presunción de un tiempo que cambiaba a la velocidad del espacio.³¹ En este sentido, mientras aquella historiografía parecía haber procedido por rutina (algo de eso sugiere Garzón sobre Lozano, más obligado al pasado por su cargo de historiador de la orden jesuita que atraído por él), o impulsada por la percepción de un movimiento desde el siglo XVIII, Cabrera también encontraba movimiento donde otros solo veían quietud.

En términos de método, como sugiere el epígrafe de Cárcano, el clérigo declinó identificar su búsqueda con la de algún sentido filosófico de la historia. Optó muy claramente por una modalidad historiográfica de signo positivo que, con Mitre y contra López, concedía a las fuentes un valor principal y se aplicaba a enfrentarlas mediante una serie de hipótesis acotadas.³² A propósito de una de sus más tempranas indagaciones de tema

²⁹ Lafone Quevedo (1835-1920) fue un etnógrafo y arqueólogo uruguayo que haría lo sustancial de su formación en Cambridge y lo fundamental de su trabajo de campo en el espacio alto-peruano y calchaquí (donde también llevó adelante un proyecto de comunidad de corte misional). Fue decano de la Facultad de Ciencias Naturales de La Plata en los primeros años del rectorado de Joaquín V. González, y director de su Museo desde 1906.

³⁰ El primero de ellos fue reeditado en Buenos Aires en 1931; el segundo lo fue en Córdoba, al menos, en 1925, 1928 y 1935.

³¹ Respecto de su opción por la era Sobremonte, Garzón había apuntado: "Insignificantes detalles quedan postergados en los archivos, sin que la falta de su publicación perjudique el acertado criterio histórico acerca de una época en que ningún acontecimiento, nada, absolutamente nada tuvo lugar, que pudiera variar la inmutable fisonomía de las instituciones y la costumbres por espacio de dos siglos". Énfasis agregados. I. Garzón, *op. cit.*, p. v.

³² El señalamiento remite al debate que enfrentó a ambos historiadores entre 1881 y 1882,

histórico, que anclaba en las observaciones de otro historiador de la orden jesuita sobre la fachada de la Compañía, el monseñor señalaba “cábeme la honra y la fortuna de poder abonar con datos histórico-estadísticos, la opinión de suyo respetable, del muy estimado Padre Ortells”; y en efecto, eso intentaba.³³ La prensa (*Los Principios* en un primer momento), la *Revista de la Universidad* y una serie de imprentas locales (desde algunas particulares a las de la Penitenciaría y la Universidad) dieron salida a sus artículos, libros y folletos, y algunos de ellos alcanzaron varias ediciones.³⁴ Su relativo suceso escriturario pareció ser entonces obra del espacio local, en el que sus textos se imprimen y leen crecientemente desde 1910. Y aunque pocos de sus trabajos llegarían a imprentas porteñas, dando lugar a reediciones consagratorias, conviene tener en cuenta que el tipo de espacio local en que este historiador se armaba era ya, como veremos, uno en el que jugaban múltiples fuerzas externas.

Puesto que la actividad de Cabrera como director del Museo Provincial ha sido considerada, anotemos simplemente que ella sucedió, o se superpuso, a su actividad como “jefe de la Sección Manuscritos” del Archivo de la Universidad Nacional de Córdoba. En esta tarea estaba en 1915, año en el cual Enrique Martínez Paz, director de la *Revista de la Universidad*, logró la aprobación del proyecto de creación de la Biblioteca del Tercer Centenario; colección que pareció hecha a la medida de Cabrera y que ambos comandarían desde entonces.³⁵ Sin duda, Cabrera contaba ya no

aunque también alude a los habidos a lo largo del siglo XIX entre los partidarios de una legalidad histórico-filosófica y los defensores del carácter particular, individual y erudito de la historia; o entre estos y los más tardíos defensores de otra legalidad resultante de la trasposición del modelo de las ciencias naturales a la historia (el positivismo *strictu sensu*), a la manera de Taine. Esos debates europeos tuvieron traducciones muy dispares en América, que en parte trastocaron los términos en disputa (algo notable en el caso de Taine, leído de muy diversas maneras). Algunos de ellos fueron fundamentales para la llamada generación del 37, tal como lo sugiere Jorge Myers respecto del temprano debate chileno entre Victorino Lastarria y Andrés Bello, contemporáneo a la era del exilio de aquella. Fernando Devoto, “A história e as ciencias sociais na profissionalização da historiografia argentina”, *Tempo Social, revista de sociologia da USP*, vol. 21, N° 2, 2010 y Jorge Myers, “Los comienzos de la historiografía argentina”, Buenos Aires, 2007, mimeo.

³³ Pablo J. Cabrera, *Dos páginas sobre arte colonial (A propósito de la fachada de la Compañía)*, Córdoba, Los Principios, 1913.

³⁴ Entre ellos, muy numerosos, pueden mencionarse también *Universitarios de Córdoba: los del Congreso de Tucumán* (1916), *Córdoba de la Nueva Andalucía: noticias etno-geográficas e históricas acerca de su fundación* (1917), *Tríptico histórico (en Alta Gracia)* (1923), *Estudios históricos y geográficos del Tucumán* (1926), *Tiempos y campos heroicos: la cruz en la pampa* (1927), *Tiempos y campos heroicos: Stella Maris* (1930).

³⁵ La Biblioteca de Tercer Centenario estuvo compuesta por una serie de grandes tomos, presentados en ediciones discretas pero económicas. Entre los títulos con certeza publicados están:

solo con un notable entrenamiento en la tarea de archivo sino, también, con una fuerte (y a veces lamentada) experiencia como lector de compilaciones documentales, de las que recogía aquella información que no podía obtener de primera mano.³⁶ Así las cosas, el advertido plan de la Biblioteca del Tercer Centenario encontró en este religioso un colaborador de inusual disposición editorial, tanto como Martínez Paz encontraría en él a un firme amigo.³⁷

Esta Universidad ha sido, sin disputa, durante mucho tiempo, centro de la cultura moral e intelectual de estos extensos territorios: sus enseñanzas han debido, necesariamente, influir en el espíritu de su tiempo, al extremo de que acaso sea preciso descender hasta la intimidad de las ideas que se desarrollaban en sus aulas para penetrar en el espíritu de ciertas instituciones.

La verdadera historia de la Universidad, la de sus enseñanzas y de sus ideas, sea porque lo han impedido extraños preconceptos, sea por carencia de los materiales indispensables y no obstante los meritorios esfuerzos de algunos abnegados eruditos, apenas si podemos decir que recién ha sido iniciada. La Universidad ha creído que para realizar esta obra impostergable *era preciso proporcionar a los estudiosos los materiales necesarios para esa reconstrucción histórica y se ha entregado a revivir viejos manuscritos, a editar antiguas lecciones pronunciadas en sus aulas, a recoger la obra truncada o dispersa del genio poético o literario de sus hijos; sin reparar especialmente en el valor absoluto, científico o literario de las obras, puesto que se empeña en proporcionar con ellas documentos para la historia reconstructiva de*

Pablo Cabrera, *Universitarios de Córdoba: los del Congreso de Tucumán*, primera serie, 1916 (598 páginas); Francisco Javier Miranda S. J., *Vida del venerable sacerdote Don Domingo Muriel*, 1916 (547 páginas); José María Liqueno, *Fray Hernando de Trejo y Sanabria: fundador de la Universidad* (con prólogo de Ramón J. Cárcano), 1916 (455 páginas); Luis de Tejada, *Coronas líricas, prosa y verso* (precedida de una noticia histórica y crítica por Enrique Martínez Paz y anotado por Pablo J. Cabrera, 1917 (340 páginas); *Curso Teológico* (traducción y prólogo Juan Carlos Vera Vallejo), 1917 (420 páginas).

³⁶ Había todo un expediente en este punto, puesto que buena parte de esa documentación correspondía a la dispersa cuando el traslado del archivo de la orden jesuita; en parte enviada a España y en parte desvencijada en un comercio al que no fueron ajenas figuras como Pedro de Ángelis, Vicente Quesada o Mitre. Nada casualmente, parte de esa documentación era relevada por Cabrera de las compilaciones ordenadas por esas figuras o las reproducciones canalizadas por Quesada en la *Revista de Buenos Aires*.

³⁷ Hemos visto a Martínez Paz dentro del círculo de Rossi, y articulando el espacio de esa imprenta al de unos jóvenes –y algo díscolos– estudiantes de Derecho. Algunos de ellos, Octavio Pinto por ejemplo, llegaron a ser también amigos de Cabrera.

nuestras ideas y no modelos clásicos para provocar emoción o imprimir direcciones al pensamiento.³⁸

“Advertido”, sin duda, porque este plan otorgaba un lugar muy preciso a los testimonios coloniales y un argumento muy firme para su publicación. Se trataba de volver disponibles para la consideración contemporánea un conjunto de documentos del pasado colonial que, siendo de difícil acceso, debían ser enfrentados con una clara conciencia de su valor testimonial, antes que intelectual o estético, y de su interés cognitivo, antes que celebratorio o condenatorio. De esta manera, el proyecto reeditaba aquella vieja empresa “protohistoriográfica” y “analítica” que había caracterizado la temprana formación de un corpus documental en el espacio pampeano, pero lo hacía también en un momento ulterior de la reflexión sobre el mismo. El movimiento, en parte demorado, se comprimía y aceleraba.³⁹

Puesto que las recursividades son múltiples, no cuesta demasiado advertir que esta experiencia editorial caracterizó el modo en que Cabrera concibió, en adelante, la aparición pública de los textos propios. Sin duda, los más ambiciosos de ellos fueron pensados desde el comienzo como parte de una secuencia temática que habría de traducirse en una de volúmenes, algo que había pasado ya con sus *Ensayos*, o con *Cultura y beneficencia...*, y que pasaría también con sus *Universitarios de Córdoba*, de la Biblioteca. Sin embargo, es mucho después de esta experiencia, entre las décadas de 1920 y 1930, cuando varios de sus textos comenzarán a ser presentados como parte de una única secuencia, una serie, con independencia de las editoriales o imprentas que los materializaran. Esa serie tuvo por nombre Tesoros del Pasado Argentino y pareció ser la obra intelectual-editorial más personal de este religioso que, consagrado en el ámbito local, había tejido en él una red de relaciones que ponía de relieve lo atravesada por fuerzas externas que estaba esa cultura urbana. Puesto que resultaría muy significativa en la elaboración de un lugar social para los estudios coloniales, conviene recordar que en ella formaban un alemán como Jacobo Wolff, un húngaro-alemán como Juan Kronfuss, ciertos impresores italianos como Domenici, criollos de estirpe como Martínez Paz u Octavio Pinto, y algunas *mezclas* notables como Ramón J. Cárcano.

³⁸ Enrique Martínez Paz, “Nota bibliográfica a la ‘Biblioteca del Tercer Centenario’”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año III, t. III, N° 9, 1916, pp. 167-168. Énfasis agregados.

³⁹ J. Myers, *op. cit.*

Encajes y tapices

“Córdoba del Tucumán” [...] toma un carácter inconfundible, reflejado en aquella edificación llena de “barroco español” [...] que un avance de mal entendido modernismo ha hecho desaparecer bajo la piqueta demoledora, ¡para dar paso al adefesio resultante de las pesadas y absurdas combinaciones del albañil! [...] tarde, cuando ya no sea tiempo, se recordará con pena que aquello debió de conservarse, que la necesidad de perpetuar esos tesoros, si no está justificada bajo el punto de vista artístico del escrupuloso, a lo menos lo está porque podría servir de encanto para los estudiosos –para que no se destruyera de un golpe lo que está ligado con cadena de oro a la tradición y a la raza–.

Juan G. García, Discurso en la inauguración de las salas de Pintura del Museo Provincial, 1914

Como ya señalamos, el modo en que algunas ideas del pasado llegan a ser formuladas en ciertos cotos restringidos dialoga necesariamente con aquellas presentes en un espacio más vasto, el de la élite o el de la sociedad en su conjunto; ideas más o menos sistemáticas, representaciones más o menos elaboradas del presente y el devenir temporal que describen equilibrios provisorios e instalan al menos las restricciones que vuelven ciertas cosas impensables en un determinado estado de sociedad.⁴⁰ En tal sentido, el mayor grado de sofisticación de algunas incursiones historiográficas, o su previsible adelanto respecto de una conciencia más general del pasado, debiera guardar a la vez algún grado de comunidad con una arena más vasta respecto de la cual, al menos, se especifica. Atento a esas cuestiones, este apartado avanza sobre una iniciativa estatal que encontramos especialmente reveladora por haber reposado en ciertas fórmulas historiográficas sobre el pasado, expresado las inquietudes conservacionistas de una porción de la élite y definido un sustrato “popular” pasible de ser reconducido a los consumos de la élite en su conjunto; algo que, por lo demás, requería que esa élite transitara el camino que iba del desprecio a la valoración de parte del legado material de la Colonia.

Las palabras que encabezan este apartado pertenecen al presidente de la Comisión de Bellas Artes creada por Cárcano, en cuya gestión se inauguró el Taller de Tapices y Encajes Coloniales. Pronunciadas en un ámbito obsequiado a la “alta” cultura ciudadana, ellas comportaban el mismo sentido conservacionista que fundamentaría la creación del taller: a la identificación de un pasado rico en desarrollos artísticos y técnicos y al

⁴⁰ M. Angenot, *op. cit.*

diagnóstico de inminente extinción de su legado, sucedía el llamado a la preservación; cosa que respecto de los edificios debía hacerse impidiendo su demolición y respecto de las técnicas textiles salvando los antiguos procedimientos a través de sus últimos detentadores. Según se desprende del decreto de creación del Taller, los responsables de implementar la iniciativa textil fueron el propio García y Jacobo Wolff (1861-1917), alemán instalado en la ciudad a fines de la década de 1880, coleccionista de objetos coloniales y director del Museo Provincial desde 1911. La iniciativa, que ha sido vinculada a la actividad del estudioso Clemente Onelli en la Capital Federal, Córdoba y Tucumán, resulta relevante porque expresa una nueva mirada de la era colonial y, de manera bastante clara, un intento de reintegración de esta en tanto legado.⁴¹ Si su fundamento cultural surgía de un vector hacia el pasado, el económico comunicaba con el futuro, lo cual era no solo una coincidencia con Onelli sino también con la tradición de las Arts and Crafts ruskinianas que nutrían a Kronfuss tanto como a Rojas o Manuel Gálvez.⁴² La simultánea orientación a ambos vectores temporales es clara en los considerandos:

–Que la fabricación de tapices y alfombras serranas fue en Córdoba una industria floreciente, siendo objeto de interés en exposiciones y mención especial de viajeros distinguidos, por su confección artística que competía sin desventaja con las mismas similares de Oriente;

–Que Córdoba debe mantener, por su significado tradicional y artístico, esta industria que en otros países goza de singulares privilegios, y es exponente del arte nacional;

–Que al evitarse la extinción de una industria interesante, se proporcionará trabajo digno y remunerativo a numerosas obreras y por

⁴¹ Según Graciela Scocco, Onelli fue convocado por Cárcano en 1914 para estudiar los tejidos criollos de la provincia; sin embargo, su vinculación al curso posterior del proyecto en Córdoba no parece haber sido directa, como sí lo habría sido en el más tardío caso tucumano. Onelli (1864-1924), nacido en Roma y formado en ciencias naturales, había llegado a la Argentina cerca de 1899, convirtiéndose en ayudante de Francisco Moreno en el Museo de La Plata y acompañándolo en sus incursiones por la Patagonia. De allí saldría un libro muy comentado, *Trepanando los Andes*, al que Clemenceau se refiere en sus textos sobre el centenario. Desde 1904, Onelli fue director del Zoológico de Buenos Aires, ejerciendo también el periodismo y la docencia. Graciela Scocco, "Arte textil tradicional: valoración, preservación y recuperación", *Avances*, N° 9, 2005-2006.

⁴² Comunidad que no era solo de ideas sino de efectiva colaboración e intercambio entre algunas de estas figuras, como ejemplifica el citado "Artes decorativas americanas", de Rojas, en que sus ideas se desplegaban respecto del caso tucumano, y que fuera ilustrado por Juan Kronfuss. Ricardo Rojas, "Artes decorativas americanas", *Revista de Arquitectura. Órgano del Centro de Estudiantes de Arquitectura*, N° 4, octubre de 1915.

fin que es un medio de contribuir a formar la Córdoba industrial y artística señalada ya por su posición y recursos...⁴³

En su terreno específico, los argumentos participaban de la evocación regionalista que procuraba la inclusión en la nación mediante el señalamiento y la exaltación de una particularidad; particularidad ligada en este caso a un tipo de producción popular heredada de la historia. Como otros regionalismos contemporáneos o levemente anteriores, este reconducía a la singularidad de un momento hispano-criollo cuya distancia era patente en la serena selección de las piezas a poner de relieve: en este caso, encajes y tapices.⁴⁴ A diferencia de otros regionalismos, sin embargo, uno de cuño “cordobés” se veía imposibilitado de profundizar temporalmente la redada dado que, del mismo modo en que la etnología de Cabrera había debido ir más al norte, alguien como Rojas percibía la debilidad del legado material indígena autóctono.⁴⁵ Mientras que, al mirar más allá de la Colonia o a sus márgenes, este podía circunscribir en Tucumán un fondo de artesanado diaguita-calchaquí que preservar y –lo que no es menor– *estilizar* en vistas a una reconversión productiva de la singularidad cultural, al hacer lo propio Cárcano y su grupo encontrarían durante mucho tiempo un vacío muy notable.⁴⁶ Frente a un pasado prehispánico pobre, la Colonia parecía ofrecer un legado material que, en pleno proceso de recotización desde las incursiones de Onelli, se revelaba ahora como pasado promisorio. De esta manera se iniciaba en Córdoba una experiencia que, combinando un propósito histórico y cultural con uno económico y social, reinstalaba la Colonia bajo la forma de las artes decorativas. España volvía en los motivos y técnicas de sus tapices –y en sus tapices

⁴³ Decreto N° 5.486, 28 de julio de 1915, *Compilación*, Ministerio de Obras Públicas e Industria (MOP), 1915.

⁴⁴ Este regionalismo participa de aquel que, según Gorelik, se expandió en el giro de siglo y convivió con la visión pampeanocéntrica, compartiendo su escaso afán polémico, en parte por el compromiso pampeano de muchos de sus productores. Adrián Gorelik, “Buenos Aires y el país: figuraciones de una fractura”, en Carlos Altamirano (ed.), *La Argentina en el siglo XX*, Ariel, Buenos Aires, 1999.

⁴⁵ R. Rojas, *op. cit.*

⁴⁶ De eso daría testimonio Cárcano en su mensaje a las cámaras de 1926, al celebrar algo confusamente las expediciones llevadas adelante por el Museo Provincial, que habían “permitido acopiar datos y materiales de todas clases para esclarecer el oscuro problema de los primitivos habitantes de nuestros territorios, su cultura y desaparición”; ellas habían provisto de “importantes restos antropológicos, algunos materiales líticos, alfarerías y otras manifestaciones de la industria primitiva”, saldo dificultoso que evidentemente no tenía parangón con los hallazgos posibles en la superficie del noroeste del país. Ramón J. Cárcano, *Mensaje del Gobernador de Córdoba Dr. Ramón J. Cárcano*, 1° de mayo de 1926, Córdoba, Talleres La Italia, 1926.

mismos, en parte exhibidos en el Salón de Córdoba—, a la par que tejedoras del interior eran convocadas a transmitir su arte.⁴⁷ Arte popular, “artes colectivas”, como las llamaba Rojas para distinguirlas de aquellas derivadas de la actividad del genio individual.

Como vimos, esta recuperación se sobreimprimía a una señalada apuesta estatal por las bellas artes, que había tenido dos momentos importantes en la creación de la sección pictórica del Museo Provincial y en su inauguración, y que tendría uno fundamental en el primer Salón de Córdoba, de 1916. Esto interesa por dos motivos; el primero, que a pesar de la pulsión representativa que había acompañado tanto la creación de las salas de pintura como el derrotero de los sucesivos proyectos de museo, el proceso paralelo habido en el ámbito de las artes populares —no menos estimulado que aquel por un poder estatal que contaba entre sus ocupantes a varios conservacionistas— acabó por conducir al mismo reducto tanto a las pretendidas *bellas artes* (pintura, escultura y música puntualmente) cuanto a la arquitectura y estas artes *decorativas*, todas categorías en concurso.⁴⁸ El segundo motivo de interés, que aunque esta introducción del artesanado constituía de manera bastante directa una forma de recuperación de España, aquella otra vía acabó por configurar una forma más mediada, pero no menos firme, de reencuentro con la madre patria; de la cual, como vimos, provinieron las más de las obras efectivas de la colección y, en consecuencia, los modelos más directos con los que trataron los alumnos de ese catamarqueño formado en Madrid que era Caraffa y ese español nativo que era Cardenosa. Como se advierte, España volvía por todos lados.⁴⁹

El Taller de Encajes y Tapices Coloniales empezó a funcionar en octubre de 1915, con cinco maestras reclutadas “en los lugares donde se con-

⁴⁷ Se expusieron entonces los tapices del Convento de Santa Catalina de Siena.

⁴⁸ La recurrencia de Juan B. González, ministro de Obras Públicas protagonista en la creación del Taller de Tapices, así como el pronunciamiento de Juan C. García, entonces presidente de la Comisión de Bellas Artes, llaman la atención sobre estas dos figuras del grupo de funcionarios más inmediato a Cárcano, muy comprometido en los sucesivos rescates del legado colonial en la década. Sobre González, autor del mencionado *Removiendo el pasado*, puede agregarse que, doctor en Derecho recibido en 1891, había escogido entonces como padrino de su tesis sobre *Sucesión testamentaria* a Rafael García Montaña, uno de los docentes criptocatólicos separados por Wilde cuando el escándalo por la tesis de Cárcano. Al parecer, fue también docente de Literatura General. Juan B. González, *Removiendo el pasado*, Córdoba, Imprenta Pereyra, 1914.

⁴⁹ Sin duda, lo que el Salón de Córdoba reunía era también separado por otros medios, cosa notable no solo en la desigual cotización simbólica de los productos sino, también, en el más pedestre nivel administrativo. Mientras que las salas de Pintura del Museo (como este en su conjunto) dependían del Ministerio de Gobierno e Instrucción Pública, el Taller de Tapices lo hacía del Ministerio de Obras Públicas e Industrias, reciente creación ministerial del carcanismo.

servan el estilo y los procedimientos”.⁵⁰ Durante unos meses fue su directora Gertrudis Clausen de Wolff, quien abandonaría la gestión, al igual que su esposo Jacobo la del Museo, con el ascenso a la gobernación del radical Eufrazio Loza. La actividad del Taller, sin embargo, se prolongó y expandió, y de su relativo éxito hay noticia hasta entrada la década de 1920.⁵¹ Visto desde la perspectiva de su publicidad, el experimento alternaba su cotidianeidad de puertas adentro con las periódicas exhibiciones que estimulaban los encargos, donde convergían expresiones “cultas” y populares de arte.⁵² De algún modo, la recotización estética del fondo textil colonial cerraba el círculo; algo sugerido por la apelación de Cárcano al criterio de la “gente inteligente” y agudamente apuntado por Clemente Onelli en su *Alfombras, tapices y tejidos criollos*: “es el cristiano más rico [...] el que usa como matra el producto de los telares indígenas”.⁵³

Monumentos

Monumento del pasado, ruina solitaria que con tu pequeña puerta te exhibes en pleno campo, deja que te haga símbolo de mi obra.

JUAN KRONFUSS, *Arquitectura colonial en la Argentina*, 1921

⁵⁰ Decreto N° 5.486, 28 de julio de 1915, *Compilación*, mor, 1915. En un temprano balance, Cárcano señalaba: “Todos los tejidos son de lana hilada y preparada en el mismo taller. Los diversos colores empleados en las obras son de origen vegetal elaborados con plantas tintóreas recogidas en la provincia; los trabajos se ejecutan sobre dibujo o modelo de la época colonial, perteneciente a la hermosa colección del museo de la provincia. Se han instalado varios telares servidos por mujeres hábiles y prácticas, que preparan a la vez a las alumnas que se inician en esta industria, se han construido varias obras que llaman la atención de la gente inteligente; y en el taller se han anotado diversos pedidos de obras, que anuncian tan en principio el interés que esta industria está llamada a despertar y el valor positivo que es capaz de crear”. Ramón J. Cárcano, *Mensaje del Gobernador de Córdoba Dr. Ramón J. Cárcano*, 1° de Mayo de 1916, Córdoba, Talleres La Italia, 1916, “Escuela Taller de Tapices”, pp. 150-151. Se recordará que el segundo proyecto de museo de Kronfuss contemplaba un amplio salón para el Taller, que nunca llegó a construirse.

⁵¹ Ese mismo año de 1916 surgieron dos nuevos talleres, con idénticos objetivos, en las localidades de Villa Dolores y Tulumba, sedes naturales de las artes textiles coloniales. Desconocemos el momento de la suspensión de la actividad del Taller, pero a partir de las fotografías de Antonio Novello sabemos de su funcionamiento en 1932. Cristina Boixadós, Marta Palacios y Silvia Romano, *Fragmentos de una historia. Córdoba 1920-1955. Fotografías periodísticas de la colección Antonio Novello*, Córdoba, Editorial de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, 2005.

⁵² Sobre las complejas relaciones entre el mundo del arte y el mundo de las artesanías, véase Howard Becker, *Los mundos del arte. Sociología del trabajo artístico*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2008, “Artes y Oficios”.

⁵³ Clemente Onelli, *Alfombras, tapices y tejidos criollos*, Buenos Aires, Imprenta de Guillermo Kraft, 1916, p. 24.

Puesto que documentos y monumentos aparecían como realidades discernibles a la élite letrada del giro de siglo, interesa invocar aquí un caso significativo de revalorización monumental que, aunque compartía con el primer proyecto de museo de Kronfuss (1912) el carácter material y formal del rescate, se diferenciaba de él al intentar operar sobre vestigios coloniales, postulando las condiciones de su preservación y reformulación. Se trata del proyecto sobre conservación de monumentos que en 1915 sometieron a las cámaras provinciales el gobernador Cárcano y su ministro Juan B. González, documento interesante tanto por los criterios valorativos en los que se asentaba cuanto por su alcance en términos de estabilización de un fondo material a custodiar. Este antecedente abriría una línea de intervención estatal pasible de ser retomada cuando, una década después, Cárcano cumpliera su segunda gobernación. Ya en este momento, que será el de la compra y remodelación de la casa llamada “de Sobremonte” con destino al Museo Provincial, no solo la ambigüedad del tema colonial parecerá un dato del pasado sino que la iniciativa conservacionista encontrará un ámbito disciplinar muy consolidado, capaz de dirigirla y acompañarla. Ese ámbito, que no pudo ser aún americanismo porque era recién pacificación con España, fue al menos el de unos estudios coloniales que, preparados o acompañados por Garro, Cárcano, Garzón, González, García, Kronfuss o Grenón, eran ahora el territorio donde reinaba Cabrera.

Uno de los elementos que hacen significativo el proyecto de 1915 es, como se dijo, el establecimiento de un criterio respecto de aquello que debía ser conservado, cuestión fundamental a los fines prácticos de su relevamiento y contralor pero en nada evidente. En efecto, esa era la primera cuestión seria que el proyecto intentaba cercar, habida cuenta que de allí derivaría la sujeción de muchas propiedades particulares a la decisión estatal. En tal sentido, la definición de un patrimonio cuyo interés podía residir tanto en cualidades *artísticas* como *históricas* era fundamental, y representaba una avanzada contra el sentido común de la valoración material del pasado, capaz de discernir valor a ciertas cualidades estéticas sobresalientes pero de negarlo a una rusticidad material que podía, desde la perspectiva de los artífices del proyecto, estar plena de sentido. Como se advierte, el razonamiento no se alejaba mucho del que contemporáneamente hacían Martínez Paz y Cabrera respecto de los textos que ameritaban integrar la Biblioteca del Tercer Centenario, a los que adjudicaban un valor histórico (documental) independiente de sus cualidades intelectuales o estéticas. Sin embargo, en el plano monumental la cuestión era más resbaladiza, no solo porque afectaba intereses reales de propietarios o poseedores sino porque también remitía a un patrimonio que era difícil reconocer como tal en términos comparativos.

Puesto que el proyecto sobre monumentos fue reproducido en la *Revista de la Universidad* en el mismo año de su formulación, allí González pudo precederlo de unas notas en las que hacía un sumario recorrido sobre las legislaciones contemporáneas en la materia.⁵⁴ Indudablemente, el *racconto* era parte del trabajo de legitimación del proyecto dentro de la élite letrada, algo a lo que servía la invocación de los casos italiano, francés, inglés o austríaco. Sin embargo, ese mismo recorrido autorizaba tanto como debilitaba el proyecto, en la medida en que esos parecían ejemplos cuya adecuación ningún miembro culto de la élite hubiera puesto en discusión. El problema era, en definitiva, qué hacer en un territorio cuyo pasado colonial había sido el de una zona marginal, no solo extraeuropea sino, también, empobrecida dentro del imperio si se la comparaba con México o Perú; o, dicho en otros términos, qué interés tenía preservar un fondo material en el que la distancia entre valor estético e histórico podía llegar a ser tan pronunciada. En este punto, el proyecto había sido más atinado que su justificación posterior, y se defendía de antemano de las más previsibles objeciones refugiándose en la ambigüedad de un conjunto de fórmulas románticas.

El proyecto que someto a la consideración de v. n. colocando bajo la custodia pública los raros monumentos que dan carácter y revelan una tradición, significa la contribución al propósito de mantener vivo el culto por el pasado en lo que tiene de interesante y artístico. [...] Si lamentamos la desaparición de las viejas reliquias artísticas, conservemos las que permanecen resistiendo a la acción destructora del tiempo [...] si es que nos hablan al espíritu en el sentido de nuestro credo artístico o religioso, si responden al sentimiento nacional [...] si constituyen el alma de la historia escrita sobre esos libros de piedra [...] *si esos monumentos, por modestos que sean, nos dicen por fin de los orígenes de un país, de su civilización y de su genio...*⁵⁵

La valorización de la *modestia* de los testimonios fue entonces una pieza central de este proyecto, que contestaba así de antemano los más primarios datos perceptivos e intentaba corroer las más extendidas representa-

⁵⁴ Las alteraciones posteriores del plan serían producto directo de esa mayor precisión de criterios que evidencia Martínez Paz en 1916, al presentar la colección.

⁵⁵ Proyecto sobre conservación de monumentos, citado en Juan B. González, "Monumentos públicos. Legislación a su respecto -Legislación sobre conservación de monumentos de carácter histórico y artístico", *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año II, N° 10, 1915, pp. 172-173.

ciones del legado material colonial.⁵⁶ Y aunque es probable que aquí converjan varias fuentes, estas iniciativas conservacionistas tenían resonancias ruskinianas, entre ellas el cuestionamiento de las formas impacantes pero carentes de sentido en beneficio de las sencillas pero significativas.⁵⁷ Sin duda, podría argumentarse que esa era *aquí* una idea demasiado a la medida de un espacio cuyo pobre legado material era puesto de relieve por cada nueva búsqueda, algo que había sido expuesto en los debates disciplinares (arquitectónicos) porteños; sin embargo, el momento de expansión de esta idea era también aquel en el cual un historicista-romántico como Kronfuss avanzaba en la documentación y conceptualización de un fondo colonial del que seguía esperando un estilo *nacional*. Y si ese camino fue entonces más documental e intelectual que constructivo, y si forzosamente debió esperar su hora, lo cierto es que esta llegaría pocos años después, en la misma Córdoba en la que comenzaba su cartografía argentina.⁵⁸ La década de 1920 en general dará testimonio de una experimentación formal que, mirando al pasado, buscaba lo mismo que otros modernismos arquitectónicos mirando al futuro: vulnerar el sistema clásico y ofrecer una arquitectura de modulaciones nacionales.

⁵⁶ No debe sorprender que aún en 1921, y al tiempo que encarecía la aprobación de la legislación propuesta en 1915 por Cárcano y González, Kronfuss insistiera en la misma dirección: “no hay que preguntar siempre qué valor estético tiene una forma o una obra. Hay al lado del valor estético, uno no menos importante, que es el histórico”. Juan Kronfuss, *Arquitectura colonial en la Argentina*, Córdoba, Biffignandi, 1921, p. 50.

⁵⁷ Ruskin está en el aire. Se lo huele en Rojas y en Kronfuss ya en estos años (en su concepción puntual de las artes decorativas y en su valoración formal más general) aunque, hasta donde vemos, no sea por ellos citado. Manuel Gálvez, en cambio, dejará testimonio de su era ruskiniana en su advertencia a la séptima edición de *El solar de la raza*: “Ya no abomino del Renacimiento, como cuando escribí *El solar de la raza*, tal vez dominado por influencias ruskinianas y góticas”. Manuel Gálvez, “Advertencia para la 7^a edición”, en Manuel Gálvez, *El solar de la raza*, Buenos Aires, Ediciones Dictio, 1980 [1943]. La marca de Ruskin en las *Piedras liminares* de Lugones, de 1910, ha sido señalada por A. Gorelik, *La grilla y el parque...*, *op. cit.*, pp. 227-234, quien en otro sitio subraya la necesidad de considerar “una más difusa influencia centro-europea [que enlaza] los nombres de Camillo Sitte (en los temas urbanos), Alois Riegl (en los monumentales), entre otros, en una extendida sensibilidad que buscaba unir historicismo nacionalista, pintoresquismo urbanista y recuperación monumental”.

⁵⁸ En 1926, Cárcano concretaría la compra de la “casa de Sobremonte”, edificio alquilado desde 1918 para el funcionamiento de la sección colonial del Museo Provincial. A los fines de su restauración, formó una comisión de especialistas integrada, entre otros, por Cabrera (entonces director del Museo), el porteño Martín Noel, Juan Kronfuss y Miguel Ángel Cárcano. R. J. Cárcano, *Mensaje del Gobernador de Córdoba Dr. Ramón J. Cárcano*, 1^o de mayo de 1926, *op. cit.*

Instituciones y disciplinas

Los estudios sobre la Colonia, en nuestros historiadores, recuerdan el vago fondo de paisaje de los cuadros antiguos: una decoración inexpresiva, convencional. Afortunadamente una racha de entusiasmo por lo que está más allá del año 10 anima hoy las investigaciones históricas. Poco a poco, la Colonia va saliendo de la penumbra a que la había condenado la ignorancia declamatoria. Nada más oportuno entonces que contribuir al desarrollo de esos estudios [...] ¿en alguna parte mejor que en Córdoba puede hacerse esta obra? [...] Será la contribución original de Córdoba, su parte más seria.

DEODORO ROCA, *Proyecto de Reorganización del Museo Provincial*, 1917

[...] es recién ahora que el americanismo, o sea la rama de los conocimientos humanos que se ocupa del estudio de todo lo que se refiere a América (especialmente su arqueología y etnografía) ha recibido verdaderamente su carácter científico.

ERNESTO QUESADA, "El Congreso Literario Latino-americano y el 'americanismo'", 1882

La configuración de un área de estudios coloniales reconoce en Córdoba un momento fundamental entre los años 1910 y 1920, cuando se consolidan su presencia y reconocimiento públicos, aunque solo alcanza un grado notable de institucionalización en la década de 1930. Si hasta entonces los cultores de la historia colonial habían descrito un tipo de recorrido aislado y bastante individual, fue a partir de aquellas décadas que adquirió cierta consistencia y visibilidad una heterogénea comunidad de coleccionistas, historiadores, arquitectos y editores atraídos por el tema colonial, interesados en el rescate y sistematización de los vestigios coloniales y comprometidos en una serie de iniciativas de diverso grado de publicidad. Su fisonomía fue, en esos años, la de una *formación*, un agregado de figuras unidas por lazos informales de afinidad o amistad, concentrado y actualizado al calor de sus empresas comunes.⁵⁹

El carácter poco regulado de los vínculos establecidos entre figuras tan diversas –y exclusivamente actualizados dentro de un conjunto de prácticas comunes– es parte de su interés como grupo. Documenta también la mirada más general de la élite sobre la Colonia, dominada por una sensible ambigüedad que a veces roza el desinterés. De este modo, los estu-

⁵⁹ Raymond Williams, *Sociología de la cultura*, Barcelona, Paidós, 1982.

dios consagrados a la Colonia habrían ido haciendo su camino con cierta tranquilidad en sus facetas menos expuestas (el trabajo de archivo o gabinete), tanto como experimentado una serie de frustraciones o recortes en aquellas más sujetas a una arena social más amplia (como la edición o la arquitectura). Esto parece haber sido así, al menos, entre la década de 1890 y mediados de la década de 1910, cuando tuvo lugar ese precipitado de iniciativas editoriales y conservacionistas que, invocando las antiguas lecciones universitarias, los tapices criollos o los monumentos *sencillos* de la Colonia representaron una verdadera avanzada de los colonialistas en la cultura ciudadana. Y si esa acumulación de iniciativas debió expresar entonces cierta alteración en las representaciones o las valoraciones dominantes de la era colonial, hay aún menos dudas de que contribuyó en forma decisiva a reconducirlas en el sentido de su reconocimiento y reintegración a diversos relatos comunitarios. En efecto, lo decisivo de ese conjunto de “retornos coloniales” fue el haber expuesto el pasado colonial menos como materia de juicio (el cual podía, eventualmente, ser aplazado) que como marca de una especificidad urbana recuperable y distintiva.

Aunque la señalada ausencia de un soporte institucional específico resintió en parte las condiciones y ritmos de la afirmación disciplinar, ella no debe ser confundida con la absoluta orfandad de los estudiosos de la Colonia. No se trata de que las solidaridades habidas en el ámbito de la formación suplieran la presencia institucional sino, en todo caso, de que en muchos órdenes fue más que habitual que la lógica de los círculos se impusiera a la de las instituciones, algo que permitió dar cierto grado de formalidad a las iniciativas de los mejor situados respecto de ellas. La serie de “retornos coloniales” señalados a mediados de la década de 1910, en este punto, resultaría inimaginable si no se recordara una y otra vez que la primera gestión Cárcano tuvo a Félix Garzón Maceda como vicegobernador, Juan B. González como ministro, Juan G. García como presidente de la Comisión de Bellas Artes y Juan Kronfuss como director de Arquitectura; o que, en los mismos años, la *Revista de la Universidad* era presidida por Enrique Martínez Paz, su comisión consultiva estaba integrada por Garzón Maceda e Ignacio Garzón, y el archivo universitario estaba conducido por Pablo J. Cabrera. Como habitualmente, las funciones precedían a las instituciones específicas; pero, dada una conjunción especialmente auspiciosa de círculos y otras generales, los hilos de una institucionalidad histórica (y aun histórico-colonial) quedarían tendidos desde entonces.

Esas condiciones favorables habían estado ausentes cuando, por ejemplo, Cárcano formuló los lineamientos para el crecimiento del Museo Poli-

técnico Provincial. Como vimos, hubo un grado importante de aleatoriedad en aquella creación, precipitada por la llegada de la colección de Lavagna a la ciudad en 1886. Pero dentro de esa aleatoriedad, Cárcano intentó canalizar en esa institución el tipo de funciones que, a falta de otras, consideraba preciso cubrir para el desenvolvimiento de una historiografía local; ante todo, la reunión y recolección de documentos. Partidario como era de los museos integrales, el énfasis en la sección histórica correspondía tanto a sus inquietudes más personales como a las características de la colección, mayormente etnográfica y natural, de Lavagna; pero esa iniciativa fue entonces lo bastante aislada como para no alterar sensiblemente las modalidades de crecimiento de un fondo que siguió desbordándose de piezas naturales u etnográficas. En todo caso, si aquel impulso archivístico apenas rozó entonces el perfil efectivo del Museo (es decir, hizo de él un museo esencialmente histórico pero escasamente documental), parece haber sido lo bastante significativo como para favorecer la sucesión de un coleccionista como Jacobo Wolff y un coleccionista/historiador como Cabrera en la dirección del Museo, así como para respaldar las sucesivas compras de sus colecciones particulares.⁶⁰

Una iniciativa significativa y muy posterior, más favorecida por las condiciones generales y las “disciplinarias” pero menos por el equilibrio entre círculos y gestiones de gobierno, tendría lugar en 1917, cuando Deodoro Roca –entonces director de la institución– elaborara su Proyecto de Reformulación del Museo Provincial. Como señalamos, lo fundamental de su propuesta radicaba en un diseño que preveía la separación de las secciones natural e histórica del Museo como instituciones independientes, instituciones a las que se adjudicaban tanto funciones de exhibición como de investigación. La primera de ellas, el Museo Natural, sería organizado a partir de la reintegración de las colecciones segregadas en 1911; en lo que hace a la segunda, daría lugar a un Museo Histórico Colonial cuya especificidad remitía de manera directa, a juicio de Roca, a la posición excepcional de Córdoba respecto de aquel legado. Era esa pretendida especificidad la que autorizaba la subordinación de las salas de Pintura al Museo Histórico, a la espera de una colección que Roca ubicaba en el futuro, y también la que permitía vaticinar en los productos de ese centro de documentación e investigación coloniales la contribución “más seria” de Córdoba a la nación.

⁶⁰ La colección de Lavagna, más heterogénea y dominada por sus objetos naturales y etnográficos, había pasado al Museo nominalmente desde su origen y prácticamente con su muerte, en 1911; la de Wolff (que Roca juzgaba “valiosísima”) fue adquirida en 1917, y la de Cabrera en 1926.

La adopción de esa perspectiva local/nacional es uno de los datos notables del proyecto, no solo porque permitía imaginar, de manera muy clara, un nuevo lugar para Córdoba en la nación sino, también, porque autorizaba ciertas consideraciones generales sobre el deficiente estado del arte historiográfico y museográfico argentino. A juicio de Roca, ese débil punto de partida era muy sensible en el Museo Histórico Nacional, cuyo relato privilegiaba “la gesta política de la nacionalidad en sus aspectos más externos, y [...] baladíes”, sugiriendo “una verdadera solución de continuidad entre los procesos de la Colonia y los desenvolvimientos de la Emancipación”.⁶¹ La preocupación, muy significativa, retomaba algunos de los motivos presentes en otras intervenciones contemporáneas, pero también situaba con mayor nitidez los desafíos de una actividad rigurosa sobre el pasado.

Sin duda, el tono asumido por el funcionario distaba de aquel más encendido que, en los mismos años, caracterizó al joven reformista en los combates universitarios. La duplicidad de la posición de Roca lo condujo a moverse singularmente entre la condena de una herencia que denunciaba actual (los espectros coloniales tal como habitan el “Manifiesto liminar” de la Reforma Universitaria de 1918) y el llamado a rescatar esa misma herencia dado el peligro de su definitiva extinción. Esa ambivalencia era, en rigor, indicativa de un tipo de mirada tan capaz como la de Cárcano de manipular los términos extremos de una vieja ambigüedad y, también, de volcarse con mediana fluidez tanto en clave “científica” como polémica.⁶² En cualquier caso, en el *Proyecto* Roca intentó atender tanto a las necesidades de la investigación histórica, la preservación documental y monumental –algo para lo que invocaba a Kronfuss– como a las de la educación general, y trazó para ello un plan sencillo pero pretencioso: se trataba de formar una gran biblioteca colonial, un archivo que concentrara los estatales y particulares, de “extractar y agrupar” y, como tarea complementaria, “clasificar y publicar de acuerdo a un plan sistemático”;

⁶¹ Deodoro Roca, *Proyecto de Reorganización del Museo Provincial de Córdoba*, Córdoba, Talleres de la Penitenciaría, 1917, pp. 4-5.

⁶² Se alude a la dimensión polémica propia del discurso político. Eliseo Verón, “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política”, en AA.VV., *El lenguaje político. Lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires, Hachette, 1987. En el caso de Roca, no hay que olvidar que, como muchos otros reformistas cordobeses, también él convivió con la ambigüedad muy íntimamente, habida cuenta de las dificultades experimentadas para salirse de su *piel* hispano-criolla. Esto ha sido señalado ya por Martínez Mazzola respecto del caso de Arturo Orgaz. Ricardo Martínez Mazzola, “¿El último manifiesto reformista? Democracia y socialismo en ‘El último caudillo’ de Carlos Sánchez Viamonte”, en Ana Clarisa Agüero y Diego García (eds.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, La Plata, Al Margen, 2010.

es decir, básicamente, de concretar aquellas tareas iniciales que Cárcano había previsto en 1887 y ampliarlas merced a una publicación analítica.⁶³

Aunque, como se dijo, el proyecto de Roca tuvo una casi inmediata expresión en la reasunción de la colección natural por la provincia y en la efectiva constitución de dos museos (dada la creación del Museo Escolar de Ciencias en 1919), su *novum* fundamental, la adopción de una tipología mixta, expositiva e investigativa, fue confinada a eterna irrealización.⁶⁴ Curiosamente, la desatención a este costado del proyecto fue simultánea a una inversión inédita en el rescate de la colección de Jacobo Wolff de las garras de sus acreedores; medida que, aunque recomendada por Roca, es reveladora de las prioridades museísticas de la gestión y de su identificación con el más modesto modelo expositivo.⁶⁵

Incluso cuando las consecuencias del proyecto de Roca hayan sido nulas en términos de institucionalización de la historia, todo esfuerzo por restituir el momento genético de formación de un ámbito de estudios coloniales no puede desatender ni esa iniciativa ni la de Cárcano, puesto que ambas, en diverso grado, atacaron cuestiones centrales para la tarea histórica y representaron escaladas favorables al establecimiento disciplinar. La primera, con su marcada vocación documentalista; la segunda, por la propia imaginación de un ámbito de estudios históricos coloniales que, en torno a un acervo en constitución, dibujaba el espacio para un nuevo tipo de especialista. Si ambas fueron, en lo inmediato, empresas frustradas, indiscutiblemente abrieron también las perspectivas concretas del primer ámbito de cristalización institucional de los estudios coloniales y la historiografía local. La relación es antes directa que mediada: en 1926, la colección de objetos coloniales de Pablo Cabrera será adquirida por la provincia para su Museo Histórico; en 1936, la Universidad adquirirá su colección documental, base del Instituto de Estudios Americanistas.⁶⁶ Aunque su desarrollo escapa a este trabajo, cabe consignar que allí formarían, en adelante, estudiosos de la historia y el arte coloniales; y que

⁶³ D. Roca, *op. cit.*, p. 6. Se ha señalado en el capítulo IV que, según Ángel Gallardo, la gestión Cárcano había formulado también un plan más sistemático en este sentido alrededor de 1914. Ángel Gallardo, "Museos Regionales", *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año II, N° 6, agosto de 1915.

⁶⁴ Cabe recordar que, aunque el Museo efectuó desde su creación algunas expediciones de rescate naturalista o arqueológico, estas se orientaron más a reunir materiales que a su estudio.

⁶⁵ Para esa compra, la provincia se comprometió por la suma de 26.000 pesos, cifra que no tenía parangón alguno. Decreto 1.924-A, 26 de septiembre de 1917. *Compilación*, MC, 1917, p. 672.

⁶⁶ A fines de esta compra, Cárcano encarga en 1926 a Cupertino del Campo, director del Museo Nacional de Bellas Artes (MNBA), el inventario y tasación de la colección de objetos coloniales de Cabrera.

allí, con Ceferino Garzón Maceda como organizador fundamental, tendría lugar una renovación que, en diálogo con los *Annales* franceses y centrada en la historia económica colonial, legaría una larga y productiva dinastía de historiadores que alcanza nuestros días.⁶⁷

Patrimonios y mapas

Una historia de las relaciones entre imagen de sí y monumentos del pasado debe entonces desplazar en varios aspectos los intereses tradicionales de la historia del patrimonio.

DOMINIQUE POULOT, *Musée, Nation, Patrimoine. 1789-1815*

Córdoba, cuya Universidad data de 1614 y Chuquisaca, con su vieja Audiencia y su Universidad, fundada en 1624, han sido los dos focos intelectuales de estas extensas tierras virreinales; sus enseñanzas, fundamentalmente idénticas, encierran el núcleo común de la vida moral e intelectual de esta parte de América. Sin embargo, la ignorancia de algunos escritores se ha complacido en presentarlas como antagonicas.

ENRIQUE MARTÍNEZ PAZ, "Nota bibliográfica a un texto de Luis Paz", 1914

Los diversos retornos a la etapa colonial, desde los aislados y aún esotéricos de los tempranos años 1890 hasta aquellos más fluidos y públicos de la década de 1910, pusieron de relieve no solo ciertos elementos característicos de un tiempo crecientemente admitido como pasado sino, también, la antigua comunidad que unía a Córdoba con otras ciudades argentinas y americanas, y el antiguo papel por ella jugado en otros circuitos y unidades territoriales. En buena medida, este redescubrimiento de una vinculación americana que apuntaba al noroeste fue un resultado de la intensificación de los contactos presentes en dirección sudeste; y así, frente a las jerarquías activas de un mapa contemporáneo dominado por Buenos Aires, fueron ganando relieve las jerarquías perimidas de un mapa colonial que había otorgado a Córdoba un lugar de peso. Era en parte ese viejo lugar lo que intentaba subrayar Martínez Paz en el texto invocado en el epígrafe, texto que insinuaba un adversario que no resulta muy difícil reconocer como pampeano. Frente al lugar *real* de la Universidad de Córdoba en la Colonia, el lugar *atribuido* por Buenos Aires, disminuido, estigmático y actual:

⁶⁷ Diego García, "Una renovada historiografía: la historia social y económica en los '60", en A. C. Agüero y D. García (eds.), *op. cit.*

Este, es hijo de las enseñanzas de Charcas; este otro, de las de Córdoba, oímos repetir con frecuencia; caracterizando en el primero al libertador, filósofo y humanista y en el segundo, al tirano bárbaro, jurista, teólogo y casuista.

El Dr. Paz contribuirá con su ilustrado libro a destruir esa dorada leyenda de ignorancia. El capítulo X dedicado a estudiar la orientación de la enseñanza, su extensión y carácter, nos demuestra que, tanto allí como aquí, Aristóteles, Santo Tomás y el Padre Suárez, reinaron en las aulas hasta los últimos días coloniales, y que si nuestra juventud se costeara hasta Charcas, no iba a respirar auras de libertad y humanismo, como se pretende, sino a hacer sus cursos de Derecho, que, en Charcas, y bajo el influjo de su célebre Audiencia, habían sido establecidos antes que en Córdoba.⁶⁸

No se trataba, como se advierte, de señalar el elemento ilustrado donde podía admitirse el escolástico, sino de contestar la larga cadena denigratoria que había pesado sobre Córdoba desde la revolución, señalando en ella un centro *especialmente* conservador. Por lo demás, la equiparación a su par norteña buscaba restituir el lugar central de la universidad cordobesa en la conformación de un núcleo moral que, en todo caso, marcaba hasta entonces las sociedades derivadas de la colonización.

Dado que el redescubrimiento noroeste convivía con los intercambios y las luchas de interpretación sudestes, no debe sorprender que haya sido la generación de la Reforma la que articuló, a lo largo de los años, la idea de una *bifrontalidad*, una *bifacialidad* cordobesa; idea que luego, no sin señalar la actividad de un legado, José Aricó reabsorbería en su noción de “ciudad de frontera”.⁶⁹ Aquella idea tuvo desde el comienzo mapas muy concretos en los que reposar, en gran medida provistos por las redadas de los estudiosos o coleccionistas coloniales, y también por las huellas que dejaba su práctica. Así, cuando Deodoro Roca quiso fundamentar su proyecto de museo, invocó como ejemplo de conservación las experiencias

⁶⁸ Enrique Martínez Paz, “Nota bibliográfica a La Universidad Mayor Real y Pontificia de San Francisco Xavier de la Capital de los Charcas. Apuntes para su historia, de Luis Paz”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año 1, N° 5, 1914.

⁶⁹ La postulación de la *bifacialidad* cordobesa proviene de un texto tardío de Raúl Orgaz y es retomada, entre otros, por Aricó. También Jorge Orgaz sugerirá respecto de la Córdoba de los años ochenta: “En ella chocan y entremezclan ideas, intereses, costumbres, perspectivas: la Colonia y la Revolución, con todas sus implicancias, las provincias y Buenos Aires, el país y Europa”. José Aricó, “Tradición y modernidad en la cultura cordobesa”, *Plural*, N° 13, 1989; Jorge Orgaz, Joaquín V. González. *El caballero de la mirada en la rosa*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1964, p. 19.

llevadas adelante en los archivos capitulares de Jujuy y Tucumán por Ricardo Rojas y Ricardo Jaimes Freyre (el primero un tucumano nacionalizado, el otro un boliviano “tucumanizado” en el seno de lo mejor de la élite tucumana).⁷⁰ Pero, en el mismo acto, al buscar un modelo de actividad analítica y de difusión, consideró en detalle el “Plan de publicaciones e investigaciones históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires”, adosado en forma completa. Una operación de ese tipo traducía, sin buscarlo, un mapa bastante actual de la cultura nacional, mapa que reconocía varios centros patrimoniales y un verdadero centro intelectual. Y, dado que la apuesta por valorizar los vestigios del pasado era uno de los modos en que Córdoba buscaba un nuevo lugar en ese mapa, no quedan muchas dudas respecto de qué tipo de *equilibrio* documental-intelectual estaba tentando Roca.

Pero el relevamiento de los bienes pasibles de revalorización y de los créditos de Córdoba a este respecto no fue solo una empresa de la élite local. Por el contrario, la mirada externa, y ante todo extranjera, resultaría crucial en la reválida del legado español y en su recotización contemporánea. La extranjería fue la condición del coleccionismo de figuras como el naturalista italiano Jerónimo Lavagna o el médico alemán Jacobo Wolff, de los relevamientos con los que el arquitecto húngaro-alemán Juan Kronfuss intentó reeditar en Argentina la empresa historicista o del ánimo editorial de italianos como Domenici y Aveta. La condición, porque su extrañeza efectiva ante la sociedad que decidieron habitar los hizo acaso más sensibles para reconocer en ella trazos de exotismo o anacronismo que, en algún punto, hallaron cautivantes. Y así fue también un italiano quien adjudicó a unas matras de fibras deshechas un valor estético o histórico. Figuras de especial olfato como Cárcano o Padilla, gobernador tucumano, advertían que algo había allí, y avanzaban en su rescate consultando a ese experto en que se había convertido Clemente Onelli –quien, por lo demás, reconocería ampliamente su papel de visionarios en *Alfombras y tejidos criollos*–. Y en medio de aquella búsqueda tan advertida respecto del modo en que la cotización simbólica revertiría en la económica –la búsqueda de un estudioso y de un coleccionista–, también Onelli trazó un mapa muy significativo.

⁷⁰ Jaimes Freyre fue una de las figuras que acompañaron a Juan B. Terán en más de una empresa cultural, entre ellas la *Revista de Letras y Ciencias Sociales* (1904-1907) y la creación de la Universidad de Tucumán. Soledad Martínez Zuccardi, *Entre la provincia y el continente. Modernismo y modernización en la Revista de Letras y Ciencias Sociales (Tucumán, 1904-1907)*, Tucumán, Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Tucumán, 2005.

La ciudad de Buenos Aires, la que en tantas cosas tengo en menos por cosmopolita y olvidadiza, me suponía que era el único centro poblado de la República en el que se ignoraran los tejidos criollos [...] Creía que la seguían de cerca en esta santa y manfechista [sic] ignorancia del progreso tan solo las ciudades de Rosario y de La Plata: pero hete aquí que en grandes comercios de registro, de talabarterías y de tiendas al por mayor de Córdoba, Tucumán, Salta y Santiago, La Rioja y Catamarca he tardado y sufrido para hacer entender lo que iba buscando.⁷¹

La molestia de Onelli ante las que presumía reservas del pasado devolvía también un mapa nacional muy segmentado, de pocos bloques pero pronunciadas diferencias. Un bloque de ciudades pampeanas y en parte nuevas, “cosmopolita y olvidadizo”, incapaz de reconocer las virtudes de lo antiguo y, quizás, lo sencillo. Otro de ciudades viejas e interiores, abierto por Córdoba, continuado en Tulumba y tendido hacia Cuyo y el noroeste, estricta sede del patrimonio textil y de la tragedia de su olvido. El ámbito patagónico, que tan protagónico fuera en su desenvolvimiento como naturalista y etnógrafo, se estrechaba sensiblemente en este mapa de vocación criolla.

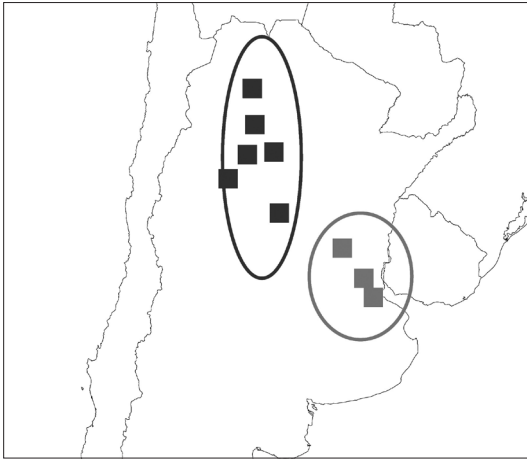
Kronfuss, por su parte, también restituye en sus recorridos de 1914 a 1921 un mapa muy preciso, que volcará en su *Arquitectura colonial en la Argentina* sin atender demasiado al hecho de que, en esa Argentina que en verdad le interesaba, Misiones entraba al mismo tiempo en que Buenos Aires se ausentaba.

Para abarcar todo lo que ha creado en construcciones la época colonial, tendría que hablar de las primeras casas de alquiler, de negocio o de oficina; de los conventos con sus rancherías, de los diques para estancar agua; comparar la forma de las plantas, antes entre ellos, después con las de España. Estudiar las ruinas de las iglesias de Misiones y compararlas con las iglesias de aquí; seguir paso a paso a los primeros pobladores de este país. Por de pronto, hice los estudios para la provincia de Córdoba, y es un tema, para que la juventud de Jujuy, Salta y Tucumán, aprendan a estudiar y dibujarlos.⁷²

355 Esos sucesivos mapas textiles, documentales o monumentales tienen en germen a aquellos que años después representarán la circulación colonial

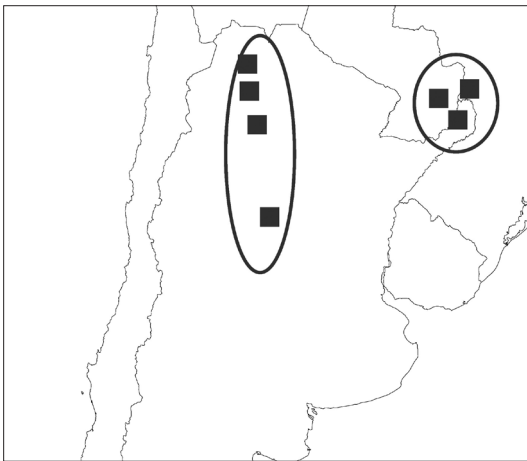
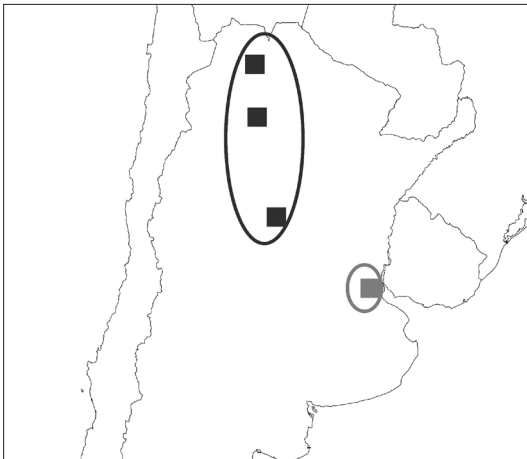
⁷¹ C. Onelli, *op. cit.*, p. 21.

⁷² J. Kronfuss, *op. cit.*, p. 53.



Mapas textil, documental y monumental de Onelli (1916), Roca (1917) y Kronfuss (1921).

En negro, zonas de valor patrimonial; en gris, zonas sin valor patrimonial, que lo ignoran o analizan.



de otro tipo de bienes, comenzando por los circuitos descritos por el tránsito de mulas y metales entre Buenos Aires o Santa Fe, Córdoba y Potosí entre los siglos *xvi* y *xviii*. Ciertamente, no hay en esto nada excepcional, porque habían sido las mismas rutas las que habían conducido bienes muy diversos y porque, también, los bienes que aparecían a ojos de estos conservacionistas como especialmente valiosos habían sido en su propia era parte de intercambios rutinarios y regulares —y lo que vale en dirección noroeste vale también para las misiones, término de un contacto comandado por la orden jesuita—. Lo que sí resulta interesante es que, siguiendo unos bienes específicos, comenzaba a sugerirse de manera bastante estable una serie de centros y circuitos, lo que es parte de su contribución al derrotero ulterior de los estudios coloniales.

Dentro de esos mapas no solo Córdoba jugaba un papel sino que, siendo el espacio de interlocución de Onelli, de la palabra de Roca y de las excursiones de Kronfuss, parecía asumir el justo término entre el fondo colonial que la ligaba al norte y la razón capitalina, que en parte trabajaba como criterio frente a ese legado. La idea de Córdoba como “factor de equilibrio” y “centro regulador”, subtendida al *Proyecto* de Roca y que haría un largo recorrido, ya está funcionando allí, al igual que la de una *bifacialidad* que es su condición, aunque no se pronuncie aún.⁷³ Las rutas implícitas en una y otra habían promovido ya en el siglo *xviii* la caracterización de Córdoba como *encrucijada*, imagen que fulgura también intermitentemente en el siglo *xix* y que el *xx* acabará por exponer en los sucesivos esfuerzos por mostrar el notable dinamismo que habitaba a la presunta “siesta colonial”.⁷⁴

Frente a las zonas patrimonialmente densas, los mapas de la década de 1910 permiten advertir también la presencia de unas zonas “frías” que correspondían, por un lado, a ese indiscutido centro intelectual que representaba ya Buenos Aires y al reciente centro “científico” en que se había convertido La Plata; por otro, a un más vasto espacio pampeano al que se

⁷³ Años después, Cárcano hijo anotaría: “Córdoba es factor principal en la fisonomía social que adquiere la nueva nación. Entre la corriente renovadora que viene del exterior, que asimilan y defienden los hombres del puerto, *Córdoba es un centro regulador*, entre estas y el sentimiento conservador del interior y la montaña, más arraigado en la tierra y apegado a la tradición, más productivo que comerciante”. M. Á. Cárcano, *op. cit.*, p. 88.

⁷⁴ También ciertos “indigenistas” nutrieron estos mapas, desde el nativismo temprano de los retornos de Joaquín V. González o Adán Quiroga a sus provincias hasta los sucesivos rescates de naturalistas y etnógrafos que iban y venían de La Plata a los valles calchaqués, pasando por Córdoba (como Lafone Quevedo o el propio Onelli). Su visibilidad, no obstante, como pasaba en el propio Cabrera, debió esperar la más urgente digestión del pasado colonial. Esto se prolongaría en las creaciones sucesivas del Instituto de Estudios Americanistas (1936) y del Instituto de Antropología (1943), que en cierto modo desdoblan el *americanismo* en la ciudad.

adjudicaba no solo la no participación en el mapa estrictamente patrimonial sino, como vimos en Onelli, el renegar casi naturalmente de su herencia. Desde su perspectiva, si el desconocimiento de un legado era, dentro del circuito norteño, “peruano”, anomalía, dentro del ámbito “platense” era regularidad. Y si invocamos estas nociones a esta altura de nuestro trabajo es porque la historiografía posterior no solo mostraría que el ámbito *peruano* había correspondido a circuitos de gran significación hasta el momento mismo de la revolución, sino también hasta qué punto, visto desde la perspectiva de la ciudad mediterránea, el circuito *platense* había sido entonces un circuito “frío” por motivos casi inversos; es decir, porque –a diferencia del peruano– no proveía metales y no facilitaba sino por defecto –al no requerirla como medio de cambio– su proceso de acumulación de moneda. Desde nuestro punto de vista, todo ese formidable trabajo de conceptualización y documentación del sistema colonial que encarnará Sempat Assadourián desde la década de 1960, y su propio interés en él, fue un tributario mediato de aquel largo proceso de recuperación de la era colonial como fuente, alternativamente, para la memoria y para la historia. La ulterior formulación de una Córdoba “ciudad de frontera”, tal como la figuraría Aricó –ciudad sujeta al influjo atlántico contemporáneo pero, también, a una antigua tensión norte–, no solo sugerirá la reverberación de un equilibrio cuyos términos habían esquematizado colonialistas y reformistas sino que también intentará situar como cuestión cultural lo que otros habían documentado y evaluado en el orden económico.⁷⁵

⁷⁵ J. Aricó, *op. cit.*; Horacio Crespo, “Identidades /diferencias /divergencias: Córdoba como ‘ciudad de frontera’”. Ensayo acerca de una singularidad histórica”, en C. Altamirano (ed.), *op. cit.*



A manera de cierre

Este trabajo se propuso ser una historia cultural de Córdoba entre 1880 y 1918, y para ello privilegió ciertos núcleos de interés capaces de complementarse y, en lo posible, de iluminarse mutuamente (de ciertas representaciones urbanas a las artes plásticas, de la edición a unos peculiares *estudios coloniales*). A la vez, el libro intentó poner en primer plano la dimensión relacional de las culturas urbanas, razón por la cual prestó especial atención al modo en que el espacio local se hacía en el vínculo con otros espacios, en especial Buenos Aires, a la que lo unía no solo un ramillete de intercambios muy concretos sino también un combate que era más que de imágenes recíprocas. Ciertamente, tanto la definición de un objeto de estudio así de abierto cuanto la serie de decisiones adoptadas respecto de los diversos capítulos y su tratamiento dialogaron con ciertas hipótesis de validez general y precisas consecuencias. Sin desglosarlas en aquellas particulares, y aun muy específicas, que fueron surgiendo, quisiéramos al menos recuperarlas en lo que creemos tienen de firme, para luego ofrecer un breve cierre en torno al año 1918 y el futuro inmediato de esta historia.

Según la primera de esas hipótesis, para comprender la fisonomía de la cultura de Córdoba entre 1880 y 1918 era imprescindible considerar su vínculo con Buenos Aires, y esto porque entonces habrían rematado tanto la clausura del viejo lugar de la ciudad mediterránea respecto de otros circuitos cuanto su colocación subalterna frente a una metrópolis *total*. Ciertamente, allí se verifica el tránsito entre dos verdaderos equilibrios culturales interurbanos, el uno deudor del tortuoso ciclo del federalismo argentino, también modulado por la experiencia colonial, el otro expresivo de una concentrada geografía nacional que alcanza nuestros días. Y aunque esta afirmación contiene una verdad palmaria (que, hecha la metrópoli, muchas cosas suceden *por efecto metropolitano*), lo que habría

que subrayar es su costado menos evidente: que en 1880 una élite “provinciana” como la cordobesa no experimentaba sentimiento de inferioridad alguno frente a una Capital que, creía, *ella* había fabricado ofreciendo un cuartel general a Julio A. Roca. Precisamente porque la etapa se abre de manera tan auspiciosa para esa fracción de la élite local que acompañó al roquismo y al juarismo, sentando sus reales en aquella otra ciudad, y se cierra de manera tan lúgubre, confirmando la distancia inalcanzable a que esa ciudad se había colocado, es que puede señalarse allí una verdadera *cuestión*. Visto desde la perspectiva de la élite cordobesa privilegiada por este trabajo, 1890 es una fecha significativa menos por lo que representó en términos políticos (lamentado o celebrado según los casos) que por lo que movilizó en términos de conciencia ciudadana: el súbito reconocimiento de una pérdida urbana que se manifestaba en múltiples dimensiones y la angustia respecto de los nuevos lugares ofrecidos.

Según la segunda de nuestras hipótesis, esa reconfiguración de las posiciones y los lugares relativos que correspondían a Córdoba y Buenos Aires fue viabilizada por una serie de intercambios concretos, de variada consistencia y dados por diversas vías: las instancias nacionales culturales y educativas, el mercado nacional en formación, las redes interpersonales tejidas en torno a la función pública, ciertas zonas del conocimiento social y la actividad cultural o la circulación espontánea de bienes y figuras artísticas o intelectuales. Así, libros, proyectos edilicios o tendencias estéticas iban y venían conducidos por ámbitos como las academias, universidades y colegios; políticos locales se hacían nacionales a través de las instituciones asentadas en la Capital, de la que usualmente obtenían también réditos sociales o culturales; pinturas catalanas buscaban en Córdoba un mercado alternativo al porteño y en parte lo hallaban en el estado provincial, devenido discreto coleccionista; Juan Garro, Martín Gil o Arturo Capdevila recibían de Buenos Aires la consagración autoral y dejaban de activar las prensas cordobesas, etc. Los ejemplos de la participación local en la producción de la metrópoli, así como de la efectiva concentración operada por esta en detrimento de la ciudad devenida subalterna, son infinitos, y muchos fueron considerados. Más que eso interesa subrayar cómo, en este régimen de *dones* y *contradones* en que las cosas no “logran salir bien”, según rezan las odas recogidas por Mauss, los equilibrios interurbanos se expresan tanto como establecen, de allí que no sea exactamente igual hablar de 1890 que hablar de 1910, y esto incluso cuando el desequilibrio tiende a acentuarse más que a retrotraerse.¹

¹ Marcel Mauss, *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*, Buenos Aires, Katz, 2009.

Esta hipótesis sugiere, además, que la fisonomía adquirida por las diversas zonas de la cultura local en ese proceso pudo reconocer diferencias muy sensibles conforme su grado de afianzamiento e institucionalización previos, de esoterismo o publicidad intrínsecos, según la presencia o no de corporaciones de peso y su naturaleza más o menos intelectual, artística o comercial. Y esto en efecto ocurre, porque no todas las zonas tienen la misma consistencia ni la misma resistencia y porque a algunas este proceso de aguda concentración parece tomarlas en un momento que hasta allí era casi de *despegue*, como parece ser el caso de la imprenta. No abundaremos aquí en algo que cada capítulo expone o sugiere, aunque sí merece señalarse que se trata menos de que la concentración comprometa la relativa continuidad de una práctica que de los bordes impuestos a su desarrollo, condenado a ser *local* precisamente porque ha aparecido una instancia institucional, mercantil o simbólica *nacional*, que ha devenido, además, indisociable de un centro a esa escala, de una *metrópoli total*.

La tercera hipótesis apuntaba a ciertos procesos genéricos de la sociedad o la cultura locales, cuya evolución parece impactar en las distintas zonas culturales y contribuir a definir estados, o cuadros, característicos de cierto momento. El tránsito, por ejemplo, de una élite letrada a la vez económica, política y social, tendencialmente criolla, a una élite propiamente cultural; élite esta última que, muy asociada en su origen a la primera, iría especificándose merced a ciertos atributos intelectuales o artísticos, y diversificándose en términos étnicos, sociales, formativos y disciplinares. Del lugar rector del político letrado a la manera de los Del Viso, de Juárez Celman o de Cárcano, al de la juventud intelectual o artística que encarnan Roca o Carri Pérez, ha pasado más que una generación (y esto aunque el factor criollo siga gravitando, en parte como último refugio ante una conmoción que lleva el sello de la economía). A esto se vinculan las diversas maneras en que, merced a sus aficiones intelectuales, sus disposiciones artísticas o su pericia técnica, se opera la integración de ciertas figuras extranjeras en uno y otro caso (los funcionariados de Jacobo Wolff o Juan Kronfuss, para hablar del primer grupo; la inserción grupal de Vicente Rossi o Guido Buffo, para hablar del segundo). Luego, la tendencia dispar pero indiscutible a la especialización de varias de aquellas zonas (la plástica, la arquitectura, la sociología), alentada por la consolidación de instancias “disciplinares” de diversa escala, la coagulación de formaciones artístico-intelectuales o el conocimiento de experiencias y grupos no locales. Otro: la existencia, y mengua, de ciertas vías de internacionalización que eludían Buenos Aires y se orientaban a Europa Central (vía los científicos alemanes) o anclaban en mercados o redes a escala hispanoamericana (los circuitos secundarios del arte o la redes del moder-

nismo pictórico o literario). Finalmente, ya cerrando el ciclo, la obturación de algunos desarrollos particulares promisorios merced a grados irreparables de concentración de sus condiciones de posibilidad en la metrópoli, o el fluido desenvolvimiento de otros (como los estudios coloniales) en la medida en que representaran una búsqueda local frente al problema, también devenido local, del *lugar* en la nación.

*

Vayamos ahora por un instante a 1918, abriendo un poco el foco respecto de las zonas acotadas que hemos considerado hasta aquí. Ese año ofreció el espectáculo inédito de verdaderas multitudes marchando por las calles de Córdoba. Multitudes. Por momentos casi el 10% de una ciudad que rondaba los 150.000 habitantes. Esa movilización expresaba en la superficie un ciclo corto de agitación liberal que, asintomático pero sostenido, había tenido episodios sonados en 1916, convivido a cierta distancia con la movilización obrera agudizada desde 1917 y tenido puntos de contacto con razones no siempre conformes entre sí, como las que proveyeron, por un lado, las numerosas manifestaciones antineutralistas de la coyuntura guerrera y, por otro, la intensificación del conflicto universitario desde finales de ese año.²

El panorama, por momentos grandioso y conmovedor, no es lineal en ningún sentido, no solo porque muestra un conjunto de actores que sería inadecuado identificar con el estudiantado de la Universidad sino porque ciertamente se halla atravesado por grandes tensiones (y también mixturas) políticas, clasistas y étnicas. Así, si la intensificación del ciclo liberal en parte dialoga con la llegada del radicalismo al poder a nivel nacional, claramente el panorama local es menos festivo, como permite adivinar la poco alentadora figura de Loza en el gobierno provincial y como se expresará casi inmediatamente en la emergencia de un ala “roja” dentro del radicalismo cordobés.³ A la vez, este sector puede dialogar fluidamente con otras vertientes del liberalismo y el socialismo, comenzando por las ofrecidas por una nueva generación dentro del Partido Demócrata y siguiendo por las del propio Partido Socialista. La asociación Córdoba

² Ana Clarisa Agüero, “Córdoba. 1918, *más acá* de la reforma”, en Adrián Gorelik (dir.), *Arenas culturales. Para una historia cultural sudamericana*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016, y “La plaza, las calles, los pueblos. Intelectuales, ideas y territorio en Córdoba (1918)”, en María de los Ángeles Lanzillotta y Claudia Salomón Tarquini, *Intelectuales, redes e identidades en Argentina (fines de siglo XIX a inicios del XXI)*, Rosario, Prohistoria, 2015.

³ Gardenia Vidal, *Radicalismo de Córdoba, 1912-1930. Los grupos internos: alianzas, conflictos, ideas, actores*, Córdoba, Dirección General de Publicaciones de la Universidad Nacional de Córdoba, 1995.

Libre, nacida como un círculo librepensador de élite en 1916 y marcadamente politizada en 1918, expresa muy bien ese consenso laxo pero efectivo, resuelto en términos de un cierto *liberalismo progresista* que, si será el suelo para una efectiva radicalización de parte de sus miembros, reúne entonces motivos muy diversos de reformismo social, político y cultural.⁴ Saúl Taborda, Deodoro Roca y Carri Pérez están allí, como muchos otros. Y su creciente protagonismo en el año tiene mucho más que ver con esa experiencia de politización general que con el conflicto universitario que estimulan, al que se acoplan y del que harán la gran ocasión para llevar la asociación a una dimensión territorial y política nueva.

Pero parte del interés de Córdoba Libre tiene que ver también con que expresa entonces muchas otras cosas: la consolidación de unos sectores medios hechos tanto de las caídas criollas como de los ascensos italianos, la apertura de un diálogo poco antes imposible con sectores ilustrados de esa inmigración, un componente generacional fuerte y, sin lugar a dudas, la decisiva coagulación de una élite cultural e intelectual infinitamente más estricta en sus credenciales específicas y más heterogénea en términos sociales que la que habían habilitado lizas anteriores; élite, por lo demás, también capaz de emprender su propia vía de politización y de conducir experiencias de ese orden, para las que el despliegue asociativo del giro de siglo ha provisto un formidable sustrato.⁵ Hay allí, claro, doctores y estudiantes, pero también periodistas, artistas, galeristas, escritores y “hombres de ideas” de toda especie (que, si no escriben para un público más vasto, van de mitin en mitin y a veces se convierten en sonados oradores). Las firmas del manifiesto librepensador que suele considerarse el origen de Córdoba Libre, en 1916, abraza entonces todas esas presencias, incluso más que aquellas que podrán acompañar su creciente formalización y politización en 1918.⁶ Probablemente entonces aumente también la presencia de profesionales, comerciantes e incluso algún diri-

⁴ Carlos Real de Azúa, *El impulso y su freno. Tres décadas de batllismo*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1964. Ana Clarisa Agüero, “Asociación Córdoba Libre”, s/f, <<http://culturasinteriores.ffyh.unc.edu.ar/iac002.jsp?pidf=FM3IZA&po=R>>.

⁵ Gardenia Vidal, “El asociacionismo laicista y la reforma universitaria de 1918 (Córdoba-Argentina)”, <www.fee.tche.br/sitefee/download/jornadas/2/h1-02.pdf> y “La modernidad y el espacio público en Argentina. Repensando la Reforma universitaria de 1918”, *Avances del CESOR*, N° 5, 2005.

⁶ La ocasión la dio la censura promovida por el diario *Los Principios* frente a un ciclo de conferencias en la Biblioteca Córdoba, que involucraba a parte de esos jóvenes (entre ellos Arturo Capdevila, que dispara la condena católica a partir de un ejercicio de derecho comparado “indígena-católico”; Agüero Vera, director de la Biblioteca, y Deodoro Roca). Este “manifiesto” puede verse en Deodoro Roca, *Obra reunida III: Escritos jurídicos y de militancia*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 2009.

gente obrero, lo que fue una de las marcas de la asociación en este año. Mientras esto pasa en ese frente, la izquierda radical se talla en los sectores obreros que han hecho sus primeras armas en el Partido Socialista y que ya a comienzos de 1918 dan origen al Partido Socialista Internacional, que dialoga con cierta dificultad con el frente liberal progresista y que, no obstante, se unirá a él en situaciones de recrudecimiento del conflicto. El ciclo se tensiona hacia la izquierda por la propia difusión de un lenguaje bolchevista, pero si allí hay mucho más que un par de cohortes estudiantiles ganando visibilidad e imponiendo reivindicaciones es porque, en todo caso, la arena propiamente local es entonces mucho más interesante que la que suele presumirse, y está experimentando movimientos casi geológicos, de los que Córdoba Libre será brevemente la expresión y la Reforma Universitaria un emergente.

Visto desde fuera de la ciudad, sin embargo, esa Reforma Universitaria que es tan episódica respecto de la transformación local parece ser todo: Córdoba y el año mismo. Y no es casual que así ocurra porque en gran medida el interés de ese estallido tuvo que ver con que representó un nuevo y deliberado intento de poner a la ciudad en el país, en el que la fórmula “Córdoba libre” se expandió como un rayo merced a cables, diarios, viajes y revistas, acompañando, sin embargo, menos el ciclo de agitación general que el discreto reclamo universitario. La “Córdoba claustral” pareció estallar merced a esa juventud universitaria, pero si en el país esa lectura fue asumida como la de una situación real, en Córdoba tanto los artífices del ciclo liberal-progresista cuanto los jóvenes que tomaban posesión de los claustros universitarios, o los obreros que continuaban su propio ciclo de movilización gremial, sabían que aquella figura era, ante todo, un artilugio de combate, capaz de ser lanzado contra un enemigo de variados rostros y de hacer coagular fuerzas más bien heterogéneas, aplazando definiciones más urticantes. No eran los primeros en hacerlo, pero si en los hombres de 1880 ese uso de la Córdoba claustral había sido indisociable de un programa decididamente conservador en muchos órdenes (una de las razones por las que esa continuidad tendió a ser sumergida), aquí el signo general se hallaba trastocado. Nacía la “Córdoba reformista”, la Córdoba “rebelde” a la que vendría a enlazarse muchos años después la Córdoba “combativa”. Y habitadas como esas *ciudades* estuvieron de hombres y fuerzas que no han vuelto a repetirse, no es raro que, pese a no ser imágenes más justas o comprensivas, estas hicieran un largo recorrido.

Como fuera, los ojos del país, y muy especialmente los de la Capital, se posaron nuevamente sobre Córdoba. En consorcio con Enrique Barros, Gregorio Bermann impulsaba un Comité Nacional “pro-Córdoba libre”,

este creaba filiales allí mismo y en Rosario, todos adoptaban la fórmula como consigna y los pueblos del interior cordobés seguían los sucesos universitarios, que llegaban mezclados a una indiscernible oleada liberal. Dado que aquel liberalismo y su ciclo de agitación estaban antes, tanto la consigna que vivaba el país como la asociación nacional restringían al movimiento universitario otro que, al menos localmente, era infinitamente más interesante. Lo que la Asociación Córdoba Libre representaba en Córdoba no trascendía a ese terreno, pero allí fue donde sus principales dirigentes se volvieron nacionales, aun al precio de confundirse con el movimiento estudiantil, Deodoro Roca y Saúl Taborda los primeros.

El suceso, en cualquier caso, fue breve, y aunque la referencia casi mítica a ese estallido siempre remitiría a Córdoba y algunas de sus figuras icónicas, las propias redes reformistas de la década de 1920, a escala nacional o continental, muestran que esta experiencia en parte se retrae, si no de los vínculos, sí de muchas de sus manifestaciones más interesantes. Bastante para alimentar una nueva imagen, el movimiento no lo fue para vulnerar de manera durable un equilibrio que, auspicioso en los años 1880, se estaba cerrando de manera más bien lúgubre; y esto porque, al menos en lo que hacía al espacio local, toda esta actividad política y cultural que desborda 1918 (y en un sentido es también la de 1917 o 1919) en parte traducía un efectivo malestar respecto al estado político y cultural de la ciudad, a su colocación subalterna y a la deriva relativamente aldeana de un centro que también se había querido grande. Y si en esta generación y sus promesas se abría una zona social y culturalmente habitable, tampoco ella pudo librarse del peso de esa ratificación histórica que en parte marcó la brevedad de su suceso. En la década de 1920, la arquitectura neocolonial y el paisajismo serrano mostrarán su potencia como fuerzas expresivas de una particularidad histórica y geográfica, pero también su carácter compensatorio respecto de pérdidas más serias.⁷ Todavía en 1936, polemizando tanto con las perimidadas élites locales cuanto con la más vigente mirada metropolitana, y sin duda intentando valorizar a la que entonces es una fracción política y cultural matrizada por el liberalismo, el reformismo, el socialismo y el antifascismo, Deodoro Roca anota:

Vengo de Córdoba, ciudad situada no precisamente en un determinado lugar geográfico sino en esa vaga latitud de los mitos nacionales: floreo de tropos y de blasonados lugares comunes, para uso de viajeros asombrados y turistas intrépidos. No vengo del famoso “centro de la

⁷ A través de la construcción estatal que Kronfuss sí pudo concretar en la década de 1920, y del paisajismo de Pinto, Fernando Fader, José Malanca, Antonio Pedone y muchos otros.

república”, de cuya latitud y capitalidad espiritual suele ser de rigor colgar emociones y doctrinas de almanaque. Y no traigo representación alguna de la intelectualidad cordobesa, que sigue moliendo harina de código en los molinos del tiempo. Vengo de Córdoba, pero de otra parte. *Vengo de una trinchera, donde un grupo de hombres, prieto y fuerte, con avizor sentido de las realidades históricas y con aguda comprensión del drama social y político que se desarrolla en América,* y especialmente en este país, cree que esta América del sur es el campo propicio de tempranos y cercanos desenlaces, y que por eso *lucha y hace señales, a veces descompuestas, para atraer la atención sobre cosas y problemas candentes,* que para las mayorías desatentas parecen, todavía, temas adscriptos al floripondio de la Revolución o a la vacación de los necios, que llena academias o Parlamentos.⁸

Aunque algo barroca, la cita es hermosa y estuvo llena de sentido. Mejor por ahora no agregar nada más.

⁸ Deodoro Roca, *El difícil tiempo nuevo*, Buenos Aires, Lautaro, 1956, “Vengo de una trinchera” [1936], p. 27. Énfasis agregados.

Fuentes y bibliografía

Fuentes

Archivos y repositorios

- AAC Archivo del Arzobispado de Córdoba.
- ADAPC Archivo de la Dirección de Arquitectura de la Provincia de Córdoba.
- AGHU Archivo General e Histórico de la Universidad Nacional de Córdoba.
- AGPC Archivo de Gobierno de la Provincia de Córdoba.
- AHPC Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba.
- ALVI Archivo *La Voz del Interior*.
- BFDYCS Biblioteca de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, Dr. Ricardo Núñez.
- BHLPC Biblioteca de la Honorable Legislatura de la Provincia de Córdoba.
- BM Biblioteca Mayor de la Universidad Nacional de Córdoba.
- BN Biblioteca Nacional de la República Argentina (Buenos Aires).
- BSCA Biblioteca de la Sociedad Central de Arquitectos (Buenos Aires).
- HHLPC Hemeroteca de la Honorable Legislatura de la Provincia de Córdoba.
- MPBA Archivo documental y acervo pictórico del Museo Provincial de Bellas Artes Emilio Caraffa.
- SEA Sección Estudios Americanistas Monseñor Pablo J. Cabrera, Biblioteca Central de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba (Universidad Nacional de Córdoba).

Publicaciones oficiales

Censo General de la Población, Edificación, Comercio, Industria, Ganadería y Agricultura de la ciudad de Córdoba, levantado los días 31 de agosto y 1º de setiembre de 1906, Córdoba, La Italia, 1910.

Compilación de Leyes, Decretos y Demás Disposiciones de carácter público dictadas en la Provincia de Córdoba, Series Ministerio de Gobierno, Ministerio de Hacienda y Ministerio de Obras Públicas, años 1887 a 1926 (SEA-BHLPC).
Diario de Sesiones. Cámara de Diputados de la Provincia de Córdoba, 1914 (BHLPC).
Donación Rafael Bruno, Córdoba, Departamento de Recopilación y Difusión de la Universidad Nacional de Córdoba, 1949.
Estadísticas de la Universidad Nacional de Córdoba. 1613-2013, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 2013.
Museo provincial. Antecedentes. Ceremonia de la inauguración de las salas de Pintura de 1914, Ministerio de Gobierno, Justicia, Culto e Instrucción Pública (MCJCIIP), Córdoba, La Italia, 1916.

Guías comerciales

Guía Industrial y Comercial Córdoba y Tucumán para el año 1886, Córdoba, Villafañe (administrador e imprenta), 1885.
Guía Almanaque de la ciudad y provincia de Córdoba, Córdoba, AEMME, 1889.
Guía General de Córdoba, Córdoba, Aveta, Padilla y Cía., 1899.
Guía General de Córdoba. Año 1901, Córdoba, Domenici / Imprenta y Librería Inglesa, 1901.
Guía General de Córdoba, Córdoba, F. Domenici Editor, 1904.
Anuario Echenique, Córdoba, La Industrial, 1912.
Guía descriptiva y comercial de la Provincia de Córdoba, Córdoba, Empresa Editora Publicidad, 1918.
Guía Córdoba, Córdoba, s/d, 1921.

Fuentes inéditas

Actas de Consejo Superior, 1890 (AGHU).
Documentos de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, 1880-1890 (AGHU).
Documentos de la Universidad Nacional de Córdoba, 1884-1889 y 1890 (AGHU).
Expedientes del Ministerio de Obras Públicas e Industrias de la Provincia de Córdoba, 1915-1916 (ADAPC).
Fichas de Inscripción de los primeros asociados. 1904/1920 (BSCA).
Oficinas-Culto, Ministerio de Gobierno de la Provincia de Córdoba, t. 25, 1911 (AGPC).
Solicitudes y Asuntos Diversos, Ministerio de Gobierno de la Provincia de Córdoba, t. 21, 1912 (AGPC).

Solicitudes y Asuntos Diversos, Ministerio de Gobierno de la Provincia de Córdoba, t. 13, 1912 (AGPC).

Solicitudes y Asuntos Diversos, Ministerio de Gobierno de la Provincia de Córdoba, t. 8, 1914 (AGPC).

Catálogos y guías artísticas o gráficas

Arte de Córdoba en Buenos Aires, catálogo de exposición, Buenos Aires, Imago. Espacio de arte / Colección del Museo Provincial de Bellas Artes Emilio Caraffa, octubre-noviembre de 2006.

Colección digital del Museo Nacional de Bellas Artes, <<http://www.mnba.gob.ar/coleccion>>.

100 años de plástica en Córdoba. 1904-2004, catálogo de exposición, Córdoba, Museo Provincial de Bellas Artes Emilio Caraffa, 2004.

120 años de pintura española. Muestra en conmemoración del quinto centenario del descubrimiento de América. 1810-1930, catálogo de exposición, Buenos Aires, Museo Nacional de Bellas Artes, 1991.

Del noventa al Centenario. La política y el humor gráfico en Argentina (1898-1910), Buenos Aires, Libros del Rojas, 2001.

Guía del Museo del Prado, Madrid, Museo del Prado, 1994.

Guía del Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires, Museo Nacional de Bellas Artes, 2006.

Pampa, ciudad y suburbio, catálogo de exposición, Buenos Aires, Imago. Espacio de arte / OSDE, 2007.

Catálogos bibliográficos y hemerográficos, impresos y en línea

Catálogo de la Biblioteca del Congreso de la Nación Argentina.

Catálogo de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de Norteamérica.

Catálogo de la Biblioteca Mayor de la Universidad Nacional de Córdoba.

Catálogo de la Biblioteca Nacional de la República Argentina.

Catálogo de la Sección Americanistas de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.

Catálogo de Tesis de la Biblioteca Dr. Ricardo Nuñez de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba.

Índice General de *La Biblioteca* (1896-1898), Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia, 1962 (a cargo de Ernesto Maeder).

Índice General de la *Nueva Revista de Buenos Aires, Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. xxxiv, Buenos Aires, 1964 (a cargo de Ernesto Maeder).

Índice de la *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*. 1914-1970, Escuela de Bibliotecarios, Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1973.

“Índice de las actas de sesiones de la Comisión Directiva de la Academia Nacional de Ciencias, Tomo 1 (1878-1909)”, sistematizado y presentado por Luis Tognetti, *Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad*, N° 3, Área de Historia del CIFFyH, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, 2000.

Índice de Contenidos de los Boletines de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba.

Índice de Series Impresas de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba.

Diccionarios y recursos en línea

Proyecto culturas interiores. Un archivo de la cultura de Córdoba, PHAC IDACOR-UNC-Conicet, <<http://culturasinteriores.ffyh.unc.edu.ar/inicio.jsp>>.

Diccionario Biográfico Nacional de la Unión Cívica Radical, <<http://diccionario-radical.blogspot.com.ar/>>.

Programa de Investigación Geográfico Político Patagónico, Instituto de Ciencias Políticas y Relaciones internacionales-UCA, <www.uca.ar>.

Proyecto Ameghino, <www.planetariogalilei.com.ar/ameghino>.

Bibliografía general

Agüero, Ana Clarisa, *El espacio del arte. Una microhistoria del Museo Politécnico de Córdoba entre 1911 y 1916*, Córdoba, Editorial de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, 2009.

—, “La naturaleza de las cosas. Notas introductorias al *Estudio sobre la revolución*, de Joaquín V. González”, en Joaquín V. González, *Estudio sobre la revolución y otros escritos*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 2010.

—, “Coleccionismo estatal, mercados del arte y contacto cultural: la colección plástica de la Provincia de Córdoba entre 1911 y 1930”, en María Isabel Baldassarre y Silvia Dolinko (coords.), *Travesías de la imagen. Historias de las artes visuales en la Argentina*, vol. I, Buenos Aires, Archivos del CAIA / Eduntref, 2011.

—, “Las manos del Greco. Arte y cultura de Córdoba en 1916”, *caiana. Revista de Historia del Arte y Cultura Visual del Centro Argentino de Investigadores de Arte*, N° 4, 2014, <<http://caiana.caia.org.ar/template/caiana.php?pag=default.php&vol=4>>.

- , “La plaza, las calles, los pueblos. Intelectuales, ideas y territorio en Córdoba (1918)”, en María de los Ángeles Lanzillotta y Claudia Salomón Tarquini, *Intelectuales, redes e identidades en Argentina (fines de siglo XIX a inicios del XXI)*, Rosario, Prohistoria, 2015.
- , “Córdoba. 1918, más acá de la reforma”, en Adrián Gorelik (dir.), *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016.
- , “Asociación Córdoba Libre”, s/f, <<http://culturasinteriores.ffyh.unc.edu.ar/iac002.jsp?pdf=FM3IZA&po=R>>.
- y Diego García, “Introducción”, en Agüero, Ana Clarisa y Diego García (eds.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, La Plata, Al Margen, 2010.
- , “Culturas locales, culturas regionales, culturas nacionales. Cuestiones conceptuales y de método para una historiografía por venir”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 17, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2013.
- Agulla, Juan Carlos, *Eclipse de una aristocracia. Una investigación sobre las elites dirigentes de la ciudad de Córdoba*, Buenos Aires, Ediciones Líbera, 1968.
- Albarracín, Santiago, *Bosquejo histórico, político y económico de la Provincia de Córdoba*, Buenos Aires, Imprenta de Juan Alsina, 1889.
- Aliata, Fernando, “Museo”, en Jorge Francisco Liernur y Fernando Aliata (comps.), *Diccionario de Arquitectura en la Argentina. Estilos, obras, biografías, instituciones, ciudades*, Buenos Aires, Clarín, 2004.
- Alsworth Ross, Edward, “El carácter de las instituciones Sud Americanas. South of Panamá”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año II, N° 4, 1915.
- Altamira, Luis Roberto, *El Seminario Conciliar de Nuestra Señora de Loreto. Colegio Mayor de la Universidad de Córdoba*, Córdoba, Instituto de Estudios Americanistas, 1943.
- Altamirano, Carlos, “Introducción”, en Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo o civilización y barbarie*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1993.
- , “El orientalismo y la idea de despotismo en el *Facundo*”, *Boletín del Instituto de Historia Americana y Argentina Dr. Emilio Ravignani*, N° 9, primer semestre de 1994.
- , *Intelectuales. Notas de investigación*, Bogotá, Norma, 2006.
- , “Introducción general”, en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo II. La ciudad letrada: de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008.
- y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997, “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”.

- Angenot, Marc, *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 1998.
- Angulo y Piedra, Miguel Ángel, *El principio católico, fuente científica del derecho*, tesis para optar al grado de doctor en Jurisprudencia en la Universidad Nacional de Córdoba, Buenos Aires, El Americano, 1894.
- Ansaldi, Waldo, "Industria y urbanización. Córdoba, 1880-1914", Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, 1991, mimeo.
- Argañaras, Abraham, *Rectificaciones críticas de la reciente Historia de la Universidad de Córdoba del Tucumán*, Buenos Aires, s/d, 1883.
- Aricó, José, "Tradición y modernidad en la cultura cordobesa", *Plural*, N° 13, Fundación Plural para la participación democrática, marzo de 1989, pp. 10-14.
- Assadourian, Carlos Sempat, *El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacio económico*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1982.
- y Silvia Palomeque, "Las relaciones mercantiles de Córdoba (1800-1830). Desarticulación y desmonetización del mercado interno colonial en el nacimiento del espacio económico nacional", en María Alejandra Irigoin y Roberto Schmidt (eds.), *La desintegración de la economía colonial. Comercio y moneda en el interior del espacio colonial (1800-1860)*, Buenos Aires, Biblos, 2003.
- Ávalos, Ángel, *Pensamiento y acción. Escritos-conferencias-discursos parlamentarios*, t. 1, Córdoba, Imprenta Argentina, 1910 [1887], "Bibliotecas populares" y "Bibliotecas públicas".
- , *Museo provincial. Antecedentes. Ceremonia de la inauguración de las salas de Pintura de 1914*, Córdoba, La Italia, 1916 [1887], "Museo Politécnico" y "El Museo. Una sanción Legislativa".
- , *La Biblioteca de Córdoba. Discurso del diputado Ángel F. Ávalos, pronunciado en la Legislatura de Córdoba, al presentar en la sesión del día 11 de junio de 1908 el proyecto de ley que crea la Biblioteca Pública del Estado*, Córdoba, La Minerva, 1908.
- Aveta, Alfonso, "Prólogo", en A. F. Argüello, *Resonancias. Poesías líricas*, Córdoba, Alfonso Aveta editor, 1902.
- Baldassarre, María Isabel, *Los dueños del arte. Coleccionismo y consumo cultural en Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2006.
- Barrenechea, Ana María, "Sarmiento and the 'Buenos Aires/Córdoba Duality'", en Tulio Halperin Donghi, et al. (eds.), *Sarmiento Author of a nation*, Los Ángeles, University of California Press, 1994.
- Barthes, Roland, *Ensayos críticos*, Buenos Aires, Seix Barral, 2003, "Écrivains' y 'écrivants'".
- Becco, Horacio Jorge, "Vicente Rossi y su obra rioplatense", en Vicente Rossi, *Cosas de negros*, Buenos Aires, Hachette, 1958.

- Becker, Howard, *Los mundos del arte. Sociología del trabajo artístico*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2008.
- Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI, 1994.
- Berruti, Edoardo, *Il museo politecnico di Córdoba e il suo fondatore e direttore Sacerdote Gerolamo Lavagna*, Córdoba, Stabilimento Tipográfico "La Italia", 1906.
- Bialet Massé, Juan, *Informe sobre el estado de las clases obreras argentinas a comienzos de siglo*, 3 vols., Buenos Aires, CEAL, 1985 [1904].
- Bianco, José, *Recortes –Colección de artículos publicados en diarios y revistas–*, Córdoba, La Minerva, 1900.
- Bischoff, Efraín, *El periodismo cordobés y los años '80 del siglo XIX*, Buenos Aires, Academia Nacional de Periodismo, 2004.
- , "Wolff y Kronfuss miran de reojo...", *La Voz del Interior*, 30 de enero de 2007.
- Boixadós, Cristina, *Las tramas de una ciudad, Córdoba entre 1870 y 1895. Elite urbanizadora, infraestructura, poblamiento...*, Córdoba, Ferreyra editor, 2000.
- , *Córdoba fotografiada entre 1870 y 1930. Imágenes urbanas*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 2008.
- , Marta Palacios y Silvia Romano, *Fragmentos de una historia. Córdoba 1920-1955. Fotografías periodísticas de la colección Antonio Novello*, Córdoba, Editorial de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, 2005.
- Bondone, Tomás, "Emilio Caraffa y el gusto de una época", *Estudios*, N° 2, 1993.
- , "En torno a la Academia. Emilio Caraffa y las prácticas artísticas en Córdoba", *Avances*, N° 4, 2000-2001.
- , "Emilio Caraffa y la génesis de una modernidad artística en Córdoba", *Avances*, N° 7, 2003-2004.
- Borges, Jorge Luis, "Vicente Rossi. Cosas de negros, Córdoba, 1926", *Valoraciones*, N° 10, La Plata, agosto de 1926.
- , *Textos recobrados. 1919-1929*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997, "Marnetti fue una medida profiláctica" [1926].
- Botana, Natalio, *El Orden Conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985.
- Boullée, Étienne Louis, *Arquitectura. Ensayo sobre el arte*, Barcelona, Gustavo Gili, 1985.
- Burmeister, Germán, "Reglamento para la dirección científica y el personal docente de la Academia de Ciencias Exactas existente en la Universidad de Córdoba", 1869-1870, reproducido en *Boletín de la Academia Nacional de Ciencias en Córdoba*, t. I, entrega I, 1874.

- Bourdieu, Pierre, *Creencia artística y bienes simbólicos. Elementos para una sociología de la cultura*, Córdoba, Aurelia Rivera, 2003.
- , “Campo de poder, campo intelectual y habitus de clase”, *Campo de poder, campo intelectual*, Buenos Aires, Quadrata, 2003.
- Bower, Stephanie, “Political and Socio-Economic Elites: The Encounter of Provincials with Portenos in Fin-De-Siècle Buenos Aires”, *The Americas*, vol. 59, N° 3, enero de 2003.
- Braudel, Fernand, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Büllher, Dirk, “La enseñanza de la arquitectura en Múnich entre 1882 y 1921”, en Ramón Gutiérrez *et al.*, *Alemanes en la arquitectura rioplatense*, Buenos Aires, CEDODAL, 2005.
- Cabrera, Pablo J., *Dos páginas sobre arte colonial (A propósito de la fachada de la Compañía)*, Córdoba, Los Principios, 1913.
- , “Imprentas e impresos en nuestro pasado”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, vols. 10 a 12, 1924.
- , *La segunda imprenta de la Universidad de Córdoba adquirida por suscripción popular en 1823 bajo el Gobierno del Gral. Juan Bautista Bustos*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1930.
- Cacciavillani, Carlos y Lidia Samar, “La obra de Kronfuss”, *DANA*, N° 5, 1977.
- Canter, Juan, “La imprenta”, en Ricardo Levene, *Historia de la Nación Argentina. (Desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862.)*, vol. iv, Buenos Aires, El Ateneo, 1940.
- Capdevila, Arturo, *El pintor Octavio Pinto*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1943.
- , “Martín Gil. Ciudadano del cielo”, en Martín Gil, *Antología*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1960.
- , *Cronicones dolientes de Córdoba*, Buenos Aires, Emecé, 1963.
- , *Alma de Córdoba*, Córdoba, Biffignandi, 1965.
- Cárcano, Miguel Ángel, *El estilo de vida argentino en Paz, Mansilla, González, Roca, Figueroa Alcorta y Sáenz Peña*, Buenos Aires, Eudeba, 1969.
- Cárcano, Ramón J., *De los hijos adulterinos, incestuosos y sacrílegos*, Córdoba, El Interior, 1884.
- , *Universidad de Córdoba. Algunas palabras sobre su organización*, Buenos Aires, Félix Lajouane, 1892.
- , “Gobernación del Tucumán. Primeras luchas entre la Iglesia y el Estado”, *La Biblioteca*, revista mensual dirigida por P. Groussac, año III, tt. VII y VIII, Buenos Aires, 1898.
- , *Mensaje del Gobernador de Córdoba Dr. Ramón J. Cárcano*, 1° de mayo de 1916, Córdoba, Talleres La Italia, 1916.
- , *En el camino*, Buenos Aires, Sociedad de Publicaciones el Inca, 1926.

- , *Mensaje del Gobernador de Córdoba Dr. Ramón J. Cárcano*, 1º de mayo de 1926, Córdoba, Talleres La Italia, 1926.
- , *Mis primeros ochenta años*, Buenos Aires, Sudamericana, 1944 [1943]; y Buenos Aires, Pampa y Cielo, 1965 [1943].
- Castellanos, Telasco, *Informe Anual del Rector Doctor Telasco Castellanos. Curso escolar de 1891*, Córdoba, La Minerva, 1892.
- Carri Pérez, Julio, *Salamanca (costumbres cordobesas)*, Córdoba, El Isondú, 1916.
- Cesano, José Daniel, *Élites, redes intelectuales y recepción en la cultura jurídico-penal de Córdoba (1900-1950)*, Córdoba, Ediciones del copista, 2011.
- César, Justino, “Discurso pronunciado por el Ministro de Gobierno, Dr. Justino César, en la inauguración de las Salas de Pintura del Museo Politécnico Provincial de Córdoba”, en *Museo provincial. Antecedentes. Ceremonia de la inauguración de las salas de Pintura de 1914*, Córdoba, La Italia, 1916 [1914].
- Chaves, Liliana, *Tradiciones y rupturas de la élite política cordobesa (1870-1880). La clave conservadora de la modernización política*, Córdoba, Ferreyra Editor, 1997.
- Concolorcorvo, *El lazarillo de ciegos caminantes*, Buenos Aires, Emecé, 1997 [c. 1773].
- Crespo, Horacio, “Identidades /diferencias / divergencias: Córdoba como ‘ciudad de frontera’. Ensayo acerca de una singularidad histórica”, en Carlos Altamirano (ed.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel, 1999.
- Cucchi, Laura, *Antagonismo, legitimidad y poder político en Córdoba, 1877-1880*, Bahía Blanca, EdiUNS, 2015.
- Daguerre, Mercedes, “Eclecticismo”, en Jorge Francisco Liernur y Fernando Aliata (comps.), *Diccionario de Arquitectura en la Argentina. Estilos, obras, biografías, instituciones, ciudades*, Buenos Aires, Clarín, 2004.
- Dain, Mariana y Romina Otero, *Las metáforas de la tolerancia: construcciones discursivas acerca de la prostitución (Córdoba 1883-1910)*, Córdoba, Municipalidad de Córdoba, 2001.
- De Diego, José Luis (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- De Ugarteche, Félix, *La imprenta argentina. Sus orígenes y desarrollo*, Buenos Aires, Canals, 1929.
- Del Campo, Cupertino [1914], “Discurso del Dr. Cupertino del Campo, Director del Museo Nacional de Bellas Artes”, en *Museo provincial. Antecedentes. Ceremonia de la inauguración de las salas de Pintura de 1914*, Córdoba, La Italia, 1916.
- Del Viso, José, *De la libertad de sucesión*, Córdoba, El Interior, 1883.
- Deheza, Julio, “Discurso del Dr. Julio Deheza, Rector de la Universidad, en la inauguración de las Salas de Pintura del Museo Provincial de Córdoba”, en

- Museo provincial. Antecedentes. Ceremonia de la inauguración de las salas de Pintura de 1914*, Córdoba, La Italia, 1916 [1914].
- Delgado, Verónica y Fabio Espósito, “1920-1937. La emergencia del editor moderno”, en José Luis de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Devoto, Fernando, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.
- , “A história e as ciencias sociais na profissionalização da historiografia argentina”, *Tempo Social, revista de sociologia da USP*, vol. 21, N° 2, 2010.
- Domínguez, Camilo, *De la evicción*, Córdoba, El Interior, 1884.
- Eizaguirre, José Manuel, *Córdoba. Primera serie de cartas sobre la vida y costumbres en el interior*, Córdoba, Bruno y Cía., 1898.
- Elias, Norbert, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Endrek, Emiliano, *Notas sobre la Universidad Nacional de Córdoba en el periodo colonial (1614-1810)*, Córdoba, Junta Provincial de Historia, 1992.
- Eujanian, Alejandro, “La cultura: público, autores y editores”, en Marta Bonaudo (dir.), *Liberalismo, Estado y orden burgués (1852-1880)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, colección Nueva Historia Argentina, t. iv.
- Ferreyra, Carlos, *Museo, ciencia y sociedad en la Córdoba moderna. El Museo Histórico Provincial y el Museo de Antropología: pensamiento y práctica*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 2006.
- Foucault, Michel, *¿Qué es un autor?*, México, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1985.
- Frega, Graciela, “Modernidad vs. tradición en una olvidada comedia cordobesa. *Salamanca* de Julio Carri Pérez”, en Osvaldo Pelletieri (ed.), *Tendencias críticas en el teatro contemporáneo*, Buenos Aires, Galerna, 2001.
- Fuentes, Marta, “Córdoba y la compulsión del paisaje”, *Territorios del paisaje*, Córdoba, Museo Provincial de Bellas Artes Emilio Caraffa, 2005.
- Furlong, Guillermo, “La imprenta jesuítica de Córdoba”, extracto en Pablo J. Cabrera, “Imprentas e impresos en nuestro pasado”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, N° 10-11-12, 1924.
- Gallardo, Ángel, “Museos Regionales”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año II, N° 6, agosto de 1915.
- Gallardo, Rodolfo, “Prólogo”, en Juan Kronfuss, *Arquitectura colonial en la Argentina*, Córdoba, Nuevo Siglo, 1998.
- Gálvez, Manuel, “Octavio Pinto”, *La vida múltiple*, Buenos Aires, Sociedad Cooperativa Nosotros, 1916.
- , *Vida de Sarmiento*, Buenos Aires, Ediciones Dictio, 1979.
- , “Advertencia para la 7ª edición”, en Manuel Gálvez, *El solar de la raza*, Buenos Aires, Ediciones Dictio, 1980 [1943].

- Gálvez, Víctor (Vicente Quesada), “Treinta años antes (Costumbres cordobesas)”, *Nueva Revista de Buenos Aires*, año III, t. IX, 1883.
- , “Mi tierra. Las campañas y las ciudades (la vida en las provincias)”, *Nueva Revista de Buenos Aires*, año III, t. IX, 1883.
- , “El Colegio de Monserrat y la Universidad de Córdoba (recuerdos íntimos). 1838-1852”, *Nueva Revista de Buenos Aires*, año IV, t. XI, 1884.
- , “Introducción”, en *Memorias de un viejo. Escenas de costumbres de la República Argentina*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1990.
- García, Diego, “Una renovada historiografía: la historia social y económica en los ‘60””, en Ana Clarisa Agüero y Diego García (eds.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, La Plata, Al Margen, 2010.
- , “Tradición, modernidad y frontera. Aricó y dos ideas sobre Córdoba”, en Andrés Kozel, Horacio Crespo y Héctor Palma (comps.), *Heterodoxia y fronteras en América Latina*, Buenos Aires, Teseo, 2013.
- , “Americanismo y Ciencias Sociales”, Córdoba, 2009, mimeo.
- García, Juan G., “Discurso del Dr. Juan B. García, Presidente de la CPBA, en la inauguración de las Salas de Pintura del Museo Provincial”, en *Museo provincial. Antecedentes. Ceremonia de la inauguración de las salas de Pintura de 1914*, Córdoba, La Italia, 1916 [1914].
- Garro, Juan M., *Bosquejo histórico de la Universidad de Córdoba con un apéndice de documentos*, Buenos Aires, Biedma, 1882.
- , *La Universidad de Córdoba bajo la dirección de los religiosos de San Francisco. Réplica al R. P. Fr. Abraham Argañaras*, Córdoba, El Eco de Córdoba, 1884.
- Garzón, Ignacio, “Prólogo”, en *Crónica de Córdoba*, Córdoba, Alfonso Aveta editor, 1898.
- Garzón Maceda, Félix, “La Biblioteca Pública de Córdoba. Génesis y Ontogénesis”, en Alfredo Escobar Uribe y Gontrán Ellauri Obligado (eds.), *Álbum de la Provincia de Córdoba*, Córdoba, La Elzeviriana, 1927.
- Gillespie, Alejandro, *Buenos Aires y el Interior. Observaciones reunidas durante una larga residencia, 1806-1807*, Buenos Aires, La cultura argentina, 1921 [1806-1807].
- Giménez, Carlos Gustavo, “Kronfuss, Johannes”, en Jorge Francisco Liernur y Fernando Aliata (comps.), *Diccionario de Arquitectura en la Argentina. Estilos, obras, biografías, instituciones, ciudades*, Buenos Aires, Clarín, 2004.
- Ginzburg, Carlo, “Reflexiones sobre una hipótesis: el paradigma indiciario veinticinco años después”, *Contrahistorias*, N° 7, 2006-2007.
- y Carlo Poni, “El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico”, en Carlo Ginzburg, *Tentativas*, Rosario, Prohistoria, 2004.
- y Enrico Castelnuovo, “Centro e Periferia”, en *Storia dell’arte italiana*,

- parte I, vol. I, Turín, Einaudi, 1979.
- Gombrich, Ernst, *Tras la historia de la cultura*, Barcelona, Ariel, 1977.
- González, Joaquín V., *Obras completas*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1935, vol. I, “Córdoba religiosa” [1883].
- , *Obras completas*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1935, vol. I, “Estudio sobre la Revolución” [1885].
- , *Estudio sobre la Revolución*, Córdoba, La Velocidad, 1885.
- , *Mis montañas*, Buenos Aires, Kapelusz, 1965 [1893].
- , *Obras completas*, La Plata, Universidad Nacional de la Plata, 1935, vol. XIII, “La Universidad de Córdoba en la cultura argentina” [1903].
- , “Prólogo”, en Ángel Ávalos, *Pensamiento y Acción*, Córdoba, Imprenta Argentina, 1910.
- , *Obras completas*, La Plata, Universidad Nacional de la Plata, 1935, vol. XVI, “La Universidad de Córdoba en la evolución intelectual argentina” [1913].
- González, Juan B., “Monumentos públicos. Legislación a su respecto –Legislación sobre conservación de monumentos de carácter histórico y artístico”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año II, N° 10, 1915.
- , *Removiendo el pasado*, Córdoba, Imprenta Pereyra, 1914.
- González, Marcela, “El medio, los actores y las ideas en la Universidad de Córdoba. 1900-1910”, *Studia. Publicación de la Cátedra de Historia del Pensamiento y la Cultura Argentinos*, N° 5, 1996.
- Gorelik, Adrián, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1998.
- , “Buenos Aires y el país: figuraciones de una fractura”, en Carlos Altamirano (ed.), *La Argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, Ariel, 1999.
- , *Miradas sobre Buenos Aires*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- , *Das vanguardas a Brasília. Cultura urbana en arquitetura na América Latina*, Belo Horizonte, Editora UFMG, 2005, “Nostalgia e Plano: o Estado como vanguarda”.
- , “La metáfora y el prototipo. Figuras de lo urbano en el imaginario sarmientino”, *Estudios sociales*, N° 42, primer semestre de 2012.
- Gramsci, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1997.
- Grendi, Edoardo, “Microanálisis e historia social”, *Quaderni storici*, N° 35, 1977.
- Grisendi, Ezequiel, “Sociología y edición: Enrique Martínez Paz (1908-1918)”, en Ana Clarisa Agüero y Diego García (eds.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, La Plata, Al Margen, 2010.
- Gutiérrez, Juan María, *La literatura de Mayo y otras páginas críticas*, Buenos

- Aires, CEAL, 1979, "Fisonomía del saber español: cuál deba ser entre nosotros" [1837].
- Gutiérrez, Ramón, "Una entusiasta introspección: el neocolonial en el Río de la Plata", en Aracy Amaral (coord.), *Arquitectura neocolonial. América Latina, Caribe, Estados Unidos, México y San Pablo*, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Gutiérrez Girardot, Rafael, *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Halperin Donghi, Tulio, *El espejo de la Historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987, "Intelectuales, sociedad y vida pública en Hispanoamérica a través de la literatura autobiográfica" y "España e Hispanoamérica: miradas a través del Atlántico (1825-1975)".
- , *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996, "Facundo y el historicismo romántico".
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, *Lecciones sobre Filosofía de la Historia Universal*, Madrid, Ediciones de la Revista de Occidente, 1974, "Introducción General" e "Introducción Especial" [1818-1844].
- Herrera, María José, "El Museo Nacional de Bellas Artes y su proyección nacional, 1911-1943", en María Isabel Baldasarre y Silvia Dolinko (coords.), *Travesías de la imagen. Historias de las artes visuales en la Argentina*, vol. II, Buenos Aires, Untref-CAIA, 2012.
- Huber, Norberto, "Biografía de Juan Biale Massé", <www.bialetmasse.com>.
- Iglesias, Paulina, "Pettoruti en contexto: instituciones, redes artístico-intelectuales y culturas visuales (Córdoba, 1926)", tesina, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2011.
- Infante, Víctor Manuel, *Algunos apuntes de artes plásticas y museología de Córdoba*, Córdoba, edición privada, 2007.
- Kronfuss, Juan, "Concurso Facultad de Ingeniería. Descripción y bosquejo general del Proyecto Premiado", *Revista Técnica*, N° 51, 1908.
- , "El estilo colonial", *Revista de Arquitectura. Órgano del Centro de Estudiantes de Arquitectura*, N° 2, 1915.
- , "La exposición artística de Córdoba", *Revista de Arquitectura. Órgano del Centro de Estudiantes de Arquitectura*, N° 6, junio de 1916.
- , "Casas coloniales y romanas. Estudio comparativo", *Revista de Arquitectura. Órgano del Centro de Estudiantes de Arquitectura*, N° 8, octubre de 1916.
- , *Arquitectura colonial en la Argentina*, Córdoba, Biffignandi, 1921.
- , "Los estilos coloniales", *El Arquitecto*, N° 46, mayo de 1924.
- , *Ideas para monumentos funerarios*, Córdoba, Biffignandi, 1927.
- Levene, Ricardo, "Ideas sociales directrices de Joaquín V. González", en Joaquín

- V. González, *Obras completas*, vol. I, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1935.
- Levi, Giovanni, “Un problema de escala”, *Contrahistorias*, N° 2, marzo-agosto de 2004.
- Liehr, Reinhard, “El Fondo Quesada en el Instituto Iberoamericano de Berlín”, *Latin American Research Review*, vol. 18, N° 2, 1983.
- Liernur, Francisco, *Arquitectura en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 2000.
- , “Neocolonial”, en Jorge Francisco Liernur y Fernando Aliata (comps.), *Diccionario de Arquitectura en la Argentina. Estilos, obras, biografías, instituciones, ciudades*, Buenos Aires, Clarín, 2004.
- Lo Celso, Ángel, *50 años de arte en Córdoba*, Córdoba, Imprenta Blandino y Caruso, 1973.
- López, Lucio V., “El salto de Ascochinga”, *La Biblioteca*, revista mensual dirigida por P. Groussac, año I, t. II, 1896.
- López, María Victoria, “Elite letrada y alta cultura en la Córdoba de fin de siglo. El Ateneo de Córdoba, 1894-1913”, Córdoba, 2009, mimeo.
- , “Instituciones, asociaciones y formaciones de ‘alta cultura’ en el giro de siglo: entre universalismo y especialización”, en Ana Clarisa Agüero y Diego García (eds.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, La Plata, Al Margen, 2010.
- Luciano, Milena, “Talleres Gráficos de la Penitenciaría”, <<http://culturasinteriores.ffyh.unc.edu.ar/iec002.jsp?pidf=AKJM35&po=R>>.
- Luque Colombes, Carlos, *El primer Plan de estudios de la Real Universidad de San Carlos de Córdoba. 1808-1815*, Córdoba, Imprenta de la Universidad, 1945.
- Ernesto Maeder, “Introducción” al Índice General de la *Nueva Revista de Buenos Aires*, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. xxxiv, 1964.
- Malecki, Sebastián, “Espacios de mediación: la ciudad universitaria de Córdoba, 1949-1962”, *Registros*, año 10, N° 11, julio de 2014.
- Malosetti Costa, Laura, *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- , *Pampa, ciudad y suburbio*, Buenos Aires, Imago-osde, 2007.
- Malte-Brun, Conrad, *Geografía universal. Física, histórica, política, antigua y moderna*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de P. Mellado, 1850.
- Manachino de Pérez, Isabel, “Inmigrantes lombardos en la ciudad de Córdoba (su aporte al Comercio e Industria)”, *Jornadas de Historia de Córdoba entre 1830 y 1950*, Córdoba, Junta Provincial de Historia, 1996.
- Marramao, Giacomo, *Cielo y tierra. Genealogía de la secularización*, Barcelona, Paidós, 1998.
- Martin, Henry-Jean y Lucien Febvre, *La aparición del libro*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

- Martínez Mazzola, Ricardo, “¿El último manifiesto reformista? Democracia y socialismo en ‘El último caudillo’ de Carlos Sánchez Viamonte”, en Ana Clarisa Agüero y Diego García (eds.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la cultura*, La Plata, Al Margen, 2010.
- Martínez Novillo, Álvaro, “Pavana para un museo difunto (A propósito de un libro de Dolores Jiménez-Blanco)”, <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2047975>>.
- Martínez Paz, Enrique, “Nota bibliográfica a *Archivo Capitular de Jujuy*, compilado por Ricardo Rojas”, en *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año I, N° 3, 1914.
- , “Nota bibliográfica a La Universidad Mayor Real y Pontificia de San Francisco Xavier de la Capital de los Charcas –Apuntes para su historia, de Luis Paz”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año I, N° 5, 1914.
- , “Nota bibliográfica a *Estudios de sociología*, de Raúl Orgaz”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año II, N° 5, 1915.
- , “Nota bibliográfica a ‘La cultura Argentina’, colección dirigida por José Ingenieros”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año II, N° 6, 1915.
- , “Nota bibliográfica a la ‘Biblioteca del Tercer Centenario’”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año III, t. III, N° 9, 1916.
- Martínez Zuccardi, Soledad, *Entre la provincia y el continente. Modernismo y modernización en la Revista de Letras y Ciencias Sociales (Tucumán, 1904-1907)*, Tucumán, Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Tucumán, 2005.
- , “El Norte y la nación en Juan B. Terán, Ricardo Rojas y Alfredo Coviello”, *Telar. Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios Latinoamericanos*, año IV, N° 5, 2007.
- Mauss, Marcel, *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*, Buenos Aires, Katz, 2009.
- Mayorga, Julio, *Breve contribución al estudio de las quiebras*, Córdoba, La Industrial, 1909.
- Merbilhá, Margarita, “1900-1919. La época de organización del espacio editorial”, en José Luis de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Miceli, Sergio, *Intelectuais e classe dirigente no Brasil (1920-1945)*, San Pablo y Río de Janeiro, Difel, 1979.
- Mitre, Bartolomé, *Obras completas de Bartolomé Mitre*, vol. IV, Buenos Aires, edición ordenada por el Congreso de la Nación, 1940, “La sociabilidad argentina. 1770-1794” [1876].
- , “Ollantay. Estudio sobre el drama quechua”, *Nueva Revista de Buenos Aires*, N° I, 1881.

- Monserrat, Santiago, *Córdoba: tradición y modernidad*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1972.
- Moretti, Franco, *Atlas de la novela europea. 1800-1900*, México, Siglo XXI, 1999.
- , “Conjeturas sobre la literatura mundial”, *New Left Review*, N° 3, julio-agosto de 2000.
- , “More conjectures”, *New Left Review*, N° 20, marzo-abril de 2003.
- Montini, Pablo, “Del caduceo a las musas: un inventario del coleccionismo profesional en Rosario. La colección artística de Juan B. Castagnino, 1907-1925”, en Patricia Artundo y Carina Frid (eds.), *El coleccionismo de arte en Rosario. Colecciones, mercado y exhibiciones*, Buenos Aires, Fundación Espigas, 2008.
- Moyano Gacitúa, Cornelio, *Memoria presentada a los socios del Ateneo en la Asamblea General reunida en el Aniversario de la fundación del mismo*, Córdoba, La Moderna, 1896.
- , *La delincuencia argentina ante algunas cifras y teorías*, Córdoba, Domenici, 1905.
- Moyano López, Rafael, *El Doctor Jenaro Pérez. Magistrado y artista cordobés*, Córdoba, Imprenta de la Universidad, 1942.
- Mumford, Lewis, *La cultura de las ciudades*, Buenos Aires, Emecé, 1945.
- Myers, Jorge, “La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas”, en Noemí Goldman (dir.), *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, colección Nueva Historia Argentina, t. III.
- , “Los comienzos de la historiografía argentina”, Buenos Aires, 2007, mimeo.
- (ed.), “Los intelectuales latinoamericanos desde la Colonia hasta el inicio del siglo XX”, en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo I. La ciudad letrada: de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008.
- Needell, Jeffrey D., *Belle époque tropical. Sociedad y cultura de élite en Río de Janeiro a fines del siglo XIX y principios del XX*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes / Prometeo 3010, 2012.
- Neiburg, Federico y Mariano Plotkin (comps.), “Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en la Argentina”, *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004.
- Nicolai, Georg, *Homenaje de despedida a la Tradición de Córdoba Docta y Santa*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 2008 [1927].
- Núñez, María Victoria, “Un momento arquitectónico en Córdoba: 1916-1926”, Córdoba, 2015, mimeo.

- Nusenovich, Marcelo, "Precusores del Arte y la Sociedad cordobesa", *Avances*, N° 4, 2000-2001.
- , "La *Vida de Jenaro Pérez*", *Avances*, N° 5, 2001-2002.
- , *Tres ensayos. Sobre arte y cultura cordobesa (1870/1910)*, Córdoba, Brujas, 2006.
- Onelli, Clemente, *Alfombras, tapices y tejidos criollos*, Buenos Aires, Imprenta de Guillermo Kraft, 1916.
- Orgaz, Jorge, *Joaquín V. González. El caballero de la mirada en la rosa*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1964.
- Orgaz, Raúl, *Para la historia de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba*, Córdoba, Editorial Assandri, 1950.
- Otero, Romina, "Los artistas becarios de la Provincia de Córdoba: viajes, tradición y renovación en las artes plásticas entre 1923 y 1930", Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2015, mimeo.
- Page, Carlos, "El Chalet Crisol y el Museo Provincial (Córdoba)", *DANA*, N° 31/32, 1992.
- Pagés Larraya, Antonio, "Bosquejo sobre Vicente G. Quesada", en Víctor Gálvez (Vicente Quesada), *Memorias de un viejo. Escenas de costumbres de la República Argentina*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1990.
- Palti, Elías, *El problema de las "ideas fuera de lugar" revisitado. Más allá de la historia de "ideas"*, México, UNAM / CCYDEL, 2004.
- Panzetta, Mariana, "La creación del Museo Caraffa en el proyecto modernizador de Córdoba", *Teórica*, N° 1, septiembre de 2005.
- Pastormerlo, Sergio, "1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial", en José Luis de Diego (dir.), *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Pavoni, Norma, "Partidos y clientelismo políticos en la Córdoba de entre siglos, 1890-1912", Córdoba, 2005, mimeo.
- Pettoruti, Emilio, *Un pintor ante el espejo*, Buenos Aires, Solar / Hachette, 1968.
- Pinto, Adelina, *Ensayo biográfico de Octavio Pinto*, Córdoba, Dirección General de Publicaciones de la Universidad Nacional de Córdoba, 1973.
- Pitt, Juan Carlos, "La ebriedad como factor de los delitos de sangre en la República Argentina", tesis para ser presentada a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Vélez, 1891.
- Poca, Guillermo, "Modificaciones de las designaciones urbanas en Córdoba", *Revista del Archivo Histórico de la Municipalidad de Córdoba*, año II, N° 2, 2001.
- Podgorny, Irina y Wolfgang Schäffner, "'La intención de observar abre los ojos': narraciones, datos y medios técnicos en las empresas humboldtianas del siglo XIX", *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 4, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2000.
- Poulot, Dominique, *Musée, Nation, Patrimoine. 1789-1815*, París, Gallimard, 1997.

- Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.
- , *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina. 1820-1850*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.
- Punta, Ana Inés, “Los intercambios comerciales de Córdoba con el Puerto de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XVIII. El sector de los comerciantes”, *Anuario del IEHS*, N° 9, 1994.
- Quesada, Ernesto, “El Congreso Literario Latino-americano y el ‘americanismo’”, *Nueva Revista de Buenos Aires*, año I, t. III, marzo de 1882.
- Quesada, Vicente, “Revista Bibliográfica de *Bosquejo Histórico de la Universidad de Córdoba, con un apéndice de documentos*, por J. M. Garro”, *Nueva Revista de Buenos Aires*, año II, t. V, agosto de 1882.
- Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Hanover, Nueva Jersey, Ediciones del Norte, 1984.
- Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Real de Azúa, Carlos, *El impulso y su freno. Tres décadas de batllismo*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1964.
- Requena, Pablo, “...han pasado este año cosas estupendas. Ha florecido una nueva generación’. Deodoro Roca y la construcción del imaginario reformista (Córdoba, 1915-1942)”, Córdoba, 2007, mimeo.
- , “Arturo Capdevila entre Córdoba y Buenos Aires. Un literato édito”, Córdoba, 2008, mimeo.
- Revel, Jacques, *Un momento historiográfico. 13 ensayos de historia social*, Buenos Aires, Manantial, 2005, “Microanálisis y construcción de lo social”.
- Río, Manuel, *Córdoba, su fisonomía y su misión. Escritos y discursos*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1967, “La imprenta y los periódicos” [1910].
- Ríos, Eleuterio, *La cuestión social y sus soluciones*, Córdoba, La Italia, 1894.
- Roca, Deodoro, *Proyecto de Reorganización del Museo Provincial de Córdoba*, Córdoba, Talleres de la Penitenciaría, 1917.
- , *El difícil tiempo nuevo*, Buenos Aires, Lautaro, 1956, “‘Vidas paralelas’. Historia ejemplar de la Academia Argentina de Letras” [1935] y “Vengo de una trinchera” [1936].
- , *Obra reunida III: Escritos jurídicos y de militancia*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 2009.
- Rodríguez, Artemio, *Artes plásticas en la Córdoba del siglo XIX*, Córdoba, Dirección General de Publicaciones de la Universidad Nacional de Córdoba, 1992.
- Rodríguez, Fernando, “Alfredo Brandán Caraffa. Un moderno intenso en la escena cultural reformista”, en Ana Clarisa Agüero y Diego García (eds.), *Culturas interiores. Córdoba en la geografía nacional e internacional de la*

- cultura*, La Plata, Al Margen, 2010.
- Roig, Arturo, *Los krausistas argentinos*, Buenos Aires, El andariego, 2006.
- Roitenburd, Silvia Noemí, “Nacionalismo católico cordobés. Educación en los dogmas para un proyecto global restrictivo (1862-1943)”, Córdoba, 1998, mimeo.
- Rojas, Ricardo, “Artes decorativas americanas”, *Revista de Arquitectura. Órgano del Centro de Estudiantes de Arquitectura*, N° 4, octubre de 1915.
- , *El profeta de la pampa. Vida de Sarmiento*, Buenos Aires, Losada, 1945.
- Roldán, Darío, “De la certeza a la incertidumbre. El periplo de un liberal consecuente: Joaquín V. González (1910-1920)”, *Documentos del CEDES*, N° 5, 1988.
- Rolla Bertello, Estela Mary, “La biblioteca Dussaut: imprenta e impresores cordobeses del siglo XIX”, Córdoba, 1991, mimeo.
- Romano, Silvia, “Córdoba y el intercambio regional, 1820-1855”, *Cuadernos de Historia*, N° 2, 1999.
- Romero, José Luis, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2001.
- Rowe, Collin, “Una historia ininterrumpida. Sobre el clasicismo, el Neoclasicismo, el Neoneoclasicismo...”, *A&V*, N° 21, 1990.
- Rusiñol, Santiago, *Un viaje al Plata*, Madrid, Prieto y Compañía editores, 1911.
- Ruskin, John, *Las siete lámparas de la arquitectura*, Buenos Aires, El Ateneo, 1956.
- Sábato, Hilda, *Buenos Aires en armas. La revolución de 1880*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.
- Salvioni, Amanda, *Rappresentazioni moderne del passato coloniale in Argentina*, Reggio Emilia, Diabasis, 2003.
- Sánchez, Emilio, *Del pasado cordobés en la vida argentina*, Córdoba, Biffignandi, 1968.
- Santiago, Olga, “La disputa literaria y los proyectos culturales en el proceso de modernización de Córdoba”, Córdoba, s/f, mimeo.
- Sarlo, Beatriz, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.
- Sarmiento, Domingo F., *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, Eudeba, 1960 [1850].
- , *Facundo. Civilización y barbarie*, Buenos Aires, Eudeba, 1961 [1845].
- Sarquis, Jorge, “Los museos, depósitos del saber?”, *Materiales*, N° 4, diciembre de 1983.
- Saur, Daniel y Alicia Servetto (coords.), *Universidad Nacional de Córdoba. Cuatrocientos años de historia*, Córdoba, Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba, 2013.
- Schmidt, Claudia, “Tamburini, Francesco”, en Jorge Francisco Liernur y Fer-

- nando Aliata (comps.), *Diccionario de Arquitectura en la Argentina. Estilos, obras, biografías, instituciones, ciudades*, Buenos Aires, Clarín, 2004.
- Schorske, Carl, *Viena Fin-de-Siécle. Política y cultura*, Barcelona, Gustavo Gili Editor, 1981.
- , “La historia como vocación en la Basilea de Burkhardt”, *Pensar con la historia*, Madrid, Taurus, 2001.
- Schwarz, Roberto, “As idéias fora do lugar”, *Estudos*, N° 3, 1973.
- Scocco, Graciela, “Arte textil tradicional: valoración, preservación y recuperación”, *Avances*, N° 9, 2005-2006.
- Shils, Edward, *Los intelectuales en los países en desarrollo*, Buenos Aires, Ediciones Tres Tiempos, 1976.
- Silvestri, Graciela, “La pampa como el mar”, *La Biblioteca*, N° 7, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, primavera de 2008.
- Soler, Mariano, “En el 4° centenario del descubrimiento de América”, *Revista Científico-Literaria*, año I, N° 20, 1892.
- Sorá, Gustavo, *Traducir el Brasil. Una antropología de la circulación internacional de ideas*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2003.
- , “Libros para todos y modelo hispanoamericano”, *Políticas de la memoria*, N° 10/11/12, 2009-2011.
- Sparn, Enrique, “Las bibliotecas con 50.000 y más volúmenes y su distribución geográfica sobre la tierra. (Una contribución a la Geografía General de la Cultura)”, *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, año XI, N° 1/2/3, 1924.
- Taine, Hipólito, *Ensayos de crítica y de historia*, Madrid, Daniel Jorro Editor, 1912, “Prefacio” [1858].
- Tarán, Marina, “Tapa homenaje: Juan Kronfuss”, *SUMMA*, N° 208/209, 1985.
- , “Juan Kronfuss: un registro de nuestra arquitectura colonial”, *SUMMA*, N° 215/216, 1985.
- Tarcus, Horacio, “Un estudio de afinidad electiva”, en *Cartas de una hermandad. Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Ezequiel Martínez Estrada, Luis Franco, Samuel Glusberg*, Buenos Aires, Emecé, 2009.
- Tartarini, Jorge, “Arquitectos húngaros en la Argentina: Johannes Kronfuss”, en Ramón Gutiérrez et al., *Andrés Kalnay: Un húngaro para la renovación arquitectónica argentina*, Buenos Aires, CEDODAL, 2002.
- Teach, César, *Sabatinismo y peronismo. Partidos políticos en Córdoba (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1991.
- Tell, Sonia e Isabel Castro Olañeta, “Actores, proyectos y conflictos en torno a la distribución de los diezmos en el obispado del Tucumán (siglos XVI-XVII)”, en Silvia Palomeque (dir.), *Actas del cabildo eclesiástico. Obispado del Tucumán con sede en Santiago del Estero 1592-1667*, Córdoba, Ferreyra Editor, 2005.
- Terán, Juan B. “Córdoba: la ciudad de las colinas”, s/d, mimeo.

- Terán, Oscar, *Positivismo y nación en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.
- , *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Terzaga, Alfredo, "Clericalismo y liberalismo: las dos caras de la medalla cordobesa", *Todo es Historia*, N° 75, julio de 1973.
- Tognetti, Luis, "Índice de las actas de sesiones de la Comisión Directiva de la Academia Nacional de Ciencias, Tomo 1 (1878-1909)", *Cuadernos de Historia*, N° 3, 2000.
- y Carlos Page, *La Academia Nacional de Ciencias. Etapa Fundacional -Siglo XIX*, Córdoba, 2000.
- Torre Revello, José, "Bibliografía de los Miembros de Número de la Academia Nacional de la Historia. Ramón J. Cárcano", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, año xxxvii, N° xxxi, 1960.
- Trímboli, Javier, *Mil novecientos cuatro. Por el camino de Bialet Massé*, Buenos Aires, Colihue, 1999.
- Vagliente, Pablo, "La 'explosión' asociativa en Córdoba entre 1850 y 1880: la conformación de su esfera pública", *Cuadernos de Historia*, N° 6, 2004.
- Van Zanten, David, "Le système des Beaux Arts", *Architectural Design*, N° 11/12, 1978.
- Verón, Eliseo, "La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política", en AA.VV., *El lenguaje político. Lenguajes y acontecimientos*, Buenos Aires, Hachette, 1987.
- Vidal, Gardenia, *Radicalismo de Córdoba, 1912-1930. Los grupos internos: alianzas, conflictos, ideas, actores*, Córdoba, Dirección General de Publicaciones de la Universidad Nacional de Córdoba, 1995.
- , "La modernidad y el espacio público en Argentina. Repensando la Reforma universitaria de 1918", *Avances del CESOR*, N° 5, 2005.
- , "El asociacionismo laicista y la reforma universitaria de 1918 (Córdoba-Argentina)", s/f, <<http://cdn.fee.tche.br/jornadas/2/H1-02.pdf>>.
- Waisman, Marina, "Neocolonial y moderno: falacias y realidades", en Aracy Amaral (coord.), *Arquitectura neocolonial. América Latina, Caribe, Estados Unidos*, México y San Pablo, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Wasserman, Fabio, *Entre Clío y la polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*, Buenos Aires, Teseo, 2008.
- Weinberg, Félix, *El Salón literario de 1837*, Buenos Aires, Hachette, 1958.
- Williams, Raymond, *Sociología de la cultura*, Barcelona, Paidós, 1982.

Esta edición de ejemplares se terminó de imprimir en de 2017
en los talleres gráficos







